
EN ALGÚN LUGAR DEL MAR MÁS AZUL
La secuela de
*La casa en el mar más azul*
TJ KLUNE
CROSS BOOKS

# Índice

# Sinopsis

Una casa mágica. Un pasado oscuro. Una citación que podría cambiarlo todo.

Arthur Parnassus es feliz con la vida que construyó sobre las cenizas de su pasado. Es el director de un orfanato en una peculiar y remota isla. Está acompañado por el amor de su vida, Linus Baker, que solía ser un funcionario del Departamento de Jóvenes Mágicos. Y juntos quieren adoptar a los seis niños mágicos y peligrosos que viven allí.

El trabajo es arduo, pero ama a estos niños con todo su corazón, y no va a permitir que sientan el dolor y la soledad que él sufrió viviendo de pequeño en esa misma isla.

Sin embargo, cuando es convocado para dar una declaración pública sobre su pasado, Arthur se verá en el ojo de un huracán que amenaza con destruir el futuro de todos los seres mágicos… y de su familia.

La llegada al orfanato de un nuevo niño mágico, orgulloso de identificarse como monstruo, provocará que Arthur se percate de que su familia se enfrenta a un momento crucial: o bien crecerá gracias a su presencia, o se desmoronará por completo.

Bienvenidos otra vez a la isla Marsyas. Esta es la historia de Arthur.

# En algún lugar del mar más azul

T. J. Klune

Traducción de Carlos Abreu Fetter



*Para la comunidad trans de todo el mundo:*
*os veo, os escucho, os quiero.*
*Esta historia es para vosotres*

«Nos encontramos en una encrucijada. El objetivo de esta sesión (y toda sesión subsiguiente) es determinar si es necesario introducir modificaciones en las actuales *Normas y reglamentos* que rigen al colectivo mágico, y, en caso afirmativo, cuáles. Tal como ha informado la prensa *ad nauseam*, los departamentos encargados de los jóvenes y adultos mágicos está siendo examinados con lupa. La disolución de Altísima Dirección ha dejado los departamentos sin un liderazgo permanente».

Cuando desembarcó del transbordador en la isla por primera vez en décadas, Arthur Parnassus creyó que iba a estallar en llamas en ese mismo instante. Esto no ocurrió, pero por poco: le pareció que el fuego en su interior ardía con más intensidad que en los últimos años. Anhelaba desprenderse de la piel y desplegar las alas, remontar el vuelo y sentir en las plumas aquel viento salobre que tan bien conocía. Pero sabía que, si lo hacía, lo más probable sería que se alejara volando y dejara atrás para siempre aquel lugar. Y eso no estaría bien. Si había regresado, era por una razón.

El propietario de la embarcación —un tipo gruñón con el rostro picado de viruela, un mono de trabajo cubierto de manchas y el encantador nombre de Merle— estaba inclinado sobre la borda, tres metros más arriba.

—Espero que esté seguro de lo que hace. En cuanto me vaya, se quedará atrapado en este sitio. Yo no hago esta travesía de noche.

Arthur no miró al barquero, pues estaba paralizado, contemplando el camino de tierra que serpenteaba ante él, internándose en un bosque con un dosel arbóreo tan denso que el sol del mediodía a duras penas penetraba hasta el musgo y las hojas que cubrían el suelo. El rumor del mar que lamía las orillas de arena blanca le inundaba los oídos y despertaba en él recuerdos de su juventud: lo bueno, lo malo, todo.

—Gracias, Merle. Tu ayuda ha sido inconmensurable para mí. —Volvió la mirada hacia el transbordador—. Creo que sobreviviré. Si por algún motivo necesito regresar a tierra firme, te llamaré.

—¿Cómo? No hay teléfonos que funcionen en toda la isla. Ni electricidad, ni agua.

—Eso va a cambiar. Está previsto que los técnicos de las compañías de servicios lleguen mañana a las diez en punto de la mañana. Los traerás tú, ¿no?

Aunque Merle puso mala cara, Arthur captó un fugaz destello de

codicia en sus ojos.

—El precio del pasaje fluctuará —dijo el hombre, sorbiéndose la nariz con altanería—. El fuelóleo no sale barato, y traer y llevar a una persona es...

—Por supuesto —dijo Arthur—. Mereces que se te remunere como es debido por tu tiempo.

Merle lo miró, parpadeando.

—Ya, bueno. Supongo que sí. —Bajó la vista hacia las maletas que había a cada lado de Arthur, una vieja y una nueva—. ¿Por qué ha venido?

Apenas había nubes. El azul del cielo hacía juego con el del mar. El final del verano estaba resultando caluroso, aunque en realidad él siempre tenía calor. La sal que impregnaba el aire le cosquilleaba la nariz. Inspiró a fondo hasta llenarse los pulmones.

—¿Por qué no habría de venir?

—Es un lugar espantoso —dijo Merle, estremeciéndose—. Está embrujado, o eso dicen. Aquí no vive nadie desde hace mucho tiempo. —Escupió a un lado por encima de la borda—. Y cuando había gente viviendo aquí, se suponía que no debíamos hablar de ello. Era un gran secreto, ¿sabe?

—Lo sé —murmuró Arthur. Luego, en voz más alta, añadió—: Merle, ¿no conocerás por casualidad a un hombre llamado Melvin?

—¿Qué? ¿Cómo lo ha...? Era mi padre.

—Eso me imaginaba —dijo Arthur. El uróboro, una serpiente que se muerde la cola en un ciclo infinito. A lo mejor estaba cometiendo un error. El pueblo en el que había embarcado, al otro lado del mar, ofrecía a lo lejos el mismo aspecto que años atrás, con sus edificios en tonos pastel rosados, amarillos y verdes, y las personas que se paseaban por ahí con sus atuendos veraniegos y una actitud de absoluta despreocupación por saberse a salvo. ¿Y por qué no habrían de hacerlo? Eran humanos. El mundo estaba hecho a su medida.

El transbordador era el mismo, aunque se le habían realizado algunas mejoras a lo largo de los años: una capa de pintura, asientos nuevos en substitución de los antiguos, que estaban agrietados y rajados. Ni siquiera Merle le producía una sensación disonante, pues se parecía mucho a Melvin, con la boca torcida hacia abajo y los ojos apagados. Era igual. Todo estaba igual. Salvo Arthur.

—Lo conocí hace tiempo. —«Y a ti también», estuvo a punto de

añadir al recordar al adolescente ceñudo que deambulaba por la cubierta del transbordador con una fregona.

Merle soltó un gruñido.

—Murió. Hace diez años.

—Te acompaño en el sentimiento.

Merle le restó importancia con un gesto.

—¿De qué lo conocía?

Arthur sonrió.

—Seguiremos en contacto. —Dicho esto, recogió ambas maletas y enderezó la espalda. Estaba ahí. Por fin. Había llegado el momento de ver qué averiguaba y esperar que no hubiera emprendido aquella excursión en vano—. Nunca olvidaré tu amabilidad. ¡Allá voy! Chao, amigo mío.

El sinuoso sendero de tierra discurría a través del bosque cada vez más espeso, mientras el sol proyectaba sombras que temblaban con la brisa. No sudaba, al menos por el momento, pero el camino resultó ser más largo de lo que lo recordaba. «Ah, la insensatez de la juventud», se dijo. Cuando se contaba con una energía inagotable, lo mismo daba un kilómetro que nueve o diez. A sus casi cuarenta años, Arthur estaba en bastante buena forma, pero la época en que podía correr durante todo el día había quedado atrás.

Al doblar una curva, se detuvo. Unos árboles bloqueaban el paso.

Eran cinco en total, y habían crecido en medio del camino, con los troncos tan juntos que resultaba imposible colarse entre ellos. Se elevaban imponentes hacia el cielo por encima de su cabeza y parecían tener cien años, como mínimo. Pero esto no era posible. La última vez que había caminado por aquel sendero, no estaban ahí, ni siquiera como pequeños brotes.

Lo que significaba que ahí había algo más. O, mejor dicho, alguien más. No los árboles en sí, por supuesto; no, alguien lo observaba.

Tras dejar las maletas en el suelo, se acercó al árbol de en medio. La corteza estaba resquebrajada, y la notó áspera al tacto cuando apretó la mano contra ella.

—¿Estás ahí? —preguntó—. Seguro que sí. Me imagino que esto es obra tuya.

Por toda respuesta, oyó un canto como de pájaro.

—Me conoces —prosiguió Arthur—. O al menos conocías a la persona que fui. —Soltó una carcajada desprovista de humor—. He vuelto aquí con la esperanza de hacer de este un lugar mejor. —Apoyó la frente en el árbol, con los ojos cerrados—. Y, en caso necesario, lo haré sin ayuda, pero no sin tu permiso.

Abrió los párpados cuando el tronco comenzó a vibrar. Retrocediendo despacio, Arthur contempló cómo los árboles del camino temblaban con un rumor sordo y las raíces emergían bruscamente de la tierra como tentáculos y se arrastraban por el suelo hasta enrollarse en los árboles que crecían en el margen del camino. Oyó chirriar la madera cuando las raíces se apretaron en torno a los troncos y tiraron de los árboles hacia los lados para abrir un hueco entre ellos.

Solo quedaba el árbol de en medio. Se estremeció entre un repiqueteo del ramaje y un temblor del follaje. Arthur no se inmutó cuando una rama le acarició la mejilla y una hoja verde le hizo cosquillas en un lado de la nariz. Oyó que susurraba: «El muchacho. El muchacho del fuego ha regresado a casa».

—Así es —respondió él, también en un susurro—. He vuelto.

El árbol se retorció, y la tierra comenzó a cuartearse y desmenuzarse. Las raíces rompieron el suelo, y Arthur sonrió al ver que se movían como pies y desplazaban al árbol hasta la orilla del sendero. Una vez que encontró un lugar donde establecerse, las raíces se hundieron de nuevo en el suelo. Los hoyos que habían quedado en el terreno se llenaron de una tierra surgida de más abajo. Al cabo de un momento, la superficie del camino estaba tan llana delante de Arthur como detrás de él.

—Gracias —dijo él con una ligera reverencia—. Si llega el día en que te sientas preparada, aquí estaré. —Recogió su equipaje antes de proseguir su camino.

El momento en que salió del bosque y divisó la casa por primera vez en veintiocho años no tuvo nada de especial. Construida en lo alto de un escarpado precipicio, a cierta distancia del borde, se elevaba por encima de él, a contraluz del sol. Delante había una fuente de cemento vacía, con la pila veteada de un musgo verde y negruzco. Las paredes

presentaban un aspecto deteriorado, con grietas y desconchones, y había trozos de ladrillo semihundidos en la hierba que crecía en torno a la casa. Las ventanas de marco blanco, cerradas con postigos, estaban rodeadas de enredaderas que cubrían media fachada. La torrecilla, que sobresalía seis metros por encima del tejado, parecía a punto de derrumbarse al menor empujón. Junto a la mansión había un jardín lleno de maleza con flores de tonos dorados, rojos y rosados que se habían adueñado del cenador donde, a la edad de nueve años, un muchacho con fuego en la sangre había grabado sus iniciales en los ladrillos para demostrar que existía: A. F. P., Arthur Franklin Parnassus.

Algo retirado de la casa se alzaba un segundo edificio que nunca había visto. No estaba ahí cuando a él se lo habían llevado siendo un niño, gritando por el sol que le hería los ojos después de un largo encierro en la oscuridad, mientras un brazo fuerte lo arrastraba escalera arriba hasta donde lo esperaba un vehículo. El edificio nuevo era pequeño, de un ladrillo parecido al de la casa con la que soñaba de vez en cuando. Sabía que el supuesto orfanato había cambiado de propietario en un par de ocasiones a lo largo de los años, pero, por lo que alcanzaba a ver, llevaba un tiempo deshabitado. Tendría que conformarse con la casa para invitados, pues sin duda de eso se trataba. Tenía las ventanas intactas, y el tejado parecía estar en mejor estado que el de la residencia principal, que había perdido algunas tejas debido a tormentas pasadas.

Moviéndose como en un sueño, depositó el equipaje cerca de los escalones del porche. Resultaba difícil avanzar por la vereda que atravesaba el jardín, plagado de plantas y matas densas e invasoras. Pasó junto al cenador, abriéndose paso por la vegetación silvestre del jardín. El sendero circundaba de casa hasta la parte de atrás, donde, en la base del edificio, se encontraban las dos puertas de madera de una bodega, con quemaduras negras en la superficie. Estaban cerradas con un candado oxidado. Él tenía la llave. Tenía todas las llaves.

No entró. Sabía lo que había ahí abajo. Unas marcas grabadas en la pared para llevar la cuenta de los días. Piedras ennegrecidas de cuando él había estallado en llamas. Una oscuridad perpetua, interrumpida solo por su fuego.

En ese momento, un fantasma apareció a su espalda y le aprisionó el cuello con el brazo.

—Tú te lo has buscado —le gruñó al oído—. Al final aprenderás cuál es tu lugar, ya lo verás. Dilo. ¿Qué eres? Anda, dilo.

—Una abominación —respondió Arthur mientras el brazo se desvanecía.

Se quedó mirando las puertas de madera de la bodega mientras el sol surcaba lentamente el firmamento.

No podía hacerlo. No sabía qué lo había llevado a pensar que sí. Aquello lo sobrepasaba. Le pesaba demasiado. Mesándose el cabello, Arthur rodeó de nuevo la casa hacia la parte delantera. Sus maletas estaban donde las había dejado.

Se agachó hasta rozar las asas con las manos.

Alguien dijo «Arthur» en voz tan alta y clara como si estuviera en el porche, justo delante de él.

Irguió la cabeza. Estaba solo.

Sin embargo, esto no era del todo cierto, pues vio algo que había pasado por alto al llegar: una minúscula flor amarilla que sobresalía de la torcida tabla del primer escalón del porche. No más grande que la uña de su pulgar, la florecilla, tenaz, había atravesado la madera hasta salir a la luz del día.

Se le acercó despacio. Al llegar al porche, se acuclilló frente a la flor para tocar con delicadeza los pétalos amarillos. Notó la calidez del sol en la yema de los dedos. Renacer. Perseverancia. Color. Vida. Todo lo importante, condensado en un paquete diminuto.

Sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, sintió que se le deshacía un nudo en el pecho.

—Bueno —dijo—. Si tú puedes, supongo que yo también.

El verano cedió el paso al otoño, las hojas cambiaron y el calor se suavizó. De pie en el porche, Arthur lijaba la barandilla para pintarla de nuevo. Se decantaba por el blanco, para que hiciera juego con los alféizares que ya había restaurado. Merle se había revelado como algo parecido a un colaborador valioso, aunque refunfuñaba por todo el material que Arthur transportaba a la isla cada semana. En honor a la

verdad, sus refunfuños amainaban cuando recibía el pago. Incluso había ayudado a regañadientes a cargar los pertrechos en la parte de atrás de una furgoneta granate que Parnassus había comprado unas semanas antes.

Arthur estaba a punto de terminar de lijar el último balaustre y había llegado el momento de echar un vistazo a la lechada que había aplicado entre los azulejos de la cocina para asegurarse de que se estuviera secando bien. Se disponía a entrar en la casa cuando algo revoloteó en un rincón de su cerebro, el leve roce de unas alas de mariposa contra la piel.

Se volvió hacia el sendero.

Una mujer estaba ahí, de pie, con un vestido blanco largo y suelto y los pies descalzos. Tenía la cabeza ladeada, y su cabello blanco peinado a lo afro semejaba una nube. En él, flores rosas y blancas se abrían y cerraban bajo el sol de la tarde. Su tez era de un bonito tono marrón intenso. Era imposible determinar su edad, pues su rostro juvenil contrastaba con la antigüedad y la inseguridad de sus ojos oscuros.

Agitaba ligeramente las traslúcidas alas —cuatro apéndices que le sobresalían de la espalda, cada uno más largo que los brazos de Arthur—, y el sol, al atravesarla, proyectaba una cascada de colores sobre el suelo. Los brazos desnudos le colgaban a los costados, y los delicados dedos le temblaban de forma apenas perceptible.

Arthur descendió los escalones con lentitud. Cuando llegó abajo se detuvo, más nervioso de lo que había supuesto que estaría. No sabía qué decir, por dónde empezar.

La mujer dirigió la vista a la casa por encima del hombro de Arthur antes de posarla de nuevo en él.

—Has venido. —Su voz sonaba tal como Arthur la recordaba: suave, melódica, con un deje de tristeza.

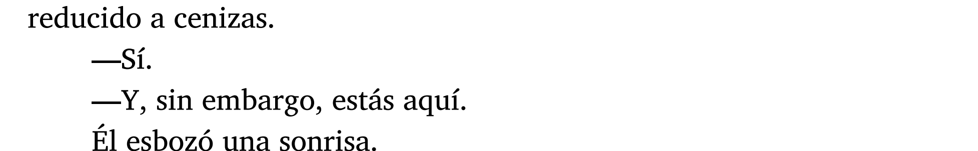
—Así es —dijo él.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto —se limitó a contestar.

Ella asintió como si ya se esperara esta respuesta. Dio un paso hacia él y, bajo sus pies, brotaron briznas de césped a través de la tierra. Tras ella, Arthur vio la estela de pisadas verdes que había dejado a su paso por el sendero.

—Esta casa —dijo la mujer—. Este lugar. Debería haber quedado


reducido a cenizas.

—Sí.

—Y, sin embargo, estás aquí.

Él esbozó una sonrisa.

—Estoy aquí. Y tú también. Juntos de nuevo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes soportar estar aquí? ¿Cómo se te puede haber pasado siquiera por la cabeza...? —Dejó caer las alas con un suspiro—. Me planteé la posibilidad de destruirlo todo. Cuando... cuando te fuiste. Pensé en venir y abrir un socavón para que la tierra se tragara la casa entera.

—Pero no lo hiciste.

—No —dijo ella—. No lo hice. —Desvió la mirada hacia los árboles—. Y ahora me pregunto por qué. Por qué no lo habré hecho. Por qué decidí esperar. Ni siquiera sé por qué he venido.

—No puedo aclararte estas dudas —dijo Arthur—. Solo puedo asegurarte que esta vez las cosas serán distintas. Brindaré a los niños lo que yo nunca tuve: un lugar donde les guste estar, con independencia de lo que sean capaces de hacer o de dónde vengan.

—No puedes hacer esto tú solo.

—Sí que puedo —replicó—. Y lo haré, en caso necesario.

—No —dijo ella—. No lo harás. —Pasó por su lado con paso decidido sin siquiera mirarlo y le arrebató la lija. Refunfuñando entre dientes, subió los escalones y contempló la barandilla con el entrecejo fruncido. Después de asentir con la cabeza, continuó lijando donde Arthur lo había dejado.

—Tu vestido... —Señaló él—. ¿No quieres...?

Ella se detuvo un momento.

—No pasa nada. Solo es un vestido.

Él la observó durante largo rato, mientras sus pies se negaban a moverse.

—Hola, Zoe —dijo cuando al fin la mujer alzó la vista hacia él.

—Hola, Arthur —dijo Zoe Chapelwhite. Le tembló el labio inferior—. Yo... —Acto seguido, añadió en un susurro atropellado—: Siento mucho lo de...

Él alzó la mano.

—No hay razón para que te disculpes. Nunca la ha habido.

—Pero no hice nada por poner fin a...

—Zoe —la interrumpió—. No es culpa tuya. Nunca lo fue. Corrías el riesgo de revelar tu secreto. Si te hubieran descubierto, habrían ido a por ti también.

—Nunca lo sabremos —dijo ella con los ojos fijos en la barandilla.

—Tal vez no —aceptó Arthur—, pero a pesar de todo estás aquí. ¿Qué dice eso de ti? Me imagino que algo bueno.

—«Dadme a vuestros rendidos —dijo Zoe con los ojos húmedos —, a vuestros pobres, a vuestras masas hacinadas que anhelan respirar libres, a los desdichados despojos de vuestras atestadas costas».

—Emma Lazarus —dijo Arthur, complacido—. Sí, Zoe. Los acogeremos a todos.

—Lo dices en serio —musitó ella.

—Sí —respondió él—. Toda ayuda me vendría bien, pero si es demasiado para ti, lo entenderé. Puedo seguir como hasta ahora. Me llevará un poco más de tiempo, pero lo conseguiré.

Ella no se marchó.

Tardaron casi un año en dejar el edificio en condiciones de pasar la inspección pertinente. Si todo salía como él esperaba, examinarían hasta el último detalle, y sabía que bastaría un solo fallo para que le pusieran las cosas difíciles.

Un día, Zoe le pidió que dejara lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasa? —preguntó él, alzando la vista de la parte de la pared de la cocina que estaba repintando. En realidad, no hacía mucha falta, pero se había percatado de que al secarse la pintura se habían formado burbujitas en una zona (pequeña, de unos cinco centímetros de ancho y diez de alto), y no podía dejar eso así. Tenía que quedar perfecto.

—Acompáñame —dijo Zoe.

Él negó con un gesto.

—No puedo. Vamos de cabeza. Mañana llega un cargamento de mantillo, y eso por no hablar del cenador. He descubierto un clavo suelto en una tabla del suelo, lo que significa que tengo que comprobar cada uno de los clavos de toda la casa para asegurarme de que…

—Arthur, el trabajo está terminado —dijo Zoe—. Quedó

terminado hace cerca de un mes, y lo sabes. Yo lo sé. —Fijó los ojos en él durante largo rato, y al cabo añadió—: Ve a tu despacho. Ya sabes lo que hay que hacer. —Dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo en la entrada de la cocina—. Antes la isla era más grande —dijo sin volverse—. ¿Lo sabías?

Y se marchó de la cocina, dejándolo ahí de pie, mirando como se alejaba.

Él obedeció, y encontró una máquina de escribir sobre un viejo escritorio. Alguien había introducido una hoja de papel en blanco en el rodillo y dejado un fajo más sobre la mesa, al lado de la máquina. La de arriba de todo tenía unas palabras escritas con una letra angulosa. Zoe le había dejado una nota.

Ya es hora de que vengan a casa.

Z.

Arthur se rio. Lloró.

—Tengo miedo —susurró—. Nunca en mi vida había tenido tanto miedo.

Comenzó a teclear y no paró hasta que hubo terminado.

A quien corresponda en el Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos:

Me llamo Arthur Parnassus. Les escribo para hacerles una propuesta. Me he hecho con la propiedad de una casa situada en la isla de Marsyas. Durante el último año, con la ayuda de unos socios, he reformado la finca no solo para hacerla habitable, sino también apta para albergar de nuevo un hogar para niños mágicos huérfanos. Adjunto unas fotografías para documentar las obras...

Entonces hizo lo que su yo de diez años no había querido hacer: enviar una carta. Cuando la echó en el buzón de correos del pueblo, vio algo en lo que nunca se había fijado, y se le heló la sangre. Ahí, en el escaparate de la oficina de correos, estaba pegado un cartel con la imagen de una familia. Un niño y una niña rubios y de sonrisa radiante, flanqueados por quienes parecían ser sus padres, paseaban de la mano por un prado de flores silvestres bañado por el sol. Debajo de la foto, escritas con grandes letras de imprenta, había unas palabras que Arthur releyó una y otra vez con incredulidad.

**«¡LA SEGURIDAD DE TU FAMILIA ESTÁ EN TUS MANOS! ¡SI VES ALGO, AVISA!».**

Y, debajo de esto, decía: «MENSAJE PATROCINADO POR EL DEPARTAMENTO ENCARGADO DE LOS JÓVENES MÁGICOS».

Giró sobre sus talones y se encaminó a toda prisa de vuelta hacia el transbordador.

Transcurrió un mes. Y luego dos. Pasaron tres, cuatro y cinco meses. Arthur no se desesperó. Sabía que solo era cuestión de tiempo que recibieran alguna respuesta.

Y entonces, un día fresco de otoño, sonó el tintineo del timbre.

En el porche estaba un hombre con una maleta en una mano y un maletín en la otra. Era más joven de lo que esperaba Arthur, de treinta y tantos años, y bastante guapo, con el cabello oscuro y ondulado algo alborotado tras la travesía en el transbordador. Llevaba un traje negro cortado a la medida de su delgada figura, una corbata de un rojo encendido y unos zapatos de vestir cubiertos de polvo del camino.

—¡Buenas! —saludó—. Busco al señor Arthur Parnassus.

El aludido le tendió la mano. Era una pequeña prueba.

—Pues ya lo ha encontrado.

El hombre solo vaciló unos instantes antes de estrechar la mano que se le ofrecía. Su apretón era firme y cálido. Cuando se soltaron, desplegó una sonrisa.

—¡Ah! Estupendo. Vengo en representación de Altísima Dirección del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. Me llamo Charles Werner. Vengo a hablar con usted de su propuesta, y a exponerle la nuestra. Es... poco ortodoxa, pero creo que le interesará.

No era más que un anzuelo. Arthur lo sabía. Aun así, no le quedaba otra opción: se apartó a un lado e invitó a Charles Werner a entrar.

Más tarde, Arthur Parnassus aguardaba de pie en el muelle mientras el transbordador se aproximaba. A bordo viajaba una criatura, la primera, pero no la última. El sol descendía sobre el mar, convirtiendo las olas en pequeñas montañas de fuego que se

deslizaban sobre la superficie.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Zoe, que se encontraba a su lado.

—Ah —dijo él—. Supongo que sí, de muchas cosas. Pero ¿de esto? No. De esto, jamás. No hay ningún motivo para tener miedo.

En su cabeza, un susurro tentador replicó: «Son ellos quienes deberían tener miedo».

Arthur Parnassus relegó esa voz a las profundidades de su mente, y, mientras la embarcación se acercaba, se puso a canturrear por lo bajo: «En algún lugar… del mar más azul…, en algún lugar, esperándome…».

Mi amor, sobre arenas doradas,
contempla los barcos que salen a navegar.

# Uno

Años después, una cálida mañana de junio, Arthur Parnassus abrió los ojos y frunció el entrecejo. El sol que se colaba por la ventana era demasiado intenso. A su mente aletargada se le ocurrió la soñolienta y aterradora posibilidad de que cierto vástago del demonio tuviera que ver con ello. La semana anterior, había amenazado con hacer chocar el Sol contra la Tierra después de recibir una reprimenda por intentar insuflar vida a un muñeco de barro que había modelado después de una violenta tormenta. Arthur lo había sorprendido sucio de pies a cabeza, con el hombrecillo de barro a medio formar entre sus manos. Cuando el hombre le había recordado que dotar al fango de conciencia propia no estaba bien, el muchacho había jurado venganza por medio de la aniquilación planetaria, como era su costumbre.

Así que, cuando Arthur se incorporó de golpe en la cama, estaba convencido de que podía considerarse libre de culpa. En el fondo no creía a Lucy capaz de fusionar el Sol con la Tierra, aunque, por otro lado, el chico parecía obsesionado con el muñeco de barro, que había quedado reducido a un charco de lodo.

Al echar un vistazo al reloj despertador que tenía junto a la cama, Arthur cayó en la cuenta de que lo que estaba ocurriendo no era una colisión apocalíptica con el Sol. No, era algo mucho, mucho peor.

Eran las ocho y treinta y dos minutos de la mañana de un sábado, y reinaba el silencio en la casa.

Cuando uno convivía con seis niños de diversos tamaños, formas y poderes mágicos, sabía que poder dormir hasta tarde no era más que una fantasía inalcanzable. Los niños —sobre todo estos niños en particular— parecían no entender el concepto de tiempo. Precisamente el día anterior, una masa amorfa verde había irrumpido en su dormitorio a las cinco y media de la mañana, gritando con voz viscosa y llena de júbilo que había lanzado un chorro de tinta por la nariz, cosa que no sabía que podía hacer.

—Y sin meterme un boli ni nada. ¿Por qué lo estoy dejando todo

perdido de tinta? ¡Ostras! ¿Creéis que me estoy haciendo un hombre? Por cierto, ¿cómo se limpia una mancha de tinta del techo?

Esto, naturalmente, había dado pie a una conversación en la que se había llegado a la conclusión de que la tinta era una señal de la pubertad, lo que le había arrancado una mueca al muchacho amorfo, antes de derivar hacia cómo le sentaría un bigote o una mata de pelo en el pecho. Cuando se había tranquilizado, tres niños más habían entrado para curiosear, y no eran más que las seis de la mañana.

Arthur —que ahora mediaba la cuarentena— había notado que las seis de la mañana llegaban mucho antes que cuando era más joven. Las articulaciones le chirriaron y crujieron cuando se desperezó, con el cabello de color claro (salpicado de mechones grises que parecían multiplicarse día a día) apuntando en todas direcciones. Su espalda emitió un delicioso chasquido cuando flexionó los dedos de los pies descalzos. Sus pensamientos embarullados se fueron aclarando a medida que se disipaban los últimos vestigios de sueño.

¿Dónde estaban los niños?

Se volvió hacia el bulto que tenía al lado en la cama, tapado hasta arriba con el edredón de modo que solo quedaba a la vista una mata de pelo castaño y ralo mientras se oían unos ronquiditos suaves. Zarandeó el bulto mientras dirigía la vista hacia la puerta de la pequeña habitación contigua a la suya. Estaba abierta. Su ocupante —el destructor de soles— había desaparecido, sin dejar tras de sí más que una cama a medio hacer, calcetines (desparejos) tirados en el suelo y unos discos agrietados colgados en las paredes.

—¿Gabasao? —farfulló el bulto—. No, yaya, no quiero ayudarte a encontrar los boniatos.

—Linus —dijo Arthur, dándole otra sacudida al bulto—. Despierta. Algo no va bien.

Por poco se cayó de la cama cuando Linus Baker se incorporó como un resorte con el pijama hecho un gurruño, mirando alrededor con ojos y pelos de loco.

—¿Quién ha sido? —inquirió—. ¿Quién ha robado los boniatos de la despensa de la yaya? —Pestañeó—. No sé por qué acabo de decir eso. —Se dio unas palmaditas en su pronunciado vientre—. Debía de estar soñando. Eso me pasa por comer pastel antes de irme a la cama. —Bajó la mano con expresión ceñuda—. ¿Por qué me miras con esa cara, Arthur?

—Te adoro —dijo Arthur, de todo corazón.

—Ah —dijo Linus, poniéndose colorado—. Sí, bueno. Pues resulta que siento lo mismo. ¿Por eso me has despertado? Eres adorable, pero… ¿por qué hay tanto sol? ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

A Linus se le desorbitaron los ojos.

—¡¿De la mañana?! ¡Imposible! Nunca nos han dejado dormir hasta estas horas. Lo más tarde que nos hemos despertado ha sido a las seis y cuarenta y dos, y eso porque los niños se habían quedado con Zoe. E incluso esa vez regresaron y nos sacaron de la cama. —Se encaminó a toda prisa hacia la puerta y cogió sus batas azules a juego, que estaban colgadas de una percha—. ¿Qué haces ahí tumbado? ¡Tenemos que encontrarlos!

Arthur se levantó con rapidez, pero en vez de agarrar la bata que le tendía Linus, le sujetó el rostro entre las manos y le dio un profundo beso, sin importarle el aliento mañanero. Linus parpadeó despacio, aturdido, y Arthur deseó que las cosas fueran siempre así.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Linus.

—A que podía.

—Ya veo. Podrías volver a hacerlo, si quisieras.

—¿Ah, sí? —Arthur se inclinó hacia delante para volver a hacerlo.

Pero lo frenó una mano en la cara que lo empujó hacia atrás con suavidad.

—Podrías —dijo Linus—, pero también podríamos ir a investigar por qué nos han dejado dormir hasta tarde. Te juro que, como hayan vuelto a traer a casa un animal diciendo que es un amigo, la vamos a tener.

—El último no era tan terrible —dijo Arthur, cogiendo la bata y poniéndosela.

Linus hizo una mueca.

—Era un lagarto grande como Calíope, que intentó comerse mis mocasines.

—Y tú manejaste la situación con tu elegancia y aplomo habituales, chillando y diciendo que era una boa constrictor.

—Sé que en algún momento se te metió en la cabeza que eres gracioso. Y lo eres, pero no es momento para bromas, sino para entrar en pánico.

—A lo mejor no ha pasado nada y estamos exagerando —dijo Arthur, intentando ser más o menos razonable.

Linus puso los ojos en blanco.

—Sabes tan bien como yo que con ellos no hay exageración posible. ¿Te acuerdas de cuando Talia…? ¿Dónde está Calíope?

Calíope, el así llamado dechado de maldad. Era una gata, pero muy distinta de todos los gatos que Arthur había visto antes, y no solo por su tamaño —su bello y esponjoso pelaje la hacía parecer mucho más grande de lo que era en realidad— o su color, negro con una algodonosa mancha blanca en el pecho. No, lo que más la distinguía de los demás eran sus grandes ojos verdes, vigilantes, siempre vigilantes, mientras ella planeaba sin duda borrar del mapa a cualquiera a quien considerara indigno de existir en su presencia. Aunque Arthur sabía que la mayoría de los humanos tendían a humanizar a sus mascotas y ensalzar su inteligencia («¡es tan listo…! ¡Ha aprendido a hacer lo que llevo seis meses enseñándole!»), Calíope era harina de otro costal. De no ser porque sabía que era imposible, Arthur habría sospechado que ella los entendía, pero, fiel a su especie, se guardaba sus opiniones y por lo general hacía caso omiso de todo lo demás.

Casi todas las noches dormía enroscada al pie de la cama de Arthur y Linus, y lanzaba ronroneos de advertencia si alguno de ellos movía la pierna un milímetro. Ahora, sin embargo, su sitio estaba vacío, y no había dejado más rastro que unos pelos negros en la mantita que Sal le había tejido. Cuando se la había entregado, Calíope había soltado un maullido de gusto tan fuerte que se había oído por toda la casa.

—Estará con ellos —aventuró Arthur—, en cuyo caso, no me cabe duda de que están a salvo. Ella jamás permitiría que les pasara nada malo.

—Desde luego —dijo Linus—. Compadezco a quien intente contrariarlos delante de ella. Me imagino que debe de doler que una gata te arranque los ojos.

Imperaba el silencio en el largo pasillo. Todas las puertas de los dormitorios de los niños estaban abiertas, y las habitaciones, vacías. En la de Sal, el escritorio se encontraba frente a la ventana, con la máquina de escribir guardada en la caja de roble con su monograma grabado que Arthur y Linus le habían regalado por Navidad. El cuarto

de Chauncey olía ligeramente a sal, y el suelo estaba cubierto de agua de mar tibia que se bombeaba desde el océano a través de tuberías térmicas. En el de Phee, tras las decenas de plantas que colgaban del techo, se entreveía un mural de un bosque pintado con distintos grados de talento, pues todos los niños habían colaborado: los árboles de Lucy semejaban esqueletos, mientras que los de Talia parecían algodones de azúcar verdes con palos marrones. A propósito de Talia, la gnoma de jardín, su habitación estaba extrañamente desprovista de plantas; en vez de enredaderas en flor, en todas las paredes había tablones de corcho con una magnífica colección de herramientas de jardinería. Y, por último —pero no por ello menos importante—, una trampilla en el techo comunicaba con el altillo, donde un guiverno había construido uno de varios nidos. Tras subir por la escalera plegable, Arthur escrutó en la penumbra del desván el nido de Theodore: mantas, toallas y un ladrillo con el que había mantenido un idilio de tres semanas. Pero no había guiverno a la vista.

Aunque Arthur no quería entrar en pánico, el no saber dónde estaban los niños lo hacía sentir como si una mano gélida le estrujara el corazón. Si algún visitante no deseado hubiera intentado desembarcar en la isla, Zoe les habría avisado, pero eso no ayudaba mucho a aplacar la inquietud de Arthur.

—¿Ves algo? —preguntó Linus desde abajo.

—No —respondió Arthur, descendiendo de nuevo.

—¿Dónde se habrán metido? No se marcharían sin pedir permiso, así que no creo que…

Se oyó un golpe sordo procedente de la planta baja, seguido de un fuerte estrépito.

—La cocina —dijeron Arthur y Linus al unísono.

Cuando se acercaron a la escalera que bajaba a la planta principal, se tranquilizaron. Al echar un vistazo por encima de la barandilla, vieron a Phee sentada en el peldaño inferior, con la melena roja como el fuego recogida hacia atrás en una cola de caballo y las alas batiendo veloces tras su espalda. El espíritu del bosque llevaba un pantalón corto y una camiseta verde sin mangas que dejaba al descubierto sus pálidos hombros salpicados de pecas. Poco después de cumplir los doce años, pegó el estirón y creció como uno de sus árboles.

Frente a ella estaba Chauncey, el muchacho amorfo verde con

tentáculos cubiertos de ventosas en vez de brazos. De su cabeza sobresalían unos delgados pedúnculos de treinta centímetros de largo con unos ojos en la punta que botaban de emoción. Llevaba una gabardina ceñida a lo que podía ser la cintura o el pecho, y Arthur y Linus no tardaron en averiguar por qué.

—¿Crees que lo habrán oído? —preguntó Chauncey con una voz que sonaba como si alguien exprimiera una esponja gruesa y empapada sobre un cubo de metal.

—Chsss —dijo Phee—. No hables tan alto.

Sus pedúnculos se encogieron hasta que los ojos quedaron apoyados sobre la parte superior de su cuerpo, muy abiertos y sin parpadear.

—¿Crees que lo habrán oído? —susurró.

—Lo dudo —respondió Phee, tirando del bajo de su gabardina—. Los dos roncan, así que no creo que hayan oído nada.

Linus soltó un resoplido al lado de Arthur, que no se esforzó mucho por disimular su sonrisa.

—Ah —dijo Chauncey—. ¿Y yo, ronco?

—Eres un chico, así que probablemente sí. ¿Dónde vas con esa gabardina?

Él se hinchó como un pavo.

—Vamos en misión secreta. Todo el mundo sabe que a las misiones secretas se va vestido como Dios manda. —Se levantó el cuello del impermeable—. Agente secreto Chauncey, a sus órdenes.

—Creía que querías ser botones.

—Puedo hacer las dos cosas —replicó—. Evitar una catástrofe y llevar tus maletas. Lo leí en un libro. —Sus ojos giraron trescientos sesenta grados—. ¿Puedo contarte una cosa que nunca le había contado a nadie?

—Claro —dijo Phee—. ¿De qué se trata? ¿Te encuentras bien?

Él agitó un tentáculo en el aire.

—Sí, muy bien. Mejor que bien, me encuentro prodigiosamente.

Linus le dio un golpecito con el codo a Arthur.

—¿Lo has oído? —musitó, emocionado—. Mis clases de vocabulario están rindiendo fruto.

—... lo que quiere decir que me encuentro de maravilla o a pedir de boca —explicaba Chauncey cuando dirigieron de nuevo la vista hacia la planta baja.

Phee se rio.

—¿Qué querías contarme?

—Ah, sí —dijo Chauncey—. ¿Te ha pasado alguna vez que vas caminando por el bosque y, de repente, ves un cono de un pino en el suelo, y no hay nadie ahí para decirte que no te lo comas?

—Pues sí, claro, pero…

—¡No fastidies! —jadeó Chauncey—. ¡A mí también! Creía que yo era el único. Eso me consuela.

—¿Te… te comiste el cono?

—Pues sí —dijo Chauncey, orgulloso—. ¿A que no adivinas a qué sabía?

—No tengo la menor idea.

Los ojos de Chauncey se inclinaron hacia delante hasta detenerse a unos pocos centímetros del rostro de Phee.

—¿Te acuerdas de cuando Talia intentó hacer una tarta de pecanas, pero como no nos quedaban le puso caramelos de maíz en vez de pecanas, así que al final la tarta tenía tanto azúcar que Linus dijo que se nos iban a caer los dientes, pero nos la comimos de todos modos y nos pasamos tres días sin dormir porque todos podíamos oler los colores?

—¿El cono sabía igual? —preguntó Phee, frunciendo el ceño.

—No, es que me gusta la anécdota. El cono sabía terrible, y costaba un montón masticarlo.

Phee tosió de una manera que sonaba como si estuviera pugnando por aguantarse la risa.

—¿Te… te lo zampaste entero?

Chauncey parpadeó, primero con el ojo izquierdo, luego con el derecho.

—Pues s-sí… ¿Por qué?

—Los conos femeninos, también llamados piñas, tienen dentro unas semillas comestibles, los piñones —explicó ella—. Son un poco dulces y saben un poco a nuez. En Italia hacen galletas de piñones.

A Chauncey se le oscureció la piel hasta tornarse del color de las agujas de pino.

—¿Me estás diciendo que me comí a una chica? Ay, no. —Alzó los tentáculos y echó la cabeza hacia atrás en un gesto de desesperación—. ¡No era mi intención! Me caí encima de ella y, bueno… ¿se me metió en la boca?

—Ay, madre —murmuró Linus—. No digas nada, Parnassus. Ni una palabra.

—No lo decía en ese sentido —aclaró Phee—. Las plantas pueden ser masculinas o femeninas, pero no como tú y como yo. Están vivas, pero de un modo distinto. Muchas plantas son hermafroditas, lo que significa que son masculinas y femeninas a la vez. Las rosas y las liliáceas, por ejemplo. Cuando digo que son femeninas, solo me refiero a que contienen semillas.

Chauncey parpadeó de nuevo.

—Aaah, ya lo pillo. Así que, si me como una piña, no es como si me comiera a una persona.

—Eh... no.

—Uf, menos mal. —Desvió la mirada, y la piel se le puso de color verde guisante—. Bastante miedo me tienen ya de por sí.

—De eso, nada —farfulló Linus, encaminándose hacia la escalera.

Arthur lo tomó de la muñeca con delicadeza y lo hizo retroceder, sacudiendo la cabeza.

—No dejaré que Chauncey crea que es...

—Lo sé —dijo Arthur en voz baja—. Pero démosle cancha a Phee.

Esta alargó el brazo y tiró de la gabardina para atraer a Chauncey hacia ella. Él la rodeó con los tentáculos y apoyó los ojos encima de su cabeza.

—¿Ha pasado algo?

Chauncey suspiró.

—Puede.

—¿Quieres hablar de ello?

—Puede.

—No tiene que ser ahora mismo, si no te sientes preparado —dijo ella, acariciándole la espalda.

—Es una tontería —masculló él—. Llegó una mujer que llevaba como siete maletas —relató con aire soñador—. Y el señor Swanson... —el jefe de botones del hotel, su máximo ídolo—... estaba ocupado con otro cliente, así que acudí en su ayuda.

—Muy propio de ti —comentó Phee.

—Pero cuando me ofrecí a cargar con su equipaje, se puso a gritar que una babosa marina intentaba robarle sus pertenencias.

—¿Una babosa marina? —dijo Phee—. Por favor. Ya le hubiera gustado.

—Sí, ¿verdad? —dijo Chauncey, liberándose del abrazo—. Pues el señor Swanson la oyó y se acercó. Creía que iba a coger las maletas de la señora, pero en vez de eso ¿sabes qué hizo?

—¿Qué?

—Me dijo que las personas como ella no son bienvenidas en nuestro distinguido establecimiento ¡y luego la echó del hotel!

—¡Huala! —exclamó Phee, expresando la misma estupefacción que Arthur sentía—. Me imagino que eso debió de cabrearla mucho.

—Ya te digo. Creí que iba a explotar —respondió Chauncey—. Entonces el señor Swanson dijo que era hora de almorzar, así que nos comimos unos sándwiches mientras él me hablaba de todos los otros botones que había conocido.

—Pero… —dijo Phee.

—Pero no lo entiendo —continuó Chauncey—. Yo solo quiero ayudar. No puedo controlar mi apariencia. No es culpa mía ser…

—¿La hostia de guapo? —dijo Phee.

Chauncey se quedó mirándola, boquiabierto.

—¿Cómo dices?

—Eres guapo —aseguró ella—. Y, lo que es aún mejor, único. Nunca he visto a alguien con un aspecto como el tuyo. ¿Los ojos? Pfff, madre mía. Son chulísimos. ¿Y crees que los demás sabríamos lucir una gabardina como tú? ¿No te acuerdas de lo ridícula que estaba cuando me probé tu gorra de botones? En cambio, cuando te la pones tú, me entran ganas de hacer una maleta solo para que me la lleves, aunque no me vaya a ningún sitio.

—Se me da bastante bien llevar maletas.

—Ya lo creo —dijo ella—. No puedo asegurarte que no volverá a pasar algo así, pero debes recordar siempre que el problema es de ellos, no tuyo.

—No soy un monstruo —afirmó Chauncey.

—Para nada —dijo Phee—. Eres Chauncey. El mejor Chauncey que he conocido nunca.

—Y soy la hostia de guapo.

—Ya te digo.

—Y puedo comerme todas las piñas que quiera porque no son humanas.

—Salvo porque seguramente lo pasarás mal cuando tengas que hacer caca.

—¡Siempre lo paso bien cuando hago caca, así que eso no me preocupa!

Sonó otro estrépito en la cocina, seguido de la voz de un diablillo que maldecía en un lenguaje de lo más florido que desde luego no había aprendido en esa casa.

—¡Testículos de pollino gangrenosos!

—Sígueme el juego —susurró Arthur, guiando a Linus hasta la mitad del pasillo. Se detuvieron frente a la habitación de Sal. Tras guiñarle el ojo a Linus, Arthur alzó los brazos por encima de la cabeza, estirándose, mientras daba un bostezo tremebundo. Alzando la voz para proyectarla hasta el final del pasillo y escalera abajo, dijo—: Hay que ver lo bien que he descansado esta noche. ¿Y tú, querido Linus?

—¡Ya lo creo! —dijo Linus, casi gritando—. ¡Estoy tan concentrado en lo descansado que me siento, que no me preocupa lo más mínimo el estado de la cocina!

Los dos tuvieron que contener la risa cuando Chauncey se puso a gritar.

—¡A sus puestos! ¡A sus puestos! ¡Ha llegado el momento de pagar el pato!

Se oyó otro estruendo en la cocina, esta vez seguido de los bramidos de Lucy.

—¡Pero aún no estamos listos! ¡Que alguien estrangule el pato!

Cuando Arthur y Linus llegaron a lo alto de la escalera, se encontraron a Phee y Chauncey sonriéndoles desde abajo con una inocencia esplendorosa como el nuevo día.

—Buenos días —saludó Arthur en tono alegre mientras Linus y él descendían los escalones—. Phee, Chauncey, ¿habéis dormido bien?

—De maravilla —balbució Chauncey—. ¡Y, lo que es aún mejor, no estamos haciendo nada ilegal!

—Por el momento —dijo Linus.

Arthur y él se turnaron para abrazar a Phee y a Chauncey, que se aferraron a ellos con fuerza. Cuando terminaron, Linus miró de reojo a Arthur.

—Al parecer el tiempo se nos ha escurrido entre los dedos esta mañana. ¿Vosotros no sabréis nada al respecto, por casualidad?

—¿Quién? ¿Nosotros? —preguntó Phee, pestañeando candorosamente.

—No tenemos idea de a qué te refieres —dijo Chauncey.

—Hmmm —dijo Arthur—. Bueno, supongo que deberíamos ponernos a preparar el desayuno. Linus, ¿por qué no vas a buscar a los otros niños mientras yo me acerco a la cocina y…?

Phee y Chauncey se dirigieron a toda prisa hacia las puertas de la cocina para bloquearle el paso.

—Mejor no —dijo Phee—. Está… ocupada.

Por encima de ellos, a través de los ojos de buey de las puertas dobles, Arthur vislumbró por un instante unas escamas reptilianas que pasaban volando, con lo que parecía un batidor entre las garras. Un instante después, una carita adorable apareció tras una de las ventanas redondas y abrió mucho los ojos. Sal se esfumó al cabo de un segundo.

—¿Cómo que están justo al otro lado de la puerta? —gritó Lucy.

—Se nos va a caer el pelo —dijo Talia, desde algún lugar que no alcanzaban a ver —. ¿Cómo has pringado el techo de masa pastelera?

—Toma, pues apuntando —dijo Lucy.

—¡Ay, no! —exclamó Chauncey—. ¡Acabo de recordar que tenía que hablar con Arthur y Linus de un asunto! ¡Y de otras cosas!

—Dime dos —le pidió Linus, cruzando los brazos.

—Patatas y Portugal —respondió Chauncey enseguida.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Arthur.

—No tengo la menor idea —contestó Chauncey, desinflándose—. Lo siento, Phee. He hecho lo que he podido.

—Claro que has hecho… algo —dijo Phee—. Bueno, nos han pillado, así que más vale que acabemos con esto. —Fulminó con la mirada a Linus y Arthur—. Ha sido una idea colectiva, así que, si nos vais a castigar, tendréis que castigarnos a todos.

—Parece algo serio —dijo Arthur con gravedad.

—Y bastante preocupante —añadió Linus.

—Un momento, por favor —dijo Phee, agarrando a Chauncey del tentáculo y retrocediendo despacio a través de las puertas batientes. Aunque se esforzaba por impedir que Arthur y Linus vieran la cocina, tuvo que abrir las puertas lo justo para que Chauncey y ella pudieran pasar, lo que también permitió a los dos adultos echar un vistazo al interior.

—¿Qué era eso en las paredes? —inquirió Linus cuando las puertas se cerraron.

—Parecía kétchup —dijo Arthur—. ¿A que es genial?

—Creo que tu definición de esa palabra no es la misma que la mía.

—Entonces tal vez tengas que asistir a una clase de vocabulario —repuso Arthur para chincharlo.

Dentro se oía una conversación en voz baja, aunque, dado que procedía de un grupo de seis niños en su estado natural, tal vez «en voz baja» no sería la expresión más adecuada.

—¡Lo saben! —susurró Chauncey—. Están justo ahí fuera y lo saben todo. Estamos perdidos.

—Lucy —dijo Phee—, ¿qué narices has hecho con las encimeras?

—Me estaba costando cascar los huevos —explicó Lucy—. Y entonces ha entrado Calíope, y ahora hay unas huellas de gato pegajosas en el suelo.

—¿Y cómo han llegado hasta el techo? —preguntó Chauncey.

—He invertido la gravedad sin querer cuando intentaba medir la mantequilla.

—Ah —dijo Chauncey—. Normal. Seguro que eso le pasa a mucha gente, porque cocinar es difícil.

Theodore soltó un sonoro gorjeo.

—Theodore tiene razón —dijo Sal—. Debemos responsabilizarnos del desastre que hemos hecho.

—Tú no has hecho ningún desastre —dijo Talia—. Ha sido Lucy. Y yo también, porque no es justo que él acaparara todos los huevos que había que romper.

—No los he acaparado. ¡Te he dado uno para que lo cascaras, y lo has estampado contra la pared!

—No —replicó Sal—. Estamos juntos en esto.

—Eso —convino Chauncey—. Que nos castiguen a todos. ¿Quién está conmigo? ¿Por qué nadie levanta el tentáculo?

Theodore emitió dos chasquidos guturales seguidos de un gruñido grave, y los niños prorrumpieron en carcajadas.

—Sí, eso es lo que haría Linus, ¿verdad? —dijo Phee—. Y seguro que además se pondría como un tomate.

Linus resopló por lo bajo.

—Qué infundio.

—Pues un poco rojo sí que estás —musitó Arthur—. ¿Te

encuentras mal, mi querido Linus?

—Es culpa tuya que se crean tan graciosos.

—Phee —dijo Sal—, tú ve a distraerlos hasta que terminemos. Los demás vamos a intentar limpiar esto lo mejor posible. Cuanta más prisa nos demos, antes acabaremos.

Phee salió con disimulo por las puertas dobles y desplegó una amplia sonrisa.

—¡Hola! —soltó como si ellos no hubieran oído hasta la última palabra—. Gracias por vuestra paciencia. Sois muy amables.

—Estupendo —dijo Arthur—. ¿Podemos entrar en la cocina en este mismo instante?

—Em... —dijo Phee echando una ojeada por encima del hombro —. No..., por el momento. ¡Ah! Ahora que me acuerdo, Linus, quería preguntarte algo muy muy importante. No he podido pensar en otra cosa en el último minuto, más o menos.

—Nos tienes en ascuas —dijo Arthur.

—Ya —dijo Phee—. Bueno, verás. —Hizo un gesto de dolor cuando algo cayó al suelo en la cocina. Antes de que Arthur hiciera algún comentario al respecto, Phee barbotó (en voz bastante alta)—: ¡Tus órganos!

Linus soltó un quejido.

—¿Otra vez eso? ¿Cuántas veces tengo que decirle a Talia que, por más que insista, no voy a firmar una orden de no reanimación ni una autorización para que ella me extraiga el hígado, los riñones y los pulmones? No sé de dónde ha sacado esa idea de que mis órganos ayudarían a sus rosales a crecer mejor, pero eso no va a pasar.

—Es lo que le he dicho yo —aseguró Phee—. Y luego le he recordado que solo es cuestión de tiempo, así que ¡todos ganan!

Arthur bajó la voz.

—Hemos oído tu conversación con Chauncey.

Phee se revolvió, incómoda. Era la más enigmática de todos los niños. Quería a sus hermanos y les daba todo su apoyo. Arthur sabía que era compasiva, bondadosa y bastante picajosa. Dicho esto, seguía costándole aceptar cumplidos o ser el foco de atención. Era muy difícil mantener el equilibrio con Phee. Si él se pasaba con los elogios, ella se encerraba en sí misma, le restaba importancia al asunto y cambiaba de tema. Arthur se había impuesto la misión de decirle al menos una vez al día lo orgulloso que estaba de ella.

—No ha sido nada del otro jueves. Chauncey necesitaba hablar con alguien, y yo estaba ahí, a mano. Cualquier otro habría hecho lo mismo. —Se encogió de hombros, desviando la mirada.

—Tal vez —dijo Arthur—, pero Chauncey no ha acudido a mí para hablar de ello. Tampoco a Linus ni a ninguno de los demás. Ha acudido a ti, Phee. Te confía sus alegrías, pero también sus problemas.

—No debería tener problemas —replicó Phee—. Se suponía que las cosas iban a mejorar. Vosotros dijisteis que mejorarían. —Se abatió antes de que ellos pudieran responder—. Perdón —murmuró—. Eso ha sido injusto.

—De injusto, nada —repuso Linus—. Es verdad que os dijimos eso. Y me gustaría poder darte una respuesta mejor que la de que estas cosas llevan su tiempo. Lo siento. —La tomó de la mano.

Cuando Phee alzó la vista hacia Linus, a Arthur le impresionó la ternura de sus ojos, un resquicio en su armadura inexpugnable. De vez en cuando, ella les concedía el honor de dejarles entrever a la niña que llevaba dentro, y Arthur atesoraba esos momentos como hacía Theodore con sus botones.

—Gracias, Linus. Eres buena gente.

Él le dio un apretón suave en la mano.

—Por ti, lo que haga falta. Y ahora, ¿podemos entrar en la cocina, o vas a...?

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, Lucy pegó un grito de puro júbilo.

—¿De verdad sabes escupir fuego? ¡La leche, Theodore! ¡Achicharrémoslo todo!

—Es el momento de intervenir —dijo Arthur.

—Eso nos pasa por dormir hasta tarde —masculló Linus—. Justo cuando uno cree que ha recuperado un poco de sueño, resulta que a alguien le da por escupir fuego.

# Dos

Arthur se abrió paso entre las puertas de la cocina tan deprisa que estas rebotaron contra la pared. La conversación cesó de inmediato y todos se quedaron paralizados.

En primer lugar, estaba Lucy, que arrastraba una silla de un lado a otro de la cocina, con la lengua asomando entre los dientes en un gesto de concentración. Tenía los ojos bordeados de rojo (como solía ocurrirle cuando se entregaba a alguna actividad potencialmente peligrosa) y los remolinos que le sobresalían a ambos lados de la cabeza semejaban cuernos negros hechos de pelo. Llevaba un delantal rosa de volantes sobre un raído pantalón corto de cuadros y una camisa blanca holgada.

Luego estaba Talia, una gnoma de jardín baja y rechoncha con al menos una docena de huevos en las manos. Su exuberante barba blanca le colgaba sobre el pecho, con el extremo curvado en un pequeño bucle. Sobre su cabeza se alzaba un picudo gorro rojo con la punta torcida hacia la izquierda, y un rizo de su cabello blanco le caía sobre la frente. Llevaba un chaleco azul con un cinturón negro en torno a la cintura, un pantalón marrón y unas botas de trabajo negras que le llegaban hasta la rodilla y estaban salpicadas de lo que parecía yema de huevo. La piel que tenía a la vista —la del rostro y la de las manos— estaba bronceada, prueba de las horas que se pasaba en el jardín. Sus labios de color cereza formaron una O mientras los ojos azules se le entrecerraban.

Después estaba Sal, su cambiaformas residente, que podía pasar de ser un muchacho a transformarse en un perro diminuto y peludo en un pispás. A sus quince años, Sal era el mayor de los niños de la isla, el más admirado por los demás. Aquel chico que había sido tan callado en otro tiempo estaba madurando y hacía oír su voz cada vez más como prolongación de las palabras que plasmaba en unas páginas que nunca dejaban de cautivar a quien fuera tan afortunado de leerlas. Era alto —había alcanzado en estatura a Linus, para su disgusto— y,

aunque saltaba a la vista que estaba en la adolescencia (y se lamentaba de las espinillas en la nariz y los granos en la frente, pese a que le salían pocos), tenía alma de anciano, y casi nada escapaba a sus ojos negros. Él también llevaba pantalón corto —color canela—, además de una camisa de manga corta —de un amarillo cálido— con botones de presión en forma de perla que resaltaban su tez oscura. Últimamente llevaba el cabello más largo y recogido en un moño apretado que Zoe le había enseñado a arreglarse.

Chauncey estaba sentado dentro de un cubo de fregar en el suelo, cerca de Sal, con una pompa de jabón en lo alto de la cabeza, entre los pedúnculos de los ojos. Más arriba, sentada sobre la encimera, junto al fregadero, estaba una felina maquiavélica, Calíope, meneando la cola de forma inquietante y lamiéndose masa pastelera de la pata delantera derecha, con una mirada desdeñosa fija en Arthur.

Por último, estaba Theodore, con las fauces abiertas de par en par de modo que dejaban al descubierto sus hileras de afilados dientes de guiverno. Se encontraba en el suelo, con las alas desplegadas, la cabeza echada hacia atrás y humo saliéndole de los largos y estrechos orificios nasales. Cuando vio a Arthur, cerró las mandíbulas con un chasquido y se tragó lo que fuera que estaba a punto de expeler. Un instante después, eructó una fumarada negra y comenzó a agitar las alas como desesperado en un vano intento de disiparla para borrar la prueba.

—Esto… —dijo Lucy—. ¿Puedo explicarlo todo?

—No lo sé. ¿Puedes? —dijo Arthur en un tono no muy severo, mientras Phee y Linus se parapetaban tras él—. Porque me ha dado la impresión de que intentas usar a Theodore para provocar incendios.

—¡Eso es justo lo que estaba haciendo! —saltó Lucy—. Qué bien me conoces. No necesitamos esta silla, ¿verdad? Es de Linus, pero me dijo que le gusta comer de pie.

El mencionado soltó un bufido.

—Yo nunca he dicho eso.

—¿Es eso cierto, Theodore? ¿Puedes echar fuego? —dijo Arthur. Theodore comenzó a emitir gruñidos y clics, extendiendo las alas y cabeceando. El hombre escuchó con atención la explicación del guiverno de que unos días atrás había amanecido con una luminosidad en el pecho que nunca había sentido antes. Al principio, no le había prestado mucha atención, pero le producía una sensación de picor,

como si le vibrara la piel. No se lo había comentado a nadie porque creía que se le pasaría sola.

No fue hasta esa misma mañana cuando, al despertarse, desperezarse y bostezar, había escupido una pequeña llama. Con sus chasquidos y trinos, aclaró que no le había dolido, sino que, por el contrario, le había dado gustito, como cuando se estira un músculo entumecido. Planteó una pregunta para la que Arthur no tenía respuesta, pese a todo lo que había visto y hecho en la vida.

—No lo sé —dijo, dándose unos golpecitos con el dedo en la barbilla—. Yo creía que los guivernos, aunque descienden de los dragones, no podían arrojar fuego. Linus, ¿tú has oído hablar alguna vez de un guiverno capaz de lanzar llamas por la boca?

—No —respondió Linus desde detrás de él—. La verdad es que Theodore es el único guiverno que conozco, pero tenía entendido que la evolución no los había dotado de la facultad de escupir fuego, por carecer de la glándula que secreta la sustancia oleosa necesaria para la combustión.

—Es verde —dijo Chauncey desde su cubo de fregar—. Como yo.

—Fuego verde —dijo Arthur—. ¿Puedes controlarlo?

Después de una breve vacilación, Theodore asintió.

Arthur retrocedió un paso.

—Hazme una demostración, si te sientes con ganas.

Theodore se puso a hacer cabriolas sobre las patas traseras y sonó el repiqueteo de sus garras contra las baldosas del suelo mientras giraba, claramente entusiasmado por la idea. Agitó el ala derecha para indicarles que se apartaran a fin de dejarle suficiente espacio. Linus, por su parte, opinó que tal vez un recinto cerrado no era el lugar idóneo para una demostración de esa índole, pero quedó patente que estaba en franca minoría cuando todos (incluido Arthur) lo abuchearon. Entonces él les recordó el último incidente relacionado con el fuego que se había producido en un recinto cerrado (el cumpleaños de Talia; demasiadas velas y muy pocos extintores).

—Y por eso creo que deberíamos considerar la posibilidad de salir para...

Fue más o menos en este momento cuando Theodore echó la cabeza hacia atrás con los ojos entornados. Una onda de luz iridiscente recorrió las escamas negras de su lomo en dirección a la cabeza. Cuando el guiverno abrió las fauces, Arthur percibió un olor

reconfortante y familiar a humo y llamas, y de pronto una llamarada verdosa brotó de la garganta de Theodore hasta una distancia de por lo menos metro y medio, envuelta en un calor abrasador. El fogonazo duró solo unos segundos antes de extinguirse, pero saltaba a la vista que Theodore estaba muy satisfecho de sí mismo, pues sacó pecho y se puso a dar saltitos de una pata a otra mientras le brotaba humo de entre las mandíbulas.

Su satisfacción se desvaneció cuando la pancarta colgada encima de la mesa se prendió y empezó a quemarse. Arthur giró en redondo, alzó la mano y absorbió en la palma el fuego, que formó una esfera crepitante que se apagó cuando cerró los dedos sobre ella.

—Bien hecho, Theodore —dijo Arthur, con el grado justo de admiración.

—¡Otra, otra! —gritó Lucy, lanzando puñetazos al aire.

—Y esa es la razón por la que no escupimos fuego dentro de casa —dijo Linus con los brazos en jarras—. ¿Crees que puedes...? Ya te vale... —Frunció el ceño—. ¿Por qué hay un cartel por encima de la mesa que dice «Feliz Cump»?

—Tenía que decir «cumpleaños» —explicó Sal, rascándose el cogote.

—A mí me gusta más cump —dijo Talia, tirando los huevos en el cubo de fregar, lo que llevó a Chauncey a proclamarse una sopa de huevo—. Suena chorra y genial, como Lucy.

—¡Feliz cump! —graznó Lucy.

—Ya sabía yo que esto no iba a salir bien —masculló Phee.

—Ahí va —susurró Chauncey con los huevos flotando en torno a él—. ¿Y ahora qué vamos a cantar? Lo de «cump» no funciona con la canción del cumpleaños feliz. Cuuuuuump feliiiz. ¿Lo veis? No encaja.

Linus sacudió la cabeza.

—Hoy no es el cumpleaños de nadie. El más próximo es el de Chauncey, en agosto.

Arthur cerró los ojos al comprender de repente de qué iba todo aquello. El estropicio en la cocina —pues, en efecto, había masa pastelera en las paredes y el techo, además de huellas de gato— era un pequeño precio que valía la pena pagar por lo que los niños habían hecho por sí mismos.

Abrió los párpados cuando Sal habló.

—Es tu cumpleaños, Linus.

El aludido se rio.

—¿Qué? Claro que no. Mi cumpleaños es en… —Movió los labios en silencio mientras echaba cuentas con los dedos—. Un momento. ¿Qué día es hoy?

—Es ocho de junio —murmuró Arthur—. Tu cumpleaños.

—Mi… —Linus paseó la vista por la cocina. La pancarta de «Feliz cump» aún humeaba un poco, pero debajo, la mesa estaba puesta para todos. En el centro, había una fritada: fuentes con salchichas chamuscadas, beicon medio chamuscado, huevos fritos (con trozos de cáscara), un plato de alubias con panceta que aún conservaban la forma de la lata en la que venían, tomates y champiñones del huerto de Talia y una pila de tostadas con el borde roído por cierto muchacho de naturaleza reptiliana.

—¿Todo esto lo habéis hecho por mí? —musitó Linus, llevándose la mano al cuello.

—Ha sido idea mía —dijo Talia—. No hay de qué.

—Pero todos hemos colaborado —dijo Sal mientras Theodore trepaba por su costado para encaramarse sobre su hombro, como de costumbre—. Todo el mundo ha desempeñado una función.

—Phee y yo éramos los centinelas —dijo Chauncey, con los ojos botando—. Lo hemos hecho genial, de nada.

—No teníais por qué molestaros —dijo Linus con una sonrisa llorosa.

—No es solo por tu cumpleaños —dijo Talia, tomándolo de la mano para llevarlo hacia la mesa. Lucy le empujó la silla contra la parte de atrás de las piernas, lo que lo obligó a sentarse con brusquedad.

—¿Qué otro motivo hay? —preguntó Arthur, quitándole la escoba a Sal y haciendo señas a los niños para que tomaran asiento en torno a la mesa. El estropicio podía esperar. Chauncey salió del cubo de fregar y anunció que renunciaba a ser sopa, por el momento, pero que le gustaría volver a probarlo al día siguiente.

—Es una fiesta de despedida —dijo Phee.

Arthur se quedó inmóvil frente al armario. Respiró hondo y, tras guardar la escoba, dio media vuelta. Todos estaban sentados: Linus en un extremo de la mesa alargada; Lucy, Phee y Talia a su derecha; y Chauncey, Sal y Theodore a su izquierda. Aparte del sitio reservado para Arthur, en la cabecera de la mesa, había dos cubiertos más: uno

al lado de Talia, y el otro junto a Theodore.

—Una fiesta de despedida —dijo—. Ya veo. —Caminó alrededor de la mesa, dando a cada uno de ellos una suave palmada en el hombro antes de ocupar su silla y apoyar las manos entrelazadas junto a su plato vacío.

—¿Nos montáis una fiesta de despedida solo porque vamos a estar fuera unos días? —inquirió Linus. A pesar de su tono tranquilo y despreocupado, Arthur lo conocía lo bastante bien para percibir el trasfondo de preocupación en sus palabras. Él también estaba algo preocupado, aunque tal vez no por las mismas razones. Sí, a Linus le angustiaba la idea de separarse de los niños, aunque solo fuera durante tres días. Saldrían al día siguiente y, si todo iba bien, volverían el miércoles. Por otro lado, hacía menos de un año que Linus se había instalado en la isla. Hacía mucho más tiempo que Arthur no había estado en ningún otro lugar, por lo que pensar en salir al mundo, más allá de la isla y la aldea, le producía un nerviosismo poco habitual en él. Lo que estaban (lo que él estaba) a punto de hacer era algo que nadie había intentado antes, al menos con la transparencia con que él pretendía proceder. Podían salir mal muchas cosas.

—Nunca nos habíais dejado solos —dijo Lucy, intentando ensartar una salchicha, que salió disparada hacia el otro lado de la mesa hasta que Theodore la pescó en el aire—. ¿Y si pasa algo que me obliga a ser maligno y apoderarme del mundo?

—No os vais a quedar solos —dijo Arthur—. Estaréis con...

—Nosotras —dijo una voz desde la entrada de la cocina. Al volverse, vieron a Zoe Chapelwhite reclinada contra el marco de la puerta. Las flores del cabello, de pétalos gruesos y coloridos, estaban abiertas. Llevaba un vestido de color violeta con un motivo floral rosa a lo largo del dobladillo, y las manos en los amplios bolsillos. Sonriendo, le guiñó un ojo a Arthur.

—Ay, madre —dijo otra voz—. ¿Feliz cump? Esa es nueva.

Helen Webb apareció tras Zoe y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. La alcaldesa —y propietaria de la tienda de jardinería favorita de Talia— se había hecho un hueco en aquella casa. Arthur aún recordaba a aquella chica bajita de ojos grandes y hermosos que le había servido un helado cuando era niño. Ahora, era una mujer rellenita de aspecto agradable que, como siempre, iba

vestida con un peto vaquero, una arrugada camisa de trabajo y unas botas parecidas a las de Talia.

Los niños las saludaron a gritos, y el barullo le arrancó una risita a Arthur. Dudaba que pudiera acostumbrarse de nuevo al silencio en que vivía antes, cuando estaba solo con Zoe, y un sueño sin cumplir.

—Nos quedaremos con vosotros —anunció Zoe, sentándose junto a Arthur y Phee. Helen acarició a Calíope, que estaba echada en el alféizar de la ventana situada sobre el fregadero. La gata no le prestó la menor atención y la dejó hacer durante más rato de lo normal hasta que alzó la pata y la posó en el dorso de la mano de Helen para apartársela, como diciendo «gracias, pero ya está bien».

—Así es —corroboró Helen al tiempo que ocupaba el último asiento vacío—. Y lo pasaremos pipa. Si necesitáis algo, lo que sea, no tenéis más que pedirlo. Zoe y yo nos ocuparemos de ello.

—¿Lo que sea? —preguntó Lucy con dulzura.

—Dentro de lo razonable —dijo Arthur.

—Pues vaya caca —refunfuñó Lucy, agarrando una tostada y masticando con aire sedicioso.

—¿Podemos dormir en tu casa? —le preguntó Chauncey a Zoe—. Ahora me toca a mí acostarme en la hamaca del árbol.

—No es verdad —dijo Talia—. A ti te tocó la última vez. Ahora me toca a mí.

Arthur se aclaró la garganta de forma ostentosa.

—O también podríamos compartirla —dijo Talia.

—¡Ostras, pues sí! —exclamó Chauncey, bajando la vista hacia las alubias con panceta e inspeccionando la torre en forma de lata—. Pero acuérdate de que ahora segrego tinta. Según Lucy se trata de poluciones nocturnas, lo que me parece una forma graciosa de expresarlo porque no siempre me pasa de noche.

—Lucy... —lo reconvino Linus con severidad.

—Haced el favor de comer —dijo Arthur—. Tenemos mucho de que discutir, y creo que nos resultará más llevadero con el estómago lleno.

—¿Por qué sangra el beicon? —preguntó Zoe.

—No es sangre —dijo Sal—. Lucy quería usar sangre de verdad, pero no sabíamos cómo conseguirla de forma legal, así que he mezclado sirope de maíz con sirope de chocolate y colorante alimentario rojo.

Lucy puso los ojos en blanco.

—Yo sé dónde conseguir sangre de verdad, pero Arthur me prohibió volver a hacerlo.

—En efecto —se limitó a decir Arthur.

—Desde luego, esta comida tiene una pinta... más o menos comestible —dijo Linus—. Arthur, ¿quieres hacer los honores con el beicon?

—No, por Dios —dijo Arthur—. Al fin y al cabo, es tu cump. Te corresponde a ti probar el primer bocado.

—Insisto.

—¿De veras? Qué detalle por tu parte. Me temo que yo debo insistir aún más.

—Mirad cómo se pelean por mi comida —dijo Lucy, asombrado—. Seguro que eso es lo que se siente al ser Dios. Dato curioso: hay personas que van a misa y se comen a Cristo y se beben su sangre como parte de un ritual. ¿A que es interesante?

—Cielo santo —susurró Chauncey—. Me limitaré a comer piñas de coníferas, si no te importa.

—Interesantísimo —dijo Linus—. Supongo que probaré un poco de beicon.

—¡Marchando una víscera sanguinolenta! —dijo Talia, pinchando un trozo con el tenedor y levantándolo de la bandeja. Se lo pasó a Phee, que olisqueó la carne y torció el gesto. A continuación, se la entregó a Lucy, que lo colocó a su vez en el plato de Linus.

Este jugueteó con el trozo por un momento hasta que Lucy se inclinó hacia él.

—Lo he preparado con amor —dijo en un susurro bien audible.

Con el rostro crispado, Linus respiró hondo por la nariz, exhaló por la boca y se llevó el beicon a los labios. Lucy seguía con atención todos sus movimientos, abriendo los ojos cada vez más, mientras Linus tomaba un pequeño mordisco con aprensión. Masticó despacio, al tiempo que incontables emociones se sucedían en su rostro: espanto, asco y confusión, que cedieron el paso de inmediato a la sorpresa, otra vez al asco y luego a algo muy semejante a una resignación teñida de melancolía.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? —quiso saber Lucy.

Linus tragó con dificultad, mientras la nuez le subía y le bajaba por la garganta.

—Sorprendentemente comestible. —Dicho esto, se comió otro bocado—. Gracias.

—¡Vísceras sanguinolentas para todos! —exclamó Lucy, dando comienzo al desayuno de cump.

Cuando ya habían consumido parte de la comida, Arthur carraspeó, lo que atrajo todas las miradas, incluida la de Calíope, que se había acomodado en el regazo de Sal.

El hombre eligió sus palabras con cuidado.

—Como sabéis, Linus y yo estaremos de viaje durante los próximos días, así que quiero asegurarme de que tengáis claro lo que vamos a hacer.

—Vas a prestar declaración ante el Gobierno —dijo Phee.

—Así es. Me han pedido que presente un testimonio sobre la época que pasé en la isla siendo un niño.

Theodore planteó una pregunta con un solo clic: «¿Por qué?».

—Porque… —Tras una pausa, continuó—. Porque mientras exista una posibilidad de que alguien me escuche y aprenda del pasado, debo aprovecharla. Conocéis mi historia en esta la isla y sabéis que me crie en esta misma casa. También sabéis… cómo terminó.

—En el sótano —dijo Sal en voz baja.

Lo asaltó un recuerdo —de sí mismo gritando hasta quedarse ronco, en medio del rugido de las llamas y de una humareda densa y tóxica—, pero Arthur no intentó ahuyentarlo. Dejó que se asentara en su mente, le dejó espacio para respirar y, aunque sentía en su interior el abejorreo sordo de una ira contenida desde hacía décadas, esta, más que abrasarlo por dentro, ardía a fuego lento. Los niños no estaban enterados de todo lo que había ocurrido durante su estancia en la isla, pero sí de lo suficiente.

—Sí, el sótano. Sin embargo, no fue solo eso, sino esta casa, esta isla, las personas al mando que creían saber qué era lo mejor para todos los demás. Pero se equivocaban.

—A pesar de todo, volviste —dijo Talia.

—Sí —convino Arthur—, porque creía, y sigo creyendo, que los lugares, como las personas, pueden llegar a ejercer poder sobre ti si se lo permites, un poder inmerecido que les da derecho a decidir cómo hay que tratar a los demás simplemente por ser quienes son. ¿Sabéis lo que es el trauma transgeneracional?

—Es cuando a un grupo de personas le pasa algo malo —dijo Sal

— y eso afecta también a las generaciones siguientes.

—Muy bien, Sal. Tu definición es correcta. Tal vez le faltan algunos matices, pero, para los propósitos de esta conversación, nos valdrá. —Miró a Linus, que estaba sentado al otro lado de la mesa y asintió con una sonrisa cariñosa—. Sufrí malos tratos cuando era niño, pero no fui ni por asomo el único. Todos lo habéis experimentado en carne propia, de un modo u otro. Me encantaría poder borrar esa parte de vuestro pasado, pero no puedo. Y, aunque pudiera, no sé si tendría derecho. Sois algo más que la suma de vuestras circunstancias, pero vuestro pasado os pertenece. No me atrevería a arrebataros algo a lo que tal vez no queréis renunciar, incluso aunque os duela pensar en ello. Así que me inclino por la segunda mejor opción: hacer oír mi voz para llamar la atención, no solo sobre esta isla, sino también sobre quienes aún no hayan encontrado su hogar.

—¿Vas a hablar de nosotros? —preguntó Phee.

—Así es —dijo Arthur—. No entraré en muchos detalles, pero creo que es importante que la gente sepa lo lejos que ha llegado cada uno de vosotros. Pero no temáis, queridos niños, os aseguro que vuestros secretos están a salvo.

—Quiere presumir de vosotros —dijo Helen—. Lo que pasa es que es demasiado modesto para reconocerlo.

Arthur soltó un resoplido.

—Sí, supongo que tienes razón. Es verdad que quiero presumir de todos y cada uno de vosotros. De las palabras de Sal, la labor de Chauncey como botones, los extraordinarios conocimientos musicales de Lucy, los árboles de Phee y el jardín de Talia. Estoy seguro de que ningún otro guiverno ha acumulado un tesoro tan magnífico como el de Theodore.

—La verdad es que somos la repera —convino Chauncey—. Tienes mi permiso para decirles que ahora segrego tinta.

—Tomo nota —dijo Arthur con sequedad—, pero esto no va sobre mí, ni siquiera sobre nosotros, sino sobre los seres mágicos en general y los avances que queremos introducir en la sociedad, los cambios que hay que llevar a cabo, las leyes que tienen que revocarse para crear un mundo donde cada uno tenga la libertad de hacer con su vida lo que desee.

—Parece una tarea titánica —dijo Talia, atusándose la punta de la barba, cosa que acostumbraba a hacer cuando estaba muy

concentrada.

—Sí, lo parece —dijo Arthur—, porque lo será. —Posó la vista en cada uno de ellos—. Voy a ser sincero con vosotros: no nos espera un camino fácil. Diga lo que diga, digamos lo que digamos, siempre habrá quienes se nieguen a aceptar la verdad. Se rodean de personas que piensan lo mismo que ellos, lo que da lugar a una cámara de eco de la que resulta casi imposible escapar, un bucle de retroalimentación que nunca cesa. Tenemos que...

—¿No hacemos nosotros lo mismo? —preguntó Sal de pronto, con lo que atrajo todas las miradas. Avergonzado, empezó a encorvarse en su asiento, pero se detuvo antes de hundirse del todo. En vez de encogerse al máximo, se puso derecho y enderezó los hombros.

—Explícate, Sal, si eres tan amable.

El aludido bajó la vista a su plato, agarró un tenedor y comenzó a empujar de un lado a otro los restos de su desayuno.

—Vivimos rodeados de personas que piensan como nosotros. Todos queremos más o menos lo mismo. ¿Eso no es una cámara de eco? ¿Qué nos diferencia de ellos?

—Excelente reflexión —dijo Arthur, y Sal se sonrojó, con los labios temblorosos—. Me parece que no te he comentado hoy lo impresionado que estoy contigo. Tienes razón. Y, justo por eso, nuestra verdad debe salir de esta casa y llegar hasta los oídos de aquellos de quienes no nos fiamos lo suficiente para contársela. Aun así, prefiero imaginar que estamos a la orilla de un lago gigantesco en un día sin viento. La superficie permanece tranquila hasta que uno de nosotros, por ejemplo tú, Sal, coge un guijarro y lo lanza al agua. ¿Qué ocurre entonces?

—Se forman ondas —respondió Phee.

—Exacto —dijo Arthur—. ¿Y qué pasaría si tú, Phee, cogieras otro guijarro y lo arrojaras junto con el de Sal? ¿Y si los demás hicierais lo mismo? Las ondas chocarían entre sí y se propagarían en nuevas direcciones, haciéndose más grandes a medida que más gente tirara guijarros. Y, si continuáramos así, ¿hasta dónde llegarían las ondas?

Sal asintió.

—No hay que parar de lanzar guijarros hasta que alguien nos escuche.

—No sé por qué no les tiramos los guijarros a ellos —farfulló Talia—. Menudo despilfarro de piedras.

—Porque la violencia nunca es la respuesta —dijo Arthur.

Talia sonrió con dulzura.

—Pero podría ser la pregunta.

—Podría —admitió Arthur—, pero creo que la mejor arma con la que contamos es nuestra voz. Y yo voy a alzar la voz por vosotros, y por mí. El odio hace mucho ruido. Nosotros haremos más.

—Pero ¿y si no nos escuchan? —preguntó Phee—. ¿Y si no les importa lo que tengamos que decir? ¿Y si vienen para intentar trasladarnos de nuevo?

—No llegarían muy lejos —dijo Zoe, con las flores del cabello abriéndose y cerrándose—. La isla me pertenece tanto como yo a ella. Como alguien venga con la intención de arrancar a alguien de su hogar, se dará de bruces contra la dura realidad.

Arthur asintió.

—Además, tenemos que intentarlo porque, si no lo hacemos nosotros, nadie más lo hará.

No le pasó desapercibida la mirada furtiva que intercambiaron Helen y Zoe.

Theodore soltó un chasquido y un gruñido, con la lengua serpenteante asomando entre sus labios y los ojos brillantes.

Arthur cerró los párpados, respiró hondo y soltó el aire lentamente. Cuando volvió a abrirlos, advirtió que todos lo observaban, aguardando su respuesta. Esbozó una sonrisa afable.

—No, Theodore —dijo—. No creo que eso afecte a la solicitud de adopción.

—Porque quieres ser nuestro papá —dijo Chauncey con una sabiduría inesperada.

—Así es —dijo Arthur—. No hay nada que desee más en el mundo.

—¿Saldrás por la radio? —quiso saber Phee.

—Sí —dijo Arthur—. Y sé que querréis escucharlo, pero no estoy seguro de que sea una buena idea.

—¿Por qué? —preguntó Talia—. Si vas a hablar de nosotros, deberíamos escuchar para asegurarnos de que describes bien mi jardín. No olvides mencionar mis begonias. Estoy muy orgullosa de ellas.

—Y no es para menos —dijo Linus, mirando a Arthur, que asintió—. Pero la situación puede ponerse… complicada. Algunas de las preguntas que le harán a Arthur pueden parecer injustas, o incluso irrespetuosas. Aunque él y yo ya estamos mentalizados para ello, eso no facilitará las cosas. —Sonrió—. Si todo va bien, cuando regresemos, nos acompañará alguien más.

—David —dijo Sal.

Talia alzó la vista al techo.

—Tenía que ser otro chico. Demasiados penes en esta casa.

—Yo no tengo pene —dijo Chauncey—. Es más bien una cloaca.

—¿Cómo que una cloaca? ¿Una alcantarilla? —preguntó Phee.

—No, es una cosa que…

—No sé si es necesario que hablemos de nuestros genitales mientras estamos comiendo —dijo Linus.

—A mí no me importa —dijo Chauncey—. Me gusta mi cuerpo. Es blandito.

Helen acudió al rescate.

—David, sí. Espero que estéis tan ilusionados como yo por conocerlo. Por lo que me han contado, ha empezado a… brillar al cuidado de las personas con las que está. Solo diré que creo que encajará como un guante en vuestro grupo.

—Eso me ha sonado a amenaza —murmuró Linus.

Theodore gorjeó una pregunta, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—No lo sé —dijo Arthur—. Por el momento, no está incluido en la solicitud de adopción porque no sabemos si querrá quedarse. Tal vez esto no sea más que una escala en su viaje, en cuyo caso, lo acogeremos con los brazos abiertos de todos modos y procuraremos que su estancia aquí sea tranquila. Por eso llevamos semanas trabajando duro por dejar su habitación a punto. Tener un espacio propio es un primer paso muy importante. No puedo decir mucho más salvo que ya iremos viendo cómo se desenvuelve día a día.

Cuando el temporizador del horno tintineó, a Lucy se le iluminó el rostro.

—¡Mis bollos de miel! ¡Bien, bien, bien! —Se apartó de la mesa empujándose con las manos y volcó su silla antes de acercarse al horno dando saltitos.

Y esto puso punto final a la conversación.

Después de limpiar la cocina rápidamente, los niños obligaron a Linus a prometer que cerraría los ojos y no los abriría mientras ellos preparaban su regalo de cump. Él apretó con fuerza los párpados y se agachó para que Lucy agitara las manos frente a su cara a fin de demostrar que no veía ni torta. El muchacho le pidió lo mismo a Arthur.

Los chiquillos encabezaron la marcha, seguidos por Zoe, que guiaba a Linus de la mano, y Arthur, que cerraba la comitiva asido a las caderas de Linus.

Cuando llegaron al salón, aún con los ojos cerrados, Zoe (siguiendo las instrucciones de Sal) los colocó de cara a lo que Arthur suponía que era la chimenea. En la oscuridad, agarrado de la mano de Linus, oyó a Lucy y Talia discutir sobre cuán larga debía ser la cuenta atrás para permitir que Linus abriera los ojos. Lucy quería empezar desde tres; Talia, desde cinco millones. Como solución intermedia, acordaron empezarla desde siete.

—¿Listos? —dijo Talia—. Siete. Seis.

Los demás se unieron al conteo.

—Cinco. Cuatro...

—¡Tresdosuno! —gritó Lucy.

Arthur aguardó un instante para que Linus abriera los párpados antes que él. Después de todo, era su cump. Y supo que había tomado la decisión correcta cuando Linus soltó un grito ahogado y le dio un fuerte apretón en la mano. En cuanto Arthur abrió los ojos, vio ante sí el regalo, colgado encima de la chimenea.

Varios retratos enmarcados formaban lo que parecía un círculo perfecto. Los marcos eran de madera, ovalados y blancos con flores rosas pintadas. Los lados derecho e izquierdo del círculo se componían respectivamente de tres fotografías en las que aparecía Linus con cada uno de los niños: Sal y Linus leyendo juntos; Lucy y Linus en pijama, bailando al ritmo de la música de Bessie Smith con las manos en alto; Talia y Linus a cuatro patas en el jardín junto a un montón de malas hierbas; Chauncey y Linus delante del hotel de la aldea, el primero con la gorra de botones garbosamente inclinada hacia un lado sobre la cabeza; Theodore y Linus con la cabeza debajo del sofá y el culo en

pompa, la cola del guiverno capturada en pleno vaivén; Phee y Linus paseando de la mano por el bosque, el segundo ataviado con su atuendo de explorador.

La parte inferior del círculo parecía desentonar un poco con el resto; era como si faltara un retrato, impresión que se veía reforzada por el hecho de que la fotografía de la parte superior era más larga que las demás. El marco de abajo del todo contenía una imagen de Zoe, de pie con los niños frente a la casa, en la que todos sonreían de oreja a oreja. En la foto colocada en lo alto del círculo, Linus y Arthur, en primer término, bailaban en casa de Zoe mientras los niños los contemplaban desde el fondo.

Maravilloso. Aquello era maravilloso, de un modo que Arthur no habría sabido expresar con claridad. ¿Cómo era posible que hubiera personas que, al ver a esos u otros niños, no experimentaran más que miedo?

Le resultó aún más difícil de entender cuando se fijó en lo que había en el centro del círculo. Era otro marco, esta vez cuadrado. Sin embargo, en vez de una fotografía, encerraba unas palabras escritas sobre una hoja de papel blanca y nuevecita.

*Quiero que me veas.*

*Que me veas tal como soy. Soy magia. Soy humano. Soy inhumano.*

*Quiero que me veas.*

*Soy un chico. Soy una chica. Lo soy todo y no soy nada, y algo a medio camino entre lo uno y lo otro.*

*Quiero que me veas.*

*Tú me ves. Retrocedes asustado. Gritas de rabia.*

*Me ves.*

*Estoy sangrando, dolorido. Me ves, y ahora preferirías no haberme visto. Desearías que yo fuera invisible.*

*Ojos que no ven, corazón que no siente. Me quieres oculto, débil, callado. Quieres privarme de mi color, de mi alegría. Quieres un mundo monocromo lleno de creencias monocromas. Me ves y quieres quitármelo todo. Pero no puedes.*

*Me quieres perdido, pero me encuentro a mí mismo en el aire*

*que respiro, en los espacios entre los latidos.*

*Me encuentro a mí mismo porque me niego a ser en blanco y negro o en cualquier tono de gris.*

*Soy en color. Soy fuego.*

*Soy el sol y abrasaré las sombras hasta que solo quede la luz.*

*Y entonces no te quedará más remedio que verme.*

—¿Te gusta? —preguntó Chauncey—. Le dedicamos mucho esfuerzo. Zoe nos ayudó con las fotos, pero nosotros hicimos todo lo demás. —Theodore emitió un sonoro trino, y Chauncey añadió—: Menos el poema. Ese lo escribió Sal.

Arthur no podía articular palabra; el nudo que se le había formado en la garganta era demasiado grande.

Linus habló por los dos.

—¿Habéis hecho esto para mí? —preguntó con la voz ahogada.

Talia frunció el ceño.

—Pues sí. Es tu cump, ¿no? —Alzó los ojos entrecerrados hacia él —. Uy. No te estarás volviendo senil otra vez, ¿no? Sabía que los humanos a los cuarenta y un años ya eran más viejos que un bosque. Tendremos que ingresarlo en una residencia y prometer que lo visitaremos, aunque no será verdad.

—Pero si ya tiene una residencia —dijo Chauncey, confundido—. ¿Por qué iba a vivir en otro lado?

Helen, que se encontraba a un lado, sorbiéndose la nariz, se sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de su peto.

—Querían demostrarte que eres uno más de nosotros —dijo Zoe.

—Ya lo veo —dijo Linus, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano. Se rio, y fue como si saliera el sol después de la lluvia—. Cuando... cuando vivía en la ciudad, soñaba en color, con lugares donde el mar se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros. —Fue mirando a cada uno de los niños—. Pero lo que no me imaginaba era que el color no procedía del océano, ni de los árboles, ni siquiera de la propia isla, sino de todos vosotros. —Parpadeó varias veces seguidas, tragando en seco—. Este ha sido el mejor cump de mi vida. Gracias. Me habéis hecho más feliz que nunca.

Soltó la mano de Arthur y se abalanzó hacia los críos para levantar en brazos a todos los que pudo (¡tres!) mientras los otros se aferraban con fuerza a sus extremidades.

Arthur esperó a que empezaran a apartarse antes de hablar, con una voz ronca que nunca había oído salir de su boca.

—En la parte de abajo… ¿hay un hueco?

Sal se volvió hacia él.

—Es para David, por si quiere que lo pongamos ahí también. No queríamos que se sintiera excluido cuando llegara.

Arthur cerró los ojos y respiró.

## Tres

A primera hora de un domingo por la mañana, llegó puntual el tren, media docena de vagones azules y verdes arrastrados por una locomotora que despedía un vapor negro. El cielo parecía enfadado, pues los rayos del sol teñían las finas nubes de un rojo furioso. Parecía que se fraguaba una tormenta cuando los niños se apiñaron frente a Arthur y Linus para decirles adiós.

—Le haréis caso a Zoe, ¿verdad? —dijo Arthur con un nerviosismo que nunca había sentido antes—. ¿Me prometéis que no le daréis dolores de cabeza?

Lucy le dedicó una sonrisa angelical.

—Ni se nos pasaría por la cabeza. Te lo juro, y que nos caigamos muertos ahora mismo si miento.

—Eso es lo que nos preocupa —dijo Linus—. Nada de muertes ni de destrucción, ¿de acuerdo? Y más os vale que Zoe no nos informe de explosiones de ningún tipo.

—Me aseguraré de que nada salte por los aires —dijo Sal, con Theodore posado sobre su hombro, mordisqueándole la oreja—. Supongo que no me costará mucho, ahora que le habéis quitado a Talia sus granadas.

—Eso aún no os lo he perdonado —dijo Talia, fulminándolos con la mirada.

—Tenéis que echarnos de menos —exigió Lucy—. Y llamarme cada hora para que os cuente qué he hecho durante la hora anterior. Con pelos y señales.

—Tenéis que traernos regalos —dijo Talia—. Y si uno de los regalos (un gnomo guapo y talentoso, por ejemplo) resulta ser el doble de caro que los demás, pues habrá que asumirlo.

Theodore soltó un gruñido, y Linus le aseguró que, si encontraba por ahí botones desechados, se los llevaría al guiverno para que los añadiera a su tesoro. Este se puso tan contento que echó a volar en círculos por encima de ellos, con las alas extendidas, proyectando su

sombra alargada en el suelo.

Mientras los demás continuaban enumerándole a Linus las cosas que él y Arthur podían y no podían hacer, Sal miró a este último e inclinó la cabeza a un lado. Se apartaron a un costado del andén, cerca de un teléfono de cortesía anaranjado fijado a un poste.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arthur—. ¿Algo va mal?

Sal se encogió de hombros.

—No, no se trata de eso. Lo que pasa es que… —Desvió la vista hacia las ondulantes dunas que se extendían tras el andén, cubiertas de delgados juncos que se doblaban bajo la cálida brisa—. Bueno…, quería hablar contigo de una cosa.

—Puedes hablar conmigo de lo que sea —dijo Arthur, asintiendo—. En cualquier momento.

Sal respiró hondo.

—Vamos a escuchar tu declaración por la radio. Hemos estado comentando el tema…

—¿Ah, sí? —preguntó Arthur—. ¿Todos?

—Sí.

Tendría que haberlo imaginado, y, aunque la idea de que los niños escucharan su declaración le producía un hormigueo de inquietud en el cogote, esto no era nada comparado con el orgullo que sentía. Sabía lo dura que debía de resultar la situación para Sal. Pese a todos sus progresos, aún había momentos en que lo asaltaban profundas dudas.

—¿Y estáis todos de acuerdo?

—Sí —dijo Sal con firmeza, pero desplazando su peso de un pie a otro, nervioso. Suspiró—. A veces me desconciertas.

A Arthur se le escapó una risita irónica.

—No es la primera vez que me lo dicen.

Sal arqueó una ceja.

—Pues a lo mejor deberías hacértelo mirar.

—No te pases.

—Quieres protegernos de las personas que nos tienen manía, eso lo entiendo. Pero inmediatamente después nos dices que debemos hacer oír nuestra voz para que esas mismas personas sepan quiénes somos.

—Es una paradoja —admitió Arthur.

—No podrás protegernos toda la vida —dijo Sal, lo que le produjo a Arthur una honda aflicción, como si le hubiera clavado un puñal en el corazón—. Sé que es lo que te gustaría, pero ¿cómo vamos a aprender, si lo haces? ¿Cómo se supone que voy a ayudarte a arreglar las cosas que están mal si nos tienes en una burbuja?

—Eres un niño —dijo Arthur, y el hormigueo de inquietud cedió el paso a un escozor agudo—. Todos lo sois.

—Tengo quince años —le recordó Sal—. Si para ti eso significa ser un niño, vale. Pero no lo seré... no lo seremos durante mucho más tiempo. Dices que confías en nosotros. ¿Eso no implica que deberías dejar que tomemos algunas decisiones por nosotros mismos? —Dirigió la vista hacia los demás por encima del hombro de Arthur. La vibrante voz de Chauncey resonaba desde el otro lado del andén—. Esto va sobre nosotros, Arthur. ¿Acaso no tenemos derecho a enterarnos de lo que se diga?

—Sí —murmuró Arthur—. Sal, yo... —Sacudió la cabeza—. Sí, tenéis derecho. —Le posó las manos sobre los hombros—. Si es lo que queréis, apoyaré vuestra decisión. Solo os pido que permitáis que Zoe y Helen estén presentes para ayudaros a entender lo que vais a oír. Y que, cuando Linus y yo regresemos, nos consultéis todas las dudas que tengáis.

Sal asintió, visiblemente aliviado.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Arthur con suavidad.

Sal se aclaró la garganta, moviendo los ojos de un lado a otro con rapidez.

—Sé que... hablamos de ello. De tu intención de adoptar a los niños. —Torció el gesto—. Y sé que seguramente soy demasiado mayor para...

—Aunque tuvieras cien años —dijo Arthur—, seguirías siendo tan mío como yo tuyo. Eso no cambiará jamás.

Sal exhaló con brusquedad, encorvándose. Cuando fijó de nuevo la vista en Arthur (sin alzarla, pues ya eran casi de la misma estatura), tenía la mirada despejada y resuelta.

—No conocí a mis padres —dijo—. Era tan pequeño cuando los perdí que no conservo ningún recuerdo de ellos. Pero tú estás aquí. Prometiste que estarías a mi lado, y has cumplido tu palabra.

—Lo decía de corazón —aseveró Arthur.

El tren emitió un estridente pitido que avisaba de su inminente salida. Arthur se volvió hacia él.

—Te queremos, ¿sabes? —barbotó Sal, ocasionando que Arthur se girara de golpe para mirarlo de nuevo—. No lo decimos muy a menudo, pero es la verdad.

El hombre atrajo al muchacho hacia sí y lo estrechó contra sí con todas sus fuerzas. Sal, con la frente apoyada en el hombro de Arthur, se aferró a su espalda.

—Lo sé —susurró este—. Y…

El revisor —un tipo robusto enfundado en un elegante uniforme con dos hileras de botones dorados en la parte delantera— inclinó el cuerpo hacia el exterior del vehículo.

—¡Viajeros al tren! —anunció—. ¡Última llamada para Marsyas!

Abrazaron a los niños por última vez y, tras recoger su equipaje —dos maletas en total—, subieron a bordo para buscar sus asientos.

Sin embargo, cuando el tren arrancó, Arthur no se sentó. Pasó a toda prisa de vagón en vagón mientras aceleraban, agitando los brazos de forma frenética para despedirse de los niños, que corrían al lado de las vías, menos Theodore, que se deslizaba por el aire. Pronto, cuando comprendieron que el tren era demasiado rápido para ellos, cesaron en su carrera.

—¡Os quiero a todos! —gritó Arthur, asomado a la ventana.

La respuesta de los chicos quedó ahogada por el ruido del tren y el viento cálido.

El hombre agachó la cabeza, luchando por controlar la respiración. Alzó la mirada cuando una mano le apretó el hombro con delicadeza. No le hizo falta volverse para saber de quién era.

—Nunca me había separado de ellos —musitó Arthur—. No me imaginaba que sería tan duro.

—Partir nunca es fácil —dijo Linus, reclinando la frente sobre la espalda de Arthur—, pero saber que estarán esperándonos hará que el regreso sea mucho más dulce.

Arthur se giró y rodeó a Linus con los brazos.

—Es como si mi corazón se hubiera quedado ahí.

Notó la sonrisa de Linus contra su cuello.

—Nunca te había visto tan alicaído. Ellos van a estar bien, mi querido, porque tú les has enseñado a estar bien. Vamos, ánimo. Respira despacio y con regularidad. Cuanto antes lleguemos, antes

podremos volver a casa.

Cuando iban por la mitad del camino, empezaron a caer las primeras gotas.

La ciudad era tal como Arthur la recordaba de su juventud: extraordinariamente ruidosa, con el tráfico colapsado en las calles, las aceras atestadas de gente armada con paraguas para protegerse de la lluvia que caía a rachas, los tonos lúgubres de negro y el gris de los edificios metálicos bajo el cielo encapotado. Al bajar del tren, Arthur entró en un mundo distinto, donde él era un forastero. No percibía el olor a sal del mar ni oía el sonido de las olas al romper contra los acantilados rocosos. La peste a gasolina y caucho se mezclaba con los bocinazos, y una parte de él —el niño encerrado en aquel sótano— le pedía a gritos que volviera a subir al tren.

Linus chocó con él por detrás, refunfuñando sobre la lluvia incesante.

—Por una vez, no me he dejado el paraguas. —Levantó los ojos hacia el reloj colgado en la pared del fondo del andén. Arthur lo imitó y comprobó que era media tarde.

—¿Vamos al hotel, entonces? —preguntó, sujetándole la maleta a Linus para que pudiera abrir el paraguas.

Una vez solucionado ese asunto, Linus cogió de nuevo su equipaje. Miró a Arthur, y aquella arruguita graciosa que le salía en el entrecejo hizo su aparición.

—Antes… antes quiero enseñarte una cosa. ¿Me acompañas? Tendremos que tomar el autobús.

Arthur lo seguiría a cualquier parte, y así se lo dijo. Linus puso los ojos en blanco (aunque no consiguió disimular la sonrisa).

—Anda, vamos, tontorrón encandilado.

El trayecto en autobús duró casi cuarenta minutos. Linus prometió que después tardarían menos de la mitad de ese tiempo en llegar al hotel. A Arthur, por su parte, no le importaba, pues estaba fascinado por el modo en que todos los pasajeros que iban de pie se balanceaban cada

vez que el vehículo se detenía frente a un semáforo en rojo. Por unos instantes, eran todos iguales. Cuanto más se alejaban del centro, más se vaciaba el autobús y, aunque tenían asientos a su disposición, Arthur le dijo a Linus que prefería ir de pie después del largo viaje en tren. Por algún motivo estaba disfrutando aquel simple acto de montar en bus, cosa que llevaba años sin hacer.

—Falta poco para nuestra parada —dijo Linus, alargando el brazo para tirar del cordón que pendía del techo. Sonó una campanilla en la parte delantera del vehículo, que empezó a reducir la velocidad y salió por un lateral para detenerse frente a una pequeña caseta.

La lluvia no había amainado. Linus y Arthur tuvieron que saltar desde el último escalón de la puerta hasta la acera para evitar un enorme charco. Arthur agitó el brazo a modo de despedida mientras el autobús se alejaba. Nadie le devolvió el gesto.

—Pasan de todo —dijo Linus.

—Puede —respondió Arthur—, pero hay que ser educado. —Miró alrededor, tomando nota de su entorno. Los edificios de la ciudad se erguían a lo lejos como gigantes descomunales que intentaban alcanzar un cielo plomizo. Se encontraban en un barrio de clase media, de casas de una sola planta construidas con ladrillo y revestidas de madera. Era una zona mucho más tranquila, con una circulación claramente más fluida que en las proximidades del centro de la ciudad. No se oía más que el martilleo de la lluvia y unos ladridos procedentes de algún sitio.

—Por aquí —indicó Linus con el paraguas abierto. Echó a andar por la acera en silencio, con los hombros rígidos por la tensión, y Arthur lo siguió.

Quería preguntarle adónde se dirigían, pero se distrajo al ver los árboles que bordeaban la calle. No se parecían a los que crecían en la isla. Aunque era verano, las hojas eran de un tono apagado y oscuro, como si les hubieran extraído todo el color. Esto le producía una desazón que no habría sido capaz de describir, y se disponía a comentárselo a Linus, pero entonces vio el cartel indicador de una calle que se adentraba en el barrio. «Hermes Way», decía.

—Aquí es donde vivías —dijo.

—En efecto —dijo Linus con voz entrecortada mientras doblaban por Hermes Way justo en el momento en que pasaba un mamotreto de camión que estuvo a punto de salpicarles de agua los pies. A Arthur le

extrañó no ver luces encendidas en el interior de las viviendas. Aunque la gente estuviera en el trabajo, ¿no preferirían volver a una casa iluminada en vez de a una sumida en las sombras?

No tardaron mucho en llegar a su destino. Linus se detuvo delante de una casa. El número 86 de Hermes Way. No era nada del otro mundo: pequeña, con base de ladrillo visto y revestimiento de madera pintado de azul oscuro. El porche tenía una barandilla blanca y una mecedora colocada al fondo, a salvo de la lluvia. Y había arriates, pero en ellos no crecían flores, sino solo unos arbustos deformes a los que no les vendría mal una buena poda.

—Esta es —dijo Linus en voz baja, sin mirar a su acompañante. Contempló la casa con una expresión que a Arthur no le gustó, pues destilaba una tristeza que lo hacía parecer mayor de lo que era.

—Es... bonita —decidió decir Arthur.

—¿Ah, sí?

—Pero pequeña —reconoció Arthur, dirigiendo de nuevo la mirada hacia el edificio—. No entiendo cómo cabía en ella todo lo que tú eres.

Sus palabras pillaron por sorpresa a Linus, que se rio, con los ojos brillantes.

—Has de saber que he perdido tres kilos.

—No me refería a eso, y lo sabes. Adoro esos kilos, ya sean perdidos o encontrados. Lo que pasa es que... no te pega nada.

—Pues ya ves —dijo Linus—. Quizá ya no lo sea, pero fue mi hogar.

—Sigues siendo el propietario.

—Así es. —Inclinó la cabeza hacia la casa de al lado—. La señora Klapper vive ahí. Su sobrino está haciendo trámites para comprar la finca, pero se ha ido al extranjero con su flamante esposo y estamos esperando a que regrese para cerrar la venta. No hace falta que entremos, pero hay algo que tengo que hacer.

—¿El qué? —preguntó Arthur mientras avanzaban hacia la casa por el camino de entrada.

Linus agachó la cabeza.

—Hice una promesa.

—Es lo nuestro, ¿no? Hacer promesas.

—Lo es —dijo Linus deteniéndose frente al porche, mientras sonaba el repiqueteo de la lluvia sobre el paraguas—. ¿Podrías dejar el

equipaje en el porche para que no se moje? Según Talia y Phee, esto no llevará mucho tiempo.

—Y lo que se promete a esos dos más vale cumplirlo —dijo Arthur, intuyendo por dónde iban los tiros. Tomó la maleta de las manos de Linus, subió los escalones y la depositó cerca de la puerta. Cuando bajó de nuevo, advirtió que Linus sostenía una bolsita de tela en la mano izquierda mientras sujetaba el paraguas con la otra. Alzó la vista hacia la casa, sacudió la cabeza y bajó del camino pavimentado a la hierba descuidada. Arthur lo siguió y, como él, se paró al llegar frente a los arriates vacíos.

Linus le pasó el paraguas y tiró del cordón verde que mantenía cerrado el saquito. Arthur vio que contenía semillas, algunas ovaladas, otras cuadradas, y todas negras con motitas blancas.

—Vamos a ver —dijo Linus—. Según Phee y Talia, ni siquiera hace falta plantarlas. —Se echó un puñado de semillas en la mano y las hizo saltar una, dos veces antes de esparcirlas por la tierra de los macizos. Tras vaciar la bolsita, se apartó de los arriates con expresión ceñuda y la frente arrugada—. Me dijeron que sería cuestión de solo un par de minutos.

—¿El qué? —preguntó Arthur, lleno de curiosidad. Bajó los ojos hacia las semillas sobre la tierra húmeda. Seguían en el mismo lugar donde habían caído, y si se suponía que debía pasar algo, él no alcanzaba a ver el menor cambio.

Hasta que una de las semillas empezó a moverse. Mientras la contemplaba asombrado, a Arthur le recordó una de esas pulgas de mar que los niños desenterraban en la playa, unos pequeños crustáceos grises con patitas diminutas que agitaban para intentar agarrarse de algo. La primera semilla se hundió en el suelo, seguida de otra, y luego de otra, hasta que todas cavaban casi sin hacer ruido. Cuando desapareció la última, una burbujita se formó por encima del agujero y comenzó a crecer y a crecer hasta alcanzar el tamaño de una manzana. Entonces se reventó, y en aquella insignificante explosión, Arthur percibió una oleada familiar de magia gnomesca mezclada con la de un espíritu de la naturaleza, tan verde que se sentía en él el nacimiento de la vida.

El suelo se onduló bajo sus pies con un ligero temblor que sacudió la barandilla del porche. Linus tomó a Arthur de la mano y

tiró de él hacia atrás al tiempo que la tierra que se había tragado la primera semilla se abría, y de ella surgía un pequeño tallo de un tono de verde que llamaba la atención en aquel lugar huérfano de color. Arthur oyó una especie de gruñido, y se le desorbitaron los ojos cuando más plantas brotaron del suelo.

Menos de un minuto después, todo había terminado. En lo que antes era una nada yerma y lodosa, ahora crecían decenas de flores rosas, azules, blancas y anaranjadas, con hojas y tallos de un verde tan subido que parecían de plástico. Las flores se proyectaban hacia el cielo y se abrían de golpe para empaparse de la lluvia. En el centro se alzaba un descomunal girasol de más de dos metros de alto y una inflorescencia ancha. Era algo inesperado, sorprendente por la sencillez de lo que sin duda era obra de un complicado conjuro mágico. Sabía que los niños eran poderosos —¿no era esa la razón por la que los habían puesto a su cuidado?—, pero las demostraciones como esa nunca dejaban de cortarle la respiración.

—Estoy nervioso —dijo por lo bajo.

Linus sonrió, como si se esperara esa confesión.

—Estás haciendo lo correcto. —Se reclinó contra Arthur para reconfortarlo con su calidez y su peso—. No pasa nada si estás nervioso, Arthur. Y asustado. Yo también lo estoy.

Conscientes de lo que les esperaba al día siguiente, Arthur y Linus decidieron recogerse temprano. El trayecto de vuelta en autobús transcurrió sin incidentes, salvo uno: alguien había dejado un periódico sobre un asiento agrietado. Arthur vio su propio rostro, en blanco y negro, pero unas décadas más joven, con el cabello pajizo más largo y un ligero toque chulesco en su sonrisa. Encima de la foto, un titular en negritas grandes rezaba: «¿Quién es Arthur Parnassus?». Debajo, en letra más pequeña, podía leerse: «Declaraciones exclusivas de un ser mágico».

—Eso digo yo: ¿quién? —murmuró Arthur sin dirigirse a nadie.

—¿Todo bien? —preguntó Linus, acercándose por detrás.

Arthur se volvió hacia él, tapando el periódico.

—Vamos a sentarnos más atrás.

Cuando llegaron al centro de la ciudad, había oscurecido. La

lluvia se había reducido a una triste llovizna, y aunque estaban en verano, hacía algo de fresco, lo que le recordó a Arthur los inviernos en la isla.

Compraron comida para llevar. Linus se estremeció cuando Arthur pidió extra de salsa marrón.

—Allá cada uno con sus gustos —dijo, sorbiéndose la nariz, como si él no se hubiera puesto más kétchup de la cuenta.

Se fueron con la cena a su hotel, que estaba a un par de calles del restaurante. El Rose & Thorne era un establecimiento antiguo. El edificio de piedra blanca se alzaba en una esquina, con una fachada negra en la que estaba incrustada la figura de una flor dorada rodeada de espinas aguzadas. El botones —un joven unicejo con una sonrisa torcida— les abrió la puerta y, con una reverencia, les dio la bienvenida al hotel.

Habían elegido el Rose & Thorne por su cercanía respecto a Bandycross, el edificio del Gobierno donde Arthur prestaría declaración. De ese modo, les resultaría más fácil desplazarse hasta ahí por la mañana.

Tras registrarse con rapidez —y darle una generosa propina a su joven botones—, se encaminaron a paso veloz hacia su habitación y se rieron cuando se abalanzaron a la vez sobre el teléfono justo después de dejar el equipaje en el suelo. La llamada a casa duró media hora, pues cada uno de los niños quería presentar un informe completo de cómo había pasado el domingo. Aunque a Arthur lo animó oír aquellas voces, lo invadió un ansia irrefrenable de huir de aquel lugar, desplegar las alas y volar hasta dejar atrás la lluvia y respirar de nuevo el aroma del mar, sobre todo cuando Chauncey le preguntó si ya habían visto a David, y si era alto. Explicó que lo preguntaba porque había leído que los yetis podían llegar a medir más de tres metros y pensaba que eso resultaría extremadamente útil para alcanzar algo que estuviera en el estante superior de la cocina. Arthur respondió que le daría cumplida respuesta en cuanto conociera a David.

Cuando colgaron —tras prometer que telefonearían de nuevo por la mañana y después por la tarde y luego otra vez por la noche—, Arthur se sentó en el borde de la cama con la mirada perdida y la cena fría y a medio comer. Ya no le apetecía acabársela.

Linus fue al baño al finalizar la llamada y, cuando salió, tenía

una expresión extraña, con la camisa abierta hasta la mitad, de modo que dejaba a la vista el escaso vello de su pálida piel.

—¿Qué pasa? —preguntó Arthur con el ceño fruncido.

Linus sacudió la cabeza, llevándose un dedo a los labios. Se dirigió a toda prisa hacia la radio que estaba sobre el escritorio situado frente a la cama. La encendió y giró el dial, pasando de una emisora a otra, hasta que sonó la voz de Little Anthony cantando sobre las lágrimas en su almohada y el dolor en su corazón. Tras subir el volumen al máximo, le indicó por señas a Arthur que lo siguiera. Este se levantó de la cama sin hacer preguntas, y Linus lo guio hasta el armario del recibidor, lo abrió, empujó a Arthur al interior y cerró la puerta tras de sí. Este apenas alcanzaba a distinguir sus facciones en la oscuridad.

—Un poco de luz, por favor —pidió Linus en un susurro fuerte.

Arthur alzó la mano, y una pequeña flor de fuego le brotó de la punta del dedo índice, parpadeando como una llama en una mecha. A Linus se le iluminó el rostro cuando se inclinó hacia delante.

—¿Quién sabía que nos alojaríamos en este hotel?

Arthur lo miró, parpadeando.

—Zoe y Helen. Los niños. ¿Por qué?

—Una de las bombillas de encima del lavabo no se encendía. Creía que estaba fundida hasta que he visto que no estaba enroscada hasta el fondo. He intentado arreglar esto, pero no giraba más. He supuesto que se había atascado con algo, así que he hurgado en el aplique y he encontrado esto. —Alzó la mano y la volvió con la palma hacia el techo. En ella había varios fragmentos de plástico negro mezclados con otros plateados, ninguno más grande que las lúnulas de sus uñas. Al lado, un cable verde desconectado.

—¿Qué es? —preguntó Arthur, con los ojos fijos en su mano.

—Un micro —murmuró Linus—. O eso era antes de que lo destrozara. Alguien quiere escuchar nuestras conversaciones.

—¿En serio? —preguntó Arthur, horrorizado, con una aguda carcajada de incredulidad que sonó como un ladrido—. Eso es pasarse un poco, ¿no?

—No conoces al Gobierno tan bien como yo. No me extrañaría un pelo que recurrieran a medios insidiosos para intentar partir con ventaja mañana. —Hizo saltar los pedacitos de plástico en su mano—.

La reserva estaba a mi nombre. Debe de haberles resultado muy fácil averiguar dónde nos íbamos a quedar. Lo que significa que…

—Que por algo nos han dado esta habitación —concluyó Arthur. Se reclinó contra la pared del armario, con la mente a mil por hora—. ¿Crees que hay más?

—No me cabe la menor duda —dijo Linus—. Tenemos que cambiar de habitación. No, tenemos que irnos a otro hotel.

—O bien… —dijo Arthur, pensativo, apartándose de la pared—, podríamos ofrecerles un espectáculo.

Linus arqueó las cejas.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Cuando salieron a la habitación, Little Anthony había cedido el paso a Patsy Cline. Perfecto.

Arthur cogió los restos del micrófono roto que tenía Linus y los dejó a un lado, sobre el escritorio. Se dio la vuelta despacio, describiendo un arco en el suelo con el pie derecho antes de adoptar la posición de firmes con una mano en el pecho y la otra tras la espalda. Hizo una reverencia sin apartar los ojos de Linus en ningún momento.

—¿Me concede este baile, buen hombre? —le preguntó al enderezarse y le tendió la mano en el preciso instante en que Patsy se ponía a cantar sobre pirámides a la orilla del Nilo y un amanecer en una isla tropical.

Linus puso cara de exasperación, pero se le curvaron los labios.

—¿Ahora? ¿En serio? Pero ¿y lo de…?

—Podemos preocuparnos por lo de mañana, o podemos bailar. Sé lo que yo prefiero.

Linus se quedó mirándolo unos instantes.

—¿Quién soy yo para rechazar semejante oferta? —dijo entonces.

Arthur lo atrajo hacia sí, con las manos en las caderas de Linus, que le posó a su vez las manos en los hombros, rozándole el cabello de la nuca con los dedos. Comenzaron a balancearse adelante y atrás, deslizando los pies sobre la moqueta verde.

—Que oigan los sonidos de la felicidad —susurró Arthur, con la frente apoyada contra la de Linus—. Así a lo mejor aprenden algo.

# Cuatro

Bandycross se erguía siniestro ante ellos, una construcción neogótica de piedra ennegrecida edificada a finales del siglo XVIII. Dos torres flanqueaban el tejado de dos aguas, y una fachada de varias arquivoltas se elevaba sobre las gigantescas puertas dobles. El rosetón situado encima de la fachada era de vidrio emplomado, con una estrella de cinco puntas en el centro. El edificio resultaba tan hermoso como amenazador, entre las volutas de niebla que flotaban a baja altura sobre las calles y las aceras.

Arthur y Linus, parados al otro lado de la calzada, contemplaban la bandada de reporteros apiñados en la escalinata principal, casi todos provistos de una cámara o un micrófono, además de un paraguas. Había por lo menos dos decenas de ellos, pero se veían superados en número por algo que Arthur no se esperaba.

En las calles, una multitud de lo más variopinta obstruía el tráfico. Viejos, jóvenes, seres mágicos y seres humanos enarbolaban pancartas con lemas contra la audiencia, y, ante la mirada de Arthur y Linus, comenzaron a corear: «¡Los derechos mágicos son derechos humanos! ¡Los derechos mágicos son derechos humanos!». Entre chasquidos de cámaras y destellos de flas, los periodistas lanzaban preguntas que quedaban sin respuesta mientras la muchedumbre gritaba y marchaba en un círculo amplio. Al otro lado, varias barreras policiales mantenían a raya a los contramanifestantes que vomitaban su odio con abucheos y muecas rabiosas que dejaban al descubierto los dientes. Ellos también sostenían pancartas, algunos con la trasnochada consigna: «Si ves algo, avisa».

—Podríamos intentar entrar por la parte de atrás —dijo Linus, preocupado—. Tenemos tiempo.

Arthur negó con un gesto.

—No pienso esconderme, Linus. Daría la impresión de que me avergüenzo de algo, y no hay nada más lejos de la realidad. No, entraremos por la puerta principal con la cabeza bien alta y les

demostraremos que no vamos a dejarnos intimidar.

—Pero ¿y si alguien quiere hacerte daño?

—Entonces verá de lo que soy capaz —dijo Arthur endureciendo la voz—. Ya no soy un niño. Sé defenderme.

—Lo sé —dijo Linus con cierta impotencia—, pero no quiero que te pase nada.

—Poco después de llegar a la isla, me reprendiste por mantener a los niños apartados de la aldea. Dijiste algo que se me quedó grabado: que cuanto más tiempo pasaran escondidos, más difícil sería todo para ellos. Que no podrían quedarse toda la vida en la isla, y el mundo exterior los esperaba.

—Pues sí que suena a algo que podría decir yo —admitió Linus a regañadientes—. Y supongo que ahora traes a colación ese razonamiento que hice respecto a los niños para aplicártelo a ti mismo.

—Así es —convino Arthur—. Cuando vivimos con miedo, el miedo nos controla. Cada decisión que tomamos se ve condicionada por él. Me niego a seguir viviendo así. Tengo tanto derecho como el que más a cruzar esa puerta principal.

—Es cierto —dijo Linus—, y por nada del mundo intentaría privarte de ese derecho. Te pido disculpas si te ha parecido que eso era lo que pretendía. Lo que pasa es que estoy…

—Preocupado.

—Sí.

Arthur alargó el brazo para enderezarle la corbata a Linus y alisársela sobre la pechera. Llevaba un traje negro y era la primera vez que se lo ponía desde que había presentado su dimisión irrevocable a la DEJOMA. Su corbata era de un bonito tono de naranja rojizo, el color del fuego. A Arthur no se le escapaba el motivo por el que Linus había escogido esa en concreto: era un pequeño símbolo, una llama ardiente en medio del gris apagado de aquella ciudad lluviosa.

Arthur también se había puesto un traje. La americana y el pantalón eran de color azul marino, y la camisa de vestir estaba cubierta de flores que le recordaban el jardín de Talia. El botón de plástico del cuello había sido sustituido por uno de latón, que estaba cosido con todo cuidado. La corbata era de un tono de verde precioso, que recordaba mucho a cierto botones de hotel. Sus perneras acortadas dejaban a la vista unos calcetines grises con dibujos de

pomeranias peluditos. Llevaba prendida a la camisa una hoja dorada arrancada de un árbol de la isla cultivado por un espíritu del bosque. Del bolsillo de la americana sobresalía un pañuelo con pequeños cuernos rojos de demonio.

—Por favor…, ten cuidado —dijo Linus—. Escucha. Observa. No reveles más información de la que recibas a cambio. Y, por lo que más quieras, no menciones los cráneos de animales que colecciona Lucy, sobre todo a los periodistas. Profesionalidad, Arthur. La profesionalidad lo es todo, aunque haya que adornar un poco la verdad.

Arthur le estampó un beso en la frente.

—Tomo nota. Vamos. Cuanto antes lleguemos, antes acabaremos.

Con Linus a su lado, Arthur cruzó la calle con la frente bien erguida, esquivando los charcos permanentes de la calzada mientras se abrochaba los botones de la americana. Un hombre fornido de cabello rizado y dientes torcidos fue el primero en avistarlos. De pie sobre el tercer escalón, llevaba una cámara vetusta colgada del cuello por medio de una correa de cuero. Su mirada se desplazó por el gentío, se posó en Arthur y titubeó antes de fijarse rápidamente en Linus. Con los ojos desorbitados, miró de nuevo a Arthur.

—¡Arthur Parnassus! —gritó y estuvo a punto de caerse al bajar la escalinata dando traspiés. Levantó la cámara y flas, flas, flas—. ¡Dígame! ¿Hay algo de cierto en los rumores de que el Anticristo está tramando el fin del mundo?

El efecto de sus palabras sobre la multitud fue instantáneo. Tras un breve momento de silencio —como si el mundo entero contuviera la respiración—, se produjo una explosión de sonido cuando todos sin excepción se volvieron hacia ellos; reporteros, manifestantes y contramanifestantes, todos gritando a la vez con los micrófonos y las pancartas en alto.

Los dos se vieron rodeados de personas que extendían los brazos para tocarle a Arthur los hombros, los brazos, las manos, la espalda. Linus soltó un graznido airado cuando alguien chocó contra él y lo propulsó con fuerza hacia delante. Arthur consiguió evitar que se diera de bruces mientras se abrían paso a empujones hacia Bandycross, bajo un bombardeo de preguntas procedentes de todas direcciones. Los contramanifestantes escupían vitriolo, bramando: «¡Si ves algo, avisa!», una y otra vez.

Consiguieron llegar a la escalinata de Bandycross y subir hasta la mitad, donde Arthur se detuvo y se dio la vuelta. Levantó los brazos ante los fogonazos de las cámaras. Linus se colocó junto a él, de modo que sus brazos se rozaban.

—Seré breve —dijo Arthur en voz muy alta—. Es un honor para mí haber sido invitado hoy a Bandycross para hablar de mi historia con el Departamento Encargado de los Jóvenes...

—¿Dónde está el Anticristo? —gritó alguien. Aunque Arthur no alcanzaba a ver quién había sido, la voz le recordó la del hombre que los había divisado antes que los demás—. ¿Puede prometernos que no va a cascar el planeta como un huevo?

—Bueno —dijo Arthur—, lo dudo mucho. Apenas está aprendiendo a cascar huevos como es debido, así que supongo que aún tardará un tiempo en estar capacitado para la destrucción planetaria.

Todos los rostros lo contemplaban horrorizados.

—¿Te acuerdas de lo que te he dicho sobre tu sentido del humor? —siseó Linus—. ¡Este no es un buen momento para intentar hacerte el gracioso!

—Intentar —resopló Arthur—. Eso me ha dolido. —Elevó la voz de nuevo—. Ha sido un intento fallido de broma. Les pido disculpas. En respuesta a su pregunta, no, la Tierra no será destruida hoy.

—Ni en el futuro —añadió Linus en alto.

—Muy cierto —dijo Arthur. Vio a una niña de unos diez u once años en medio de la muchedumbre, entre un hombre y una mujer que parecían ser sus padres. En las manos sostenía un cartel un que decía: «La magia hace del mundo un lugar hermoso». Ella lo saludó con un tímido gesto al que él correspondió con un guiño que la hizo sonreír de oreja a oreja.

—Dana Jergins —se presentó una mujer, acercándole su micrófono y mostrándole una dentadura perfecta con una sonrisa de tiburón—, para el *Daily View*. Señor Parnassus, ¿por qué está hoy aquí?

Él se inclinó hasta que su boca quedó a unos centímetros del micrófono.

—Me han invitado.

A la mujer le tembló el párpado inferior derecho, pero mantuvo

una expresión imperturbable fruto de la práctica.

—Y ¿por qué lo han invitado? De entre todas las personas del mundo, ¿por qué a usted?

—Eso debería preguntárselo a quienes mandaron la invitación, ¿no le parece?

Ella no se amilanó. Cuando otros periodistas comenzaron a formular preguntas a gritos, ella alzó la voz por encima de las suyas en un tono agudo e imposible de pasar por alto.

—¿Lo han invitado porque es un fénix que se encuentra en posesión de algunas de las criaturas más peligrosas que se han conocido jamás?

Los otros reporteros callaron.

—¿Posesión? —repitió Arthur, entornando los ojos—. No se trata de objetos. Son personas, como usted y como yo. Y no representan mayor peligro que cualquier otro niño del mundo.

—Eso no es del todo cierto, ¿no? —dijo Dana—. Los demás niños no son capaces de hacer las mismas cosas que aquellos que tiene bajo su cuidado. Nuestros lectores merecen saber qué está haciendo usted para atar corto a esos jóvenes mágicos.

—¿Atarlos corto? —exclamó Linus—. ¡¿Atarlos corto?! Pero ¿usted se ha oído? Dios mío, pero ¿qué les pasa a todos? —Hinchó el pecho y fulminó a los periodistas con la mirada—. Deberían darse con un canto en los dientes porque Arthur Parnassus se haya dignado a venir. Ya ha hecho mucho más de lo que todos ustedes harán en toda su vida. Sí, les doy permiso para citarme. Buenos días. —Empezó a volverse hacia la entrada de Bandycross.

Al instante, los reporteros lanzaron más preguntas.

Él los miró por encima del hombro con la boca curvada en una sonrisa anodina.

—Buenos. Días —repitió antes de llevarse a Arthur escalera arriba, refunfuñando sobre los metomentodos cotillas que no tenían idea de nada.

—Ay, la profesionalidad —bromeó Arthur para intentar aplacarle los nervios—. Todo un arte perdido.

—Tú te callas —gruñó Linus—. Estaban echando espuma por la boca. De aquí en adelante todo irá a peor.

El interior de Bandycross era tan impresionante como el exterior.

Los techos abovedados del vestíbulo eran muy elevados, con gruesas vigas de madera que se entrecruzaban por lo menos quince metros por encima del suelo de baldosas de piedra. La lluvia repiqueteaba contra las vidrieras, y Arthur se imaginó qué aspecto tendrían en un día soleado, como calidoscopios de colores fracturados. Era imponente, pero de un modo artificial, como si estuviera previsto que todo aquel que entrara en ese espacio se sintiera intimidado por la pompa y la solemnidad. Sin embargo, a Arthur lo dejaron tan frío como parecían estar las paredes y el suelo.

Hileras de personas ataviadas con trajes, vestidos y sombreros elegantes hacían cola ante unos guardias de seguridad apostados tras altos mostradores de madera que los situaban por lo menos medio metro por encima de aquellos cuyas acreditaciones inspeccionaban. Las colas parecían avanzar a buen ritmo. Estaban formadas por una mezcla de periodistas y personas de a pie que se habían ganado por sorteo el derecho a asistir al acto como espectadores. Según Linus, la audiencia había despertado un gran interés, y supuestamente se habían distribuido decenas de miles de participaciones del sorteo. En total, se esperaba un público de cientos de personas, entre miembros del público, enviados de la prensa y altos cargos del Gobierno. Arthur tenía claro por qué: no era cosa de todos los días que invitaran a un ser mágico a exponer sus críticas contra un programa gubernamental diseñado para los seres mágicos.

Estaban intentando decidir en qué cola ponerse —Linus decía que no podían esperar mucho, pues ya iban justos de tiempo— cuando apareció ante ellos una mujer de origen asiático meridional y aspecto nervioso, con una falda de cuadros, una chaqueta deportiva negra y el cabello negro azabache recogido hacia atrás en una cola de caballo suelta. Iba cargada con gruesas carpetas de las que sobresalían papeles con las esquinas dobladas.

—¿Arthur Parnassus? ¿Linus Baker?

—Sí... —dijo Linus con recelo.

—Me llamo Larmina —dijo ella—. Me han pedido que salga a recibirlos.

Linus arrugó el entrecejo.

—¿Y quién se lo ha pedido?

Ella miró en derredor, volviendo la cabeza como si descansara sobre un pivote, y luego se inclinó hacia delante.

—Una amiga —dijo en voz baja.

—Qué interesante —dijo Arthur—. Y yo que creía que no teníamos amigos por aquí.

Larmina palideció.

—No todos somos… —Negó con un gesto—. Da igual. Por favor, si son tan amables, los guiaré hasta donde deben estar.

Arthur la examinó un momento. Ella, por su parte, no desvió la mirada.

—Adelante, pues. Nosotros la seguiremos.

—Gracias —dijo ella, aliviada—. Les prometo que no se arrepentirán. —Dicho esto, giró sobre sus zapatos de tacón bajo y se encaminó hacia un guardia de seguridad joven que estaba cerca de la pared del fondo. Allí no había cola, y frente al mostrador, un letrero rezaba «Solo vips».

—Vienen conmigo —dijo Larmina cuando llegaron ante el vigilante.

Al muchacho se le pusieron los ojos como platos, y sus pobladas cejas se elevaron hasta el nacimiento del pelo, mientras él se inclinaba hacia delante sobre el mostrador.

—¿Ese es…?

—Sí.

Parecía costarle despegar la vista de Arthur.

—¿Estás segura, Lar? Los dos nos estamos jugando el culo. Como se enteren…

—Duncan —dijo Larmina—, ya hemos hablado de esto. No se enterarán. Déjanos pasar, no nos queda mucho tiempo.

—Lo sé, lo sé. —Les indicó por señas que entraran—. Podéis pasar. No se aparten de Larmina. Ella los llevará adonde tienen que estar.

Siguiendo a Larmina, se adentraron en las entrañas de Bandycross, subieron una escalera y atravesaron una puerta abierta para enfilar un pasillo largo con una moqueta de color naranja quemado. Al lado de las puertas había placas con nombres que Arthur recordaba haber leído en los periódicos, políticos que habían hecho grandes promesas

que luego quedaron en nada.

Larmina se detuvo frente a las puertas doradas de un ascensor con un guardia a cada lado. Inclinó la cabeza a modo de saludo mientras pulsaba el botón.

—Ya debe de faltar poco —dijo, bajando la vista al pequeño reloj de oro que llevaba en la muñeca. Entonces se volvió hacia Arthur y, tras captar su atención, dirigió la vista hacia los vigilantes antes de posarla de nuevo en él. Como respuesta, él se llevó el dedo a un lado de la nariz.

Al punto, las puertas se abrieron con un tintineo apagado. Larmina entró y, con un gesto, invitó a Arthur y Linus a seguir su ejemplo. Una vez dentro del ascensor, se sacó una cadena de debajo de la blusa. De ella colgaba una pequeña llave plateada de cinco centímetros de largo y borde dentado. La introdujo en una cerradura del cuadro de mandos y la giró antes de oprimir un botón sin número.

La cabina comenzó a ascender. Pasó por el primer piso, el segundo, el tercero, el cuarto, y Arthur estaba a punto de exigir explicaciones a la mujer cuando ella alargó el brazo de nuevo y dio una palmadita al botón rojo grande situado a la izquierda del cuadro. El ascensor dio una sacudida antes de detenerse con un chirrido entre las plantas cuarta y quinta.

—Este es uno de los pocos lugares del edificio donde podemos hablar sin riesgo de que nos oigan —dijo Larmina—. Todo, incluida la mayor parte de los ascensores, está bajo vigilancia. Hay cámaras por doquier.

—Pero ¿aquí no? —preguntó Arthur, alzando la vista hacia el techo. No vio nada que pareciera una cámara.

—No —dijo ella—. Este es distinto. Va a la planta de las Situaciones Enigmáticas. No hay cámaras ni dispositivos de escucha. Allí se celebran reuniones secretas, a salvo de ojos indiscretos, y se revela información confidencial, solo en caso estrictamente necesario.

—Y, sin embargo, henos aquí, atrapados en un ascensor —dijo Linus.

—Porque se enterarían —dijo Larmina—. Al menos, de este modo, podemos alegar que el ascensor se ha bloqueado un momento sin que nadie sospeche nada.

Linus cruzó los brazos.

—Agradezco su… sensibilidad respecto a ciertas cuestiones, pero

lo cierto es que no la conocemos. Podría trabajar a las órdenes de…

—Mi esposa es un ser mágico —barbotó Larmina con las mejillas coloradas—. Ella puede… Da igual su poder. —Su voz se llenó de orgullo—. No hay nadie como ella. Haría lo que fuera por ayudarla.

—Hasta trabajar en un sitio como este —murmuró Linus.

—Sobre todo trabajar en un sitio como este —replicó Larmina, poniéndose pálida—. Le pido disculpas. Estoy…

—No hace falta que se disculpe —dijo Linus—. No era una pulla, solo una observación. —Soltó una risita seca—. Y hecha con bastante conocimiento de causa.

—¿Cómo se llama su esposa? —preguntó Arthur.

—Minnie —dijo Larmina.

—Debe de ser una persona muy especial para merecer esa abnegación.

—Lo es —dijo Larmina—. Y yo… Oh, diantres, se acaba el tiempo. Por favor, no me interrumpan. No quiero meter la pata. Ella me ha encargado que…

—¿Quién? —preguntó Linus.

—La señorita Doreen Blodwell —dijo Larmina.

—¿Cómo? —dijo Linus, sorprendido—. ¿La secretaria de A. D.? ¿Esa Doreen?

Arthur comprendió que hablaban de la mujer a la que Linus se había referido alguna vez como doña Goma de Mascar.

—Sí, esa —respondió Larmina con cierto alivio—. Les habría recibido ella en persona, pero había otros… asuntos que requerían su atención. La han cambiado de departamento. No estoy autorizada para especificar a cuál, pero es importante que sepan que las cosas no siempre son lo que parecen. La señorita Blodwell ha descubierto cierta… información sobre lo que cabe esperar de la audiencia. Ha pensado que, si la compartía, igualaría un poco el terreno de juego.

—¿Por qué habríamos de confiar en usted o en ella? —preguntó Linus—. Hasta donde sabemos, el Gobierno podría haberla enviado para averiguar lo que sabemos.

—Ella ya se imaginaba que ustedes dirían eso —señaló Larmina—. Por eso me ha pedido que les entregue esto. —Levantó las hojas de su tabla portapapeles y sacó un pequeño cuadrado de tela que tendió a Linus.

Con un bufido de exasperación, este tomó el obsequio que le

ofrecía Larmina. Cuando bajó la mirada hacia él, se le heló la sangre.

—¿Qué es? —preguntó Arthur.

Linus se volvió hacia él con expresión de pasmo. Sostuvo el objeto en alto, y Arthur solo tardó unos instantes en reconocerlo.

Una alfombrilla de ratón, con la foto arrugada y desgastada de una playa con un mar tan azul que parecía de mentira. O al menos se lo habría parecido a Arthur si no hubiera visto ese mismo mar el día anterior. Y, en la parte superior, escrita con una estilosa letra cursiva, podía leerse la pregunta: «¿No desearías estar aquí?».

Sí que lo deseaba, con todas sus fuerzas.

—Me habías hablado de eso —recordó Arthur mientras a Linus le temblaba el labio inferior—. Dijiste que era una pequeña vía de escape para ti.

—Sí —dijo Linus con la voz ronca—. Era una de las pocas cosas que hacían que trabajar en DEJOMA resultara soportable. —Contempló la alfombrilla, deslizando el dedo sobre la espuma blanca que coronaba las olas—. Era como un sueño. —Se volvió de nuevo hacia Larmina—. Somos todo oídos.

—Se ha elevado la categoría de la audiencia —dijo ella mientras el ascensor crujía y gemía bajo sus pies—. Van a comparecer ante cuatro miembros del Parlamento. —Hizo una pausa—. El Comité de lo Extremadamente Importante.

Linus se puso blanco como la cera.

—Esto tiene que ser una broma.

—Ojalá lo fuera —dijo Larmina, muy seria—. Nos ha llegado la noticia hoy a primera hora.

—¿Y eso qué es? —inquirió Arthur. Nunca había oído hablar de dicho organismo, aunque, por otro lado, no estaba tan versado en la nomenclatura gubernamental como Linus.

Este empezó a caminar de un lado a otro del reducido espacio.

—Es totalmente absurdo. Hay comités de distintos niveles que se convocan según la gravedad de la situación: el Comité de Propuestas Insignificantes, el Comité de Ideas Moderadas, el Comité de Investigaciones Serias...

—Ah —dijo Arthur—. Me ha quedado claro como el barro.

—Sí, ya —dijo Linus, consternado—. Así es el Gobierno. ¿Qué esperabas? La transparencia es una mentira que les cuentan a los

votantes para distraerlos de la verdad. El Comité de lo Extraordinariamente Importante se reserva para las circunstancias más alarmantes. Está solo un grado por debajo de las investigaciones relativas al terrorismo.

—Podría ser peor —dijo Larmina, como si se sintiera culpable por haber sido portadora de la mala noticia—. Dos de los miembros del comité se han mostrado favorables a revocar algunas de las leyes que conciernen al colectivo mágico...

—Algunas, pero no todas —dijo Linus.

Larmina soltó una carcajada desprovista de humor.

—Usted fue empleado del Gobierno hasta hace no mucho tiempo. ¿Acaso se le ha olvidado cómo funcionan las cosas?

—No —repuso él—, pero para eso hemos venido. Para incendiar este lugar.

—¿En sentido literal o figurado?

—No nos ha contado nada que no supiéramos —dijo Arthur.

—Jeanine Rowder.

Aunque el nombre le sonaba, Arthur no conseguía ponerle cara.

A Linus no le ocurría lo mismo.

—¿La ministra de educación? ¿Qué pinta en todo esto? —Al intuir el desconcierto de Arthur, agregó—: Es exprofesora. Una de las diputadas más jóvenes jamás elegidas. Fue ascendiendo puestos con rapidez al tiempo que hacía amigos poderosos. —Torció el gesto—. Yo no trataba con ella en persona, pero me llegaban rumores que me dejaban de una pieza. Durante un tiempo abogó por leyes que prohibieran que los niños procedentes de familias *queer* hablaran de ellas para que no confundieran a los niños criados en familias «normales», pero no logró que se aprobaran. Incluso se hablaba de que pedía mano dura contra los padres de los niños transgénero que solicitaran tratamientos médicos.

—Vamos, que en el Gobierno todos son unos impresentables —dijo Arthur.

—Casi todos —dijo Larmina—, pero desde que está ella, la cosa ha ido a peor. Ahora está volcándose por completo en lo que llaman «el tema del momento». Algunos opinan que alguien la ha radicalizado, pero eso implica la intervención de una fuerza externa.

La señorita Blodwell no cree que eso sea cierto. Piensa que el repentino interés de Rowder por todo lo relacionado con la magia obedece a otros motivos. Se rumorea que tiene la mira puesta en la meta final.

—¿Y cuál es? —preguntó Arthur.

—Ser primera ministra —dijo Larmina con gravedad—. Y acumular todo el poder que conlleva el cargo.

—¿Y por qué nos ayuda usted? —quiso saber Arthur, pues su curiosidad superaba su creciente incomodidad—. Y lo mismo le pregunto sobre la señorita Blodwell.

—Porque alguien tiene que ceder antes de que sea demasiado tarde —espetó Larmina, esta vez sin disculparse. Ganó muchos puntos de golpe en la apreciación de Arthur—. Me temo que estamos en un punto crítico entre la salvación y la destrucción. Y si no hago todo lo que esté en mi mano por arreglar las cosas, ¿cómo voy a volver a casa a encararme con mi esposa? ¿Cómo voy a mirarla a los ojos sabiendo que le he fallado? Me niego a permitir que eso ocurra. —Cuando terminó, estaba jadeando, pero no se retractó.

Linus vaciló unos instantes.

—Si lo que nos cuenta es cierto —dijo al fin—, ¿cómo es que no lo ha descubierto el DEJOMA? ¿O la propia Doreen?

Larmina rio con amargura.

—Porque sabemos cómo funciona la mente de los hombres. Basta con dedicarles una sonrisita, tocarles el brazo o estar pendiente de todas sus palabras para que se crean irresistibles para las mujeres. —De pronto, su rostro pasó de la inexpresividad absoluta a tener los ojos muy abiertos y los labios fruncidos en un mohín—. Así que no somos más que chicas bonitas con la cabeza hueca. —La máscara cedió el paso de nuevo a la frialdad del acero—. Es lo gracioso de los que mandan: infravaloran a todos sus subalternos, incluso cuando saben que alguien escucha sus secretos.

—Aun así, parece bastante arriesgado —dijo Linus.

—Llegará un momento en que todos tendremos que elegir entre lo que está bien y lo que está mal. Me preocupa que ese momento esté más cerca de lo que pensamos. Y dudo que estemos preparados. Si Rowder sigue por el mismo camino, nadie estará a salvo, ni ustedes, ni sus niños: nadie. El propósito de esta audiencia no es condenar el DEAMA, el DEJOMA, Altísima Dirección o las prácticas pasadas,

presentes o futuras de dichos departamentos. Es una campaña de relaciones públicas.

—¿Con qué fin? —preguntó Linus.

—La destrucción total y absoluta de la reputación de un tal Arthur Parnassus.

Arthur y Linus se miraron. Cuando aquel se volvió de nuevo hacia Larmina, le dirigió solo dos palabras:

—¿Por qué?

## Cinco

—Por favor, diga su nombre completo para que conste en acta.

—Arthur Franklin Parnassus.

—Señor Parnassus, ¿nos asegura usted que la declaración que ha accedido a prestar hoy será veraz?

—Sí.

—¿Y nos confirma que ha venido en representación de sí mismo?

—Sí.

—¿Es consciente de que tiene derecho a contar con la presencia de un representante?

—Sí.

—¿Y está dispuesto a seguir adelante, con el conocimiento de que lo que diga será retransmitido en directo a todo el país?

—Sí.

El hombre se reclinó en su silla de asiento alto, con las manos entrelazadas sobre la mesa que tenía delante. Los otros miembros del comité —dos mujeres y un hombre— estaban sentados en asientos similares, sobre un estrado de piedra que los elevaba al menos un metro por encima de Arthur, cada uno iluminado por un potente foco situado justo sobre su cabeza. Él se encontraba frente a una mesa más pequeña, sumido en la misma penumbra que el resto de la sala, y delante de un único micrófono colocado junto a un vaso de agua y una jarra medio vacía. Detrás de los miembros del comité, en un rótulo electrónico fijado a la pared, unas palabras rojas que se desplazaban de derecha a izquierda recordaban a la concurrencia que no se permitirían gritos ni interrupciones, y que quien quebrantara esta norma sería expulsado del tribunal en el acto sin derecho a réplica y con independencia de sus intenciones.

La sala era un espacio gigantesco de piedra y madera oscura que recibía el nombre de Netherwicke. Era como si la ausencia de color que envolvía la ciudad se hubiera colado en aquel venerable recinto y solo hubiera dejado tras de sí el marrón negruzco de los posos del café

en el fondo de una taza. El suelo chirriaba, las paredes crujían. El techo era una estructura similar a una cúpula hecha en su totalidad de cristal, tras el que se entreveía un cielo oscuro y barrido por el viento con densas nubes de las que caían cortinas de lluvia. El olor espeso y húmedo del aguacero se había filtrado en Netherwicke, donde se mezclaba con los aromas a madera vieja y pergamino.

Reinaba un silencio extraño, considerando la cantidad de gente que ocupaba la sala. Detrás de Arthur había filas y más filas de periodistas, espectadores y más de unos cuantos cargos electos. No le hacía falta volverse para saber que Linus estaba sentado justo a su espalda, al otro lado de una barandilla de madera. Más arriba, a derecha e izquierda, había unas galerías superiores desde las que se dominaba a la sala. También estaban atestadas de gente, funcionarios del Gobierno con el rostro oculto casi por completo en las sombras y que se inclinaban unos hacia otros, cuchicheando y gesticulando.

Arthur permanecía ajeno a todo esto, pues observaba con atención a las cuatro personas sentadas ante él. El hombre que había tomado la palabra era mayor y tenía el rostro surcado de desfiladeros. Su cabello cano parecía haber emigrado de la cabeza a las orejas, de las que sobresalían mechones rizados. Al igual que sus colegas, llevaba una toga negra con unas mangas algo largas que le colgaban sobre el dorso de las manos. La placa que tenía delante lo identificaba simplemente como «Burton».

A su lado estaba una abuela con una cabellera que parecía de algodón de azúcar rosa y unas gafas doradas que llevaba bajas sobre la nariz y sujetas al cuello por una cadena de cuentas. Sus cejas pintadas le conferían un aspecto de perplejidad perpetua. En su placa de identificación podía leerse el apellido «Haversford».

La tercera persona era un joven con pinta de que le pedían que acreditara su mayoría de edad cada vez que iba a un bar. Se removía inquieto, y su cabello negro, engominado hacia atrás, brillaba bajo las luces cenitales como si estuviera mojado. Se mordisqueaba las uñas nervioso, y estar delante de tanta gente parecía provocarle náuseas. Su placa indicaba que se llamaba «Sallow».

Y, por último, estaba Jeanine Rowder. Se la veía tranquila frente al público, al que apenas prestaba atención salvo por las ocasiones en que alzaba los fríos ojos hacia las galerías superiores. De una edad cercana a la de Arthur, la mujer alta de toga ondulante tomó asiento

después de desplegar una amplia sonrisa. El cabello, de un suave castaño rojizo, le llegaba hasta los hombros, y sus dientes eran cuadraditos blancos impecables. Tenía la apariencia de una persona cualquiera con quien Arthur podría cruzarse por la calle, pero había algo raro en ella que le helaba la sangre. Tal vez se trataba de su postura perfecta, con la espalda muy recta. O quizás era porque apenas daba muestras de haber reparado en su presencia, aunque de vez en cuando lanzaba alguna mirada desdeñosa en su dirección. Por lo demás, parecía concentrada en la pila de carpetas que se alzaba ante ella. Burton, Haversford y Sallow también contaban con carpetas, pero ni por asomo con tantas como Rowder. Además, las de ella parecían tener decenas de pestañas, aunque Arthur no acertaba a imaginar lo que marcaban.

Por lo visto, Burton gozaba de cierta preeminencia, pues habló en nombre de todos.

—El Comité de lo Extremadamente Importante se ha reunido hoy aquí para abordar una pregunta a la que nunca se ha dado una respuesta satisfactoria, o al menos una consensuada por una mayoría. ¿Qué hay que hacer con el colectivo de seres mágicos? Esta cuestión ha…

Arthur se inclinó para acercarse al micrófono y soltó un sonoro carraspeo.

Una risita disimulada recorrió la multitud.

Burton frunció el ceño.

—¿Sí?

—Discúlpeme, señor —dijo Arthur—, pero usted se ha preocupado antes de pedirme garantías de mi honradez, cosa que le agradezco. Para ser justos, ahora se las pido yo a usted.

La risita disimulada se convirtió en un murmullo.

—Perdone, ¿cómo dice? —espetó Burton.

Arthur acomodó el micrófono.

—Usted sostiene que no hay una respuesta consensuada por una mayoría. Confío en que esté al tanto de la encuesta encargada por el Gobierno hace seis años, que reveló que el cincuenta y uno por ciento de los que respondieron creía que todos los seres mágicos debían disfrutar de los mismos derechos que los humanos. Aunque no se invitó a ninguna persona mágica a participar, yo diría que el cincuenta y uno por ciento de los encuestados sigue siendo una

mayoría. Le reitero mis disculpas por la interrupción, pero es importante que conste en acta que, en realidad, sí existe una mayoría. —Sonrió—. Es verdad que la respuesta del Gobierno a esta conclusión fue lanzar la campaña «Si ves algo, avisa», así que entiendo que haya algo de confusión.

—Señor Parnassus —dijo Burton con severidad—, en esta sesión debemos atenernos a unas normas. Le ruego que se abstenga de hablar a menos que se le dé la palabra o alguien le plantee una pregunta directa, ¿lo ha entendido?

Arthur asintió.

Tras esperar unos instantes, Burton prosiguió.

—Nos encontramos en una encrucijada. El objetivo de esta sesión (y toda sesión subsiguiente) es determinar si es necesario introducir modificaciones en las actuales *Normas y reglamentos* que rigen al colectivo mágico, y, en caso afirmativo, cuáles. Tal como ha informado la prensa *ad nauseam*, los departamentos encargados de los jóvenes y adultos mágicos están siendo examinados con lupa. La disolución de Altísima Dirección ha dejado los departamentos sin un liderazgo permanente. —Entrelazó los dedos de las manos—. Así pues, hemos invitado al señor Parnassus a compartir con nosotros su testimonio dadas sus circunstancias únicas: no solo vivió en uno de los orfanatos administrados por el Gobierno durante su juventud, sino que hoy dirige ese mismo centro, situado en la isla de Marsyas. —Bajó la vista a las carpetas que tenía ante sí y sacó una hoja de una de ellas—. En la actualidad, seis niños ocupan este…

—Viven —lo corrigió Arthur.

Burton se pellizcó el caballete de la nariz.

—¿Cómo dice?

Arthur se inclinó hacia el micrófono.

—Ha dicho que están «ocupando» el centro, como si constituyeran una especie de fuerza invasora. Ellos no «ocupan» su… nuestro hogar. Viven ahí. Tal vez le parezca una mera cuestión semántica, pero para mí las palabras son importantes.

—Señor Parnassus, se lo advierto por última vez. No me gusta que me interrumpan.

—Lo entiendo, señor. Pero creo que convendrá conmigo en que, si queremos encontrar el mejor camino para avanzar, más vale que

evitemos expresiones que algunos podrían considerar ofensivas.

Burton se quedó mirándolo, boquiabierto.

—¿Y quién podría ofenderse por eso?

—Yo me ofendo, señor —dijo Arthur—. Y me permito recordarle que los niños tienen nombre. Hola, Lucy. Hola, Chauncey. Hola, Talia. Hola, Theodore. Hola, Sal. Hola, Phee. —Añadió para sus adentros: «Tú también, David; no me he olvidado»—. Nos están escuchando —explicó al tiempo que se oían susurros entre el público—. Que un niño oiga su nombre por la radio no es algo que pase todos los días. Además, dudo mucho que sean las únicas personas mágicas que nos escuchan, así que, sí, las palabras importan, sobre todo ahora.

—Tenemos entendido que la situación de su colectivo es un poco explosiva —dijo Haversford, que hablaba por primera vez, y con una voz más profunda de lo que se esperaba Arthur. Se subió las gafas por la nariz—. Uno de los objetivos de esta audiencia es ayudar a mitigar las llamas. Pero nosotros no somos el enemigo, señor Parnassus. Espero que eso lo tenga claro.

—Ah —dijo Arthur—. He caído en mi propia trampa. Me temo que debo rectificar mi afirmación anterior. Las palabras son importantes, desde luego, pero los actos lo son aún más. Cualquiera puede decir lo que quiera, pero lo que cuenta es ser coherentes con nuestras palabras, ¿estoy en lo cierto?

—Desde luego —dijo Burton con expresión avinagrada.

Arthur procedió a asestar la estocada final.

—Entonces sin duda comprenderán que tal vez yo (y solo hablo por mí mismo) tenga una definición distinta de la palabra *enemigo*, dados los actos del Gobierno respecto al colectivo mágico.

Burton se puso a farfullar, Sallow adquirió un tono amarillento, Haversford suspiró y Rowder no hizo nada salvo quedarse sentada inmóvil, con la espalda tiesa y sin apartar los ojos de Arthur. La lluvia azotaba la cúpula que les recordaba en todo momento la presencia de aquel cielo oscuro que se cernía sobre ellos.

—Señor Parnassus —dijo Haversford sin acritud—, respeto profundamente su opinión. No le diré que entiendo lo duras que fueron las cosas para usted, porque sería una falsedad basada en el privilegio.

Él asintió.

—Le agradezco que lo reconozca así.

—Dicho esto, no llegaremos a ningún sitio si ni siquiera conseguimos pasar de la presentación. Con la venia de mis colegas, propongo que nos ahorremos los discursos hasta que hayamos escuchado al señor Parnassus. Me da la impresión de que está deseando hablar, y ¿no es para eso para lo que ha venido?

—Hay que seguir el procedimiento —replicó Burton.

—En efecto —convino Haversford—, pero nos encontramos en terreno desconocido, y el procedimiento solo es útil hasta cierto punto. Prefiero escuchar lo que hemos venido a escuchar a que hablemos todos a la vez. —Se volvió hacia Sallow y Rowder—. ¿A favor?

—A favor —dijo Sallow con la voz entrecortada—. Sí, eso sería beneficioso.

Por toda respuesta, Rowder asintió con impaciencia mientras tamborileaba con los dedos sobre las carpetas que tenía delante.

Burton parecía irritado.

—De acuerdo. Pero no permitiré que esto se convierta en un intercambio caprichoso de acusaciones infundadas.

—Le aseguro —dijo Arthur— que las acusaciones que pretendo formular no tienen nada de infundadas. Por el contrario, están basadas en hechos que yo presencié en persona.

Burton soltó un bufido burlón.

—Eso dice usted. Está bien, señor Parnassus. Tiene usted la palabra. Aproveche su tiempo con sensatez.

—Ya te enseñaré yo sensatez, cretino pretencioso —masculló Linus tras su espalda.

Arthur simuló una tos como excusa para taparse la boca con la mano.

—Gracias. —Aunque sabía que todos los ojos estaban puestos en él (no solo los de los presentes, sino también los de todo el país y tal vez el mundo), centró su atención en el hombre sentado detrás de él, los cuatro que tenía enfrente, y el grupo de niños que sin duda se encontraban apiñados en torno a la radio, en casa.

¿Cuánto tiempo llevaba esperando ese momento? ¿Desde unos meses después de la llegada de Linus, o incluso desde antes? Estaba seguro de ello. Era algo que se remontaba muchos años atrás, a cuando aquel muchacho había escrito una carta con esperanzas de salvación —no solo la suya, sino también la de los otros niños—, solo

para acabar encerrado por haber tenido la osadía de creer en la libertad. Sí, sentía que ese momento era la culminación de una vida entera y, aunque los nervios lo devoraban por dentro, no le daba la gana que Burton, Haversford, Sallow o Rowder se lo notaran.

Comenzó su relato.

—Cuando era niño, sufrí maltratos a manos de un empleado del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. No fue solo violencia física, sino también psicológica, pues el director se impuso la misión (lo repetía a menudo) de ponernos en nuestro sitio, de recordarnos que nuestra condición de seres mágicos nos hacía intrínsecamente inferiores. La violación de nuestros derechos fundamentales como personas fue en aumento sin que nadie le pusiera freno hasta que yo (impulsado por la sabiduría y la audacia que solo da la juventud) decidí que las cosas tenían que cambiar, que no era justo que nosotros, como personas, tuviéramos que soportar esas vejaciones. Así que lo puse todo por escrito e intenté mandarlo por correo a las personas que creía que podían ayudarnos. ¿Y cuál fue el resultado de atreverme a pedir auxilio al mismo Gobierno ante cuyos representantes comparezco hoy? La reclusión. Seis meses metido en un sótano sin ventanas ni luz. Me daban de comer una vez al día y me obligaban a hacer mis necesidades en un cubo. Había una cama de metal con un colchón viejo infestado de moho; grietas en las paredes que iluminaba con mis propias llamas y que aprendí de memoria porque no tenía otra cosa en qué ocupar el tiempo; ni libros, ni deberes, ni visitas. Y no se me permitía salir.

»Me pasé los primeros tres días gritando a pleno pulmón, y la semana siguiente, ardiendo. La semana siguiente a esa, recibí una paliza tan brutal que estuve sin poder respirar bien durante lo que me parecieron años. Como a muchas otras víctimas de malos tratos, me decían que la culpa era mía. Que me lo merecía. Que me lo había ganado porque simplemente no escuchaba. Al fin y al cabo, el director sabía lo que más me convenía. Era un adulto, un funcionario del Gobierno, y yo no era más que un niño. Empecé a creérmelo.

»El tiempo se volvió escurridizo, elástico, y se estiraba de formas que soy incapaz de describir con un mínimo de claridad. Para mantener la cordura, llevaba la cuenta de los días con unas rayas que grababa en las paredes. Era mi única distracción, contar los días, uno por uno. Al final, era tal mi delirio que me había convencido a mí

mismo de que habían transcurrido años en vez de meses.

»Pero me estoy adelantando. Llegué a la isla de Marsyas cuando contaba siete años. No tenía nada ni a nadie…

En total, habló de forma ininterrumpida durante dos horas y cuarenta y seis minutos. Aparte de la lluvia y la voz de Arthur, nada rompía el silencio sepulcral de Netherwicke, salvo los gritos ahogados y alguna que otra moquera por parte de los miembros del público. Cuando terminó, estaba ronco y notaba un escozor en la garganta que solo consiguió aliviar con un sorbo de agua. Se sentía vacío por dentro, sin fuerzas y, aunque la ira aún ardía en su interior, era algo apenas perceptible que chisporroteaba débilmente.

Durante toda su declaración, mantuvo la vista fija al frente, clavada en las cuatro personas situadas delante de él. Burton no revelaba emoción alguna, y el ceño fruncido parecía ser su expresión por defecto. Sallow y Haversford tomaban abundantes notas mientras Arthur hablaba, y el sonido de sus plumas al rascar el papel era como el relajante compás de un metrónomo. Rowder, por su parte, se limitó a escuchar, sin prestar atención a las carpetas apiladas ante ella. Aunque Arthur no contaba con ello, había albergado una pequeña esperanza de que Larmina se hubiera equivocado respecto a Rowder, que no fuera más que una funcionaria electa cegada por la sed de poder.

—Gracias, señor Parnassus —dijo Haversford una vez que finalizó—. Ha sido… esclarecedor en algunos aspectos que no me esperaba. No puedo ni imaginar lo difícil que debe de ser para usted venir para relatar su experiencia con tanta sinceridad, y me parece algo digno de elogio. ¿Quiere tomarse un descanso antes de continuar para reponerse?

—No, gracias —dijo él antes de aclararse la garganta—. Estoy dispuesto a proseguir, si ustedes también lo están.

—Como quiera —dijo Burton, inclinándose hacia delante y hojeando los papeles que tenía delante—. Señor Parnassus, usted testificó contra el exdirector, ¿verdad?

—Sí.

—Y él recibió una reprimenda oficial, y fue despedido y declarado culpable, ¿no es así?

Arthur sabía adónde quería ir a parar Burton y aceptó el reto de buena gana.

—Sí, pero no ocurrió en ese orden. Lo declararon culpable, recibió una reprimenda oficial y luego lo despidieron. Hasta donde yo sé, disfrutó de un permiso retribuido mientras duró la investigación interna del DEJOMA y el juicio, y, tras la sentencia, estuvo tres años en libertad condicional. No fue hasta entonces que dejó de ser empleado del DEJOMA y, por tanto, de percibir un salario.

—Y su declaración, señor Parnassus, se clasificó como reservada, dado que era menor de edad. Ninguna parte de ella se ha hecho pública.

—Eso es cierto, aunque creo que tiene poco que ver con que fuera menor de edad y mucho con la intención del DEJOMA de salvar las apariencias.

—¿Tiene usted pruebas de eso? —preguntó Burton.

—Considérelo una suposición bien fundada.

—O sea que la respuesta es no —dijo Burton—. Señor Parnassus, usted alcanzó un acuerdo con el Gobierno después de que una investigación revelara que hubo negligencia por parte del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. ¿A cuánto ascendía la suma estipulada en el acuerdo?

—Me da la impresión de que ya lo sabe.

—Responda a la pregunta, señor Parnassus.

Arthur sonrió.

—A un millón de libras.

—Un millón de libras —proclamó Burton con ampulosidad, como si se hubiera anotado un tanto—. Una cantidad considerable, ¿no le parece? Sobre todo para un niño. Aunque me hago cargo de su sufrimiento, señor Parnassus, no puedo por menos de pensar que recibió una compensación más que adecuada. Y ahora, en vez de un beneficio económico, parece que lo que busca es venganza.

—Es una manera de verlo —dijo Arthur—. Otra sería considerar que me indemnizaron como penitencia por los años de abusos permitidos por el Gobierno.

—Mire usted —dijo Sallow, con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. El Gobierno jamás ha permitido abuso alguno. La mera idea resulta tan ridícula como repugnante. En *Normas y reglamentos* se establece con toda claridad que ningún niño debe sufrir daño alguno,

ya sea mágico o no.

—Pues qué raro —dijo Arthur—, porque, según documentos públicos de las tres décadas siguientes a mi retirada de la isla, setenta y seis directores del DEJOMA han sido acusados de algún tipo de maltrato hacia menores a su cargo. A veintisiete los despidieron. Cinco dimitieron de forma voluntaria, aunque se les concedió una indemnización por cese. A los demás los trasladaron a otros centros después de obligarlos a asistir a una cosa llamada «curso de sensibilización y reeducación». Más de la mitad de los integrantes de este último grupo ha sido objeto de acusaciones posteriores. En la actualidad, dos siguen siendo directores en activo de orfanatos de diferentes lugares del país. —Miró uno por uno a Burton, Haversford, Sallow y Rowder. Los ojos de esta última, grises y apagados, hacían juego con el cielo tempestuoso—. Si no se trata de algo tolerado por el Gobierno, entonces se diría que el DEJOMA ha tenido la mala suerte de contratar a personas que creen que el maltrato físico es necesario para lidiar con niños.

—¿Y dónde ha obtenido esta información? —preguntó Burton con cara agria—. Porque dudo mucho que los documentos públicos sean tan explícitos.

Un tal Linus Baker se la había proporcionado de tapadillo, por supuesto, antes de dejar el DEJOMA, pero Arthur no iba a revelar sus fuentes.

—Entonces ¿lo niegan?

Sallow sacó pecho.

—Aquí el interrogado es usted, señor Parnassus, no nosotros.

Mientras se levantaba un rumor entre el público, arriba y detrás de él, Arthur observó que Haversford miraba a Sallow con el ceño fruncido. Sin decir nada, posó de nuevo la vista en Arthur.

Este arqueó una ceja.

—No sabía que habíamos pasado de una declaración voluntaria a un interrogatorio. De haberlo sabido, quizás habría preparado mi intervención de manera distinta, y más aún si se me hubiera informado de que iba a comparecer ante el Comité de lo Extremadamente Importante.

—Eso no... ¡No es lo que quería decir! —exclamó Sallow—. Solo intentaba...

—Afirma que se cometen malos tratos —dijo Burton.

Arthur asintió.

—Es algo más que una afirmación, pero sí. Aunque no hablaré en nombre de otros que han vivido situaciones parecidas, sí puedo hablar de mis experiencias personales. Ese tipo de abuso, el dolor que produce, es acumulativo. Cada golpe, tanto si es físico como psicológico, impacta en una herida que aún no ha tenido tiempo de sanar. Va creciendo hasta que la violencia cesa.

—Se le pagó una suma exorbitante por ello.

—Dinero sucio —dijo Arthur con la voz quebrada—. Si cree que estaría dispuesto a dejar de lado mi inocencia a cambio de ese pago, se equivoca de medio a medio. Y, puesto que sé que todos ustedes son árbitros de la verdad y la justicia, añadiré que, cuando lo interrogaron, mi maltratador dio a entender, no solo que el DEJOMA estaba al tanto de los abusos a manos de los directores, sino que hacía la vista gorda.

—Incluso si eso fuera cierto —dijo Sallow—, no significa que el Gobierno permitiera o aprobara ese tipo de conducta.

—¿Alguno de ustedes tiene hijos? —preguntó Arthur. Sin esperar respuesta, continuó—: Yo tengo seis. La niñez, sobre todo en las edades tempranas, es la etapa en la que empiezan a aprender la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal. A menudo hay que decirles que no. Y yo les reto a encontrar un niño que, después de oír la palabra *no*, no pregunte «¿por qué?».

A unos cuantos espectadores se les escapó una risa entre dientes. A más de unos cuantos, de hecho. Esto resultaba alentador, aunque, por otro lado, la gente podía ser muy voluble.

—Y es natural —prosiguió Arthur—, porque sus maravillosos cerebros se desarrollan a la vez que ellos. Cuando les decimos que no, hay que argumentar el porqué, proporcionarles un contexto, definir unos límites. Así es como aprenden los niños. Si, cuando un niño hace algo que no debe, no se le dice nada, tal vez él dará por sentado que cuenta con nuestro permiso. Así que les pido, como miembros del Gobierno, que nos expliquen por qué todos estamos de acuerdo en que decirle que no a un niño es necesario para su educación (tal como expone esa obra de referencia fundamental, *Normas y reglamentos*, en el capítulo cuatro, entre las páginas doscientos cincuenta y siete y trescientos cuarenta y tres, redactado por un antiguo miembro de A. D.), pero en cambio no podemos hacer lo mismo con los adultos que

se aprovechan de la dinámica del poder. ¿Les preocupa que ellos pregunten por qué? No deberían. Son adultos. Tendrían que saber que lo que hacen no está bien.

—A mí me castigaban de pequeño cuando hacía algo mal —dijo Burton, entornando los ojos—. Mi padre me arreaba con una vara en el trasero cada vez que me pasaba de la raya, y no he salido tan mal.

«Yo no estaría tan seguro», pensó Arthur, pero se abstuvo de decirlo. Sabía que ya se encontraba en la cuerda floja, que había resultado estar más floja de lo que había esperado.

—Lamento oír eso, de verdad. Un niño, sea o no humano, nunca debería recibir un golpe como castigo. La gente tiene claro que no hay que pegar a los perros u otros animales porque es una crueldad, pero cuando se trata de los niños, ¿se supone que debemos pensar que es por su propio bien y que no saldrán tan mal? —Sacudió la cabeza—. Me niego a creer eso.

Burton soltó un resoplido acompañado de un gesto desdeñoso de la mano.

—No está aquí para decirnos cómo debemos criar a los niños que tenemos a nuestro cargo.

—Es verdad. Estoy aquí para aportar pruebas de que hay niños sufriendo. Eso por sí solo debería darles que pensar. ¿Alguno de ustedes sabe lo que es vivir sin amor? ¿Saben lo que se siente?

Por toda respuesta, el silencio. Un silencio denso, cargado de electricidad.

—Claro que no. Ustedes tienen amigos, familia. Nunca conocerán la terrible sensación de que nadie los quiere. Yo la conozco. Recuerdo bien esa sensación. Ningún niño debería experimentarla jamás. Ellos son el futuro. Y, a pesar de ello, muchos se van a la cama cada noche en orfanatos acreditados por el DEJOMA sin haber recibido una sola palabra amable o una muestra de cariño. —Arthur movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Cómo pueden afirmar que los peligrosos son los niños cuando ustedes han hecho todo lo posible por arrinconarlos?

Sallow carraspeó con aire lánguido.

—A propósito de niños. Usted está en posesión de seis niños que...

—Posesión implica propiedad —dijo Arthur sin alterarse—. Yo no poseo a nadie. Como decía antes, las palabras importan, señor mío.

—El hecho es que son algunos de los seres más poderosos que

existen. Niños con la facultad de…

—¿De ser niños? —preguntó Arthur—. Sí, lo son.

—Sea como fuere, no dejan de ser seres capaces de acceder a un nivel de magia que aún no conocemos. —Sallow bajó la mirada a una carpeta que tenía ante sí—. Chauncey, por ejemplo. ¿Qué tipo de ser es?

Arthur se encogió de hombros.

—No lo sabemos con exactitud. ¿A que es maravilloso? Pero, ya que me pide concreción, le diré que Chauncey es botones de hotel, y uno de los mejores.

—¿Qué hotel lo contrataría? —inquirió Burton—. Su aspecto resulta… inquietante.

—¿Qué hotel no lo contrataría? —repuso Arthur—. Podrían considerarse afortunados de contar con sus servicios si tuvieran una vacante. Y sospecho que quería usted decir «único», y no «inquietante», pues sé de buena tinta que Chauncey es la hostia de guapo.

—Talia —dijo Sallow—. Una gnoma de jardín.

—Sí —dijo Arthur—. Pero es mucho más que eso. Es valiente, graciosa y protectora, además de ser una de las mejores sepultureras que he conocido. Ah, y sus begonias son mejores que las de cualquier jardín del mundo.

Se le curvaron los labios al oír una risita familiar a su espalda.

—Theodore —dijo Haversford—. Un guiverno.

—Uno de los niños más inteligentes que he tenido el placer de conocer. Ha acumulado un tesoro inigualable y hace poco ha aprendido a aterrizar sin dar vueltas de campana. Me tiene impresionado.

Haversford se rio por lo bajo.

—¿Y Sal?

—Un escritor de talento al que he visto crecer, tanto en sentido literal como figurado. Está madurando. Me muero de ganas de ver al hombre en el que se convertirá. Espero grandes cosas de él.

Sallow dio unos golpecitos a su carpeta.

—Y además puede transmitir su… afección por medio de una mordedura.

—Así es —confirmó Arthur—. Y lo hizo una vez, preso del miedo después de que un adulto lo golpeara cuando él intentaba conseguir

algo de comer. ¿Sobre quién quiere interrogarme a continuación? ¿Sobre Phee? Es un espíritu del bosque que ya sabe hacer crecer árboles pese a que aún no es una adolescente, y que ha asumido su papel de hermana empática con entusiasmo. —Desplegó una sonrisa incisiva—. No, me parece que todo esto son excusas para acabar preguntándome por un niño en concreto, ¿no es así? Quieren que les hable de Lucy. —Larmina (y, a su vez, Doreen) estaban en lo cierto. La audiencia no tenía nada que ver con Arthur o las malas prácticas del DEJOMA. Era una misión de investigación, y él había caído en la trampa de creer que podía salir algo positivo de todo aquello.

Se impuso un silencio opresivo roto únicamente por los crujidos y gemidos de Netherwicke.

—El Anticristo —dijo Burton al fin, crispando las facciones.

—Nosotros no usamos esa palabra —dijo Arthur—. No porque nos parezca incorrecta, sino porque al parecer todos los demás creen que significa el fin de todo lo que conocemos. No permitiré que ese niño (ni ningún otro, en realidad) se trague esas paparruchas.

—¿Paparruchas? —preguntó Sallow—. Nunca ha habido otro como él. ¿Qué será capaz de hacer cuando sea mayor? ¿Y si el mundo no se somete a todos sus deseos y caprichos?

—Puesto que habla como si conociera a mi hijo en persona y no solo a través de lo que ha leído en su expediente del DEJOMA, me imagino que pretende llegar a alguna parte con todo esto. ¿Qué tienen que ver estos niños con las experiencias que viví bajo la tutela del Departamento?

—Desde luego que pretende llegar a alguna parte —terció una voz dulce y cantarina que impulsó a Arthur a volverse. Jeanine Rowder sonrió, ladeando la cabeza. Arrugó ligeramente la nariz, como si hubiera captado un olor desagradable—. Tal vez ha sido un poco tosco, pero creo que lo que mi colega intenta decir es algo que entra de lleno en un campo que usted domina, señor Parnassus, o al menos eso tengo entendido.

—¿Y qué campo es ese? —preguntó Arthur.

—El de los dilemas filosóficos. Y puesto que ha sacado usted el tema del Anti… de Lucy, como usted lo llama, creo que la línea del interrogatorio es pertinente, ya que concierne al director de su centro. —Arrugó el entrecejo en lo que pareció un gesto de cara a la galería—. Ah, esa palabra tampoco le gusta, ¿verdad? ¡Por sus

connotaciones! Llamemos a las cosas por su nombre. Como tutor legal de unos jóvenes mágicos potencialmente peligrosos, ¿tiene el deber moral de tomar medidas si albergara la sospecha de que podrían poner en riesgo a personas inocentes?

«Ah, esta pregunta —pensó Arthur—. Me va a poner en un brete».

—Depende de si es usted partidaria del utilitarismo o de la deontología. El utilitarismo gira en torno a la idea de que el fin justifica los medios, la creencia de que las consecuencias de un acto poseen un valor superior al del acto en sí. Se trata de una filosofía orientada a los resultados. Tomemos como ejemplo el DEJOMA y el DEAMA.

Burton se puso a barbotar, enfadado, pero cerró el pico en cuanto Rowder alzó la mano.

—Yo me inclino más por la teoría de la deontología, los principios de Immanuel Kant que establecen que tanto las acciones como sus resultados deben ser éticos. Otorga más peso a la moralidad de la acción en sí, pero sostiene asimismo que el hecho de que un acto sea inmoral no implica que sus consecuencias también lo sean.

—El DEJOMA encajaría en esa descripción, ¿no le parece? —preguntó Rowder, con las manos en cuña bajo el mentón y sin despegar ni por un momento los ojos de Arthur mientras le dedicaba una bonita sonrisa. No le dio la oportunidad de responder—. Pero dejemos ese tema para otro día. Creo que estamos enfocando mal este asunto. Al fin y al cabo, no se trata de los niños, sino de Arthur Parnassus, quien ha tenido la gentileza de ofrecernos un testimonio desgarrador sobre su época bajo la tutela del DEJOMA, y yo, por mi parte, aplaudo su valentía. —Su sonrisa se deshizo en una máscara de compasión empalagosa—. Seguro que no ha sido fácil para usted venir aquí.

Arthur notó un hormigueo en la piel y se obligó a respirar con calma y regularidad.

—No lo ha sido, pero, como he dicho antes, es importante.

—Desde luego —dijo Rowder—. Y, aunque creo que la información sobre sus pupilos no carece de relevancia (sobre todo considerando que está tramitando la adopción de todos, ¿no es así?), el hecho es que, tal como ha expresado usted de manera tan

elocuente, solo son niños.

—En eso estamos de acuerdo.

—Cuyos padres biológicos están todos… difuntos.

Estaba hurgando en la herida. Sabía que los niños los escuchaban.

—Considerando que la palabra *orfanato* viene de huérfano, sí, así es.

—¿Y por qué estos niños en particular?

Arthur pestañeó, sorprendido.

—No entiendo a qué se…

—De todos los niños del mundo que se encuentran bajo la supervisión del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos, ¿por qué estos seis?

—Porque necesitaban un hogar.

—Supongo que esa es una razón —dijo ella—. Pero ¿y usted, señor Parnassus? Usted no es un niño. Y, aunque me duele reconocerlo, después de las duras experiencias que vivió, debería estar sumamente disgustado con el DEJOMA y el DEAMA. Y, a juzgar por lo que he oído hoy en su declaración, lo está, y con toda razón.

—En esto también estamos de acuerdo. Aunque creo que tal vez *disgustado* sería un eufemismo.

—Desde luego —dijo ella, riendo entre dientes—. Pero volvamos de nuevo al asunto que nos ocupa, si le parece bien. —Sin aguardar respuesta, se inclinó hacia delante con brusquedad, y unas gafas color violeta en forma de media luna aparecieron como por arte de magia sobre el caballete de su nariz mientras ella estudiaba la carpeta abierta que tenía delante—. Padres fallecidos. No tiene hermanos ni otros familiares. Ingresó en un orfanato del Departamento con siete años. —Chasqueó la lengua, sacudiendo la cabeza—. Qué pena tan grande. Qué horror. Mis más sinceras condolencias. Es usted un fénix, ¿verdad?

Fue como un latigazo verbal, pero ese era su objetivo, ¿no? Ir siempre un paso por delante de él.

—Sí, lo soy.

Ella asintió.

—Estupendo. Demuéstrelo.

Un murmullo se extendió por la multitud, un suspiro bajo, como el viento que riza la superficie del mar bajo un cielo acerado.

—Perdone, ¿cómo dice?

Ella se mostró sorprendida.

—Pero qué tonta soy. Creía que me había expresado con claridad. Lo intentaré de nuevo y, por favor, avíseme si sigue habiendo alguna confusión. Le estoy invitando, señor Parnassus, a demostrar qué es lo que dice ser. No creo que sea mucho pedir. Al fin y al cabo, nadie del DEJOMA o del DEAMA ha visto pruebas de ello desde que era usted un niño, y de esa época prácticamente no contamos más que con testimonios de terceros.

Haversford se aclaró la garganta.

—Señoría, no creo que...

—Señor Parnassus —dijo Rowder, sin hacerle caso.

Él vaciló solo un momento antes de levantar la mano con la palma hacia el techo. Oyó que todos se movían en sus asientos en torno a él, alargando el cuello para ver lo que iba a hacer. No les prestó mayor atención. Una llamita no mucho más grande que la de una vela apareció sobre su mano. Danzó unos instantes por encima de su piel hasta que la apagó cerrando el puño sobre ella, y una pequeña nube de humo se escapó de entre sus dedos.

Rowder parpadeó.

—¿Y... ya está? ¿Eso es todo lo que puede hacer? —Chasqueó la lengua de nuevo—. Reconozco que me ha decepcionado un poco. Por lo que había leído en su expediente, creía que no solo era capaz de asumir la forma de un fénix, sino que este también podía actuar como una extensión de usted mismo, como un ser independiente, pero bajo su control. —Con un suspiro, se reclinó en su asiento.

Arthur se irritó, consciente de que ella pretendía sacarlo de sus casillas, pero incapaz de evitarlo.

—No pienso montar un número de circo para usted. Se cree mejor que yo, y...

Ella abrió mucho los ojos.

—Señor Parnassus, me precio de ser tolerante con todo el mundo, al margen de su origen o condición social. Cualquier insinuación de lo contrario no solo es una falsedad, sino una calumnia, y no pienso consentirlo. Dicho esto, tengo una misión y no me la tomo a la ligera. ¿Es posible que la información que consta en su expediente sea errónea? Aunque detesto reconocerlo, el DEJOMA y el DEAMA han

cometido unos cuantos errores. Altísima Dirección, por ejemplo. Por cierto, señor Parnassus, ¿sabe por qué A. D. dio el visto bueno a que el orfanato de la isla de Marsyas continuara abierto?

—Me temo que entre mis poderes no está el de leer la mente.

—Cosa que agradecemos todos —dijo Rowder—. He de admitir que me extraña que A. D. simplemente… doblara la cabeza ante usted. —Se le iluminaron los ojos como si se le acabara de ocurrir una nueva posibilidad—. A no ser que fuera cosa de Charles Werner. Usted lo conocía, ¿verdad? Y, para evitar malentendidos, me refiero a que lo conocía de forma íntima.

—¿Y eso qué tiene que ver con…?

—¿Lo niega usted, señor Parnassus? —inquirió ella.

—El señor Werner y yo estuvimos juntos un tiempo, sí. Pero, sin yo saberlo, me utilizaba para medrar en su carrera profesional con…

—No he terminado —dijo Rowder sin abandonar su tono tranquilo y desenfadado, como si aquello fuera una conversación distendida durante un desayuno tardío—. Porque luego está un tal Linus Baker, exempleado del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. En estos momentos mantiene una relación romántica con él, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

Rowder se echó hacia atrás en su silla.

—Por lo visto tiene usted la costumbre de coleccionar empleados nuestros para su disfrute particular. Espero que no nos prive de más hombres buenos. La retención de personal es importante, y un desfile interminable de queridos no es algo a lo que deban estar expuestos los niños. Sin embargo, da pie a una pregunta interesante: ¿es verdad que Lawrence Baker…? Ay, perdón… —Bajó una vez más la vista hacia la carpeta—. Linus Baker. ¿Es verdad que falseó informes sobre la isla de Marsyas para apaciguarlo a usted, Arthur Parnassus?

Haversford parecía perpleja.

—No teníamos noticia de esto, ni hemos visto u oído nada que nos lleve a sospechar ni de lejos algo así. ¿De qué está acusando exactamente al señor Parnassus, señoría?

Rowder alzó un papel con un texto en tinta negra que Arthur no alcanzó a leer.

—Obra en mi poder una declaración jurada y lacrada de Charles

Werner, exmiembro de Altísima Dirección. Tras la disolución de este organismo el año pasado, el señor Werner tuvo a bien compartir con nosotros a título oficial sus agudas reflexiones sobre Arthur Parnassus. No solo declaró que se sentía amenazado por él y por Linus Baker (motivo por el que asegura que él y los otros miembros de A. D. accedieron a mantener abierto el orfanato de la isla de Marsyas), sino que, según su nada despreciable opinión, el señor Parnassus está adiestrando a jóvenes mágicos para convertirlos en soldados.

Esto provocó gran escándalo en todos los rincones de Netherwicke: la muchedumbre que rodeaba a Arthur se puso en pie con los puños en alto. Las cámaras emitían chasquidos y destellos, y los gritos de unos ahogaban los de otros, de modo que las palabras se perdían en un muro de ruido. Los que se encontraban en las galerías superiores comenzaron a patear el suelo y a aporrear con las manos la barandilla que tenían delante.

—¡Silencio! —bramó Burton, y la palabra resonó como el restallido de un látigo. Casi todos parpadearon varias veces como si despertaran de un sueño difuso—. No toleraremos esta clase de exabruptos durante la sesión. Todo aquel que vuelva a hablar sin tener la palabra será expulsado de inmediato. ¿Ha quedado claro?

El público retomó sus asientos en medio de una tensión tan densa que Arthur casi se atragantó con ella.

—Señor Parnassus —dijo Rowder con dulzura—. ¿Le importaría responder a estas acusaciones?

—Acusaciones —repitió Arthur.

—Sí, sobre los niños. ¿Los está adiestrando?

—Perdone, pero creo que lo que usted quería decir era *criando*.

—Pero no es lo que he dicho, ¿verdad? —dijo Rowder, sonriendo de nuevo—. Repito, ¿los está adiestrando?

—¿Para qué? ¿Para la vida? ¿Para ser buenas personas? ¿Para mostrar afecto y respeto incluso frente a la intolerancia institucionalizada? Si es a eso a lo que se refiere, la respuesta es sí, los estoy adiestrando.

Sallow se removió inquieto.

—Creo que lo que le está preguntando es si está impartiendo formación a estos niños para que vayan a la guerra en su nombre.

—Jamás se me pasaría por la cabeza entrar en guerra con ninguno de ustedes —dijo Arthur con suavidad—. Sería una batalla de

ingenio en la que se encontrarían en franca desventaja.

Se oyó un fuerte jadeo por parte de los espectadores, seguido de un cuchicheo furioso, acompañado por el tintineo de la lluvia contra las ventanas.

—Mire usted —dijo Burton—. Le conmino a moderar ese tono, pues…

—Señor Parnassus —dijo Rowder, y Burton, amilanado, se quedó refunfuñando por lo bajo—. Debería saber que siento una gran empatía por usted. Y no creo que sea la única. Estoy segura de que nadie que haya escuchado hoy su declaración volverá a ser el mismo. Tiene usted una gran facilidad de palabra, señor, lo que redunda en beneficio de todos. Dicho esto, le formularé otra pregunta, si me lo permite. —Abrió una carpeta distinta, de color rojo sangre—. Después de que se lo llevaran de Marsyas, estuvo usted en siete orfanatos diferentes, por lo menos. A los dieciocho años, le permitieron emanciparse…

—Me echaron a patadas a primera hora de la mañana —dijo Arthur—, pero no antes de que el director intentara extorsionarme para quedarse con el dinero sucio que el DEJOMA me había pagado. Por desgracia para él, ese dinero estaría depositado en un fondo fiduciario hasta que cumpliera los veintiún años.

—Pobrecillo de usted —dijo Rowder—. Esa debió de ser una de las razones por las que no se registró en el Departamento Encargado de los Adultos Mágicos cuando tuvo la obligación legal de hacerlo. Según los archivos de la época, faltó usted a veinticuatro citas programadas con un representante del Departamento. Mi pregunta es la siguiente: ¿dónde estuvo desde que cumplió los veintiún años hasta que regresó a Marsyas, cuando tenía cerca de cuarenta?

Debería haber visto venir esa pregunta. No debería haberlo pillado por sorpresa. Era de imaginar que recurrirían a todos los medios necesarios para hacerlo quedar como un idiota, y encima peligroso. Arthur se había creído mejor y más inteligente, y una pequeña parte de él —optimista hasta el final— había esperado que aquello supondría el principio de un cambio, que la gente lo escucharía de verdad. Su propio orgullo acarrearía su perdición, y la culpa sería solo suya. Nadie sabía a qué se había dedicado durante

aquellos años, ni siquiera Zoe o Linus. No se avergonzaba de ello; si tuviera que hacerlo de nuevo, tomaría las mismas decisiones.

Eligió sus palabras con cuidado.

—Viajé mucho. Hasta entonces apenas había visto nada más allá de los muros de las casas a las que me enviaban.

—Y, durante sus... viajes, ¿se encontró alguna vez con otros seres mágicos?

—Por supuesto.

Ella asintió, satisfecha.

—¿Y los ayudó de alguna manera?

—Defina *ayudar*.

Ella se quedó boquiabierta, otro gesto ensayado.

—¿Intenta salirse por la tangente delante del Comité de lo Extremadamente Importante? Señor Parnassus, seguro que es consciente de lo inaceptable que resulta ese comportamiento.

Él extendió las manos a los lados como diciendo «¿Qué quiere que le haga?».

—Si va a acusarme de algo, déjese de rodeos.

—Como quiera. Señor Parnassus, ¿trasladó usted ilegalmente a personas mágicas para ayudarlas a evitar que las descubrieran el DEJOMA y el DEAMA, y por tanto a vivir como seres no registrados?

—Sí.

El público prorrumpió en aspavientos que él ignoró, aunque notaba la mirada de Linus clavada en la nuca.

—¿Y lo hizo sabiendo que eso iba en contra de la ley?

—Sí.

—Y ¿sería razonable suponer que, si no estuviera hoy aquí y las circunstancias no lo hubieran llevado de vuelta a la isla de Marsyas, habría continuado ayudando a la comunidad mágica a infringir las leyes de este gran país?

—Sí.

A continuación, la mujer le lanzó una pregunta que él no se esperaba.

—Durante ese período, o en algún momento posterior, ¿prestó usted auxilio a otro fénix?

—Aunque lo hubiera hecho, no se lo diría.

Los murmullos tras su espalda aumentaron de volumen.

Rowder suspiró.

—Señor Parnassus, ¿cómo vamos a ayudarle si no es sincero con nosotros? No somos unos genios del mal, como usted se empeña en pintarnos. Según el registro oficial, usted es el único fénix conocido en todo el mundo. ¿Lo sabía?

—Sí.

—Eso debe de hacerle sentir muy solo. Así pues, no sería reprochable que buscara a otros como usted, que se fijara un objetivo solidario que le levantara el ánimo. —Adoptó un aire severo como el de una madre al reprender a su hijo revoltoso—. Sin embargo, eso no le da derecho a tomarse la justicia por su mano, sobre todo cuando eso lo lleva a minar todos nuestros esfuerzos. ¿Alguna vez ha pensado que sus actos han sido más perjudiciales que beneficiosos?

—Ni una sola vez —contestó Arthur.

Rowder arrugó la frente.

—¿Ni… una sola? ¿No siente punzadas de culpa? ¿Nunca ha oído una voz en su fascinante cerebro pidiéndole a gritos que se pare a reflexionar por una vez en su vida?

—Jamás —dijo Arthur—. Ofrecer alimentos, ropa y alojamiento a personas que carecían de ello me parecía la mejor manera de gastar el dinero del Gobierno. Ah, no, perdón: mi dinero.

A Rowder le relampaguearon los ojos, pero habló con voz sosegada.

—Y a veces eso implicaba trasladar a personas.

—Sí.

—A personas no registradas.

—En efecto.

—Para impedir que acataran la letra de la ley.

—De unas leyes dictadas para controlarlos —espetó Arthur, incapaz de seguir reprimiendo la ira—. Para que no olviden nunca que un Gobierno fundado sobre la idea de ayudar a la gente solo incluye a aquellos que la sociedad considera normales. He visto en primera persona las consecuencias de sus leyes. ¿O acaso se han olvidado de por qué estoy aquí?

—No lo hemos olvidado —dijo Rowder—. Y yo soy la primera en reconocer que se han cometido errores que han ocasionado problemas que no le desearía a nadie. No me cabe duda de que los demás están de acuerdo conmigo.

Mientras Sallow asentía enérgicamente, Haversford miró a Rowder con recelo y Burton parecía querer estar en cualquier otro lugar que no fuera Netherwicke.

—¿Lo ve? —preguntó Rowder—. De modo que sí, creo que...

Arthur se inclinó hacia delante hasta que su boca quedó a pocos centímetros del micrófono.

—Pues entonces pidan perdón.

Esta respuesta sí pilló desprevenida a Rowder. Por un instante, su fachada de comprensión se derrumbó y cedió el paso a una rabia negra tan intensa que dejó a Arthur sin aliento. Duró solo un par de segundos antes de que apareciera una expresión anodina e impasible que se extendió por su rostro.

—Usted recibió una indemnización de un millón de libras —dijo ella como quien no quiere la cosa.

—Cierto —dijo Arthur—, pero no recibí una sola disculpa de nadie: ni del director que nos maltrató a mí y a otros, ni de ningún miembro de un organismo oficial, incluidos el DEJOMA y el DEAMA. Usted tiene muy presentes las relaciones públicas en todo lo que hace, ¿no? Claro, forma parte del Gobierno. Así que someto a su consideración la propuesta, no solo de que se disculpen por el trato que recibí, sino de que pidan perdón a cada una de las personas mágicas que han sufrido daños físicos, emocionales o psicológicos debido a sus normas, sus reglamentos, sus leyes. ¿Quieren que hablemos de los niños? Están escuchando, junto con muchos otros menores de nuestra comunidad. Denles un motivo para creer que les importamos. Denles un motivo para creer, después de lo que han oído, que intentan hacer lo mejor para ellos y que no les fallarán como les han fallado a muchos otros. Pidan perdón por el sufrimiento que ustedes han causado.

—Señor Parnassus —dijo Haversford—. Le entiendo. De verdad. Creo que ha llegado la hora de hacer un receso...

Pero Rowder no quería saber nada de eso.

—¿En algún momento ha adiestrado para el combate a aquellos a los que ha ayudado?

A Arthur le costaba cada vez más mantener una expresión neutra.

—Les enseñé a defenderse.

—Que conste en acta que el señor Parnassus no ha respondido a la pregunta que se le ha formulado. Señor Parnassus, ¿está usted

formando un ejército integrado por los niños mágicos más peligrosos jamás conocidos, niños de los que intenta adueñarse por medio de la adopción, junto con Linus Baker, exempleado del DEJOMA?

Pero ¿quién se creía que era?

—¿Adueñarme? Me niego a...

Rowder alzó la voz por encima de la suya.

—¿Le reveló Linus Baker información clasificada, ya sea durante el mes que estuvo inspeccionando la isla o después?

—No consiento que insinúe que...

—Y Zoe Chapelwhite, un espíritu isleño no registrado que, según los informes del mismo señor Baker, posee un poder extraordinario y no solo tiene contacto con los niños de Marsyas, sino que participa de forma activa en su educación. ¿Es así?

—Sí, y además...

—Lo que, por supuesto, nos lleva de nuevo al Anticristo. Lucy. Maravilloso nombre para un niño. Pero, si le parece, lo llamaremos por su nombre de verdad: Lucifer, el supuesto vástago del demonio, nada menos. Un muchacho que...

—Tiene solo siete años —repuso Arthur, con la rabia abrasándole el estómago como una bola de plomo fundido—. Un muchacho al que le encanta la música y la repostería. Un muchacho que ha decidido ser bueno porque quiere serlo.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Rowder—. ¿Y si algo se tuerce, como por ejemplo su solicitud de adopción? ¿Qué represalias tomaría él? ¿Sojuzgar a la población? ¿Arrasar ciudades? ¿Instauraría una era de oscuridad en la que se autoproclamaría soberano de...?

Arthur se puso de pie con tal brusquedad que las patas de su silla chirriaron contra el suelo.

—Es un niño. Todos lo son. ¿Alguno de ustedes se da cuenta de lo que están diciendo? ¿Por qué intentan influir en la opinión pública con acusaciones infundadas a las que tendremos que enfrentarnos durante el resto de nuestra vida? No tienen derecho a...

—Verá como sí que lo tengo —dijo Rowder—. Sé muy bien que son niños, señor Parnassus, pero hasta los niños pueden tomar un camino peligroso cuando los guía un hombre que cree estar por encima de la ley.

—¿Cómo se atreve? —dijo Arthur con frialdad—. He venido como muestra de buena voluntad para...

—Ha venido porque nosotros se lo hemos permitido —dijo Rowder como si charlaran sobre el tiempo—. Creo que ya hemos averiguado todo lo que queríamos saber. Gracias, señor Parnassus. Su declaración ha resultado de lo más esclarecedora. Reflexionaremos sobre todo lo que hemos oído y decidiremos cuáles son las medidas más indicadas. —Cuando sonrió de nuevo, a Arthur se le heló la sangre en las venas—. Aunque aún no se ha anunciado de forma oficial, dudo que a Herman..., perdón, dudo que al primer ministro Carmine le moleste que levante la liebre. —Su sonrisa se ensanchó, dejando al descubierto una dentadura perfecta—. La semana pasada, fui nombrada directora interina de los departamentos encargados de los jóvenes y los adultos mágicos, cargo que desempeñaré mientras dure la investigación sobre D. A. Es un honor para mí que el primer ministro deposite su confianza en mí. En calidad de nueva directora, estoy lista para promulgar mi primer decreto. Un inspector se desplazará a la isla de Marsyas para elaborar un informe exhaustivo de lo que ocurre ahí. A diferencia de los inspectores anteriores, que fueron incapaces de mantener su subjetividad al margen, el nuevo inspector no tendrá ese problema. —Se rio entre dientes—. Y no, señor Parnassus, dicho inspector no será un varón, dada su... propensión a distraer a los empleados del DEJOMA.

—Pero ¿a ustedes qué les pasa? —gritó alguien, y, al volverse, Arthur vio a Linus Baker de pie, aferrado con tal fuerza a la barandilla que tenía delante, que se le habían puesto blancos los nudillos. Temblaba, preso de una rabia apenas contenida—. Su falta de decoro y de la decencia más elemental me horrorizan. Esta farsa no caerá en el olvido. Todo el mundo se dará cuenta de la clase de personas que son.

—¡Silencio en la sala! —bramó Burton al micrófono cuando los reporteros comenzaron a lanzarse preguntas a voces y sus palabras embarullaron en un galimatías ininteligible.

Haciendo caso omiso de todos, Rowder prosiguió en voz más alta.

—El objetivo de la inspección será determinar si los niños (Talia, Phee, Lucy, Sal, Theodore, Chauncey y David) están a salvo en la isla de Marsyas o si conviene trasladarlos a otro lugar por su propio bien. La seguridad de esas criaturas (y de todas las criaturas, mágicas o no) es primordial para el DEJOMA. Si descubrimos que son víctimas de

malos tratos, reclusión o, peor aún, entrenamiento militar, nuestro deber será protegerlas antes de que sea demasiado tarde. Después de todo, hay estudios que demuestran que el ciclo de violencia debe romperse. Por lo que sabemos, es muy posible que el señor Parnassus los tenga encerrados como otros lo tuvieron a él, e insto una vez más a nuestro invitado a enseñarme… el… ave.

Arthur sabía que estaba cayendo en su trampa. Ella intentaba provocarlo, empujarlo a perder los papeles y demostrar que era tan peligroso como ella había insinuado de forma poco sutil. Él sabía lo que quería Rowder y, aunque pugnaba con todas sus fuerzas por no darle ese gusto, la insinuación de que constituía un peligro para los niños —sus niños— fue la gota que colmó el vaso. ¿Querían ver de lo que era capaz? Pues se iban a enterar. Se iban a enterar todos.

Alguien pegó un grito desde la galería superior cuando unos refulgentes brotes de fuego se extendieron por los brazos de Arthur desde los hombros, envolviendo las mangas de su americana. Las llamas llegaron hasta sus manos —las palmas, los nudillos y las puntas de los dedos crepitaban en torno a un centro de una incandescencia blanca que semejaba un sol en miniatura—, y, en su cabeza, el fénix despertó de su sueño profundo, y, mientras se rebullía en su interior, sus ojos de un rojo intenso parpadearon despacio. No eran independientes el uno del otro como había dado a entender Rowder. El hombre era el monstruo, el monstruo era el hombre. Eran el mismo ser, y cuando las alas de Arthur empezaron a cobrar forma —cubiertas de plumas de color naranja rojizo que ardían con fuerza—, se apoderó de él un alivio arrollador, inmenso, teñido de no poca ira. Se le agudizó la vista y la sangre le hervía en las venas. Cada ala medía al menos tres metros de largo y desprendía gotitas de fuego que caían al suelo y reventaban deshaciéndose en chispas azules. Veía a través de sus propios ojos, pero se le desdobló la visión, como si se encontrara en dos lugares a la vez: el hombre de pie, y la bestia levantándose. Arthur abrió los brazos, y el fénix profirió un chillido atronador que sacudió los cristales de la cúpula. Las plumas que formaban el enorme abanico de su cola traquetearon como huesos.

Acarició la idea de entregarse al fénix, de dejar que lo dominara por completo. Sus pensamientos ya empezaban a cambiar, a perder complejidad, guiados más por el instinto que por la frialdad

calculadora de la lógica y la estrategia humanas. «Vuela», pensó como Arthur Parnassus. «Volar», pensó como fénix, pero no lo expresó con la palabra en sí, sino con una serie de imágenes bañadas en fuego: las alas desplegadas del todo, batiéndose con ímpetu, elevándolos (elevándolo) sobre el suelo, cada vez más alto. La cúpula saltando en pedazos a causa del calor abrasador, el cristal fundiéndose en grumos cristalinos. La libertad de un cielo gris pizarra, el siseo de la lluvia al tocar las plumas.

Cuando estaba a punto de sucumbir al fénix y salir volando —al fin y al cabo, ¿no le habían exigido una demostración?—, algo le golpeó un lado de la cara. El objeto cayó sobre la mesa, y él bajó la vista. Ahí, con los bordes curvados y chamuscados, había una alfombrilla de ratón. En ella se leían las palabras «¿No desearías estar aquí?».

Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro.

Los espectadores situados a su espalda se habían levantado de sus asientos y se habían encaramado unos sobre otros para alejarse del calor del fuego. Nadie había llegado aún hasta las puertas, pero no por falta de ganas. Había sillas volcadas y gente gritando con las manos en alto como para ahuyentar al fénix. Estaban asustados, es más, aterrorizados y ¿acaso Arthur no se regodeó con ello por unos instantes? ¿Acaso el fénix no chilló de nuevo, pero esta vez de placer ante el espectáculo de los humanos en desbandada?

Sí a las dos cosas.

Hasta que vio al único hombre que no corría, el único que permanecía de pie, con el cabello alborotado por el viento y la espalda recta. Sus ojos, muy abiertos, contemplaban al ser imponente que se erguía ante él con cierto respeto, pero el hombre no retrocedía ni intentaba huir. En vez de ello, se mantenía firme, con la corbata aleteando contra su pecho.

Arthur se volvió de cara a él. Era solo la segunda vez que Linus veía al ave llameante desde que había llegado a la isla el año anterior. El fénix agachó la descomunal cabeza hasta que se encontraba a la altura de sus ojos y ladeó la cabeza, abriendo y cerrando los párpados con rapidez. Linus levantó una mano, y el fénix chasqueó el pico antes de acariciarle la palma con él, pestañeando.

—Ya está, ya está —dijo Linus en voz baja—. ¿A qué viene todo este jaleo? Eres bueno, Arthur, adoptes la forma que adoptes.

—Linus —dijeron Arthur y el fénix al unísono. La voz del hombre sonó clara, y la de la bestia, como una exhalación gutural.

—Vuelve —le pidió Linus mientras el fénix le daba golpecitos con la cabeza en la mano—. Has demostrado lo que querías. Ya está, Arthur.

Cerró los ojos, y el ave emitió un último chillido —penetrante, ensordecedor, un recordatorio de su poderío para cualquiera que lo oyera— antes de doblarse sobre sí mismo, apuntando con el pico a la coronilla de Arthur. Descendió con brusquedad, y el hombre notó que le ardía el cuerpo cuando el fénix irrumpió en su interior, provocándole una sacudida de brazos y piernas. Todo terminó con un destello cegador, y no quedó más que el hedor a humo en el aire.

Dio un paso tambaleante hacia Linus, con la debilidad que solía sentir en las rodillas después de retraer al fénix. Linus lo agarró del brazo y lo atrajo hacia sí para abrazarlo por encima de la barandilla que los separaba. Con un suspiro, Arthur le apoyó la cabeza en el hombro.

—¿Estás conmigo? —susurró Linus.

—Sí.

—Bien. Entonces escúchame. Rowder ha metido la pata.

Arthur se puso tenso, pero no irguió la cabeza.

—Cuéntame.

—Los niños —dijo Linus—. Los ha mencionado a todos por su nombre.

Arthur se echó hacia atrás con el entrecejo arrugado, sin prestar atención a las miradas que los presentes mantenían puestas en ellos mientras regresaban poco a poco a sus asientos conforme caían en la cuenta de que el peligro había pasado.

—No te sigo.

—David —dijo Linus—. Ha nombrado a David.

Por un instante, Arthur seguía sin comprender. Habían mencionado a todos los niños en algún momento, incluido él. ¿Qué tenía que ver David con…?

Las implicaciones de esto lo golpearon con la fuerza de una bofetada. Era imposible que Rowder estuviera enterada de la existencia de David, pues todos los que sabían de él estaban en la isla o bien en un hogar de transición aguardando la llegada de Linus y Arthur. Y la única vez que ellos dos habían pronunciado el nombre de

David estando en la ciudad había sido la víspera, en el hotel, antes de descubrir el dispositivo de escucha.

Arthur giró en redondo, y la mano de Linus se deslizó por su brazo hasta que sus dedos se tocaron por un breve instante. A Arthur solo le llevó unos segundos volver a colocarse de pie ante la mesa, pero para entonces, había recuperado el control por completo.

Sallow, que se había caído de espaldas de la silla, estaba agazapado tras su escritorio, y solo resultaba visible la parte superior de su cabeza cuando se asomaba para mirar. Burton estaba pálido, con la boca abierta de par en par y los ojos como platos, en estado de *shock*. Haversford tenía el rostro oculto entre las manos, y se le sacudían los hombros.

Rowder no se había movido. Seguía sentada como antes, con las manos entrelazadas ante sí y los pulgares juntos. El brillo de su mirada solo podría describirse como ávido, y Arthur se maldijo en silencio por haberle dado lo que ella claramente estaba deseando conseguir.

Las personas que se arrastraban por la galería superior y las filas de asientos situados detrás de Arthur se quedaron inmóviles cuando Rowder tomó la palabra.

—Ha sido... toda una exhibición —dijo, como si se hubiera quedado sin aliento, y se oyó un chirrido estridente fruto del acoplamiento del micrófono—. Ahora espero que todos entiendan por qué estamos tan preocupados por la seguridad y el bienestar de los niños que Arthur Parnassus tiene a su cuidado. Dado lo imponente de su aspecto y la facilidad con que pierde los estribos, ¿es de extrañar que lo interroguemos sobre sus intenciones? —Se levantó de golpe, de modo que su silla se balanceó sobre las patas traseras, pero no se volcó—. Ya hemos visto bastante, señor Parnassus. El Comité de lo Extremadamente Importante le da las gracias por su declaración, y tomaremos en consideración lo que nos ha contado hoy. En breve nos pondremos en contacto con usted para comunicarle los detalles sobre la inspección del orfanato. Cualquier subterfugio por su parte será considerado un acto contra el Gobierno y se tomarán las medidas pertinentes, que pueden incluir sacar a los niños del establecimiento y relevarlo a usted de su puesto. Que pase usted una buena tarde.

Dicho esto, procedió a bajar del estrado y de inmediato se vio rodeada de un grupo de miembros de su equipo que murmuraban entre sí. Burton se puso de pie despacio, con los labios curvados hacia

abajo. Sallow enderezó su silla y se dejó caer en ella con aspecto alelado. Haversford miraba al infinito con aire ausente mientras acariciaba con los dedos las carpetas que tenía delante.

—Señora —dijo Arthur con voz potente.

Rowder se volvió hacia él. Como el resto de los presentes. Todos guardaron silencio, expectantes.

Arthur se llevó la mano al bolsillo de la americana. Tras asegurarse de que Rowder lo observaba, la sacó y extendió el brazo por encima de la mesa. Giró la palma hacia abajo al tiempo que abría los dedos. Unos trocitos de plástico y fragmentos de cables verdes cayeron y repiquetearon sobre el tablero.

—Me parece que esto es suyo.

Ella ladeó la cabeza, desplegando su mejor sonrisa de política.

—Le aseguro que no tengo idea de lo que...

—Es un micrófono oculto que usted hizo colocar en mi habitación del hotel —dijo Arthur, y, como si se hubieran puesto de acuerdo, Haversford, Burton y Sallow dirigieron la vista lentamente hacia Rowder.

Esta se rio.

—¿Más acusaciones sin fundamento, señor Parnassus? Qué previsible. De verdad, debería plantearse...

—Tengo mis dudas respecto a que sea usted la persona más indicada para decirme lo que debo o no debo plantearme. Que pase usted una buena tarde.

Y, tras dar media vuelta, cruzó la puerta de la barandilla de madera. Linus lo alcanzó y, ante la mirada de todos, los destellos de los flases y las preguntas de los reporteros, avanzaron juntos por el pasillo con paso decidido y dejaron atrás Netherwicke.

## Seis

Como Linus no quería arriesgarse a que los espiaran a través de otro dispositivo de escucha o a que algún periodista averiguara dónde se alojaban, decidió que debían cambiarse de hotel. Arthur, cansado y abstraído en sus pensamientos, accedió. Tras hacer las maletas sin apenas intercambiar palabra, abandonaron el hotel. Bajo la incesante lluvia, Linus obligó a Arthur a subir a un autobús urbano. Agarrados de la mano con fuerza, los dos viajaron durante casi una hora. Arthur veía pasar la ciudad a través de la ventana.

Despertó sobresaltado de un sueño poco profundo al oír la voz de Linus.

—Nos bajamos en la siguiente parada. Hay que encontrar un teléfono. Seguro que Zoe y Helen están que se suben por las paredes por culpa de los niños.

—Estás lleno de preguntas. Te lo noto en los ojos.

Linus negó con un gesto mientras el autobús reducía la velocidad con un gemido de los frenos.

—Ya habrá tiempo para eso. Primero el teléfono, luego la habitación. Cuando nos hayamos instalado, podemos hablar.

Arthur asintió y se apeó del autobús detrás de él. Cruzaron a toda prisa la acera hacia un hotel bastante menos elegante que el primero. No había botones, ni un gran rótulo encima de la entrada. Por el contrario, era un edificio achaparrado encajonado entre unos grandes almacenes y un *pub* con la música tan fuerte que hacía temblar las paredes.

En el vestíbulo, justo al otro lado de las puertas, había un teléfono de cortesía. Linus descolgó el auricular y marcó un número que conocía bien. Arthur dejó el equipaje en el suelo y se reclinó contra la pared más cercana mientras oía el tono de llamada, que tenía un sonido metálico.

Zoe contestó al tercer timbrazo, y Arthur rio por lo bajo ante la indignación que destilaba su voz desde el otro lado de la línea y que

llevó a Linus a crispar el rostro y apartarse el teléfono de la oreja.

—Vaya morro el de esa gente —gruñó—. Tienen suerte de no haber pisado mi isla, porque en cuanto lo hagan, les voy a sacar las tripas por la boca y... No, Lucy. Lucy... Era una forma de hablar. No vamos a sacarle las tripas por la boca a nadie. Lucy, no estaba otorgando carta blanca para matar. —Exhaló un suspiro—. Ya, seguramente no debería haber dicho eso, pero tenemos que hablar seriamente sobre la rapidez con que Lucy se apunta a cualquier plan en el que se mencione el asesinato.

—Pues entonces parece que todo marcha bien —dijo Linus con sequedad—. ¿Han escuchado la comparecencia entera?

—La hemos escuchado todos —dijo Zoe. Bajando la voz, añadió—: Helen y yo hemos intentado distraerlos cuando Rowder estaba soltando el rollo, pero no ha colado. ¿Cómo está Arthur?

El aludido se separó de la pared y se arrimó a Linus, con la cabeza muy próxima a la suya mientras este sostenía el auricular entre los dos.

—Estoy bien, Zoe. Un poco cansado, pero no es nada que no pueda arreglarse con una noche de sueño reparador.

—¿Es verdad, Linus? —dijo ella.

—Se encuentra bien —confirmó Linus.

—¿Y tú?

—Enfadado, frustrado, preocupado.

—Normal. Menuda pieza es esa Rowder.

—¿Y los niños? —preguntó Arthur.

—Han expresado su opinión sobre la audiencia con palabras... floridas que te aseguro que no aprendieron de mí. Talia los ha llamado «panda de zampabarros». No sé muy bien qué significa eso, pero lo ha dicho muy convencida.

Arthur soltó una risita.

—Es un insulto gnomesco, uno de los peores. Un zampabarros es un ser inmundo que come tierra en lugar de cultivar cosas en ella. Me parece que nunca la he oído usar esa palabra. Me da mucha rabia haberme perdido su primera vez. Debe de haber sido un momento encantador.

—Es una forma de describirlo —dijo Zoe—. Para serte sincera, la cosa ha ido de mal en peor después de eso. Hasta Sal ha dicho cosas que... Lucy, Talia, más vale que eso que veo no sean herramientas

para cavar tumbas. ¡He dicho que nada de asesinatos!

Arthur los echaba muchísimo de menos a todos.

—¿Puedes poner el manos libres? —preguntó Linus—. No será mucho rato. Será mejor que lo expliquemos todo bien cuando volvamos a casa pasado mañana.

—Un momento. ¡Niños! Arthur y Linus quieren hablar con vosotros. Theodore, que Arthur haya hecho fuego en un espacio cerrado no significa que tú puedas imitarlo. Sal, ¿lo ayudas, por favor…? Chauncey, ¿de dónde has…? ¿Te estás comiendo una piña de árbol?

—¡Phee dice que no es canibalismo, y convierte mis evacuaciones en una aventura!

—No cabe duda de que son vuestros niños —farfulló Zoe, y Linus y Arthur se miraron con una sonrisa bobalicona—. Vale, he activado el altavoz.

—Linus… —dijo Talia.

—¿Sí?

—El locutor de la radio ha dicho que le has tirado algo a la cabeza a Arthur.

Linus le dirigió una mirada de impotencia a Arthur, que se encogió de hombros y arqueó una ceja.

—Es verdad —dijo Linus, clavando los ojos en él con cara de pocos amigos—. Pero solo porque…

—La violencia resulta aceptable cuando necesitas que la gente te haga caso. Entendido.

Linus soltó un quejido.

—Niños —dijo Arthur—. Es muy natural que tengáis preguntas que hacernos, y estoy deseando responderlas lo mejor posible cuando regresemos. Por el momento, creo que es importante que…

—Sí que tenemos preguntas —dijo la crepitante voz de Sal desde el otro lado de la línea—. Pero todas pueden esperar, menos una.

—¿Cuál? —inquirió Arthur.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo él, parpadeando para contener las lágrimas que le escocían en los ojos—. Mucho mejor ahora que he podido hablar con vosotros. Pero no temáis, Linus está conmigo y pobre de quien intente interponerse en su camino.

—Ya te digo —asintió Linus con fiereza.

Cenaron en silencio —de nuevo comida para llevar, pues el hotel estaba muy lejos de contar con un lujo como el servicio de habitaciones— y luego Arthur se dio una larga ducha con agua hirviendo mientras intentaba poner en orden sus pensamientos. Una vez concluidas sus abluciones vespertinas, salió de nuevo a la habitación con un pantalón de pijama corto y una camiseta vieja.

Linus había apagado la luz, la única iluminación procedía del rótulo de neón de una farmacia situada al otro lado de la calle, que emitía destellos intermitentes de color azul, azul, azul. Sentado con la espalda contra el cabecero de la cama, Linus retiró el edredón y dio unas palmaditas en la cama, a su lado.

—Duérmete —dijo—. Mañana será otro día, y tenemos que estar descansados para afrontarlo.

—David —dijo Arthur, acomodándose junto a Linus, que tiró de las mantas hasta que ambos quedaron arropados por la oscuridad. A través de la tela, se entreveía el débil centelleo azul neón. Por un momento, se imaginó que era el mar.

Linus lo atrajo hacia sí y dejó que le apoyara la cabeza en el pecho. Su corazón latía con un ritmo lento y regular. Escuchando aquel agradable bum, bum, bum, Arthur respiró hondo y exhaló despacio.

—David —dijo Linus—. Saben quién es. O al menos eso creen.

—Eso no cambia nada.

—¿Ah, no? —preguntó Linus, pasándole los dedos por el pelo a Arthur y rascándole el cuero cabelludo—. No porque no quiera que nos acompañe en el viaje de vuelta a la isla, sino porque, si envían a otro inspector del DEJOMA, podría correr peligro. ¿Crees que debemos exponerlo a eso?

—No puede quedarse donde está —murmuró Arthur, estirando las piernas y entrelazándolas con las de Linus—. Ya lo sabes. Según Helen, ya se sabía desde el principio que se trataba de algo provisional. Él necesita espacio para crecer. Quizá tengamos que esconderlo cuando llegue el inspector, pero de peores he salido.

Linus se puso un poco tenso debajo de él, pero no se le aceleró el corazón.

—De peores has salido —repitió. No era una pregunta.

—Sí.

Linus titubeó un momento y, cuando volvió a hablar, dio la impresión de que estaba eligiendo sus palabras con sumo cuidado.

—Antes de que regresaras a la isla, me llegaron rumores de que alguien estaba trasladando personas de un lado a otro, pero fue justo cuando entré a trabajar en el DEJOMA, y el asunto acabó fagocitado por la maquinaria burocrática, como yo, en cierto modo.

Arthur no sabía ni por dónde empezar.

—Yo era muy... joven. Cínico. Estaba enfadado porque nadie nos hacía caso ni nos protegía. Para colmo, cada vez organizaban más redadas en pueblos y ciudades, a la caza de personas no registradas, para obligarlas a salir a la luz con el fin de ficharlas y rastrearlas.

—Me acuerdo de eso —susurró Linus con un estremecimiento—. La medida resultó tan impopular que acabaron por suprimir el programa al cabo de unos años.

—Fue impopular entre una estrecha mayoría de personas no mágicas —dijo Arthur con amargura—. Nuestra opinión les importaba una mierda.

—Así que decidiste encargarte tú mismo del asunto.

—Sí.

—¿A cuántas personas ayudaste?

Arthur pestañeó.

—Pues... no lo sé. No llevaba la cuenta.

—¿A más de una?

—Ah, claro. A muchas más.

—Y las desplazabas de un lugar a otro para mantenerlas a salvo.

—Lo intentaba.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó Linus—. Por algún motivo decidiste regresar a la isla.

—Estaba cansado —dijo Arthur—, harto de no tener un hogar, de estar solo. Traté de mantener a raya la soledad durante el mayor tiempo posible, pero acabó por consumirme, hasta que me sentía hueco por dentro, vacío.

—No hay fuego que arda para siempre —murmuró Linus.

—Era como intentar derribar una montaña a golpes de pico. Veía los resultados de mis esfuerzos, pero...

—Tenías la sensación de que eran cada vez más pobres. Si te

sirve de consuelo, yo he sentido lo mismo.

—Me consuela más de lo que te imaginas —musitó Arthur—. No era capaz de mantener el ritmo. Y cuanto más cansado estaba, más crecía el margen de error. No quería que nadie sufriera por mi culpa.

—Y por eso volviste a la isla —dijo Linus, acariciándole el cabello—, el sitio donde empezó todo.

—Sic parvis magna.

—La grandeza nace de pequeños comienzos —dijo Linus.

Arthur asintió.

—Esa era y sigue siendo mi esperanza. No soy perfecto, Linus. Tengo muchos defectos. No conozco todas las respuestas, aunque quizá lo parezca. Soy impulsivo, terco. Cometo equivocaciones. ¡Y no veas cómo me preocupo! Me paso el día preocupado por los niños. Me preocupo por ellos cuando duermen, cuando se levantan, cuando corren, cuando comen, cuando ríen, lloran o estornudan. Me preocupo cuando hacen preguntas o cuando las responden. ¿Eso en qué me convierte?

Linus se rio por la nariz.

—Eso te convierte en un padre.

Parpadeando, Arthur alzó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

—Te convierte en su padre —dijo de nuevo Linus—. Y son muy afortunados de tenerte.

—Hablas en serio —dijo Arthur con no poco asombro.

—Claro que hablo en serio —dijo Linus—, porque resulta que adoro eso que tú llamas defectos. Forman parte de ti y te han sido muy útiles. Arthur, a ojos de quienes te queremos, de quienes te conocemos, has hecho las cosas lo mejor que has podido, como siempre. Tal vez eso no baste para convencer a un ridículo comité, pero da la casualidad de que conozco a seis niños que irían hasta los confines de la Tierra por ti. Y como alguien te critique por ello, créeme que le soltaré unas cuantas palabras floridas.

—Pues entonces supongo que tendré que hacerte caso —dijo Arthur, divertido.

—Más te vale. A veces sé lo que me digo.

—Eso tengo entendido. Ya lo sabes. Te he contado todo lo que hay que saber sobre mí. No me queda nada que ofrecer.

—En realidad, sí, te queda una cosa —dijo Linus.

Arthur frunció el ceño.

—¿A qué cosa te refieres?

Linus se escabulló de debajo de él, se levantó y se dirigió hacia el armario en el que habían guardado el equipaje. Arthur observó cómo cerraba la puerta del mueble y se ponía a revolver en su maleta. Se acercó a la cama con lentitud.

—He estado pensando en esto ya desde hace un tiempo —dijo Linus—. Tú sembraste la idea en mi cabeza, así que, pase lo que pase a continuación, no olvides que es culpa tuya.

—Y yo asumo plenamente mi responsabilidad por lo que sea —le aseguró Arthur. No entendía por qué Linus estaba tan nervioso. Tendría que haber estado inquieto, pero, por alguna razón, se sentía como si la más leve brisa pudiera llevárselo volando.

Linus se detuvo junto al lecho, con los muslos contra el colchón. Desplazó su peso de un pie a otro, nervioso, y justo cuando Arthur estaba a punto de preguntarle si se encontraba bien, se operó una transformación en Linus. Su respiración se ralentizó, su espalda se enderezó, y sus labios se desplegaron en una sonrisa radiante y cálida que a Arthur le provocó un vuelco en el corazón.

—Te quiero —dijo Linus—. Has llenado mi vida de colores que nunca había imaginado. Tú, los niños y Zoe.

—Ya los llevabas en tu interior…

—Tal vez —dijo Linus—, pero jamás habrían salido a la superficie sin amabilidad y paciencia, sin un hogar construido en un lugar donde no debería existir. Y, sin embargo, existe, y es gracias a ti. —Sacó la mano de detrás de su espalda y ahí, sobre la palma, había una cajita negra. Ante la mirada de Arthur, la abrió para revelar un anillo plateado con una hilera de gemas del azul más azul en la parte superior, siete en total.

Arthur alargó la mano temblorosa hacia la sortija.

—¿Después de todo lo que has oído hoy…? ¿Te sigue pareciendo una buena idea?

—Me sigue pareciendo una buena idea —dijo Linus con firmeza —. Y me lo seguirá pareciendo mañana, y pasado mañana, y todos los días que nos quedan. Arthur, te elijo a ti. —Apartó la vista—. Siempre y cuando tú me aceptes, claro. Sé que no soy gran cosa, pero te aseguro que hago todo lo que puedo. Llevo incluida una gata ridícula, y a veces me pongo un poco tiquismiquis…

—¿Ahora lo llamamos así?

Linus arrugó el entrecejo.

—Chitón. Para que lo sepas, hay personas que saben apreciar…

—Yo mismo —dijo Arthur—. Soy una de esas personas. De hecho, hasta es posible que te aprecie más que ellos. ¿Ese anillo es para mí? Me gustaría mucho probármelo, si te parece bien. —Extendió la mano y meneó los dedos.

Aunque estuvo a punto de tirar el estuche al suelo mientras forcejeaba con él, Linus consiguió sacar el anillo sin ver dañada su integridad física. Se lo colocó en el dedo a Arthur. Notó una ligera resistencia en el nudillo que cedió cuando consiguió deslizar la sortija hasta el final. Le quedaba perfecta.

Entonces se acordó de algo.

—Talia.

El mes anterior, a finales de primavera, ella había invitado a Arthur a un recorrido por su jardín. Él se había deshecho en elogios sobre cada flor y cada hoja, le había asegurado a Talia que ese año su jardín estaba más bonito que nunca, y ella le había dado toda la razón. Según su parecer, era el mejor jardín del mundo, y cualquiera que opinara lo contrario se encontraría cara a cara con su pala favorita.

Antes de terminar el paseo, ella había hecho algo insólito: tras arrancar una brizna de hierba, se la había puesto en torno al dedo anular, con el pretexto de que se trataba de una costumbre gnomesca para despedir la primavera ante la llegada del verano. Aunque él se consideraba casi un experto en todo lo relacionado con los gnomos, nunca había oído hablar de ese ritual. Más curioso aún fue que Talia se la había quitado casi de inmediato con cuidado de no romperla. Cuando él le había preguntado qué pensaba hacer con ella, ella le había contestado sin rodeos que se metiera en sus asuntos.

—Talia —confirmó Linus—. Me dijo que te lo habías creído.

—Será chivata… —dijo Arthur, aunque en el fondo estaba impresionado.

—Bueno.

—Bueno —repitió Arthur, divirtiéndose un poco más de la cuenta.

Linus alzó las manos, exasperado.

—¿Y bien? ¡Te he hecho una pregunta!

—En realidad, no —dijo Arthur, alargando el brazo para contemplar el anillo.

—¿Qué? Claro que te… te he dicho… te he dado el anillo. ¿De verdad no te lo he pedido? —gimió, ocultando el rostro entre las manos—. Vaya, muchacho, ahora sí que la has hecho buena.

—Linus…

Con un suspiro, bajó las manos.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí —dijo Arthur—. Sí a ti, sí a nosotros. Sí a todo.

La sonrisa de Linus le recordó a Arthur el sol, una luz cegadora que acudía para ahuyentar la oscuridad. Qué tipo tan adorable, con su noble corazón y su lealtad a toda prueba. Arthur esperaba estar a la altura de un hombre así. Cuando Linus se tendió de nuevo en la cama, él lo besó a conciencia, sosteniéndole la cara entre las manos, con el anillo cerca de su oreja.

—Sí —dijo de nuevo—. Sí, sí, sí.

A la mañana siguiente, a las once y media en punto, Arthur y Linus llamaron a la puerta de madera rojiza del 349 de Chesterhill Lane con un patrón musical de cinco golpes rematados por otros dos.

La casa en sí no era nada del otro mundo. Aunque no se caía a pedazos, tenía un aspecto descuidado, con el revestimiento color hueso agrietado y un porche que necesitaba una mano de pintura. De unos ganchos del techo pendían unas macetas por cuyos bordes desportillados se derramaban unos zarcillos de hiedra que se alargaban hacia el suelo del porche. Del interior llegaban sonidos de personas moviéndose de un lado a otro, voces apagadas seguidas de sonoras carcajadas.

La casa se encontraba aislada de las otras viviendas de la zona, al final de un largo y sinuoso camino de acceso que discurría entre árboles dispersos y una maleza que llegaba a la altura de la rodilla. Desde aquel porche resultaba casi imposible divisar otros edificios, lo que sin duda fue el factor decisivo en la elección de esa casa. Detrás de ella, una valla alta rodeaba lo que Arthur supuso que era el patio trasero, protegiéndolo de miradas indiscretas.

En cuanto llamaron a la puerta, las voces del interior cesaron de

golpe.

—¿Seguro que no te has equivocado? —preguntó Linus cuando había pasado un minuto y nadie había acudido a abrir—. ¿Has llamado como te indicó Helen?

—Sí —dijo Arthur, mirando la puerta con la cabeza ladeada.

—Tal vez deberíamos...

Un panel en la parte superior de la puerta se deslizó a un lado, dejando al descubierto unos ojos de color verde musgo bajo unas cejas enormes que parecían rayas de herrumbre.

—¿No habéis visto el letrero? —preguntó una voz profunda y ronca con un marcado acento irlandés que no admitía réplica.

Junto a la puerta había un cartel con letras negras que rezaba NOMOLESTAR.

—Lo hemos visto —dijo Arthur—, pero hemos optado por ignorarlo.

Los ojos se arrugaron.

—¿Ah, sí? Pues entonces les invito a irse a tomar por saco. Me da igual lo que vendan; no lo necesitamos.

Linus se enfureció.

—Le aseguro que no vamos a irnos a tomar por saco. Y no vendemos nada.

—Cualquiera lo diría —repuso el hombre—. Tiene usted pinta de vendedor.

—Me llamo Linus Baker —dijo con severidad—, y él es Arthur Parnassus. Se supone que nos esperan aquí.

El panel se cerró de golpe.

Linus retrocedió un paso, apartándose de la puerta.

—Vaya, qué grosero. ¿Nos habrán dado mal la dirección? Creía que la habíamos comprobado tres veces para asegurarnos...

La puerta se abrió para revelar al hombre más corpulento que Arthur había visto jamás. Se alzaba varios palmos por encima de ellos, y su masa ocupaba el vano de la puerta, pues era tan ancho como alto. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta cubierta de manchas antiguas y desvaídas que se tensaba sobre su pronunciada barriga. Su cabello rizado, voluminoso y revuelto, era de color óxido, como las cejas. Una enorme sonrisa iluminó su rostro salpicado de pecas. De unos treinta y pico años, parecía un tipo jovial.

—Solo os estaba vacilando —dijo con un vozarrón—. Claro que

sé quiénes sois. ¿Cómo no iba a saberlo? —Les tendió una mano descomunal, y Arthur fue el primero en estrechársela. Aunque el hombre le dio un apretón férreo, Arthur no se inmutó. Tampoco Linus —. Te oí por la radio. —Se volvió hacia atrás y gritó—: ¡Todo en orden, B! Ha sido una falsa alarma.

Al cabo de un momento, se oyeron de nuevo voces procedentes del interior de la casa. El hombre salió y cerró la puerta a su espalda. Tras abrirse paso entre Linus y Arthur, se detuvo en el borde del porche a contemplar la lluvia.

—Está cayendo una buena, ¿a que sí? Hace un porrón de tiempo que no vemos el sol por aquí.

—Tú eres Jason —dijo Linus, repitiendo el nombre que les había proporcionado Helen.

El hombre asintió.

—El mismo. Y vosotros habéis venido a por el zagal.

—David. —Arthur dirigió la vista hacia la entrada—. ¿Está dentro?

Cuando Jason se dio la vuelta hacia ellos, la sonrisa había cedido el paso a una expresión recelosa.

—Helen me dijo que erais buena gente.

—Es muy amable —dijo Arthur.

—Y que tenéis... a otros.

—Así es —terció Linus—. Y si de verdad escuchaste la audiencia, como dices, sabes que es cierto.

Jason se restregó la cara con la mano.

—La escuché. ¿Fue como os esperabais? B estaba bastante cabreade después de oírla.

—¿Quién es B? —preguntó Linus.

—Mi compañere —dijo Jason—. Byron. Usa el pronombre *elle*. Si tenéis un problema con eso, ya podéis largaros. No dejaré que nadie se meta con B en nuestro propio hogar.

—No supondrá inconveniente alguno —le aseguró Arthur—. Aceptamos a todo el mundo. —Jason se quedó mirándolo un buen rato antes de mover la cabeza afirmativamente. Arthur, por su parte, no desvió la vista.

—Me alegro. Me lo imaginaba, pero toda precaución es poca. —Volvió los ojos hacia la puerta—. Mal asunto, lo de ayer. Da la impresión de que A. D. sigue plenamente operativa, solo que con otras

personas al mando. ¿Habéis visto los periódicos?

—Los hemos evitado a propósito —dijo Linus.

—Como para no evitarlos —dijo Jason—. Casi todos pintan a tu pareja como un ser siniestro. Pasan olímpicamente de todo lo que dijo y se centran en la pequeña demostración del final. Con fotos y toda la cosa. Algunos mencionan tu acusación de que os habían puesto un micro en la habitación de hotel, pero... —Se encogió de hombros—. Yo habría hecho lo mismo, ¿sabes? Se habrían enterado de lo que vale un peine. —De pronto, sonrió de oreja a oreja—. Pero no le comentéis a B que he dicho eso. Ya están en pie de guerra, y pobre del que se interponga en su camino, incluido yo.

Arthur soltó una risita ante el cariño que destilaba la voz de Jason.

—Por lo que dices, parecen bastante temibles.

—¿Cuántas personas hay ahí dentro? —preguntó Linus cuando les llegó el sonido de una carcajada a través de la puerta.

Jason entrecerró los ojos, y Arthur percibió en él un espíritu afín.

—No es por ellas por quienes habéis venido. —Alzó la mano para acallar a Linus, que se había puesto a farfullar—. Es lo que hay. Helen responde por vosotros y dice que sois buena gente, pero la confianza no es algo que pueda otorgarse ciegamente a nadie en estos tiempos, y menos aún a un exempleado del DEJOMA.

Linus asintió con rigidez.

—Eso es lo que soy.

Jason se mostró sorprendido, como si no se esperara que Linus lo reconociera sin tapujos.

—Ah. Ya veo. —Suspirando, se quitó la suciedad de debajo de las uñas mientras se reclinaba contra la barandilla del porche—. Vamos a ver, chicos. Aquí realizamos una labor delicada. Seguramente no hace falta que os lo recuerde, pero supongo que tampoco está de más. No es solo por nosotros, sino por la gente, ¿vale? Haríamos lo que fuera por ellos. Por eso B y yo nos dedicamos a esto, a ayudar a quien lo necesita. Pero nosotros ayudamos a adultos. Resulta mucho más complicado explicar la presencia de niños cuando se presenta algún inspector, sobre todo porque ninguno está registrado. —Escupió por encima de la barandilla y se limpió la boca con el dorso de la mano antes de volverse hacia Arthur—. Pero hemos hecho una excepción por una vieja amiga.

—Helen —dijo Arthur.

Jason hizo un gesto afirmativo.

—Así es, muchacho. Se puso las pilas hace unos meses. —Señaló a Linus con la cabeza—. Dijo que tú tuviste algo que ver.

—Reventó mi burbuja —dijo Linus.

Jason arqueó las cejas.

—De eso no sé nada, pero Helen ha demostrado su valía una y otra vez. Dice que su aldea se ha vuelto mucho más tolerante que antes.

—Y es verdad —dijo Arthur—. Aún queda trabajo por hacer, pero la cosa va por buen camino.

—Me alegra oírlo. Helen acudió a nosotros para que cuidáramos de un crío pequeño. Dice que era algo temporal mientras ella, según sus palabras, «convencía a una pareja de tortolitos de que tenían espacio para uno más». —Subió y bajó las cejas—. ¿Se refería a vosotros?

Linus emitió un gemido mientras Arthur alzó la mano, de modo que la luz plomiza se reflejó en las piedras del anillo.

Jason soltó un silbido y se agachó hasta que su rostro quedó a pocos centímetros de la sortija.

—¡Anda, qué maravilla! Estas cosas me tocan el corazón, de verdad. El amor, chicos, es lo que mueve el mundo. —Reculó un paso cuando Arthur bajó la mano—. Entonces ¿es verdad lo que dice ella? ¿Tenéis espacio para uno más?

—Sí, tenemos espacio de sobra —dijo Arthur—. Y los niños están tan emocionados como nosotros por acoger a David.

—¿Él sabía que íbamos a venir? —preguntó Linus.

Jason soltó un resoplido.

—Ya lo creo. Se ha puesto como loco de ilusión, nervios y toda la gama de emociones que hay en medio. Nos gustaría poder quedarnos con él, pero de por sí no damos abasto. No hay suficiente espacio. Necesita más del que B y yo podemos ofrecerle ahora mismo. Los críos tienen que estar con otros críos. Es así de simple. —Suspiró—. Además, pronto recibiremos una inspección relacionada con los adultos que alojamos. Prefiero que David esté lejos de aquí a correr el riesgo de que el Gobierno se fije en él.

—Pero... —dijo Arthur, porque sabía que había un pero.

—Pero… —dijo Jason, alargando la palabra— vosotros lo oísteis al igual que yo. Rowder conoce su nombre. —Fulminó con la mirada a Arthur y Linus, como si los culpara de ello—. Me da mala espina. Vosotros estáis en la misma situación que nosotros, pero en vuestro caso el inspector estará buscando niños.

—Lo sabemos —dijo Linus—. Y por eso hemos preparado planes de contingencia.

—¿Como por ejemplo…? —preguntó Jason.

—La isla guarda muchos secretos —aseguró Arthur—. Créeme si te digo que la seguridad y el bienestar de David son primordiales para los dos.

Jason asintió despacio.

—Te tomo la palabra, señor Parnassus. Como le pase algo, te las verás conmigo. Puede que no sea mágico como B o como tú, pero no soy manco.

Era una amenaza abierta, y Arthur la tomó en serio.

—¿Se ha adaptado bien? —preguntó Linus—. Si es tan callado como dice Helen, debe de haberse sentido fuera de su elemento aquí.

Jason prorrumpió en fuertes carcajadas, doblándose en dos y palmeándose la rodilla.

—¿Callado? Bueno, sí, durante los primeros días. Pero… ¿ahora? *Callado* y *David* son palabras opuestas. —Se dirigió hacia la puerta y se detuvo, con la mano en el pomo. Los miró por encima del hombro con una sonrisa extraña—. A veces es un poco… teatrero.

—Teatrero —repitió Linus con esa graciosa arruguita que le salía entre los ojos y que Arthur conocía bien—. Pensaba que… Bueno, como Helen nos había dicho que era tímido y reservado…

—Lo era —convino Jason—. Pero ya no. ¿Queréis un consejo? Dejad que haga lo que tiene que hacer.

—¿A qué te refieres? —preguntó Linus lentamente.

Jason les sonrió de oreja a oreja.

—Madre mía, la que os espera.

El interior de la casa estaba en mucho mejor estado que el exterior: abarrotado —con estanterías rebosantes de libros y sillas variopintas por todas partes—, pero limpio, con superficies libres de polvo y

suelos recién barridos y fregados. Se percibía un leve aroma a limón en el aire.

Linus y Arthur siguieron a Jason por un pasillo corto. A su derecha, estaba la cocina, con electrodomésticos de tamaño industrial y una larga mesa de roble con bancos por asientos sobre el linóleo agrietado. Dos personas adultas estaban sentadas a la mesa, una con la cabeza gacha sobre una taza de una bebida humeante, y la otra frotándole la espalda y hablándole en suaves susurros. Cuando la figura levantó la cabeza, Arthur vio una larga cabellera blanca recogida en un moño alborotado sujeto por una gruesa cinta verde. Llevaba un pantalón de cintura alta y una blusa color verde azulado de corte clásico sobre el poco abultado pecho.

—Es B —musitó Jason—. ¿A que es espectacular?

Ante la mirada de Arthur y Linus, Byron retiró la mano de la espalda del hombre y la alzó, con la palma hacia el techo y los dedos curvados. Unas luces comenzaron a brillar en las yemas y se escurrieron hacia la palma hasta formar una esfera de colores titilantes. La bola implosionó, y de ella surgió una mariposa de alas doradas. Voló a través de la cocina hasta quedarse aleteando frente a Jason, rozándole la mejilla derecha con las alas. Acto seguido, desapareció en medio de una explosión de purpurina con un tenue puf.

—Beso de mariposa —dijo Jason, guiñándole el ojo a B—. Me encanta.

Byron sonrió antes de volverse de nuevo hacia el hombre sentado a su lado y seguir frotándole la espalda con relajantes movimientos circulares.

A su derecha estaba el salón, con sillones muy acolchados y el sofá más grande que Arthur había visto en la vida, en el que habrían cabido cómodamente diez ocupantes por lo menos, siempre y cuando no les importara estar muy juntos. Tres personas más —dos señoras mayores y un joven— estaban sentadas en las butacas, las mujeres con un libro abierto en el regazo, y el hombre con la cabeza echada hacia atrás, contemplando el techo.

—Tienen más en común de lo que te imaginas, ¿eh? —susurró Jason, dándole golpecitos con el codo en la tripa a Linus—. Son curiosas estas cosas, ¿no?

Lo siguieron por un largo pasillo que se adentraba en la casa. Desde detrás de una puerta que estaba a la derecha, les llegaba el sonido apagado de una voz que parecía estar cantando. Arthur se sintió extrañamente atraído hacia ella y se disponía a llamar con los nudillos cuando Jason le retiró la mano con delicadeza.

—Sirena —dijo por lo bajo—. Es muy nueva. Aún le está pillando el truco a vivir aquí.

Los condujo hasta la puerta del final del pasillo y se detuvo antes de abrirla.

—David ha estado durmiendo en nuestro cuarto. Le ofrecimos uno para él solo, pero él quería estar cerca de B por si… En fin, quería tener a alguien cerca. Le pusimos una cama y un biombo para que tuviera algo de intimidad. ¿Estáis listos? —Sin esperar respuesta, abrió la puerta de un empujón.

El dormitorio estaba a oscuras. Unas ventanas amplias en la pared de la derecha estaban tapadas con gruesas cortinas que solo dejaban entrar un fino rayo de sol gris. Arthur alcanzó a distinguir al fondo de la habitación una cama enorme sobre la que se elevaba una pila de mantas y almohadas. A la izquierda, se vislumbraban las grandes puertas dobles de un vestidor que tenía la luz encendida. Junto a ellas se alzaba una mampara de madera en cuya parte delantera colgaba torcido un papel blanco con el nombre de David escrito en tinta negra.

Y allí, sobre el parqué, ataviado con un atrevido vestido rosa manchado de sangre, había un montón de hebras gordas y blancas.

O al menos eso le parecieron a Arthur en un primer momento cuando posó la vista sobre el yeti conocido como David.

El muchacho tenía los ojos cerrados, y las pestañas negras como el hollín contrastaban con el pelo blanco del rostro. La lengua gris le colgaba entre los labios azul claro. Era tan gigantesco como Arthur había imaginado. Al igual que Chauncey, este se había documentado bien, por lo que sabía que un yeti podía alcanzar los tres metros de altura o más, aunque lo más habitual era que se quedaran en dos metros y medio. David, a sus diez años, ya medía más de metro y medio.

Y eso por no hablar de su hermoso pelaje. David estaba cubierto desde la coronilla hasta la punta de los pies de un pelo blanco y largo sujeto con cordones que colgaba en gruesos mechones. Las manos y

los pies —aunque parecidos a los de los humanos, con cinco dedos cada uno— estaban rematados por unas garras negras, cortas y afiladas. En lo alto de la cabeza llevaba una desgreñada peluca de cabellos rubios que se encontraban desparramados en el suelo en torno a él.

Sin embargo, lo que más perturbó a Arthur fue la sangre. Había salpicaduras por todo el vestido y en el pelo del pecho de David. Incluso había unas gotitas en la peluca.

Linus soltó un grito ahogado e hizo ademán de abalanzarse hacia el niño, pero Jason lo agarró del brazo, sacudiendo la cabeza. Se llevó el dedo a los labios con un carraspeo elocuente.

El muchacho se rebulló en el suelo.

—Jason —siseó de pronto por la comisura de la boca, sin abrir los ojos—. ¡Jason! —Su voz era, a falta de una palabra mejor, glacial, frágil como hielo resquebrajado.

—Dime, David.

—¿Están preparados?

—Tanto como pueden estarlo.

—Bueno.

Jason alargó el brazo hacia la pared que tenía detrás y pulsó un interruptor. La luz del techo se encendió directamente sobre David, iluminándolo casi como el haz de un foco. Las manchas de lo que Arthur había tomado por sangre, en realidad, era algún mejunje similar al que habían elaborado para el cump de Linus y relucían en el vestido y el pecho de David, aún húmedas.

Jason se aclaró la garganta.

—El detective privado Dirk Dasher supo que aquella mujer le acarrearía problemas en el momento en que cruzó su puerta. Por su prestancia, la dama despertó en él recuerdos de su querida Agatha, desaparecida cuatro años atrás, cuando un asesino conocido como la Bestia había truncado su vida prematuramente. Y ahora, tres días después, tras encontrar el cuerpo de la dama en la misma posición en que había aparecido el de Agatha, Dirk Dasher solo tenía dos cosas claras: a qué sabían los posos de las botellas y la sed de venganza.

—¿Perdona? —dijo Linus.

—*Flashback* —dijo Jason, y David se levantó como un resorte, antes de dirigirse a toda prisa hacia el vestidor y encerrarse ahí dando un portazo. Al cabo de un momento, se oyó que David revolvía entre

la ropa, refunfuñando.

—¿Dónde está mi sombrero de fieltro? Lo… ¡Ajá!

Las puertas se abrieron de golpe. El yeti se había quitado el vestido (aunque aún quedaba un poco de sangre en los pelos de la barbilla y el pecho) y se había puesto un sombrero de ala ancha inclinado en un ángulo que indicaba peligro y una larga gabardina marrón, ceñida por un cinturón, con el dobladillo arrastrando por el suelo. Entre los dedos sujetaba lo que parecía un trozo de tiza, y se lo acercó a los labios para darle una calada antes de exhalar una bocanada de aire que formó una nube cristalina frente a su rostro.

Cruzó la habitación a paso veloz y estuvo a punto de pisarse la gabardina. Cuando llegó al escritorio, se sentó en la silla y subió los peludos pies al tablero. Tras darle otra chupada a la tiza y expulsar vapor frío por la boca y la nariz, exhaló un óvalo negro el doble de grande que uno de los botones de Theodore.

—Era un día como cualquier otro —dijo, impostando una voz grave y gutural que se le entrecortó—. Un palpitante dolor de cabeza me atormentaba después de haberme pasado otra noche ahogando pesadillas en *whisky* barato. Allí estaba yo, hasta las orejas de deudas por mi adicción al juego. Tenía un montón de facturas marcadas como vencidas en un cajón, esperando a que espabilara de una puñetera vez.

—David —dijo Jason con severidad.

El yeti hizo caso omiso de él.

—La botella en la vitrina me llamaba. «Yo te curaré la resaca», prometía. Y justo cuando me disponía a responder a esa llamada, apareció ella.

Se levantó de un salto de la silla, corrió de nuevo hacia el vestidor, esquivándolos, y lo cerró de golpe.

Cuando las puertas se abrieron con brusquedad, David volvía a llevar el mismo vestido de antes y la peluca rubia ladeada sobre la cabeza. Desplazó los ojos azules de Linus a Arthur hasta posarlos en Jason. Acto seguido, cambió de postura, con las piernas ligeramente dobladas y la cadera echada hacia un lado. Cuando habló, adoptó un tono susurrante y ronco, aunque la voz seguía siendo inconfundiblemente la de David.

—¿Es usted Dirk Dasher, el formidable detective privado? Me llamo Jacqueline St. Bartholomew. Soy muy rica y seductora, y soy viuda.

Linus se llevó las manos a la boca y tosió con fuerza.

—Necesito de sus servicios —dijo Jacqueline St. Bartholomew— para encontrar al monstruo que asesinó a mi marido. Tengo entendido que persigue usted el mismo objetivo: dar caza a la Bestia.

Entró otra vez en el vestidor. Se oyó un grito, seguido de un traqueteo estrepitoso. Cuando David reapareció, llevaba la gabardina encima del vestido y la peluca hecha un gurruño bajo el sombrero de fieltro. Se le veía un poco aturullado, pero decidido. Como suele ocurrir con los niños, sus idas y venidas duraron un buen rato, pero Arthur no se planteó ni por un instante la posibilidad de interrumpirlo, y menos aún en esos momentos en que David parecía estar en su elemento.

De pronto, el yeti se detuvo, con la cabeza entre las manos. Pasaron unos segundos sin que sucediera nada.

—Te has olvidado de tu frase —susurró David por la comisura de la boca.

—Ay, sí, perdona, zagal —dijo Jason—. Allá va. Rin, rin. Rin, rin.

—El timbre del teléfono me arrancó de mis pensamientos —dijo Dirk Dasher, enderezándose de repente—. Hacía tres días que ella había oscurecido el vano de mi puerta, y yo no estaba ni un milímetro más cerca de resolver el caso. Necesitaba un golpe de suerte. —Se acercó la mano al oído, con el pulgar y el meñique extendidos—. Dirk Dasher.

—¡Señor Dasher! —exclamó Jacqueline desde el otro lado de la línea—. ¡La Bestia está aquí! ¡Iiiih, sálveme! ¡Iiiiih!

Dadas la gravedad de la situación y las convenciones de un buen relato, a Arthur no le sorprendió que la frenética secuencia de montaje obligatoria durara otros diez minutos. David (Dirk) se quedaba paralizado al toparse con un espectáculo dantesco: el cuerpo sin vida de Jacqueline St. Bartholomew, víctima de la Bestia.

El detective alzaba los puños al cielo gritando: «¡Noooo!».

Jason sacudió el pomo de la puerta.

Dirk volvió rápidamente la cabeza hacia el vestidor, entornando los ojos bajo el sombrero.

—Tengo una visita. ¿Será la Bestia? —Se irguió, dejando al descubierto unos colmillos torcidos—. ¡Da la cara, Bestia! ¡Pagarás por lo que les has hecho a Agatha y Jacqueline!

David se abalanzó hacia el vestidor, quitándose el sombrero y la

gabardina. Unos momentos después, salió deslizándose sobre el suelo un muñeco vestido como Dirk Dasher. Jason lo cogió y lo depositó en el centro de la habitación. Arthur arqueó una ceja cuando Jason regresó junto a ellos.

Este se encogió de hombros.

—Es una producción independiente.

—Allí estaba yo —gritó David desde el interior del vestidor, en el papel de Dirk—, listo para enfrentarme al monstruo que tantas cosas me había arrebatado: a mi dama, mi sobriedad, mi determinación. Era o él o yo. Solo uno de los dos saldría de ahí… con vida.

De súbito, David salió del vestidor como un torbellino. No llevaba ninguna prenda, y su grueso pelaje rebotaba con cada paso retumbante que daba. Sacó las garras entre rugidos feroces.

—Dirk Dasher —gruñó, con los labios recubiertos de baba—. Sabía que vendrías. Todos llevamos un monstruo dentro. La diferencia entre tú y yo es que yo he dejado que el mío salga a jugar.

Arthur frunció levemente el entrecejo, ladeando la cabeza.

David saltó sobre el muñeco y le rasgó la gabardina a zarpazos. Echó la cabeza hacia atrás, enseñando los dientes, antes de pegarle un mordisco al sombrero y sacudir la cabeza con furia. El muñeco cayó de lado con David encima. La masacre de Dirk Dasher fue todo un espectáculo y, cuando el yeti hubo terminado, la cabeza del detective se encontraba en la otra punta de la habitación y su cuerpo yacía en el suelo.

David se enderezó despacio y se quedó de pie bajo el haz de luz del techo.

—El monstruo soy yo —musitó—. Fin.

Ejecutó una reverencia.

Jason aplaudió con ganas. Arthur siguió su ejemplo, y Linus se sumó a ellos. En ese momento, Arthur advirtió que se operaba un cambio en David. Mientras proseguían los aplausos, se dobló sobre sí mismo, apartándose los gruesos mechones de la frente para que no le taparan los ojos. Desplazaba su peso de un pie a otro, nervioso, sin mirarlos a la cara.

—Te felicito, muchacho —dijo Jason, acercándose a él para darle unas palmadas en el hombro—. Es tu mejor actuación hasta la fecha.

David se encogió en un gesto de modestia, dirigiéndoles una mirada furtiva a Arthur y Linus antes de desviar la vista.

—Me he liado un par de veces —murmuró.

—Ni cuenta me he dado —le aseguró Jason—. Además, aunque la pifiaras, ¿qué es lo que decimos siempre?

David puso los ojos en blanco de una manera que a Arthur le recordó a Phee.

—Si me he esforzado al máximo, lo demás no importa.

—Exacto —dijo Jason, dedicándole una gran sonrisa—. He de reconocer que el vestido ha sido un detalle genial. ¿Te lo consiguió B?

David movió la cabeza afirmativamente.

—Dijo que una dama como Jacqueline necesitaba un vestido. —Tiró hacia abajo de la mano de Jason para que se agachara y le susurró algo al oído.

Jason asintió.

—Sí. Ya. No me digas. Qué interesante. Bueno, supongo que deberías preguntárselo, ¿no? No creo que se moleste para nada.

David, preso del pánico, sacudió la cabeza enérgicamente.

—Oye, tú puedes, ¿entendido? —Se irguió de nuevo—. David, te presento a Arthur Parnassus. El otro es Linus Baker. Venga, chaval. Sé siempre educado, pero si tienes dudas, nunca dejes de preguntar. A la buena gente no le molestan las preguntas.

Sin soltar la mano de Jason, David suspiró, bajó la vista a sus pies y masculló algo que Arthur no alcanzó a oír.

—¿Serías tan amable de repetirlo? —le pidió Linus con delicadeza—. Me temo que ya no oigo tan bien como antes.

Sin despegar los ojos del suelo, David frunció el ceño.

—Digo que si la actuación ha estado lo bastante bien como para que me admitan en su colegio. Ya sé que no es... normal, pero he trabajado mucho en ello.

Linus arrugó el entrecejo mientras Arthur inclinaba la cabeza hacia un lado.

—Perdona, ¿cómo dices?

Jason le posó una mano en el hombro al yeti.

—Aquí al zagal se le ha metido en la mollera que tenía que actuar para que lo admitierais en vuestro internado. Pensaba que querríais ver cuánto talento tiene antes de tomar una decisión. —Su tono daba a entender que no aceptaría nada menos que un elogio efusivo.

Arthur se frotó el mentón, pensativo.

—Me parece que no estamos enfocando bien este asunto.

David levantó la cabeza de pronto, con una ansiedad evidente.

—¡Perdón! Puedo hacer las cosas mejor…

Arthur sonrió.

—No, David. No hay absolutamente nada que perdonarte. Soy yo quien debería pedirte disculpas a ti.

Parpadeando, David alzó la vista hacia Jason antes de fijarla de nuevo en Arthur.

—Em… bueno.

Arthur asintió.

—Verás, creo que ha habido un problema de comunicación. No hemos venido para que nos ofrezcas una representación teatral, aunque me ha encantado cada segundo de la función. No, estamos aquí por una razón muy distinta: para exponerte los argumentos por los que nos gustaría que tú nos eligieras a nosotros.

David abrió la boca de par en par y la cerró al cabo de un momento con un sonoro clic.

—¿Puedo elegir? —dijo entonces, atónito.

—Sí —dijo Linus—. Puedes elegir. No consideres esto como una entrevista que te hacemos nosotros a ti, sino como una entrevista que tú nos haces a nosotros. Pregúntanos lo que quieras. Si podemos responderte, lo haremos. —Mientras Linus hablaba, Arthur se paseaba por la habitación hasta detenerse frente al escritorio. Giró la silla y se sentó en ella, con una pierna apoyada sobre la otra. Un momento después, Linus se colocó junto a él y le puso la mano en el hombro.

David los observaba con recelo. Jason seguía montando guardia a su lado.

—¿A qué hora tendría que irme a la cama?

—A las nueve —dijo Arthur—. Los niños que están en edad de crecimiento necesitan descansar.

—¿Me pondrán deberes?

—Sí, pero no en exceso —dijo Linus—. Ahora mismo estamos en un breve período de vacaciones de verano, así que habrá tiempo para ponerte al día si no te han proporcionado una educación adecuada.

David torció el gesto.

—¿Hay comida suficiente para todos?

—La hay —dijo Arthur. El motivo de la pregunta le parecía

evidente, y lamentó que ese niño (como tantos otros) hubiera sufrido inseguridad alimentaria—. Más que suficiente, aunque procuramos que no se desperdicie nada, salvo algún que otro huevo de vez en cuando. Por fortuna, tenemos a Phee, a quien le gusta cultivar árboles frutales, y a Talia, que está pensando en plantar un huerto de verduras.

—Ah —dijo David—. ¿El espíritu del bosque y la gnoma?

Arthur asintió y se quedó esperando. Saltaba a la vista que David estaba intentando hilar un razonamiento, pero Arthur, que conocía muy bien a los niños, sabía que la mente del yeti estaba hecha un batiburrillo de pensamientos inconexos que se arremolinaban como en una tormenta. El chico tenía que alcanzar la conclusión por sí mismo, pues de lo contrario no escucharía lo que ellos le respondieran.

Arthur no tuvo que esperar demasiado. David agachó la mirada y arrastró los pies adelante y atrás, arañando la madera noble con las garras.

—Los otros chicos. Yo... Ellos... —Soltó una exhalación que hizo ondear en el aire los mechones que le colgaban por la cara mientras retorcía el cuerpo de un lado a otro—. Nunca he tenido amigos. Bueno, tal vez Jason y B, y a lo mejor Helen, porque la he visto varias veces, pero... nunca niños. —Juntó las cejas—. Podría haber tenido amigos. No soy un pringado. Hasta lo intenté una vez.

—¿Hacer amigos? —preguntó Arthur con naturalidad.

David hizo un gesto afirmativo.

—Sí, pero... —Crispó el rostro—. La cosa no salió muy bien. Estaban jugando a los monstruos, y yo quería jugar también, pisotear cosas, gruñir y hacer como que me comía a la gente.

—Ay, madre —dijo Arthur, llevándose la mano al cuello—. ¿A cuántas personas te comiste?

—Por lo menos a diez —dijo David, soplándose en los nudillos antes de frotárselos contra el pecho—. Mi récord son veinticuatro, pero no quería ir de sobrado.

—Bien hecho —dijo Linus—. La confianza en uno mismo es discreta. La inseguridad es ruidosa.

—¿Siempre habla así? —le preguntó David a Arthur en un susurro bien audible.

—Sí —dijo Arthur, lo que le valió un codazo de Linus—. Me

parece un rasgo muy admirable, pero lo cierto es que no soy imparcial en lo relativo a Linus Baker y sus perlas de sabiduría.

—Soy como una ostra —dijo Linus, orgulloso—. Tal vez no parezca gran cosa, pero si me abres, descubrirás un tesoro oculto en mi interior. —Adoptó una expresión ceñuda—. ¿Es cosa mía, o eso no ha sonado tan bien como en mi cabeza?

—Te tendría cariño aunque fueras una ostra —le aseguró Arthur.

—Uf —dijo David—. El caso es que traté de jugar con ellos porque, si querían hacer de monstruos, qué mejor que aprender de un monstruo de verdad.

Como Arthur no quería interrumpirlo, tomó nota de esto para más tarde. Nunca había oído a un niño emplear esa palabra tan abiertamente para describirse a sí mismo: monstruo. Para Chauncey era un insulto porque no se sentía definido por esa etiqueta, por más que otros lo juzgaran solo por la apariencia. En cambio, a David parecía gustarle el apelativo; le hacía ilusión. Arthur había dedicado mucho tiempo a sacarles esa idea de la cabeza a los otros niños. ¿Cómo conciliar el entusiasmo de David con los valores que él había estado intentando inculcarles?

—¿Y qué pasó? —preguntó Linus ante el silencio de David, mientras Jason permanecía pendiente de cada palabra.

El yeti continuó, sin mirarlos a la cara.

—Uno de los chicos dijo que yo no daba miedo. Que era asqueroso y sucio y que seguramente tenía pulgas. Quise decirle que nunca había tenido pulgas porque me cuido el pelo. —Soltó una risa apagada—. No me queda otra: si no lo hago, acaba hecho un desastre. Pero entonces se puso a darme tirones en el pelo, y eso no me gustó.

—Y no es para menos —dijo Arthur—. Nadie debe tocar a otra persona sin su permiso expreso. Tu pelo forma parte de ti, así que eso fue inaceptable.

—En fin —murmuró David—. Les pegué un gruñido y entonces ellos salieron corriendo entre chillidos. Por mí, mejor. No los necesitaba, ni los necesito ahora. Puedo espabilarme yo solo.

Arthur no se lo creyó ni por un momento. Había percibido la confusión y el dolor en su voz. Aunque el relato de David era muy personal, contenía elementos familiares. Quizá las circunstancias habían sido distintas —los protagonistas, el entorno, el incidente en sí

—, pero ¿acaso no habían vivido todos los niños experiencias como la de David en algún momento u otro? ¿Acaso no habían sido objeto de críticas y burlas, no los habían tocado como a animales de feria?

—Creo que descubrirás que las cosas son bastante distintas en Marsyas —dijo Arthur—. Si te apetece devorar a personas de mentira mientras arrasas una ciudad hecha con bloques de construcción o con piedras, podrás hacerlo. Y algo me dice que hay varios niños que estarían encantados de jugar contigo a eso.

—¿En serio? —preguntó David con un deje de esperanza que le encogió el corazón a Arthur.

—En serio.

David se mordisqueó el labio inferior.

—¿Usted alguna vez ha...? ¿Ha...?

—Te estamos escuchando, David —dijo Arthur—. Tómate todo el tiempo que necesites.

Los ojos del yeti relampaguearon de rabia.

—¿Alguna vez ha pegado a un niño?

—No —dijo Arthur.

—¿Ni le ha pillado los dedos con un cajón con tanta fuerza que... que...?

—Jamás —dijo Arthur.

David lo miró con frialdad.

—Lleva los pantalones demasiado cortos. —Aunque era un comentario cruel, hecho con ánimo de herirlo, Arthur lo encajó con deportividad. David estaba abriéndose a ellos poco a poco, pero seguía sin fiarse del todo. Arthur no lo culpaba por ello; después de todo, eran unos desconocidos para él.

—Sí —dijo—, es un problema que tengo a menudo. ¿Te gustan mis calcetines? —Ese día, llevaba unos de color azul cielo con un estampado de copos de nieve plateados de distintas formas y tamaños.

David torció el gesto.

—¿Se los ha puesto por mí? No se va a ganar mi simpatía con eso.

—David... —lo reconvino Jason en un claro tono de advertencia.

El yeti se encogió de hombros antes de recoger del suelo la cabeza del muñeco.

—Nunca he oído que alguien se haya ganado la simpatía de otra persona solo por los calcetines que llevaba —dijo Arthur—. Creo que

hace falta algo más que eso. Pero puedes estar tranquilo, David. No me he puesto estos calcetines por ti, sino por mí. Me ayudan a ilustrar lo que yo llamo el «problema de los calcetines».

—¿Y eso qué es? —preguntó David, intentando mostrar falta de interés, sin el menor éxito.

—Es todo un dilema. En estos tiempos, los calcetines no son como los que llevábamos a tu edad. Muchos tienen dibujos, pero nuestros pantalones son demasiado largos para lucirlos.

—Y quitarte los zapatos así, por las buenas, sería una grosería —añadió Linus.

—En efecto —dijo Arthur—. ¿Te lo imaginas?

—Me estremezco solo de pensarlo. Aunque uno lleve calcetines decorativos, hay que guardar siempre el decoro.

David volvía la cabeza para mirar a uno y a otro, como si estuviera viendo un partido de tenis especialmente dinámico.

—Arthur prefiere llevar el pantalón más corto para que todo el mundo pueda admirar sus calcetines —dijo Linus, posando la vista en David.

—Exacto —dijo Arthur, riéndose para sus adentros de lo colado que estaba por Linus. Antes de conocerlo, aunque nunca se había puesto a pensar a fondo en ello (siempre estaba demasiado ocupado), estaba sucumbiendo al frío que se apoderaba de él, al glacial y punzante aguijón de la soledad que se le clavaba en la piel. No fue hasta después de la llegada de Linus que aquella gelidez se había derretido—. Es algo parecido a lo que nos encontramos a diario en nuestras interacciones con la gente.

—¿Llevan pantalones demasiado largos? —preguntó David, desconcertado.

—Justo —dijo Arthur—. Y cuando hablo de sus pantalones, me refiero a sus ideas fijas. Basta con que se levanten un poco las perneras para que descubran el colorido que se oculta debajo. —Hizo precisamente eso para dejar a la vista los calcetines con copos de nieve—. Pero estos calcetines son especiales, David. Solo puedo ponérmelos de vez en cuando, ¿sabes? De lo contrario, caerá sobre mí una maldición terrible.

Esto captó la atención de David, que tardó unos tres segundos en disimular su entusiasmo.

—Sí, claro. ¿Quién lanzaría una maldición sobre unos calcetines?

A Arthur se le escapó una risita.

—Es una pregunta interesante que llevo meditando desde antes de que tú nacieras. Por desgracia, no estoy más cerca de resolver el misterio. Lo único que sé con certeza es que, si me pongo estos calcetines un jueves, un domingo, en un día par del mes o después de las tres de la tarde de cualquier día de noviembre, desaparecerán.

—Eso no es tan terrible —dijo David con el entrecejo arrugado.

—Junto con mis pies.

Linus suspiró.

—Y antes de que creas que te está tomando el pelo, créeme si te digo que no es así. Jamás olvidaremos el jueves veintitrés de noviembre.

David abrió la boca de par en par, y la cabeza del muñeco cayó al suelo, rebotó y desapareció rodando debajo de la cama.

—Sí —dijo Arthur con gravedad—. Así pues, no los llevo para manipular tus sentimientos respecto a esta entrevista, sino porque hoy no es jueves, domingo, un día par del mes o un día de noviembre.

A David se le fueron los ojos hacia los calcetines de Arthur.

—Eso es alucinante. Ojalá alguien lanzara una maldición sobre mí. Parece de lo más divertido.

—Sí que lo parece, ¿verdad? Pero más vale que estemos agradecidos por conservar los pies, al menos por el momento. Y ahora, volvamos a tu pregunta. Antes de responderla, ¿me dejas que te enseñe algo?

David lo miró con recelo.

—¿Qué cosa?

—Fuego —dijo Arthur. Extendió la mano, volviendo la palma hacia el techo. Con una ligera presión, una flor brotó de ella, dos hebras gemelas de color naranja rojizo que se enroscaban dando lugar a una doble hélice incandescente y giratoria.

Los ojos de David, grandes como platos, reflejaban la luz de la llama, que oscilaba entre el azul frío y el naranja cálido. Por un momento, Arthur sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda.

—Creo que puedo hacer eso —dijo David.

—¿El qué, David? —preguntó Linus en voz baja.

El yeti se irguió despacio, y el muñeco se desplomó en el suelo. Desplazó la vista rápidamente por la habitación, sin mirarlos a ellos, hasta que alzó la mano también, imitando el gesto de Arthur. Linus

soltó un grito ahogado cuando unos cristales de hielo azulados se elevaron de la palma de David, que tenía el rostro contraído por la concentración. Los cristales se dividieron en dos columnas y, tras un minuto que el chico pasó gruñendo suavemente con los dientes apretados, formaron una doble hélice que giraba a toda velocidad. Pese a la pequeña llama que ardía ante él, Arthur notó el frío que empezaba a impregnar el aire.

No duró mucho. El hielo colapsó sobre sí mismo, y una nube de copos de nieve diminutos descendió flotando hacia el suelo. Sobresaltado, David retiró la mano, royéndose el labio.

—Usted también lo ha hecho, así que no debe enfadarse conmigo por intentarlo.

Arthur apagó el fuego cerrando el puño, y un humo negro se elevó de entre sus dedos.

—Es verdad que lo he hecho, y me alegra que me hayas demostrado que tú también puedes. —Bajó la mano y aguardó.

—La decisión es mía —dijo David al fin—. Está en mis manos.

—Así es —convino Arthur—. Aunque esperamos que te animes a quedarte en Marsyas durante el tiempo que quieras, sé que tienes muchos factores que sopesar. Pero te garantizo, David, que decidas lo que decidas, nadie te lo echará en cara. Sé lo que se siente cuando te arrebatan la posibilidad de tomar tus propias decisiones. Te doy mi palabra de que nunca te haremos eso ni te castigaremos por ser quien eres. Pero te pido que seas sincero, aunque creas que puedes herir nuestros sentimientos.

David titubeó unos momentos.

—Ayer...

—En la audiencia.

David hizo un gesto de dolor, pero logró sobreponerse.

—Esa mujer dijo que usted era el último fénix que quedaba.

—Y es verdad.

—O sea que sus padres están... están...

—Muertos —dijo Arthur con suavidad—. Pero no olvidados. Mi madre era una mujer buena, amable, paciente. Mi padre era algo hosco, pero yo sabía que, a su manera, me quería. Siguen viviendo en mis recuerdos, donde los tengo guardados para los días en que necesito recordar que mi historia, aunque difícil, empezó con unas personas que me querían. Aunque eso no quita lo que pasó después,

sirve de consuelo para un alma cansada.

—Pues sí que nos parecemos —susurró David, más que un poco asombrado—. Mis padres… —Le tembló el labio inferior—. Casi no me acuerdo de papá, pero mamá olía a canela. Y me cantaba. —Parpadeó varias veces seguidas, y unos cristalitos de hielo se le formaron en torno a los ojos—. Todavía recuerdo lo último que me dijo.

—¿Ah, sí? —preguntó Arthur—. Debe de ser un recuerdo muy querido para ti.

—No —dijo David con una mirada atormentada—. No lo es. Me dijo que corriera.

Esa noche, poco antes de la medianoche, sonó el teléfono en su nueva habitación de hotel. Linus y Arthur —ambos sumidos en la fase más profunda del sueño, con las piernas entrelazadas— se incorporaron como un resorte. Linus fue el primero en alcanzar el auricular y llevárselo a la oreja.

—¿Zoe? —dijo—. ¿Va todo bien?

Arthur se inclinó hacia él para escuchar. No era Zoe.

—David ha tomado su decisión —anunció Jason.

# Siete

Resultó que David nunca había viajado en tren y, aunque intentaba contener su entusiasmo, este estalló en cuanto vio la locomotora parada en el andén y la gente que pululaba en torno a ellos, abrazándose y despidiéndose de quienes partían. Atraían algunas miradas de extrañeza, lo que era de esperar dado el disfraz que había pergeñado David.

Como no estaba registrado, a Arthur y Linus les preocupaba que, si alguien lo veía, se pusiera a hacer preguntas, sobre todo en aquel momento en que el rostro del primero adornaba la portada de todos los periódicos importantes del país. Habían cambiado los billetes para adelantar su salida, por si Rowder y el DEJOMA planeaban seguirlos.

Fue David quien había ideado la solución para ir de incógnito. Por lo visto no entendía del todo el significado de esta expresión, pues ahora medía más de dos metros, ya que andaba sobre bloques de hielo que le crecían de los pies. Con cada paso dejaba una pisada cuadrada y húmeda, pero, por fortuna, la lluvia no había cesado, así que no se notaba mientras caminaran sobre suelos mojados. El hecho de que David se hubiera puesto otra gabardina, de una talla adecuada para un adulto muy alto, seguramente no lo ayudaba a pasar desapercibido. Para colmo, llevaba un sombrero de fieltro color hueso con una cinta rosa sobre el ala, gafas de espejo y un bigote postizo estilo Dalí más ancho que su cara, con las puntas curvadas hacia arriba.

Le quedaba ridículo, por supuesto, pero el yeti estaba orgulloso de lo que se le había ocurrido, y Arthur no podía por menos de admirar su inventiva.

—¿Vamos a montar en eso? —jadeó David, y se tambaleó hacia delante, taconeando con los bloques de hielo contra el suelo: clonc, clonc, clonc.

—Así es —dijo Arthur—. Hasta el final de su recorrido. Será un viaje largo, pero verás como vale la pena.

—Hasta la isla tropical —dijo David, no muy convencido, sin

despegar la vista del tren—. Donde el tiempo siempre es soleado y cálido. Un sitio ideal para un yeti.

Linus se quedó de una pieza.

—Supongo que tienes razón, pero ten la seguridad de que hemos hecho todo lo posible por…

David se retorció el mostacho.

—Sin duda. En efecto. Indudablemente. —El tren emitió un fuerte pitido, y David dejó a un lado la actitud burlona y se animó—. ¡Qué ruido! ¿A qué velocidad puede ir? ¿Puedes saltar desde el tren en marcha sin matarte? Si alguien se pusiera en medio de la vía y se dejara arrollar, ¿explotaría? Apuesto a que la sangre y las tripas llegarían a kilómetros de distancia.

Una señora que pasaba por su lado con la mano sobre el hombro de una niña pequeña carraspeó y fulminó a David con la mirada.

—Disculpe, pero hay criaturas presentes.

El yeti miró a derecha e izquierda, volviendo la cabeza.

—¿Criaturas, dice? ¿Dónde? Tenía entendido que se habían extinguido. Que alguien llame a la prensa antes de que…

—Sí, señora —terció Linus, interponiéndose entre David y la mujer—. Tiene usted toda la razón. Gracias por señalarnos esta circunstancia. Que usted lo pase bien.

La niña se rio entre dientes mientras la señora se la llevaba a empujones.

—No debes llamar tanto la atención —dijo Linus con severidad —. No es el lugar ni el momento.

David cruzó los brazos con expresión enfurruñada.

—Así que todo ese rollo en casa de Jason sobre que debo ser yo mismo era…

—Lo decíamos muy en serio —dijo Arthur—. Es lo que queremos para ti, David, pero debes tener presente que no todo el mundo piensa como nosotros. Hay mucha gente ahí fuera que no quiere que te vayan bien las cosas. No les des motivos para…

—Eso no es culpa mía —replicó David—. ¿Por qué tiene que importarme un pito lo que ellos piensen de mí? Si me tienen miedo, a lo mejor debería darles motivos para ello.

—¿De qué serviría? —preguntó Arthur con tiento.

David se encogió de hombros.

—El miedo lleva a las personas a hacer cosas que de otro modo no harían. Tal vez incluso las vuelve más valientes de lo que creían que podían ser. Estar asustado no tiene por qué ser malo siempre. —Arrastró un bloque de hielo sobre el suelo—. Al menos, creo que así debería ser.

—Es una forma de verlo, sin duda —dijo Linus—. Hay mucho de qué hablar, y créeme si te digo que mantendremos muchas conversaciones durante las próximas semanas. Te escucharemos, David, te lo prometo. Lo único que te pedimos a cambio es que tú nos escuches también. ¿Trato hecho?

David caviló durante largo rato.

—Vale —murmuró al final.

—Bien —dijo Arthur, recogiendo la maleta de David además de la suya. Pesaba menos de lo que había imaginado cuando Jason se la había entregado esa mañana. David no tenía muchas cosas. Siempre pasaba lo mismo, ¿no? Talia, Lucy, Sal, Phee, Chauncey y Theodore habían llegado con lo mínimo indispensable, como si no necesitaran nada más para sobrevivir—. Creo que el tren te parecerá tan fascinante por dentro como por fuera, aunque he de reconocer que no se compara con un autobús. ¿Has montado alguna vez en bus? Yo viajé en uno hace un par de días. Tienen un cordón maravilloso del que puedes tirar para avisar al conductor… —Vio algo que lo distrajo—. Discúlpame un momento. Linus, sé bueno y sube al tren con David.

—¿Todo bien?

—Sí —dijo Arthur—. Enseguida estoy con vosotros.

Linus hizo ademán de protestar, pero en vez de ello tomó a David de la mano y se encaminó hacia el tren.

—¿Y qué pasa con él? —oyó que preguntaba David.

—Arthur sabe cuidarse solo —contestó Linus—. Ten, tu billete. No lo pierdas. Es…

—¿Tengo un billete para mí y todo?

Sin vacilar, Arthur se dirigió con paso decidido hasta una columna de piedra en cuya parte delantera había fijado un cartel, con una leyenda escrita en grandes letras mayúsculas:

**«¿QUÉ VAS A HACER POR LA SEGURIDAD DE TU FAMILIA? SI VES ALGO, AVISA».**

Tras asegurarse de que nadie lo miraba, Arthur arrancó el cartel de la columna y lo arrugó en la mano hasta que quedó reducido a una bola. Emanó humo de entre sus dedos y, cuando los abrió, las cenizas cayeron al suelo. Sin mirar atrás, se dirigió hacia el tren.

Durante la primera hora del trayecto, David permaneció con la cara pegada a la ventanilla, contemplando el paisaje desdibujado por la velocidad: árboles, casas y prados de hierba empapada por la lluvia. Señalaba todo lo que veía, como un extraño montón de piedras o un señor mayor que saludaba desde su mecedora en un porche. Cuando el revisor se acercó para pedirles los billetes, el chico prácticamente exigió que le dejaran entregarle los de los tres, pues ya se consideraba casi un experto en viajes en tren. El revisor, por su parte, apenas pestañeó mientras picaba uno por uno los billetes que le tendía David.

—Qué, ¿de vacaciones? —preguntó el hombre.

—Algo por el estilo —dijo Linus.

—Le aseguro que no me han secuestrado —le dijo David—, porque soy un adulto que hace cosas de adultos, como la declaración de la renta, la colada y estar triste sin motivo.

—¡Qué bien! —dijo el revisor sin inmutarse—. A mí también me embarga una angustia existencial ante la perspectiva de mi mortalidad. Siempre he pensado que vivir consciente de nuestro inexorable final hace que la vida resulte más interesante, pero aún no he demostrado esta hipótesis concreta. Les deseo un viaje placentero, y si hay algo que podamos hacer para facilitar su confort, por favor, avísennos. ¡Hasta más ver!

—Nunca entenderé a los humanos —dijo David cuando el hombre se alejó. Estaba sentado frente a Arthur y Linus, con el traqueteo del tren de fondo, el mundo gris desfilando a los lados, y el agua de la lluvia surcando los cristales y formando intrincados regueros que parecían caminos en un mapa trazado por un cartógrafo borracho.

—Dudo que nadie nos entienda —dijo Linus.

David se quedó más callado después de esto, mirando por la ventanilla con las manos entrelazadas sobre el regazo.

Durante la tercera hora, el yeti se hundió en su asiento, con el sombrero torcido sobre la cabeza. En el suelo aparecieron pequeños charcos cuando sus bloques de hielo empezaron a derretirse. Linus sacó un pañuelo del bolsillo del abrigo y lo tiró sobre los charcos.

David no pareció darse cuenta.

Durante la cuarta hora, el chico empezó a revolverse, a hacer rebotar las rodillas y a chasquear los nudillos una y otra vez. Pegaba un brinco cada vez que alguien se reía, y volvía la cabeza como si temiera que alguien fuera a por él.

—Es normal que estés nervioso —dijo Arthur, y el yeti volvió la vista al frente con tal brusquedad que por poco se cayó del asiento.

—¿Nervioso? —exclamó—. No estoy nervioso. Estoy la mar de bien. —Intentó sonreír, pero al parecer su boca no captó el mensaje.

—Perdona —dijo Arthur, inclinando ligeramente la cabeza—. Creía que tal vez estabas preocupado por lo que nos espera cuando lleguemos a nuestro destino.

—Ja —dijo David, haciendo un gesto desdeñoso con la mano trémula—. Ni siquiera estaba pensando en eso. —Rascó con la uña una grieta en el brazo de plástico de su asiento—. Y si lo hiciera, sería solo para preguntarme qué pasaría si no caigo bien a los otros niños.

—Ah —dijo Arthur—. Eso no es moco de pavo. ¿Qué te hace pensar que no les caerás bien?

—No sé —dijo David. Bajó la vista hacia su cuerpo—. Por ser un poco… como soy. ¡Aunque eso no tiene nada de malo! —se apresuró a añadir, haciendo crujir de nuevo los nudillos. Sonó como si se resquebrajara un trozo de hielo.

—Claro que no —dijo Linus con firmeza—. Eres tal y como debes ser.

—Ah. Eso… está bien. Yo opino lo mismo. —Cruzó de nuevo las manos sobre el regazo. Arthur se puso a contar mentalmente. «Uno, dos, tres, cuatro…»—. ¿Qué pasará si no les caigo bien? —Se rio como si le costara creer que semejante ridiculez hubiera salido su boca—. O sea, eso sería… el colmo, ¿no?

—¿A quiénes? —preguntó Linus—. ¿A los otros niños? Cielo santo, eso es lo último que debería preocuparte. Están tan ilusionados por verte como lo estábamos nosotros.

David soltó un resoplido.

—Si ni siquiera me conocen.

—Es verdad —convino Linus—. Pero nosotros tampoco te conocíamos y ya ves, hete aquí. Afrontar una situación nueva esperando lo peor nubla tu capacidad de ver las cosas positivas que pueden salir de ella.

David asintió y dirigió otra vez la vista hacia la ventana. Había dejado de llover y, por primera vez en lo que parecían años, Arthur alcanzaba a divisar pequeños claros azules en medio del gris del cielo.

—Pero y si... Ostras, ¿qué es eso? —En un momento, estaba sentado, y al momento siguiente había pegado de nuevo el rostro a la ventana a fin de mirar el paisaje que discurría al otro lado. Arthur se inclinó sobre Linus para ver qué había descubierto el muchacho.

Una bandada de aves volaba junto al tren en dirección este. Eran por lo menos veinte, con el cuerpo blanco, la cabeza marrón claro y la punta de las alas negra. Se deslizaban sobre el viento, abriendo el pico para lanzar chillidos que no se oían desde el interior del tren.

—Alcatraces del Atlántico —dijo Linus—. No suelen verse tan lejos de la costa. Por lo general, anidan en los acantilados. Pronto te hartarás de verlos. Abundan en la isla.

—Ah —musitó David, contemplando a las aves que se elevaban cada vez más hasta tapar el sol.

Una fila de vehículos aguardaba junto a la estación: un minibús con destino al hotel, unos pocos coches de alquiler lustrosos y repletos de veraneantes que habían acudido a recoger a amigos y familiares. Los viajeros que se apearon del tren mostraban un entusiasmo desenfrenado, con sus grandes y coloridos sombreros para el sol, quitándose los zapatos y hundiendo los dedos de los pies en la arena blanca que rodeaba el andén. Padres y abuelos ayudaban a los niños con sus cubos y palitas, intentando conseguir que se estuvieran quietos y diciéndoles cosas como «tienes mermelada en la frente, ¿cómo ha llegado hasta ahí?».

David, Arthur y Linus fueron los últimos en bajar. Arthur, que llevaba la maleta del muchacho, salió al calor del sol antes que sus acompañantes y buscó con la mirada la vieja y conocida camioneta de Helen. Linus lo siguió y se quedó de pie junto a él, con el rostro alzado hacia el cielo.

—Ah —dijo—. Mucho mejor. Y ahora, David, si te... ¿David?

Al volverse, vieron que David aún estaba en el tren, de pie en el último peldaño, agarrado a las barandillas que tenía a los lados, con una pierna en alto, como si se dispusiera a dar un paso más, pero no se movía.

—¿Todo bien? —preguntó Linus.

—Me estoy haciendo a la idea —masculló David—. Dadme un

segundo.

Le llevó por lo menos cuatro minutos, pero al final el chico bajó hasta el suelo el pie, calzado con su bloque de hielo.

Este empezó a sisear de inmediato envuelto en una nube de vapor.

—Ahí va —dijo David.

—Tranquilo —dijo Linus—. No te preocupes. Ya casi lo...

El muchacho bajó de un salto del peldaño y cayó en el andén con un golpe seco. El hielo bajo sus pies siseó de nuevo, y las gotas de agua formaron un pequeño charco en el cemento.

—Ya está —dijo, orgulloso—. Sabía que podía hacerlo. Por otro lado, me estoy encogiendo, ¿no? Casi parecería que el hielo se derrite con el calor. Pero eso es absurdo, ¿verdad? Casi tanto como llevar a un yeti a una isla. Al menos mis gafas de sol me dan un aire molón. —Se acercó al borde del andén y se puso en cuclillas para observar a un pequeño cangrejo que trasladaba piedras de un montoncito a otro.

—Callado —murmuró Linus—. Tímido. Casi no abre la boca.

Arthur chocó el hombro con el suyo.

—¿Estás arrepentido?

—Huy, de muchas cosas, diría. Pero ninguna relacionada con él.

—Los niños lo van a adorar.

Linus se estremeció pese al calor veraniego.

—Eso es lo que me preocupa. Lucy se quedará fascinado con él. —Suspiró, sin duda imaginando explosiones o salpicaduras de sangre en las paredes—. Como si no se me estuviera cayendo bastante el pelo ya.

Antes de que Arthur pudiera responder, una camioneta destartalada con neumáticos de banda blanca se detuvo frente a la estación. La puerta se abrió con un chirrido, y la alcaldesa de Marsyas, sonriente, apareció al rodear la parte delantera del vehículo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo con jovialidad—. ¡Pero mira qué tenemos aquí!

David irguió la cabeza, y una ancha sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Helen! —exclamó, enderezándose y echando a correr hacia ella. Sin molestarse en bajar los escalones, saltó desde el andén. Impactó en el suelo con tal violencia que los bloques de hielo se

hicieron añicos, de modo que el yeti perdió de golpe quince centímetros de estatura. Aunque la gabardina se le enredaba en las piernas, consiguió permanecer en pie mientras Helen abría los brazos. El yeti saltó de un brinco los últimos metros que los separaban y se estrelló contra ella. Haciéndolo girar en volandas, Helen se rio al oír a David balbucear sobre el tren, las aves y el mar. Lo dejó en el suelo, guiñándoles el ojo a Linus y Arthur mientras descendían los escalones.

—¡... y entonces le he dado los billetes al hombre, que les ha hecho un agujero con su maquinita para confirmar que nos estaba permitido viajar en el tren! —Le sonrió de oreja a oreja a Helen—. Nadie podía decirme que me bajara, porque tenía derecho a estar ahí.

—Claro que tenías derecho —dijo Helen—. Me alegra mucho que hayas disfrutado el viaje. ¡Y fíjate en ti! Te juro que has crecido desde la última vez que te vi.

—Un centímetro y medio —dijo David, orgulloso, hinchando el pechito—. A lo mejor hasta dos.

—Impresionante —dijo Helen. Levantó la cabeza—. Linus, Arthur, bienvenidos a casa. Decir que se os ha echado de menos sería quedarse corto. —Alzó la mano cuando Linus se disponía a decir algo—. Y sí, la casa sigue en pie, y nadie ha perdido una extremidad o un ojo.

—¿Y qué me dices de los dedos de las manos o de los pies? —preguntó Linus.

—No falta ninguno, y están todos intactos —dijo Helen—. Eso sí, Talia quiere que os recuerde que, como no le hayáis traído un regalo, será mejor que subáis de nuevo al tren y no volváis sin haberle comprado uno.

Linus sonrió.

—No esperaba menos de ella.

Les costó acomodarse en el diminuto espacio de la camioneta, pero al final lo consiguieron: Helen iba sentada al volante, y Arthur a su lado, con las piernas dobladas contra el pecho. Linus estaba junto a él, y David ocupaba lo que quedaba del asiento corrido, con la cara aplastada contra la ventanilla, comentando atropelladamente todo lo que veía e intercalando preguntas cuya respuesta no parecía interesado en conocer.

—¡Mirad! Un parasol. ¡Qué grande es! ¿Y eso? ¿Están deslizándose en trineo sobre las colinas de arena? No sabía que se pudiera hacer eso. ¿Cómo se…? ¿Por qué es tan inmenso el mar? ¿Creéis que viven monstruos ahí? Seguro que sí, con dientes enormes y ojos brillantes que relumbran cuando… ¡La madre del cordero! Pero ¿qué comen esos salvajes?

—Granizados —dijo Linus—. Hielo picado con sirope de sabores.

David se volvió hacia él con los ojos desorbitados.

—¿Han echado a perder el hielo, la cosa más perfecta del mundo? —Enseñó los dientes—. Los mataré. Los mataré a todos. Ja, ja, es broma. —Luego, por lo bajo, añadió—: Más o menos.

—Nada de granizados, entonces —dijo Arthur—. Tomo nota.

Al llegar a la aldea, enfilaron la carretera principal que conducía al puerto. Las aceras estaban abarrotadas de personas en traje de baño o vestidas con pantalón corto y camisa de flores. Se paraban frente a los escaparates de las tiendas para mirar la cerámica multicolor, los mosaicos creados con cristal marino y los cuadrados de dulce de leche recién hechos. Otros estaban sentados en las terrazas de los restaurantes de marisco fresco, tomando sorbos de bebidas con ramitas de menta flotando en la superficie.

Arthur estaba a punto de preguntarle a David qué le parecía todo aquello cuando de repente este se puso tieso, con la espalda muy recta y los hombros rígidos.

—¿Cómo es posible? —dijo, asombrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Linus.

—Esas personas… —dijo—. Son…

Arthur siguió la dirección de su mirada al tiempo que la camioneta se detenía frente a uno de los dos semáforos que había en Marsyas. Ahí, de pie en la esquina, estaba una familia: dos mujeres fornidas tomadas de la mano y tres niños que parecían todos menores de diez años. Todos ellos —incluidos los críos— tenían un solo ojo en medio de la frente.

—Cíclopes —dijo Helen—. Tuve ocasión de conocerlos ayer. —El semáforo se puso verde, y con un rugido, la camioneta dejó atrás el cruce—. Muy bonita familia. Unos amigos les hablaron de nuestro pueblecito y decidieron venir a verlo por sí mismos.

David se volvió despacio hacia ella.

—Pero… iban por la calle… tan tranquilos. Como los demás.

—¿Y por qué no? —preguntó Helen sin aspereza—. Tienen derecho a irse de vacaciones, como todo el mundo.

David sacudió la cabeza.

—No me refería a eso. Están aquí, y nadie les grita que se tapen o que se escondan. Nadie les dice que no son bienvenidos aquí.

—Porque sí lo son —dijo Linus—. Este sitio es distinto, David. No se parece a ningún otro lugar en el que hayas estado. De hecho, hace unas semanas, una hermosa familia de dríades visitó la aldea. Son seres de los árboles, por más señas. Se dieron una vuelta por la isla para ver qué había plantado Phee durante el tiempo que llevaba ahí.

—¿El espíritu del bosque? —inquirió David.

—El mismo —confirmó Linus con una risita—. Nunca había visto a Phee tan ilusionada. Aunque intentaba fingir indiferencia, todos nos dimos cuenta de que estaba orgullosa de que alguien quisiera venir a contemplar sus árboles, sobre todo seres tan importantes como unas dríades. —Se aclaró la garganta—. Pero te engañaría si te dijera que las cosas siempre han sido así.

—Tiene razón —terció Helen, tamborileando con los dedos sobre el volante—. Hace un año, Marsyas era como cualquier otro sitio: estaba inundado de propaganda, y la gente que no se la creía tenía demasiado miedo para decir lo que pensaba, entre ellas, yo.

—Pero ya no eres así —dijo David.

—No, ya no. —Dirigió una mirada pícara a Linus y Arthur—. Podríamos decir que reventaron mi burbuja. Y estoy agradecida por ello, pues, como alcaldesa, quiero que en Marsyas todos se sientan como en casa, con independencia de quiénes sean. A algunas personas no les gustaron mis decisiones (ah, ¿os habéis fijado? Al parecer, el nuevo propietario de la heladería ha cambiado el rótulo), pero les recordé que hay un mundo muy grande y diverso ahí fuera, y los invité a salir a conocerlo.

—Me parece que le dijiste a Norman que se fuera a freír espárragos —le recordó Linus—, aunque en un lenguaje mucho más florido.

—Y no me arrepiento para nada —dijo Helen—. Adiós y hasta nunca.

—Estamos construyendo algo, David —dijo Arthur—. Cuantas más personas, mágicas o no, sepan que este pueblo las recibirá con los

brazos abiertos, mejor para todos.

«Sueño con un lugar así», pensó mientras avanzaban hacia el océano.

—¿Cómo iremos hasta ahí? —preguntó David cuando se detuvieron cerca de un largo embarcadero que se adentraba en el mar. A lo lejos se alzaba la isla, cuyos árboles elevaban sus espesas copas hacia el cielo. Arthur sentía la atracción del lugar, pues sabía qué y quiénes los esperaban allí. Aunque solo habían sido tres días, nunca había pasado tanto tiempo fuera desde su vuelta. Añoraba la sensación de la arena bajo los pies, la cacofonía de una casa atestada de jóvenes asilvestrados.

—Podríamos ir en el transbordador —dijo Linus—. No me cabe duda de que Merle estaría encantado de vernos.

—Es una forma de describirlo —dijo Helen—. Pero no, no iremos en el transbordador. ¿Por qué obligar a alguien a aguantar a Merle si no es imprescindible? He pensado que podríamos ofrecerle una experiencia distinta a David a la hora de desplazarnos hasta la isla.

Dicho esto, apretó el acelerador.

Linus asió con fuerza la mano de Arthur.

—Temía que dijeras eso.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó David—. ¿Cómo vamos a…?

La camioneta arrancó de golpe y, cuando saltó por encima de un bordillo bajo, Arthur por poco se mordió la lengua. David pegó un chillido y, por un momento, Arthur creyó que estaba asustado, pero cuando se disponía a decirle que no había nada que temer, el chico alzó los puños por encima de su cabeza en un gesto de entusiasmo.

—¡Bien! —gritó, inclinándose hacia delante hasta donde se lo permitió el cinturón de seguridad y apoyando las manos en el salpicadero—. ¿Vamos a zambullirnos? ¡Esto es la repera!

Cuando enfilaron el embarcadero, la madera traqueteó bajo las ruedas, de modo que todos saltaron en sus asientos y David casi se golpeó la cabeza contra el techo. Cuando se aproximaban al final del muelle, el chico levantó los brazos de nuevo como si estuviera en una montaña rusa, a punto de iniciar la primera bajada.

—¡ME ENCANTA ESTAR VIVO! —bramó con un júbilo

desaforado al tiempo que la camioneta salía volando al llegar al extremo del embarcadero. Durante un instante de ingravidez, todos los traseros se despegaron de los asientos. En vez de zambullirse en el mar, el vehículo cayó con violencia sobre una superficie dura que crujió bajo los neumáticos.

Al volverse, Arthur descubrió a David y Linus con los ojos apretados. Este último fue el primero en abrirlos.

—Nunca me acostumbraré a eso.

—¿Nos hemos muerto? —preguntó David, aún con los párpados firmemente cerrados—. No me siento muerto, pero tampoco sé qué se supone que debería sentir.

—No estás muerto —dijo Arthur—. Mira.

David abrió los ojos (primero el izquierdo, luego el derecho) y soltó un jadeo al ver el largo camino blanco amarillento que se extendía ante ellos, crujiente pero sólido. El agua salpicaba los cristales, de modo que Helen encendió los limpiaparabrisas.

—¿Qué es eso? —preguntó David.

—Es cosa de Zoe, mi chica —dijo Helen, hinchándose como un pavo—. Pronto la conocerás. Es un espíritu isleño. Ha construido esta carretera para ti con sal del mar.

—¿Por qué?

—Porque ha querido —dijo Arthur. Qué extraña era la sensación de añoranza cuando el objeto de dicha nostalgia (la isla y todo lo que había en ella), estaba justo delante de él—. Es su manera de darte la bienvenida a casa.

—A casa —susurró David y, con una carcajada, bajó la ventanilla. Asomó la cabeza y cerró los ojos con el pelo ondeando tras él mientras sentía el rocío del mar en la cara.

David se quedó más callado cuando la sal cedió el paso a la arena y los pájaros que, desde los árboles cimbreantes, llenaban la isla de vida con su canto. Lo observaba todo a su paso con los ojos abiertos de par en par, pero no habló hasta que coronaron la cuesta y la casa apareció ante ellos.

—¿Aquí es donde vivís? —preguntó con voz insegura.

—Sí —dijo Arthur mientras la camioneta frenaba hasta detenerse. En ese preciso momento, la puerta principal se abrió, y Zoe salió de la casa.

—La señora tiene alas —musitó David, emocionado, mientras Zoe

saltaba desde el escalón superior y descendía aleteando hasta el suelo —. Cómo mola.

Zoe abrió la puerta del lado del conductor y ayudó a Helen a bajar. Esta se puso de puntillas para estamparle un sonoro beso, mientras su pareja le apartaba un mechón de la frente.

Arthur se apeó y se irguió cuan largo era, estirando los brazos por encima de la cabeza hasta que su espalda emitió unos crujidos de lo más placenteros. Al volverse, vio que Linus le echaba una mano a David para que bajara de la camioneta.

—¿Necesitaré la gabardina? —preguntó el muchacho.

—¿La quieres? —inquirió Linus—. Si prefieres no llevarla, no hay ningún problema.

—¿Puedo ir desnudo? ¿En serio?

—Em... —dijo Linus—. No sé... ¿Estás desnudo?

—¿Y qué? —dijo Zoe, mirando a Arthur con la ceja arqueada.

—Es perfecto —dijo Arthur, bajando la voz mientras Linus intentaba explicarle a David que lo suyo no entraba necesariamente en la categoría de desnudez, pero que podía ir como se sintiera más cómodo—. ¿Dónde están los demás? Me había imaginado que... Ah. Era de esperarse.

Los niños estaban apiñados tras las ventanas de la fachada, con el rostro y las manos contra los cristales.

—Les he pedido que se quedaran dentro para que no apabullaran a David —dijo Zoe—. Llevan toda la mañana subiéndose por las paredes. Literalmente. ¿Te acuerdas de cuando Lucy dijo que había invertido la gravedad sin querer?

—Deja que adivine —dijo Arthur—. No fue sin querer.

—No, no lo fue —confirmó Zoe.

David, por su parte, parecía estar celebrando que su desnudez se considerara aceptable, cosa que él percibía como una victoria. Se puso a andar de un lado a otro pisando fuerte, con los brazos en alto y las garras extendidas, entre gruñidos y rugidos.

—Y ese es el rito que sigue un yeti cuando llega a un lugar nuevo para él —dijo mientras rodeaban la camioneta por delante.

—¿De veras? —preguntó Linus, alzando la vista y sonriéndole a Zoe antes de mirar de nuevo a David—. Qué costumbre tan fascinante. ¿Crees que debería probarla?

De pronto, Linus se inclinó hacia delante con los dedos crispados

como garras, retiró los labios para mostrar sus dientes cuadrados y profirió un gruñido sorprendentemente feroz. Fue una imitación bastante mejor de la que se esperaba Arthur.

David se había quedado igual de impresionado.

—Madre mía —jadeó—. ¿Existen yetis sin pelo? Nunca había visto uno, pero llevas suficiente aislamiento para sobrevivir a inviernos duros, así que... ¿por qué no?

Linus se dio unas palmaditas en el abultado vientre.

—Opino exactamente lo mismo. Tendremos que hacerlo de nuevo, para que me enseñes a ser un mejor yeti. David, te presento a Zoe Chapelwhite. Esta isla es suya, y si estás aquí es porque ella ha dado su consentimiento.

David se dio la vuelta y, de repente, el muchacho que impartía lecciones sobre cómo ser un yeti desapareció y se vio sustituido por una criatura tímida que se hacía crujir los nudillos con una extraña media sonrisa que reflejaba más nerviosismo que alegría. Bajó la vista al suelo, hundiendo en la tierra las garras de los pies.

—Hola —farfulló.

—David —dijo Zoe con cordialidad, y el sol, al brillar sobre sus alas traslúcidas, proyectó varios arcoíris fragmentados en el suelo, tras ella—. Llevábamos tiempo deseando conocerte.

El yeti irguió la cabeza, sorprendido.

—¿En serio? —Sin mirar, le agarró la mano a Linus y la sujetó con fuerza. El hombre hizo un gesto de dolor, pero no intentó soltarse.

—Sí —dijo ella—. Me alegro mucho de que hayas decidido darnos una oportunidad. ¿Quieres que traiga a los otros niños para que los conozcas?

David vaciló por un momento.

—¿Podrían...... podrían quedarse Linus y Arthur también? No tendría problema en hacerlo solo —se apresuró a añadir—, pero prefiero que estén ellos delante.

—Claro —dijo Linus—. Además, dudo que pudiera liberarme de tu agarre aunque quisiera. Eres muy fuerte.

—Lo sé —dijo David—. El más fuerte del mundo, fijo.

Cuando Zoe entró de nuevo en la casa y los niños se apartaron de las ventanas, David tiró hacia abajo de la mano de Linus para

obligarlo a agacharse.

—¿Qué sucede? —preguntó este.

—Nada —dijo el chico, tenso—. Solo quería recordarte que estoy aquí.

—Como si pudiéramos olvidarlo —dijo Arthur—. Te pido disculpas de antemano por el escándalo.

Como para darle la razón, la puerta se abrió de golpe y por ella salió un torrente de chiquillos, hablando todos a la vez, con Chauncey en cabeza. «Los sonidos de casa», se dijo Arthur mientras Chauncey salvaba todos los escalones de un salto, efectuaba un aterrizaje impecable y ejecutaba una reverencia, con los ojos botando sobre sus pedúnculos.

El resto de los niños se arracimó en torno a Chauncey, todos —incluido Sal, con Theodore posado sobre su hombro— con pinta de estar esforzándose al máximo por no correr directamente hacia ellos. Lucy hizo ademán de lanzarse a la carrera, pero Theodore bajó la cola y le rodeó el brazo con ella para refrenarlo.

—Oh, venga ya —protestó Lucy—. Pero si están ahí mismo.

—Vamos a ceñirnos al plan —dijo Sal—. ¿Quién lo lleva?

—Yo —dijo Phee, abriéndose paso desde la retaguardia. En las manos sostenía lo que parecía un rollo de papel con algo escrito en letras brillantes. Cuando lo desplegó con la ayuda de Sal, resultó ser una pancarta tan larga que todos los niños tenían que sujetar una parte de ella, menos Theodore, quien, con la cabeza apoyada en la de Sal, estudiaba a David parpadeando despacio. Emitió un sonido extraño —no muy distinto del ulular de un búho— que acabó con una inflexión ascendente.

—¿Demasiada purpurina? Eso es imposible —le contestó Chauncey—. A menos que te la comas.

La pancarta estaba rasgada en algunas partes, y tal vez Theodore tenía razón al señalar que quizá se habían pasado un poco con la purpurina —Arthur no quería ni imaginar el desastre que habían dejado—, pero en el fondo, nada de eso importaba, porque, en ese preciso momento y lugar, seis críos extraordinarios enarbolaban un cartel que decía: ¡BIENVENIDO A CASA, DAVID!

Cada letra estaba trazada por una mano distinta, como si los niños se hubieran turnado. En la esquina superior derecha había una carita sonriente con colmillos y cuernos de demonio.

David, medio escondido tras la espalda de Linus, sacó la cabeza por un lado y tragó saliva al ver a todos aquellos chiquillos mirándolo. Se ocultó de nuevo detrás de Linus.

Arthur barajó sus opciones y tomó una decisión, esperando que fuera la correcta. Se volvió hacia los niños.

—Theodore —dijo—. ¿Puedes venir un momento?

Sin vacilar, el guiverno extendió las alas y echó a volar desde el hombro de Sal. Tras salvar la distancia en un pispás, se posó sobre el de Arthur y le envolvió la parte delantera del torso con su largo cuello. Abriendo y cerrando lentamente sus párpados de réptil, soltó un gorjeo bajo y balbuciente que más bien sonó como un quejido.

—Estoy seguro de que fue un accidente —dijo Arthur, acariciándole la cola—. Al fin y al cabo, no sabías que prenderías fuego a la mesa al estornudar. ¿Se hizo daño alguien?

Theodore negó con un gesto seguido de una serie de clics cortos y agudos.

Linus reaccionó con un resoplido.

—Menos mal que Chauncey estaba ahí para apagar el incendio con su tinta.

David volvió a dar señales de su existencia, asomándose desde detrás de Linus, y contempló a Theodore con ojos como platos.

—¿Puedes hablar con él? —preguntó con la voz entrecortada.

—Claro —dijo Linus—. Todos podemos. Lleva un poco de tiempo pillarle el truquillo, pero si yo he sido capaz de aprender, tú también. Es lo que se conoce como bilingüe pasivo, lo que significa que tiene su propio idioma y entiende lo que decimos, pero no habla como nosotros.

—¿Algo así como esto? —preguntó David. Salió de detrás de Linus con los brazos en alto y sacando las garras unos centímetros. Comenzó a gruñir y a caminar en torno a ellos con fuertes pisadas. Theodore le clavó los espolones en el hombro a Arthur cuando comenzó a contonearse de un lado a otro.

—Ay, madre —dijo Linus con gravedad—. David, lo que acabas de decir puede interpretarse de dos maneras distintas según la entonación. O le has pedido a Theodore que sea tu amigo, o lo has desafiado a un duelo un miércoles por la tarde sin otras armas que unos plátanos y una boa de plumas.

—¿Que le he pedido qué? —exclamó David—. Pero… hoy es

miércoles. ¡Y pronto se pondrá el sol!

—Y nosotros aquí, sin un solo plátano o una boa de plumas a la vista —dijo Arthur, sacudiendo la cabeza—. Sin embargo, creo que Theodore estará de acuerdo en que hacer un nuevo amigo es mejor que enfrentarse a alguien en un duelo.

Theodore, por su parte, dijo que le gustaría hacer las dos cosas, si fuera posible, pues nunca había participado en un duelo. Cuando Arthur le recordó que, de hecho, no tenían plátanos a mano, el guiverno volvió la cabeza hacia los demás, que seguían aglomerados delante de la casa, y les formuló una pregunta.

—¿Plátanos? —dijo Lucy, arrugando el entrecejo—. Un momento. —Alzó las manos, con el rostro contraído por la concentración. Al cabo de un segundo, sostenía un montón de frutos amarillos en las manos—. ¡Mola! ¡He creado cosas!

Talia se inclinó para inspeccionarlos.

—Esas son bananas, no plátanos.

—Jopé —masculló Lucy—. Dichosas bananas, ¿por qué tenían que parecerse tanto a los plátanos? —Las lanzó al aire y, tras titilar un instante, desaparecieron sin dejar rastro.

—Pero ¿qué narices...? —dijo David—. ¿Tienes poderes mágicos bananeros?

—Así es —dijo Sal, con un brillo de alborozo en los ojos—. Exactamente. Lucy tiene poderes mágicos bananeros.

—Es un chico mágico bananero —convino Phee—. En realidad, no hace gran cosa aparte de asegurarse de que tomemos nuestra dosis diaria de fibra.

—Nos ayuda a hacer caca —añadió Chauncey.

Los ojos de Lucy se tiñeron de un rojo maligno.

—¡No soy un chico mágico bananero! ¡No me importan vuestras cacas! Soy Lucifer. —El rojo de su mirada se tornó más intenso, y el sol pareció apagarse, como si una nube espesa hubiera pasado por delante de él—. Soy la serpiente en el jardín, la encarnación de la tentación oscura. ¡Yo soy la noche, y todos mis enemigos se postrarán ante mí o perecerán! —Soltó una risotada perversa, aunque, considerando que solo tenía siete años, tal vez la palabra perversa sea un poco excesiva. Más bien fue una risita chillona, seguida de unos pisotones en el suelo.

—Qué peliculero eres —murmuró Talia y, de repente, el sol volvió a inundarlo todo, obligándolos a entornar los ojos.

Antes de que Arthur pudiera reñir a Lucy por haber atenuado el sol —otra vez—, David barbotó:

—¿De verdad vas a luchar cuerpo a cuerpo contra Jesucristo en la batalla final por nuestras almas, o eso es solo un invento?

Por primera vez desde que Arthur lo conocía —quizá por primera vez en su vida—, Lucy se quedó sin habla, con la boca abierta de par en par, y el rojo de sus ojos se diluyó hasta que solo quedó el verde. Se puso a balbucear incoherencias, y Arthur supo que tenía que intervenir antes de que el chico se recuperara, pues podía llegar a decir alguna inconveniencia.

Pero Lucy se le adelantó. Se relajó y se quedó impasible como una piedra.

—Sí, seguramente —dijo, como si hablara de la cosa más sencilla del mundo—. Sé kárate, así que no sería una pelea justa. ¿Qué va a hacer él? ¿Multiplicar panes y peces? —Se apretó las mejillas con las manos, abriendo mucho los ojos—. ¡Por favor, Jesús, no, lo que sea menos eso! ¡Cielos! ¿Estás convirtiendo agua en vino? ¡Maldito seas, mago callejero!

—No hace ni diez minutos que hemos vuelto y ya estamos blasfemando —dijo Linus, mientras Helen y Zoe se doblaban de risa, sosteniéndose la una a la otra—. Qué bien estar de nuevo en casa.

—No va a luchar con Jesucristo —dijo Talia—. Anoche, Lucy se dio con el pie contra una silla y se puso a llorar hasta que Zoe le besó el dedito, así que basta con que Jesús espere a que pase eso para que la pelea se acabe.

—Me salía sangre a borbotones —replicó Lucy—. Estuvimos a punto de amputar, pero entonces Zoe dijo que le había asegurado a Linus que conservábamos intactos todos nuestros dedos. Nunca me dejan hacer nada divertido.

—No va a pelear con Jesucristo —le aseguró Linus a David—. Hay personas que se inventan historias para asustar a los demás. No son más que fantasías.

—¿Puedo decir algo ahora? —exigió Chauncey—. Llevo esperando mi turno educadamente.

—Adelante —dijo Arthur.

—¡Hola! —dijo Chauncey, agitando hacia David un tentáculo a modo de saludo. Luego dijo—: Ya está. Podéis seguir con lo vuestro.

—Él es Chauncey —le dijo Linus a David—. Es botones, uno de los mejores.

—Hola, Chauncey —murmuró David.

—Sabe cómo me llamo —susurró el aludido, emocionado.

—La que está a su lado es Talia —continuó Arthur—. Es nuestra experta residente en todo lo relacionado con jardinería.

Talia lo saludó con un gesto.

—Me gusta enterrar cosas, como semillas y personas que me hacen enfadar.

—Y luego está Phee —dijo Linus—, un espíritu del bosque, responsable de muchos de los árboles que has visto durante el trayecto hacia aquí.

—Hola, David —dijo ella, con las alas reluciendo bajo el sol—. ¿Te gusta la pancarta?

David asintió con rigidez.

—Nadie había hecho nunca algo así por mí.

—Nosotros lo hacemos a menudo —dijo Phee—. La próxima vez, podrás ayudarnos, si quieres.

—Y, por último, aunque desde luego no menos importante —dijo Arthur—, tenemos a Sal, uno de los escritores más talentosos que he tenido el placer de leer.

Sal sonrió, un poco avergonzado.

—Le gusta exagerar cuando habla de nosotros. Ya te acostumbrarás. Bienvenido, David. Siento que llevamos una eternidad esperándote.

El yeti se apartó de Linus, soltándole la mano. Se acercó a los niños y levantó la vista cuando la sombra de Theodore tapó el sol por un instante antes de que el guiverno se posara de nuevo en el hombro de Sal.

—¿Me habéis estado esperando? —preguntó David, deteniéndose a pocos metros de ellos.

—Síp —dijo Chauncey—. Nunca habíamos conocido a un yeti. ¡Sabía que serías alto! ¿Y sabes qué? Me gusta mucho tu pelaje.

—Gracias —dijo David, tironeándose un grueso mechón—. Si no lo cuido bien, se me apelmaza.

—Tú déjalo en nuestras manos —dijo Sal—. Zoe me aplica tratamientos especiales en el cabello, así que seguro que podemos ayudarte con el tuyo también.

Talia se acarició la barba.

—Y yo tengo unos aceites para suavizarlo, si te interesa. Bueno, ahora que hemos zanjado ese asunto, pasemos a algo igual de importante: los regalos.

—Talia —la reconvino Arthur—. ¿Qué tal si lo intentas de nuevo?

Ella suspiró.

—Buenas.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Ahora, mejor.

—Yo también —dijo ella—. Y ahora, los regalos.

—A su debido tiempo —dijo Arthur—. Pero tenemos un invitado, y no hay que ser descorteses con los invitados.

La gnoma enarcó una ceja, jugueteando con la punta de su barba.

—¿Podemos llevar a David adentro y mostrarle la casa? Fíjate en lo cortés y hospitalaria que estoy siendo, sin preguntar por los regalos. ¿A que es todo un detalle por mi parte?

—Eres una santa —dijo Arthur—. Si a David le parece bien, adelante. Reservad la sorpresa para cuando estemos todos dentro.

—¿Sorpresa? —preguntó el chico, mirando alrededor con los ojos desorbitados—. ¿Qué sorpresa?

—¿Puedo tocarte el brazo? —preguntó Chauncey.

David dio un respingo.

—¿Qué?

—Quiero agarrarte del brazo para guiarte —explicó Chauncey—. Pero hay personas a las que no les gusta eso.

—Ah —dijo David—. Supongo que... sí.

Un tentáculo color verde lima se enroscó en torno a la muñeca del yeti, y Chauncey lo condujo escalera arriba, mientras los otros chicos los seguían a toda prisa.

—¡Vamos! ¡Te enseñaremos dónde escondemos las cosas que no queremos que descubran Linus o Arthur!

—¿En el armario del pasillo del piso de arriba con un escondrijo secreto en el fondo? —le preguntó Linus a Arthur una vez que los niños desaparecieron en el interior de la casa.

—Allí o en la caja del desván de la que creen que no sabemos nada.

—No son muy sutiles, ¿verdad?

—¿Y ahora están tan centrados en el nuevo invitado que ni siquiera nos merecemos un abrazo? Hay que enseñarles modales a tus críos.

—Ah, cuando no recibes un abrazo son mis críos, pero en cuanto uno de ellos amenaza a alguien con sacarle las tripas, tú estás encantado.

—¿De qué estáis rajando? —preguntó Zoe, acercándose a ellos del brazo de Helen. Se turnaron para saludarse con besos en las mejillas—. Parecía un tema serio. —Sin esperar respuesta, dijo—: ¿Qué llevas en el dedo?

—¿En el dedo? —preguntó Helen—. ¿Se ha hecho daño en...? ¡Hala!

Arthur alzó la mano en la que lucía el anillo, sólido, bien ajustado, una presencia imposible de pasar por alto.

—¿Ah, esto? Ya ni me acordaba de que lo llevaba.

—Mentiroso —farfulló Linus, sonrojándose.

—No habrás sido capaz... —dijo Zoe con un chillido impropio de ella. Se abalanzó hacia delante, le asió la mano a Arthur y se la acercó a pocos centímetros de la cara. Cuando levantó de nuevo la mirada hacia él, tenía los ojos llorosos—. ¿Esto va en serio?

—Pues sí —dijo Linus—. Puede parecer un poco precipitado, pero...

—No seas bobo —dijo Helen, con las manos entrelazadas bajo el mentón y una sonrisa tan ancha que a Arthur le sorprendió que el rostro no se le partiera en dos—. Cuando sabes que es lo correcto, no hay precipitación que valga. —Le pegó un manotazo juguetón en el brazo a Linus—. ¿Serás granuja? ¿Por qué has...?

—Tenemos un problema. Creo.

Todos se volvieron hacia la casa. Phee estaba de pie en el porche con una expresión extraña.

Arthur dio un paso hacia ella.

—¿Qué ocurre?

Phee se encogió de hombros.

—¿Sabíais que los yetis y los gatos son enemigos mortales?

Calíope se encontraba en el peldaño inferior de la escalera que ascendía a la planta superior, con el lomo arqueado y el pelo erizado desde la cabeza hasta la cola, extendida en una línea recta tras ella. Con los ojos entornados, la gata bufaba con fuerza, como un escape en una tubería de vapor, pendiente de todos los movimientos del yeti que tenía delante.

En respuesta, dicho yeti gruñía, con las garras fuera, caminando de un lado a otro. Con cada gruñido se le ondulaban los labios, que dejaban al descubierto sus temibles colmillos. Iba y venía con un repiqueteo de las uñas sobre el suelo, sin quitarle ojo a Calíope.

Los demás se mantenían al margen, mirando alternadamente a la felina y al yeti. Lucy observaba con gran interés desde primera fila.

—Yo en tu lugar no intentaría acariciarla —dijo, regodeándose más de la cuenta—. Seguramente te arrancaría la garganta.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Linus, sobresaltando a los niños. David se dio la vuelta y retrajo las garras al tiempo que adoptaba todo el aire de alguien a quien no habían pillado haciendo algo que seguramente no debía.

Calíope dejó de montar el número de inmediato y maulló mirando a Linus. Bajó del escalón, rodeó a David a una distancia prudencial y caracoleó entre las piernas del hombre, convertida en la viva imagen de la inocencia.

—Ya, ya —dijo Linus, agachándose para rascarle detrás de la oreja derecha—. Yo también estoy contento de verte. —Se enderezó—. ¿David?

El interpelado lo miró con el ceño fruncido.

—No me dijisteis que teníais un gato.

—¿Eso supone un problema? —preguntó Arthur—. ¿Eres alérgico, o...?

—¡No soy alérgico! Los gatos son comida.

—Los gatos definitivamente no son comida. Y menos aún esta gata.

—Linus se enfada cada vez que intentamos comernos a Calíope

—explicó Talia mientras los demás asentían.

Arthur se aclaró la garganta.

—Además, comer gatos no está bien —añadió Talia, lo que dio pie a más gestos de asentimiento.

—Así me gusta —dijo Arthur—. Tienen razón, David. Calíope forma parte de esta familia como todos los demás, y no nos comemos a los miembros de la familia.

—Salvo cuando son piñas de coníferas —dijo Chauncey, haciendo gala de una sabiduría sorprendente para su edad.

—Exacto —dijo Linus—. Salvo cuando son… Espera, ¿qué?

—No me la iba a comer —alegó David—. Solo quería tenerla… cerca de… mi boca.

—Sabía que encajaría aquí —le susurró Helen a Zoe.

—A partir de ahora, hay una nueva regla en esta casa —anunció Arthur—. Nadie se va a comer a nadie sin su permiso, expresado tanto de viva voz como por escrito, en un contrato vinculante. Lamentablemente, puesto que Calíope no puede escribir, dada su falta de pulgares oponibles, queda excluida como candidata a ser comida.

—David, ¿podrás atenerte a esta regla? —preguntó Linus.

El aludido fulminó con la mirada a la gata, que por lo visto había decidido que la existencia del yeti no le importaba en absoluto, pues, tras dar la vuelta y alejarse de él, se sentó y procedió a limpiarse con la pata.

—Ya, ya, nada de comer gatos.

—Estupendo —dijo Arthur, batiendo palmas—. Tal vez ahora sea un buen momento para enseñarle a David su sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó el chico, olvidándose por un momento de que había estado a punto de perder una batalla contra una felina de lo más hábil.

—Ahora lo verás —dijo Sal, con Theodore encaramado sobre su hombro, observando con la cabeza ladeada—. Pero antes tienes que cerrar los ojos.

David fue lanzando miradas breves a cada uno de ellos, de un extremo a otro del recibidor. Por un instante, Arthur temió que fuera demasiado pronto, pero entonces el yeti respiró hondo y cerró los párpados.

—¿Así?

Arthur sabía que la confianza era un tesoro que podía ser robado con facilidad, a veces sin el menor motivo. Y este tesoro en particular era frágil, un trozo de cristal fino y quebradizo. Pero ahí estaba David, rodeado de extraños en un lugar desconocido, intentando recoger sus pedazos y recomponerlos para darles una forma reconocible. Al margen de otras consideraciones, la valentía del muchacho frente a adversidades que parecían insuperables confirmaba una vez más lo que Arthur siempre había creído: que la magia existía en muchas formas, algunas extraordinarias y otras basadas simplemente en actos de buena voluntad y confianza, por modestos que fueran.

—Perfecto —dijo Phee—. Debes dejar que te guiemos hasta el lugar indicado. Te prometo que no te haremos chocar con nada.

—Vale —susurró David y dio un respingo cuando Talia lo tomó de la mano y lo condujo hacia el interior de la casa. Los otros niños los seguían de cerca (Sal y Theodore cerraban la marcha), señalando los obstáculos que tenían delante, y Lucy se adelantó corriendo para apartar una silla y despejarles el camino.

—Nosotras vamos a ocuparnos de la cena —dijo Zoe.

Mostrarle a un muchacho su nueva habitación no parecía nada del otro mundo y, sin embargo, Arthur estaba tan emocionado como los niños. Quizás era porque recordaba cómo se había sentido cuando había llegado a la isla por primera vez, muerto de miedo, inseguro respecto a todo. Si lo hubieran recibido con una mano tendida en vez de con un puño amenazante, ¿cómo habrían cambiado las cosas? ¿Estaría siquiera donde estaba en ese momento?

Encontraron a los críos en el pasillo, al lado del salón, apiñados frente a una puerta que el año anterior no existía. De aspecto robusto y bien ajustada en su marco, estaba pintada de azul claro y tenía un pomo de acero. En medio de la puerta había fijado un letrero de madera con una sola palabra grabada: «David».

—Muy bien —dijo Talia sin soltarle aún la mano a David—. Vamos a contar hacia atrás desde tres, y entonces podrás abrir los ojos. ¿Listo? Tres... —Mientras los otros se sumaban al conteo, incluidos Linus y Arthur, Calíope decidió que se aburría y se alejó al trote por el pasillo, con movimientos nerviosos del rabo, hasta desaparecer tras una esquina.

—Dos... ¡uno!

David abrió los párpados y pestañeó varias veces, contemplando

lo que tenía delante.

—¿Le habéis puesto mi nombre a una puerta?

—Exactamente —dijo Sal con una inclinación solemne de la cabeza—. Sorpresa. De nada.

—Ah. Pues... gracias. Nunca antes habían bautizado una puerta en mi honor. —Desplegó una sonrisa que no le llegó a los ojos, que volvían a reflejar recelo.

—¿Qué tal si abres la puerta? —le propuso Arthur—. Intuyo que tras ella descubrirás algo que tal vez te ayude a despejar toda posible confusión.

David se mordió la parte interior de la mejilla antes de asentir. Alargó la mano hacia el picaporte, con cautela, como si temiera que fuese a explotar. Como esto no sucedió, se relajó un poco e hizo girar el pomo. Cuando la puerta se entreabrió —dejando entrar una ráfaga de aire gélido que los envolvió—, una escalera que descendía hacia las tinieblas quedó a la vista.

Pero, al parecer, la oscuridad no era absoluta. No, porque en el techo brillaba una luz etérea que proyectaba ondulantes remolinos de verde, azul, dorado y violeta. Conseguir que aquello quedara perfecto había llevado tiempo y mucho esfuerzo, además de pintura fosforescente y el estudio minucioso de fotografías para intentar reproducir el mismo efecto con la máxima fidelidad.

—Eso... —dijo David antes de que Arthur llegara a preguntarse si el chico había reconocido lo que representaba ese resplandor—. ¿Es una aurora boreal?

—Sí —dijo Sal, inclinándose hacia delante para que Theodore y él pudieran contemplar el fruto de su trabajo—. Arthur nos consiguió un libro sobre el tema después de que le preguntáramos qué más podíamos hacer. Lo usamos como plantilla para que el resultado fuera lo más realista posible. Todo esto es nuevo: la puerta, la pintura, la escalera. Nos hemos pasado el último par de meses trabajando en ello.

—¿Adónde conduce la escalera? —quiso saber David.

—Averígualo tú mismo —dijo Linus—. Creo que hay un interruptor justo al lado de... A ver, déjame a mí. —Los niños se apartaron cuando él alargó el brazo hacia el interior de la puerta. Al cabo de un momento, una luz cálida iluminó los peldaños y opacó el brillo de la aurora boreal.

—El aire está frío —susurró David al dar un paso hacia los

escalones—. Como en…

—¡Vamos! —graznó Lucy, agarrando a David de la mano y tirando de él escalera abajo. Los demás los siguieron en tromba.

Incluidos Linus y Arthur.

En otra época, bajar a aquel lugar le habría resultado casi imposible a Arthur, pues constituía un recordatorio sombrío de un pasado que no podía cambiar. En todos los años transcurridos desde su retorno a la isla (antes de que supieran de la existencia de David), había bajado al sótano solo una vez: cuando Linus había descubierto la verdad, uno de los mayores secretos de Arthur. Pero, incluso entonces, había sentido que el pánico le oprimía la garganta con puño de hierro y había empezado a emitir ligeros silbidos al respirar. Consiguió superarlo a base de fuerza de voluntad, entrando en la bodega detrás de un hombre que también era más de lo que aparentaba.

Cuando Helen les había hablado de David, él había pensado de inmediato en el sótano y se había preguntado si era posible convertir ese cuartucho de pesadilla en un lugar de ensueño, crear algo nuevo a partir de algo antiguo, y aunque eso nunca borraría el pasado (como se demostraría a la larga), la idea de rehabilitar la bodega como habitación para David no le había causado tanta desazón como esperaba. Nunca había entendido muy bien qué significaba el viejo dicho de «el tiempo cura todas las heridas». No era del todo cierto, ¿no? Si bien el paso del tiempo mitigaba un poco el dolor, no era la panacea. No, hacía falta algo más que eso. Mucho más.

Algo como esto:

Se quedó al lado de Linus en la puerta, tiritando y lanzando vaharadas cálidas de niebla por la boca con cada exhalación. Linus se acurrucó contra él, farfullando que menos mal que Arthur irradiaba más calor que los humanos. Observaron como los niños hacían lo mismo y David se paseaba despacio por la habitación, asimilando cada detalle.

Las paredes estaban pintadas de un verde azulado suave que recordaba tanto el hielo, que les daba la sensación de encontrarse en lo alto de un iceberg a la deriva en el mar. Habían lijado y tapado con pintura todas las rayitas talladas, de modo que no quedaba el menor rastro de ellas. Cerca del techo, cuatro rejillas de ventilación expulsaban un aire glacial procedente de un climatizador industrial

que habían instalado en la parte de atrás de la casa. Habían puesto el termostato a cero grados, pues Arthur había leído que los yetis preferían dormir en un ambiente frío.

A propósito de dormir, contra la pared del fondo había una cama de matrimonio con almohadas mullidas y un edredón blanco con la esquina doblada de un modo que invitaba a acostarse en ella. A la izquierda de la cama, junto a una cómoda, se alzaba un antiguo armario de roble con las puertas abiertas y unas perchas vacías colgadas de una barra de metal.

En la pared opuesta había otra escalera, alumbrada por el sol que se colaba por los cristales de las puertas recién instaladas de la bodega. Cada una de ellas contaba con una ventana circular, un ojo de buey para que entrara la luz de última hora de la tarde cuando el sol iniciaba su descenso.

—¿Qué es esto? —musitó David, inmóvil en medio de la habitación, con los dedos de los pies hundidos en la alfombra ovalada que Helen había sacado de su trastero personal.

—Es tu cuarto —dijo Talia—. Todos tenemos uno. Tratamos de adivinar qué te gustaría, pero pensamos que era mejor no hacer mucha cosa, por si querías cambiar algo.

—Si decides realizar cambios, no pasa nada —dijo Chauncey, con un castañeteo de los negros dientes—. Es tu habitación, puedes hacer lo que te apetezca con ella. No nos enfadaremos.

—Siempre y cuando no me obligues a pintarla de nuevo —dijo Lucy—. Entonces sí que me enfadaré. —Ladeó la cabeza—. A menos que sea con sangre. Eso estaría bien, supongo.

—No lo entiendo —dijo David, desbordado por la situación—. ¿Qué queréis decir con eso de que es mi habitación?

Phee arrugó el entrecejo.

—Pues que es tuya. Todo esto es tuyo.

David apartó la vista de ellos con la cabeza gacha. Cuando habló, le salió una vocecilla apenas más audible que un susurro.

—Nunca había tenido una habitación para mí. —Empezaron a temblarle los hombros mientras se sorbía la nariz y, a continuación, sucedió algo extraordinario.

Al principio, Arthur no tenía claro qué estaba presenciado. Un cubo de hielo rectangular, de unos cinco centímetros de largo, cayó al suelo y se partió en pedazos que se desperdigaron por el suelo. Lo

siguió otro. Y después, otro. Luego otro más, y fue entonces cuando Arthur recordó algo que no habría debido olvidar: por más que se documentara, lo que necesitaba saber no estaba en gruesos tomos, o al menos, no todo. La experiencia de primera mano era tanto o más importante que cualquier cosa que pudiera leer.

Y es que el yeti conocido como David estaba llorando, pero en vez de lágrimas, le brotaban de los ojos cubitos de hielo que golpeaban el suelo con delicados repiqueteos.

Linus, visiblemente alarmado, se abalanzó hacia David, pero se detuvo al ver que Sal sacudía la cabeza.

—Déjalo en nuestras manos, ¿vale? —dijo en voz baja mientras se derramaban más cubos de hielo—. Estará más receptivo si nosotros hablamos con él. —No le hizo falta añadir: «Porque vosotros no sabéis lo que se siente. Nosotros sí».

—Por supuesto —dijo Linus—. Confío plenamente en vosotros —aseguró sin artificio ni condescendencia.

Sal volvió la cabeza hacia Theodore.

—¿Tú qué dices, colega? ¿Nos ocupamos nosotros?

El guiverno soltó un chasquido de conformidad.

—Yo opino lo mismo —dijo Sal. Miró a los otros chicos—. Dadnos un momento, ¿vale?

—No me gusta cuando la gente llora —musitó Chauncey.

Theodore gorjeó dos veces seguidas y emitió tres gruñidos prolongados.

—Theodore tiene razón —dijo Talia, dirigiéndose a Linus—. Las lágrimas de felicidad no son como las de tristeza, aunque parezcan iguales.

Sal y el guiverno se acercaron en silencio al yeti, que intentaba no sollozar demasiado fuerte. Se detuvieron a su lado, con la vista baja.

—Hola —dijo Sal con desenvoltura—. Es un día importante, ¿verdad?

—Sí —respondió David con la voz ronca—. Un día importante. —Otro trozo de hielo cayó al suelo—. Y no estoy llorando. Es que se me ha metido algo en el ojo. No sé de dónde salen los cubitos.

Sal se encogió de hombros, haciendo que Theodore subiera y bajara.

—Claro. Pero, aunque estuvieras llorando, no pasaría nada. Yo

lloré cuando llegué aquí.

David se enjugó los ojos con el brazo.

—¿En serio?

—Ya lo creo —dijo Sal—. Me invadió un sentimiento… muy fuerte. No era algo malo, pero cuesta ver la diferencia cuando te pasa. No sabía dónde estaba ni quiénes eran esas otras personas que me hacían promesas que ya había oído antes. No sabía si iban a ser amables conmigo, o si iban a…

—Hacerte daño —susurró David.

Sal esbozó una sonrisa tensa.

—Por eso lloré la primera noche, la segunda, la tercera… Lloraba porque estaba nervioso y no quería meter la pata; porque no podía creer que este sitio fuera real ni que me dejaran quedarme aquí. Nunca me había encontrado en una situación así. También lloraba porque tenía miedo.

—¿Tenías miedo? —preguntó David, levantando los ojos llorosos hacia Sal y Theodore—. Pero si no parece que puedas tener miedo de nada.

Theodore trinó, y la lengua le asomó entre los labios, serpenteante.

Sal asintió.

—Bueno, ya lo has oído. Aquí nadie se va a burlar de ti, especialmente cuando todos pasamos por lo mismo. —Titubeó unos instantes, y Arthur reconoció la sombra de indecisión que le cruzó el rostro. Se le encorvaron los hombros al tiempo que se encerraba en sí mismo. Arthur estaba a punto de intervenir cuando el muchacho sacudió la cabeza y se enderezó. Theodore desplegó las alas.

—Lo llevas muy bien —susurró Linus, a su lado.

—No nos conoces —dijo Sal—, ni nosotros a ti. Pero aquí vivimos muy bien.

—Eso ya me lo han dicho antes —repuso David.

—Ya —dijo Sal—, seguro que sí. La diferencia está en que aquí es verdad. No tienes por qué creerte nada de lo que digo. —Se rio—. A ver, si estuviera en tu lugar, yo no me lo creería. Pero pronto verás que es cierto.

David alzó la vista hacia Sal y Theodore. Se volvió para mirar a los demás, empezando por Lucy, que meneó los dedos, y terminando por Arthur, que sonrió. A continuación, el yeti se fijó en todos los

detalles de la habitación: el sol del atardecer que moteaba el suelo, las paredes limpias, la cama, el armario, la cómoda, hasta la alfombra.

—¿Puedo decorarla como quiera?

—Claro —dijo Arthur—. Es tu espacio, David. Puedes darle el aspecto que más te guste.

El chico asintió y contempló su nuevo cuarto, maravillado.

Poco después de medianoche, la puerta se abrió con un chirrido. Linus refunfuñó cuando una gnoma de jardín pequeñaja se trepó a la cama y se acomodó entre los dos, chasqueando los labios.

Diez minutos después, la puerta volvió a abrirse, y un espíritu del bosque entró en el dormitorio. Se tendió junto a Arthur y apoyó la cabeza en su almohada.

Al cabo de cuatro minutos, se abrió la puerta del armario.

—¿Habéis organizado una fiesta de pijamas y no me habéis invitado? —preguntó una voz diabólica—. Pero ¿qué demonios os pasa a todos?

Linus soltó un gruñido cuando el chiquillo le saltó encima, clavándole los codos y las rodillas.

Al poco rato, llegó una masa informe verde. Tras aplanarse hasta tener el grosor de una hoja de papel, se extendió sobre ellos y posó los pedúnculos de los ojos sobre el pecho de Arthur. No resultaba desagradable; se sentía como si estuvieran tumbados bajo una manta hecha de una mermelada no pegajosa.

Por supuesto, nadie quería quedar excluido, así que aparecieron dos figuras más: una alta, con un andrajoso pantalón corto de pijama y una camiseta; la otra tenía unos ojos reptilianos que parpadeaban con aire soñoliento. El chico alto se acostó junto a una gata afable a lo ancho de la cama, que era lo bastante amplia para que no le colgaran los pies. El guiverno se tendió encima de él, con la cabeza acurrucada contra su cuerpo. La gata le dio un lengüetazo en la mejilla al muchacho antes de cerrar los ojos.

Arthur estaba sumido en un sueño profundo —calentito y bien tapado, con una sonrisa serena en el rostro— cuando Talia se incorporó de golpe a su lado.

—¡No nos habéis dado nuestros regalos! —gritó.

Linus gimió y hundió la cara en la almohada.

—No son horas de hacer ruido.

—Arthur —musitó Chauncey—. Pss, Arthur. ¿Estás dormido?

—No, Chauncey.

—¡Qué diver! Yo tampoco. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, Chauncey.

—Ah, menos mal. Gracias. ¿Por qué llevas un anillo en el dedo?

Nadie durmió mucho después de eso.

# Ocho

Dos días después —un viernes por la mañana, justo pasadas las diez—, Arthur estaba sentado en su despacho, rodeado de torres de libros que se inclinaban peligrosamente. Ante él estaban todos los papeles relacionados con David que Jason y Byron les habían facilitado, que no eran muchos: su expediente académico (por fortuna no iba muy atrasado respecto a los planes de estudio de Marsyas) y un par de notas sobre lo inquisitivo que era una vez que vencía su reticencia inicial. A decir verdad, Arthur no esperaba más, dado que habían trasladado a David de forma clandestina.

Pero lo que había captado su atención era un recorte de periódico. El artículo, que se encontraba hacia el final del dosier e iba sujeto a una foto de David —en la que el muchacho aparecía borroso y asustado—, era breve y poco detallado. Se habían presentado cargos contra tres cazadores después de perseguir a una familia de criaturas mágicas durante días por una tundra helada. Puesto que era ilegal cazar a seres dotados de un «raciocinio similar al humano» —expresión que figuraba en la Ley Nos Importa (aprobada dos décadas antes tras una votación muy ajustada)—, los cazadores se enfrentaban a una posible condena de hasta tres años de cárcel y una multa de hasta mil libras. ¿Cuál había sido su delito?

Habían matado a dos yetis adultos.

Arthur cerró la carpeta y tamborileó con los dedos sobre la cubierta.

—¿Eso es sobre mí? —preguntó unos minutos más tarde David, al presentarse puntualmente en su despacho. Se dejó caer en el sillón que estaba al otro lado del escritorio con los brazos cruzados sobre el pecho y el espeso pelaje más lacio y brillante que de costumbre. Talia le había dado uno de sus jabones para el cuidado de la barba, pues era de la opinión de que todo aquel que tuviera vello corporal debía usar los mejores productos.

—Pues sí —dijo Arthur—. Es una de las razones por las que te he

pedido que vinieras aquí hoy. Podría extraer conclusiones de lo que he leído, pero sé por experiencia que los expedientes como este no siempre ofrecen una imagen completa de la realidad, así que prefiero acudir directamente a las fuentes.

—Que soy yo —dijo David, en un tono que parecía indicar que habría preferido estar en cualquier otra parte.

—Exacto —dijo Arthur, sentándose de nuevo—. Ayer fue el primer día completo que pasaste aquí. ¿Qué tal?

David se encogió de hombros.

Arthur no tiró la toalla.

—Los niños te llevaron en una visita guiada por toda la casa. ¿Tienes alguna pregunta sobre lo que viste?

David negó con un gesto.

—Me alegro —dijo Arthur—. Si te surge alguna, no dudes en consultarme.

El chico se hundió aún más en su asiento, tanto que solo tenía la cabeza apoyada en el respaldo, en un ángulo muy pronunciado. No se había derretido, pero parecía a punto.

—Enderézate, por favor —dijo Arthur, con la voluntad de ponerlo un poco a prueba—. La postura es importante. No está bien sentarse repantigado.

Refunfuñando, David se puso derecho ayudándose con los brazos y mirando a Arthur con mala cara.

—A nadie le importa si estoy bien o mal sentado —dijo cuando por fin estaba haciendo un uso adecuado del sillón.

—A mí sí —dijo Arthur—. Gracias. Bueno, en lo que concierne a...

—No soy tonto, ¿sabes?

Arthur ladeó la cabeza, extrañado.

—Nunca se me ha pasado por la mente que lo seas.

David observó con desprecio los papeles que había sobre el escritorio de Arthur.

—Diga lo que diga ahí, no es culpa mía. Me esforzaba por ser buen estudiante, pero... —Le lanzó una mirada feroz—. Da igual.

«Ah», pensó Arthur.

—Llevas un poco de retraso respecto a nosotros. —Al ver que David abría la boca, añadió—: Pero eso es normal. Has tenido una

vida turbulenta durante tanto tiempo, que no es de extrañar que te haya costado mantenerte al día en los estudios.

—B me ayudaba —murmuró David—. Se le daba bien.

—Se nota —dijo Arthur—. Byron incluyó unas notas maravillosas sobre tus progresos con ellos. Destaca lo inteligente que eres, aunque a veces te agobias si te sobrecargan de obligaciones. ¿Te parece una valoración justa?

David se encogió de hombros otra vez.

Arthur cambió de estrategia.

—Mañana es sábado. ¿Te han contado los otros niños lo que ocurre los sábados? La iniciativa tuvo tanto éxito que la repetimos cada semana, salvo si surge otra cosa.

Esto pareció animar a David, pero enseguida adoptó una expresión ceñuda.

—Puede.

—Genial. Es algo que siempre me hace ilusión, sobre todo cuando nadie me da pistas sobre el plan del día. Disfruto tanto con la sorpresa como con la aventura en sí. Por cierto… —Consciente de que David no le quitaba ojo, Arthur, con movimientos exagerados, abrió un cajón y sacó un pequeño calendario de mesa abierto por los meses de junio y julio—. Me he propuesto llevar un registro de los días. He descubierto que seguir un horario prestablecido ayuda a mantener expectativas claras. Me imagino que habrás visto un calendario parecido en la cocina, ¿verdad?

—Supongo.

—Bien —dijo Arthur—. Está ahí para que lo consultéis y sepáis qué esperar cada semana y dónde debéis estar en cada momento. Ahora mismo estamos en un breve descanso lectivo, pero reanudaremos los estudios la semana que viene. Además, el horario muestra las tareas de las que tenéis que ocuparos esa semana.

—¿Tareas? —protestó David—. ¿Por eso tenéis tantos niños aquí? ¿Para aprovecharos del trabajo infantil gratis?

—Es una manera de verlo, desde luego —dijo Arthur—, aunque yo prefiero pensar que todos contribuimos a que las cosas sigan funcionando bien en esta casa. No se te asignarán tareas durante tu primera semana aquí, pero vamos a ver si te incorporamos la semana que viene.

—Yupi —masculló el yeti—. ¿Todo eso por mí? Caray, no

tendríais que haberos molestado.

Arthur se rio entre dientes.

—Veo que no te entusiasman las normas. Lógico. Cambiar de hogar puede resultar agotador, pues tienes que familiarizarte con la casa, las personas y muchos otros detalles. Acostumbrarse al modo en que funcionan las cosas puede llevar un tiempo. Nadie espera que lo hagas todo perfecto. Eso no solo sería injusto para ti, sino que generaría unas expectativas imposibles de cumplir. —Sonrió—. Si te parece, empezaré por hacerte una pregunta: ¿qué te gustaría ser de mayor?

—Un monstruo —dijo David sin pensarlo.

—Fascinante —dijo Arthur—. Me gustaría que me contaras más sobre eso, si no te importa.

David se quedó mirándolo con incredulidad.

—¿Por qué no estás asustado o enfadado?

—Porque no tengo motivos para estarlo, al menos de momento. Si la cosa cambia, ya te avisaré. Continúa, por favor.

David vaciló, observándolo con recelo.

—Todo el mundo cree que los monstruos son malos y están hechos de pesadillas y cosas así. Dicen que nos tienen miedo y que eso no les gusta, pero luego gastan un montón de dinero para ver pelis de monstruos o entrar en pasajes del terror, donde se les aparecen cosas de repente, gritando. Les divierte que los asusten a propósito. ¿Qué sentido tiene eso?

—Un misterio insondable —convino Arthur.

—Pues yo creo que es porque a la gente le gusta pasar miedo —dijo David—, del mismo modo que les gusta estar contentos. Mientras no les hagas daño o no te los comas, ¿qué tiene de malo darles un susto?

—Buena pregunta —dijo Arthur—. Supongo que es una cuestión de intencionalidad y consentimiento. Si los asustas, ¿lo haces por ellos o por ti mismo?

—Las dos cosas —dijo David—. Y si van a considerarme un monstruo de todos modos, ¿por qué no voy a demostrarles lo monstruoso que puedo llegar a ser? De ese modo les proporciono lo que quieren de verdad. —Le centellearon los ojos mientras se frotaba las manos.

—No tienes por qué ser así si no quieres —dijo Arthur—. Lo que

para algunas personas es un monstruo, para otras...

David se levantó como un resorte, con una expresión salvaje en la cara. Se aferró a los brazos del sillón, perforando la piel con las garras.

—¡Lo sabía! Eres como todos los demás. Intentas cambiarme, convertirme en algo que no quiero ser. ¿Qué tiene de malo que quiera ser un monstruo? Es lo que somos.

En realidad, tenía razón. Aunque su afirmación era contraria a lo que Arthur les había enseñado a los otros niños, David estaba en lo cierto, a su manera. Como mínimo, había expresado su propia verdad. ¿Quitársela de la cabeza sería realmente lo mejor para él? Por otro lado, si Arthur no lo hacía, ¿cómo afectaría eso a los otros niños?

—No tiene nada de malo que hagas lo que te guste —dijo con tiento—, siempre y cuando no perjudiques a nadie. —Hizo una pausa para reflexionar—. La palabra *monstruo* tiene muchas connotaciones distintas, pero me da la impresión de que tú manejas una definición propia que me parece interesante. Se me ocurre algo. ¿Qué te parece si intentamos averiguar juntos lo que se necesita para ser un monstruo, desde tu punto de vista?

David se relajó ligeramente, aunque su desconfianza seguía siendo evidente.

—¿A qué te refieres?

Arthur hojeó los papeles que tenía delante hasta que encontró el expediente académico de David.

—La experiencia me ha enseñado que el miedo puede tener muchas causas, además de las cosas que te sobresaltan por la noche. Piensa, por ejemplo, en los contables. ¿Cuál crees que es su mayor temor? Quiero que imagines cómo sería la experiencia más terrorífica para un miembro de esa profesión.

David lo miró con suspicacia.

—Esto no será una especie de prueba, ¿verdad? ¿No te enfadarás, diga lo que diga?

Arthur soltó una risita.

—Te doy mi palabra.

David lo observó durante un buen rato antes de asentir. Echó la cabeza hacia atrás y fijó la vista en el techo.

—Pues... supongo que... No, espera. Eso no daría resultado. ¡Ya está! En vez de una hoja de cálculo, les daría una caja llena de facturas desordenadas ¡y les diría que, como no lo hayan ordenado

dentro de cuatro horas, pegaré un rugido tan fuerte que se estremecerá toda la oficina!

Una vez más, la mente de un niño dejó fuera de combate a Arthur. ¿Cómo iba alguien a imaginar que una criatura así era capaz de infligir daño a otros?

—Estupendo —dijo Arthur—. Te agradezco esa descripción tan gráfica. ¿Me permites proponerte una alternativa?

David juntó las cejas.

—¿Servirá para asustar al contable?

—¡Desde luego! —dijo Arthur—. En lugar de rugir, ¿qué tal si te vuelves tan bueno en matemáticas que lo asustas realizando todos los cálculos por ti mismo y demostrándole que sus habilidades se han quedado obsoletas? No hay nada más terrorífico que el miedo a dejar de ser necesario.

David lo contempló boquiabierto.

—Luego, claro, tendrás que gruñirle para reforzar tu argumento.

—¡Eso puedo hacerlo!

Por supuesto que podía. Aunque Arthur lo conocía desde hacía pocos días, le resultaba evidente que David estaba ansioso por intentarlo, por conseguir sus objetivos, pero eso llevaría tiempo.

—¿Ah, sí? —preguntó Arthur—. Magnífico. Siempre he pensado que, cuantas más cosas sabemos, mejor entendemos el ancho mundo que nos rodea. Por eso nos tomamos muy en serio tu educación. Cuanto mejor te formemos, más preparado estarás. Eso te ayudará a aprender toda clase de cosas, incluidas las mejores maneras de asustar a la gente.

—Huala —dijo David—. Nunca había visto los estudios desde ese ángulo. Supongo que eso no estaría tan mal. —Se le arrugó la frente—. Un momento. ¿Me… me has liado para que me entren ganas de estudiar?

—Así es —dijo Arthur—. Y, curiosamente, no me siento culpable en absoluto por ello.

—Te tengo calado —dijo David, apuntándole con el dedo—. Te he visto el plumero.

—Maravilloso —dijo Arthur—. Puesto que la transparencia es fundamental, prefiero ir con la verdad por delante. Y ahora, te pido disculpas.

—¿Por qué?

—Por no haberte escuchado con la atención que debía. Es la segunda vez que mencionas que quieres ser un monstruo, y en vez de hacerte caso, te he dicho que no tienes por qué ser algo que obviamente quieres ser. Ha sido injusto por mi parte, y te pido perdón sin reservas.

David parpadeó.

—Ah. No... pasa nada.

Arthur sacudió la cabeza.

—Sí que pasa. Debería haber estado más atento. Para que no haya malentendidos, voy a decirte algo: David, en este lugar puedes ser quien tú quieras. ¿Que quieres ser un monstruo? Pues me aseguraré de que cuentes con todo lo necesario para alcanzar tu meta. ¿Que te vuelves fanático del queso y decides convertirte en *fromager*? Yo me encargaré de que lo consigas. ¿Que te gustaría ser actor? No sé si podría enseñarte mucho más, dada la habilidad que has demostrado para montar números tú solo, pero asistiré a todas tus representaciones y seré el primero en levantarme para dedicarte lo que me imagino que será una estruendosa ovación.

—¿Por qué? —preguntó el chico, sorbiéndose los mocos y limpiándose la nariz, al tiempo que se formaban pequeños cristales de hielo en las comisuras de sus ojos—. ¿Por qué estás dispuesto a hacer todo eso?

Arthur se inclinó hacia delante sobre su escritorio.

—Porque te lo mereces, David. Dicho esto, necesito tu ayuda.

—¿De veras? —preguntó David—. ¿Qué puedo hacer?

—Ah, cuánto me alegro de que me lo preguntes —dijo Arthur—. ¿Qué te parece si empezamos por algo sencillo? Nos reuniremos tres veces por semana: lunes, miércoles y viernes. Los viernes, como hoy, te encomendaré una misión especial que puedes llevar a cabo durante el fin de semana. ¿Te ves capaz?

—¿Una misión? —preguntó el yeti, enderezando la espalda en su asiento—. ¿Como si fuera un espía?

—Exacto, como un espía —confirmó Arthur—, si el trabajo de un espía consistiera en averiguar algo interesante sobre cada uno de los ocupantes de la casa; un talento que tengan o una opinión que te llame la atención. Luego, la semana que viene, quiero que compartas conmigo lo que hayas descubierto.

David asintió.

—Entendido. Quieres que los espíe a todos, que me entere de sus secretos y luego te pase la información para que puedas utilizarla contra ellos. ¡Qué diabólico!

—No me refería a eso exactamente, aunque me encantan los derroteros por los que te lleva tu imaginación. No, no se trata de averiguar secretos, sino de que conozcas mejor a las personas con las que convives. Existe una diferencia entre una cosa y otra, David, del mismo modo que hay una diferencia entre el bien y el mal. Pero creo que eso ya lo sabes, puesto que, aunque quieres ser un monstruo, tienes claro que asustar a la gente no es lo mismo que hacerle daño.

—Entonces... ¿quieres que... hable con ellos?

Arthur sonrió de oreja a oreja.

—Exacto. Y aunque tal vez la idea en sí te parezca intimidante, creo que alguien tan fuerte y aterrador como un yeti no debería tener el menor problema en llevarla a buen término. ¿Qué opinas?

—Puedo hacerlo —dijo David con determinación.

—Sé que puedes —aseguró Arthur—. Y ahora, como mañana es sábado, te haré un breve pero exhaustivo resumen de nuestras aventuras anteriores para que te formes una idea del evento transformador y/o potencialmente mortal en el que vas a tomar parte. ¡Pero no te preocupes! Aún no hemos perdido a un solo niño, así que seguro que no te pasará nada.

Las aventuras sabatinas eran un atractivo típico de la isla de Marsyas que no decepcionaba nunca, y Arthur había decidido incorporarlo a las actividades familiares casi desde el primer momento. Al principio, organizaban una al mes hasta que los niños pidieron hacerlo más a menudo. Arthur y Linus accedieron, de modo que, una vez por semana, los chicos se turnaban para planear la aventura del siguiente sábado. Unas veces, se trataba de expediciones peligrosas por territorios inexplorados donde los esperaban desde caníbales hasta serpientes gigantes. Otras veces, se iban de excursión a la aldea. El mes anterior, se habían pasado el día visitando los jardines de los vecinos, a petición de Talia. Todo había ido sobre ruedas.

(Casi todo. Hacia el final, ella había descubierto un arriate empapado en productos químicos y había pedido permiso para llamar a la puerta con la intención de, según sus palabras, «decirle cuatro

cosas» al propietario).

Una soleada mañana de junio en la que unas nubes finas y vaporosas se extendían de un extremo a otro del cielo, la responsabilidad de planificar la aventura sabatina recayó sobre los gelatinosos hombros del muchacho conocido como Chauncey.

Chauncey, que esa mañana había aparecido en lo alto de la escalera luciendo un sombrero de paja descomunal. El ala, de por lo menos treinta centímetros de diámetro, tenía dos agujeros para los pedúnculos de los ojos y la adornaba una enorme flor artificial con el centro amarillo y pétalos de terciopelo blanco. Llevaba torcidas sobre la cabeza unas gafas de sol retro con forma de ojo de gato y la montura cubierta de rutilantes cristales de plástico. Casi flotando, descendió la escalera y, al hablar, adoptó un acento pijo.

—Estáis todos divinos. O sea, es un día ideal para salir a navegar en yate, ¿no os parece?

—Quisiera presentar una queja —dijo Linus, crispando el rostro al tirarse del ajustado traje de neopreno que Chauncey prácticamente había exigido que llevaran todos ese día. Con la ayuda de Zoe, había adquirido uno para cada uno.

El de Linus era de un amarillo tan chillón que casi hacía daño a la vista. El de Lucy era rojo; el de Talia, marrón como la tierra que tanto amaba; el de Phee, de color verde bosque; el de Sal, blanco con lunares que, de lejos, podrían confundirse con botones, lo que explicaba por qué Theodore (que había declinado usar un traje de buzo alegando que prefería ir desnudo) había estado intentando picotearlos.

David también iba enfundado en neopreno —azul como el hielo—, gracias a que Zoe había hecho un pedido a última hora para asegurarse de que el yeti también tuviera un traje. Aunque era de su talla, le quedaba un poco abultado, debido a su grueso pelaje. Sin embargo, eso no parecía importarle, pues iba dando saltitos de emoción.

El traje de Arthur era dorado y venía con unas gafas de esnórquel que, según Chauncey, todos iban a necesitar. Era tan ceñido que dejaba poco a la imaginación, pero el hombre se había resignado hacía tiempo a tener una figura huesuda que no se podía disimular.

Chauncey se bajó las gafas de sol para dejar al descubierto sus

ojos, que miraron a Linus de arriba abajo.

—Pero qué dices, tontorrón —replicó—. Estás estupendo. Deslumbrante. Como el sol. Ese sol bello y redondo que…

—No me estás ayudando —farfulló Linus.

—¡Todos al yate! —exclamó Chauncey, agitando los brazos.

—No tenemos un yate —observó Lucy—. Si tuviéramos uno, lo sabría. Ya lo habría estrellado.

—¿Tenemos permitido estrellar barcos? —preguntó David, impresionado—. No sabía que pudiéramos causar daños a la propiedad.

—Eso es porque no podéis.

—Sí que podemos —le explicó Talia a David—, pero solo si después pagamos por ellos. Y pedimos disculpas. Y prometemos no volver a hacerlo. Puedes irte de rositas una vez, o incluso dos si te lo montas bien.

—Talia —la reconvino Linus con severidad.

Ella volvió hacia él sus ojos descomunales.

—Lo siento, Linus. Te prometo que nunca volveré a hacer algo así. Me has enseñado lo equivocada que estaba.

Linus pestañeó.

—Ah, bueno. Gracias. Me alegra oír que…

—Y así es como se consigue irse de rositas —le dijo Talia a David—. Es bastante fácil si consigues abrir mucho los ojos.

—Queridos míoooooos —dijo Chauncey, atrayendo de nuevo la atención de los presentes—. ¿Qué os parece si nos embarcamos en la aventura de nuestra vida? ¿Qué sorpresas nos aguardan? ¿Amor y romance? ¿El misterio de un *hulahoop* robado que requerirá el ingenio de una persona verde que es detective y botones y que da la casualidad que posee una embarcación? ¡Todo puede pasar en el Yate de Ensueño de Chauncey!

—Chauncey —dijo Linus con afabilidad—. Creo que convendría que repasaras las lecciones de vocabulario. Un yate se define como un barco de recreo a vela o motor.

El aludido se bajó ligeramente las gafas de modo que solo la parte superior de sus ojos resultaba visible.

—Se equivoca usted, señor mío. Todo el mundo sabe que no

existe una definición correcta de la palabra *yate*, y que el único requisito es que cuente con una cabina para pasar la noche. Y, mire usted por dónde, he aquí una cabina.

Era cierto, aunque Arthur dudaba que cupieran todos en ella, más que nada porque se trataba de una vieja caja de cartón apenas más grande que Chauncey, colocada en la parte delantera de la embarcación. Dentro había un saco de dormir, una vieja almohada y lo que parecía un montón de algas, algo que Chauncey consideraba un auténtico manjar.

Y eso por no hablar del resto del yate, sobre todo porque no era un yate, sino un bote de remo, y no un bote de remo cualquiera, no: aunque en la barca había espacio suficiente para todos (incluso a pesar de la cabina), habría parecido menos fuera de lugar en un vertedero que en el agua. La pintura estaba descascarillada, el metal oxidado. En el centro se alzaba un palo de madera del que pendía laxa una sábana delgada a modo de vela. Había dos remos —uno de ellos roto, pues le faltaba casi todo el mango y prácticamente no quedaba de él más que la pala— y unos chalecos salvavidas naranja para cada uno. Cerca de la proa, junto a la caja, se encontraban una nevera portátil y una hoja de palma grande apoyada contra el borde de un banco. El bote estaba medio varado en la playa, y las olas le lamían los costados con suavidad.

Como toda embarcación que se precie, esta tenía un nombre, pintado con letras goteantes en un lateral: «Ola que ases».

—¿A que es una preciosidad? —preguntó Chauncey, abriéndose paso entre ellos y rodeando la barca por delante como para inspeccionarla—. Se la compré muy barata a un multimillonario que solo la usaba unas pocas veces al año.

—No sé cuánto habrás pagado, pero fue demasiado —dijo Phee.

Chauncey hizo oídos sordos.

—Como me toca a mí escoger la aventura del día, hoy mando yo. Lucy y Talia, vosotros me abanicaréis con la hoja de palma y me iréis dando las uvas que hay en la nevera mientras cantáis mis alabanzas.

Lucy negó con un gesto.

—Yo quiero ser el capitán.

Talia alzó la mano y meneó los deditos.

—¿Sí, Talia? —dijo Chauncey.

—Yo también quiero ser la capitana.

Esto, por supuesto, dio pie a que cada uno de los niños (salvo David) se pusiera a ensalzar sus propias cualidades para ejercer de capitán del yate. La cosa degeneró en una pelea a gritos en la que Talia amenazó con enviarle a Lucy un ramo de flores venenosas y este le respondió a voz en cuello que eso le encantaría y que la retaba a hacerlo si tenía narices.

Chauncey, por su parte, tenía otros planes.

—¡Es mi día, así que decido yo! Lucy y Talia me abanicaréis y me daréis uvas. Phee y Sal son los primeros oficiales y los más fuertes, lo que significa que tendrán que remar. Theodore será nuestro mascarón de proa, pues todo barco digno de ese nombre cuenta con uno. Además, su sentido de la orientación impedirá que nos perdamos en el mar, lo que es genial porque, si nos perdiéramos, tendríamos que echar a suertes a quién nos comemos para no morir de hambre. No presiono a nadie, ¿eh?

—Pero entonces ¿quién será el capitán? —preguntó Lucy, frunciendo los labios—. ¿Linus? Me ha dicho que no le gusta capitanear nada, así que tienes que nombrarme a mí.

—Mentirosillo —murmuró Linus.

—Nombraré a la única persona que no me lo ha exigido —anunció Chauncey—: David.

El aludido miró alrededor con los ojos desorbitados.

—¿Me hablas a mí?

—¡Sí! —dijo Chauncey—. Te ha tocado el puesto más importante. Vas a ser capitán, lo que significa que estarás a cargo del yate. Nadie puede mover un dedo a bordo sin tu autorización.

—Pero... es que... yo... —David se replegó en sí mismo, encorvando la espalda—. Seguro que algún otro lo haría mejor. —Rascó el suelo con el pie, dejando un pequeño hueco en la arena—. Nunca he sido capitán.

—¿Lo ves? —dijo Lucy—. Por eso tengo que ser yo. Además, ¿qué pasa si un monstruo de lava surge de una caverna secreta en el fondo del mar? ¡No sabremos qué hacer! —Y entonces, por razones que solo conocía un muchacho de siete años con alma de demonio, levantó los brazos por encima de la cabeza y lanzó un rugido inarticulado al océano.

—¿Un monstruo de lava? —preguntó David bajando la voz en actitud reverencial—. ¿Hay un monstruo de lava?

—Tal vez —dijo Talia, antes de saltar a un costado del bote y quedar colgando agarrada de la borda, agitando las piernecitas en el aire hasta que consiguió subir a la cubierta. De inmediato se puso a rebuscar en la nevera portátil—. El ochenta por ciento del océano está sin explorar, así que ¿quién sabe qué nos espera ahí fuera para devorarnos?

—Somos del tamaño de un bocadito —dijo Lucy—. Como una bolsita de patatas fritas. —Se le iluminó el semblante—. Cronch, cronch, cronch.

—¿Esto qué es? —preguntó Talia, levantando por encima de la cabeza un objeto mientras se dejaba caer por un lado de la barca. En la mano sostenía una gorra con una visera negra bajo unas borlas doradas. En la parte delantera, había un ancla bordada con hilo de oro.

—Es la gorra oficial del capitán —dijo Chauncey—. Cuando alguien la lleva, debemos obedecerle en todo.

Lucy asintió.

—Porque es una gorra mágica y el que se la ponga puede controlar a quien quiera. Mola.

—¿Qué? —dijo Chauncey—. No es más que una...

—Es tal como tú dices, Lucy —terció Arthur.

El chico parpadeó.

—¿En... en serio?

—¿Puedo? —le preguntó Arthur a Chauncey antes de quitarle la gorra. Se dio la vuelta y se dirigió hacia David, que parecía estar muy emocionado, o tal vez a punto de echar a correr en la dirección opuesta—. David, Chauncey te ha concedido un gran honor. A menudo, en momentos críticos, se necesita de un líder. Y nosotros te necesitamos a ti. ¿Podemos contar contigo? —Le tendió la gorra.

David se quedó mirándola, subió la vista hacia Arthur y la bajó de nuevo hacia la gorra. Extendió la mano temblorosa y tocó la visera. Arthur, consciente de que el muchacho aún estaba tanteando el terreno, no lo presionó y dejó que decidiera por sí mismo.

Se llevó una alegría al ver que el yeti cogía la gorra, la hacía girar entre las manos y, tras exhalar un suspiro, se la ponía en la cabeza. Le quedaba un poco grande, de modo que se le bajó hasta cubrirle los ojos. Arthur empujó hacia arriba la visera con dos dedos para colocársela bien.

—Un capitán estupendo —dijo Arthur y se cuadró en posición de firmes, con la espalda recta y las piernas rígidas. Asegurándose de que David lo estuviera mirando, le dirigió un enérgico saludo—. Si me permite un consejo, mi capitán: ¿por qué no prueba el cargo, a ver qué tal le sienta?

—¡Ordéname algo! —exigió Lucy—. Quiero ver si la gorra es mágica de verdad. —Entre dientes, añadió—: Aunque quería llevarla yo.

—A ver... —dijo David—. ¿Haz... una rueda lateral?

Lucy soltó un quejido.

—Qué sosería. Vale. Observa. —Corrió por la playa a toda velocidad y alzó los brazos. Con una elegancia insólita, se inclinó hacia delante con rapidez, apoyó las manos en la arena y levantó las piernas por encima de su cabeza. Sin embargo, en vez de aprovechar el impulso para elevarse del suelo, decidió usar la cara y se desplomó en el suelo, donde se quedó escupiendo arena.

—¡Ha funcionado! —exclamó—. ¡La gorra sí que es mágica!

—Qué chico tan especial —dijo Talia.

Linus fue el primero en subir al bote de remo para ayudar a los niños a embarcar. Cuando ya estaban todos a bordo (menos Arthur), Chauncey se acomodó en su cabina, con los pedúnculos doblados para que los ojos no rozaran el techo de cartón.

—Hace como mucho calor, ¿no? —dijo, recuperando el acento pijo de antes—. ¡Lucy, Talia! Necesito que me abaniquéis y me deis uvas. ¡O sea, es que te lo juro!

—Voy a darle tantas uvas que al final le saldrán por el culo —masculló la gnoma mientras se dirigía hacia la caja con andar bamboleante.

Arthur se acercó a la proa.

—¿Listos? —preguntó mientras Linus echaba una mano a los niños con los chalecos salvavidas y le ajustaba un flotador en el cuello a Theodore (a petición suya) para que no se hundiera en el caso de acabar en el agua. Sabía nadar bastante bien, pero, por alguna razón, le encantaba el flotador.

—¡Listos! —gritó Chauncey—. ¡Sacad el yate a flote!

Apretando los dientes, Arthur empujó con tanta fuerza que los pies se le hundieron en la arena. El bote se desplazó un par de

centímetros, luego un par más, hasta que comenzó a surcar las aguas con la vela henchida por el viento. El hombre consiguió subir a bordo (con la ayuda de Linus) antes de que la embarcación se alejara. Se sentó en un banco mientras Lucy le hacía aire a Chauncey con la hoja de palma y Talia le tiraba a la cara uvas que en su mayor parte no acababan en su boca, sino desperdigadas por ahí. A su espalda, Theodore iba encaramado en la proa, volviendo la cabeza a derecha e izquierda entre chirridos de su flotador. Sal y Phee remaban (ella empuñaba el remo roto), pese a que era el viento, que mantenía tensa la sábana del mástil, el que los impulsaba.

—Capitán David —dijo Linus, y el yeti, que se encontraba en medio del bote, balanceándose de un lado a otro, tragó saliva—. Nos hemos hecho a la mar. Tiene usted el mando de la nave.

David asintió, paseando la vista por la cubierta, con el pelaje alborotado por la brisa marina. Se puso derecho e hinchó el pecho peludo. Tenía una mirada fría, calculadora. Cuando habló, lo hizo en un tono imperioso.

—Sal, mantente alerta a babor, y tú, Phee, a estribor. Tengo entendido que estas son aguas peligrosas y hay que extremar precauciones.

—A la orden, capitán —dijo Sal, tensando los músculos de los brazos con cada golpe de remo.

Esto pareció infundir más confianza a David.

—¡Theodore! —llamó—. Ojo avizor por si aparecen navíos enemigos o monstruos de lava. Si ves cualquier cosa, avísame.

Cabeceando, el guiverno emitió un gorjeo de asentimiento.

David pasó por encima de uno de los bancos en dirección a la cabina. Talia estaba pelando uvas con los dientes antes de lanzarle los frutos desnudos a Chauncey. Para no ser menos, Lucy blandía la hoja de palma para zurrarle a Chauncey en la cara con todas sus fuerzas.

—Señor —dijo David, agachándose para mirar al interior de la caja—. Hemos iniciado la travesía. ¿Tiene algún destino concreto en mente?

—Eres un cielo —dijo Chauncey con una sonrisa bobalicona, quitándose las gafas de sol de los ojos y dejándolas apoyadas en el ala de su sombrero de paja—. Desde que Eduardo me dejó por Leslie, un pepino de mar, mi vida se centra en este yate y la llamada de alta

mar.

—Siento que esté pasando por un mal momento —dijo David, dando unas palmaditas en la parte superior de la caja—. Me aseguraré de que hoy sea el primer día del resto de su vida.

—Gracias, capitán David —dijo Chauncey—. Mantenga el rumbo. Ya le avisaré cuando llegue el momento de parar. Y ahora, si me disculpa, voy a fingir que tengo un sofá para desmayos a fin de tumbarme en él y urdir mi venganza contra Eduardo y su fulana.

—Mira que somos raros —comentó Phee mientras el bote acometía una ola que les roció agua de mar en el rostro.

Linus suspiró.

—Eso es quedarse muy corto.

Resultó ser un día ideal para salir a navegar en yate, aunque esta no era la mejor manera de describir lo que estaban haciendo. El sol brillaba en lo más alto del cielo, la mar se encontraba en calma y, a pesar de que iban todos apretujados, Arthur no habría preferido estar en ningún otro sitio. Aunque sabía que se cernían problemas en el horizonte como oscuros nubarrones de verano, se le antojaban lejanos, casi insignificantes, al menos en ese momento. Esto le recordó una frase de Linus, una de esas pequeñas perlas que Arthur atesoraba como sus bienes más preciados: «¿Por qué me pasaré la vida preocupándome por los mañanas?».

Navegaron (a remo) durante cerca de una hora en la que Chauncey impartía instrucciones vagas desde su cabina, con la isla siempre a estribor.

David asumió su papel de capitán como si hubiera nacido para ello. Iba y venía por la cubierta del bote, deteniéndose junto a cada tripulante para felicitarlo por su labor. Cuando Chauncey se quejó de que el hielo de la nevera portátil ya se había derretido, David intervino de inmediato y congeló la nevera entera, que quedó convertida en un bloque de hielo. Estaba a punto de pedir disculpas, pero los aspavientos de gozo de Chauncey pusieron fin al asunto.

Poco antes del mediodía, este salió arrastrándose de su caja y anunció que habían llegado a su destino. Sal y Phee recogieron los remos mientras Linus y Arthur se ocupaban de la vela. Cuando terminaron, Chauncey les pidió a todos que se sentaran en los bancos

y él se encaramó a la caja.

—¡Silencio, por favor! ¡Silencio!

—Nadie estaba hablando —dijo Phee.

—Os preguntaréis por qué nos hemos parado —dijo Chauncey desde su tribuna—. ¡Si es así, enhorabuena! Porque mi aventura consta de dos partes.

—Un giro de la trama —jadeó Lucy, frotándose las manos.

—He descubierto hace poco que poseo un talento oculto —dijo Chauncey caminando de un lado a otro sobre la caja—. Un talento que cambiará la faz del mundo tal y como lo conocemos.

Theodore soltó un fuerte gorjeo de emoción.

—Como recordaréis, ahora soy capaz de segregar tinta —dijo Chauncey—. Tengo poluciones nocturnas, como las llama Lucy.

—Tenemos que hablar muy en serio sobre la conveniencia de usar esa denominación —dijo Linus con severidad.

Chauncey no se amilanó.

—Además de mi nuevo poder tintóreo, la semana pasada descubrí que puedo hacer otra cosa. —Se quitó el sombrero de paja con cuidado y, sujetándolo contra su pecho, tendió la mirada hacia el mar—. Puedo... hablar con los peces.

Se hizo el silencio, un silencio denso y cargado de perplejidad, roto solo por el chapoteo de las olas contra la barca y los chillidos de las aves marinas que volaban en lo alto.

Chauncey desplegó una gran sonrisa.

—¿Os he dejado sin habla? Cielo santo, es mi primera vez. Qué ilusión.

—Chauncey —dijo Linus con un hilillo de voz—, disculpa, pero por un momento me ha parecido que decías que puedes...

—¡Hablar con los peces! —exclamó Chauncey—. No sé cómo es posible, pero mientras Arthur y tú estabais fuera, Zoe nos llevó a bañarnos. Ahí estaba yo, yendo a mi aire y arrancando percebes de las rocas del lecho marino para comérmelos cuando un pez se me acercó nadando, me dijo cómo se llamaba y luego me contó que todos los peces del océano tienen nombre.

—Madre satanísima —susurró Lucy, con los ojos ribeteados de rojo.

—Estoy de acuerdo con Lucy —dijo Arthur—. ¿Por qué no nos habías dicho nada?

Chauncey se encogió de hombros.

—Quería que fuera una sorpresa. —Agitó los tentáculos—. Además, quería asegurarme de que no me había vuelto loco.

—Es todo un detalle por tu parte, Chauncey —dijo Linus—. Y no he conocido a una persona más cuerda en mi vida.

Chauncey hizo un puchero.

—Jopeta. ¿No puedo estar ni un poquito loco?

—Puedes hablar con los peces —dijo Sal—. O sea que, claro, ¿por qué no?

—Ya veo que queréis una demostración —dijo Chauncey—. ¡Atentos! —Se volvió hacia la proa del bote, y Theodore le hizo sitio. Chauncey se inclinó sobre la borda y respiró hondo antes de gritarle al agua—: ¡Frank! ¡Eh, Frank! ¿Andas por ahí abajo? ¡Sube un momento, colega!

—El pez se llama Frank —dijo Linus.

—Es un buen nombre —dijo Arthur—. Significa 'libre', o bien que es de Francia.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces ¿crees que el pez es de Francia?

—El ochenta por ciento del océano está sin explorar —le recordó Arthur—. Podría haber muchos peces franceses que se llamen Frank.

—Y ahora vamos a conocer a uno. Porque él habla con ellos.

—¡Frank! —le bramó Chauncey al mar—. ¿Estás ahí? ¡Frank!

—A lo mejor está en otra zona del océano —aventuró Talia, colocándose junto a Chauncey para asomarse por la borda—. Es bastante grande, ¿sabes?

—Sí, lo sé —dijo Chauncey, alzando los ojos hacia ella—. Pero el cardumen de Frank vive por aquí, así que no debe de andar muy lejos. ¡Fraaannnk!

De modo que todos acabaron inclinados sobre el costado de la barca, desgañitándose para llamar a Frank. Arthur nunca le había gritado al agua, pero le resultó más relajante de lo que esperaba. Con el rabillo del ojo, vio a David algo apartado de la borda, de nuevo con aire inseguro. Antes de que el hombre pudiera decirle algo, Phee le hizo un hueco a su lado y lo invitó a acercarse con un gesto. El yeti se aproximó con cautela hasta quedar entre Phee y Talia y dirigir la vista hacia el agua. Le recordaron que, como capitán, debía hacerse oír por

encima de los demás.

Debió de tomarse el consejo muy a pecho, porque irguió la cabeza, enseñó los colmillos, realizó una inspiración profunda y a continuación profirió el rugido más aterrador que Arthur había oído en su vida, y eso que había conocido a una grifa llamada Jessica. El sonido se propagaba a gran distancia en el mar, por lo que a Arthur no le habría sorprendido que lo hubieran oído en la aldea.

—¿Así está bien? —preguntó David al advertir que todas las miradas se habían posado en él. Torció el gesto—. No… no era mi intención…

—¡Ha sido brutal! —gritó Chauncey, agarrándolo por los hombros para girarlo de modo que quedara de cara a él—. ¿Cómo lo has hecho?

—Qué voz tan potente —dijo Talia, con estrellitas en los ojos—. ¿Crees que podrías repetirlo cuando Linus esté en la ducha?

—Si colocáramos varios vasos en fila, seguro que él podría romperlos a gritos —dijo Phee—. O todas las ventanas. —Echó la cabeza hacia atrás para levantar la mirada hacia Arthur—. ¿Podemos reventar las ventanas cuando lleguemos a casa?

—No podemos —dijo Arthur—. Da la casualidad de que las necesitamos.

—¡Frank! —exclamó Chauncey, entusiasmado—. ¡Sabía que vendrías!

Todos se abalanzaron hacia su lado del bote, que se escoró peligrosamente. Y ahí, justo por debajo de la superficie, había un pez. No era el pez más bello que Arthur hubiera visto, sino todo lo contrario: plano y ancho, era apenas más grande que Sal cuando se transformaba. Tenía un ojo redondo y brillante a cada lado de la cabeza, y unas escamas que tiraban a grises por la parte de arriba y a blancas por la parte de abajo. Abría y cerraba la boca al nadar.

—Queridos míos —dijo Chauncey—, os presento a Frank. Frank, esta es mi familia, de la que te hablé.

El pez asomó el morro del agua, moviendo la boca. Aunque Arthur no percibía sonido alguno procedente de ella, Chauncey asentía, como si estuviera enfrascado en una conversación.

—Ya. Ya. Sí. Ah, ¿en serio? Caray. Pero qué me estás contando. Sí, se lo diré. Un momento. —Se volvió hacia los demás—. Frank dice

que Arthur le recuerda a un caballito de mar que conoció y que se llamaba Madame Esmerelda.

—Chauncey —dijo Arthur—, por favor, transmite mi gratitud a Frank. Que yo recuerde, nunca me habían dicho que me pareciera a un caballito de mar ni a alguien llamado Madame Esmerelda, pero he descubierto que me siento más halagado por ello de lo que habría imaginado.

—Ooh —dijo Lucy—. Si tanto te gusta Madame Esmerelda, ¿por qué no te casas con ella? —Se llevó las manos a las mejillas con brusquedad—. ¡Ay, no! ¡Linus ya te ha pedido que te cases con él, así que no puedes casarte con un caballito de mar! ¡Diantres! Qué mala suerte.

—Diantres, en efecto —dijo Arthur—. ¿Así que esto es lo que se siente cuando tus sueños se desmoronan? Qué dolor tan grande.

—Por mí, puedes irte con ella —gruñó Linus.

Theodore decidió que era el momento indicado para plantearle a Chauncey la pregunta que había estado rondándoles la mente a todos durante los últimos tres minutos.

—No sé por qué puedo hablar con ellos —dijo Chauncey, con la cara a pocos centímetros del agua, en la que nadaba Frank a muy poca profundidad—. Supongo que fue algo parecido a lo que me pasó con la tinta. Simplemente es algo que puedo hacer ahora. —Sumergió un ojo mientras elevaba el otro por encima del canto del bote para mirar a cada uno de los demás—. Y eso nos lleva al motivo por el que estamos aquí. Como puedo hablar con Frank, seguramente puedo hablar con los otros peces también, así que estaréis de acuerdo conmigo en que tenemos que dejar de comer pescado y marisco.

—Ay, ya era hora —dijo Phee—. El pescado es asqueroso.

—¿¡Qué?! —exclamó Lucy—. ¡De eso, nada! ¡Me gusta el cangrejo! ¡Y las gambas! ¡Y el bogavante! Y esas sardinitas que me como directamente de la lata con los dedos delante de Linus para que le entren náuseas.

—Pero ¿cómo podrías comerte algo que es capaz de hablar? —preguntó Chauncey—. ¿Eso no sería inmoral? Frank dice que la gente que come pescado se va al infierno.

—Genial —dijo Linus—. Ahora que sé que los peces conocen el concepto de infierno, me lo estoy cuestionando todo.

—Pero entonces ¿qué pasa con los otros animales? —inquirió

Talia—. Que tú puedas hablar con los peces no significa que otros no puedan hablar con las vacas o los cerdos. ¿No es inmoral comérselos también?

Phee puso cara de pocos amigos.

—Como alguien intente quitarme el beicon, lo convierto en árbol. Y no en un árbol bueno, sino en uno malo, como un peral de Callery.

Los demás se quedaron mirándola.

Ella alzó las manos en un gesto de exasperación.

—¿Es que no os he enseñado nada? El peral de Callery tiene espinas y unas flores que huelen a atún. Nadie ha dicho nunca «huy, qué ganas de olfatear a fondo el delicioso aroma a pescado de esas flores».

—Podríamos plantearnos hacernos vegetarianos —reflexionó Arthur—, excluir la carne de nuestra dieta y...

—Si haces eso, vuelo en pedazos el planeta entero. Literalmente —refunfuñó Lucy—. Si la carne te parece algo chungo, prueba a respirar mientras sales despedido por el espacio.

—Bueno, no olvidemos que es el día de Chauncey —dijo Linus—. Vamos a ver qué opina él. Chauncey, ¿podrías explicarte un poco más?

El interpelado se enderezó de golpe, con el rostro goteando. Desplazó rápidamente los ojos de un lado a otro.

—Em... creo que ya hemos hablado bastante del tema. Deberíamos irnos a casa y...

—Chauncey —dijo Sal—. ¿Te has comido a Frank?

—¿Qué? ¡Claro que no! ¡Eso iría en contra de todos mis principios! Yo jamás...

—Pero si está en tu estómago —dijo Phee.

En efecto, a través de la piel verde y traslúcida de Chauncey, podía verse a Frank nadando lentamente en círculos, expulsando un rastro de burbujitas por el morro.

—Ah, ¿lo dices por eso? —preguntó Chauncey—. Deja que te lo explique. Verás, Frank ha dicho que le interesa mucho el ácido gástrico y quería verlo por sí mismo.

—Caray —musitó David—. Menuda casa de locos.

Linus suspiró.

—¿Te encargas tú de esto, o prefieres que lo haga yo?

—Adelante, por favor —dijo Arthur—. La concisión con que te

expresas me parece encantadora.

Linus dio varias palmadas fuertes para captar la atención de todos.

—Chicos. ¡Chicos! Vamos a establecer una nueva regla: queda prohibido comerse a nadie que tenga nombre.

Phee alzó la vista hacia ellos, parpadeando con dulzura.

—Me había olvidado de deciros que hablo con las coliflores y les he puesto a todas el nombre de Peggy. Supongo que eso significa que ya nunca podré volver a comer coliflor.

—Buen intento —dijo Linus—. Y no creas que no nos damos cuenta cuando le pides a Lucy que envíe la coliflor de tu plato a una dimensión paralela. La última vez, invocó un agujero negro.

—Sí, eso no moló nada —dijo Sal, chocando esos cinco con Talia sin mirarla.

Más o menos en ese momento, Chauncey dio una arcada por encima de la borda, y Frank cayó al agua con un chapuzón. Todos se despidieron con la mano mientras el pez les mostraba la aleta caudal antes de desaparecer en el mar.

David se volvió para mirar a Arthur.

—Veo que decías en serio lo de que podíamos ser monstruos si queríamos.

—¿Qué? —preguntó Lucy con el ceño fruncido—. ¿Cómo que podemos ser monstruos? Arthur me dijo que ni se me ocurriera... —La voz se le fue apagando mientras miraba alternadamente a David y a Arthur con los ojos entrecerrados—. Ah. Conque esas tenemos. —Les dio la espalda, le lanzó una patada a la nevera portátil, falló y fue a sentarse dentro de la caja de Chauncey, donde se tapó hasta la cabeza con el saco de dormir. Arthur solo alcanzaba a ver entre las sombras los ojos bordeados de rojo del chico contemplándolo con furia.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Linus.

—Es culpa mía —dijo Arthur en voz baja—. Me parece que no he manejado muy bien todo el tema.

—Estás aprendiendo —dijo Linus, dándole unas palmaditas en el brazo—. Ni siquiera a ti se te puede pedir que lo sepas todo.

Tenía razón, claro, pero eso no alivió el sentimiento de culpa de Arthur. ¿Cómo había podido darle permiso a un niño para ser lo que le había prohibido ser a otro? En realidad, David no tenía el mismo concepto de monstruo que Lucy, pero ¿era justo aplicarle a una

persona un nivel de exigencia totalmente distinto que a otra?

—¡Chicos! —dijo Sal—. Creo que tenemos un problema. —Cuando las miradas se centraron en él, alzó el dedo para señalar la vela. Colgaba lánguida, inmóvil.

Theodore subió volando al mástil y la asió, con las garras clavadas en la madera. Tiró de la vela para extenderla, pero cuando la soltó, la tela cayó y quedó igual que antes. El guiverno gorjeó una pregunta.

—No hay viento —dijo Talia. Se acercó a la borda y tendió la vista hacia el horizonte—. ¿Cómo vamos a regresar a la isla? —Se deslizó por el costado interior del bote y se dejó caer en cubierta, con las rodillas contra el pecho—. ¿Estamos condenados a vivir en el mar a partir de ahora? ¡Aquí no puedo cultivar nada!

—Siempre podríamos… —dijo Linus, pero se interrumpió cuando Arthur le tocó la muñeca, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué pasa?

—Niños —dijo Arthur—, tenéis una nueva misión. Sin nuestra ayuda, quiero que penséis una manera de volver a la isla. —Volvió la mirada hacia Lucy, que entornó los ojos colorados—. La persona a la que se le ocurra la mejor solución obtendrá una recompensa.

¿La idea era un poco manipuladora? Sin duda. A pesar de todo, no funcionó. Lucy se quedó en la caja, con los ojos encendidos.

—Podríamos ir remando —dijo Phee—. Tardaríamos una eternidad, pero al final llegaríamos.

Desplegando las alas, Theodore se ofreció a transportar uno por uno a todos los pasajeros hasta la isla, pero se percató de que eso lo haría parecerse a Merle, así que, en vez de ello, se sentó a limpiarse las escamas con la lengua.

Mientras los otros chicos exponían sus propuestas («yo tengo alas —señaló Phee—, así que simplemente podría marcharme y dejaros aquí»), Linus le dio un golpecito en el hombro a Arthur y señaló con un movimiento de la cabeza a David, que jugueteaba nervioso con su gorra de capitán entre las manos.

—David —dijo Arthur en voz muy alta para hacerse oír por encima del barullo—, ¿has pensado algo?

El chico se encogió y dejó caer la gorra cuando todos los ojos se posaron en él.

—Em… —dijo, agachándose para recogerla—. A lo mejor

podría… convertir el agua en bloques de hielo para que volvamos andando…

—Buena idea —dijo Linus—. ¿Qué os parece?

Sal y Phee se miraron y asintieron.

—Reunión solo de chavales —anunció Sal entonces—. No se admiten adultos.

—¿Y adónde pretendes que nos vayamos? —preguntó Linus—. Estamos en medio del mar.

—Tapaos los oídos y tararead «la, la, la» en voz muy alta —sugirió Talia—. Es lo que hago yo cuando me dais órdenes.

—Ya lo sabemos —le aseguró Arthur—, más que nada porque lo haces delante de nosotros. Adelante con vuestra reunión. Linus y yo tararearemos «la, la, la» como los mejores.

Sal se volvió hacia el chico enfadado que estaba en la caja.

—Lucy, tú también. Venga, hombre. Te necesitamos.

Refunfuñando entre dientes, Lucy salió de la caja y se acercó a los demás con paso enfurruñado. Se detuvo junto a Phee con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mientras los niños celebraban su conferencia con las cabezas muy juntas (y con una participación cada vez mayor por parte de Lucy), Linus y Arthur, tapándose las orejas, gritaban «la, la, la».

La sesión no duró mucho. Por lo que alcanzó a ver Arthur, todos intervinieron, incluido David. Sal se aseguró de ello concediéndole el uso de la palabra antes que a los demás. Aunque Lucy parecía haber olvidado el disgusto que lo había llevado a meterse en una caja, Arthur sabía que solo era cuestión de tiempo que el crío sacara de nuevo el tema, y con razón. Tenía que pensar muy bien qué le diría cuando llegara el momento.

Los chicos llegaron a un acuerdo, y Sal les indicó que apilaran las manos en el centro. David fue el último y colocó la suya blanca encima de la pila, hasta que Lucy retiró la mano, que estaba casi debajo del todo, y la puso con brusquedad sobre la del yeti. Los dos se sostuvieron la mirada, Lucy con aire de suficiencia.

Arthur estaba a punto de advertirle que jugara limpio, pero entonces David hizo algo inesperado. Alzó la otra mano, extendió una garra y la apretó con suavidad contra la nariz de Lucy, hundiéndole apenas la piel.

—Pip.

Lucy lo miró boquiabierto mientras Linus y Arthur hacían lo posible por aguantarse la risa.

—A la de tres —dijo Sal—. Una, dos... ¡tres!

—¡No vamos a morir! —gritó la chiquillería, levantando los brazos al cielo.

—Hemos encontrado la solución —dijo Sal, mientras, a su alrededor, los otros niños asentían—, una manera de regresar que no resulte aburrida.

—Me da la impresión de que esa no debería haber sido una condición indispensable —dijo Linus.

—Para nosotros, sí —dijo Phee—. Por eso hemos votado por la idea de Lucy.

Arthur parpadeó, extrañado.

—Perdona, ¿cómo dices? David, ¿no has defendido tu propuesta?

El yeti sonrió de repente y dirigió la vista más allá de Arthur. Era una sonrisa extraña, un poco torcida, que dejaba entrever los colmillos.

—Pues sí, pero luego Lucy ha explicado su idea, que parecía más divertida.

—¿Ah, sí? ¿Qué idea?

El cielo se oscureció sobre sus cabezas, como si las nubes hubieran eclipsado el sol. Antes de que Arthur pudiera mirar hacia arriba, el bote empezó a alejarse de la isla, como si algo lo arrastrara. El movimiento repentino obligó a Linus a aferrarse a Arthur para no caerse.

—¿Qué narices...? —dijo, alzando los ojos hacia el sol, con la mano a modo de visera—. Espero de verdad que eso no sea una nube... de lluvia. Lucy.

—Dime, Linus —contestó el muchacho, la viva imagen de la inocencia.

—Una pregunta, si me permites: ¿sabes algo del enorme maremoto que viene directo hacia nosotros?

—¿El enorme qué? —dijo Arthur. Giró en redondo y allí, recortada imponente contra el cielo, vio una gigantesca ola de por lo menos cuatro pisos de altura y coronada de blanco como una cima cubierta de nieve. Se precipitaba hacia ellos con un rugido que aumentaba de volumen hasta alcanzar un nivel atronador, y su

impulso hacía que el bote avanzara cada vez más deprisa.

—¡Agarraos bien! —gritó Lucy, tal vez más eufórico de la cuenta ante la inminente muerte de todos.

Linus reaccionó antes que Arthur y, tras recoger en brazos a Talia y Lucy, se dejó caer en cubierta en medio de la barca, cuya proa iba elevándose a medida que la ola se aproximaba. Sal se quitó a Theodore del hombro y se lo colocó bajo el brazo mientras Phee y David se abalanzaban hacia la caja. Sal se sentó frente a Linus, sujetando a Theodore sobre las rodillas. Ambos contemplaban la ola con los ojos brillantes.

—¡Chauncey! —gritó Arthur, tendiéndole la mano mientras la embarcación se inclinaba cada vez más hacia atrás, y la nevera rodaba por la cubierta hasta caer al mar.

—¡Yo me encargo! —exclamó Chauncey. Ante la mirada de asombro de Arthur, respiró hondo, hinchando el pecho (o, mejor dicho, lo que habría podido ser su pecho) hasta que parecía que se hubiera tragado una pelota de playa. De pronto, se desinfló con una enérgica exhalación, y su cuerpo entero (menos los ojos) quedó delgado como un papel. Lanzó uno de sus tentáculos hacia la parte delantera del bote y lo enrolló en torno al casco. Su otro tentáculo se alargó hacia atrás y se agarró con firmeza a la popa. Una fuerte ráfaga de viento lo golpeó de lleno en el pecho y levantó en el aire a Chauncey, que soltó una risita mientras los tentáculos se estiraban y las ventosas impedían que saliera volando. Se elevó por encima de sus cabezas, y en ese momento Arthur comprendió lo que estaba haciendo: se había convertido en una especie de paracaídas que proyectaba una sombra verdosa sobre ellos.

Justo cuando Arthur creía que el bote iba a volcarse, alcanzaron la cresta de la ola, y el rocío del mar les azotó el rostro, cegándolos, mientras Lucy chillaba de júbilo, con los brazos en alto, y Linus intentaba impedir que cayera por la borda. El huracán que los rodeaba cesó de repente, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, y Arthur abrió los ojos y se inclinó sobre un costado de la barca.

Estaban volando.

Sí, volando.

El mar se encontraba por lo menos quince metros más abajo, y el bote de remo surcaba el aire mientras Chauncey se dejaba llevar por el viento de cola hacia la isla. Seguía riéndose, casi histérico, cuando la

ola gigantesca reventó bajo sus pies con una violencia inusitada.

—¡La virgen, qué pasada! —gritó desde arriba—. ¡Y yo que pensaba que esto no iba a funcionar!

David y Phee asomaron la cabeza por un lado de la caja.

—¿Seguimos vivos? —preguntó el yeti.

—¡Otra vez! —exigió Lucy, botando sobre el regazo de Linus—. ¡Otra!

—Nunca más —dijo Linus, cuyo rostro había adquirido un tono sorprendentemente parecido al color natural de Chauncey—. No creo que pudiera sobrevivir a otra…

Todos pegaron un alarido cuando el bote descendió tres metros de golpe. A Arthur se le subió el estómago a la garganta.

—Ahí va —dijo Chauncey, encogiendo los pedúnculos hasta que los ojos quedaron pegados a su cabeza—. El viento está amainando de nuevo. Lo siento. Nos vamos a estrellar y seguramente sufriremos una muerte espantosa. Os quiero, chicos.

Theodore emitió una serie de gorjeos y chasquidos mientras subía y bajaba la cabeza, muy agitado.

Entonces Arthur sonrió.

—Tienes razón, Theodore. ¡Chauncey es poroso!

—¡Cómo te pasas! —se quejó el aludido mientras caían otros dos metros—. ¡Hago lo que puedo!

Theodore saltó desde las piernas de Sal y aterrizó en la cubierta del bote. Volvió la cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha antes de agazaparse, contoneando el cuerpo y meneando la cola. Sin vacilar, alzó el morro hacia Chauncey, con las escamas destellando, y abrió las fauces, dejando al descubierto las hileras de colmillos, al tiempo que echaba la lengua hacia atrás. El guiverno lanzó una llamarada verde y cegadora contra Chauncey, que se hinchó de nuevo.

—Uy —dijo Chauncey con una risita de gusto—. Qué cosquillas.

—Bien hecho —dijo Arthur, dándole a Theodore unas palmadas suaves entre las alas mientras continuaba arrojando fuego hacia su hermano.

Linus decidió que era un buen momento para vomitar por un costado de la embarcación. Frotándole la espalda, Talia le dio las gracias por dar de comer a Frank y a los otros peces. Cuando él se sentó de nuevo, tenía la cara blanca y empapada en sudor, o en agua de mar. O quizás en las dos cosas.

—No podemos decirle al inspector que hemos convertido a Chauncey en un globo aerostático para que nos llevara volando de vuelta a casa —dijo con un hilillo de voz—. Tiemblo solo de pensar en cómo quedaría eso en un informe.

—Pero si has dicho que podíamos ser lo que quisiéramos —le recordó Phee—. ¿Es que Chauncey no tiene derecho también?

Linus suspiró.

—Sí que lo dije, ¿verdad? Vamos a establecer una nueva regla: Chauncey puede ser un globo aerostático si quiere, pero solo delante de los presentes, sin excluir a Zoe.

—Ni a Helen —dijo David.

—Ni a Helen —convino Linus.

—Ni a K-Nuto —dijo Lucy—. Porque si os pensáis que no voy a contarle esto la próxima vez que vaya a la tienda de discos, estáis fatal de la cabeza.

Linus cerró los ojos y esbozó una sonrisa débil.

—Sí, es algo que me digo a mí mismo continuamente.

El bote aterrizó en la playa con tal sacudida que todos se tambalearon. Theodore dejó de escupir fuego, y Chauncey, deshinchado, descendió flotando hacia la orilla y, cuando se encontraba a un metro de altura, se dejó caer al suelo.

Linus bajó arrastrándose del bote y, tumbado boca arriba, se echó encima montoncitos de arena y los abrazó.

—Ay, la tierra. Mi querida y preciosa tierra. Nunca volveré a infravalorarte.

—Chicos —dijo Arthur mientras todos se ponían de pie—. ¿Qué hemos aprendido de la aventura de hoy?

—Que las uvas llenan poco —dijo Chauncey—. Porque sigo teniendo hambre.

—Muy cierto —dijo Arthur, sentándose en el banco al tiempo que su prometido continuaba cantando las excelencias de la tierra firme—. La próxima vez, llevaremos sándwiches. ¿Y tú, Phee?

—He aprendido que Lucy sabe provocar maremotos —respondió ella—. Yo no creía que fuera capaz. Se lo he dicho y, bueno, ya lo veis. Culpa mía.

Arthur arqueó la ceja.

—Oh, venga ya —dijo Phee—. Ni que hubiéramos estado a punto de morir de verdad.

—Hmmm. Te lo doy por bueno. Talia, ahora te toca a ti.

Ella se acarició la barba, pensativa.

—He aprendido que, aunque los peces piensan, me los como de todos modos porque me gusta cómo saben en mi boca.

—Fascinante. Agradezco tu sinceridad. ¿Theodore?

El guiverno estaba tendido panza arriba en la cubierta del bote, pataleando en el aire. Sal lo agarró de los tobillos y lo levantó, dejando que le piara en la cara a Arthur.

—Magnífico —dijo Arthur—. La ingeniosa manera en que has utilizado tu fuego sin duda nos ha salvado de precipitarnos a una muerte segura. Estoy muy impresionado por tu proceso mental. Sal, es tu turno.

—Nos las hemos apañado solos —dijo Sal con una chispa en los ojos y Theodore en el hombro, como de costumbre—. Estábamos en problemas y hemos encontrado un modo de solucionarlos.

—Con un maremoto —rezongó Linus, con las piernas y la cintura cubiertas por completo de arena—. La idea en sí no era mala, pero yo no la habría elegido, pues no me gusta ver pasar mi vida ante mis ojos.

—Habéis pensado una solución vosotros solos —dijo Arthur—. Y, por si fuera poco, habéis puesto en práctica un plan y, como dice Sal, lo habéis llevado adelante hasta el final. Os felicito por ello, aunque pongo en duda que la idea del maremoto fuera más práctica que, por ejemplo, la de los bloques de hielo que se le ha ocurrido a David. A propósito, David, ¿tú qué has aprendido?

—Que sois todos muy raros —jadeó el yeti con los ojos desorbitados—. Y que eso me gusta.

—Gracias —dijo Arthur—. Tú también eres raro, y eso nos gusta, así que al parecer estamos en sintonía. ¿Y tú, Lucy? Tengo curiosidad por saber qué has aprendido.

Lucy lo miró con el ceño fruncido.

—Ya me lo imagino. ¿Vas a decirme otra cosa que no puedo hacer?

La pregunta estaba justificada, pero aun así le dolió.

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar.

—Claro que tenemos que hablar —gruñó el chico—. Y he

aprendido otra manera de hacer vomitar a Linus. Si no llevo mal la cuenta, ya sé doce formas diferentes de…

—Trece —dijo Talia—. ¿Te acuerdas de cuando le salió un grano a Sal y tú querías ser como él para tener toda la cara cubierta de acné purulento?

Linus, tumbado en la playa, soltó un quejido.

Lo supo. En cuanto vio a Zoe y Helen esperándolos en el porche, lo supo. No fue por la expresión de Zoe, una mirada de preocupación que disimuló en cuanto los avistó. Tampoco fue por nada que hiciera Helen, que estaba sentada junto a ella, con el semblante impasible. No, no fue por ninguno de esos detalles, aunque también contribuyeron a la inquietud que se abatió sobre él como un maremoto errante.

Fue por la carpeta blanca de papel manila que se encontraba sobre el escalón, entre las dos. Ya había visto carpetas así antes, cuando Linus recibía instrucciones clasificadas del DEJOMA. Rowder no había perdido un segundo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Zoe con una tenue sonrisa—. ¿Por casualidad no sabréis nada de una ola gigante que ha estado a punto de estrellarse contra la isla?

—No tengo idea de qué hablas —mascülló Lucy, subiendo los peldaños con paso furioso y dando un portazo después de entrar.

—Cielos —dijo Helen.

—¿Va todo bien? —preguntó Zoe.

David se encorvó y dio pataditas en el suelo con los pies peludos.

—Está enfadado conmigo porque… No era mi intención… Solo quería…

—Oye, no te hagas esto —dijo Sal—. No es culpa tuya. Créeme si te digo que se le pasará.

David arrugó el entrecejo.

—Eso no puedes saberlo.

—Pero yo sí —terció Arthur—. David, si creyéramos que has hecho algo malo, te lo diríamos. Sé que no te resultará fácil, pero deja que nosotros nos preocupemos por Lucy. —Se dirigió a los demás—. ¿Por qué no vais adentro a cambiaros? Hoy cenaremos temprano.

—Espero que no sea Frank —murmuró Talia, deslizándose el

dedo a través del cuello, antes de seguir a los demás escalera arriba y entrar en la casa.

Cuando Arthur estaba seguro de que los niños no podían oírlos, se volvió de nuevo hacia Zoe.

—En respuesta a tu pregunta, Lucy está un poco de malas ahora mismo, pero, en honor a la verdad, creo que la culpa no es suya, sino mía. Intentaré arreglarlo dentro de un rato. —Bajó la mirada hacia la carpeta con un gesto significativo, pero entonces descubrió que no había una, sino dos—. Supongo que es lo que hemos estado esperando, ¿no?

—Lo es —dijo Helen—. También me han enviado un aviso.

Linus soltó un suspiro.

—¿Qué demonios se traerán entre manos los del DEJOMA?

Helen cogió una de las carpetas y les mostró la tapa a Arthur y Linus. Iba dirigida a la alcaldesa de Marsyas. En la esquina superior izquierda estaba el sello oficial del DEJOMA: un círculo con dos manos estrechadas en el centro, una de una persona joven, la otra de una persona mayor. Helen sacó una única hoja de papel y leyó en voz alta:

—«Apreciada alcaldesa Webb, es objetivo de esta carta informarle de que se llevará a cabo una investigación oficial del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos que se iniciará la tercera semana de junio en el orfanato de la isla de Marsyas. Como funcionaria electa de la población más cercana, le pedimos que impida cualquier obstaculización de dicha investigación. Todo intento de evitar que el inspector del DEJOMA cumpla con su misión será castigado con todo el rigor de la ley, lo que incluye desde multas hasta penas de prisión. ¡Que pase un bonito día! Atentamente, Jeanine Rowder, directora interina del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos y el Departamento encargado de los Adultos Mágicos». —Guardó la carta de nuevo en la carpeta.

—Se diría que temen que haya problemas —observó Linus.

—Ya lo suponíamos —dijo Helen—. Cada vez más personas mágicas encuentran refugio en la aldea, aunque solo sea de forma temporal. Solo era cuestión de tiempo que el Gobierno se enterara.

—¿Y la otra carpeta? —preguntó Arthur.

Zoe se encogió de hombros.

—Es aún más corta, si cabe. He pensado que no te molestaría que

la abriera. Dice lo que era de esperar. El inspector llega la semana que viene. El miércoles. —Hizo una mueca—. Y que cualquier intento de engañarlo resultará en el traslado inmediato de los niños.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Linus, con aire desalentado —. ¿Se supone que tenemos que dejar que la persona que van a enviar se pasee por nuestro hogar como Pedro por su casa? ¿Y de verdad podemos confiar en que todos los vecinos de la aldea se comporten?

Helen se rio.

—Creo que la ayuda viene de donde menos te la esperas. —Se inclinó hacia delante con los codos sobre las rodillas y los ojos chispeantes—. En el pueblo hay una panda de periodistas ansiosos por viajar a la isla. Merle no se lo ha puesto fácil.

A Arthur se le escapó una carcajada ronca.

—Ha vuelto a subir el precio del pasaje, ¿a que sí? ¿Cuánto pretende cobrar ahora?

Helen sacudió la cabeza.

—No es eso, Arthur. Se ha negado a traerlos. Ha dicho, y son palabras textuales: «¿Por qué narices iban a querer hablar los niños con unos reporteros? Condenados buitres. ¡No os dejaré poner un pie en mi transbordador!».

—No puede ser —dijo Linus, que parecía tan atónito como Arthur.

—Pues es —dijo Helen, encantada—. No sabía que el carcamal los tuviera tan bien puestos. Deberías haberles visto la cara a los periodistas. Habrías pensado que nadie les había dicho que no antes.

—No estamos solos —dijo Arthur con voz firme y segura—. Que nos manden a su inspector. Descubrirán que este no es un andurrial oscuro y peligroso, sino un hogar. Y quizás esos reporteros nos resulten útiles, si necesitamos de sus servicios. Hay muchos aspectos que considerar, pero ahora mismo tengo un poco de hambre. ¿Comemos algo?

# Nueve

El lunes siguiente por la tarde —cuando faltaban solo dos días para la llegada del inspector—, Arthur Parnassus estaba sentado en su dormitorio, en un sillón de respaldo alto, con una pierna cruzada sobre la otra y las manos en el regazo. A través de la ventana abierta, oía a Talia murmurar a sus plantas en el jardín. De vez en cuando, las inflexiones guturales de la lengua gnomesca se alternaban con cantos, un arrullo suave que subía y bajaba de tono. Al fondo, se percibían el rumor de las olas y los reclamos de las aves que sobrevolaban los acantilados.

Frente a Arthur, en otro sillón, estaba Lucy, cabeza abajo, con las piernas apoyadas en el respaldo y la cabeza colgando por el borde. No había dicho aún una sola palabra, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las pupilas rojas y airadas fijas en Arthur.

—Si no voy errado, esta es nuestra reunión número sesenta y seis —dijo el hombre, rompiendo el silencio opresivo—. Es curioso cómo pasa volando el tiempo cuando no se le presta atención.

Lucy puso los ojos en blanco, pero guardó silencio.

—¿Vamos a sentarnos como es debido, o eso hoy no toca?

Lucy bostezó. Por lo visto, no tocaba.

—¿Cómo van las arañas de tu cerebro?

El chico se encogió de hombros.

—Ah, veo que te has quedado sin voz. Espero que la recuperes. Resulta que me gusta oírte hablar.

Lucy emitió un sonido desagradable con la lengua entre los dientes.

Arthur ladeó la cabeza.

—¿Hay algo que me quieras decir?

Lucy se dio la vuelta y quedó de rodillas. Apuntó a Arthur con el dedo y soltó un gruñido.

—Me mentiste.

—Esa es una acusación muy grave —dijo Arthur.

—Me dijiste que no tengo por qué ser el monstruo que todo el mundo cree que soy, que podía hacer lo que quisiera. —Se echó hacia atrás hasta apoyarse en los talones, con la mirada furiosa clavada en Arthur.

—Es verdad, lo dije. Y sigue siendo igual de cierto.

Lucy soltó un resoplido.

—Entonces ¿por qué le dijiste a David que podía ser un monstruo si le apetecía? ¿Por qué una persona tiene derecho a ser de una manera, y otra no? ¿Tú crees que eso es justo?

—Tienes razón, no lo es —dijo Arthur—. Y te pido disculpas por eso, Lucy. Te he dado pie a pensar que tengo un doble rasero, aunque no es lo que pretendía. —Reflexionó un momento sobre sus palabras —. Pero David no se merece en absoluto que te enfades con él. Es del todo inocente en este asunto, y no pienso permitir que tú...

—Si es tan inocente, ¿por qué quiere asustar a la gente? Yo también, pero a mí nadie me considera inocente. ¿Por qué le dijiste a él una cosa y a mí otra?

—Es una buena pregunta —dijo Arthur con delicadeza—. Y me gustaría hablar de eso contigo, si te sientes con ganas.

—¿Para qué? ¿Para engañarme? —dijo Lucy, ceñudo—. ¿Para hacerme pensar que todo va bien, cuando no es verdad?

—¿Alguna vez he hecho algo así?

Lucy se quedó callado un buen rato. Al final, se hundió más en el asiento.

—Siempre hay una primera vez —farfulló.

—Siento mucho haberte hecho sentir así —dijo Arthur—. Desde luego no era mi intención, pero ha ocurrido de todos modos. —Entrelazó las manos ante sí sobre el escritorio—. Creo que, de entre todos nosotros, tú eres la persona de la que David está más pendiente.

Lucy volvió la vista hacia él.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Porque estáis emparentados, en cierto modo. No por lazos de sangre, ni tampoco me refiero a sentimientos de fraternidad, aunque también hay algo de eso. Para mí sois las dos caras de una misma moneda. Creo que ya te darás cuenta de que David está pendiente de ti para saber lo que está bien y lo que está mal.

—Ah —dijo Lucy, contrayendo el rostro—. Qué... raro. Pero no por eso te voy a perdonar.

—Ya lo suponía —le aseguró Arthur—. He hecho algo que te parece inadmisible, y no te falta razón. Lo que nos lleva de vuelta a lo que te he dicho antes. Sois como las dos caras de una moneda, pero aun así existen diferencias entre vosotros. David es un yeti, y, en cambio, tú no.

—Soy el Anticristo —dijo Lucy.

—En efecto —dijo Arthur. Y aunque era algo que le producía una inmensa preocupación, no se contuvo de decir lo que creía necesario —. Si quieres reivindicar ese título, estás en tu derecho. Hemos hablado de la conveniencia de evitar esa palabra, dadas las connotaciones que tiene, pero sería una irresponsabilidad por mi parte no decirte que, piensen lo que piensen los demás, el título te corresponde y puedes usarlo como te parezca.

—¿Y qué me impide cambiar lo que piensan los demás?

Arthur notó un hormigueo frío cuando se le erizó el vello de la nuca.

—Explícate.

Lucy enderezó de nuevo la espalda y gesticuló de forma enérgica con los bracitos.

—La gente nos tiene miedo por nuestro aspecto, por lo que somos capaces de hacer. Nos odian por ello. Si quisiera, podría cambiar su manera de pensar así de fácil. —Chasqueó los dedos—. Conseguir que crean lo que deben creer: que no damos miedo y que somos libres de hacer lo que queramos.

—¿De verdad podrías hacer eso? —preguntó Arthur de manera pausada.

—Creo que sí —dijo Lucy, dándose golpecitos con el dedo en la barbilla—. Creo que, si me esforzara lo suficiente, podría hacer cualquier cosa que se me ocurriera. Jo, si hasta estoy intentando encontrar el modo de teletransportar cosas como piedras o un manatí adulto.

—Profundicemos en esa idea —dijo Arthur—. Supongamos que haces justo lo que acabas de describir. Sometes a tu voluntad a una población desprevenida. Te convences de que es lo mejor para todos, y muy posiblemente tengas razón. ¿Eso basta para que sea ético?

Lucy miró a Arthur con ojos de una persona mucho mayor.

—Nos facilitaría mucho las cosas.

—Quizá —dijo el hombre—, pero eso no responde a mi pregunta.

Por muy puras que sean tus intenciones, ¿erradicar el libre albedrío para obtener el resultado que tú quieres te parece moralmente aceptable?

Lucy vaciló un momento.

—No… no lo sé.

—Y no pasa nada por no saberlo —dijo Arthur—. Eso nos remite a la idea del relativismo moral.

A Lucy se le escapó un gemido tan parecido a los de Linus que Arthur tuvo que ocultar su sonrisa con la mano.

—Sí, lo sé, es una desconsideración terrible por mi parte meterte en honduras filosóficas. Procuraré ser mejor persona en el futuro. Dicho esto, por favor, recuérdame qué es el relativismo moral.

—La creencia de que los juicios morales solo son verdaderos o falsos en relación con un punto de vista determinado —recitó Lucy en tono aburrido.

—Correcto —dijo Arthur—. ¿Y cuál es el argumento en contra?

—Que eso nos deja sin directrices para saber lo que está bien y lo que está mal.

—Lo has acertado a la primera. —Arthur se revolvió en el sillón y descruzó las piernas—. En esta situación, tenemos a unas personas que creen que eres un ser aterrador. Por otro lado, hay personas que creen que eres un muchacho de siete años con arañas en el cerebro y una gran afición por la música. ¿Quién está en lo cierto?

—Los que creen que soy listo —dijo Lucy sin pensárselo dos veces.

—¿O sea que todos los que creen lo contrario están equivocados?

—Pues… sí, ¿no? —dijo Lucy, con aire dudoso.

—Pero el argumento del relativismo moral sería que quienes te tienen miedo están en lo cierto porque esas son sus creencias. Y ahí es donde se complica la cosa, porque si la moral se basa en los deseos personales, ¿cómo vamos a encontrar una base moral verdaderamente objetiva que nos permita tomar la decisión correcta desde el punto de vista ético?

Lucy arrugó el entrecejo.

—Entonces ¿quién tiene razón y quién no?

—Excelente pregunta —dijo Arthur—. Y, hasta donde yo sé, no tiene una respuesta única. Una vez me dijiste que la humanidad te

parecía extraña, porque cuando no estamos riendo, estamos llorando o huyendo para salvar el pellejo porque unos monstruos intentan devorarnos.

—Y ni siquiera tienen que ser monstruos de verdad —dijo Lucy —. A veces basta con los que solo existen en nuestra cabeza.

—Exacto. Pero si eliminaras esos monstruos, reales o imaginarios, imponiéndoles tu visión de las cosas a aquellos que te tienen miedo, ¿qué lección aprenderían?

—Ninguna —dijo Lucy a regañadientes.

—Así es —dijo Arthur, asintiendo—. No aprenderían nada, porque no les habrías dado la oportunidad. Por eso es importante el libre albedrío, porque nos brinda el potencial de cambiar la forma de pensar de las personas.

—Pero ¿por qué tenemos que hacerlo nosotros? —inquirió Lucy —. ¿Por qué hemos de ser los sensatos los que demos lecciones a los demás? ¿Aprender no debería ser responsabilidad suya?

—En un mundo perfecto, sí —respondió Arthur—. Se esforzarían por desmontar sus prejuicios y aceptar con los brazos abiertos a aquellos que son distintos. Pero no vivimos en ese mundo, así que debemos apañarnos con lo que tenemos. —Se inclinó hacia delante—. Sin embargo, tienes razón. No debería ser responsabilidad nuestra demostrar que no suponemos una amenaza. No obstante, nos encontramos en la nada envidiable situación de tener que hacerlo. Lo que nos lleva de nuevo al tema de los monstruos. Aunque seáis las dos caras de la misma moneda, David y tú tenéis diferentes caminos por delante. Cuando le dije a David que podía ser un monstruo, no fue porque él quisiera hacer daño a la gente, sino porque cree que la gente puede disfrutar con el miedo, siempre y cuando nadie resulte herido.

A Lucy le relampaguearon los ojos.

—Yo tampoco quiero hacer daño a la gente. —Hizo una pausa para reflexionar—. Bueno, a algunas personas sí, pero no lo hago, no todo el rato.

Arthur alzó la mano.

—Nunca he dicho lo contrario. Te conozco demasiado bien para acusarte de algo así, Lucy. Y aunque desearía que no fuera necesario repetirlo, no me queda otro remedio, porque al parecer no me he sabido explicar. Puedes ser lo que tú quieras, siempre y cuando recuerdes que el libre albedrío es fundamental, incluso aunque no

estés de acuerdo con las decisiones de los demás.

Lucy le dirigió una mirada astuta.

—¿Y si no me convierto en la persona que tú quieres que sea?

Arthur ya se esperaba que el chico intentara poner a prueba los límites percibidos, forzarlos al máximo para ver hasta dónde podía llegar. Todos los niños lo hacían en algún momento u otro. Como había señalado Arthur durante la audiencia, cuando se le decía que no a un crío, él preguntaba de inmediato por qué.

—Te seguiría queriendo igual.

Lucy parpadeó, sorprendido.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque no hay día en que no vea el bien que hay en ti. Veo tu espíritu bondadoso y a la vez travieso. Veo cómo te maravillas ante el mundo que te rodea. Aunque no siempre estemos de acuerdo, no dejaré de quererte, hagas lo que hagas.

Lucy echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo.

—No es fácil.

—¿El qué?

—Esto de estar vivo.

—Cierto —convino Arthur—, pero tal vez esa es la gracia: las penalidades y tribulaciones de la vida nos agobian, pero por el camino nos encontramos con personas que lo hacen todo más llevadero. Por eso sé que serás una buena influencia para David. Necesita ayuda para cargar con el peso que lleva sobre los hombros. Y no se me ocurre una persona mejor para eso que tú.

Lucy guardó silencio durante un rato. Volvió la vista hacia la ventana, y la luz dorada le bañó el rostro.

—Arthur… —dijo al fin.

—¿Sí?

—Yo también te quiero.

El hombre sonrió, y se le encendió una llama en el pecho.

—Lo sé. Bueno, creo que podemos dejar ese tema por hoy. Me ha llegado el rumor de que adquiriste un disco nuevo durante nuestra ausencia. Me gustaría saber qué habéis descubierto K-Nuto y tú.

Lucy se levantó de un salto, con un estremecimiento de entusiasmo.

—¡Es de Fats Domino! Voy a buscarlo y te dejaré escuchar ese temazo que es *I’m Walkin’*.

Eso fue justo lo que hicieron, y la tarde fue pasando mientras Fats Domino cantaba «voy caminando, sí, señor, voy hablando de lo nuestro, esperando que vuelvas a mi lado».

Esa noche, cuando los niños ya estaban acostados y a salvo en sus dormitorios —después de que Lucy decidiera dormir en el cuarto de David—, Arthur, tras finalizar su rutina vespertina, encontró a Linus sentado en la cama, recostado contra el cabecero. Tenía el edredón plegado sobre el regazo, y Calíope, tendida encima, estaba pendiente de cada paso de Arthur.

—Por lo visto Lucy ha cambiado de parecer —dijo Linus con un escalofrío—. Espero que eso no signifique que vamos a despertarnos en plena noche porque la casa se cae a trozos.

Arthur se metió en la cama, rascó a Calíope detrás de la oreja y le estampó un beso en la mejilla a Linus antes de adoptar una posición simétrica a la suya, de modo que sus hombros quedaron rozándose.

—No creo que se tratara de celos, no exactamente. Más bien le pareció que yo estaba dispensándole un trato diferente a David.

—Al decirle que podía ser un monstruo.

—Sí —dijo Arthur, dándose golpecitos en la nuca contra el cabecero—. Como mínimo, fue una hipocresía por mi parte.

—Aunque detesto reconocerlo, es posible que Rowder tuviera algo de razón —dijo Linus, frotándose la cara con la mano. Calíope extendió la patita y la posó sobre su muñeca. Distraído, él continuó acariciándole el lomo—. Respecto a nuestro deber moral. ¿Qué responsabilidades tenemos?

—La misma que cualquier padre o tutor —dijo Arthur—. La de enseñarle a David la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, y dejar que madure hasta poder tomar decisiones por sí mismo.

—¿Y si toma una decisión equivocada? ¿Y si esto tiene consecuencias sobre los otros niños? No tengo claro si decirle que podía ser un monstruo fuera lo más indicado. Debemos enseñarle a ser buena persona en vez de dejarse llevar por instintos más bajos, como le hemos enseñado a Lucy.

Estas palabras le causaron un vago malestar a Arthur. Entendía lo que Linus intentaba decirle, pero le había sentado mal.

—¿Instintos más bajos? Linus, es un yeti. Esos impulsos forman

parte de su identidad. Que no los entiendas del todo no te da derecho a intentar arrebatárselos. —Al percatarse de que había estado demasiado cortante, estuvo a punto de añadir una disculpa, pero se mordió la lengua. No podía pedir perdón cada vez que las cosas se pusieran un poco incómodas. Era un hábito que aún luchaba por superar, consecuencia de haber estado bajo el control del DEJOMA.

—¿Que yo intento arrebatárselos? —exclamó Linus mientras Calíope fulminaba a Arthur con la mirada—. Creía que tú y yo éramos un equipo.

—Y lo somos —dijo Arthur—. Siempre. Pero, pese a tus cualidades y a todo lo que has hecho, nunca sabrás lo que significa ser uno de ellos. Uno de nosotros. Es posible que entiendas los problemas y que quieras ayudar, pero nunca has tenido que vivir en nuestra piel.

—Ay, madre —dijo Linus mientras la gata echaba la cabeza hacia atrás para mirarlo—. No era mi intención. Lo siento.

—Ya lo sé. Pero debemos tener más cuidado con esas cosas que el resto de la gente, dada la naturaleza de los niños que tenemos a nuestro cargo. Al fin y al cabo, el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

Linus suspiró al tiempo que Calíope se tumbaba panza arriba, dejando al descubierto los puntiagudos dientecitos.

—Entonces ¿cómo se supone que debo ser un buen padre? ¿Cómo voy a ayudarlos si no puedo identificarme con ellos?

—Estando a su lado —dijo Arthur—. Y escuchándolos. Has demostrado que ambas cosas se te dan muy bien, pero creo que no está de más recordarte de vez en cuando que no, no puedes saber lo que han... lo que hemos pasado, porque no lo has experimentado en carne propia. Y me alegro de que así sea. Quieres protegerlos. En ese sentido, eres igual que yo, pero me acuerdo de una ocasión en la que me dijiste que mantener a los niños aislados en este lugar no beneficiaba a nadie.

—Eso dije, ¿verdad?

—Pues sí —respondió Arthur—. Y tenías razón, aunque en aquel momento me dolió. Me ayudaste a comprender que, por muy buenas que fueran mis intenciones, estaba haciendo más mal que bien y que, aunque no tenía que confiar necesariamente en el mundo exterior, debía confiar en los niños, porque son más fuertes de lo que quería reconocer.

—Y eso es una parte integral de lo que significa ser padre —dijo Linus despacio, recogiendo el hilo donde lo había dejado Arthur—. Saber cuándo ha llegado la hora de hacerse a un lado para dejar que decidan por sí mismos.

—Exacto —dijo Arthur, tomándolo de la mano y entrelazando los dedos con los suyos—. Lo mejor que podemos hacer es estar presentes para ayudarlos a celebrar sus triunfos y a levantarse cuando muerden el polvo. —Se rio por lo bajo—. Estoy seguro de que todos los padres se enfrentan desde tiempos inmemoriales al problema de saber en qué momento deben dejar que los pajarillos abandonen el nido y echen a volar.

—La mayoría de los padres no tienen niños como los nuestros —alegó Linus.

—Es verdad. Supongo que, en ese sentido, somos unos afortunados.

—Sea como fuere, lo siento.

Arthur se acercó la mano de Linus a la boca y notó el roce de su cálida piel en los labios.

—Y acepto, no para evitar discusiones, sino porque sé que aún estás aprendiendo, como yo, que debemos confiar en Lucy, como en todos los demás. Y luego, tenemos que dar el paso más aterrador: apartarnos y esperar que todo salga bien.

—¿Te ves capaz de eso? —preguntó Linus sin ánimo crítico, sino por pura curiosidad, derivada del hecho de que conocía a Arthur mejor que nadie, aparte de Zoe.

El otro soltó una risita.

—El tiempo lo dirá. Al menos eso espero, pero cuando veo algo que me recuerda que el mundo puede ser cruel, me siento como si volviera a estar en la casilla de salida. —Hizo una pausa, pensativo—. ¿Puedo contarte un secreto?

Linus le dio un apretón en la mano al tiempo que la gata comenzaba a emitir un ronroneo grave e intermitente.

—La pregunta ofende.

—A una parte de mí le gustaría darle carta blanca a Lucy para que haga lo que me dijo —admitió Arthur—. Dejar que imponga su voluntad a la gente, que les cambie la mentalidad, aunque ellos no quieran. Eso lo haría todo más fácil.

—Es verdad —dijo Linus—, pero seguro que sabes que sería una

victoria vacía, y pesaría sobre nuestra conciencia durante el resto de nuestra vida.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar que sería una victoria a pesar de todo. Y lo peor es que no me cabe duda de que el DEJOMA intenta hacer lo mismo: imponer su voluntad a la población para que se someta a las normas.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Vivir —dijo Arthur.

—¿Y si intentan quitarnos a los niños?

—Entonces lucharemos.

Un martes de verano por la tarde —el sol brillaba en lo alto, y no se divisaba una sola nube en el cielo tan, tan azul—, los habitantes de la isla de Marsyas se prepararon para la guerra. O, mejor dicho, Linus y Arthur los convocaron para intentar evitar la guerra y, en la medida de lo posible, daños corporales graves. Por eso les pidieron a los niños que registraran sus habitaciones en busca de cualquier cosa susceptible de utilizarse como arma o cualquier objeto peligroso que el inspector pudiera utilizar en su contra.

Mientras esperaban en el salón —escuchando los cacofónicos estrépitos procedentes de arriba—, Linus caminaba de un lado a otro delante de la chimenea, con los mechones del cabello apuntando en direcciones extrañas allí donde se había pasado la mano. Se volvió hacia Arthur, que estaba sentado en un sillón, con las manos sobre el regazo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le reclamó, con los brazos en jarras—. ¿Así estabas cuando iba a venir yo?

—Estaba hecho un manojo de nervios —dijo Arthur— y más asustado de lo que había estado en mucho tiempo, como estoy ahora.

Linus pestañeó.

—Pues no lo parecía.

Arthur inclinó la cabeza, como dándole la razón.

—Que te ocultara mi miedo no significa que no estuviera allí. Además, no me duró mucho. Nuestro debate filosófico en el bosque contigo vestido de explorador me hizo cambiar la opinión sobre ti. —Subió y bajó las cejas—. Me resultaba imposible concentrarme al verte

con ese pantaloncito marrón.

Linus se sorbió la nariz.

—¿A que estaba irresistible con ellos? Me sorprende que fueras capaz de reprimir el impulso de abalanzarte sobre mí.

—Me costó Dios y ayuda —convino Arthur.

—Supongo que, si yo no era un caso perdido, nadie lo es. —Linus exhaló con brusquedad—. Pero eso no significa que puedas coquetear con el inspector como hiciste conmigo. Dudo que se deje engatusar por tus artimañas.

Arthur desplegó una sonrisa.

—Tomo nota. Más que nada porque, al parecer, el Gobierno cree que utilizo mis artimañas en beneficio propio. Para quitarles esa idea de la cabeza, dejaré mis artimañas de lado.

—Tampoco nos pasemos. Da la casualidad de que me gustan tus artimañas.

Los dos primeros niños bajaron la escalera con ruidosas pisadas.

—Y por eso hemos hecho esto para ti —decía Phee—. No intentes memorizarlo todo de una tacada. Ni siquiera Arthur podría. Te llevará tiempo.

—¿Y seguro que dará resultado? —dijo David.

—Sí —dijo Phee al tiempo que llegaban al pie de la escalera—. Puede parecer un poco complicado porque no se trata solo de los sonidos que hace, sino de la emoción que hay detrás. Por fortuna, cuentas con nuestro apoyo. Cada uno de nosotros te ayudará a aprender cosas diferentes. Por ejemplo, yo sé de árboles, Talia sabe de plantas, Chauncey de cosas relacionadas con el mar, Lucy de cosas que asustan...

—¿Qué clase de cosas que asustan? —preguntó David, entusiasmado, mientras entraban en el salón. Sostenía en las manos un fajo de papeles atado con un vistoso cordel. Phee llevaba a la espalda un saco que depositó en el suelo, cerca de la entrada del salón.

—Sangre y tripas, cosas así —dijo—. Es bastante bueno para esas cosas. Sal puede ayudarte con casi todo lo demás porque habla el guivernés incluso mejor que Arthur. Por eso Theodore y él son tan amigos. Cuando Sal llegó aquí, apenas hablaba, pero el guiverno le cogió cariño casi desde el primer momento. Resulta que algunos miembros de su especie obtienen energía de la empatía, y, según Theodore, Sal irradiaba tanta que brillaba casi como un sol.

David abrió mucho los ojos, lleno de interés.

—¿Obtienen energía? O sea… ¿se alimentan de la empatía?

Phee se rio por la nariz.

—No exactamente, aunque la idea mola. Estaría bien explicárselo con esas palabras para que actúen como si la cosa funcionara así. Más bien… sacan lo mejor el uno del otro. Y aprender el idioma de Theodore ayudó a Sal a encontrar su voz. —Frunció el entrecejo—. Me pregunto si esa es la razón por la que Theodore ahora puede escupir fuego.

Era una teoría bonita, y Arthur no fue capaz de encontrarle fallos. Sal y Theodore rara vez iban a algún sitio el uno sin el otro, y ambos habían mejorado en muchos aspectos desde que habían llegado a la isla. Aunque Arthur sabía que él y los demás habían contribuido a ello, a Phee no le faltaba razón. Theodore había hecho más por Sal que nadie.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Arthur a David.

—Un manual de frases básicas —respondió el chico—. Para ayudarme a aprender guivernés. —Hojeó las páginas, moviendo con rapidez los ojos mientras leía—. ¿Dónde está la sección de palabrotas?

Linus cruzó los brazos.

—Dudo que hayan incluido algo así en…

—Hacia el final —indicó Phee—. Son las tres últimas páginas.

David, entusiasmado, abrió el manual por el final y leyó con una sonrisa cada vez más ancha. Al cabo de un momento, irguió la cabeza.

—Clic, clic —dijo—. Roarrr. Chiqui-chiqui-clic.

Linus se llevó la mano al cuello.

—¡Pero bueno…! En esta casa no decimos esas cosas.

Phee soltó un resoplido.

—Eso te crees tú.

—¿Tú has hecho esto? —le preguntó Arthur al espíritu del bosque.

Ella se encogió de hombros y desvió la mirada con expresión ceñuda.

—Yo no. Hemos sido todos. Pensábamos que resultaría útil. No es para tanto.

—Pues a mí me parece que sí —dijo Arthur—. ¿A quién se le ocurrió la idea?

Phee alzó los ojos al techo.

—Se me ocurrió a mí.

—Ya veo. Ha sido todo un detalle por tu parte, Phee.

Ella se sonrojó y le temblaron las alas mientras David continuaba leyendo, con el rostro muy cerca de las páginas. Unos instantes después, ella se le aproximó y comenzó a ofrecerle consejos y trucos que había aprendido cuando ella misma se había fijado el objetivo de entender a Theodore.

El resto de los habitantes de la casa no tardó en bajar. Los niños, que llevaban cada uno su propia bolsa, se apiñaron en el recibidor, al tiempo que Arthur se levantaba del sillón. Linus se colocó a su lado, mientras Phee y David se juntaban con los demás, a la expectativa de lo que iba a decir Arthur. Sal estaba de pie, con las manos tras la espalda y Theodore encaramado en su hombro.

—Hemos hablado de lo que va a suceder a partir de mañana —dijo Arthur—. Tal como hicimos con Linus, acogeremos a nuestro invitado con amabilidad y cortesía, y nadie, absolutamente nadie, lanzará amenazas contra su integridad física o su vida.

Todas las miradas se pusieron en Lucy y Talia.

—¿Qué pasa? —preguntó Talia—. Soy una gnoma. Se supone que debo actuar de forma amenazante. O sea, es lo mío.

—Estoy contigo, mi casi hermana —dijo Lucy—. Aunque yo no soy un gnomo, solo la encarnación misma del mal.

—Sea como fuere —prosiguió Arthur—, no queremos arriesgarnos a que escriba algo negativo en sus informes. Por lo tanto, espero que todos os comportéis lo mejor posible.

—Y cada uno de nosotros debe desempeñar su papel para evitar que descubra a David —dijo Linus—. El inspector no debe enterarse de que lo tenemos aquí.

El yeti levantó la mano.

—¿Sí, David? —dijo Arthur, divertido.

—Y si me descubre, ¿lo matarán Lucy y Talia y lo enterrarán en el jardín?

—Sí —dijeron Lucy y Talia al unísono.

—No —dijo Linus con rotundidad.

Theodore desplegó las alas entre gorjeos y chirridos.

—¡No me sopléis lo que ha dicho! —exclamó David—. Quiero averiguarlo yo solo. —Abrió el libro de nuevo y pasó las páginas hasta

detenerse en una, con los párpados entornados—. Hmmm —dijo—. Bueno, si lo he entendido bien, Theodore ha dicho… esto… Vale. Ha dicho… ¡Ah! Ha dicho que el asesinato es legal, siempre y cuando no te pillen. —Estudió las frases traducidas entrecerrando los ojos—. Un momento. Eso tiene que estar mal.

—Aquí nadie va a cometer asesinatos —dijo Linus con severidad —. Ni mutilaciones —añadió al ver que Lucy abría la boca—. Y, David, si te descubren, nos tendrás a tu lado. Aunque queremos evitar en la medida de lo posible que eso ocurra, debemos estar preparados para cualquier eventualidad. —Observó a los niños uno por uno—. Por eso os hemos pedido que nos entreguéis todo lo que pueda ser… malinterpretado.

—Más les vale no tirar nada —les advirtió Lucy—. Como tiren algo, no habrá un rincón de este planeta en el que puedan esconderse sin que yo los encuentre.

—Esa amenaza te habría funcionado mejor conmigo en la época en que no sabía que te gustaban los pijamas de una pieza —dijo Linus.

—Eso es porque tienen una abertura con solapa para el pompis — dijo Lucy—. El mejor invento de la humanidad, después de la música. Si, de mayor, decido subyugar a la especie humana, decretaré que el pijama de una pieza sea obligatorio para todo el mundo.

—Hasta entonces, vamos a mostrar un comportamiento ejemplar —dijo Arthur—. Vais a enseñarnos lo que habéis traído. Theodore, empezaremos por ti.

El guiverno bajó volando desde el hombro de Sal y tiró de su bolsa hasta dejarla a los pies de Arthur. Agarró la parte inferior del saco para darle la vuelta y vaciar su escaso contenido en el suelo: un puñado de colmillos de leche que se le habían caído, una piedra verde que parecía una punta de flecha más grande de lo normal con una veta de cuarzo en el medio y un botón de latón con marcas de dientes que todos conocían bien.

Linus se agachó, recogió el botón y lo hizo saltar en su mano.

—¿Por qué crees que esto es peligroso?

Phee le tradujo a David la respuesta de Theodore: si el inspector se daba cuenta del cariño que le guardaba a ese botón, tal vez trataría de quitárselo. Ya le había pasado antes, añadió, y temía que el inspector lo intentara también. No era peligroso para el inspector, sino para el propio Theodore, pues no quería perder uno de sus tesoros.

Linus se inclinó para acariciar al guiverno, que le apoyó la cabeza en la mano, pestañeando hasta cerrar los ojos.

—No creo que te confisque el botón, pero si te preocupa mucho, lo llevaré encima en todo momento y te lo devolveré en cuanto se marche, ¿de acuerdo?

«De acuerdo», pio Theodore.

A continuación le tocó el turno a Chauncey, que decidió que era fundamental ofrecer una explicación exhaustiva de cada uno de los objetos que mostraba, casi todos conchas afiladas o cristales marinos que había encontrado enterrados en la arena. También había un montón de piñas de coníferas.

—No es lo que parece —se apresuró a decir al ver que Arthur enarcaba una ceja—. Yo solo... las colecciono. Sí, estoy reuniendo una colección para hacer... un... diorama... con piñas.

—Uf —dijo Phee—. Eso no te ha quedado para nada creíble.

Chauncey soltó un quejido.

—Ni siquiera sé mentir bien. —Alzó los tentáculos en un gesto de desesperación—. ¡Felicidades! Me habéis pillado. Me gusta comer piñas cuando todo el mundo se ha ido a dormir. ¡Pero no pasa nada, puedo dejarlo cuando quiera!

—Claro, claro —dijo Linus—. Te toca, Phee.

La aludida puso su saco boca abajo, y lo que había dentro se desparramó por el suelo. Su aportación, un poco más compleja que las de Theodore y Chauncey, constaba de trozos de madera de deriva, hojas dentadas y un puñal impresionante con una empuñadura enjoyada que resplandecía bajo la luz.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Arthur.

—Lo gané jugando a las cartas —dijo Phee.

—¿Qué? —dijo Linus.

Ella se encogió de hombros.

—Se me da bien, qué le vamos a hacer. K-Nuto no me creyó cuando le dije que nadie me había ganado nunca, así que se apostó el puñal. Y entonces jugamos y le di una paliza.

—Phee... —la reconvino Linus.

Theodore asió el puñal con las garras y, tras ponerse panza arriba, se acercó la hoja a la cara para inspeccionarla. Sacó la sinuosa lengua y palpó las piedras preciosas con ella. Emitió tres gorjeos, y Phee montó en cólera de inmediato.

—¿Cómo que son falsas?

—Talia —dijo Arthur—. Es tu turno.

—No he traído ninguna de mis herramientas —dijo la gnoma, arrastrando los pies hacia delante y recogiendo su bolsa—. No son armas, sino los utensilios de mi oficio. Si al inspector le parece mal, tiene dos trabajos: enfadarse y desenfadarse.

—Tomo nota —dijo Arthur.

Cuando Talia volcó su bolsa, Arthur casi habría deseado sorprenderse por lo que vio, pero no fue así: más de diez frascos de vidrio pequeños de base ancha y circular en cuyo interior se agitaba un líquido. Todos los recipientes llevaban dibujada una calavera sobre unos huesos cruzados.

—¿Eso es veneno? —preguntó Linus, horrorizado.

—Pues sí —dijo Talia—. Lo elaboré yo misma, con ingredientes cultivados por mí: cicuta, belladona y serpentaria blanca, con un toque de canela para darle sazón. Según mis cálculos, el flujo anal comenzaría al cabo de solo treinta segundos, seguido de inmediato por el flujo de todos los demás orificios.

—¿Flujo anal? —preguntó David con los ojos desorbitados, apresurándose a taparse el trasero con las manos.

—Parece el nombre de una banda —dijo Lucy—. Señoras y señores, con todos ustedes… ¡Flujo Anal! ¿A que no sabéis qué tipo de música tocaríamos?

Linus suspiró.

—Gospel.

—¡Pues no! Gosp… ah. Sí, eso.

—¿Estás intentando ganar tiempo, Lucy? —preguntó Arthur con afabilidad—. Veo que te toca a ti.

—¡Ja! —dijo el chico—. No tengo ningún problema en entregar lo que haga falta, porque Linus dice que, si lo intentamos, nada es imposible.

Linus sonrió.

—Exacto, muy bien, Lucy. Gracias por…

—Lo que significa que podemos convertir cualquier cosa en un arma si nos esforzamos lo suficiente. —Comenzó a contar con los dedos—. Cucharas, un tramo de escalera, sumideros, crema de cacahuete, aire…

—Lucy —le advirtió Linus.

—¿Qué pasa? ¡Es verdad!

—Da igual. No vamos a utilizar sumideros o crema de cacahuete como armas. Curiosamente, ya hemos hablado justo sobre este tema. Dos veces. —Sacudió la cabeza—. Por lo menos Sal no está pensando en matar a nadie con veneno o con una cuchara.

Sal se removió, inquieto.

Arthur carraspeó de forma enfática.

Torciendo el gesto, Sal se sacó las manos de detrás de la espalda. A Arthur por poco se le escapó la risa cuando Linus se puso a barbotar, escandalizado.

—¿Eso es…? ¿De dónde has…? ¿Por qué tienes…? ¿Eso es una espada?

Lo era. Una hoja larga y plana con una empuñadura de madera envuelta en tela roja. Parecía pesada, pero Sal la sujetaba con firmeza.

—¿Y eso? —preguntó Linus, desalentado.

—A K-Nuto no se le dan muy bien los juegos de cartas —explicó Sal, rascándose el cogote—. Dijo que podía ganarme a mí también. Resultó que se equivocaba.

—Arthur…

—¿Sí, Linus?

—¿Por qué les da armas a nuestros niños el propietario de la tienda de discos?

—Porque no se le dan muy bien los juegos de cartas —explicó Arthur—. Debería practicar más antes de jugar apostando. Lucy, es tu turno.

El muchacho exhaló un suspiro dramático antes de recoger su bolsa. Sin apartar la vista de Linus, le dio la vuelta para vaciarla. Contenía un hacha pequeña, un aerosol con lo que parecía un mechero pegado frente a la boquilla, una estrella *ninja*, un garrote y, por último, pero no por ello menos importante, tres tubos rojos con una mecha negra en la punta.

—¿Eso es dinamita? —preguntó Arthur.

A Lucy se le iluminó el rostro.

—¡Me alegra que me hagas esta pregunta! Sí que es dinamita. La reservaba para una ocasión especial, como por ejemplo si tuviésemos que deshacernos de un cuerpo, pero Talia se ha hecho daño en la

mano y no puede cavar una fosa, así que yo propongo volar el cadáver por los aires y a todos les parece buena idea y entonces yo enciendo la dinamita, echo a correr y… ¡listo! Ya no hay cuerpo del que preocuparse.

—Vaya —dijo Talia—. Me has impresionado. Yo estoy en el equipo de Lucy.

—Y yo —dijo David.

—¡Y yo! —se sumó Chauncey, dando saltitos—. ¡Quiero volar por los aires el cuerpo de alguien!

—Seguro que llueven órganos —terció Phee—. Nublado con probabilidades de pulmones.

—¿Lo veis? —dijo Lucy, la viva imagen de la inocencia—. No soy solo yo.

—Sea como fuere —dijo Arthur—, no volaremos a nadie por los aires.

—Gracias, Arthur —dijo Linus, mirando a Lucy con expresión ceñuda.

—Al menos hasta que se haya ido el inspector —añadió Arthur—. Creo que no hace falta que os recalque lo seria que es la situación. Por injusto que nos parezca, nuestro futuro está en manos de la persona que va enviar el DEJOMA, sea quien sea, y confío en que todos os portéis lo mejor posible. Tú también, Lucy.

—¿Por qué da la impresión de que confías en el proceso? —inquirió Sal.

Arthur parpadeó, sorprendido.

—Explícate, por favor.

Sal se encogió de hombros, incómodo, y Theodore le murmuró algo al oído. El chico lo escuchó, asintiendo. Cuando el guiverno terminó, Sal se mostró más decidido.

—Hablas como si no tuviéramos más remedio que pasar por el aro del DEJOMA; como si bastara con que pongamos todo de nuestra parte para que nos crean cuando les digamos que este lugar es seguro y que queremos estar aquí.

—¿Y por qué no ha de ser así? —preguntó Linus.

—¿Por qué tenemos que bailarles el agua? —replicó Sal—. Si tan preocupados están por lo que somos capaces de hacer, ¿no deberían ellos bailarnos el agua a nosotros? ¿Por qué recae sobre nosotros la

responsabilidad de demostrar nada? Solo somos críos.

—Es cierto —convino Arthur, mirando de uno en uno a los críos—. Ojalá tuviera una respuesta mejor. Si pudiera protegeros de esto, lo haría.

—Pero como no puede, todo está en nuestras manos —dijo Linus—. Le demostraremos al DEJOMA que se han metido con la familia equivocada. Si las cosas se ponen feas, se van a enterar. —Se agachó, recogió un cartucho de dinamita y lo agarró con fuerza—. No es broma. Les meteré esto por donde no da el sol.

—Uy —susurró Lucy—. Menudo cosquilleo me ha entrado. —Se abalanzó hacia Linus y se aferró a su pierna, echando la cabeza hacia atrás—. Aunque la idea ha sido mía, dejaré que seas tú quien la encienda.

—Eres todo un caballero —dijo Linus, dándole unas palmaditas en la coronilla.

—Ya lo veis, chicos —dijo Arthur—. Tal vez ellos tengan detrás la fuerza del Gobierno, pero nosotros nos tenemos unos a otros. Creo que el DEJOMA estará en absoluta desventaja. Y ahora, vamos a limpiar este desorden y a prepararnos para mañana.

Durante el resto del día, registraron la casa de arriba abajo en busca de cualquier objeto que pudiera esgrimirse en su contra. Sal y Theodore pusieron protectores de plástico en todos los enchufes, por si a Lucy le daba otra vez por meter un tenedor, solo para ver qué pasaba. A David, Chauncey y Lucy se les encomendó la tarea de cubrir todas las esquinas angulosas con cantoneras. Phee y Talia acometieron con entusiasmo su misión de hacer crecer sobre las puertas exteriores del sótano flores y enredaderas lo bastante frondosas para que pareciera que no se habían abierto en años, aunque no tanto como para que impidieran a David huir a través de ellas si surgiera la necesidad.

A mediodía, Zoe llamó desde la tienda de Helen, habló con Arthur y le comunicó que regresaría a la isla a la mañana siguiente, antes de que llegara el invitado.

—Helen lo traerá.

—¿Estás segura? —preguntó Arthur—. Linus o yo podemos encargarnos de eso. Helen ya se ha tomado bastantes molestias.

Ella soltó una risita.

—Es demasiado tarde para eso, ¿no crees?

—Lo...

—Como vuelvas a pedir perdón, te pego un grito. Helen se ofreció voluntaria, y yo acepté. Así de sencillo. Espabila, Parnassus. Al DEJOMA no le corresponde dictar cómo debe ser una familia o un hogar. Ya va siendo hora de recordárselo y de dejarles claro que no les tenemos miedo.

—Yo sí —reconoció Arthur—. Y mucho.

—¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

—Me alegro —dijo Zoe—, porque tengo algunos ases en la manga que ellos no se esperan. Considéralo un último recurso, por si las cosas se tuercen.

—Eso suena de lo más inquietante. Me parece bien.

Esa noche, después de una cena frugal, Linus tomó una decisión. Se levantó de la mesa, pidió a los niños que recogieran la cocina y les aseguró que volvería enseguida. Cuando Sal y David estaban acabando de lavar los últimos platos, Linus asomó la cabeza por la puerta y les ordenó a todos que se pusieran el pijama y se reunieran con él delante de la puerta principal.

—¿Qué estás tramando? —le preguntó Arthur cuando subió a la planta de arriba.

Linus alzó la vista del camisón que se estaba abotonando.

—Ya lo verás. No es gran cosa, pero creo que servirá para distraerlos, al menos durante un rato. Con un poco de suerte, dormirán toda la noche del tirón.

Arthur se rio mientras le acariciaba la cabeza a Calíope, que estaba sentada en la cama, meneando la cola de un lado a otro y siguiendo con los ojos todos los movimientos de Linus.

—¿Estamos hablando de los mismos niños?

Abajo, los críos se habían arracimado en el recibidor, cada uno con su pijama de rayas, excepto Theodore.

—¿Listos? —preguntó Linus, abriéndose paso entre ellos hacia la puerta.

—¿Vamos a dormir en el bosque? —preguntó Lucy, dándose

tironcitos de la pernera—. Siempre habíamos querido ver si había monstruos nocturnos. Seguro que son enormes, con colmillos y garras, y están llenos de una furia que solo se aplaca cuando chupan el tuétano de los huesos de sus víctimas...

—Aquí nadie va a chupar tuétano —dijo Linus con severidad.

Lucy agachó la cabeza y encorvó la espalda.

—Otra cosa que no nos dejáis hacer con los huesos. ¿De qué sirve tener huesos si ni siquiera podemos jugar con ellos?

—Tampoco vamos a internarnos en el bosque —continuó Linus—. Tengo pensado algo distinto. ¡Poneos en fila india, niños! Cada uno es responsable de la persona que tiene delante. Si al llegar a nuestro destino falta alguno de nosotros, la persona encargada de garantizar su seguridad tendrá la suerte de que la agasaje con anécdotas sobre... Vaya, creo que nunca os había visto colocaros en fila tan rápido.

—Tus amenazas son infalibles —le informó Sal.

—Se hace lo que se puede —dijo Linus—. ¡Seguidme!

Encabezó la marcha entre los fuertes chirridos de los grillos mientras el sol bañaba el horizonte en un resplandor de tonos rojizos, naranjas y rosados. Habían salido las primeras estrellas, y la luna parecía un fantasma traslúcido que vagaba por el cielo del oeste.

Los chiquillos siguieron a Linus por un costado de la casa en dirección al jardín de Talia. Con la cortesía propia de una gnoma, ella los hacía parar cada pocos segundos para comentar las últimas tendencias en horticultura, incluido un estudio que había leído en la revista *Ciencias de la jardinería* que concluía que las plantas se desarrollaban mejor cuando se les cantaba.

Talia fue la primera que las avistó: guirnaldas de luces parpadeantes colgadas a lo largo de la barandilla del cenador. El suelo de madera estaba cubierto con por lo menos una docena de almohadas y con lo que parecían todas las mantas de la casa. En un rincón se encontraba el pequeño tocadiscos portátil Zenith, que reproducía música de muertos, concretamente de Buddy Holly, que en ese momento cantaba que, si conocieras a Peggy Sue, entenderías por qué estaba triste sin su Peggy, su Peggy Sue.

—¿Has montado todo esto para nosotros? —preguntó David, mirando alrededor con ojos como platos.

—Pues sí —dijo Linus—. He pensado que esta noche debíamos pasarla juntos. Las próximas dos semanas se presentan muy movidas

para todos nosotros, así que hoy nos toca disfrutar de una noche sin más preocupaciones que las flatulencias nocturnas de Chauncey.

—¡Soy una rareza biológica! —exclamó Chauncey sin dirigirse a nadie en particular.

Talia se encaminó la primera hacia las mantas y las almohadas, y reacomodó algunas para confeccionarse un nido perfecto. Theodore la imitó, construyendo uno más grande para Sal y para él. Lucy decidió romperle la crisma a Phee con una almohada, pero, por desgracia para él, ella se le adelantó, le pasó volando por encima, aterrizó tras él y le arrebató el arma de las manos. Antes de que el chico pudiera darse la vuelta, le arreó un almohadazo en la nuca que lo dejó tumbado boca abajo.

—¡Dame a mí también! —pidió David.

Como no podía ser de otra manera, Phee lo complació.

Esto desembocó en la guerra de almohadas para acabar con todas las guerras de almohadas. Cuando la batalla finalizó, había plumas de ganso flotando por todas partes, y Lucy proclamaba a gritos su rendición mientras Theodore intentaba hacerle tragar una almohada. Linus, tendido de espaldas sobre la tarima del cenador, respiraba agitadamente, enjugándose el sudor de la frente.

—Un espectáculo muy edificante —dijo Arthur, de pie ante él, observándolo desde arriba con la cabeza ladeada.

—Soy... demasiado... mayor... para... esto —jadeó Linus con el rostro colorado y el cabello apelmazado.

—Pues desde luego no te comportas como si lo fueras —dijo Arthur—. Creo que nunca había visto a un hombre adulto lanzarle una almohada a un niño con tanta fuerza.

—Deberíamos contárselo al inspector —intervino Lucy, mientras volvía la cabeza hacia atrás para intentar ver la solapa en el trasero de su pijama—. Seguro que se parte de risa y no nos lo tiene en cuenta.

—O, mejor aún —dijo Linus, dándose la vuelta para colocarse boca abajo—, no se lo contamos y en vez de eso intentamos portarnos como personas mínimamente normales para no... empeorar... las cosas.

—Niños —dijo Arthur—, es hora de que os preparéis para dormir. Procurad... ¿Hay algún problema, David?

El joven yeti estaba frente a los escalones del cenador, con una

mano en la barandilla y la otra cerrada en un puño. Intentó sonreír, pero solo consiguió hacer una mueca.

—Es que… eh… —Apartó la vista, mordisqueándose el labio inferior—. Me cuesta un poco dormir cuando no hace frío. ¿Puedo crear un poco de hielo para mí?

—Tranquilo, ya lo tenía previsto —dijo Linus, levantándose con ayuda de las manos—. Mira, fíjate en esto. —Le indicó a David que se situara a la derecha del cenador, cerca de donde se encontraban Lucy y Talia. Linus levantó una manta y, debajo, había varias hileras de bolsas de hielo, cada una de unos quince centímetros de ancho y casi treinta de largo. La manta tenía una cremallera en el borde y, cuando Linus la abrió, David vio que sobresalían más bolsas de hielo del interior.

El yeti alargó el brazo para tocar la esquina de una de las bolsas.

—Sé que puedes hacer hielo por ti mismo —dijo Linus—, pero he querido echarte una mano por si estabas cansado. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo.

—Salvo si es una motosierra —dijo Lucy, tendido boca arriba y pataleando en el aire.

—Basta de cháchara, chicos —dijo Arthur—. Acostaos, y luego veremos a quién le toca contar una historia.

—¡Me toca a mí! —gritó Chauncey, con los ojos asomando del montón de mantas bajo el que estaba escondido—. La última vez no tuve la oportunidad porque Lucy se pasó demasiado tiempo recreando sus exorcismos favoritos.

Arthur negó con un gesto.

—Si no me equivoco, le toca a Phee, de hecho. Chauncey, la última vez nos relataste la desgarradora y bella historia de cómo te enamoraste y luego descubriste que tu amor no era correspondido porque el objeto de tus desvelos era una piedra.

—Rocky Piedrahíta —dijo Chauncey con tristeza.

—En definitiva —prosiguió Arthur—, Phee será la responsable de enviarnos al país de los sueños. Prestémosle toda nuestra atención. Les recuerdo a los miembros más locuaces del público que los comentarios, por muy divertidos que os parezcan, no son bienvenidos.

—Lo dice por ti —señaló Talia, dándole un empellón a Lucy.

Él la empujó a su vez.

—No es verdad. Te apuesto a que puedo estar callado más tiempo que tú.

Talia y Lucy se acomodaron en el suelo con los otros niños, salvo Phee, que se quedó de pie mientras el sol se hundía al fin bajo el horizonte. Sus alas brillaban en la penumbra, y el cabello suelto le colgaba sobre los hombros. Aguardó a que todas las miradas se posaran en ella antes de asentir.

—Y ahora —dijo en un tono siniestro—, os contaré un relato de lo más repugnante; una historia que os atormentará en sueños y os perseguirá durante las horas de vigilia; una fábula sobre la locura de los hombres y los extremos a los que llegan para huir de su propia mortalidad. Además, es absolutamente verídica.

—Ay, no —susurró Chauncey—. Las historias verídicas son reales.

—Todo comienza una mañana excepcionalmente fría de abril. Nuestra protagonista, un estupendo espíritu del bosque al que se le da bien casi todo lo que hace, despierta sin saber que hoy es el día en que todo cambiará, los buenos sentimientos desaparecerán del mundo y las tinieblas camparán a sus anchas. Porque hoy es el día en que Linus Baker decidirá dejarse bigote.

—¡Buuu! —abuchearon todos los niños.

—No hay para tanto —repuso Linus—. De hecho, en mi opinión, estaba arrebatador.

—Sí, parecía que querías arrebatarnos de nuestro hogar para secuestrarnos —dijo Lucy.

Linus hizo caso omiso de él.

—Me lo afeité al cabo de cuatro días. Pero fue por decisión propia y no tuvo nada que ver con el hecho de que Theodore no parara de pedirme permiso para probar la lombriz que me estaba creciendo en la cara.

—¿Algo que añadir a tu relato, Phee? —preguntó Arthur.

—Desde luego —dijo ella—. Ni siquiera he llegado a la parte en que el bigote adquiere conciencia propia y decide conquistar el mundo. Y, como Linus está pegado a él, se convierte en villano y entonces lo salvamos con una cuchilla desafilada, espuma de afeitar y cariño.

—Está bien, continúa —dijo Linus, resignado a ser un personaje del cuento de Phee—. No entiendo por qué la cuchilla tiene que estar

desafilada, pero reconozco que me pica un poco la curiosidad.

—Más vale que haya explosiones —le advirtió Talia.

—De las destructivas y de las emocionales —agregó Sal.

—¿Por quién me habéis tomado? —preguntó Phee, con aire moderadamente ofendido—. Habrá por lo menos seis explosiones.

—¿Reales o imaginarias? —preguntó David.

Todos los niños se volvieron hacia Linus y Arthur con expresiones de súplica idénticas y extraordinariamente eficaces. Arthur miró a Linus, que se encogió de hombros.

—Una explosión —decidió—. Pero que no provoque daños.

—¡Hurra! —exclamó Lucy mientras David sonreía de oreja a oreja—. La detonaré en el aire. Phee, tú avísame cuando llegue el momento, y yo me encargo de lo demás. David, esto te va a encantar. Arthur y Linus nunca nos dejan volar cosas en pedazos.

—Ni a personas —dijo Arthur.

—Ni a personas —dijo Lucy torciendo el gesto.

—Este lugar es flipante —musitó David, lleno de asombro.

Phee asintió y se aclaró la garganta.

—Volvamos al relato. Ahí estaba yo, sin saber que todo estaba a punto de cambiar por culpa de una línea de pelos en el labio superior de un hombre. Al principio, parecía una mancha de mugre, pero tardó poco en crecer hasta parecer una oruga asquerosa. —Se inclinó hacia delante con un susurro de las alas—. Y entonces... empezó a bisbisear.

—Oooh —jadearon los niños, que escuchaban a Phee embelesados.

—No era tan terrible, ¿no? —le musitó Linus a Arthur mientras ella continuaba con su narración.

Arthur se rio entre dientes, apoyando la cabeza contra la suya.

—Qué va. En realidad, me parecía encantador. Por otro lado, todo en ti me lo parece.

Linus alzó los ojos al cielo con afecto.

—Qué hombre tan tonto y adulador.

Cuando Phee llegó al fin de su relato (acompañado de una única explosión a gran altura en el cielo que se convirtió en un espectáculo pirotécnico con una lluvia de centellas doradas, verdes y rojas), los niños ya estaban arropados y a salvo en sus camas improvisadas, y Lucy, que apenas conseguía mantener los ojos abiertos, daba cabezadas y luego se enderezaba de golpe. Todos le dedicaron una

ovación a Phee —incluido Linus, que quizá fue el que aplaudió más fuerte—, y ella correspondió con una reverencia antes de ocupar su sitio junto a Chauncey. Surgieron conversaciones entre ellos, en voz cada vez más baja. David, tendido de costado y tapado hasta el hombro con la manta fría, soltó una carcajada por algo que le dijo Talia.

Arthur, recostado contra un lado del cenador, contemplaba la parte de la isla que se divisaba más allá del jardín, donde los árboles proyectaban largas sombras a la luz de la luna. Se oía a lo lejos el batir de las olas contra los acantilados. No había una sola nube en el cielo, sino un campo de estrellas que se antojaba interminable. Linus yacía junto a él con la mano del otro contra su pecho y los dedos muy separados. El corazón de Linus, como un metrónomo, latía al compás lento y tranquilo de una canción que solo Arthur podía oír.

Se vio arrancado de sus pensamientos, que eran un torbellino caótico, cuando alguien pronunció su nombre.

Al alzar la mirada, reparó en que Sal lo observaba. Theodore estaba acostado a su lado, con la cabeza apoyada en su estómago, subiendo y bajando al ritmo de su respiración. Los otros críos dormían, al igual que Linus, que se había puesto a roncar con suavidad.

—¿Qué ocurre?

—Saldremos adelante.

Arthur tragó saliva, pues se le había formado un nudo en la garganta. Cuando habló de nuevo, su voz sonó ronca y tenue.

—¿Tú crees?

Sal asintió.

—Da igual lo que nos pongan por delante; pase lo que pase, saldremos adelante. Sabemos que estás asustado. —Se rio por lo bajo —. Supongo que yo también lo estoy.

—¿De veras?

—Sí, pero... —Bajó la vista hacia sus hermanos—. Vale la pena. Totalmente.

Arthur le escudriñó el rostro a su hijo.

—¿Incluso a pesar de...?

—Vale la pena —repitió Sal, acariciándole el hocico a Theodore con la punta del dedo—. Una vez Linus me dijo una cosa en la que

pienso a menudo. Dijo que está bien no estar bien, siempre y cuando no se vuelva algo permanente.

—Tiene razón —dijo Arthur.

—A lo mejor deberías acordarte de eso de vez en cuando —dijo Sal—. Quizá te ayudaría.

A Arthur se le escapó un resoplido de sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Sal antes de bostezar, tapándose la boca con el dorso de la mano—. Además, tenemos algo de lo que el Gobierno carece. Y eso lo cambia todo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arthur mientras el muchacho cerraba los ojos—. ¿Qué tenemos?

Su hijo musitó cinco palabras antes de entregarse al sueño.

—Nos tenemos unos a otros.

# Diez

El miércoles amaneció cálido y despejado. Era uno de esos días de verano que invitaban a la aventura, seguida de una bien merecida siesta en una hamaca colgada entre dos palmeras y mecida por la brisa.

O eso habría sido si ese miércoles hubiera amanecido así en cualquier otra parte.

En la isla de Marsyas, ese miércoles en concreto, el objetivo era muy distinto: prepararse para la guerra.

—¡No estamos preparándonos para la guerra! —repitió Linus por lo que le pareció la centésima vez en la última media hora.

—Entonces ¿por qué llevo un yelmo? —preguntó Chauncey.

—Eso es un colador que has robado de la cocina —dijo Linus.

Los niños habían decidido establecer su base de operaciones en la habitación de Linus y Arthur, y cada uno de ellos había llevado lo que consideraba necesario para afrontar los siguientes días. David quería llevar una capa. Phee le echó una mano y le anudó las puntas bajo el cuello. Ella lucía una tiara de flores recogidas en el jardín de Talia. La gnoma estaba preocupada por el estado de su barba hasta que Sal le llevó una de esas cremas para suavizarla y aportarle a la vez un brillo saludable. Theodore pendía del techo como un murciélago y consultaba a Linus cada cinco minutos más o menos para asegurarse de que aún llevara encima cierto botón de latón. Calíope los observa a todos con sus serenos ojos verdes desde su posición elevada en el alféizar de una ventana.

Arthur, sentado en su sillón de respaldo alto, sacudía la cabeza cada vez que Lucy salía de su cuarto con una nueva idea sobre cómo recibir al inspector. La primera vez que cruzó la puerta, medía casi tres metros. Ofrecía una imagen de lo más desconcertante, pues conservaba su cuerpo de niño, pero con unas piernas tres veces más largas de lo habitual. La segunda vez, había recuperado su estatura normal, pero llevaba una camiseta con una leyenda que lo identificaba

como «El diablillo de papi».

—¿Lo pilláis? —preguntó en voz bastante alta—. ¿Lo pilláis?

—Lo pillamos —dijeron todos, y Lucy desplegó una enorme sonrisa.

—¿Alguien ha visto un escorpión? —preguntó tras emerger de su habitación por tercera vez—. Si no, tranquilos. Es uno de esos pequeñitos, que son venenosos de narices, pero también muy difíciles de ver. —Arthur se enderezó en su silla y dirigió la vista hacia la puerta que daba al pasillo.

Al punto, apareció Zoe con aire sombrío. Llevaba un pantalón informal y una blusa holgada, con unas mangas que le colgaban por encima del dorso de las manos. Arthur se levantó del sillón. Linus debió de ver su movimiento con el rabillo del ojo, porque se volvió hacia él, arqueando una ceja de forma inquisitiva, y luego siguió la dirección de la mirada de Arthur hacia la puerta.

—¿Qué sucede? —inquirió este cuando el bullicio de los niños cesó. Era una pregunta innecesaria, porque la respuesta era evidente. Todos la sabían.

—Ya está aquí —anunció Zoe—. Acaba de bajar del tren. Helen va a recogerla. La llevará por la ruta panorámica a través del pueblo para que contemos con algo más de tiempo, pero no será mucho.

—Estamos preparados —aseguró Arthur, aunque le supo a mentira. Detestaba la facilidad con que le salía decir falsedades cuando quería proteger a los suyos—. Vamos a acribillarla con tanta amabilidad que tendrá que agradecérnoslo.

—Hay que pulir un poco más esa frase —masculló Linus mientras se ponía de pie entre crujidos de las rodillas—, pero me gusta esa actitud. Sí, estamos preparados.

—Supongo que ahora tendré que esconderme —dijo David, encorvándose mientras intentaba desatar el nudo que Phee le había hecho en la capa—. En cuanto me quite este trapo ridículo me quedaré calladito. Lo prometo.

—No es un trapo ridículo —dijo Chauncey—. Yo creo que te queda genial. Yo me probé una capa una vez, pero con ella parecía una supergominola.

David soltó una carcajada, pero su risa se apagó enseguida. Miró el nudo con el entrecejo arrugado y rasgó la tela con las uñas. Arthur se le acercó y, retirándole las manos, se agachó ante él.

—Entiendes por qué esto es necesario, ¿verdad?

El yeti mantenía los ojos fijos en sus pies descalzos, resistiéndose a mirar a Arthur. Se encogió de hombros con desgana.

—Sí, supongo. No estoy registrado, así que la inspectora podría intentar utilizar eso en mi contra.

Arthur le apartó un mechón corto de la cara.

—Exacto. Y esa es la única razón. No renegamos ni nos avergonzamos de ti. Eres maravilloso, David. Y pronto todo el mundo descubrirá lo que nosotros ya sabemos.

—No —dijo Sal de pronto.

Arthur, que seguía inclinado frente a David, se volvió hacia Sal con expresión ceñuda.

—¿Y eso a qué ha venido?

El muchacho dio un paso al frente con aire decidido.

—Esconderse no es una solución —dijo, mientras Theodore asentía sobre su hombro—. Lo único que se consigue con eso es que nos acostumbremos a vivir en las sombras. No es justo.

—No lo es —dijo Linus con tacto mientras Arthur se enderezaba —. Y no nos oirás alegar lo contrario. Pero este caso es distinto. Como David no está registrado, se expone a que lo trasladen de inmediato. No podemos correr ese riesgo, sobre todo porque podría afectaros a todos.

—No quiero causar problemas —dijo David, que parecía a punto de entrar en pánico—. ¡Puedo esconderme! —Con los labios curvándose hacia abajo, rascó el suelo con el pie—. Además, no es la primera vez que tengo que hacerlo. Ya estoy acostumbrado.

Sal le lanzó a Arthur una mirada elocuente antes de colocarse frente a David y aferrarlo por los hombros.

—No queremos que tengas que seguir viviendo así. Por eso hemos hablado de ello y hemos llegado a una decisión unánime. —Suavizó la expresión—. Perdón por no habértelo dicho antes. No queríamos que te sintieras incómodo, pero queremos ayudarte.

—David no se va a esconder —dijo Phee, cruzando los brazos y mirando con actitud desafiante a Arthur y Linus—. Sabemos que eso nos podría complicar las cosas a los demás, pero si él no puede dejarse ver, nosotros tampoco. Nos declararemos en huelga.

Chauncey agitó el tentáculo en el aire.

—¡Huelga! ¡Huelga! ¡Huelga!

—Si la inspectora tiene algún problema con David, la convertiré en abono —dijo Talia.

Lucy hizo un gesto afirmativo.

—Y yo abriré un portal interdimensional en el tejido de la realidad y la enviaré a un lugar que ni siquiera los demonios se atreven a pisar. ¿Y cuál es ese paraje perverso, os preguntaréis? ¡Excelente pregunta! —Extendió las manos a los lados en un estudiado ademán teatral—. Se llama… Florida.

Arthur escrutó uno por uno los rostros de los niños y comprendió que formaban un frente unido. Aunque un hilillo de inquietud se arrastraba por su pecho en dirección al corazón, no era nada comparado con el intenso orgullo que ardía en su interior. Los niños habían celebrado un conciliábulo privado, sin Arthur ni Linus, y habían alcanzado una decisión sobre una situación que les parecía inaceptable.

—David —dijo con suavidad—, ¿tú qué quieres hacer?

El aludido irguió la cabeza de golpe y se enjugó los cristales de hielo que se le habían formado en las comisuras de los ojos. Nervioso, se retorció las manos e hizo crujir los nudillos con fuerza. Con una risita, Theodore desplegó las alas y saltó del hombro de Sal al de David. Calíope —que nunca dejaba pasar una—, bajó del alféizar de un brinco y se restregó contra las piernas de Sal dando sonoros maullidos hasta que él la recogió. La gata ocupó el lugar de Theodore, con la cola enroscada tras el cuello de Sal.

David le pegó un gruñido, pero se aplacó cuando Theodore le apoyó la barbilla en la cabeza. El yeti se quedó inmóvil y volvió los ojos hacia arriba.

—Esto… Se me ha… ¿Qué está pasando? ¿Qué hago? ¿Nada? ¿Algo? ¡Ay, madre, decidme qué tengo que hacer!

—Te está demostrando que confía en ti —explicó Sal— y que puedes contar con él. —Calíope alzó la patita y le dio un toque en el mentón a Sal para obligarlo a bajar la vista hacia ella. Se puso a ronronear con ganas cuando él apretó la nariz contra la suya—. Porque no nos vamos a esconder. Tal vez hubo una época en que nos escondíamos, pero eso se acabó. Tenemos derecho a existir, estemos registrados o no. Si el DEJOMA no está de acuerdo con eso, pues… —Esbozó una sonrisa en la que Arthur percibió su fuerza y su

determinación—. Tal vez sea hora de que tomemos el control del Gobierno y les demostremos de qué somos capaces.

—¡Anarquía! —aulló Lucy con los ojos al rojo vivo—. ¡Caos! ¡Bufés libres con una oferta ilimitada de macarrones con queso! ¡Fuego infernal!

—David —dijo Linus—, no has respondido a la pregunta de Arthur. ¿Qué es lo que quieres?

El yeti levantó la mirada hacia los otros niños. Talia y Phee extendieron el pulgar hacia arriba. Vaciló un momento.

—No quiero esconderme. No causaré problemas, lo prometo.

—Puede quedarse conmigo hasta que se marche la inspectora —propuso Zoe—. Nadie puede encontrar mi hogar a menos que yo lo invite.

Sal negó con la cabeza.

—Ya nos lo hemos planteado, pero vendría a ser lo mismo que ocultarlo aquí. —Respiró hondo y exhaló despacio—. Sabemos que es mucho pedir, pero se trata de algo importante. Y no creas que no lo hemos pensado a fondo.

—Tenemos un plan —dijo Lucy, batiendo palmas con alborozo.

—Ay, madre —susurró Linus—. Contádnoslo.

Poco después del mediodía, el transbordador atracó en el muelle de la isla de Marsyas. Cuando Arthur oyó el ruido de la vieja camioneta de Helen que se acercaba por el sinuoso y ascendente camino de tierra, salió de la casa. Estaba más tranquilo de lo que se había imaginado; era como si todas sus emociones más exaltadas hubieran ardido hasta consumirse, sin dejar tras de sí más que una sensación de serena inevitabilidad.

Cuando el vehículo coronó la cuesta, Arthur bajó del porche y se quedó de pie frente a la casa, con las manos a la espalda. Vio a través del parabrisas que Helen le decía algo a la figura que venía sentada al lado, gesticulando con vehemencia.

La camioneta se detuvo con un chirrido de los frenos. Al cabo de un instante, el motor se apagó y quedó en silencio, salvo por un tictac como de un reloj. Helen se apeó y cerró la puerta. Se volvió hacia Arthur y puso los ojos en blanco antes de dirigirse hacia la plataforma del vehículo y levantar con un gruñido una maleta bastante grande,

negra, con asas de cuero y visiblemente pesada.

La puerta del lado del pasajero se abrió, y apareció la inspectora, sujetando contra el pecho un maletín de metal plateado.

Era alta —medía por lo menos metro ochenta, una estatura un poco superior a la de Linus y próxima a la de Arthur— y delgada como un suspiro. Se había recogido el cabello castaño en lo alto de la cabeza en un moño austero y bien apretado, sin un solo pelo fuera de su sitio. Llevaba unos pendientes con diamantes pequeños, y un anillo en cada dedo, de oro, plata y lo que parecía ónice, todos con vistosas gemas que resaltaban sobre sus gruesos nudillos. Sus cejas finas y arqueadas parecían pintadas, lo que le confería un aire de incredulidad permanente. Tenía un lunar en la mejilla derecha, y sus labios eran un tajo color rojo sangre, lo que daba a su descarnado rostro el aspecto de una calavera muy profesional. Llevaba unos prácticos zapatos planos negros y una falda plisada gris que le llegaba justo por debajo de las rodillas. Iba enfundada en un abrigo que no parecía muy apropiado para el calor del verano. La prenda roja, muy ceñida por la cintura y con una doble hilera de botones dorados en la parte delantera —ocho en total, cuatro a cada lado—, tenía un cuello rígido y forrado de piel que le rodeaba la cabeza de forma ostentosa. Presentaba una estampa digna de contemplar, y, de no ser porque estaba allí en representación del Gobierno, quizás Arthur la habría puesto sobre aviso respecto a la posible reacción de cierto guiverno cuando viera sus botones dorados. Pero, dadas las circunstancias, ¿quién era él para estropear lo que sin duda supondría una experiencia iluminadora para ella?

La inspectora cerró la puerta de la camioneta y elevó la vista al cielo con el ceño fruncido. El sol desapareció tras una nube, como si no quisiera saber nada de aquella mujer. Acto seguido, ella asintió, giró sobre los talones y se encaminó hacia Arthur. Desvió la mirada de él a la casa que tenía detrás, pero su rostro era una máscara inexpresiva que no delataba nada.

—Señor Parnassus —dijo en una voz más profunda de lo que él se esperaba y que sonó como si un par de portones pesados y siniestros se abrieran lentamente.

Sin tender la mano a modo de saludo, se detuvo a unos pocos pasos de él. Tenía los ojos apagados y estrechos, del color de los nubarrones. Era más joven que Arthur y Linus, pero no mucho.

—Me llamo Harriet Marblemaw. Puede dirigirse a mí como señorita Marblemaw. El Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos me ha encomendado la tarea de inspeccionar este orfanato.

Arthur la recibió con una reverencia.

—Bienvenida a Marsyas, señorita Marblemaw. Espero que su viaje haya transcurrido sin incidentes. Como sin duda ya sabrá, yo también monté en tren hace poco. Es un medio de transporte fascinante, ¿no le parece? Aunque, en mi humilde opinión, ir en autobús resulta mucho más placentero.

La señorita Marblemaw se quedó mirándolo, sin parpadear.

—Ignoraba que hubiera venido para conversar sobre medios de transporte.

—Y no es así —convino Arthur—. Ha venido, como ha dicho, para inspeccionar un orfanato, lo que me deja un poco descolocado, porque, verá usted, esto no es un orfanato. Es un hogar. Me sabe fatal que no la hayan informado bien antes de enviarla tan lejos. Eso sin duda dificultará mucho su labor.

Riéndose entre dientes, la señorita Marblemaw se acomodó el maletín sobre el antebrazo derecho.

—Yo estuve ahí —dijo en tono afable—, cuando usted prestó declaración. Resultó sumamente... esclarecedor. Y también desafortunado, en vista de cómo terminó. —Antes de que Arthur pudiera responder, abrió el maletín, rebuscó entre unas carpetas con el sello del DEJOMA y sacó un documento de aspecto oficial—. Es la orden del DEJOMA, firmada por Jeanine Rowder, la directora interina, que me autoriza el acceso a la isla, los niños y cualquier otra cosa que necesite durante mi estancia aquí. —Le alargó el papel—. Creo que ni siquiera su pico de oro le servirá para escaquearse esta vez.

Arthur hizo caso omiso del documento.

—¿Y cómo está la señorita Rowder? Nuestro primer y único encuentro terminó de forma prematura porque ella se marchó. Espero que no fuera por algo que dije.

La inspectora miró por encima del hombro de él.

—¿Dónde están los niños?

Arthur asintió.

—Vaya, estamos ansiosos, ¿no? No se lo reprocho. Yo también

me moría de ganas cuando iba a conocerlos. Me alegra que tengamos eso en común.

—Es una forma de expresarlo —murmuró Helen mientras se acercaba y depositaba la maleta en el suelo, cerca de los pies de la inspectora. Esta, por su parte, apenas dio muestras de reparar en la existencia de Helen. Tampoco le dio propina, cosa que Arthur se aseguraría de contarle a Chauncey. Sin duda tendría algo para decir al respecto.

La señorita Marblemaw ladeó la cabeza como un pájaro mientras guardaba el documento de nuevo en el maletín y echaba los cierres.

—¿Se cree usted muy gracioso, señor Parnassus?

—Pues sí, aunque, como le dije a uno de mis jóvenes pupilos, el humor es algo subjetivo y…

—Ya me lo imaginaba. Desde luego, da el tipo. —Se puso derecha y sonrió. Lo que en cualquier otra persona habría parecido una sonrisita simpática, en el caso de la señorita Marblemaw más bien daba la impresión de que creía que ya estaba tratando con un niño. Su expresión destilaba todo lo que él despreciaba: una condescendencia empalagosa mezclada con una seguridad en sí misma injustificada, todo ello disimulado bajo una pringosa y dulce capa de caramelo fundido. Y, a ojos de Arthur, eso la hizo parecer más peligrosa que un momento atrás. Rowder podía ser muchas cosas, pero no era tonta; sabía muy bien a quién debía enviar a la isla. La señorita Marblemaw así lo demostró cuando habló de nuevo—. Estoy al tanto de su… historial, señor Parnassus. Se ha valido de su encanto para ascender de forma ignominiosa a una posición de enorme responsabilidad. Se las ha ingeniado para engañar a Altísima Dirección…

Arthur se rio, intentando contener la ira. El fénix irguió la cabeza, con las plumas encrespadas.

—¿Usted cree?

—… pero a mí no me engatusará con sus encantos. Yo no soy Charles Werner. Tampoco soy Linus Baker. Estoy aquí, no solo para asegurarme de que los niños estén bien cuidados, sino también de que no les esté llenando la cabeza de propaganda antigubernamental.

—A propósito de propaganda —dijo Helen con dulzura—, ya recuerdo qué les pasó a todos esos carteles del DEJOMA sobre los que me preguntaba usted cuando estábamos cruzando el pueblo. Qué cabeza la mía, no sé por qué no me había venido a la memoria hasta

ahora.

—Bien —dijo la señorita Marblemaw, abstraída, cambiándose el maletín de mano. Se agachó para recoger la maleta—. Su colaboración será tenida en cuenta. ¿Qué les pasó?

—Por lo visto la cola que utilizaron para pegarlos no combina bien con la sal del aire —dijo Helen—. Y, como no queremos problemas con el del Gobierno, seguimos al pie de la letra las instrucciones de no usar un pegamento propio. Por desgracia, el viento se llevó los carteles hacia el mar.

La señorita Marblemaw se enderezó y miró a Helen con los ojos entornados.

—Perdón, ¿cómo dice? ¿El pegamento? Tomo nota. Informaré de ello al departamento competente para que se subsane el error de inmediato. En el ínterin, cuentan con mi autorización para utilizar cinta adhesiva o incluso chinchetas.

—¡Mecachis! —exclamó Helen—. Se nos han acabado las dos cosas. Haré un pedido a la mayor brevedad para asegurarme de que tengamos suficiente cinta adhesiva y chinchetas en el futuro.

—No deje de hacerlo —dijo la inspectora, sorbiéndose la nariz—. Al fin y al cabo, es importante que todas las personas mágicas sepan que su Gobierno las vigila y se preocupa por su bienestar.

Helen se acercó a Arthur y lo besó en la mejilla.

—Cuidado con esta —susurró, aprovechando que tenía la boca cerca de su oreja. Se apartó de él y, tras despedirse con una inclinación de cabeza, echó a andar hacia su camioneta—. Si necesita que la lleve a la aldea, no tiene más que decírmelo —dijo en voz muy alta, mirando hacia atrás—. No olvide que el precio del pasaje en el transbordador fluctúa, así que no le garantizo que pague lo mismo que hoy. El fuelóleo es caro, al fin y al cabo, aunque, por otro lado, usted trabaja para el Gobierno, que seguro que no escatima en gastos. ¡Chaíto!

—¿Me presenta a los niños? —preguntó la señorita Marblemaw mientras Helen arrancaba el motor de la camioneta—. Además, necesito hablar con Zoe Chapelwhite en algún momento de mi estancia. Dado el trato que tiene con los niños, deberá responder a algunas preguntas. ¿Podría concertarme usted una reunión con ella? Muy amable.

Maleta en mano, pasó por su lado rozándolo y se dirigió hacia la

casa con paso decidido.

—Allá vamos —susurró Arthur, siguiéndola al interior.

En la casa reinaba un silencio inquietante. La señorita Marblemaw se detuvo en el recibidor y dejó su equipaje y el maletín cerca de la puerta. Cuando Arthur la cerró tras su espalda, la inspectora, con movimientos teatrales, abrió de nuevo el maletín para extraer una tabla sujetapapeles que llevaba prendido un bolígrafo rojo en el anverso. Se volvió y comenzó a examinar... ¿las paredes? Le dio una patadita al zócalo y dejó una pequeña mancha negra. Luego deslizó el dedo por una mesilla próxima a la puerta y se lo acercó a los ojos.

—No hay polvo —murmuró—. Qué raro. —Se puso en cuclillas frente a un tomacorriente y retiró el protector de plástico antes de volver a insertarlo y anotar algo en la tabla.

Arthur se aclaró la garganta con la esperanza de sobresaltarla, pero ella se limitó a volver la cabeza hacia él.

—Antes de continuar... —empezó a decir él.

—¿Ya va a salir con excusas, señor Parnassus? Mala señal.

Arthur rechazó la pregunta con un gesto.

—En absoluto. Soy de la opinión de que cuando uno desea algo con todas sus fuerzas, encuentra la manera de conseguirlo, y si no, encuentra una excusa.

Las cejas de la inspectora se elevaron en su frente.

—¿Me está acusando de algo, señor mío?

—Para nada —dijo Arthur con docilidad—, pero me da la impresión de que está predispuesta a considerar sospechosa casi cualquier cosa, y le rogaría que tuviera una actitud más prudente al respecto.

—¿Ah, sí? —preguntó ella mientras se erguía despacio—. ¿Y eso por qué?

—Porque se ha convencido a sí misma de que la oscuridad acecha en cada rincón, y está condicionada para tenerle miedo, sobre todo cuando la asocia a cierto relato.

—¿El relato de que usted, un ser mágico (y uno de los más poderosos que se conocen), pretende adueñarse de unos niños potencialmente peligrosos, algunos de ellos con la capacidad de acabar con la vida tal y como la conocemos? ¿Se refiere a ese relato? —preguntó, tranquila y divertida, como Calíope cuando intentaba

agotar a su presa antes de abalanzarse sobre ella.

—En efecto —dijo Arthur—, un relato de lo más problemático. Aunque no debería tener que recordárselo, lo haré: al margen de los poderes que tengan o dejen de tener, siguen siendo niños. Y puesto que está usted en mi casa y ellos se encuentran a mi cargo, si en algún momento me da la impresión de que está poniendo en peligro su bienestar, ya sea desde el punto de vista físico, psicológico o emocional, haré lo necesario para garantizar su seguridad.

La señorita Marblemaw esbozó una sonrisa tenue.

—No sé por qué clase de persona me ha tomado, señor Parnassus, pero me ofende que me considere capaz de infligir cualquier tipo de daño a los niños. La mera insinuación me parece absurda, y con gusto aceptaré sus disculpas si me las ofrece.

—No pienso...

—Entiendo —dijo ella, garabateando en su tabla algún comentario sin duda no muy halagüeño antes de añadir—: Probemos un enfoque distinto. —Alzó la vista con expresión anodina—. Soy consciente de la gravedad de la situación y espero que usted también. Estoy bastante informada sobre sus antecedentes, y en cambio yo no soy más que una desconocida para usted. Si me permite, le hablaré un poco de mí. —Dejó el bolígrafo en el soporte en la parte superior del sujetapapeles—. No soy un ser mágico. Si lo fuera, no habría llegado a ocupar este cargo. Sin embargo, poseo ciertos talentos, y hay uno en especial que creo que le resultará interesante.

—¿Cuál?

—No sé lo que es el miedo —dijo la señorita Marblemaw—. Nada me asusta: ni los ruidos misteriosos por la noche, ni las serpientes enormes con colmillos venenosos, ni mi mortalidad, ni los insectos, ni las sustancias viscosas, ni las amenazas de un hombre que no entiende lo peliaguda que es la situación en la que se encuentra. Y así ha sido desde que tengo memoria. Cuanto antes lo asuma usted, mejor para todos.

Arthur se quedó callado, mientras los pensamientos se agolpaban en su cabeza.

—Lo tendré en cuenta —dijo al fin—. Puesto que ha sido sincera conmigo, yo también lo seré con usted. Considerando que la ha enviado la señorita Rowder, doy por sentado que ha venido a infestarnos.

A la inspectora se le desorbitaron los ojos.

—¡¿Que he venido a qué…?! ¿Cómo se atreve…?

—No me refiero a una plaga, sino a micrófonos ocultos —dijo Arthur—. Dispositivos de escucha como el que colocaron en nuestra habitación de hotel antes de la audiencia. Como haya traído consigo dispositivos de ese tipo y yo descubra alguno escondido por la casa, será desterrada de la isla de inmediato, tanto si ha concluido su investigación como si no.

—No tiene derecho a desterrarme —espetó ella.

Él se encogió de hombros con afabilidad.

—Qué interesante que se centre en eso y no en desmentir mis sospechas. Pero tiene razón: no tengo derecho. Desterrar gente no figura entre mis atribuciones. Dicho esto, la isla pertenece a Zoe Chapelwhite, y usted está aquí porque ella ha dado su permiso. Si ella decide que usted no es bienvenida, tendrá que marcharse. Simple y sencillamente. ¿Nos vamos entendiendo?

La expresión de autosuficiencia asomó de nuevo al rostro de la mujer.

—No tiene pruebas de que Rowder o ningún otro miembro del DEJOMA ocultara un micrófono en su habitación. Y, en ausencia de pruebas, sus palabras constituyen una difamación. Como sin duda ya sabrá, existen leyes contra eso.

Arthur se rio entre dientes.

—Sí, lo sé. Nada de micrófonos, señorita Marblemaw. Los niños tienen derecho a la intimidad. —Comenzó a alejarse y se detuvo un momento para mirarla por encima del hombro—. ¿Me acompaña? Los niños están en clase ahora mismo. Cuando termine, podrá conocerlos.

Estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas cuando entró en el aula de la planta baja, seguido de cerca por la señorita Marblemaw y el irritante garabateo de su bolígrafo que le recordaba su presencia en todo momento. Lucy había vuelto a mudarse de ropa, por motivos que solo él conocía. En aquel momento llevaba pantalón de vestir, camisa y una corbatita la mitad de larga que el antebrazo de Arthur. En cuanto vio entrar a la señorita Marblemaw detrás de Arthur, se encaramó en la silla de su pupitre y levantó la mano, agitando los dedos. Los otros niños contemplaron a la recién llegada con una

mezcla de preocupación e interés.

Linus interrumpió la lección —los miércoles por la tarde tocaba hablar de literatura— y miró a la inspectora con el ceño fruncido antes de volverse hacia Lucy.

—¿Querías preguntar algo sobre el tema?

—No —dijo Lucy en voz muy alta—. Solo quería que supiera que me encanta estar sentado en un pupitre en pleno verano, aprendiendo, en vez de jugar al aire libre.

Linus parpadeó.

—¿Ah, sí? Es decir, claro que sí. Gracias por contarnos lo que ya sabíamos todos.

Talia alzó la mano también.

—Yo quería decir que aprender es lo más divertido del mundo. De hecho, nada me gusta más que aprender de usted, señor Baker.

—¿Por qué lo llaman así? —le preguntó Chauncey a Phee en un susurro audible, echándole una mirada nerviosa a la nueva invitada.

—Por el espantapájaros que está junto a Arthur —susurró Phee a su vez.

La señorita Marblemaw soltó un gruñido y garabateó en su tabla.

—¿Es un espantapájaros? —exclamó Chauncey—. Cielo santo. ¿Con qué nos saldrán después?

—Niños —dijo Linus para captar de nuevo su atención—. Centrémonos, por favor. Que tengamos una visita no implica que debamos descuidar nuestros estudios. Hay que...

En ese momento, un yeti entró como si tal cosa en el aula, tan campante, con una capa ondeando tras él. Se quedó posando un momento, con las manos en las caderas, antes de alzar la mirada hacia la señorita Marblemaw y desplegar una sonrisa que dejaba bien a la vista sus colmillos.

La señorita Marblemaw, con los ojos como platos, comenzó a retroceder, pero se detuvo —más sobresaltada que asustada—, torciendo la boca.

—¿Qué es eso?

David le dedicó una reverencia y estuvo a punto de caer de bruces, pero consiguió recuperar el equilibrio en el último momento.

—Salud, bella dama. —La tomó de la mano y le plantó un beso baboso en el dorso antes de que ella pudiera zafarse—. Me había llegado el rumor de que una inspectora había desembarcado en la isla,

pero no me esperaba a alguien tan... como vos. Decidme, ¿vuestro rostro ofrece siempre ese aspecto o acaso os lo habéis maquillado expresamente para mí?

—Otro niño —musitó la señorita Marblemaw, abriendo mucho los ojos—. Ya sabíamos que... —Debió de recordar que estaba rodeada, pues cerró la boca con un sonoro chasquido de dientes.

David profirió una risotada.

—¿Un niño? Señorita, no soy un niño. Tengo cuarenta y siete años.

Linus, al frente de la clase, soltó un quejido. Arthur, por su parte, estaba fascinado en extremo por aquel giro de los acontecimientos. Cuando la chiquillería había dicho que tenía un plan para David, no había entrado en detalles. La decisión de aprovechar las dotes histriónicas del yeti había sido un toque de locura genial, aunque también bastante ridículo.

La señorita Marblemaw bajó los ojos entornados hacia David.

—Dices que tienes... ¿cuántos años?

—Casi medio siglo —dijo David en tono jovial—. Se estará preguntando «¿Cómo es posible que un yeti de esa edad sea tan bajito?». ¡Pues me alegra que me haga esa pregunta! Cuando no era más que un mozalbete, me encontré entre la espada y la pared. ¡Literalmente! Me pasé siete años atrapado ahí hasta que me rescató una feria ambulante, pero la amarga experiencia atrofió mi crecimiento. ¡Sin embargo, no me hago mala sangre por ello! A fin de cuentas, soy un adulto.

A la señorita Marblemaw se le crisparon las facciones como si un olor desagradable le hubiera invadido las fosas nasales.

—¿De verdad esperas que me crea eso? Si no eres un niño, ¿qué haces aquí?

—Arthur y yo nos conocemos de hace mucho tiempo —dijo David con despreocupación—. Menudas juergas nos corríamos en la universidad cuando éramos compañeros de fraternidad.

—Arthur Parnassus nunca fue miembro de una fraternidad —dijo ella—. Créeme si te digo que me he documentado bien. Lo sé todo sobre él.

—¿De veras? —le preguntó Arthur a la inspectora—. Pues tiene razón, desde luego. No me corrí juergas en ninguna fraternidad durante la época en que amplié mis estudios, pero solo porque estaba

prohibido que los seres mágicos formaran parte de asociaciones humanas. Cuando revocaron esa ley, yo ya hacía tiempo que me había marchado.

—¿He dicho juergas? Quería decir que corrimos muchas carreras —rectificó David—. Porque Arthur y yo somos aficionados a correr, ¿no es así, muchacho?

—Es así —dijo Arthur, tomando nota mentalmente de que más tarde debía mantener con David una conversación sobre la necesidad de mentir con responsabilidad—. Te agradezco que estés aquí, David. Tu apoyo durante este proceso significa mucho para mí.

—Luego nos iremos de birras —le dijo David a la señorita Marblemaw—. Arthur y yo. Sí, nos tomaremos unas cervezas mientras charlamos sobre economía, como en los viejos tiempos.

—¿Ah, sí? —preguntó ella—. Qué curioso, que alguien con tu aspecto se pasee tan tranquilamente por aquí.

David empezó a replegarse sobre sí mismo.

—Puedo estar aquí, si quiero —murmuró—. Tengo permiso para...

—Exacto —dijo Sal con rotundidad—. Tienes permiso para estar aquí. —Se dio la vuelta y alzó la mano. Al ver que Linus asentía, dijo—: Antes de la interrupción, hablábamos sobre los efectos negativos de un gobierno totalitario y los peligros que entrañan las palabras, sobre todo cuando se utilizan como arma de propaganda.

—¿Ah..., sí? —preguntó Linus—. Es decir, sí, justo hablábamos de eso. Las palabras pueden usarse para hacer el bien, pero a veces también causan sufrimiento.

—A colectivos marginados —agregó Sal con voz clara. No volvió a mirar a la inspectora, aunque esta lo observaba con los párpados entrecerrados. Arthur supuso que esa había sido la intención de Sal, desviar su atención de David—. Así que mi pregunta es la siguiente: si se sabe que ciertos usos de las palabras ofenden, ¿por qué hay gobernantes que las usan así? ¿Lo hacen con algún propósito concreto, o simplemente porque no les importa?

—Excelente pregunta —dijo Linus, inclinando la cabeza en señal de aprobación—. Antes de oír mis comentarios al respecto, ¿alguien quiere compartir su punto de vista con nosotros?

—Porque saben perfectamente lo que se hacen —dijo Phee—. Saben que el miedo es un factor motivador muy potente y que mucha

gente se cree todo lo que le dicen.

—¿Y por qué pasa eso? —inquirió Linus.

Theodore se alzó sobre las patas traseras en su pupitre, extendiendo las alas al máximo y gorjeando, exaltado.

—Genial, Theodore —dijo Linus—. Lo has acertado a la primera. La cuestión de lo que les importa o no es un poco espinosa. Sal, cuando has sugerido la posibilidad de que a ellos, es decir, a las personas en el poder, no les importa el posible efecto de sus palabras, ¿de verdad crees que es así? Me parece un planteamiento erróneo.

—Qué interesante —murmuró la señorita Marblemaw—. Por lo visto su querido señor Baker no tiene el cerebro tan lavado como usted desearía.

—O a lo mejor debería dejarlo terminar —dijo Arthur.

—En clave hipotética, y solo en el contexto del libro del que hablamos, yo diría que sí les importa, pero no de una manera que beneficie a los colectivos afectados. Les importan sus intereses, el control sobre los demás, la manipulación de los medios y las encuestas, sembrar el miedo hasta que la sumisión ciega suponga no solo un alivio, sino una bendición.

Arthur volvió la cabeza lentamente para mirar a la señorita Marblemaw, cuya cara empezaba a congestionarse con una ira apenas contenida.

—¿Le gusta leer, señorita?

A la mujer le tembló la piel de debajo del ojo derecho.

—Ya hablaremos de los temas que resultan apropiados para tratar en clase y los que no. Antes de que acabe la semana, quiero que me faciliten los planes de estudio de cada niño, además de la lista de todos los libros que se les permite leer. Me da la impresión de que habrá que recortarla. —Dio unos golpecitos en la tabla con el bolígrafo—. Para proteger a los niños, por supuesto.

—Pero eso es todo por hoy —anunció Linus—. Como veis, tenemos una nueva invitada. Nos la envía el Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos para comprobar que...

—Puedo presentarme yo misma, muchas gracias.

Linus puso mala cara por unos instantes antes de asentir.

—Faltaría más. Le cedo la palabra.

La señorita Marblemaw se encaminó a paso veloz hacia el frente

de la clase, con el bajo del abrigo ondeando en torno a ella, a solo unos centímetros del suelo. En vez de pedirle a Linus que se apartara, se apretujó contra él hasta que se hizo a un lado por iniciativa propia. A continuación, tendió la mirada hacia los niños y se aclaró la garganta.

—Buenos días. Soy la señorita Marblemaw. Podéis llamarme por mi nombre o con el apelativo *señorita*. Nada de «oye» ni «eh, tú». Si este concepto os resulta demasiado complicado para asimilarlo, buscaremos un hueco para que os dé clases sobre la manera correcta de dirigirse a un adulto.

La mano de Lucy se elevó hacia el techo de nuevo y, aunque Arthur se moría de ganas de intervenir —de una vez—, decidió esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas y cómo reaccionaría la inspectora en su primera interacción directa con los niños.

La señorita Marblemaw se lo tomó con filosofía.

—¿Sí? ¿Tienes una pregunta?

—¿Puedo ofrecerle un té? —preguntó Lucy con dulzura—. Tenemos miel recién cosechada para acompañarlo.

—Bien —dijo ella, moviendo la cabeza afirmativamente—. Mostrar amabilidad hacia los funcionarios no solo es apropiado, sino que tiene su recompensa. Por tu generosidad, te has ganado un punto de cortesía oficial. Si acumulas cincuenta puntos, se te premiará con un diploma del DEJOMA firmado por tus políticos favoritos.

—¡Huala! —dijo Lucy, dando volteretas tras levantarse de su pupitre—. ¿Mis políticos favoritos? ¡Pero si tengo un montón!

La señorita Marblemaw asintió con un gesto solemne mientras el chiquillo se dirigía hacia una mesa pequeña situada al fondo de la sala y sobre la que había un juego de té y una bandeja con pastas.

—Me alegra mucho oírlo. Aunque hay quienes creen que deberíamos poner a los famosos en un pedestal, yo opino que son los laboriosos funcionarios del Gobierno quienes deberían aparecer en los pósteres que los niños cuelgan en las paredes de su cuarto y cuyos autógrafos deberían estar muy cotizados.

—¡Qué interesante! —dijo Lucy mientras servía el té con cuidado —. Caray, de verdad que me ha abierto los ojos. Gracias por venir aquí, con esa cara y esas palabras. ¿Azúcar? ¿Leche? ¿O le basta con la miel?

—Con miel está bien —dijo la señorita Marblemaw—. Bueno,

¿por dónde iba? Ah, sí. Soy inspectora y me envía el Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos. Me tomo muy en serio mi trabajo, pero eso no significa que no podamos ser amigos. —Hizo una mueca y Arthur tardó unos segundos en caer en la cuenta de que se trataba de un intento espectacularmente fallido de sonreír—. Quiero que penséis en mí como vuestra tía divertida que ha venido en misión oficial para determinar si esta casa cumple con todos los requisitos gubernamentales, o si hay que considerar otras opciones.

—Aquí tiene su té, señorita —dijo Lucy, tendiéndole la taza con una ligera reverencia.

Ella la aceptó con una inclinación de cabeza. Tras tomar un sorbo con delicadeza, chasqueó los labios.

—Te has pasado un poco con la miel. La próxima vez, ponme la mitad.

—Gracias por su valoración —dijo Lucy, muy serio—. La tendré muy en cuenta en el futuro. —Se volvió hacia Talia, dándose unos golpecitos en el mentón—. Oye, tú me contaste cómo se elaboraba la miel, ¿no? Deberías compartir esa información con la señorita Marblemaw para que vea cuánto hemos aprendido.

Talia asintió, sonriente. Esperó a que la inspectora bebiera un trago largo.

—¿Tú crees? —dijo entonces—. No a todo el mundo le hace ilusión enterarse de que la miel es vómito de abejas.

Arthur sabía que Lucy esperaba que la mujer escupiera el té en un chorro espectacular, pero, en vez de eso, ella tragó con toda tranquilidad.

—Mi abuelo era apicultor —dijo—. Sé muy bien lo que estoy consumiendo, gracias.

Mirándola con el entrecejo fruncido, Lucy retrocedió un paso.

—Ah. Eso es... Vaya.

Ella fijó los ojos en él, ladeando la cabeza.

—Por lo visto esperabas una reacción distinta. Entiendo. —Tras sacarse un pañuelo negro de la manga derecha del abrigo, se dio unos toquecitos con él en los labios. Cuando terminó, se lo guardó de nuevo. Bajó la vista hacia el té que le quedaba en la taza y lo removió con suavidad. Cuando irguió la cabeza, lucía una sonrisa auténtica y radiante que le provocó un escalofrío a Arthur—. Al parecer hemos

empezado con mal pie, y os presento mis más profundas excusas por ello. Seguramente no ayuda que hayan llenado vuestras pobres cabecitas con toda clase de disparates que prefiero no imaginar. Podéis tener la seguridad de que eso se ha acabado. De ahora en adelante, os demostraré que a vuestro Gobierno le importáis no solo vosotros, sino también los seres mágicos de todas partes. Vuestro bienestar es fundamental para nosotros, y nuestro mayor deseo es que tengáis éxito y llevéis vidas seminormales.

—Bueno —dijo Phee—, visto así...

—¡Cuánto me alegra que estéis de acuerdo! —dijo la señorita Marblemaw, la personificación misma de la frase «estar en Babia»—. Después de todo, los estropicios más vale arreglarlos antes de que empeoren. A propósito... —Se volvió hacia Sal y alzó su taza hacia él —. Eh, tú. He terminado. Llévate esto.

—Me llamo Sal —dijo él de forma tajante—. Y en esta casa nadie pide a otro que limpie lo que él mismo ha ensuciado, y menos aún con malas maneras.

—Tiene razón —dijo Linus—. Como inspectora, ¿no debería usted dar ejemplo?

Arthur casi podía ver cómo le salía humo por las orejas mientras garabateaba otra observación en su tabla.

—Delegar es una forma de aprender a ser responsable.

—También lo es valerse por uno mismo —dijo Sal.

—En efecto —dijo Arthur, desplazándose hacia la parte delantera del aula mientras los ojos de la señorita Marblemaw se clavaban en él como puñales—. Y Sal tiene razón, no solo respecto a que debemos responsabilizarnos de nuestros actos, sino también respecto a que tiene un nombre. Curiosamente, todos los niños tienen uno. Quizás una presentación no estaría de más.

—Está bien —dijo la inspectora con una nueva versión de su sonrisa empalagosa en los labios antes de depositar su taza sobre la mesa—. Conforme os vaya dando la palabra, me diréis vuestro nombre, edad, especie, una cosa que os guste de vivir en la isla y una que no os guste. Espero una franqueza absoluta en vuestras respuestas. No debéis hablar salvo cuando yo os lo indique.

Linus puso mala cara.

—Eso no...

—Tch, tch —chasqueó la inspectora—. No recuerdo haberle dado

la palabra al señor Baker, y, sin embargo, está hablando. Usted no se ha ganado un punto de cortesía.

—Oooh —dijeron los niños.

—¿Especie? —preguntó Arthur con severidad—. ¿Eso a qué viene? Suponía que había estudiado usted los expedientes del DEJOMA, si es que pueden llamarse así.

—En cualquier caso —dijo la señorita Marblemaw—, preferimos oírlo de boca de los sujetos mismos para asegurarnos de que nadie se haga… falsas ilusiones sobre lo que es o deja de ser. Niños, poneos en fila india frente a mí.

Nadie se movió.

—¡No era una invitación! —dijo en un tono exasperantemente jovial—. Cuando os ordene algo, debéis obedecer sin vacilar.

A una señal de Arthur, los niños se levantaron de sus pupitres todos a la vez y formaron una línea, como les había indicado la señorita Marblemaw.

Talia fue la primera. Dio un paso al frente, con la punta del gorro caída hacia delante.

—Me llamo Talia. Tengo doscientos sesenta y cuatro años. Soy una gnoma de jardín, una de las más talentosas que han existido jamás.

—La jactancia es algo impropio de una señorita —dijo la inspectora—. Debemos mostrar humildad, sobre todo en presencia de nuestros mayores.

Talia frunció el ceño.

—Pero nos ha dicho que seamos francos. Es verdad que soy una de las gnomas de jardín más talentosas que han existido. ¿Es que no ha visto mi jardín?

—Soy alérgica —dijo la señorita Marblemaw con aire despectivo —. El polen es mi talón de Aquiles. Continuemos. Dime algo que te guste y algo que no te guste. Rápido.

—Me encanta el polen —dijo Talia, acariciándose la barba—. Y no me gusta la gente que no sabe apreciar la cultivación.

—Cultivarse es importante, desde luego —dijo la mujer, incapaz de captar los matices de los insultos gnomescos—. Es la base del crecimiento personal. ¡El siguiente, por favor!

Theodore se dirigió hacia el frente dando traspiés, fijó la vista en ella y, con la cabeza ladeada, se puso a piar con fuerza. Sin dejar de

parlotear, desplegó las alas. Todos los niños —incluido David, que hojeaba a toda prisa su manual de frases básicas— rompieron a reír, y Linus se llevó la mano a la boca, con los ojos desorbitados. Arthur tuvo buen cuidado de mantener una expresión neutra, aunque para sus adentros pensaba: «Ay, estos niños. Qué niños tan extraordinarios».

Cuando Theodore terminó (después de decirle a la señorita Marblemaw que sus ojos parecían botones relucientes, que estaba pensando en añadirlos a su tesoro y que no, no estaba invitada a ver dicho tesoro), la mujer parecía desconcertada.

—¿Qué ha dicho el bicho?

—El niño ha dicho que es un guiverno —declaró Sal, impávido—, que no está seguro de su edad, que también le gusta el polen y que no le gusta la gente que dice cosas para intentar ganarse a la gente y luego les da una puñalada trapera por la espalda.

—¿Eso pasa a menudo aquí? —preguntó la señorita Marblemaw, escribiendo frenéticamente en su tabla.

Theodore volvió a piar. «No había pasado hasta hoy».

—Qué va —dijo Sal—. Es una situación hipotética.

—Me llamo Chauncey —dijo el muchacho gelatinoso, rezumando viscosidad mientras se dirigía hacia el frente—. Tengo diez añazos. Por lo visto soy una mezcla de pulpo, pepino de mar y seguramente un puñado de milagros más. ¡Pero hay un tema mucho más importante del que deberíamos hablar!

A la señorita Marblemaw le bailaban los ojos cuando se inclinó hacia delante.

—¿Sí? Puedes expresarte con toda libertad, hijo. No tienes nada de qué preocuparte ahora que estoy aquí. Te prometo que me aseguraré de que no te pase nada y…

—Me refiero, claro está, a una oportunidad de inversión única. —Extendió los tentáculos—. Imagínese: yo al frente de un hotel de sesenta habitaciones a pie de playa, con todas las comodidades que se pueden desear. ¡Masajes! ¡Gastronomía! ¡Música en vivo! ¡Una bata aprobada personalmente por Chauncey que el cliente se puede llevar a casa! Pero, un momento: ¡eso no es todo! —Abrió mucho los ojos con un gesto teatral—. ¿Que le han robado el collar de diamantes de dieciséis quilates que había dejado en su habitación? ¡No se preocupe! ¡No solo soy el propietario, director y botones del establecimiento,

sino que le garantizo mis servicios como detective para resolver cualquier misterio! Y todo esto puede ser suyo a cambio de unos fondos que verá triplicados al cabo de dos años. ¿Qué cifra le apunto? ¡Cuantos más ceros, más rendirá su dinero!

—Ni un centavo —dijo la señorita Marblemaw—. No soy partidaria de alimentar esperanzas vanas. Es una crueldad.

—Qué interesante —dijo Arthur—, teniendo en cuenta que él ya es uno de los mejores botones del universo conocido. —Le guiñó el ojo a Chauncey—. Un gran hombre dijo una vez que las historias imaginarias tienden a molestar a quienes carecen de imaginación. Yo, por mi parte, estoy deseando ver ese hotel. Ven a verme más tarde para que hablemos de mi aportación económica. —Todos hicieron caso omiso del corrosivo carraspeo de la señorita Marblemaw.

Después le tocó el turno a Sal. Avanzó unos pasos con la vista fija en la inspectora y sin apenas parpadear. Abrió la boca para hablar, pero se interrumpió. De pronto, sonrió y se le iluminó la mirada.

Arthur vio enseguida lo que había captado la atención de Sal: allí, trepando por el cuello del abrigo de la señorita Marblemaw, estaba un pequeño alacrán marrón y amarillo. Dio un paso hacia ella para advertírselo, pero ella habló primero.

—¿Piensas decir algo? —le preguntó a Sal—. ¿O vas a quedarte ahí mirándome como un pasmarote? No tengo todo el día.

Sal arqueó una ceja.

—¿Cómo que no? Tiene dos semanas.

Ella bajó la tabla sujetapapeles, ajena al polizón que se le había subido en algún momento y que caminaba lentamente hacia su rostro, que había adoptado una expresión de perplejidad que parecía estudiada. Se llevó la mano al cuello.

—¿Estás...? —Bajó la mano—. ¿Intentas ir de listo conmigo?

Sal negó con un gesto.

—No, simplemente soy listo.

—¿Y no será más bien que no sabes estar en tu lugar? —contraatacó la señorita Marblemaw—. Eres un niño, lo que significa que debes...

—¡Belcebú! —exclamó Lucy con alborozo—. ¿Qué haces ahí arriba, tontorrón?

—Sacrilegio —jadeó la señorita Marblemaw. Luego, en voz mucho más alta, dijo—: ¿A quién intentas invocar? Sabía que debería

haber traído agua bendita para...

El escorpión tomó impulso con la cola, pero, antes de que pudiera atacar, la inspectora, con la velocidad de un relámpago, subió la mano en la que sujetaba de nuevo el pañuelo. Tras cubrir con él al alacrán, retiró la mano al tiempo que apartaba la cabeza con brusquedad. Sostuvo el pañuelo en alto, y Arthur vio que el arácnido retorcía las patitas marrones.

Y entonces la señorita Marblemaw cerró el puño, aplastando al alacrán con un fuerte crujido.

Se hizo el silencio.

—La fauna isleña —dijo la mujer, dando media vuelta para encaminarse hacia la mesa del profesor. Sacudió su pañuelo encima de la papelera, y el cadáver del escorpión cayó dentro, casi sin hacer ruido—. Supongo que, cuando uno se encuentra tan lejos de la civilización... —dijo, tendiendo la vista hacia su público—, corre el riesgo de encontrarse con sabandijas como esta.

—¡Ese escorpión era mío! —dijo Lucy, indignado.

La inspectora le lanzó una mirada displicente.

—En efecto, lo era. Ahora no es nada. Si de verdad te hubiera importado, habrías hecho lo posible por protegerlo. Has aprendido una lección importante sobre la vida. Bueno, a lo que íbamos: tú debes de ser Lucifer.

El chico clavó en ella unos ojos incandescentes de ira.

—El mismo. También se me conoce por otro nombre.

La señorita Marblemaw se rio entre dientes.

—Lo tengo bien presente. Qué curioso que el engendro del demonio sea tan... pequeño. ¡Pero si a duras penas me llegas a la cintura! Cuando te venga bien, dime por favor tu edad, algo que te guste y algo que te disguste, como los demás.

Lucy se balanceó sobre los talones, desplegando de nuevo una sonrisa.

—Mi cuerpo tiene siete años de edad, pero el demonio que mora en mi alma es mucho más antiguo, así que lo dejaremos en treinta y seis. ¿Y sabe qué es lo más raro? ¡A mí también me gusta el polen! Y me disgusta cuando no hay montones de él en los que podamos revolcarnos.

La señorita Marblemaw se inclinó hasta que su rostro quedó

frente al de Lucy. No abrió la boca ni parpadeó. El crío, por su parte, reculó un pequeño paso, pero no desvió la mirada. De repente, la mujer se enderezó como un resorte y apuntó algo en su tabla.

—No me dejaré intimidar por ti —dijo—. Dios está de mi parte.

A Lucy se le escapó un gemido.

—Ah, así que es usted una de esas. Puaj.

La señorita Marblemaw no le prestó la menor atención.

—Las cosas van a cambiar de ahora en adelante. Espero de vosotros un comportamiento ejemplar. Si, por alguna razón, sois incapaces de cumplir esta condición, tal vez acorte mi visita y formule mis recomendaciones antes de lo previsto. Creedme si os digo que el resultado no os gustará. ¿Alguna pregunta? —sin esperar respuesta, prosiguió—. Bien. Me complace sobremanera que nos vayamos entendiendo sin irnos por las ramas.

Linus fue el primero en recuperarse.

—Niños, creo que es la hora de vuestro refrigerio de la tarde. ¿Qué tal si nos retiramos a la cocina mientras el señor Parnassus lleva a la señorita Marblemaw a la casa de invitados?

—Me parece perfecto —dijo la inspectora—. Espero de verdad que mi alojamiento esté en mejores condiciones que lo que he visto hasta ahora.

—La cama está recién hecha —aseguró Arthur mientras abría la puerta de la casa de invitados. Ligeramente aturdido después de la presentación de la señorita Marblemaw, el hombre intentó despejarse la cabeza y concentrarse en la tarea que tenía entre manos—. Encontrará ropa de cama adicional en el armario del pasillo, además de toallas de repuesto, en caso de que las necesite. Si desea el servicio de descubierta, Chauncey estará más que encantado de ayudarla. Le gusta practicar.

—Dudo mucho que eso resulte necesario —contestó ella mientras cruzaba el umbral—. Parece algo… pegajoso, y preferiría que no dejara las sábanas igual.

—Se sorprendería de lo poco pegajoso que es en realidad —dijo Arthur, cerrando la puerta tras de sí—. Salvo cuando quiere serlo.

La señorita Marblemaw se puso rígida al llegar a la entrada del pequeño salón. Arthur descubrió el porqué cuando se le acercó por

detrás.

Zoe Chapelwhite estaba de pie en medio de la estancia, batiendo las alas detrás de la espalda. Dirigió la vista hacia Arthur por encima del hombro de la inspectora antes de depositar toda su atención en ella.

—Bienvenida a la isla. Me llamo Zoe Chapelwhite. Si necesita cualquier cosa durante su estancia, no deje de...

—¿Zoe Chapelwhite? —repitió la señorita Marblemaw—. Según nuestros informes, usted es un ser mágico no registrado, lo que constituye una infracción de...

Zoe alzó la mano, y la señorita Marblemaw se quedó callada. Al cabo de un momento, el espíritu isleño bajó el brazo.

—Solo quiero presentarme. No hay motivo para iniciar hostilidades de inmediato. Ya habrá tiempo para responder a cualquier pregunta que le surja mientras esté aquí. —Volviéndose hacia Arthur, forzó una sonrisa—. ¿Cómo les ha ido a los niños en la primera toma de contacto?

—Tan bien como cabía esperar, dadas las terroríficas circunstancias en que os encontráis —dijo la señorita Marblemaw.

—Les ha ido bien —dijo Arthur—. Y no te lo vas a creer: mi viejo amigo David ha decidido quedarse para ayudarnos. Te acuerdas de David, ¿verdad? Aquel hombre que conocí en mi juventud.

—Por supuesto —dijo Zoe sin vacilar—. Qué bien que se haya prestado a echar una mano. Hace siglos que no lo veo.

—Y una mierda —espetó la señorita Marblemaw—. No esperarán que me trague que...

—Desde luego que sí —dijo Zoe—, porque de lo contrario, estaría tildándonos de mentirosos y, para un espíritu isleño, ese es uno de los peores insultos que pueden salir de boca de un humano.

La señorita Marblemaw palideció, pero no dio el brazo a torcer.

—Que un ser mágico no registrado interactúe con niños mágicos es coquetear con el desastre. Pero como a nosotros, los miembros del Gobierno, nos importa mucho el bienestar de todos, estamos dispuestos a correr un tupido velo sobre el pasado, siempre y cuando usted se registre de inmediato en el Departamento Encargado de los Adultos Mágicos.

A Zoe se le arrugó la nariz al sonreír.

—Va a estar usted dos semanas aquí, ¿verdad?

La inspectora parpadeó.

—Sí.

—Entonces, como le he dicho, ya habrá tiempo para eso. Una vez que se haya instalado, podrá planear el siguiente…

—No puede desaparecer —dijo la señorita Marblemaw—. Sé que seguramente tendrá decenas de escondites por todo este pedrusco, pero si me obliga a salir en su busca, el desenlace no será agradable.

Zoe soltó una risita tintineante.

—¿Pedrusco? Las apariencias pueden resultar engañosas. No sabe nada del territorio que está pisando con mi permiso, ni de su historia. Mejores humanos que usted han intentado arrebatárnosla a los espíritus isleños, y yo, como última custodia de este pedrusco, lo defenderé con todas mis fuerzas. —El sol volvió a brillar al tiempo que los ojos de Zoe recuperaban su color normal—. ¡Bienvenida a Marsyas! Espero que disfrute su estancia.

Dicho esto, hizo a un lado a la inspectora para pasar, le estampó un beso en la mejilla a Arthur y salió del salón con aire majestuoso.

—La cosa ha ido bien —dijo Arthur con suavidad.

La señorita Marblemaw no respondió.

Esa noche, mientras la señorita Marblemaw se acomodaba en la casa de invitados, Arthur dejó a Linus en la cocina, guardando los platos que quedaban de la cena. Todo estaba tranquilo; demasiado tranquilo: ¿siete niños y ni un solo ruido?

En otras circunstancias, esto no le habría causado una inquietud inmediata, pero, como acababa de llegar la inspectora, Arthur no quería correr riesgos.

No tardó mucho en encontrarlos. Estaban en el desván, en la habitación de Theodore. Le llegó el rumor de su conversación a través de la trampilla en el techo, que estaba abierta, con la escalera desplegada.

Estaba a punto de revelar su presencia cuando oyó la voz de Phee.

—¿… y cómo es posible que la tía no tenga miedo de nada? ¡Es tan injusto…!

—A lo mejor es que no ha conocido a la persona adecuada aún —aventuró Chauncey—. Alguien capaz de amarla y también de hacer que se cague de miedo.

—Ella sí que da miedo —dijo David, y aunque Arthur deseaba que la silueta de Marblemaw nunca hubiera oscurecido su puerta, lo reconfortó el hecho de que el yeti se sintiera lo bastante seguro para estar con los demás.

—¿Qué hacemos? —preguntó Talia—. Si no le damos miedo, ¿cómo le pararemos los pies? —Se sorbió la nariz, y Arthur tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Theodore soltó una serie de gorjeos y chasquidos elocuentes. Arthur cerró los ojos.

—Theodore tiene razón —dijo Sal—. Si se nos llevan, volveremos a encontrarnos, pase lo que pase. Lo prometo. Pero no dejaremos que la cosa llegue tan lejos.

—¡Así se habla! —terció Lucy—. No estés triste, Talia. Todo saldrá bien. ¿Que la señorita Marblemaw dice que no le tiene miedo a nada? Pues nosotros tampoco lo tendremos. A ver qué cara se le queda.

—Gracias, Lucy —dijo Talia, y Arthur percibió la sonrisa en su voz.

## Once

Decir que los días siguientes pusieron a prueba la paciencia de todos sería quedarse corto, a pesar de que Arthur era paciente en extremo. Linus también, aunque en una medida un poco menor.

Los niños eran harina de otro costal.

Sin ir más lejos, el jueves por la mañana, a las siete y media en punto, la señorita Marblemaw irrumpió en la casa envuelta en una nube de perfume que olía a flores marchitas mezcladas con el hedor de la prepotencia. Agarrando con fuerza la tabla sujetapapeles en una mano, entró en la cocina y se encontró a un grupo de niños (y un yeti de cuarenta y siete años) animando a un guiverno en su intento de romper su récord y tragarse siete huevos duros enteros en menos de dos minutos.

Por desgracia para la inspectora, sobresaltó al pobre Theodore cuando iba por el sexto huevo, hasta tal punto que le salió disparado de la boca y se estampó contra la frente de la mujer. Trocitos de clara y yema cayeron al suelo mientras el guiverno piaba pidiendo disculpas.

—Caray —dijo Lucy—, eso sí que es un huevo estrellado.

—Tenías el chiste a huevo —añadió Talia.

—Vamos, chicos —dijo Phee—, no os paséis con la señorita Marblemaw, que no lo yema muy bien.

—¡Yo también quiero hacer bromas sobre huevos! —dijo Chauncey—. Vale. Ya casi lo tengo. Dadme un segundo —agregó, con el rostro crispado por la concentración.

—Buenos días, señorita Marblemaw —dijo Arthur mientras ella obstruía la entrada de la cocina, quitándose los rastros de huevo de los hombros—. ¿Le apetece una taza de té?

—Jugando… con la comida —farfulló la inspectora mientras garabateaba en su tabla—. Falta… de… modales. Claro, no me sorprende que…

Más o menos en ese momento, Calíope decidió presentarse a la

señorita Marblemaw. Como el día anterior había estado ocupada —esa noche Linus había encontrado un ratón muerto en sus mocasines favoritos—, aún no había conocido a la nueva invitada.

Así pues, entró en la cocina con la cola bien alta y alzó la vista lentamente hacia la señorita Marblemaw.

Las dos se quedaron mirándose durante largo rato, con los ojos entrecerrados.

La inspectora fue la primera en desviar la mirada.

—Como decía, solo porque viváis en este… sitio, no tenéis por qué ser maleducados y…

Calíope comenzó a emitir ruidos entrecortados mientras el cuerpo se le movía de forma espasmódica.

—¿Qué le pasa? —preguntó la inspectora torciendo el gesto—. ¿Tiene sarna? ¿Rabia? Eso no daría muy buena imagen en un informe. Sin duda…

La bola de pelo que Calíope arrojó sobre el zapato de la señorita Marblemaw era de un tamaño impactante, por lo menos tres veces más grande que uno de los botones de Theodore. Cayó con un húmedo plof y se deslizó por un lado hasta el suelo, dejando un rastro de mucosidad y saliva a su paso.

Una vez concluidas las presentaciones, Calíope se alejó de la inspectora para restregarse contra las piernas de Sal entre maullidos de queja por aquella mujer que saltaba de un pie al otro, jurando pronta venganza contra los repulsivos felinos.

—Buena chica —susurró Sal, dándose unas palmaditas en la pierna. Calíope se encaramó de un brinco, topó con la cabeza en el mentón de Sal y se acomodó en su regazo, con un ronroneo grave y discontinuo.

—¡Ya está! —exclamó Chauncey—. Me sentía cascado, abatido y pasado por agua porque no tenía una idea clara. Tras mucho empollar, ha eclosionado una idea y se me ha ocurrido un chiste huevísimo sobre huevos que os hará reír un huevo. Os dará un motivo para huevir. ¿Estáis listos? ¡Allá va! ¿De qué está harto el conejo de Pascua? ¡De que todo el mundo le toque los huevos! —Doblándose de risa, se llevó las manos a la barriga.

—Ah, sí —dijo David, que, por alguna razón, llevaba el sombrero de paja de Chauncey mientras devoraba tortitas a un ritmo asombroso

—. El humor adulto. Me parece bien porque yo mismo soy un adulto. Arthur, hay unas opciones sobre acciones muy interesantes que quiero comentar contigo. Recuérdamelo más tarde.

—Faltaría más —dijo Arthur, tomando un sorbo de té—. Lo estoy deseando.

—¿Ha dormido usted bien, señorita Marblemaw? —preguntó Lucy.

Ella irguió la cabeza, parpadeando. La bola de pelo mojada seguía en el suelo, junto a su zapato.

—El colchón era demasiado blando, pero lo mismo pasa con todo lo que veo por aquí, así que no me sorprende.

—Ah —dijo Lucy—. ¿O sea que ninguna bestia salió arrastrándose de debajo de su cama en plena noche y se alzó imponente sobre usted, acercando cada vez más las fauces abiertas a su cara hasta que usted, paralizada de terror, pudo oler el aliento fétido de aquel monstruo deseoso de arrancarle la garganta y absorber su alma? ¿No pasó nada por el estilo?

La señorita Marblemaw hizo un ademán altanero.

—Si hubiera pasado, habría agarrado al monstruo por el cuello y habría acabado con él sin vacilar. Al fin y al cabo, así es como hay que lidiar con las interrupciones.

Lucy pestañeó, perplejo.

—¿En serio? Qué... vaya. Bueno, la próxima vez será. ¿Alguien quiere apostar a ver cuánto sirope puedo beber antes de que me salga por los lagrimales? La última vez llegamos a tres botellas...

—¡¿Lo dejaron beberse tres botellas de sirope?! —inquirió la inspectora.

—Claro que no —dijo Arthur. En realidad, habían sido cuatro—. Señorita Marblemaw, ¿qué le parece si dejamos a los niños recogiendo la cocina después del desayuno, y charlamos usted y yo sobre los planes de estudio que pidió mientras Linus se encarga de las clases matinales? Estoy seguro de que tendrá un huevo de ganas de ver el fruto de nuestro trabajo. Es una obra maestra, aunque esté mal decirlo.

—Eso ya lo juzgaré yo —repuso ella y, acto seguido, giró en redondo y salió de la cocina.

—¿Por qué no ha desayunado? —preguntó Chauncey, volviendo

un ojo hacia donde se encontraba la señorita Marblemaw hacía un momento y fijando el otro en Arthur—. ¿Es que no sabe que es la comida más importante del día? Pobre inspectora. Seguro que si se comiera unas tortitas se sentiría mejor.

—Como punto de partida, no está mal —reconoció de mala gana la señorita Marblemaw una hora después—. Dicho esto, sería una irresponsabilidad por mi parte negar que hay cosas que me preocupan mucho.

—¿Ah, sí? —preguntó Arthur, reclinándose en su silla—. ¿Como cuáles?

—¿Por dónde empiezo? —La inspectora pasó las páginas de su tabla, cubiertas de anotaciones—. Empezaré por lo que vi antes de venir a la isla. ¿Está al corriente de la presencia de periodistas en la aldea?

—Sí —respondió el hombre.

—¿Ha hablado con ellos?

—No.

—Mejor —dijo la señorita Marblemaw—. Un pequeño consejo: no lo haga. Los reporteros solo causan problemas.

—¿De veras? Y yo que pensaba que hacían reportajes.

La señorita Marblemaw ignoró su comentario.

—Y eso por no hablar de la aldea en sí. Me parece un hervidero de sentimientos antigubernamentales. ¿Con qué frecuencia llevan ahí a los niños?

—Cuando ellos quieren —dijo Arthur—, siempre y cuando eso no interfiera con sus estudios.

—¿Y eso le parece normal?

—Pues sí —dijo Arthur con naturalidad—. Al fin y al cabo, no pueden aprenderlo todo en un aula o en una isla. La interacción con el mundo real no solo es positiva para ellos, sino que los ayuda a adaptarse.

—¿Adaptarse a qué? —preguntó la mujer. Sin esperar respuesta, prosiguió—: No quiero pensar que están despertando falsas esperanzas en estos niños. Por mucho que haya empeorado Marsyas bajo su gobierno actual, eso no le da derecho a continuar…

—¿Infundiendo esperanzas a los niños? ¿Inculcándoles un sentimiento de comunidad? ¿Brindándoles un espacio en el que se sienten lo bastante seguros para formarse, desarrollar su potencial y cometer errores a fin de aprender de ellos? ¿Qué debo dejar de hacer, señorita Marblemaw?

—Mentir —espetó ella—. Debería dejar de mentirles, como me miente también a mí.

—Esa es una acusación grave —señaló Arthur—. Me imagino que tendrá pruebas que la respalden.

La inspectora se sorbió la nariz con displicencia.

—Todo a su debido tiempo. Por el momento, no veo ninguno de los textos aprobados e incluidos por el DEJOMA en su lista de lecturas beneficiosas para el desarrollo infantil.

—Ya —dijo Arthur—. Me pareció que a esa lista le faltaba enjundia.

—Qué curioso. No sabía que su opinión sobre el material obligatorio tuviera tanto peso. —Pasó dos o tres páginas—. Por desgracia, no encuentro dónde dice en mis notas que se le concedió autorización para saltarse el protocolo del DEJOMA.

—En cualquier caso, habrá notado que están progresando sin necesidad de leer *Aprende cuál es tu lugar en el mundo: guía para cumplir la ley* o *Un sátiro descubre los placeres de la obediencia*. En honor a la verdad, ambos libros tienen un problema de ritmo, por no decir que son un poco áridos.

—No sabía que tuviera un segundo empleo como crítico literario —dijo la señorita Marblemaw, tomando otra nota—. Por lo visto es usted un hombre polifacético.

—Como suelen serlo los padres —dijo Arthur, juntando las yemas de los dedos bajo la barbilla. Esa palabra, *padre*, tan sencilla y a la vez tan emotiva y profunda.

—Bueno, aún no puede considerarse como tal, ¿verdad? —Entrelazó las manos sobre la tabla, con el bolígrafo aún sujeto entre los dedos—. Después de todo, no ha sido aprobada ninguna solicitud de adopción. Hoy por hoy, no es más que el director de un orfanato, contratado por el mismo organismo con el que está enfrentado. —Tamborileó con el bolígrafo sobre la tabla una, dos, tres veces.

Arthur se encogió de hombros.

—Si amas tu trabajo, no trabajarás un solo día de tu vida. ¿No es

así la frase?

—Las cosas están cambiando —dijo la inspectora, como sin darle importancia—. Hace diez años, sin ir más lejos, que un hombre soltero quisiera adoptar niños habría despertado unas cuantas sospechas.

—¿Ah, sí? —preguntó Arthur—. Qué curioso. Pues supongo que esas sospechas tendrán que dormirse de nuevo, pues, como usted sabrá, resulta que no estaré soltero por mucho tiempo. —Sonrió—. De hecho, tenemos una noticia estupenda: Linus me propuso matrimonio y yo le dije que sí. —Extendió la mano, y el anillo destelló bajo la luz. De vez en cuando se sorprendía a sí mismo contemplándolo, maravillándose de lo mucho que pesaba ese pequeño recordatorio de que alguien lo amaba.

Ella lo miró, atónita.

—¿De verdad? ¿Usted...? —Sacudió la cabeza antes de añadir algo que Arthur no se esperaba—. Es... Felicidades.

Él se quedó callado un momento. Casi le daba la impresión de que la felicitación era sincera.

—Gracias. Le agradezco sus buenos deseos.

—¿Cuándo es la boda?

Arthur soltó una risita.

—Aún no lo hemos planeado. Pronto, espero.

Ella lo observó unos instantes antes de bajar de nuevo la vista hacia su tabla y aclararse la garganta.

—Está obviando las lecturas obligatorias. Además, los planes de estudio y los informes individuales de cada niño que me han facilitado indican que, a pesar de que todos muestran un rendimiento excelente (aunque lo pongo en duda), usted no se ciñe al programa aprobado por el DEJOMA.

—Un programa que no han puesto al día desde que yo era niño —dijo Arthur—. Uno de los libros de texto que distribuye el DEJOMA (de mil doscientas páginas) incluye una sección sobre las mejores maneras de mostrar servilismo hacia los humanos. Si le parece normal que se enseñe a unos niños a humillarse ante otros simplemente por ser quienes son, entonces tenemos un problema.

Suspirando, ella sacudió la cabeza.

—¿Cómo vamos a avanzar si se niega a colaborar conmigo? Yo solo intento cumplir con mi trabajo. Solo intento ayudar. —Le sonrió

—. Creo que usted y yo podemos encontrar puntos en común respecto a lo que es mejor para los niños. Después de todo, al DEJOMA le importa su bienestar.

—Eso ha dicho usted varias veces —señaló Arthur, apoyando las manos en la mesa—. Pero discúlpeme si no me lo acabo de creer, dadas mis vivencias personales con el DEJOMA.

Ella vaciló unos instantes.

—De eso no puedo hablar porque no estaba presente —dijo—. Pero sí puedo hablar de mis múltiples años de experiencia como empleada del DEJOMA. Aunque usted no sea consciente de ello, el departamento ha ayudado a cambiar la imagen que se tiene de los niños mágicos. ¿Por qué se resiste a asegurarse de que los chicos sepan a cuánta gente hemos ayudado a lo largo de los años?

—El mundo es un lugar extraño y maravilloso. ¿Por qué empeñarnos en encontrar una explicación para todo?

—Para poder catalogarlo y estudiarlo, así como para neutralizar las amenazas potenciales.

Él se inclinó hacia delante de golpe.

—¡¿Neutralizar?! Cree que voy a quedarme de brazos cruzados mientras usted…

—Me ha malinterpretado, señor Parnassus —dijo ella—. Tal vez he empleado palabras demasiado contundentes, pero el fondo de la cuestión es el mismo: quiero proteger al mayor número de niños posible. Sin duda usted comparte conmigo ese objetivo.

—Así es —dijo Arthur—, aunque tengo la sensación de que lo abordamos desde enfoques distintos.

—Aunque así fuera —dijo ella—, ¿qué importancia tienen los medios a los que recurramos, siempre y cuando vayamos encaminados hacia un mismo fin?

Arthur suspiró. Por un momento, había pensado que tal vez la señorita Marblemaw era distinta; no como Linus —él era inigualable —, pero sí similar en algunos aspectos. Cuando él le había concedido el beneficio de la duda a Linus, la vida de los dos había cambiado para siempre. ¿Era demasiado esperar que con Marblemaw sucediera lo mismo?

—Me gustaría poder creerlo —dijo de forma pausada—. Sin embargo, he visto demasiadas cosas que demuestran a las claras que al DEJOMA no le importan aquellos que tiene a su cargo.

—Y justo por eso creo que a todos nos convendría hacer borrón y cuenta nueva —dijo, ensanchando la sonrisa. Era astuta. Arthur procuraría no olvidarlo—. Después de todo, no me parece lógico dejar que el pasado dicte el futuro.

El fénix alzó la cabeza, entornando los ojos. Arthur notó el ardor que desprendía y lo encauzó hacia su voz.

—No se puede ni se debe olvidar el pasado de todos los niños con los que ustedes han estado en contacto. Sugerir lo contrario no solo sería peligroso, sino cruel. No se lo podemos arrebatar. Por imperfecto que sea, forma parte de ellos.

La señorita Marblemaw frunció los labios.

—Ser padre implica...

Él ladeó la cabeza.

—¿Hace dos minutos yo no era padre, y ahora sí lo soy? Por favor, señorita Marblemaw, sea un poco más coherente.

—Ser padre implica estar preparado para cualquier eventualidad. ¿Se ha planteado cuáles serían sus opciones si, por ejemplo, Lucy llega por su cuenta a la conclusión de que no le gusta el mundo tal como es y decide remodelarlo como le parezca oportuno?

—Tiene siete años —espetó Arthur, con la ira bullendo bajo la superficie.

—También los tuvo Nerón, en algún momento. Y Gengis Kan, o Iván el Terrible. No insinúo que Lucy vaya a cometer las mismas barbaridades que ellos, pero ¿cómo podemos estar seguros? Hay muchas incógnitas sobre quién es y qué es capaz de hacer. Por más que se esfuerce usted por encarrilarlo, no puede tener la certeza de que el chico no elegirá un camino de oscuridad.

—Usted ha hablado con él solo una vez —le recordó Arthur—. Eso no basta ni por asomo para formarse una idea sólida basada en pruebas objetivas. Pero ya que ha sacado el tema, esto nos remite al debate sobre la naturaleza frente a la...

—Crianza —dijo ella—. Lo sé. Es una falsa dicotomía. En realidad, naturaleza y crianza no existen como entidades separadas, sino en reciprocidad.

—Sin embargo, hay estudios que indican que los traumas por maltrato alteran físicamente el cerebro de modo que se vuelve hipersensible al estrés, por lo que con frecuencia quienes han sido víctimas reaccionan de forma exagerada incluso frente a los factores

estresantes más leves. Al optar por lo contrario a la crianza, se corre el riesgo de generar o agravar traumas.

—Y justo por eso estoy aquí —contestó, revolviéndose en su asiento—, para determinar si es usted capaz de hacerse cargo de esa clase de... niños. Señor Parnassus, usted sin duda sabe que es mi deber garantizar la seguridad de los niños.

—Eso dice usted —objetó Arthur—. Pero me reafirmo en lo de las pruebas objetivas y todo eso.

La señorita Marblemaw sacudió la cabeza, como decepcionada.

—Yo no soy el enemigo. Piense lo que piense de mí o de lo que represento, espero que eso lo tenga claro. Mi trabajo se centra única y exclusivamente en los niños.

Él se rio por lo bajo.

—Eso no me lo creo ni en broma. —Alzó la mano cuando ella hizo ademán de hablar—. Que usted se lo crea es un tema totalmente distinto sobre el que no quiero discutir ahora mismo, pues dudo que lleguemos a un consenso. Ya se verá si es usted quien dice ser o no.

—¿Está enfadado, señor Parnassus? —preguntó ella, aferrando con fuerza la tabla sujetapapeles—. ¿Empieza a perder los papeles?

Lo cierto era que sí, pero entonces cayó en la cuenta de lo que la inspectora intentaba hacer y se rio de lo absurdo de la situación.

—Señorita Marblemaw, ¿me está provocando para que aparezca el fénix? Si tanto le pica la curiosidad, no tiene más que pedírmelo y se lo mostraré.

Ella cambió de estrategia.

—David no es un adulto —dijo—. No sé cómo ni por qué esperaba usted que me tragara eso. O me cree corta de entendederas, o no es usted tan inteligente como lo consideran en ciertos círculos.

—Las dos cosas podrían ser ciertas —concedió Arthur.

—¿Cuenta con alguna prueba de que David tiene la edad que afirma tener?

Antes de que Arthur pudiera replicar con una mentira mínimamente creíble —«poner en duda la edad de un yeti constituye un craso error»—, notó un calor intenso debajo de la mano. Sin inmutarse, la desplazó ligeramente a la izquierda. Ahí, con una escritura garrapatosa que conocía bien, se estaban formando unas letras rojas; cinco palabras, seguidas de una carita sonriente coronada con cuernos de demonio: «¡Abre el cajón de arriba!».

Con un carraspeo, Arthur hizo justo eso. Allí, sobre una bandeja repleta de bolígrafos, lápices y clips, había un puñado de fotografías que no estaban ahí hacía solo unos minutos, cuando él necesitaba un boli para preparar la reunión con la señorita Marblemaw.

En total había cuatro fotos, con los colores desvaídos, los bordes curvados y una pátina sepia que confería a las imágenes un aire onírico. En las primeras aparecía Arthur, con diez años, en la aldea, cerca del muelle. Estaba flanqueado por sus amigos, los otros niños del orfanato, y el sol resplandecía sobre sus cabezas. Arthur recordaba ese momento. Habían ido al pueblo, pues el director estaba de buen humor, cosa poco habitual en él. Aún faltaban tres meses para que él escribiera la carta y lo encerraran en la bodega. El director había sacado la fotografía con una cámara Polaroid cuadrada. Cuando la instantánea había salido por delante, él se la había dado a Ronnie para que la agitara, y todos se habían quedado mirando como se formaba la imagen, como por arte de magia. No lo habían expresado así en voz alta, por supuesto. Eso no habría llevado a nada bueno.

Dos detalles llamaron la atención de Arthur: el primero fue que aquella foto no debería existir: el director la había hecho trizas, en un arranque de ira, porque otro de los niños había dicho alguna inconveniencia que Arthur no acertaba a recordar.

El segundo fue la quinta figura, que se encontraba de pie junto a Arthur, rodeándole los hombros con un brazo peludo.

David.

La siguiente fotografía mostraba a Arthur a la edad de quince años, en el alféizar de la ventana, con un libro olvidado en el regazo. En el momento captado por la cámara, él tenía la cabeza echada hacia atrás mientras soltaba una carcajada muda. David estaba sentado frente a él con una amplia sonrisa.

En la tercera fotografía se podía ver a Arthur, con treinta y tantos años, en un *pub* en el que nunca había estado, encaramado en un taburete, con un vaso de pinta medio vacío delante. Sentado junto a él estaba David, frente a cinco vasos vacíos, riéndose con la cabeza inclinada hacia atrás.

La cuarta y última imagen era un retrato de Arthur y Zoe posando frente a la casa. Las reformas parecían casi terminadas, y al lado de Zoe aparecía David, con el blanco pelaje salpicado de pintura azul, el mismo color en el que Arthur había pintado las paredes del

pasillo de arriba.

—¿Quiere echarles un vistazo? —murmuró—. ¿Le parecen prueba suficiente?

La mujer le arrebató las fotos y examinó cada una acercándosela a unos centímetros de su cara como si pudiera determinar su autenticidad a simple vista.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó en tono imperioso, revisando las instantáneas una y otra vez.

—Con una cámara —dijo Arthur.

Ella se levantó con brusquedad, y las patas de la silla chirriaron contra el suelo.

—Tengo que... ir a hacer algo que... requiere mi atención inmediata. Regresaré exactamente dentro de media hora. Cuando vuelva quiero reunirme uno a uno con todos los niños.

Qué curioso: su reacción no era la que Arthur esperaba. Por otro lado, podía decirse que intentar entender las motivaciones de alguien con un cargo en el Gobierno era un ejercicio inútil. Aun así, le resultaba extraño. Durante la audiencia, Rowder se las había ingeniado para que Arthur revelara al fénix, pero no sin antes hablar largo y tendido sobre un niño en particular. Tal vez lo mejor sería informarla sobre el evento venidero y esperar a ver qué hacía.

—El sábado —dijo Arthur cuando ella estaba a punto de salir por la puerta.

La señorita Marblemaw se detuvo con la mano en el pomo.

—¿Qué pasa el sábado? —preguntó sin volverse.

—Nos embarcaremos en una aventura. Cada sábado, a uno de los niños le toca planear la excursión en la que participaremos todos.

—¿Y a quién le toca esta semana?

Él le dedicó una gran sonrisa a la espalda de la inspectora. Había asegurado que no sabía lo que era el miedo. Arthur se preguntó hasta qué punto sería cierto.

—A Lucy.

Ella tensó los hombros pero, por lo demás, permaneció impávida.

—Entendido. Huelga decir que asistiré.

—Por supuesto —dijo Arthur—. No me cabe duda de que será un día que no olvidará pronto.

Fiel a su palabra, la señorita Marblemaw invitó a cada uno de los niños al despacho de Arthur tras dejar muy claro que no quería interrupciones. Dio la casualidad de que a Arthur esto no le pareció aceptable. Cuando se disponía a decírselo, Talia le dio unas palmaditas en la mano.

—Yo me encargo —le aseguró.

Acto seguido, entró en el despacho detrás de la señorita Marblemaw y cerró la puerta a su espalda.

Diez minutos después, la puerta se abrió de nuevo, y Talia reapareció, con una chispa de picardía en la mirada. Arthur oyó en el interior del despacho tres furiosos estornudos en rápida sucesión, seguidos por el trompetazo de una nariz al sonarse con un pañuelo de papel.

—Pues sí que es alérgica al polen —dijo Talia—. Debería haberme vaciado los bolsillos antes de entrar. Uy, qué descuido.

—Desde luego —dijo Arthur mientras ella se abrazaba a su pierna.

Chauncey fue el siguiente. Sujetando con firmeza el gorro de botones en la mano, expresó su intención de agasajar a la señorita Marblemaw con anécdotas de su viaje para convertirse en el mejor botones que el mundo ha conocido. Que lo hubiera conseguido o no era opinable. Arthur opinaba que sí. A la inspectora, por su parte, no parecía entusiasmarle el hecho de que ahora Chauncey pudiera segregar tinta.

Después le llegó el turno a Theodore, y aunque Arthur se ofreció como intérprete, la señorita Marblemaw (con manchas de tinta por toda la pechera) declinó la oferta. Exactamente seis minutos después, el guiverno abandonó el despacho con la cabeza alta y, bien agarrado entre los dientes, un botón dorado sospechosamente parecido a los que adornaban el abrigo de la inspectora. Cuando Arthur se asomó por la puerta para preguntarle si estaba lista para recibir a Phee, la señorita Marblemaw no debió de oírlo, pues estaba contemplando con rabia las hilachas que sobresalían de su abrigo donde antes había habido un botón.

La reunión con Phee duró veintiséis minutos.

—Se ha pasado todo el rato despotricando contra los dragones rateros —dijo cuando salió del despacho.

—Qué raro —dijo Arthur—. No sabía que tuviéramos dragones.

—Eso le he dicho yo, pero no me ha hecho ni caso.

A continuación, entró Lucy. La entrevista duró tres minutos. Cuando emergió, se encogió de hombros.

—No ha querido escuchar mis reflexiones sobre los bollos de miel y el infierno. Es una pena.

—¿Y qué más? —preguntó Arthur.

Lucy alzó la vista hacia él con un brillo extraño en los ojos.

—¿Es que hay algo más?

Sal fue el último. Sin dirigirle a Arthur más que una inclinación de cabeza, entró y cerró la puerta tras de sí. Cuarenta minutos después, esta se abrió y apareció la señorita Marblemaw, sonriente.

—Gracias, Sal —dijo—. Ha sido una conversación esclarecedora. —Su sonrisa vaciló cuando vio a Arthur en el pasillo, pero solo un momento—. Te agradezco que te tomes esto tan en serio. Te has ganado un punto de cortesía oficial.

—Gracias —dijo Sal—. Sé que usted solo quiere ayudar.

Cuando ella desapareció de nuevo en el interior del despacho, Arthur se alejó por el pasillo junto a Sal.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió el muchacho—. La he acribillado con amabilidad.

—Tengo entendido que es la mejor manera de acribillar a alguien.

—¿Y David?

—Por el momento está a salvo —dijo Arthur mientras llegaban a lo alto de la escalera—. No sabrás por casualidad algo de unas fotografías que había en el cajón de mi escritorio, ¿verdad?

Sal titubeó, con un ligero temblor en los labios.

—¿Cómo han llegado hasta ahí?

—Como por arte de magia. No me has preguntado de qué eran las fotos.

—¿Han servido de algo?

—Ya lo creo.

—Vaya —dijo—. ¿Quién lo habría imaginado? —Bajó la escalera, silbando.

A primera hora de la mañana de aquel sábado soleado, los habitantes de la isla de Marsyas se apretujaron en una furgoneta granate con un entusiasmo palpable. La aventura los llamaba, y aquellos lo bastante afortunados para acudir a la llamada iban con los ojos muy abiertos y una euforia propia solo de los jóvenes de edad o de corazón.

Y luego estaba la señorita Marblemaw.

—Pero ¿qué ropa es esa? —preguntó Phee, con el rostro pegado a la ventanilla, mirando a la inspectora, que se acercaba al vehículo desde la casa de invitados.

Por una vez, Arthur no supo qué responder, pero solo porque la señorita Marblemaw parecía haberse enzarzado en una encarnizada pelea con un pavorreal de la que había conseguido salir victoriosa. Era la única explicación posible para las vistosas plumas de diversos tamaños que le rodeaban el cuello. Las que tenía detrás de la cabeza descollaban de manera espectacular sobre ella. El plumaje iba unido a un abrigo largo y negro ceñido por la cintura.

—¿Es la época de celo? —inquirió Chauncey—. Lleva el penacho desplegado.

—Es una forma de describirlo —murmuró Linus.

—Como se ponga a danzar y a traerte piedras brillantes, sal corriendo —dijo Phee.

—¿Quién lleva abrigo en verano? —preguntó David—. ¿Es que oculta algún secreto?

Theodore emitió una serie de gorjeos y chasquidos, y Sal le acarició la cabeza.

—No, colega. No puede volar.

—¡Ya llega! —gritó Lucy con un susurro—. ¡Actuad con normalidad!

—Y por esa razón decidí consagrar mi vida al Señor —dijo Talia en el instante en que la señorita abrió la puerta corredera y asomó la cabeza al interior.

—Caray —dijo Chauncey—. Qué historia tan chula, Talia. ¡Señorita Marblemaw! No la habíamos visto. ¡Bienvenida! ¡Si la ataca algún pájaro, no se preocupe! Es la época de celo.

La inspectora sacó la cabeza y alzó el rostro hacia el cielo.

—¿Podría atacarme algún pájaro?

—Tal vez —dijo Lucy—, pero tiene pinta de saber defenderse, así que yo en su lugar no me preocuparía mucho. ¡Además, mire! Le he

guardado un asiento. Qué díver, ¿verdad? —Sonriente, dio unas palmaditas en el hueco que tenía al lado.

La señorita Marblemaw echó otro vistazo al interior de la furgoneta con cara de vinagre.

—Supongo que no habrá un segundo vehículo.

—Pues no —dijo Linus con rotundidad—. Si quiere acompañarnos, tendrá que subir.

Ella así lo hizo, dirigiéndose hacia la fila de atrás, donde Lucy la esperaba. El chico le guiñó el ojo a Arthur, que lo miraba por el retrovisor.

—¡Lo ha logrado! —exclamó—. Sabía que usted podía. Siéntese aquí, a mi vera. Eso es. ¡Ahí va! Nuestras piernas se tocan. Linus, necesitaremos música de viaje. ¿Puedes ponernos algo?

—¿Algo en concreto?

—Lo sabrás cuando lo oigas.

Linus comenzó a explorar las emisoras, y casi no había girado el dial un poco hacia la izquierda, cuando un punteo de guitarra familiar inundó el vehículo. Al cabo de un momento, un *rockabilly* llamado Gene Vincent comenzó a cantar que, aunque había llevado una mala vida, según algunos, iba a ocultarse del diablo el día del juicio final.

—¡Qué pasote! —graznó Lucy, poniéndose a bailar en su asiento sin preocuparse de dónde metía los codos. Al poco, todos (menos la señorita Marblemaw) se unieron a él, coreando «arranca, bólido, llévame por la carretera».

La aldea estaba muy concurrida, con las aceras atestadas de personas vestidas con coloridas prendas de verano y grandes sombreros, y cargadas con bolsas de lona y neveras portátiles rebosantes de tentempiés y bebidas, que caminaban hacia una de las dos playas públicas disponibles para quienes habían elegido Marsyas como destino vacacional.

Otros se paseaban por delante de los escaparates, haciendo aspavientos de admiración ante las carísimas bagatelas hechas con conchas y cristal marino opaco, y una hilera tras otra de delicias de dulce de azúcar recién hechas: con mantequilla de cacahuete (¡muy ricas!), nueces (¡sublimes!), menta (¡pasta de dientes!) y polo de naranja (¡asquerosas!). Las multitudes se arremolinaban frente a

puestos ambulantes de buñuelos espolvoreados con azúcar glasé o de pollo al estilo jamaicano. Una joven emprendedora, de pie frente a una manta extendida, pregonaba: «¡Cometas! ¡Compre aquí su cometa!».

No había reporteros a la vista, lo que constituía un alivio. Aunque su número se había reducido desde el revuelo causado por la audiencia, Helen les dijo a Arthur y a Linus que algunos de los periodistas más tenaces se habían quedado con la esperanza de avistar a los habitantes de la isla de Marsyas, y quizás obtener declaraciones de algunos de ellos. Por suerte, tras recibir una llamada anónima de alguien que aseguraba que un suceso catastrófico de origen mágico se estaba produciendo más al norte, a dos horas de viaje de allí, los reporteros habían montado en sus vehículos y se habían marchado de la aldea a toda velocidad. El informante anónimo —¿quién podía haber sido?— les había proporcionado indicaciones lo bastante vagas para asegurarse de que no regresaran antes de la tarde.

Arthur entró en el aparcamiento casi vacío situado tras la tienda de jardinería de Helen y dejó la furgoneta al lado de su camioneta. Los niños intentaron bajarse todos a la vez. Theodore consideraba que los seres alados tenían derecho a apearse los primeros. Phee estaba de acuerdo, a diferencia de Lucy, quien alegó que, si no lo dejaban salir antes que los demás, desencadenaría el apocalipsis. Sin embargo, la mayoría de los ocupantes del vehículo ya estaban acostumbrados a este tipo de agudezas, así que no le prestaron mayor atención.

Sin embargo, no era este el caso de la señorita Marblemaw, que se puso a garabatear de forma frenética en su tabla sujetapapeles.

—Lucy, ¿a qué te refieres con lo del apocalipsis?

El chico estuvo a punto de caerse de la furgoneta, pero logró agarrarse de los lados de la puerta.

—¿Por qué?

—Me interesan mucho los detalles. Quiero asegurarme de entenderlo todo.

—¿Ah, sí? —Lucy se inclinó hacia delante, hasta que su rostro quedó a solo un palmo del de ella—. ¿Sabe una cosa? Dicen que el diablo está en los detalles. Tiene gracia, ¿no? —Dicho esto, bajó de un salto.

—Va a ser un día agotador —dijo Linus mientras abría la puerta.

Como siempre, Lucy estaba lleno de sorpresas.

Con todas las miradas puestas en él, anunció orgulloso que, puesto que era su día, le correspondía decidir lo que todos debían hacer. Le comunicó a su público cautivo que, en vez de algo espeluznante o mortal en potencia, había planeado algo especial para cada uno de ellos. Phee y Talia irían a ver unas plantas nuevas (y para nada venenosas) que le habían llegado a Helen.

A Chauncey le brindaría la oportunidad de mostrarle a Linus el hotel donde trabajaba y en qué consistían las actividades que desarrollaba en su emocionante día a día como botones. Casi a gritos, Chauncey le dijo a Linus que estaba deseando enseñarle la sala de personal donde había un microondas, una nevera y un calendario de hacía diecisiete años con imágenes de unas cabras con sombrero. Miss Agosto resultó ser su favorita, porque era blanca con manchas marrones y lucía un sombrerito sin ala muy atrevido que le resaltaba el hocico.

Para Sal y Theodore, Lucy había preparado una excursión a la biblioteca en la que ambos tendrían acceso a la sección de libros raros, seguida de una visita a la tienda de antigüedades cuyo propietario había descubierto hacía poco en su almacén un jarro repleto de botones y lo había reservado para que el guiverno lo examinara en busca de posibles tesoros ocultos.

—En cuanto a mí, me voy de juerga con David y Arthur —dijo Lucy ante el ceño fruncido de la señorita Marblemaw—. Vamos a tomarnos unos *whiskey sour* y a charlar sobre chatis. —De pronto, arrugó el entrecejo, corrió hacia Linus y le tiró de la camisa—. Psst, Linus. ¿Qué clase de chatis me gustan?

—Puede gustarte quien tú quieras —dijo Linus, dándole unas palmaditas en la cabeza.

Aparentemente aliviado, Lucy se apresuró a reunirse con los demás.

—Y cuando digo «chatis» me refiero a cualquiera cuyo aspecto me mole. Todavía no sé quién será, pero en cuanto lo sepa, seréis los primeros en enteraros.

—¿Qué hacéis ahí parados? —preguntó Talia—. Me han prometido plantas nuevas. No os gustaría ver lo que pasa cuando una gnoma pierde la paciencia. La última vez que esto ocurrió, dio lugar a

la Edad Oscura.

—¿Eso es cierto? —le susurró Linus a Arthur.

—Podría ser —murmuró Arthur—. La caída de Roma en combinación con el enfado de un gnomo desde luego parece la receta perfecta para una edad oscura.

—Solo falta la señorita Marblemaw —dijo Lucy, y todos los niños volvieron despacio la cabeza hacia ella en un gesto estudiado que la hizo retroceder un paso. Lucy debió de fijarse en esto, pues dio un paso al frente y soltó una risita cuando la inspectora reculó de nuevo —. Señorita Marblemaw —dijo con voz cantarina—. Usted puede decidir con quién va. ¿A que es emocionante? ¿Qué prefiere? ¿Ir a ver plantas con Talia y Phee, libros y botones con Theodore y Sal, las tareas de un botones con Linus y Chauncey? ¿O tal vez... —dijo, avanzando otro paso hacia ella—... echará la prudencia por la borda y me seguirá hasta las profundidades de la desesperación?

—¡Desesperación! —corearon los niños, incluido David, que se sumó al cántico gritando a pleno pulmón—. ¡Desesperación! ¡Desesperación!

La señorita Marblemaw exhaló un bufido de irritación mientras fulminaba con la mirada a Arthur y Linus.

—¿Dejan que los niños vayan solos por ahí?

—Así es —dijo Linus—. Eso no solo les enseña a ser responsables y a administrar su tiempo, sino que les brinda la oportunidad de interactuar con la comunidad.

—Lo que quiere decir que se relacionan... —repuso la inspectora, apretándose la tabla contra el pecho—... con seres humanos.

—¿Y qué? —preguntó Arthur—. ¿Acaso cree que deberían estar segregados?

—¡Uy, uy, uy! —cloqueó ella con fuerza—. No utilizamos esa palabra, dadas sus connotaciones negativas. Tras llevar a cabo una investigación con grupos de discusión, el DEJOMA llegó a la conclusión de que *separación voluntaria* suena mucho mejor que *seg*... que esa otra palabra.

—Da gusto ver en qué se gastan el dinero del contribuyente — masculló Linus. Luego, en voz más alta, añadió—: No usaremos ni una ni otra, gracias. Y, como inspectora enviada por el DEJOMA, su papel aquí consiste en observar e informar a sus superiores. Cualquier cosa que vaya más allá de eso cae fuera de sus atribuciones.

Ella entrecerró los ojos, mientras los niños volvían la cabeza de un lado a otro, mirándolos alternativamente.

—Espero que ninguno de los niños se vea en una situación de peligro, sobre todo cuando no estén bajo la supervisión de un adulto.

—Volvamos a intentarlo —dijo Arthur—. Talia y Phee estarán con Helen y Zoe. Chauncey estará con Linus. Lucy estará con David y conmigo. Eso deja a Sal y Theodore sin supervisión. Sal tiene quince años, y ambos han demostrado de sobra que son lo bastante responsables para salir solos.

—Hasta ahora —dijo la señorita Marblemaw, sorbiéndose la nariz con altanería. Miró a los niños como si hubiera descubierto un nuevo insecto siempre húmedo y con mil patas. Tamborileando con el bolígrafo, dejó que el silencio se alargara, aunque Arthur sabía que ya había tomado su decisión—. Acompañaré al señor Parnassus.

—Qué suerte la nuestra —dijo Arthur—. Chicos, nos vemos delante de la heladería dentro de dos horas exactamente. Por favor, no lleguéis tarde. ¿Qué decimos siempre? La puntualidad no consiste solo en llegar a la hora convenida…

—Sino también en cumplir los compromisos —dijeron los niños.

—Sí, eso —dijo David rebotando sobre los talones—. ¡Compromiso!

—¡Vámonos! —exclamó Arthur.

Como era de esperar, Lucy los guio directamente hasta Rock and Soul, la tienda de discos cuyo propietario y encargado era un tal señor K-Nuto (en realidad no se llamaba así; nadie, ni siquiera el propio K-Nuto, se acordaba de su nombre verdadero). Mientras caminaban hacia allí, Lucy deleitó a David con anécdotas de visitas anteriores, los descubrimientos musicales que había hecho junto con K-Nuto y la ocasión en que un exempleado había intentado practicarle un exorcismo en la trastienda.

—¿Perdona? —preguntó la señorita Marblemaw.

Lucy alzó la vista hacia ella, sonriente.

—Digo que practicamos ejercicios. Sentadillas y saltos de estrella.

—Hmm —dijo ella, deslizando el bolígrafo por la página a toda velocidad.

—¿Es buena persona? —preguntó David cuando se encontraban

cerca de la tienda de discos. Era la primera vez que hablaba desde que habían salido del aparcamiento—. Me refiero a K-Nuto.

Arthur se disponía a intervenir —a pesar de la farsa que intentaban colar, David no dejaba de ser un niño, por lo que su bienestar era fundamental—, pero Lucy se le adelantó. Le tendió la mano y agitó los dedos. David vaciló solo un momento antes de estrechársela con su garra peluda.

—Es genial —dijo Lucy—. No te llevaría a ver una mala persona, excepto para vengarnos de ella.

David asintió, claramente aliviado.

—Vale. Gracias. Aún estoy intentando acostumbrarme a todo esto.

—Además —añadió Lucy—, avisé a K-Nuto de que lo visitaríamos hoy y prometió poner el aire acondicionado al máximo para que no te acalores.

—¿Por qué? —inquirió David.

Lucy puso los ojos en blanco.

—¿Por qué va a ser? Pues porque quiero que escuches música de gente muerta conmigo. Ah, y otra cosa: cuando entremos, hay que decir «pasote» todo el rato. Es lo que hace K-Nuto, y él sabe lo que mola. Es un tío que no te deja frío.

—La verdad es que prefiero que me deje frío —dijo David, nervioso—. Es como me siento más a gusto.

Lucy se quedó mirándolo boquiabierto.

—¡Eso... eso ha sido un doble sentido! La leche, pero ¿dónde has estado toda mi vida? Vamos, me muero de ganas de que K-Nuto te conozca. Va a ser un pasote. —Arrastró a David por la acera hasta la puerta.

—Qué raro —dijo la señorita Marblemaw.

—¿El qué? —preguntó Arthur, volviendo la vista atrás hacia ella.

—Que un adulto como David esté tan preocupado por conocer a alguien. Casi podría decirse que muestra un comportamiento... infantil.

—Ya —dijo Arthur—. Supongo que eso es lo que pasa cuando alguien lleva toda la vida oyendo que es un monstruo. Es curioso. Como sin duda ya sabe, o eso espero, los traumas se manifiestan de formas diferentes, algunas más evidentes que otras, y pueden durar toda la vida. Que usted trivialice el tema dice más de usted que de él.

Y ahora, si me disculpa, tengo ganas de escuchar música de gente muerta.

Notó los ojos de ella clavados en la espalda.

—¡De alucine! —dijo K-Nuto con admiración justificada al ver las garras retráctiles de David—. Es como llevar cuchillos siempre a mano. Fijo que nunca tienes que preocuparte por encontrar algo con lo que cortar el bollo del desayuno. Eres un privilegiado, macho.

Lucy y David estaban de pie frente a K-Nuto, un tipo alto y desgarbado que les sonreía de oreja a oreja, acodado sobre el mostrador. Por razones que solo él conocía, llevaba un pañuelo de cachemir sobre una bata roja con borlas doradas, y la larga cabellera negra entrecana recogida hacia atrás en una trenza que descansaba sobre su hombro izquierdo. En lo alto de la cabeza llevaba unas gafas de sol de plástico rosa a las que les faltaba un cristal.

Cuando Arthur entró en la tienda, K-Nuto se levantó el bajo de la bata para revelar unos calcetines color naranja con unas llamitas rojas estampadas.

—¡Eh, Paco Pico! —exclamó—. Fíjate en lo que llevo en los pinreles. He pensado que te molaría verlos.

—Muy bonitos —dijo Arthur, extendiendo la pierna y colocando el pie junto al de K-Nuto para lucir su calcetín morado decorado con pequeños discos negros.

—¡Hermanos de patucos! —celebró K-Nuto, atrayendo hacia sí a Arthur para darle un abrazo con fuertes palmadas en la espalda al que el otro correspondió con la misma moneda. Estaba a punto de apartarse cuando se oyó la campanilla de encima de la puerta, y el dueño de la tienda se puso tenso.

—¿Quién es la carroza? —susurró, echándose hacia atrás.

—Es la señorita Marblemaw —dijo Lucy—. Ha venido para asegurarse de que Arthur y Linus no nos sacrifiquen en un ritual de sangre. Trabaja para el Gobierno.

—¿Ah, sí? —dijo K-Nuto, rascándose la barbilla—. ¿Lleva una orden de registro?

—¿Una orden de registro? —preguntó ella—. ¿Para qué iba a necesitar eso?

—Eh... no, para nada —dijo el otro, moviendo los ojos a derecha

e izquierda—. Si por casualidad se fija en ciertos... objetos de cristal que están a la venta, que sepa que son para tabaco y nada más. —Como si se creyera invisible, alargó el brazo hacia atrás, agarró una pipa de vidrio apestosa y se la guardó en el bolsillo.

—Ya —dijo la inspectora—. A juzgar por su apariencia, yo habría pensado lo mismo.

—¿Eso para qué sirve? —le preguntó David a Lucy con un susurro.

—Para la hierba —respondió el otro—. Linus dice que a K-Nuto le gusta el césped.

—Ah. Eso... tiene sentido, creo.

—Oye, demoniete —dijo K-Nuto, agachándose con las manos apoyadas en las rodillas—. ¿A que no adivinas qué acabo de recibir?

Lucy abrió los ojos como platos y empezó a rebotar sobre la punta de los pies, nervioso.

—No te creo.

—Pues créetelo —dijo K-Nuto—. Ella Fitzgerald y Billie Holiday, en vivo en el festival de *jazz* de Newport.

—¡No fastidies! ¿Donde Ella canta *Air Mail Special* y...?

—¿Se marca un *scat* de antología? Exacto, ese.

Lucy alzó los brazos al cielo.

—¡Sí! Sí. ¡Por fin! ¿Sabes una cosa? Cada vez que me entran ganas de destruir el universo entero, me acuerdo de que los humanos crearon la música y entonces pienso que tal vez, solo tal vez, vuestra especie raruna tenga algo que ofrecer a pesar de todo.

—Dabuten —dijo K-Nuto—. Totalmente a favor de salvar el universo a través de la música. O sea, ahí estás tú, un pequeño torbellino de caos y rocanrol, y aquí estoy yo, el salvador de toda la humanidad. ¡Chúpate esa, papá!

—Eso —dijo David—. ¡Chúpate esa, papá de K-Nuto!

—Me mola tu estilo, tío peludo con cuchillos en las manos —dijo el hombre—. ¡A los tocatas!

—¡A los tocatas! —repitió Lucy con entusiasmo, imitando los andares de K-Nuto, una especie de bamboleo deslizante que parecía más un baile que una forma de caminar. David también lo intentó con un brío admirable, pero en vez de ello, acabó dando saltitos mientras seguía a K-Nuto y a Lucy hacia la pared de la izquierda, donde había tres tocadiscos instalados para que los clientes escucharan música

mientras hacían sus compras. K-Nuto abrió el armario sobre el que se encontraba el tocadiscos de en medio y sacó una funda dorada y marrón en cuya carátula aparecían Ella y Billie de perfil, una a cada lado—. Hay otras interpretaciones flipantes —dijo mientras extraía el disco—. Ella versiona temas de los Gershwin y Duke Ellington. Herbie Nichols acompaña al piano a Billie en *Lady Sings the Blues*, y es de una frescura que te deja helado.

—Como yo —dijo David.

K-Nuto lo miró, parpadeando.

—Ya te digo, coleguita peludo con cuchillos en las manos. Exactamente como tú. De hecho, a lo mejor tienes más frescura todavía. Ya sabes, por ser un yeti y toda la pesca. ¿Te cuento un dato curioso? Una vez creí que había conocido a un yeti, pero resultó ser un reposapiés afelpado. En honor a la verdad, iba puestísimo de…

Arthur lo interrumpió con un carraspeo elocuente.

—… las cosas bonitas que ofrece la vida —concluyó K-Nuto con desparpajo—. Así que fue un error sin mala intención.

—Ya, estas cosas pasan —dijo David—. Es decir, son un pasote.

El hombre le dedicó una sonrisa esplendorosa.

—¡Hay que ver, David! Al final te convertiremos en un auténtico jazzero, ya lo verás. Bueno, ¿estáis listos para viajar hasta Newport? Creedme cuando os diga que os cambiará la vida para siempre. —Colocó el disco en el reproductor y bajó la aguja. Tras unos siseos y crepitaciones, sonaron unos aplausos metálicos, seguidos por la risa de Ella y un «¡gracias!», al tiempo que entraba el piano junto con el repiqueteo de la caja y el platillo charles.

Entonces Ella se arrancaba con una improvisación vocal genial que le apaciguó los nervios a Arthur y le ensanchó el corazón, sobre todo cuando Lucy y K-Nuto comenzaron a acompañarla pronunciando sílabas sin sentido, con más entusiasmo que ritmo.

Al principio, David no parecía tenerlas todas consigo, pero en cuanto empezó a sonar la música, se le abrieron los ojos y la boca poco a poco. Cuando K-Nuto y Lucy se pusieron a cantar *scat* con Ella, volvió la cabeza hacia ellos y comenzó a dar pequeños botes al compás de la música. De pronto, Ella soltó la frase «cuando la luna atrae tu mirada como una *pizza* bien grande, eso es amore», lo que lo hizo reír y sacudir el trasero con un torpe meneo, agitando el espeso pelaje blanco.

—¡Eso es! —exclamó K-Nuto—. ¡Siéntelo! Es una reina. Du-bi-du-uaaaah.

—¡Arthur! —gritó Lucy—. ¿Te apetece bailar también?

Le apetecía más que nada en el mundo. Sin mirar a la señorita Marblemaw, deslizó un pie hacia delante, con el dobladillo del pantalón a media pantorrilla. Chasqueó los dedos una, dos veces y, cuando Ella se aproximaba al final apoteósico, gritó:

—¡Da-da-didelí, dop-du-bap!

—Oooh —dijo Lucy—. Estás tan mono cuando lo intentas… Habrá que practicar más. ¡Ponla otra vez, K-Nuto!

Después de reproducir la canción siete veces más, Lucy proclamó a Arthur y a David maestros del *scat* y les recordó que eso no tenía nada que ver con las heces, cosa que Arthur agradeció. Después de todo, ya tenían bastante mierda con la que lidiar.

David se fue sintiendo más cómodo conforme pasaban más tiempo en la tienda. Sin perder de vista en ningún momento a Lucy y Arthur para asegurarse de que no se marcharan sin él, comenzó a curiosear los discos y a preguntarle a K-Nuto cuáles eran sus favoritos. Lucy estaba sentado al lado de Arthur, y juntos buscaban tesoros ocultos.

La señorita Marblemaw seguía a K-Nuto, intentando interrogarlo sobre sus interacciones con Lucy y preguntarle si alguna vez había sentido que su vida estaba amenazada.

—No soy un estupa y estoy atendiendo a un cliente —respondió él con educación—. Enseguida estoy con usted. ¡Gracias por su paciencia! —Dicho esto, se volvió hacia David, que había elegido un disco—. ¿The Clovers? Tío, eso es tener buen gusto. A la peña suele gustarle *Love Potion N.º 9*, pero no dejes de oír *One Mint Julep*. Es tan suave que te derretirás como la mantequilla en una tostada caliente.

Una vez convencido de que David estaba en buenas manos, Arthur se volvió hacia Lucy, que estudiaba la carátula de un disco con una concentración que por lo general reservaba para crear hombrecitos de barro con conciencia propia.

—Lucy —dijo Arthur.

El chico levantó la mirada.

—Me parece que este no lo tengo. ¿Cuántos discos puedo llevarme hoy?

—Todavía te quedan varios en casa que aún no has escuchado. ¿Cuántos más crees que necesitas?

—Bueno, ya que lo planteas así..., creo que con treinta más bastaría.

—Tres —dijo Arthur.

—Veintinueve y medio.

—Dos.

—¡Serán tres! —dijo Lucy—. Sabía que al final entrarías en razón. —Sacó otro disco y lo descartó casi de inmediato antes de interesarse por otro.

—Lucy —dijo Arthur de nuevo—. ¿Puedo preguntarte algo?

Sin apartar su atención de los discos, Lucy se encogió de hombros.

—Claro.

—Hoy te tocaba a ti elegir la aventura.

—Caray, tienes una memoria prodigiosa. ¿Cómo lo consigues?

—Y, sin embargo, en vez de pensar en lo que tú querías hacer, planeaste algo para cada uno de tus hermanos.

—Pero si estoy haciendo lo que quiero hacer —dijo Lucy, alzando la vista hacia él—. Estamos en una tienda de discos.

—Eso ya lo pillo —respondió Arthur—. Pero mi pregunta es ¿por qué?

—Ah —farfulló Lucy—. Muy fácil. ¿Te acuerdas de cuando hablamos de ser un monstruo o ser bueno?

—Me acuerdo. Te enfadaste bastante conmigo.

—Puede ser —dijo el muchacho, cogiendo otro disco y acercándoselo a la cara—. Pero le he estado dando vueltas al tema. Comiéndome el coco pero bien. Sí que estaba algo enfadado contigo, pero entonces me puse a pensar en las cosas que me hacen feliz.

Arthur asintió.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

—Que me gusta cuando los demás están contentos, y formar parte de ello me hace sentir bien —explicó Lucy. Pero, como seguía siendo Lucy, agregó—: No todo el mundo, solo las personas que me caen bien. Por algún motivo, hace que las arañas en mi cabeza se duerman. No para siempre, pero sí durante un rato.

—¿Y por qué crees que pasa eso?

El chico se encogió de hombros.

—Ni idea, pero me gusta el silencio que queda.

—¿Por qué has invitado a David?

—Porque sabía que la señorita Marblemaw lo seguiría, y, si está con nosotros, puedo asegurarme de que ella no lo trate mal.

—Querías protegerlo —afirmó Arthur.

—Claro —dijo Lucy—. Bastante miedo da ya ser el nuevo en un lugar como para que encima ella viniera a empeorar las cosas. Pero, mientras estemos a su lado, no le pasará nada malo.

—¿Ya no estás molesto con él?

Lucy se quedó pensativo un momento.

—Creo que no —respondió al fin—. Y aunque lo estuviera, me hizo pip en la nariz. No puedes seguir enfadado con alguien que hace eso. Seguro que hay alguna ley que lo dice.

—Me impresionas —dijo Arthur—, de las mejores maneras posibles.

—Eso es porque soy impresionante. —Señaló a Arthur con el dedo—. Pero que me guste hacer felices a los demás no significa que no pueda hacer otras cosas también.

—¿Como cuáles?

El muchacho se inclinó hacia él con un brillo rojizo en la mirada.

—Cosas de monstruos —susurró—. ¿Crees que cuando la señorita Marblemaw termine su inspección me dejará quedarme con su cráneo si se lo pido bien? Tampoco es que lo use mucho.

—Es una forma de verlo, sin duda —dijo Arthur—. Pero creo que será mejor que quede entre nosotros, ¿te parece?

—Seré una tumba —concedió Lucy con una sonrisa taimada—, siempre y cuando pueda llevarme cuatro discos.

—Cinco —dijo Arthur— y es mi última oferta.

—Eres un pasote —dijo Lucy—. Choca esa mano, tío legal.

¿Cómo iba Arthur a rechazar una oferta así?

Más tarde, Arthur se diría a sí mismo que era algo inevitable, que la bola de nieve se había echado a rodar desde el primer momento. La audiencia, la señorita Marblemaw, las amenazas apenas disimuladas del Gobierno: todos esos factores confluyeron para crear una tormenta

perfecta en pleno día. Aquellos breves momentos en su oficina en los que la inspectora había dado muestras de humanidad eran un engaño, y aunque él se había resistido a creerlo, había albergado la esperanza de que ella fuera distinta.

Quizá su confesada incapacidad de experimentar miedo habría debido ser un primer toque de atención para él: aunque David llevaba poco tiempo en la isla, ya le había enseñado a Arthur que un poco de miedo podía ser saludable. ¿Qué se sentía al no temer nada? ¿Acaso el miedo no formaba parte de la condición humana?

No podía evitar que lo asaltaran pensamientos más oscuros. ¿Qué pasaría si las personas sin miedo fueran despreciadas y perseguidas como animales? Sin duda la señorita Marblemaw tendría algo que decir al respecto. O tal vez incluso intentaría ocultar su naturaleza al mundo. En cierto modo, se parecían mucho, pensó Arthur, pero ella estaba a punto de demostrar que se equivocaba de la peor manera posible.

Él se encontraba junto a Lucy, que estaba escogiendo el quinto disco que iba a comprar. K-Nuto y David se habían ido a la trastienda, aunque Arthur aún oía las preguntas incesantes del yeti y las respuestas entusiasmadas de K-Nuto.

La señorita Marblemaw… brillaba por su ausencia. Hacía un rato que Arthur no la veía, aunque, por otro lado, había estado distraído con el parloteo continuo de Lucy sobre si tal álbum era un discazo, pero tal otro era un discazón, una distinción nada baladí.

—¿Existe una categoría por encima de la de discazón? No me parece posible…

Se oyó un grito ahogado, seguido de un ruido sordo de pasos. Cuando Arthur irguió la cabeza de golpe, vio a K-Nuto, que corría a través de la tienda, gritando a pleno pulmón. Tras él, balanceándose de un modo monstruoso con las garras desplegadas, iba David, mostrando los dientes mientras lanzaba feroces gruñidos. K-Nuto llegó a la puerta principal y la abrió con tal violencia que rebotó contra la pared. David salió en pos de él.

—¿Están jugando al pillapilla? —preguntó Lucy—. ¡Yo también quiero!

—Creo que… —antes de que pudiera terminar la frase, la señorita Marblemaw cruzó el establecimiento como una exhalación, con el faldón del abrigo arrastrando tras ella y las facciones crispadas en una

mueca furiosa.

Arthur se levantó de golpe al tiempo que la inspectora salía en tromba.

Sin vacilar, se agachó y recogió a Lucy en brazos con un movimiento fluido mientras se abalanzaba hacia la puerta, con la sangre rugiéndole en los oídos. El crío, por su parte, se dejó llevar y trepó por el cuerpo de Arthur hasta su espalda, donde se abrazó a su cuello y le hincó los piececitos en los costados.

El sol deslumbró a Arthur en cuanto puso un pie fuera de la tienda de discos. Parpadeando rápidamente para aclararse la visión y con el cálido aliento de Lucy en la oreja, el hombre derrapó hasta detenerse y chocó con algunas de las personas que se habían apiñado en la acera para mirar algo que ocurría en la calle. Tras abrirse paso entre la multitud, Arthur sintió que la ira se apoderaba de él al ver la escena que todos estaban contemplando.

La señorita Marblemaw, en la calzada, le aferraba la muñeca a David con mano de hierro. Se alzaba amenazadora ante él, con el abrigo ondeándole en torno a los tobillos. David pugnaba por soltarse, pero ella lo sujetaba con firmeza.

—¿Cómo te atreves a perseguir humanos? —le espetó la señorita Marblemaw—. ¡Podrías haber matado a ese pobre hombre!

—Tranquilo —le susurró Lucy al oído—. Los he llamado. Ya vienen.

—¿Qué? ¿A quién has...?

—¡Oiga! —exclamó K-Nuto desde el otro lado de la calle—. ¡Estábamos jugando! ¡Quítele las sucias zarpas de encima!

La inspectora tuvo un momento de vacilación, pero fue breve.

—Da igual. —Volvió a propinarle un fuerte tirón en el brazo a David, que gimió, con los ojos vidriosos, forcejeando por escapar—. ¡Este... esta cosa es un animal! Los animales se guían por el instinto. Si alguien echa a correr, su impulso cazador se activa y...

—Aparte la mano de él de inmediato antes de que se la queme.

La señorita Marblemaw volvió lentamente la cabeza hacia Arthur, con un mechón de su cabello apelmazado en la frente.

—¿Otra amenaza, señor Parnassus? ¿Está seguro de que esa es la reacción adecuada? Piense que aquí hay muchos testigos.

—¡Lo está asustando! —gritó K-Nuto.

La mujer bajó la vista hacia David, que hundió los pies en el

suelo, esforzándose por liberarse.

—Qué miedo tan infantil, tratándose de alguien que hace décadas que dejó de ser un niño —dijo ella, inclinándose hacia delante y apretándole la muñeca con más fuerza.

Arthur dio un paso hacia ella mientras Lucy se deslizaba para bajar de su espalda. Las personas en torno a él soltaron un grito ahogado cuando unas llamas se le extendieron por los hombros, los brazos, las manos, crepitando, chisporroteando. El fénix profirió un chillido en su pecho, desplegando las alas, con los ojos ardiendo como dos estrellas.

Pero antes de que apareciera la bestia, Lucy le tiró de la camisa a Arthur, impulsándolo a bajar la vista hacia él.

—Es lo que ella quiere, papá.

«Papá», pensó Arthur pese al fuego que lo obnubilaba.

Una sombra tapó el sol por unos instantes, y la señorita Marblemaw pegó un alarido cuando un guiverno se lanzó en picado sobre ella, con las alas plegadas a los costados. Cuando se agachó para esquivarlo, David aprovechó el momento para zafarse, pero se tambaleó hacia atrás y topó con...

Sal, que permanecía de pie en la calle, con expresión glacial, mientras Theodore se posaba sobre su hombro. A su izquierda, se encontraban Phee y Talia. La primera tomó de la mano a David, de cuyos ojos brotaban cubitos de hielo que se hacían pedazos contra el asfalto. La segunda le clavó la mirada como un puñal a la señorita Marblemaw. A la derecha de Sal, estaban Chauncey y Lucy. Tras ellos, Linus, más furioso de lo que Arthur lo había visto nunca, lo miró y asintió antes de centrar de nuevo su atención en la inspectora.

Talia dio unos pasos al frente mientras la señorita Marblemaw se enderezaba. Continuó andando hasta que se encontraba a menos de un metro de ella. La punta de su gorro apenas le llegaba a la cintura a la mujer. La gnoma la miró de arriba abajo.

—Los del DEJOMA son muy cortos —declaró—, pero aun así cuesta creer que hayan mandado a una persona tan lerda. Linus no era lerdo. ¿Por qué tú sí lo eres?

—A mí no me hables así —dijo la señorita Marblemaw, con el rostro contraído y casi morado—. Soy mayor que tú, y, por tanto, tu superior.

—En realidad, yo tengo más años que tú —dijo Talia—, o sea que soy mayor. Como tal, te daré un consejo: ten cuidado. Algunos somos más poderosos de lo que parecemos.

La señorita Marblemaw la fulminó con la mirada.

—El Anticristo es...

—Ah, no se refiere a mí —dijo Lucy con una gran sonrisa—. Es decir, no solo a mí. Está hablando de Phee.

La inspectora parpadeó, extrañada.

—¿El espíritu del bosque? Estás de broma, ¿verdad? ¿Qué va a hacer? ¿Plantar un árbol?

—Tiene gracia que mencione los árboles —contestó la aludida, plantándose junto a su hermana frente a la señorita Marblemaw. A través de las llamas que lo envolvían, Arthur vio que la inspectora reaccionaba retrocediendo un paso—. Porque la última vez que alguien le hizo daño a mi familia, los convertí a todos en árboles. Su carne se convirtió en corteza, su sangre, en savia, sus brazos, en ramas, y sus dedos, en hojas.

—No te atreverías... —dijo la mujer.

—Uy —soltó Chauncey—. No debería haber dicho eso.

Phee comenzó a agitar las alas, se elevó del suelo y se situó cara a cara frente a la señorita Marblemaw, con la cabellera convertida en una corona de fuego. Sin apartar la vista de la inspectora, se inclinó hacia delante hasta que sus narices se tocaron.

—Póngame a prueba —dijo con voz inexpresiva—. Vuelva a ponerle un dedo encima a cualquiera de nosotros, y será lo último que haga antes de que la plante en el parque y deje que los perros la usen como urinario.

—El DEJOMA tendrá noticias de esto —aseveró la señorita Marblemaw, con contracciones algo alarmantes en el párpado inferior izquierdo—. Tendrán noticias de todo esto, y ni siquiera la labia de Arthur Parnassus lo salvará esta vez.

—Me alegro —intervino Linus con frialdad—, porque yo me aseguraré de que todo el mundo sepa que usted ha agarrado a alguien sin su permiso. Y no creo que nos cueste mucho encontrar un testigo que quiera corroborarlo.

Las personas que rodeaban a Arthur comenzaron a asentir, aunque se mantenían a cierta distancia. Él no los culpaba por ello; sus

brazos y sus manos aún despedían fuego, de forma controlada, pero tal vez no del todo. Sin embargo, en ese momento, otra figura se le acercó sin el menor temor.

—Sabían lo que estaba pasando —le susurró Helen—. Talia y Phee. No sé cómo, pero lo sabían.

La señorita Marblemaw perdió los estribos.

—He intervenido porque creía que un ser humano estaba en peligro. Cualquier otro habría hecho lo mismo.

—Pero no lo hemos hecho —dijo K-Nuto—, porque los conocemos. —Suavizó la expresión al mirar a David—. Gracias al coleguita peludo con cuchillos en las manos, he hecho realidad uno de los sueños de mi vida: que me persiga un yeti. ¿Cuánta gente podría decir lo mismo? Bueno, fijo que no soy el único, ¡pero eso qué importa! Lo he conseguido por fin, y ha sido aún mejor de lo que esperaba. ¡Un aplauso para los sueños cumplidos gracias a un yeti llamado David! —Se puso a aplaudir con ganas, dando gritos de júbilo.

Los otros niños se unieron a él. También Zoe y Linus. La multitud entera prorrumpió en vítores hasta que la calle se convirtió en un clamor. Helen se sumó con tanto entusiasmo como el que más, y Arthur aportó su voz al bullicio mientras su fuego se extinguía.

Mientras la señorita Marblemaw miraba en derredor, furiosa, David esbozó una sonrisa.

El viaje de regreso habría resultado incómodo si Merle no se hubiera prestado a transportarla hasta la isla él mismo.

—Déjela en mis manos, señor Parnassus —farfulló, mirando a la señorita Marblemaw con desdén mientras estaban de pie en el muelle, con el transbordador a sus espaldas—. Yo la llevo.

—Si se produjera un retraso inevitable, lo comprendería perfectamente —dijo Arthur.

—Ah, ya —dijo Merle, asintiendo—. Son cosas que pasan. La mar es caprichosa. —Escupió un gran bocado de tabaco al agua—. El precio del pasaje ha subido, por cierto. Por la temporada de verano y tal. —Inclinó la cabeza hacia Arthur. El aliento le olía ligeramente a cebolla y tabaco—. He oído que la ha armado buena en el pueblo.

—Los rumores vuelan, por lo que veo.

—Desde luego —dijo Merle—. ¿Los críos están bien?

—No lo sé —reconoció Arthur—. Espero que sí. Los niños muestran una resiliencia admirable en los momentos difíciles. Solo lamento que las cosas hayan llegado a este extremo.

—¿Por qué va a dejar que vuelva? —preguntó Merle—. Me parece que debería darle la patada. Los chicos estarían más a salvo.

Merle constituía todo un enigma. Era mordaz, gruñón, y más que un poco obtuso, pero, a pesar de todo, se había negado a llevar a los reporteros a la isla. Se había interesado por el estado de los niños a los que normalmente siempre miraba mal. «Está pasando —pensó Arthur, maravillado—. El cambio, las voces de unos pocos que crecen hasta formar un clamor incesante».

—Mantén cerca a tus amigos, pero más cerca aún a tus enemigos —contestó Arthur—. Créeme si te digo que Harriet Marblemaw nunca volverá a estar en posición de hacer lo que ha hecho hoy. Me ha convertido en un enemigo, y no olvidaré pronto lo ocurrido.

Merle hizo un gesto afirmativo.

—Si necesita ayuda para ocultar un cadáver, soy su hombre —dijo por lo bajo—. El océano es muy muy grande.

—Gracias, Merle. Tu amabilidad no solo es bienvenida, sino un bálsamo para el alma después de los sucesos de hoy. Pero no te preocupes: muchos de mis niños saben cómo ocultar un cadáver.

Bajo el espeso pelaje, David tenía magullada la piel de la muñeca, el contorno definido de unos dedos en tonos de morado cada vez más oscuros. Según él, no le dolía mucho, y como su cuerpo ya estaba helado, no hubo necesidad de ponerle una compresa fría.

Esto no le sirvió de consuelo a Arthur. El chico parecía haberse recuperado rápido, y cuando llegaron a la isla, se reía de algo que había dicho Chauncey. Arthur no mentía cuando hablaba de la resiliencia de los niños, pero habría preferido que nunca ocurrieran cosas que la pusieran a prueba. Los traumas tendían a manifestarse en las circunstancias más inesperadas, por lo que Linus y él vigilarían de cerca a David para procurar mantenerlo a salvo de cualquier detonante emocional.

Mientras Linus y Zoe preparaban una cena temprana para los niños, Arthur permanecía de pie en el porche, atento al camino. Ya

anochecía cuando la señorita Marblemaw apareció por la cuesta, resoplando, con la piel brillante de sudor y las plumas de pavorreal mustias contra la cara.

Se detuvo al vislumbrarlo. Él no dijo nada ni alzó la mano a modo de saludo. Simplemente la miraba.

Sacando la barbilla con gesto altivo, la mujer se dirigió hacia la casa de invitados, entró y cerró de un portazo.

No se dejó ver durante el resto de la tarde.

Esa noche, por más vueltas que daba Arthur en la cama, no conseguía conciliar el sueño.

Lucy lo había llamado «papá» con naturalidad y sin pensarlo, como si aquel no fuera el momento más trascendental en la vida de Arthur. Papá.

Cuando les preguntaron a los niños cómo habían sabido que David estaba en apuros, fue Sal quien habló en nombre de todos, al bajarse de la furgoneta.

—Lucy nos ha llamado.

Linus y Arthur habían intercambiado una mirada perpleja, y Zoe parecía igual de confundida.

—¿Cómo que os llamó? —inquirió.

—Lo oímos —había explicado Sal—. En nuestra cabeza. Nos dijo que David necesitaba ayuda.

—¿Es eso cierto, Lucy? —había preguntado Linus en voz baja.

—Síp —había respondido el chico—. Son mis hermanos. Claro que me oyeron. ¿Cómo no me iban a oír?

Arthur se levantó de la cama, sonriendo por los moqueos y ronquidos que soltaba Linus mientras dormía.

—Qué maravilla de hombre —susurró, subiéndole el edredón hasta el hombro para taparlo bien. Calíope alzó la cabeza y lo siguió con la mirada. Cuando la rascó detrás de la cabeza, ella se restregó contra su mano. Arthur se disponía a encaminarse a su despacho para ponerse al día con el trabajo atrasado cuando vislumbró un destello al otro lado de la ventana, una luz tenue que brilló dos veces más.

Se dirigió hacia la ventana y, aunque desde allí tenía un ángulo de visión pésimo, le pareció que el resplandor procedía del cenador

del jardín.

Tras ponerse la bata, hizo una primera parada en la habitación de Lucy. El chiquillo roncaba con tanta fuerza que le aleteaban los labios. Junto a su cama, sobre un bloque de hielo que se derretía poco a poco, yacía David, exhalando hilillos de niebla fría por la boca. Arthur los dejó tranquilos y cerró la puerta tras salir al pasillo. Asomó la cabeza al interior del cuarto de cada uno de los niños. Sal estaba tendido boca abajo, con la cara hundida en la almohada. Theodore dormía panza arriba, con el cuello enroscado de modo que tenía la cabeza contra el costado. Talia descansaba en su madriguera, y las hojas que la rodeaban se agitaban con cada exhalación.

Phee no estaba en su habitación.

Negándose a dejar que el pánico se apoderara de él, Arthur bajó la escalera, salió por la puerta principal, bajó del porche y torció a la derecha. Caminó por el sendero del jardín de Talia hasta que llegó al cenador. Ahí, sentada en uno de los bancos, estaba Phee, con su ropa de dormir, pero con aspecto totalmente despierto y la lengua asomando entre los dientes en un gesto de concentración. Arthur vio cómo alzaba las manos frente a sí, con las palmas enfrentadas, los dedos crispados como garras, y una maraña de raíces sucias flotando entre ellas. Se le arrugó la frente por el esfuerzo. Al cabo de un momento, surgió otro destello, blanco y suave. Cuando el fulgor se apagó, apareció, suspendido entre sus manos, un arbolito joven, con las raíces retorcidas colgando. Lo atrapó en el aire y lo colocó encima del montón de arbolitos parecidos que tenía a su derecha. A su izquierda, había más raíces.

Arthur se aclaró la garganta y Phee pegó un salto. No se relajó hasta que identificó a quien la había interrumpido.

—¿Insomnio? —preguntó él, subiendo los tres escalones del cenador.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirar los arbolitos.

—Estaba pensando.

—¿Ah, sí? Eso suena a algo serio. —Como hacía fresco, se quitó la bata, se la puso a Phee sobre los hombros y le dio la tabarra hasta que ella accedió a meter los brazos en las mangas—. ¿Puedo preguntarte en qué piensas?

—En árboles —dijo ella con sequedad.

—Y te invadió la necesidad de crearlos en plena noche.

—¿Por qué no?

—Buena pregunta. En fin, si no te molesta, me gustaría quedarme a mirar, siempre y cuando eso no interfiera con tu trabajo.

Phee asintió y reanudó su tarea. Permanecieron sentados en silencio, roto únicamente por el pop bajo y burbujeante que se oía cada vez que un árbol aparecía de la nada. Cuantos más creaba, más tensa se ponía, con los hombros cerca de las orejas y las comisuras de la boca curvadas hacia abajo. Aunque Arthur se moría de ganas de hacerle preguntas, esperó. Phee ya se lo contaría a su debido tiempo.

Esta predicción se cumplió diez minutos más tarde, cuando, después de añadir otro arbolito al montón, ella se volvió hacia Arthur.

—Volvería a hacerlo —dijo.

—¿El qué?

—Convertir en árboles a quienes traten de hacernos daño.

El hombre tragó en seco.

—¿De veras?

—Sí —dijo ella, bajando los ojos hacia sus manos—. Sé que eso no me convierte en una buena persona, pero...

—Claro que eres buena persona —repuso Arthur con rotundidad—, una de las mejores que he tenido el placer de conocer. Que abrigues ciertos sentimientos respecto a quienes intentan perjudicarte no anula la otra parte de ti. Al contrario, te hace humana.

Ella hizo una mueca.

—Bueno, tampoco hay que pasarse. Prefiero mil veces ser un espíritu que una humana.

—Me lo imaginaba, y me alegra oírlo. Pero, por muy enfadada que estés, eso no te da derecho a hacer daño a otros.

—¿Aunque quieran hacernos daño a nosotros?

Arthur titubeó y escogió sus palabras con cuidado.

—Me parecería adecuado que te defendieras o que defendieras a otros, en caso necesario. Pero te pediría también que pensaras en las consecuencias de tus actos. —Suspiró—. Por otro lado, tal vez no sea el más indicado para aleccionarte sobre eso. Dudo que Lucy se tomara bien que le dijera que no puede lanzar amenazas de muerte todos los días, aunque nunca las cumpla.

A Phee se le escapó una risotada.

—Sí, me gustaría ver cómo acaba esa conversación. —Tras una

pausa, añadió—: Si tuvieras que volver a empezar, ¿harías algo de manera diferente?

Él resistió el impulso de responder de inmediato, para conferir a su pregunta el peso que merecía.

—No —dijo al fin—. Pese a todo lo que he pasado y todo lo que he visto, no quisiera ser una persona distinta de la que soy. Si tuviera que volver a empezar, lo haría todo igual para desembocar en este mismo momento. Una y otra vez.

—Porque nos quieres.

«Papá», lo había llamado Lucy.

—Con todo mi ser.

Ella asintió y tendió la mirada hacia el jardín.

—Lo sabemos. Todos lo tenemos claro. Y David empieza a darse cuenta también. Quizá tarde un poco, pero, si quieres saber mi opinión, creo que deberías hablarle de la posibilidad de que se quede aquí permanentemente.

—¿Crees que aceptaría?

—No lo sé, pero tú tampoco lo sabrás hasta que se lo preguntes. Y el regalo de cump de Linus empieza a tocarme un poco las narices, porque falta un retrato. Está como incompleto.

—A lo mejor podemos solucionar ambas cosas de una tacada —dijo Arthur—. Cuando la inspectora se haya marchado, claro. No permitiré que se le acerque de nuevo, ni tampoco que interfiera en un momento familiar tan íntimo.

—No va a dar el brazo a torcer —dijo Phee, volviéndose de nuevo hacia él—. La señorita Marblemaw. —Ladeó la cabeza—. Pero eso ya lo sabes, ¿no? Sobre todo desde que te dijo que no sabe lo que es el miedo.

—Tienes razón —reconoció Arthur—. Pero había albergado la esperanza de que ella... No importa. No deberías preocuparte por...

—Ya, bueno, no. Es algo que me afecta. Nos afecta a todos. Estamos juntos en esto.

Él la abrazó por los hombros y la atrajo hacia sí, de modo que su rostro quedó apoyado en el cabello de Phee.

—Cuéntame —le susurró él—. Sea cual sea tu mayor anhelo, por favor, dímelo, y haré todo lo posible por hacerlo realidad.

Ella se apartó con un resoplido.

—Yo no necesito nada. El cariño no funciona así. Tú no esperas

una recompensa cada vez que haces algo, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—Entonces ¿por qué tendría yo que ser diferente? Hacer lo correcto no siempre trae consigo premios o reconocimiento.

—Entonces ¿qué sentido tiene hacerlo? —preguntó él, interesado en su respuesta.

Sonrojada, ella jugueteó con una hilacha de la bata. Aunque estaba cohibida, hizo de tripas corazón.

—Tiene sentido porque tal vez otra persona te vea y haga lo mismo por otra, y entonces esa otra persona ayude a su vez a alguien más. —Le lanzó una mirada traviesa a Arthur, y se le iluminó el semblante—. Como tu ejemplo de unas ondas en un lago.

Él se deslizó desde el banco hasta quedar arrodillado frente a ella en el suelo del cenador. Le tomó el rostro entre las manos.

—Mi maravillosa niña. Soy mucho mejor persona desde que te conocí.

Ella retiró la cabeza y le dio un beso en la palma antes de apartarle las manos.

—Te he mentido. He pensado algo que quiero.

Riéndose, él se sentó sobre los talones.

—Y tuyo será.

Ella le escudriñó el rostro con un nerviosismo momentáneo que él rara vez había visto en ella. Esperó mientras ella pugnaba por vencer la timidez.

—No es nada importante. Puedes decir que no, si quieres.

—Si es importante para ti, también lo es para mí.

Ella respiró hondo y exhaló despacio.

—¿Puedo... puedo volar contigo?

Esto lo dejó tan pasmado que se quedó sin habla. De todas las cosas que se había imaginado que ella podía pedirle, esta ni se le había pasado por la cabeza.

Ella confundió su estupor con reticencia.

—No pasa nada —dijo—. No tienes por qué hacerlo. —Sacudió la cabeza—. Perdona. Los chicos y yo... hablamos de ello, después de que nos dijeras lo que eres. Pero pensamos que a lo mejor tú ya no querías hablar de ello.

—¿Por qué pensasteis eso? —preguntó él con la voz ronca.

—Porque casi nunca dejas salir al fénix —dijo ella—. Lo mantienes oculto, como un secreto. Y entendemos tus motivos. Después de lo que viviste aquí —dijo a toda prisa, con un gesto de dolor—, debe de resultarte muy duro pensar siquiera en el fénix. Y después de lo que te hizo esa mujer tan desagradable durante la audiencia, supongo que no te apetecerá…

Él se enderezó y le tendió la mano. Ella la tomó sin vacilar y dejó que la ayudara a ponerse de pie y la guiara hacia los escalones del cenador. Cuando bajaron, él le dio un apretón en la mano a su hija.

—Será un honor para mí —le dijo.

El fuego apareció y el fénix se irguió con un chillido agudo. Aunque las llamas envolvieron a Arthur, no quemaron a Phee. Era algo impensable. Él era suyo, y ella suya. Arthur moriría antes de hacerle daño a ella o a cualquiera de los otros. A medida que se sumergía en el fénix, su mente se transformaba, cambiaba, y los turbulentos pensamientos humanos la abandonaban. La vista se le agudizó conforme el fénix y él se fundían en un solo ser y adquirió una nitidez inalcanzable para el ojo humano. En total, las llamas tardaron menos de diez segundos en consumirlo. Desplegó las alas, cuya enorme envergadura despedía un fulgor naranja vivo y rojo sangre. Las plumas de la cola se abrieron en abanico y se extendieron, exultantes en su libertad. La bestia, que se alzaba imponente frente a Phee, bajó la cabeza hasta su altura y chasqueó el pico con ánimo juguetón.

—¡La leche! —jadeó ella—. ¡Eres gigantesco!

Él chasqueó el pico de nuevo y se puso a saltar sobre sus dos patas negras, hundiendo las garras en el suelo. La rodeó y le dio un empujoncito por la espalda.

—Vale, vale —dijo ella con una carcajada—. Ya voy. Te echo una carrera hasta el banco de arena que está en la otra punta de la isla. A la de tres, ¿de acuerdo? ¡Y tres! —Acto seguido, salió disparada hacia arriba, con un zumbido de alas que se oía por encima de su risita perversa.

Arthur se agazapó antes de elevarse en el aire con las alas extendidas. Pillaron una corriente ascendente que los llevó más y más alto. «Hija —pensó con su mente no humana mientras ella lo dejaba atrás a toda velocidad—. Mi hija».

Y así surcaron el cielo, a través de la noche, el espíritu del bosque

y el ave de fuego. En cierto momento, ella volaba por debajo de él, boca arriba, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en las manos. Tras asegurarse de que él la miraba, fingió que bostezaba y se desperezaba.

—Vaya —dijo—. Y yo que estaba convencida de que serías más rápido. Debe de ser la edad. ¡Fíjate en esto!

Plegó las alas contra su cuerpo y se precipitó sobre el mar oscurecido. Él la siguió, con el viento azotándole el rostro y alborotándole las plumas. Justo cuando estaba a punto de impactar con el agua, ella viró en redondo y abrió las alas de golpe. Avanzó en horizontal, veloz como un rayo, dejando una estela en el mar, cabrillas blancas que ondulaban la superficie antes de desaparecer.

Ni corto ni perezoso, el fénix —y Arthur, pues los dos eran uno solo— abrasó el aire que lo rodeaba y, en un arranque de velocidad, adelantó a Phee.

—¡No es justo! —gritó ella—. ¡No vale usar cohetes!

Circundaron la isla hasta que apareció ante ellos el banco de arena, una larga faja de tierra medio firme. Al oír el zumbido de las alas de Phee detrás de él, Arthur frenó un poco y dejó que pasara por su lado y tocara tierra antes, dejando un surco en la arena mientras derrapaba hasta detenerse. Cuando Arthur aterrizó, Phee se puso a dar botes levantando el puño en señal de triunfo.

—¡He ganado! ¡He ganadooooo!

Arthur desplegó las alas y echó la cabeza hacia atrás. De su garganta surgió un bramido de orgullo —por su hija, por todos sus niños—, y Phee se sumó a él con un grito de guerra de juventud.

Más tarde, cuando empezaba a amanecer, estaba recostada contra él, envuelta en un ala y parpadeando despacio para intentar espantar el sueño. Bostezó al tiempo que el sol se elevaba por encima del horizonte, iluminándole el cabello de manera que parecía que ella también estuviera en llamas.

—Deberías liberar al fénix más a menudo —dijo mientras se le cerraban los ojos—. Forma parte de ti. ¿Por qué ocultarlo, cuando queremos verte volar?

Y entonces se quedó dormida, con una respiración pausada y regular.

—Volar —dijo el fénix solo una vez, un sonido grave y gutural que se perdió en el viento procedente del mar.

# Doce

Los domingos por la mañana, a la hora del desayuno, eran momentos bulliciosos. Linus, que había decidido que llevaba mucho tiempo sin hacer tortitas, estaba preparando una hermosa pila tras otra, con gruesas barras de mantequilla derritiéndose en lo alto. En el tocadiscos, Thurston Harris y The Sharps cantaban «cosita bonita, ven a charlar conmigo, tortolita hermosa, ven y siéntate en mis rodillas».

Cuando se sentaron a la mesa —todos en pijama, claro; al fin y al cabo, era domingo—, Arthur casi podía imaginarse que era una mañana normal de fin de semana y todo marchaba como debía.

Su ilusión se hizo añicos cuando David hizo un gesto de dolor al alargar el brazo hacia el plato de salchichas que Talia le ofrecía. Lo agarró con cuidado, procurando no forzar la muñeca.

—David —dijo Arthur, con lo que ocasionó que el yeti irguiera la cabeza de golpe y por poco se le cayera el plato—. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy vivo —dijo David—. Y eso ya es mucho. He vuelto a dormir en el cuarto de Lucy.

—No ronca —observó Lucy, enrollando una tortita hasta formar un tubo con el que intentó sorber el sirope, sin éxito—, así que he dejado que conserve toda su sangre dentro de su cuerpo.

—Y todos te estamos agradecidos por ello —dijo Linus—. David, ¿cómo sigue tu muñeca?

Se impuso el silencio de inmediato. Todos se quedaron inmóviles, esperando.

O, mejor dicho, todos menos David. Levantó el brazo y dobló la muñeca adelante y atrás.

—Me duele un poco —reconoció, sin despegar los ojos de la mesa —. Ella es más fuerte de lo que parece.

—Yo también —masculló Talia, apuñalando una salchicha con el tenedor—. Ya me gustaría que intentara agarrarme a mí sin pedirme permiso.

«A mí también», pensó Arthur.

—¿Por qué se habrá puesto así? —preguntó Chauncey, con una tortita adherida a cada una de las ventosas que tenía en los brazos. Intentó sacudírselas, pero estaban demasiado pegadas—. David solo estaba jugando con K-Nuto.

—No lo sé —dijo Arthur—, pero hizo mal. David, siento mucho lo ocurrido. Ella no tenía ningún derecho a…

—¿Por qué haces eso? —preguntó David, mirando Arthur con los ojos entornados.

—¿Por qué hago qué?

—Pedir disculpas cuando la culpa no es tuya. Tú no me hiciste nada; ¿por qué te disculpas?

—Porque alguien tiene que hacerlo —dijo Arthur.

—¿Y por qué siempre tienes que ser tú? —inquirió Sal—. Tú no le hiciste nada a David. No nos has hecho nada a nosotros aparte de darnos un hogar y dejar que seamos felices. ¿Por qué has de ser tú el que se disculpe cuando fue la señorita Marblemaw quien actuó mal?

—Bien dicho —terció Lucy—. Ella debería estar aquí, estropeándonos el desayuno con una disculpa.

Arthur se volvió hacia Linus como pidiéndole ayuda.

—Estoy de acuerdo con ellos —dijo este, para su sorpresa—. Aunque disculparse está muy bien, David y Sal han puesto el dedo en la llaga. Una disculpa debe nacer de la responsabilidad sobre un acto que puede considerarse inmoral u ofensivo. Tú no has cometido un acto de esta naturaleza.

—Intento ayudarles a sobrevivir —espetó Arthur, lo que causó que todos lo miraran con ojos como platos—. Estas personas son despiadadas, destructivas. Para ellos la crueldad es un fin en sí mismo. ¿Crees que a alguien del DEJOMA o del DEAMA se molestaría en ofrecer disculpas? Ni en broma. Por eso, si pueden recibirlas, aunque sea de mí, creo que…

—Entonces ¿por qué intentaste forzarlos a pedirte disculpas en la audiencia? —preguntó Phee.

Arthur se desinfló, y la llamarada de ira quedó reducida a una llamita. Cada vez le costaba más controlarla, y esto le preocupaba.

—Pues…

Una salchicha le rebotó en la frente y cayó en la mesa, delante de él. Se dispuso a recordarle a Lucy que con la comida no se juega, pero las palabras se le atragantaron cuando se percató de que no era él el

culpable.

Había sido Sal.

—Basta —dijo, mientras, a su lado, Theodore cabeceaba en señal de conformidad—. Deja de comportarte como si estuvieras solo en esto. No lo estás. Nos tienes a nosotros. Tienes a Linus. Tienes a Zoe, a Helen y a casi todos los vecinos de la aldea. Nos enseñaste a asumir la responsabilidad de nuestros errores, y eso es lo que hacemos.

Arthur se sentía abatido, con la cabeza a punto de estallar.

—Pero también nos enseñaste a no cargar con los errores de otros —prosiguió Sal—. Nos dijiste que hay demasiada gente que quiere que pidamos perdón por todo, hasta por existir. ¿Por qué darles esa satisfacción si el error no lo cometiste tú?

—Lo dices como si ellos me hubieran oído —alegó Arthur, a la defensiva por alguna razón extraña.

—Ellos no, pero nosotros sí —dijo Sal—. ¿Y qué impresión nos da eso? Deja que te lo diga: nos da la impresión de que les tienes miedo, de que estás dejando que se salgan con la suya.

—Sal —intervino Linus—, te agradecemos tu opinión, pero la cuestión es algo más complicada.

—Sal tiene razón —dijo Arthur, y Linus lo miró con una sonrisa triste, no de pena, sino de comprensión—. Todos tenéis razón. Pienso que... —Sacudió la cabeza—. No sé qué pensar, para ser sincero. Me he sentido agotado últimamente, pero eso no es excusa. No debería haber perdido los papeles de ese modo. Y por eso, pediré perdón.

—No era mi intención complicaros la vida —murmuró David, con las manos en el regazo—. Puedo... marcharme, si eso facilita las cosas. —Se sorbió la nariz y se le formó hielo en las comisuras de los ojos.

—No nos has complicado la vida —le aseguró Arthur—. Y eso me ha sonado casi como una disculpa, algo que he aprendido que no siempre es necesario. David, tú no has hecho nada malo. Absolutamente nada. Eres inteligente y curioso, y dudo mucho que algún día conozca a alguien con una presencia escénica como la tuya. Tu propuesta de marcharte ha sido escuchada, estudiada y rechazada. No, te quedarás aquí, porque es donde debes estar. —Miró a sus hijos uno tras otro—. Aquí es donde debéis estar todos y cada uno de vosotros. Y estáis totalmente en lo cierto: la señorita Marblemaw le debe a David una disculpa por su comportamiento de ayer. Me encargaré de ello esta misma mañana.

—Uuuh —susurró Talia, tapándose la boca con una tortita—. Eso me ha dado escalofríos, pero en el buen sentido. ¿Puedo ser tu gorila? Llevaré tres palas diferentes para que vea que vamos en serio.

Theodore le preguntó si le iba a arrear un palazo en toda la cabeza a la señorita Marblemaw.

—Qué va —dijo David, y solo entonces Linus y Arthur cayeron en la cuenta de que entendía al guiverno sin necesidad de consultar su lista de frases—. Todo el mundo sabe que lo mejor es un tiro en la rótula. Si le das en la cabeza a alguien, podrías matarlo. En cambio, si le vuelas la rodilla, luego no puede perseguirte, y todo chachi piruli.

—Caray —jadeó Lucy—. Me gusta tu forma de pensar.

—¿Qué os parece si vemos cómo se desarrolla la conversación entre Arthur y la señorita Marblemaw antes de recurrir a la violencia? —sugirió Linus—. Y, Talia, creo recordar que dijiste que te debía dos horas de desbroce esta mañana, así que te propongo que nos pongamos a ello y dejemos que Arthur se encargue de nuestra invitada.

—Bien jugado, Baker —dijo Talia—. No me siento manipulada en absoluto. Vas mejorando.

—Em... ¿gracias?

—¡Al último en acabarse su sirope lo mando a la otra punta del universo! —gritó Lucy, y a continuación se produjo una escena que es mejor no describir. Baste decir que acabó con Theodore colgando del techo, Chauncey intentando lamer el sirope de los demás, Talia tomando sirope a morro de la botella, Phee blandiendo cuatro salchichas a modo de armas, Sal con una tortita lanzada a la cara, David de pie en su silla proclamando aquel desayuno como el mejor de la historia, Lucy acusando a Linus de hacer trampa (cosa que Linus negó con rotundidad, pese a que su servilleta estaba sospechosamente bañada en sirope) y Arthur observándolo todo con una luz en el alma (y unas gotitas de zumo de naranja en las cejas, por gentileza de una gnoma de jardín) que brillaba con más fuerza que cualquier estrella.

Después de lavarse, Arthur se puso un pantalón informal y una camisa de vestir que se abrochó hasta arriba. Sus calcetines, de color amarillo canario, estaban decorados con un estampado de arbolitos. Al fin y al cabo, cuando uno se prepara para la batalla, debe ir vestido como

corresponde.

Salió de la casa y sonrió al oír a Talia, que estaba supervisando la labor de Linus en su jardín, decirle que agachara el lomo, porque las hierbas no se iban a arrancar solas. Aunque no alcanzó a entender el refunfuño con que le respondió Linus, no le costaba imaginar lo que había dicho.

No parecía haber nadie en la casa de invitados. La puerta estaba cerrada, y las persianas de las ventanas de la fachada, bajadas. Arthur no le había visto el pelo a la señorita Marblemaw desde que había remontado el camino con paso cansino después de que Merle la llevara de vuelta a la isla en el transbordador. Una parte de él —una parte pequeña e inmadura— esperaba que, después de lo sucedido el día anterior, la inspectora hubiera recogido sus escasas pertenencias y hubiera partido hacia nuevos horizontes. Sin embargo, sabía que, aunque se hubiera ido, no tardarían en recibir noticias suyas.

A Arthur Parnassus se le podían aplicar muchos calificativos, pero *tonto* no era uno de ellos. Tenía muy claro en el fondo que, dijera lo que dijese, había muy pocas posibilidades de que la señorita Marblemaw respondiera con algo parecido a una disculpa. Si sus sospechas se confirmaban, debía mantener la ira a raya. Lo que ella quería, al igual que Rowder durante la audiencia, era hacerle perder el control, demostrarle al mundo que no convenía dejar a ningún niño al cuidado de aquel ser capaz de estallar en llamas y arrasarlo todo a su alrededor.

—Acribíllala con amabilidad —murmuró para sí mientras se aproximaba a la casa.

Forzando una sonrisa insulsa, llamó a la puerta y aguardó.

No obtuvo respuesta.

Golpeó de nuevo, esta vez un poco más fuerte.

Nada.

Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave, como era de esperar. Había una copia de las llaves en la casa principal, pero, en último extremo, una simple cerradura no le impediría entrar. La privacidad era importante, pero la señorita Marblemaw ya no merecía esa cortesía. Llamó otra vez y, como no acudió nadie, bajó del porche. Planteándose la posibilidad de pedirle a Zoe que intentara localizar a la inspectora en la isla, Arthur se dirigió primero hacia un costado de la casa. Ahí las ventanas también estaban cerradas y las persianas

bajadas. La parte de atrás daba a un risco de poca altura por el que descendía un sendero rocoso que conducía a través del bosque hasta una playa pequeña situada en la costa noroccidental de la isla. Rara vez iban ahí, pues había más piedras negras que arena, pero tenía su encanto, como de otro mundo. Arthur tomó una decisión y bajó con agilidad por el sendero, levantando una nube de polvo tras de sí. Cuando llegó abajo, se agachó para sacudirse la tierra de los zapatos y calcetines.

Se tardaban diez minutos en llegar a la playa por la vereda que discurría por el bosque. Entre el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos, la templada mañana prometía una tarde aún más calurosa. El suelo del bosque estaba moteado por el sol que se colaba entre las densas copas de los árboles, y cuando Arthur dobló el último recodo antes de la playa, se quedó paralizado unos instantes al oír la voz de alguien que no debía estar en la isla.

—... ni que fuera tan difícil, Harriet —dijo Jeanine Rowder mientras Arthur se ocultaba tras el grueso tronco de una palmera y se asomaba a un lado para echar un vistazo hacia la playa—. Que no seas capaz de hacer lo que te pedí no solo representa un problema, sino que no te deja en buen lugar. Quizá me equivoqué al depositar mi confianza en ti.

La señorita Marblemaw estaba sola en la playa, de pie frente a una roca grande. Encima de la peña estaba el maletín metálico que ella había llevado a la isla, pero tenía un aspecto distinto. El forro interior de la tapa estaba bajado, lo que dejaba al descubierto una pantalla que despedía un brillo verdoso y en la que el rostro de Rowder aparecía casi del mismo color que el de Chauncey. Encima de la pantalla, una diminuta antena parabólica giraba con lentitud, emitiendo un pitido de vez en cuando.

—Hago lo que puedo —respondió la señorita Marblemaw en un tono no poco lastimero—. No se imagina lo que es estar aquí. Me lo habían pintado de una manera muy distinta. Los niños son...

—Haces lo que puedes —repitió Rowder al tiempo que unas rayas onduladas recorrían la pantalla—. Haces lo que puedes. No te mandé ahí para que hicieras lo que pudieras, Harriet, sino para cumplir el cometido en el que tus predecesores habían fracasado. Me aseguraste que estabas a la altura del reto, pero ahora me vienes con pruebas de lo contrario. Se acaba el tiempo. ¿Estás segura de que no te

han seguido?

La señorita Marblemaw volvió la cabeza a derecha e izquierda, y Arthur se apresuró a esconderse tras la palmera.

—No —dijo ella al fin—. No me ha seguido nadie. No entiendo por qué no podía contactar con usted desde la casa.

—Ya sabes por qué —dijo Rowder—. Es muy posible que el fénix nos haya copiado la idea y colocado micrófonos por toda la casa. Es lo que habría hecho yo. Y a mí no me habrían pillado.

La expresión de la señorita Marblemaw se tornó agria.

—¿Cómo iba yo a saber que comprobarían la bombilla? ¡Además, fue usted la que me dijo que pusiera el micro ahí!

—Deberías haberlo sabido —dijo Rowder con frialdad—. Te advertí que no los subestimaras. Pueden decirse muchas cosas del fénix, pero es astuto, lo que lo convierte en un peligro. Y, puesto que tiene las armas a su disposición, es nuestra obligación pararle los pies.

—Los niños —dijo la inspectora.

—Sí —dijo Rowder—. Me da igual lo que tengas que hacer para sacar al Anticristo de ahí, pero lo harás. Le echaré el guante aunque sea lo último que haga.

A pesar de que el sol resplandecía sobre su cabeza, Arthur se sintió como si volviera a estar dentro del cuarto de David, con la piel y la sangre heladas, y un escalofrío eléctrico subiéndole y bajándole por el espinazo.

—¿Está segura de que es la medida más indicada? —preguntó la señorita Marblemaw, lo que aplacó la rabia de Arthur, no mucho, pero lo suficiente para que meditara con detenimiento las palabras de la mujer. Destilaban… inseguridad o algo tan parecido que venía a ser lo mismo. Podía exprimir ese sentimiento. Tal vez le llevaría tiempo (cosa que no les sobraba), pero quizá lograría convencerla de que…

—Sí, estoy segura —contestó Rowder—. Nunca he estado más segura de algo en la vida. He visto lo que esa clase de gente es capaz de hacer y temo por el futuro de todos nosotros. Jamás habíamos estado tan cerca del borde del precipicio. —Entornó los párpados—. Por otro lado, ¿hace falta que te recuerde que sin mí no serías inspectora, y seguirías clasificando correspondencia en el Departamento de Mensajería? Te saqué de ahí y puse mi fe en ti. Te convertí en la persona que eres ahora, ¿y así me lo agradeces? —Sacudió la cabeza—. Quizá me equivoqué contigo.

—¡No! —dijo enseguida la señorita Marblemaw, inclinándose hacia delante—. Puedo hacerlo. Sé que puedo. Pero...

—Desembucha, Harriet. Estás perdiendo un tiempo precioso.

—¿Y si se equivoca?

«Bien —pensó Arthur a través del fuego de su mente—. Bien».

—No me equivoco —dijo Rowder, tajante—. Estuviste presente en la audiencia. Oíste lo mismo que todos los demás. Arthur Parnassus es un mentiroso, pero no solo eso, sino un mentiroso con magnetismo. No te creas nada de lo que diga. Un animal acorralado hace todo lo posible por sobrevivir. Él no es distinto. Debemos asegurarnos de que no les lave el cerebro a los niños con el tema que lo obsesione en este momento. ¿Me dirás que hiciste lo que pudiste cuando lance su ejército a la conquista del mundo? ¿Podrías vivir tranquila sabiendo que estaba en tu mano impedir la catástrofe antes de que empezara?

La señorita Marblemaw se quedó dudando.

Arthur inspiró. Arthur exhaló.

—No —dijo ella al fin—. No podría.

Arthur cerró los ojos.

—Bien —dijo Rowder—. Y ahora, volvamos al asunto del Anticristo.

—¿Y si simplemente me lo llevo en plena noche? —sugirió la inspectora—. Podría sedarlo y sacarlo de ahí mientras los demás duermen.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó Rowder con incredulidad —. Se daría cuenta de inmediato, y no quedaría de ti casi nada que enterrar.

—Pero si le administro un narcótico al niño, no podrá...

—¡No me refiero al Anticristo, idiota! Arthur Parnassus te abrasaría antes de que pudieras alejarte tres pasos del orfanato. No, nos ajustaremos a las normas. Escribe lo que haga falta en tus informes para conseguirlo, Harriet. Dadas las... complejidades de la situación, la decisión final sobre su traslado me corresponde a mí, pero no seré la única que revise tus informes. Aprovéchalo. Siempre dentro de la legalidad, por supuesto.

—Así lo haré —dijo la señorita Marblemaw—, pero...

—Pero ¿qué? —rezongó Rowder—. Venga, suéltalo, Harriet. No tengo todo el día para estar aquí sentada escuchando tus interminables lloriqueos. Los planes están en marcha, y no permitiré

que fracasen por tu ineptitud.

—Es que… tengo que preguntárselo, señorita Rowder: ¿qué le hace pensar que el Anticristo la escuchará? ¿Por qué habría de hacer lo que usted le pida? ¿Qué le impide matarnos a todos y regresar a la isla?

—Ahí es donde entran en juego los otros niños —dijo Rowder, y la mano candente de Arthur dejó una marca negra y humeante en la corteza del árbol—. Según me cuentas, está muy unido a ellos. Los considera sus hermanos, como si un ser monstruoso fuera capaz de entender los valores familiares. —Soltó una carcajada grave y gutural—. No puede, ya que es un demonio empecinado en destruir todo lo que es importante para nosotros. Pero, en el caso improbable de que haya una brizna de luz en la negra podredumbre de su alma, hará lo que yo le pida para mantener a los otros críos a salvo. Imagínate lo que supondría tener una reserva inagotable de magia a las órdenes del Gobierno. ¿Qué necesidad habría de seguir luchando por el bien cuando podemos imponer fácilmente nuestra voluntad al mundo con guante de seda y con una amenaza persuasiva al mismísimo diablo? Nadie volverá a cuestionar nuestros actos si todos los seres mágicos acaban bajo el control del Gobierno a través del Anticristo.

Lucy había tenido la misma idea y, sin embargo, pese a ser solo un niño de siete años, estaba tomando una decisión diferente. Había elegido la alegría. Había elegido la felicidad. Había elegido a los demás por encima de sí mismo, aun sabiendo que tenía el poder de hacer lo que quisiera. ¿Por qué una criatura había podido hacer algo así, y en cambio los adultos no?

—Habrá quien no esté de acuerdo con usted —dijo la señorita Marblemaw con una incomodidad visible—. Sobre todo Arthur Parnassus y Linus Baker. Ya ha visto lo que Parnassus es capaz de hacer, y me temo que eso es solo la punta del iceberg.

«Tienes razón —pensó Arthur con frialdad—. No habéis visto ni una pequeñísima parte de lo que soy capaz de hacer».

—Y por eso te he encomendado a ti esta tarea —espetó Rowder—. Trasladar a los niños es el primer paso. Los medios ya están cumpliendo con su papel al difundir la fotografía del pajarraco desatado en Netherwicke. Las cosas no nos habrían salido mejor si las hubiéramos planeado. Ahora el mundo sabe lo que es en realidad. Y cuando anunciemos que hemos trasladado a los niños, todos

entenderán que vimos algo, avisamos e hicimos algo que nadie había podido hacer antes: proteger a las criaturas que más nos necesitaban. Te doy diez días, Harriet. No me falles. Si no, ya sabes lo que ocurrirá.

Su rostro desapareció de la pantalla. La señorita Marblemaw alargó el brazo para cerrar el maletín.

Arthur la dejó en la playa.

No recordaba el camino de regreso por el bosque. No recordaba que había ascendido por el sendero, ni que había resbalado y se había raspado la palma de la mano. No recordaba haber pasado por la casa de invitados con las persianas bajadas. No oyó el parloteo de Linus y Talia en el jardín. No sintió el crujido de los escalones del porche bajo sus pies. No percibió el fresco aroma a limón del abrillantador que confería brillo a la madera. No veía más que un túnel estrecho con bordes tan irregulares como su ronca respiración.

Cuando llegó al dormitorio, cerró la puerta y apoyó la cabeza en ella. En su interior ardía una fiera estrella de fuego con llamaradas que restallaban como látigos. La rabia, el horror, el miedo se fundían en un nudo deforme y consciente de un negro oleoso.

Casi cegado por el pánico, se dio la vuelta, con el corazón latiéndole a un ritmo frenético y entrecortado.

—La esperanza —dijo su madre, de pie frente a la ventana— es esa cosa con plumas. —Le dio la espalda, sobre la que caía en cascada su pajiza cabellera. Llevaba un vestido color lavanda que él recordaba vagamente de cuando era joven, pues tenía bolsillos. Según ella, todos los buenos vestidos los tenían—. La ira crece sobre viejas heridas, sobre el tejido cicatricial —prosiguió sin mirarlo, y aunque él no estaba tan trastornado para creer que lo que tenía ante sí no era su madre de verdad, sino un recuerdo, poco le faltaba—. Crece y crece hasta que se apodera de ti por completo.

Aquello ya lo había vivido. Era una de las pocas conversaciones que recordaba, un valioso tesoro que guardaba en los rincones más recónditos de su mente. Tenía que representar un papel y se entregó a ello. Cuando habló, no fue como hombre, sino como un niño.

—¿Y eso cómo se para?

Aunque no alcanzaba a verle la cara —¿la reconocería si la viera?— supo que ella sonreía. Se lo notó en la voz cuando le respondió.

—Con esperanza, pajarito, porque la esperanza es esa cosa con plumas.

—Yo tengo plumas —dijo él, ilusionado. Acto seguido—: Mamá, no…

Pero ella ya no estaba, ya no estaba desde hacía años, desde hacía décadas, y cuánto había llorado su pérdida, y la de su padre, y la de la única vida que había conocido, una vida de risas, de contemplar las estrellas y de volar cada vez más alto hasta que le parecía que podía tocar el cielo.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Arthur se tambaleó hasta su sillón y se dejó caer en él con el pecho agitado y un ardor en los ojos. Se llevó la mano a la cara y empezaron a temblarle los hombros.

Pasó el resto del día como flotando, incapaz de librarse del agudo zumbido en los oídos que lo hacía sentir como si algo lo arrastrara hacia el fondo del mar, hacia las negras profundidades donde moraba la oscuridad.

El pitido, que iba a peor con el paso de las horas, lo aturdía. Arthur experimentaba momentos de claridad, aunque breves. Sonrió cuando Talia y Linus entraron de nuevo en casa para almorzar, con las rodillas y las manos cubiertas de tierra. Asintió mientras Chauncey contaba (¡con todo lujo de detalle!) que se había pasado toda la mañana con David y Lucy, jugando a que eran bestias gigantescas que derribaban edificios hechos con bloques de madera. Felicitó a Sal y a Theodore por haber catalogado los tesoros del guiverno con pequeñas etiquetas que explicaban la importancia de cada pieza. Se había deshecho en elogios cuando Phee le había mostrado una hoja en forma de Helen que había cultivado, robusta, fuerte y vistosa; una representación perfecta de su modelo.

La señorita Marblemaw se presentó al atardecer, aferrando con fuerza su tabla sujetapapeles. Sin mostrarse más nerviosa que el día anterior, preguntó por Zoe y le recordó a Arthur que tenía que entrevistarse con ella y que cualquier intento de impedirlo se consideraría un subterfugio.

Mientras la mujer hablaba sin parar con voz monótona, Arthur se preguntó qué opinaría ella si le prendía fuego en ese mismo instante. ¿Se pondría a gritar? ¿Le suplicaría que le perdonara la vida? ¿Se lo rogaría una y otra vez hasta que se le derritieran las cuerdas vocales y le saliera humo por la boca?

«Y no tendría que preocuparme de deshacerme del cuerpo —pensó él, como ido—. Quedaría reducida a cenizas».

—Señor Parnassus.

Cuando la bruma se disipó, Arthur vio a la inspectora mirándolo con cara de pocos amigos, pues resultaba evidente que había pronunciado su nombre más de una vez. Se encontraban en su despacho. Él no recordaba haberse dirigido hacia allí.

Esbozó una sonrisa forzada con la esperanza de que bastara con eso.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Pero ¿me está escuchando siquiera? —escupió ella—. Espero que se tome esto en serio, señor Parnassus.

—Créame que me lo tomo muy en serio —le aseguró él—. Quiere ver a Zoe. Solo tiene que pedirlo. Estoy convencido de que estará encantada de hablar con usted.

—Como debe ser —dijo la señorita Marblemaw, sorbiéndose la nariz—. Y ahora, cambiando de tercio, me he fijado en que Sal y Theodore son…

Él se levantó de su silla.

—Discúlpeme, señorita Marblemaw. Hay un asunto que requiere mi atención. Debo ocuparme de ello de inmediato.

Rodeó el escritorio, con los oídos zumbándole a todo volumen y el cerebro convertido en un nido de avispas armadas con aguijones cargados de veneno. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando la inspectora lo agarró del brazo con firmeza.

—Estamos en medio de una conversación —le dijo—. Haga el favor de quedarse sentado hasta que hayamos terminado.

Él bajó la vista hacia la mano con que lo retenía. Le vino la imagen de David tratando de soltarse, gimiendo mientras ella le gritaba a la cara.

«¿Alguna vez ha pegado a un niño?».

«No».

«¿Y abofeteado?».

«No».

«¿Ni le ha pillado los dedos con un cajón con tanta fuerza que… que…?».

Alzó la cabeza y dejó que el fénix surgiera detrás de sus ojos. No sabía qué veía ella, pero su rostro no reflejaba miedo, sino curiosidad,

como si una gran ave de fuego apareciera ante ella todos los días. Él la fulminó con la mirada.

—Quíteme esa mano —dijo en voz baja—. Y como vuelva a verla tocar a alguien en esta isla sin su permiso, no habrá lugar en el mundo adonde pueda huir sin que la encuentre.

Ella retiró la mano lentamente.

—¿Otra amenaza, señor Parnassus?

—En efecto —dijo él—. Y más vale que se la tome muy en serio.

Ella no volvió a abrir la boca.

Por más que se esforzaba, Arthur no conseguía evitar que la furia fuera en aumento. Se aferraba a él, como una mortaja negra muy ajustada alrededor de sus hombros, pegajosa, consciente, astuta. «Pásate a la oscuridad. Estarás más a salvo —le susurraba—. Te consideran un monstruo. ¿Por qué no darles lo que piden?».

¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo formaba parte de él ese sentimiento? ¿Cuánto tiempo llevaba alimentándolo? ¿Desde la llegada de la señorita Marblemaw? No, sin duda desde algún momento anterior. ¿Había surgido durante la audiencia, o cuando habían descubierto el micrófono oculto en la habitación del hotel?

¿O era algo que le venía incluso de antes? ¿Lo había provocado Linus? Después de todo, él había sido uno de ellos. Sí, al final había comprendido que estaba equivocado, pero había tardado años: diecisiete, para ser exactos. Habían hecho falta incontables entrevistas a un niño tras otro y numerosas visitas a orfanatos con directores que no siempre entendían la importancia de su trabajo. ¿Por qué no se había implicado más? ¿Por qué no había reaccionado antes?

Y luego estaban los niños, claro. Cada uno con su propio pasado, sus traumas y sus historias de maltratos y supervivencia, como si fuera lo más normal del mundo que unas criaturas estuvieran familiarizadas con esas cosas. Y él intentaba liberarlos de esa carga en la medida de sus posibilidades, echándose su peso sobre los hombros para dejar que sanaran, que maduraran, que vivieran.

¿Y los demás? ¿Qué pasaba con todos aquellos a los que había ayudado a lo largo de los años, o aquellos a quienes no había socorrido a tiempo? ¿Tenían ellos la culpa? ¿O tal vez los responsables eran los directores que lo habían acogido después de que prestara

declaración, esos directores que le tenían miedo, que creían que ignorarlo sería lo mejor para todos?

¿O quizá todo había empezado cuando era un niño asustado y solitario, obligado a revivir cada uno de aquellos atroces días durante el interrogatorio? Tal vez fue cuando lo sacaron a rastras de la bodega y, al ver el sol por primera vez en seis meses, él parpadeó, deslumbrado por aquel resplandor que nada tenía que ver con su fuego. A lo mejor el detonante fue la bodega en sí, las marcas en las paredes que indicaban el paso de los días. O quizá fue la primera vez que el director le pegó una bofetada por hablar sin permiso. O cuando lo acogieron una serie de desconocidos después de que fallecieran sus padres, cada uno asegurándole que no tenía nada que temer, que estaría bajo el cuidado de personas que lo comprendían. Tal vez fue la muerte de sus padres —primero él, después ella—, unos sucesos aciagos que provocaron en su interior daños que jamás habría imaginado. ¿Fue así como comenzó todo?

Pensó que era muy posible.

Una vida entera, entonces. Ese sentimiento lo había acompañado durante toda su vida.

No sabía qué implicaba eso. No sabía qué hacer. Durante la cena, apenas tocó la comida. El parloteo incesante de los niños. Zoe, sentada a su derecha, con la rodilla topando contra la suya. Al otro lado de la mesa, Linus, callado y con la frente arrugada, lanzándole miradas esporádicas, pero cada vez más frecuentes. Arthur sonreía. Linus no.

Más tarde, en el salón, David representó su espectáculo de un solo yeti, *Dirk Dasher, investigador privado, a la caza de la Bestia*. Cambios de vestuario. Linus en el papel que había interpretado Jason. Gritos ahogados de sorpresa. Risas. Aplausos cuando David hizo una reverencia, visiblemente asombrado ante las ovaciones y muestras de entusiasmo que le dedicaban. Ya parecía estar bien de la muñeca, ¿y acaso no era ese el mejor motivo de celebración? O ya no le dolía —aunque sin duda el recuerdo se le había quedado grabado a fuego en la memoria, ¿no?—, o se esforzaba por seguir adelante a pesar del dolor. Fuera como fuese, Arthur ardía por dentro.

La hora de dormir. Todos los niños en la cama, calentitos y a salvo. Una manchita de pasta de dientes en la comisura de la boca de Chauncey, que Arthur le limpió frotándola con el pulgar («¡Venga ya! ¡La estaba guardando para luego!»).

Un beso delicado en la cabeza, entre los pedúnculos de los ojos.

—Arthur… —dijo Chauncey cuando Arthur se disponía a salir de su habitación.

Se detuvo. Todo se detuvo. Por un momento, volvió a ser él mismo, libre de las llamas de la ira.

—¿Sí, Chauncey? —preguntó sin volverse, consciente de que estaba en el ojo del huracán.

—¿Va todo bien? Has estado muy callado hoy.

Entonces Arthur hizo algo que había prometido no hacer jamás: mentirle a uno de sus hijos.

—Estoy bien. Solo ando perdido en mis pensamientos.

—¿Pensamientos buenos o pensamientos malos?

Muy perceptivo. Por otro lado, todos lo eran.

—Pensamientos —dijo él, incapaz de decir otra mentira—. Duérmete, Chauncey. Mañana será otro día.

Y así sería, ¿no? Otro día. Y luego vendría otro, y otro más, y mientras tanto la presión iría en aumento, la sombra del Gobierno se alargaría, y él se moría de ganas de ir a ver a Lucy, de abrir la puerta de su habitación —¿un armario? ¡¿Un armario?! ¿Y por qué no una bodega, ya puestos? Un director no dejaba de ser un director, por más que lo llamaran de otra manera («papá», «papá», «papá»)— y decirle: «Tenías razón, no podemos ganar. Haz lo que tengas que hacer. No le hagas daño a nadie, pero quítales el miedo. Erradica su rabia. Borra su odio, su intolerancia, y reconstruye el mundo tal como debe ser».

Estuvo cerca; mucho más cerca de lo que debía. Posó la mano en el pomo y escuchó las dulces y suaves notas de la música de gente muerta, Buddy Holly cantando que, aunque digas que te vas, sé que es mentira, porque ese será el día en que me muera.

—Arthur.

Giró en redondo, y el zumbido en sus oídos sonaba como una gigantesca máquina de aserradero que lo arrasaba todo a su paso. Linus estaba ahí de pie, justo al otro lado de la puerta, con aspecto inquieto. Inseguro. Preocupado, tan preocupado que a Arthur por poco se le escapó una carcajada.

—¿Qué ocurre?

—Esta gente… —dijo Arthur, alterado, con crestas y valles en la voz, que subía y bajaba de forma abrupta—. Esta gente… Nos lo

arrebatan todo, y cada vez quieren más, y más, y más... Nada los detendrá. Ni tú, ni yo, ni nada que hagamos o digamos. Seguirán viniendo, y no hay nada que podamos hacer.

Lógicamente asustado, Linus dio un paso hacia él, con las manos extendidas como para apaciguar a un animal peligroso, lo que supuso un craso error.

—No te me acerques —dijo Arthur, reculando y sacudiendo la cabeza—. No quiero que nadie me toque.

—Está bien —dijo Linus, bajando las manos—. Cuéntame qué ha pasado. Dime cómo puedo ayudarte.

Esta vez Arthur no contuvo la risa, lanzó un sonido ronco y chirriante tan impropio de él como alarmante.

—¿Cómo que qué ha pasado? ¿Es que no te enteras de nada? ¡Están intentando quitarme a mis hijos!

—No lo conseguirán —dijo Linus—. No vamos a permitírselo.

Arthur soltó un bufido de burla.

—¿Y cómo vamos a impedirlo? ¿Tú empuñarás las armas para defenderlos? ¿Sacrificarás tu vida para que los niños tengan una oportunidad de conocer un mundo sin prejuicios? Porque eso es lo que yo estoy dispuesto a hacer.

—Sabes que yo también —dijo Linus—. Haría lo que fuera por ellos y por ti.

—¿Por qué? —quiso saber Arthur—. ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué ellos y no los otros niños que se han cruzado en tu camino? ¿Por qué no moviste un dedo por ayudarlos? —bramó—. ¡¿Por qué no los salvaste?!

Sucedieron varias cosas a la vez.

Brotó fuego de sus manos y brazos, al tiempo que él notaba una presión creciente en el pecho.

Y Linus, abriendo mucho los ojos, en los que se reflejaban las llamas, avanzó un paso hacia él, sin miedo.

Y un torrente de música salió de la habitación de Lucy cuando este abrió la puerta.

Todo ocurrió a la vez, y era demasiado; y el fénix, nada menos que el fénix, ascendió, abriéndose paso a través de la sangre, la carne, el hueso y el recuerdo, hasta que se alzaba imponente ante Linus y Lucy, con la cabeza agachada para no rozar el techo con ella...

... cuando de pronto descubrió que Linus se había interpuesto

entre él y Lucy.

«Para protegerlo de mí», pensaron Arthur y el fénix al mismo tiempo.

La presión se intensificó, sintió que una faja de metal fundido le ceñía el corazón y los pulmones, y el fénix, tras proferir un chillido estridente y prolongado, se dio la vuelta y atravesó la ventana, con un estallido de cristales que despedían un resplandor rojizo anaranjado, y desplegó las alas.

Se elevó hacia el cielo con un vigoroso aleteo, dejando tras de sí una estela de fuego. Forzando los músculos, ascendía cada vez más, entre las estrellas que se derretían y dejaban un rastro luminoso en un lienzo negro, y abrió el pico para chillar de nuevo, pero lo que brotó de sus fauces fue una llamarada blanca. Subió y subió, hasta que el horizonte se curvó y el oxígeno empezó a escasear, obligándolo a jadear una y otra vez.

Cuando alcanzó el punto más alto al que podía llegar, soltó un alarido mientras el fuego lo consumía. Se deshizo en una enorme explosión que iluminó el firmamento nocturno como si el sol hubiera salido antes de hora.

El fénix saltó en pedazos, proyectando plumas y llamas en todas direcciones.

Había remontado el vuelo en el cuerpo de un ave, pero se precipitó hacia el mar en el cuerpo de un hombre.

Rodeado por una lluvia de fuego, Arthur caía en picado, con la isla a su derecha, y el océano formando un muro negro azulado que se dirigía a su encuentro a toda velocidad. Algo se movía abajo, un torbellino que giraba cada vez más deprisa. Una manga de agua surgió del mar y se elevó veloz como un rayo hacia Arthur, que respiró hondo con un crujido de las costillas, y de pronto se vio rodeado de agua, lo que fue frenando su caída hasta que se zambulló en el océano. Las burbujas que se arremolinaban a su alrededor le impedían ver nada. No podía distinguir arriba de abajo, y, una vez más, el tiempo se tornó blando, maleable, mientras se hundía en las profundidades.

Algo le tocó la nariz.

Abrió los ojos y parpadeó al notar el picor de la sal.

Un pez flotaba frente a su rostro. Era gris, con un ojo negro a cada lado de la cabeza, dos aletas pequeñas a los costados y otra en el

dorso. No era el pez más grande que había visto, ni tampoco el más pequeño. Curiosamente, lo reconoció.

«Frank», pensó, recordando las voces con que lo había llamado Chauncey desde el bote.

Frank abría y cerraba la boca, moviendo las branquias. Le dio otro golpecito en la nariz a Arthur y se echó hacia atrás. Acto seguido, pasó a toda velocidad entre sus piernas, giró a la derecha y luego a la izquierda. De las profundidades surgieron otros peces de la misma especie que Frank. Al principio eran solo un puñado, después una decena, luego otra, y otra más, hasta que centenares de peces grises nadaban en círculo en torno a él, cada vez más deprisa. El mar comenzó a girar, formando un remolino —los peces se convirtieron en borrones alargados de color gris iridiscente—, pero en vez de verse arrastrado más hacia el fondo, Arthur empezó a elevarse.

Al principio ascendía con lentitud, pero fue acelerando hasta que tuvo que cerrar los ojos para protegerse del agua salada que le azotaba el rostro, mientras sus pulmones pedían aire a gritos, y unas luces destellaban en la oscuridad tras sus párpados. Cuando emergió, intentó tomar una gran bocanada de aire, pero en vez de eso salió despedido del agua, dio una vuelta en el aire y se dio un costalazo en la playa, donde quedó tendido boca arriba, desnudo, con arena colándose en todos los recovecos de su cuerpo casi de inmediato.

Se incorporó, mareado y aturdido, todavía con lucecitas y chisporroteos en la cabeza, y el fénix gimoteando en su interior, a punto de sumirse en una inconsciencia reparadora.

La boca de un pez asomó a la superficie del agua, abriéndose y cerrándose.

—Gracias, Frank —dijo Arthur con la voz ronca—. Nunca olvidaré este acto de bondad.

Frank saltó en el aire, y la luz de la luna se reflejó en sus escamas. Luego desapareció en el mar.

Arthur rompió a reír. Reía y reía sin parar, apretándose el vientre con los brazos. La primera lágrima llegó como una sorpresa, la segunda como una amenaza, y de pronto se abrieron las compuertas: lloró por los niños, tanto los que conocía como los que no. Lloró por cada puño alzado. Lloró con una alegría agridulce, con una congoja feroz. Lloró ante la impenetrabilidad de los misterios del universo.

Y, por primera vez, Arthur Franklin Parnassus lloró por sí mismo.

Linus lo encontró sentado al pie de un árbol, con las rodillas contra el pecho. En realidad, no era un árbol, sin una vieja palmera retorcida a la que parecía gustarle tirar cocos sobre la cabeza de los incautos y que crecía en la playa a la que lo había llevado Frank. A su derecha, a lo lejos, se alzaba la casa en lo alto del acantilado, iluminada como un faro, una cálida almenara en medio de la oscuridad.

—Aquí estás —dijo Linus, resollando al coronar la cuesta con el rostro congestionado y el pelo desgreñado, como si hubiera estado mesándoselo—. ¡Menudo susto me has dado!

—¿Te he hecho daño? —preguntó Arthur con voz apagada.

Linus suspiró.

—Qué desastre de hombre. Mira en qué estado estás. —Tras quitarse la bata, se arrodilló frente a Arthur e intentó secarlo lo mejor posible. Cuando terminó, le cubrió los hombros con la bata, obligó a Arthur a moverse hasta que, no sin dificultad, logró rodearle la cintura con la prenda de modo que su trasero quedara protegido de la puntiaguda hierba—. Vas a pillar un resfriado —farfulló, frotándole los brazos y los hombros—. Y entonces ¿qué haremos contigo?

—Te preocupas demasiado.

—Eso me han dicho —repuso Linus—. Pero alguien tiene que hacerlo.

Arthur se encogió ante lo que le pareció una indirecta mordaz.

—A ver —dijo Linus, poniendo los ojos en blanco con un gesto que a Arthur le recordó a Phee—. No lo decía por ti, y lo sabes. Te preocupas más que todos nosotros. Y no, no me has hecho daño. No le has hecho daño a nadie. Hasta la ventana está arreglada ya.

—Lucy —musitó Arthur.

—Sí —dijo Linus, y se le escapó un quejido cuando se sentó junto a Arthur, que, para ser alguien por cuyas venas corría fuego, estaba más helado de lo que había estado en toda su vida. Linus lo rodeó con el brazo y lo atrajo hacia sí, de modo que el cabello mojado de Arthur quedó apoyado contra su mejilla y su mandíbula.

Los pensamientos se agolpaban con violencia en la cabeza de Arthur, que tardó un rato en atrapar uno. Este forcejeó por liberarse, pero el hombre lo sujetó con todas sus fuerzas. Por encima de un mar infinito y bajo un mar de estrellas, expresó en voz alta el que era su

mayor temor.

—Tal vez tengan razón. Quizá no esté capacitado para ser padre.

Linus no respondió de inmediato. Se quedó con la mirada perdida, los ojos tristes y una sonrisa un poco más triste aún.

—Nunca has tenido la oportunidad de ser…, sin más —dijo al fin.

—¿Qué?

—Siempre estás ayudando —dijo Linus—, siempre pensando en los demás. Desde que eras un niño, has antepuesto las necesidades de todo el mundo a las tuyas. Intentaste mandar una carta para que alguien acudiera a salvaros a tus amigos y a ti. Después, hiciste lo posible por ayudar a quienes lo necesitaban a encontrar un hogar donde estuvieran a salvo. Pero no te conformaste con eso, ¿a que no? No, compraste la misma puñetera casa que tenías derecho a arrasar hasta los cimientos. Pero, en vez de arrasarla, hiciste lo que haces siempre, e incluso a pesar de estos niños, estos niños extraordinarios, y a pesar de Zoe, de Helen, de mí y del mundo entero, que tiene su maldita mirada crítica puesta en ti, tú no te rindes. Sigues adelante. Ayudas a los demás, porque esa es la clase de persona que eres.

—Pero… —susurró Arthur, pues sabía que tarde o temprano vendría un pero.

—Pero… —dijo Linus, propinándole un empujón suave—, ¿cuándo vas a ayudarte a ti mismo?

A Arthur le ardían los ojos, y no era capaz de articular palabra.

Linus le dio un beso en un lado de la cabeza.

—Me entero de lo que dicen de ti, por más que te esfuerzas en ocultármelo. Me entero de las cosas buenas y de las cosas terribles. Me entero de todo. Y, cada vez que leo u oigo algo sobre ti, siempre pienso: «Bueno, sí, pero ¿significa eso que lo conocen de verdad?». Claro que no. ¿Cómo van a saber que necesitas tomarte un té antes de irte a dormir cada noche, porque, si no, no duermes? ¿Cómo van a saber que a veces dejas una flor sobre mi almohada porque te ha recordado a mí? No pueden saberlo. No pueden saber que te costó sangre, sudor y lágrimas convertir esta casa en un hogar, llevado por un impulso totalmente altruista. No pueden saber que juegas a las estatuas con los niños usando la isla entera como elemento del juego. No pueden saber que les enseñas a estar orgullosos de sí mismos, a tener autoestima. No pueden saber que Lucy te mira como si fueras la persona más maravillosa del universo; que a Phee se le ilumina la cara

cada vez que apareces, por más que lo niegue; que Sal está aprendiendo a despuntar como líder porque tú le has enseñado a valerse por sí mismo; que Theodore nunca se ha sentido excluido, pues sabe que has dedicado tiempo a aprender su idioma; que Chauncey no ha dejado de ser… bueno, Chauncey, la alegría encarnada en una masa gelatinosa; y que Talia sabe que, pase lo que pase, siempre tendrá a alguien con quien hacer aspavientos por la belleza de las flores. Y hasta David… ¡Deberías ver cómo habla de ti! Que si «Arthur ha hecho esto y Arthur ha hecho lo otro…». No pueden saber nada de eso, Arthur. A pesar de todo su poder, no saben todo lo que eres. Pero yo sí lo sé.

Arthur se abrazó con más fuerza a Linus, con los hombros temblorosos.

—Has sido fuerte toda tu vida —dijo Linus con suavidad—. Tenías que serlo, por razones injustas, inaceptables. Pero también me da la impresión de que a veces crees que sigues estando solo, que tienes que cargar con todo el peso sin ayuda de nadie. Yo puedo ser tu pilar. No tengo poderes especiales, como vosotros, pero Lucy me dijo una vez que hay magia en las cosas comunes y corrientes. Debo de ser bastante mágico, entonces, pero solo porque sé que, cuando te necesite, tú estarás allí. ¿Que no estás capacitado para ser padre? Qué tontería. No he conocido en mi vida a alguien más capacitado que tú. Cualquier niño sería muy afortunado de tenerte como padre, y no pienso permitir que nadie diga lo contrario, ni hablar. Si alguien quiere meterse con Arthur Parnassus, antes tendrá que vérselas conmigo. Y, aunque no lo parezca, puedo ser bastante duro de pelar cuando la situación lo requiere.

No hizo falta nada más. Esa fue la gota que colmó el vaso. Arthur prorrumpió en sollozos que le estremecían el cuerpo entero. Pero fue un llanto distinto del que se había apoderado de él cuando el mar lo arrojó a la orilla con la ayuda de un pez llamado Frank. En aquel momento y en aquel lugar, junto a Linus Baker, Arthur se sentía arropado, a salvo, querido. Mientras Linus le susurraba palabras de serenidad y consuelo, él se entregó a la tormenta y dejó que se lo llevara lejos.

El sol se elevó por encima del mar, incendiando las nubes. Las

gaviotas graznaban, impulsadas por el viento, con las alas de punta negra bien extendidas. Las olas rompían con un rumor bajo y familiar. Se respiraba un intenso olor a sal y a mar.

—La explosión… —dijo Arthur.

Linus, que dormitaba, se despertó, sobresaltado, y chasqueó los labios.

—Perdona, ¿cómo dices?

—La explosión —repitió Arthur—. ¿La viste?

—Sí —respondió Linus con un escalofrío—. Supongo que la mayoría de la gente la vio, o por lo menos la sintió. Sacudió toda la isla. El fénix… ¿ya no…? —Tragó en seco—. ¿Ya no existe?

—Está descansando —lo tranquilizó Arthur—. Pero eso no es todo. —Le contó a Linus la conversación que había oído en la playa, oculto tras una palmera. A medida que hablaba, los labios de Linus se torcían hacia abajo y sus cejas se arqueaban más y más. Cuando Arthur terminó, Linus estaba que trinaba, hasta tal punto que le costaba hilvanar un pensamiento coherente.

—¿Cómo se atreve…? ¿Quién se ha creído que…? Pero ¿habrase visto? Es que no me cabe en la cabeza que… No. —Respiró hondo y exhaló despacio—. No. No, no y no.

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿Vio lo que pasó?

—Sí, por desgracia. Estaba fuera, delante de la casa de invitados, cuando sucedió. Oyó que la ventana se rompía.

—Mejor —dijo Arthur. Se puso de pie con un crujido de rodillas —. ¿Vienes, mi querido Linus?

—¿Adónde vamos? —preguntó este, dejando que el otro lo ayudara a levantarse—. Quiero estar en casa a la hora del desayuno. No sé tú, pero a mí se me ha abierto el apetito.

—Y a mí —admitió Arthur, sorprendido—. Pero eso tendrá que esperar. Hay algo que debemos hacer antes.

—¿Esperar? ¿El desayuno? Has perdido un tornillo, mi querido muchacho. Nadie tendría que esperar para desayunar. ¡He cambiado de idea! Haz el favor de devolverme el anillo. Buscaré a alguien que sepa respetar el papeo y no considere necesario saltárselo.

Arthur le estampó un sonoro beso.

—No —dijo con sus labios contra los de Linus—. Voy a casarme contigo, y no quiero oír una sola palabra en contra.

—Ah, bueno —dijo Linus—. De todos modos, dudo que vaya a toparme con el amor de mi vida por segunda vez, así que supongo que será lo mejor.

Y, tomados de la mano, se encaminaron de vuelta a casa.

# Trece

Los niños, que en su mayoría aún estaban en pijama, aguardaban en el porche. Zoe se encontraba de pie tras ellos, con flores amarillas abriéndose y cerrándose en el cabello, en señal de preocupación. Calíope estaba sentada en la barandilla, con los ojos medio cerrados, con la cola balanceándose por encima del borde.

Chauncey agitó el brazo a modo de saludo.

—¡Hola! —exclamó—. ¡Buenos días! ¡Algo explotó, y no fue por culpa nuestra! Qué locura, ¿no?

—Una auténtica locura —dijo Linus mientras se acercaba—. Vayamos dentro y…

—Señor Parnassus.

Al volverse, vio que Harriet Marblemaw se dirigía con paso decidido hacia él, levantando polvo con los zapatos. Para variar, no llevaba su tablilla, sino que tenía los puños cerrados a los costados. David emitió un gruñido grave y sordo que cesó cuando Calíope se paseó entre sus piernas. Sorprendido, bajó la vista hacia la felina, que se irguió sobre las patas traseras y le tocó la cadera con una pata, como diciéndole «chsss».

—¡Señor Parnassus! ¡Le estoy hablando!

Arthur alzó la mano hacia ella.

—Enseguida la atiendo, señorita Marblemaw. Antes tengo que…

—¿Fue usted? —inquirió ella en tono imperioso, deteniéndose a una distancia prudente de él, jadeando—. La explosión. En el cielo. ¿Fue… cosa… suya?

—Sí, lo fue —dijo Arthur sin alterarse—. Ser un fénix implica, entre otras cosas, liberar energía de vez en cuando. Y eso hice, no sin antes alejarme lo suficiente de todos y de todo. Nadie resultó herido y no se produjeron daños.

—Eso dígaselo a la ventana —replicó ella en tono triunfal, señalando con el dedo la planta superior.

Todos levantaron la mirada hacia la ventana, que estaba intacta,

con el cristal libre de manchas o rayones.

—Yo lo vi —espetó ella—. ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Trozos de vidrio sobre el césped! ¡Esquirlas puntiagudas y afiladas! Además, tengo una prueba. —Se llevó la mano al bolsillo y, cuando la sacó, la alargó hacia Arthur y la abrió. Sobre su palma había una concha de color dorado y marrón.

—Eso no es una prueba —dijo Chauncey con la sabiduría propia de un anciano—. Es la casa de un caracol.

La señorita Marblemaw se quedó mirando la concha con la boca abierta antes de chafarla entre sus manos.

—Sé lo que vi —siseó mientras el caparazón pulverizado se le escurría entre los dedos—. Y sé lo que es usted. No podrá ocultarlo para siempre, señor Parnassus. Cuando haya acabado con este lugar, verá como...

—Cállese ya —dijo Zoe.

—¡Hala! —dijeron los niños.

La inspectora fulminó a Zoe con la mirada.

—En cuanto a usted, no sé quién se ha creído que es, pero soy una representante del Gobierno, lo que significa que mi autoridad aquí es total y absoluta. No toleraré que una persona no registrada me diga lo que debo hacer. Tiene suerte de no haber sido detenida por...

Zoe pasó delante de los niños y descendió flotando los escalones sin tocarlos. Se posó en el suelo y, cuando la señorita Marblemaw enderezó sus nada desdeñables hombros, los ojos del espíritu isleño se tornaron totalmente blancos y opacos, y su voz adquirió un timbre profundo, al tiempo que sus alas relucían al sol de la mañana.

—Le he dicho que se calle. Estoy harta de que nos hable como si nos importara un pito lo que dice. Está en mi isla y, después del comportamiento que mostró en la aldea, puede considerarse afortunada de poder tenerse en pie.

—¡Amenazas! —bramó la señorita Marblemaw—. Es lo único que les queda. ¡Conmigo no funcionan! No puede...

—Enseguida estoy con usted —dijo Zoe—. Mientras tanto, ¿por qué no regresa a la casa de invitados? —Levantó la mano hacia la inspectora. Antes de que esta pudiera reaccionar, Arthur notó que el aire se movía en torno a él (denso, casi corpóreo), y de pronto Marblemaw soltó un chillido mientras se veía arrastrada hacia atrás, agitando los brazos como una loca. Fue dejando un rastro sobre la

arena hasta que chocó con los escalones que subían al porche de la casa de invitados. Sus pies ascendieron los peldaños, deslizándose sobre la madera, y su cuerpo se dobló hacia atrás hasta quedar casi paralelo al porche. Cuando estaba a punto de estrellarse contra la puerta, esta se abrió con un chirrido de los goznes. La mujer recuperó el control en cuanto cruzó el umbral. Se abalanzó hacia ellos, pero la puerta se le cerró en los morros.

—Ya está —dijo Zoe—. Eso la retendrá.

—Hasta que intente romper una ventana —dijo Linus.

—¡Yo me encargo! —dijo Lucy. Crispó el rostro unos instantes y luego se relajó—. ¡Listo y listo! ¡Ahora todas las ventanas son de plástico, con un grosor de veinticinco centímetros! Nunca había hecho un rehén. ¿Cuándo nos ponemos a negociar para que nos den un helicóptero?

—No es una rehén —dijo Arthur—. Solo está disfrutando de esa maravilla que es el servicio de descubierta de Chauncey.

—Le he dejado una pastilla de menta en la almohada —dijo el aludido—. Espero que no se la coma, porque me la quiero comer yo.

Antes de que Arthur pudiera responder, Zoe estaba ahí, palpándole los brazos, los costados, los hombros.

—Estás bien —murmuró ella, mientras sus ojos recuperaban su color normal—. Estás bien.

—Pues sí —dijo él con delicadeza—. Nunca te dejaría, querida mía. —Le dio un beso en la frente mientras ella lo abrazaba—. Pero me temo que el momento para el que todos nos hemos preparado ya está aquí. —Zoe lo soltó, pero no se apartó mucho y lo agarró de la mano con fuerza, un contacto que él agradeció en su fuero interno.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sal.

—Niños —anunció Arthur—. Quedan suspendidas las clases de hoy.

Por segunda vez en doce horas, se produjo una explosión. Sin embargo, en esta ocasión no fue un estallido de fuego y plumas, sino de extraordinario júbilo. Sal y Theodore sonrieron mientras Chauncey aullaba de alegría. Talia y Phee levantaron los puños en el aire mientras David decidía que la mejor reacción a tan grata noticia era ponerse a bailotear, meneando las caderas, con los ojos fríos y brillantes.

—Pero no temáis —continuó Arthur—. Los días siguientes nos esforzaremos el doble para recuperar el tiempo perdido.

—¿Estamos contentas o enfadadas? —le preguntó Talia con los brazos aún en alto.

—Pues... no lo sé —dijo Phee.

—Vuestro corazón —dijo Arthur, y los niños callaron—. Vuestro enorme corazón os ha llevado muy lejos y nos ha unido de forma inexorable. No hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sal—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos descubierto que cierta inspectora se ha introducido en nuestro hogar con un falso pretexto —declaró Arthur—. No ha venido para garantizar vuestra seguridad ni vuestra felicidad, como ella alega.

—Tremenda sorpresa —dijo Talia—. No se podía saber.

—Pues yo no lo sabía —admitió Chauncey—. Creía que la mujer solo necesitaba un abrazo.

—Me caes bien —dijo Phee, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Por desgracia, no creo que un abrazo resuelva el problema —dijo Arthur—. No, la situación es más grave.

—Ay, no —susurró Chauncey, encogiendo los pedúnculos hasta que sus ojos quedaron pegados a la cabeza—. Estamos perdidos.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Sal con dureza.

Arthur sacudió la cabeza.

—No quiero que os preocupéis por...

—Ya estás otra vez con eso —repuso Sal, abriéndose paso hacia él entre los otros niños—. Siempre haces lo mismo. Te haces cargo de todo porque crees que no podemos lidiar con ello.

—Sal —intervino Linus—, no es tan sencillo. Ahora hay cosas en juego que resultan complicadas incluso para nosotros.

—Me da igual —dijo Sal sin apartar la vista de Arthur en ningún momento—. Si es algo que nos atañe, tenemos derecho a saber de qué se trata. No podrás protegernos toda la vida.

Su mayor temor, expresado sin ambages. ¿Acaso no le entraron ganas de contraatacar, de decirle a Sal que seguía siendo un niño, que tenía quince años, sí, pero no era aún un hombre? Por supuesto que sí, y las palabras le burbujeaban en la garganta y le bailaban en la punta de la lengua. Abrió la boca, pero, cuando estaba a punto de hablar, Zoe le dio un apretón en la mano.

—Escúchalo —dijo por lo bajo—. Confía en él.

Pero Arthur estaba al borde del pánico.

—Sé que no puedo protegeros toda la vida, pero eso no significa que no vaya a intentarlo de todos modos. Ninguno de vosotros debería saber nunca lo que se siente cuando...

—¿Cuando no le importas a nadie? —preguntó Sal—. ¿Cuando nadie te quiere? ¿Cuando te desprecian? Ya sabemos lo que se siente. Tal vez no hemos pasado por lo mismo que tú, pero eso no hace que nuestras experiencias sean menos importantes.

—Nunca he creído que lo sean —replicó Arthur con rotundidad —. Jamás. Ni por un momento.

Asintiendo, Sal dio un paso al frente. A su espalda, los otros niños permanecían pendientes, esperando.

—Me alegro. Porque no puedes saberlo todo. Tampoco puedes serlo todo, por más que te esfuerces.

Arthur ladeó la cabeza y miró a Sal con los ojos entornados.

—Explícate, por favor. Aclárame por qué debería plantearme siquiera poneros cerca del punto de mira.

—Porque ya estamos en él —contestó Sal—. Desde hace mucho tiempo. Tal vez no nos afecte a todos por igual —lanzó una mirada de complicidad a los demás, y Arthur se preguntó por enésima vez cómo era posible que alguien no viese en Sal a un líder nato—, pero estamos juntos en esto. Y, a pesar de todo, tal vez haríamos las cosas de otra manera.

—¿Por qué? —preguntó Linus.

—Porque no podéis serlo todo para nosotros —dijo Sal—. Al margen de lo que sois capaces de hacer, del poder que tenéis entre los dos, hay cosas que no podéis entender. Yo tengo que navegar entre tres mundos, porque soy humano, mágico y negro. ¿Podéis ayudarme con dos de esas facetas? Sí, pero no sabéis nada sobre la tercera. Ni podéis saberlo. Es algo que debo aprender sin vuestra ayuda. Por suerte, no tengo que hacerlo solo.

—Así es —convino Zoe.

—La intolerancia se presenta en muchas formas —explicó Sal—, no solo contra las personas mágicas. No hace mucho tiempo, Linus y tú no habríais podido casaros, y ahora, ya lo ves. —Y entonces soltó la bomba—. Tienes que confiar en mí, en todos nosotros. Tal vez seamos niños, pero somos tus hijos, papá. Nos enseñaste a creer que podíamos

conseguir cualquier cosa. Ahora, tienes que confiar lo suficiente en nosotros para dejar que lo consigamos.

Esta vez le tocó a Arthur balbucear incoherencias, y demostró ser todo un maestro en ese arte.

—Me... Creéis... ¿Cómo es que...? No sois... Ay, madre.

—Lo has roto —dijo Linus—. Creía que jamás llegaría el día en que...

—Él es papá —dijo Talia— y tú eres papi. Lo hemos decidido entre todos, así que no podéis intercambiaros los nombres.

—Yo quería llamarte «viejo», pero estaba en minoría —confesó Lucy con tristeza.

—Ah —musitó Linus, enjugándose los ojos con una sonrisa llorosa—. Entiendo.

—Lo siento —le dijo Arthur a Sal con voz ronca—. Debería haberos escuchado con más atención. Tienes... —Suspiró—. Tienes razón, claro. A lo largo de vuestra vida seréis y haréis cosas de las que yo no formaré parte, pero eso no quita que vaya a preocuparme las veinticuatro horas del día.

Sal se rio, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Eso es porque eres nuestro padre. —Le flaqueó un poco la sonrisa—. Aun así, hay cosas que debo averiguar por mi cuenta. Tengo que cometer errores y aprender de ellos. Soy un crío, pero no por mucho tiempo. —Volvió la vista hacia sus hermanos—. Ninguno de nosotros lo será por mucho tiempo. ¿Acaso no es hora de que demostremos al mundo de qué estamos hechos?

—De la mejor pasta. —intervino Linus, sorbiéndose la nariz—. De eso estáis hechos. De la mejor pasta que hay.

—¿Estáis seguros? —inquirió Arthur—. Solo lo preguntaré una vez. ¿Estáis totalmente seguros?

Sal no vaciló ni un instante.

—Estamos seguros —respondió, mientras, detrás de él, los otros niños asentían.

Arthur miró a Zoe, que sonrió. Luego miró a Linus.

—Ya has oído a nuestros hijos —dijo—. Están seguros.

El orgullo y el miedo luchaban en su interior, pero era una batalla en la que no quería participar, sobre todo porque aún no estaba claro cuál sería el vencedor. Hizo acopio de fuerzas y se tragó las dudas.

—Harriet Marblemaw trabaja para Jeanine Rowder, la mujer de la audiencia —explicó—. Aunque ya lo sabíamos, contamos con información nueva que parece indicar que han recurrido a un subterfugio.

—Es mi palabra favorita terminada en *-ugio* —jadeó Lucy—, después de refugio y artilugio, claro.

Linus prorrumpió en llanto.

—¡O sea que en realidad sí que te interesan las clases de vocabulario!

—Pues claro —dijo Lucy—. Soy un demonio, literalmente. Necesitamos las palabras para negociar por las almas.

El chiquillo no intentó escabullirse cuando Linus lo levantó en brazos para achucharlo y plantarle sonoros besos por toda la cara. Cuando intentó dejarlo de nuevo en el suelo, Lucy se aferró a él, así que Linus se lo cambió de brazo y lo estrechó contra sí. El muchacho le apoyó la cabeza en el hombro.

—Ella va a intentar llevarnos a otro sitio —afirmó Phee.

—Así es —dijo Arthur—, pero no lo conseguirá. —Y aunque sabía que no debía, añadió—: Tenéis mi palabra.

—Y la mía —dijo Zoe.

—Y también la mía —terció Linus, mientras Lucy parpadeaba despacio contra su cuello.

—¿Por qué? —preguntó Sal—. ¿Qué pretende lograr con eso?

Arthur vaciló antes de responder.

—Lo que anhelan todos los poderosos: más poder. Rowder cree que puede utilizaros a todos para conseguir lo que quiere. Remodelar el mundo hasta que todos estemos a su servicio.

Talia exhaló un suspiro.

—Es un rollo esto de ser tan popular. Vale, ya lo pillamos. Estás obsesionada con nosotros. Cálmate un poco.

Theodore saltó desde el porche y se posó en el hombro de Sal. Tras inclinarse hacia delante y ladear la cabeza para mirar a Linus, gorjeó una pregunta.

—Sí —contestó Linus—. Aún llevo tu botón en el bolsillo. Lo protegeré con mi vida.

El guiverno asintió, se volvió hacia Arthur, ladeando la cabeza en la otra dirección, y emitió en rápida sucesión de tres gorjeos y dos clics antes de terminar con un gruñido de tono ascendente.

La pregunta le encogió el corazón a Arthur.

—Un certificado de adopción no es más que un papel. Eres mi hijo, y nada va a cambiar eso.

—¿Somos Parnassus Baker, o Baker Parnassus? —preguntó Phee—. Papá estaba aquí antes, pero creo que «Phee Baker Parnassus» suena mejor. Sale más fluido.

—Chauncey Baker Parnassus —dijo Chauncey, como quien se prueba una prenda nueva—. ¡Síp! Me gusta.

—¿Todos a favor? —preguntó Sal.

—¡Sí! —graznaron todos los niños.

Todos menos uno.

—David… —dijo Arthur mientras el yeti agachaba la cabeza—. ¿Tienes algo que decir?

El muchacho desplazó su peso de un pie a otro, retorciéndose las manos.

—No llevo mucho tiempo aquí.

—Es cierto —convino Arthur—, pero formas parte de esto tanto como el resto de nosotros.

David se mordisqueó el labio inferior.

Linus se le acercó, con Lucy todavía en brazos. El viento le revolvió el cabello, y Arthur se maravilló ante ese hombre, que había llegado a la isla siendo un forastero y había encontrado allí un hogar sin esperarlo.

—Queremos preguntarte si te gustaría que este fuera tu hogar también. Quedarte con nosotros.

—Por otro lado —dijo Arthur—, si decides que tu futuro está en otra parte, haremos todo cuanto podamos para ayudarte a encontrar tu lugar, esté donde esté. No voy a mentirte, David. Es muy posible que el camino que nos queda por delante esté sembrado de obstáculos, pero si decides quedarte, nos tendrás siempre a tu lado, como los demás.

David alzó hacia él una mirada llena de recelo.

—¿Serás mi papá también?

—Sí —contestó Arthur—. Nada me haría más feliz. No lo digo para intentar influir en tu decisión, sino para recordarte que se te quiere, aquí, ahora y para toda la eternidad. Siempre tendrás un hueco entre nosotros.

David miró en derredor a los demás, y Talia levantó el pulgar.

Cuando fijó de nuevo la vista en Arthur, frunció el ceño.

—No puedo llamarte papá —admitió—. Aún no. Me... —Se sorbió la nariz—. Me gustaría, pero... —Se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Aún no estás preparado —dijo Arthur, completando la frase por él—. David, es posible que nunca llegue el momento en que te sientas cómodo con eso, y nadie te tendrá en menor estima por ello. No puedo ni aspiro a ocupar el lugar de tu padre o tu madre. Aunque nunca tuve el placer de conocerlos, quiero pensar que siguen viviendo en ti. Qué orgullosos deben de estar.

Un cubito de hielo solitario cayó al suelo.

—¿Y podré llamar a Jason y a B siempre que quiera?

—Siempre que quieras —dijo Linus—. Es más, los invitaremos a la isla, si pueden escaparse unos días de sus obligaciones. Si no, no nos costaría nada a Arthur y a mí llevarte de visita a la ciudad para que los veas. Solo tienes que pedírnoslo, y planearemos un viaje de fin de semana.

—¿Pueden acompañarnos ellos también? —preguntó David, señalando a los demás por encima del hombro con el pulgar.

Linus palideció.

—Em... sí, claro. ¿Por qué no? Ni que tuviera pesadillas sobre todos vosotros montados en un autobús o algo por el estilo.

Lucy contrajo las facciones.

—Ay, papi sueña con nosotros. ¡Qué adorable!

A David se le secaron los ojos de pronto y se le dibujó en los labios una sonrisa taimada que sin duda había aprendido de Lucy.

—Y tendrás que construirme un escenario en el que pueda representar mis obras.

—De eso, nada —dijo Linus— te construiremos un escenario entre todos. Aquí no se salva nadie de echar una mano.

—¿Podemos usar magia? —preguntó Lucy.

—Sí —dijo Arthur—. De hecho, a partir de ahora insistiré en que la uséis.

—¡Ya era hora, diablos! —celebró Lucy, provocando que Linus torciera el gesto.

—¿Tú qué dices, David? —preguntó Sal.

El muchacho no tardó mucho en dar una respuesta. David, el joven yeti que había creído que tenía que representar un papel para

que lo admitieran en una escuela mágica, sacó pecho y puso los brazos en jarras.

—¿A qué esperamos? ¡Tenemos trabajo!

Talia fue la primera en abalanzarse sobre David y tirarlo boca abajo con un placaje. Lucy se escurrió por el costado de Linus y se unió a ella. Sal y Theodore, sonrientes, se tumbaron a su lado. Phee puso los ojos en blanco, pero se sentó sobre las piernas de David. Chauncey —como era su costumbre—, se tendió encima de ellos y los cubrió como un manto verde.

Mientras se reían y charlaban animadamente —la voz de David se oía por encima de las demás—, Arthur, Linus y Zoe los contemplaban.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Zoe.

Fue Linus quien respondió.

—Vamos a proteger nuestro hogar. ¿Quieren pelea? Pues la tendrán.

La idea se le ocurrió a Sal y, como contaba con el apoyo de los otros seis niños, Arthur, Linus y Zoe estaban en minoría.

—No vamos a desterrarla —les dijo Sal, caminando de un lado a otro del salón mientras ellos lo observaban desde sus sillones. Tras él se encontraba el regalo de cump de Linus, en el que aún faltaba un retrato, cerca de la parte inferior. Tendrían que poner remedio a eso lo antes posible—. Al menos, aún no. Eso solo provocaría una reacción más rápida por parte del DEJOMA, y no queremos que se enteren de lo que estamos haciendo hasta que estemos preparados.

—Pero ¿y si vienen a por nosotros más tarde? —preguntó Chauncey—. ¿Tendré que ir a buscar otra vez mi yelmo de batalla?

—Dejad que sea yo quien se preocupe por eso —dijo Zoe. Alzó la mano antes de que Sal pudiera rechistar—. No pretendo ocultaros nada. Simplemente... hmm. Por el momento, baste decir que tengo un plan, pero debo considerar varios factores porque, una vez que lo pongamos en marcha, no habrá vuelta atrás.

Un *glissando* de emoción y nerviosismo subió por el cuerpo de Arthur, desde los pies hasta la cabeza, una desmañada floritura interpretada en teclas de piano hechas de hueso y hielo. Zoe estaba

hablando de una magia profunda, algo que nunca le había visto hacer. Aunque sabía que ella era poderosa, había oído historias sobre la inmensa fuerza de los espíritus, descendientes de hadas que en otro tiempo habían habitado este mundo. Hasta donde se sabía, las hadas de verdad —todas ellas propensas a gastar jugarretas, o eso se decía— habían desaparecido hacía siglos. La mayoría de la gente creía que se habían extinguido, que las habían perseguido y asesinado hasta que no había quedado ni una. Otros pensaban que habían abandonado este mundo para trasladarse a otro, pues se desplazaban por el tejido de la realidad con facilidad. Aunque Phee ya había demostrado su potencial, Zoe, desde que Arthur la conocía, no había manifestado las capacidades que él sospechaba que poseía. Al parecer, eso estaba a punto de cambiar.

Sal asintió de mala gana.

—Confío en ti, Zoe. Si necesitas nuestra ayuda para algo, no tienes más que pedirla.

—Es posible que acepte tu oferta —dijo ella—. En cuanto sepa más, os lo explicaré todo. Lo prometo.

—Sal —dijo Linus—. ¿En qué piensas?

El interpelado miró a los otros niños, que asintieron para animarlo a responder.

—David me inspiró la idea.

—¿En serio? —preguntó David.

—Sí, tío —respondió Sal—. Cuando comentaste cuánto te gustaba ser un monstruo, y que no querías hacer daño a la gente, solo asustarla.

—Nunca le haría daño a nadie —se apresuró a decir David, haciéndose crujir los nudillos—. De verdad que no.

—Lo sabemos —dijo Sal—, pero, en vista de cómo instrumentalizan el miedo, creo que es hora de que le demos al Gobierno una cucharada de su propia medicina, empezando por la señorita Marblemaw. Ella afirma que no conoce el miedo. Yo propongo que pongamos a prueba esa afirmación. ¿Que insisten en que somos monstruos? Tal vez deberíamos enseñarles lo monstruosos que podemos llegar a ser.

—¿Vamos a matarla? —preguntó Lucy, ladeando la cabeza. Antes de que Arthur pudiera responder que no, el chiquillo añadió—: Porque eso no me parecería bien.

Arthur y Linus intercambiaron una mirada de sorpresa. Aquel era un giro inesperado, sobre todo tratándose de alguien que propugnaba la muerte y la destrucción con el mismo entusiasmo con que ensalzaba sus bollos de miel.

—Aunque me alivia oír eso, ¿puedo preguntarte cómo has llegado a esa conclusión?

Lucy se encogió de hombros.

—Eso solo le daría a la gente que nos odia una excusa para odiarnos más. Además, me gusta ser buena persona. —Sus ojos se tiñeron de rojo y su voz se tornó más grave—. A veces. —La rojez desapareció y su voz volvió a la normalidad—. A mis arañas les entra sueño cuando hago cosas para ayudar a los demás. Seguro que con esto consigo que duerman durante semanas.

—Lucy tiene razón —dijo Linus—. Y, aunque reconozco que albergo dudas sobre la mejor manera de proceder, creo que ya viene siendo hora de poner en su sitio a la señorita Marblemaw. Pero nada de matar o mutilar, ¿estamos de acuerdo?

—Sí —contestaron todos a la vez.

—¡Vamos a acribillarla con amabilidad! —gritó Chauncey.

—Cuéntanos el plan —pidió Arthur—. Con todo detalle.

# Catorce

Más tarde, esa misma mañana, dejaron salir a Harriet Marblemaw de la casa de invitados. El plástico de las ventanas se transformó de nuevo en cristal, y la puerta principal se abrió sola justo cuando la inspectora había decidido que embestirla con todo su peso tal vez serviría de algo. Por desgracia, pasó de largo la puerta y estuvo a punto de caerse por los escalones del porche.

—Ah —dijo Arthur, de pie frente a la casa, con las manos entrelazadas a la espalda—. Señorita Marblemaw. Me preguntaba dónde se había metido.

—Me han hecho prisionera —rugió ella, y varias gotas de baba le salieron disparadas de la boca—. ¡Ese espíritu ha usado magia contra mí sin mi permiso!

Zoe apareció de detrás de Arthur, lo que ocasionó que la señorita Marblemaw pegara un chillido.

—Le presento mis más sinceras disculpas —dijo—. Me temo que hemos empezado con mal pie. Por fortuna, tengo algo para usted que espero que sirva como compensación.

—Dudo que nada que puedan darme compense sus transgresiones —soltó la señorita Marblemaw.

—Pues he pensado que le gustaría ver una demostración por parte de uno de los niños, para que se forme una idea de lo que son capaces de hacer.

—¡Phee! —gritó Arthur, sin apartar los ojos de la mujer—. ¿Puedes venir un momento?

La interpelada emergió del bosque, lanzando y atrapando una naranja con una sola mano. Tras dirigirle una mirada impasible a la señorita Marblemaw, se situó junto a Arthur y Zoe.

—¿Cómo es que no está en clase? —preguntó la inspectora.

—Como llevamos seis meses de adelanto en nuestro plan de estudio, hemos decidido darles un día libre a los niños para que

cultiven sus intereses.

—Yo estaba en comunión con la naturaleza —dijo Phee—. Escuchando a los árboles.

Aunque la señorita Marblemaw la miró con escepticismo, optó por dejar correr el asunto.

—Entiendo. ¿Así que quieres hacerme una demostración?

—Sí —contestó Phee—. ¿Está lista?

La señorita Marblemaw soltó un bufido burlón.

—¿A santo de qué viene tanto prolegómeno? Si vas a hacer algo, hazlo de una vez. No me gusta que me hagan esperar, y menos aún cuando me da la impresión de que es un pretexto para impedirme cumplir con mi deber. Pero está bien: enséñame un árbol o lo que sea que sabes hacer.

Phee sonrió, inclinando la cabeza a un lado.

—Usted manda.

Como si estuviera jugando a los bolos, Phee echó el brazo hacia atrás antes de describir rápidamente un arco con él. La naranja golpeó el suelo, rebotó y rodó hacia la señorita Marblemaw. En cuanto el fruto salió despedido de la mano de Phee e impactó con la tierra, la piel se abrió, y unos diminutos tallos marrones con hojas verdes brotaron de la grieta. Mientras rodaba hacia la inspectora, los tallos se transformaron en ramas delgadas que arañaban el suelo como las patas del recientemente fallecido escorpión conocido como Belcebú. Cuando al fin se detuvo a los pies de la mujer, la naranja se había convertido en una maraña de hojas y raíces.

La inspectora se quedó mirándola, con los labios curvados hacia abajo. Toqueteó las hojas y raíces con la punta del zapato.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que eres capaz de...?

La naranja estalló hacia fuera y hacia arriba, y el suelo retembló bajo sus pies. Un árbol de por lo menos siete metros de altura y un tronco grueso y robusto surgió ante la señorita Marblemaw. Las hojas, de un verde intenso y brillante, estaban rodeadas de pesadas naranjas que colgaban de las ramas. El árbol tardó menos de tres segundos en alcanzar su tamaño definitivo, en medio del estruendoso rugido de su creación. La señorita Marblemaw chocó con el porche y resbaló por los escalones hasta aterrizar de culo en el suelo.

—¡Ay, no! —exclamó Phee, llevándose las manos a las mejillas—.

¡Yo no quería que pasara eso! ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien —espetó la señorita Marblemaw levantándose con dificultad y medio oculta tras las ramas del árbol. Lo examinó de arriba abajo antes de arrancar una naranja. Le atravesó la piel con la uña del pulgar, y un chorrito de zumo le mojó el nudillo. Apretó el fruto hasta que lo aplastó entre los dedos, y un amasijo de pulpa y zumo cayó al suelo. Tiró la naranja chafada y se frotó la mano contra el costado para limpiársela—. Gracias por la demostración. Has demostrado que, si algún día sufrimos una escasez nacional de cítricos, sabremos cómo rectificar la situación de inmediato. Te concedo un punto de cortesía.

—¿Yo hago estallar una granada frutal y usted me da un punto de cortesía? —preguntó Phee.

—¿Una qué?

—Em... —dijo Phee—. ¿He dicho granada frutal? Quería decir naranja brutal. No es lo mismo...

—Dos puntos de cortesía —concedió la señorita Marblemaw—. ¡Y no quiero oír ni una palabra más! Te lo has ganado, criatura. —Sonrió —. No olvides contarles a los otros niños lo bien que vas. Seguro que se ponen celosos.

—Ahora mismo me pongo a ello —dijo Phee con voz inexpresiva.

—¡Sabía que lo harías! Y ahora, vamos a ver en qué andan los demás, ¿te parece? Ya hemos perdido bastante tiempo con esta... exhibición. —Rodeó el árbol y, sin mirar a Phee, Zoe o Arthur, echó a andar hacia la casa.

—Parece que la señorita Marblemaw ha aprendido algo de nuestro manual de estrategia —dijo Arthur—. Me siento como si me hubiera acribillado, no con amabilidad, propiamente, sino con lo que ella considere el equivalente.

—No le servirá de mucho. Es demasiado tarde.

Al menos, eso esperaban. Desafortunadamente para los habitantes de la isla de Marsyas, resultó que Harriet Marblemaw sabía encajar los golpes. O eso, o había calado sus intenciones y no pensaba darles ese gusto.

El lunes por la tarde, sin ir más lejos, decidió que lo mejor que podía hacer con su tiempo era convencer a Theodore de que dejarle

ver su tesoro no solo era necesario, sino que podía ayudar a sus compañeros del DEJOMA a entender mejor la cultura de los guivernos. Theodore, por su parte, gorjeó que prefería sentarse en un erizo de mar que enseñarle nada a ella y que iba a pasarse la tarde señalando basura. Como la señorita Marblemaw no dominaba el guivernés, creyó que él había accedido.

Así pues, dedicó las siguientes tres horas a seguir a Theodore. Le llevó casi todo ese tiempo caer en la cuenta de que, en realidad, el guiverno no estaba guiándola hacia su tesoro, sino persiguiendo una mosca que se había colado en la casa. Llegó a esta conclusión cuando el insecto se posó en su frente, y Theodore se arrojó hacia ella. Cuando la señorita Marblemaw dejó de proferir berridos de indignación, el guiverno se había zampado la mosca y había encontrado un sitio al sol junto a Calíope, donde, después de desperezarse, se había acurrucado con la cabeza contra el vientre de la gata. Aquella criatura maligna se lamió las orejas y, cuando cerró los ojos, empezó a oírse un sonido ronco y suave que le nacía en el pecho.

—¡Tres puntos de cortesía! —exclamó la señorita Marblemaw con voz estridente y el cabello desmelenado—. ¡Te los has ganado! ¡No olvides contárselo a todas las personas que conoces!

El lunes, a la hora de la cena, Talia insistió en que la señorita Marblemaw se sentara a su lado.

—Quería hablar con usted —dijo, dando unas palmaditas en la silla.

—Ah, me parece estupendo —respondió la inspectora, mostrando un entusiasmo que a Arthur no le pareció trigo limpio—. Da la casualidad de que yo también quiero preguntarte algo.

—Cómo no —farfulló Linus, alargándole a Sal una cesta de panecillos.

Tras tomar asiento junto a Talia, la señorita Marblemaw se volvió hacia ella.

—Eres una niña muy bonita.

—Dígame algo que no sepa —respondió la gnoma mientras se servía judías verdes.

—Me alegra que me hagas ese comentario, porque resulta que sí que quiero decirte algo que no sabes.

—¿Usted cree? —dijo Talia, dubitativa—. Yo sé muchas cosas.

—Sabes algunas cosas —repuso la inspectora—. Como ya te he

dicho, no es propio de una señorita ser presumida.

—Qué suerte que esté usted aquí —intervino Phee—. Si no, no sabríamos nada.

—Exacto —dijo la señorita Marblemaw—. Y por eso creo que Talia debería contemplar la posibilidad de afeitarse la barba.

Se impuso un silencio, interrumpido solo por Chauncey al susurrar «uuuy».

La señorita Marblemaw prosiguió como si no hubiera cometido una peligrosa metedura de pata.

—Después de todo, las señoritas como Dios manda no tienen vello facial ni corporal de ningún tipo. Aunque el cuidado personal requiere tiempo, es importante. Si no, ¿cómo vas a encontrar marido?

Talia se quedó mirándola.

—Solo tengo doscientos sesenta y cuatro años. Voy a esperar a tener por lo menos cuatrocientos antes de empezar a pensar en los maromos con los que quiero salir.

—Sea como fuere, nunca es demasiado pronto para adquirir buenos hábitos —dijo la señorita Marblemaw—. ¡A lo mejor podríamos hacerlo juntas!

—O también podríamos no hacerlo y yo podría fingir que lo que ha dicho no es ofensivo —replicó Talia.

—Porque no lo es —dijo la señorita Marblemaw, inspirando por la nariz con altivez—. Ese es el problema del mundo actual. Todo el mundo está deseando ofenderse por cualquier cosa.

—Tal vez no sea usted quién para decidir qué le resulta ofensivo o no a un miembro de la comunidad que está denigrando —dijo Sal—. ¿Por lo menos tiene idea de por qué llevan barba los gnomos y qué simboliza?

La señorita Marblemaw agitó la mano con ademán desdeñoso.

—Dudo mucho que el hecho de que una chica tenga barba signifique gran cosa aparte de un empeño en que los demás se sientan incómodos.

—¿Y eso es culpa de Talia? —preguntó Phee—. Me parece que, en vez de animarla a cambiar, debería hablar con esas otras personas y decirles que se metan en sus asuntos. La barba de Talia no les concierne para nada.

—Muy bien dicho —terció Arthur, asintiendo—. Al fin y al cabo, la longitud y exuberancia de la barba de un gnomo está en relación

directa con el bienestar de su jardín. Cuanto más sano está el jardín, más larga y poblada es la barba. Por otra parte, como inspectora del DEJOMA y probable experta en todas las cuestiones mágicas, seguro que no necesita que le aclaremos eso. —Sonrió a Talia—. ¿Te he comentado lo hermosa que está tu barba últimamente?

—Sí, ¿verdad? —dijo Talia—. Papi me la cepilla cien veces cada noche. Cada vez se le da mejor.

—Esta noche, te la cepillaré doscientas veces —dijo Linus—. Solo para estar seguros.

La inspectora se rio, pero con un ligero deje de crispación.

—Qué cosa tan... especial. Sin embargo, creo que Talia debería pensar en su futuro en vez de centrar toda su atención en un jardín. Tal vez podríamos comprarte un vestido bonito. ¿A que sería maravilloso? Algo de......, no sé, encaje rosa, por ejemplo, y podríamos peinarte con coletas. ¡Y, si te afeitaras, podrías lucir esos mofletes regordetes!

—¡Eso suena muy díver! —exclamó Lucy—. ¿Sabéis qué sería aún mejor? ¡Que la señorita Marblemaw diera ejemplo y se afeitara el bigote!

La aludida entornó los ojos.

—Yo no tengo...

Pero se equivocaba.

—¡Flora bora pam! —soltó Lucy, y un bigote castaño, largo y fino apareció en el rostro de la señorita Marblemaw, pulcramente recortado y con las puntas curvadas en pequeñas espirales—. ¡Ahora tiene vello facial también!

La señorita Marblemaw no perdió los estribos como Arthur esperaba. En vez de ello, se levantó despacio de la mesa, y el bigote se mantuvo tieso sobre su labio superior cuando desplegó una sonrisa rabiosa.

—Quítamelo.

Lucy se encogió de hombros.

—Como quiera. ¡Satán, dame paciencia!

El bigote se meneó, pero, por lo demás, quedó como estaba.

—Ahí va —concedió Lucy—. Bueno, verá, lo que pasa es que tengo solo siete años y aún estoy aprendiendo. ¡No soy más que un renacuajo!

—¿Y qué? —dijo ella con los hombros rígidos.

—Y... —dijo Lucy, alargando la palabra durante cinco segundos largos—... por eso a veces hago que ocurran cosas sin querer, como que le salga un vello facial permanente que, por más que se afeite volverá a crecer al cabo de seis horas, seis minutos y seis segundos. ¡Lo siento! —Posó en ella sus grandes y angelicales ojos, y pestañeó con aire de inocencia—. ¡Pero tengo una buena noticia! No le queda tan mal si entrecierra los párpados, ladea la cabeza y mira en la dirección contraria.

La señorita Marblemaw palideció. A continuación, salió corriendo de la cocina. Al punto, oyeron que abría la puerta con tal violencia que rebotó contra la fachada de la casa.

—¿Creéis que le ha gustado? —preguntó Lucy—. ¿Eso es crema de maíz? Madre mía, me voy a poner las botas.

—Lucy... —dijo Talia.

—¿Sí?

Ella le tiró un panecillo que le rebotó en la cabeza.

—Gracias.

—Me encanta tu barba —aseguró él—. Te da pinta de malota de la hostia.

Esperaron a que Linus o Arthur los reprendieran por decir palabrotas.

—Estoy de acuerdo —afirmó Linus, en cambio—. Te da pinta de malota de la rehostia.

—Hala —jadeó Chauncey—. ¿Yo también puedo soltar tacos? ¡Se me ha ocurrido uno muy bueno!

—Tienes permiso para soltar uno.

—Madre mía —musitó Chauncey—. Pensaba que me dirías que no. —Después de mirar en torno a sí, balbució—: ¡Mala pécora huesuda! —Acto seguido, se tapó la boca con los tentáculos.

Lucy se cayó de la silla.

—¡La leche, Chauncey! —exclamó mientras se levantaba—. Eso ha sido demoledor. Menos mal que Arthur te ha dado permiso, porque creo que es el insulto más feo que he oído nunca.

—¡No era mi intención! —gimió Chauncey—. ¡Lo retiro!

—Chauncey —dijo David—, he oído a la señorita Marblemaw decir que los botones tenéis el curro más fácil del mundo y que cualquiera con medio cerebro puede trabajar de eso.

—Será mala pécora huesuda... —siseó Chauncey.

—He dicho un taco, Chauncey —murmuró Arthur con severidad—. No sé si mi corazón resistiría otra impresión como esa.

—Prometo no volver a hacer algo así jamás —dijo Chauncey, llevándose el tentáculo al corazón (que estaba en la parte inferior de su cuerpo).

—Marblemaw dijo también que las gorras de botones le quedan fatal a todo el mundo —aseveró David mientras Lucy le susurraba al oído.

—Arthur… —dijo Chauncey.

—¿Sí?

—¿Puedo pringar de tinta a la señorita Marblemaw?

—Yo jamás aconsejaría semejante acción —respondió Arthur—. No obstante, soy de la firme opinión de que, si alguien tiene que segregar tinta, debe poder hacerlo sin interrupción.

—Se pondrá hecha una furia cuando se entere de lo de mis poluciones nocturnas —dijo Chauncey—. Qué ganas tengo.

Linus suspiró.

El martes sucedieron dos cosas dignas de mención.

En primer lugar, la señorita Marblemaw asistió como oyente a las clases matinales, con trocitos de pañuelos desechables manchados de rojo por toda la zona que rodeaba el bigote. Daba la impresión de que había intentado afeitárselo, pero que, tal como le había dicho Lucy, le había crecido otra vez hasta alcanzar la misma forma y longitud que el día anterior. Ella no mencionó el asunto, ni siquiera cuando Talia, después de saludarla, se ofreció a compartir con ella los jabones que usaba para la barba.

Por toda respuesta, la señorita Marblemaw fue a sentarse al fondo del aula, tablilla en mano, y miró a cada uno de los niños con expectación.

—¿Vamos a quedarnos aquí sentados en silencio o va usted a dar comienzo a la clase?

—Antes, quisiera preguntarte algo, bigote importa —terció Lucy—. ¿Te apetece una taza de té?

—No —dijo ella, cruzando las piernas—. Lo que quiero es que te sientes y que el señor Baker demuestre que está capacitado para educar a los niños. Y también a David, ya que se le ve tan interesado

en los estudios de la etapa infantil, a pesar de sus casi cincuenta años. Por favor, olvidaos de que estoy aquí.

—Nunca hay que dejar de aprender —dijo David—. Ese es mi lema. —Se echó hacia atrás en su silla y apoyó la nuca en las manos. Estuvo a punto de caerse de espaldas, pero fingió que lo había hecho a propósito—. ¡Ojo, chavales! Como os equivoquéis en alguna respuesta, la señorita Marblemaw intentará agrediros como me hizo a mí.

—Yo no te agredí...

—¿No quiere que nos olvidemos de que está aquí? —preguntó Sal —. No es fácil si no para de interrumpir la clase. Mirad todos al frente, chicos. Borrad de vuestra mente a la señorita Marblemaw.

—¿A quién? —dijo Phee.

Aunque Arthur tenía otras cosas de qué ocuparse —así era la vida en la isla—, no se atrevía a perder de vista a la inspectora. Linus era más que capaz de lidiar con ella sin ayuda, pero Arthur pensó que no estaba de más recordarle a la mujer que la estaban vigilando tanto como ella los vigilaba.

La lección continuó con un mínimo de interrupciones, en su mayor parte toses deliberadas o carraspeos que la señorita Marblemaw soltaba cada vez que Linus o los niños decían algo que claramente no le parecía bien. Linus intentaba no hacerle caso, pero, a medida que avanzaba la clase —que pasó del extenso y misterioso mundo de las matemáticas a la historia—, la inspectora incordiaba cada vez más, farfullando mientras garabateaba en su tabla.

La hora tocaba a su fin —casi era el momento de la pausa de media mañana— cuando Linus dijo:

—La historia está llena de personas que cometen los mismos errores una y otra vez y nunca aprenden de los actos de quienes los precedieron. En ese sentido, el tiempo a veces parece un círculo vicioso. Los poderosos intentan decirles a los demás cómo deben vivir, pero solo dentro de los límites de lo que ellos consideran aceptable. Son guardianes que se creen con derecho a decidir lo que es correcto o no desde el punto de vista ético. Podría alegarse que...

—Se puede alegar cualquier cosa —interrumpió la señorita Marblemaw en voz muy alta—. Algunos creen que sus quejas ridículas están por encima de la seguridad de una raza entera.

—¿A qué raza se refiere? —preguntó Sal—. Que yo sepa, aunque seamos distintos, todos somos personas. —Arqueó una ceja—. A

menos que se refiera a la definición literal de *raza*, un concepto que se usa para describir a un grupo de personas con base en factores distintos como su origen ancestral, su identidad social o sus características visibles… como el color de la piel.

La señorita Marblemaw se puso blanca.

—No me refería a… Yo soy muy tolerante. ¿Cómo te atreves a insinuar que yo…? —Se interrumpió, cerró los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió de nuevo, debajo había una tenue sonrisa. Se levantó y se dirigió con porte majestuoso hacia el frente del aula—. Niños, a pesar de lo que os hayan podido contar, el mundo no es un lugar tan oscuro y cruel como algunas personas os quieren hacer creer. ¿Cómo va a serlo, si tenemos museos, arte y música? Música, Lucy. ¿No te encanta la música?

—Y tanto —respondió Lucy—. Cuanto más muertos estén los artistas, mejor.

—¿Lo veis? —dijo la señorita Marblemaw, con un temblor en el ojo izquierdo—. Parece que Lucy y yo hemos descubierto algo que tenemos en común. ¿Quién iba a imaginarlo hace solo tres días? Ese es el objetivo de todo esto: dejar a un lado nuestras diferencias y unirnos en un espíritu de… Pero ¿qué hacéis?

Los niños, que habían comenzado a guardar sus libros y papeles, se levantaron y se encaminaron hacia la puerta de atrás. David encabezaba la marcha, meneando las caderas con los brazos en alto, y salió del aula deslizándose hacia atrás y agitando los dedos para despedirse de la señorita Marblemaw.

Sal, con Theodore en el hombro, fue el último. Volvió la vista atrás hacia la inspectora.

—La clase ha terminado en el momento en que usted ha empezado a hablar.

Dicho esto, se marchó.

—Linus —lo llamó Arthur mientras la señorita Marblemaw barbotaba, claramente preparándose para un colapso—. Pareces sediento. ¿Nos tomamos el té de la mañana en el cenador?

—Me parece magnífico —dijo Linus—. Y podríamos acompañarlo con un poco de pastel, si todavía queda algo. —Cuando llegó junto a Arthur, al fondo de la clase, se tomaron de la mano y echaron a andar hacia la puerta.

—El DEJOMA tendrá noticias de esto —les advirtió desde atrás la señorita Marblemaw, alzando la voz.

Arthur se detuvo un momento en la puerta y se volvió para mirarla por encima del hombro.

—Si necesita volver a ponerse en contacto con Rowder mediante su maletín especial, puede hacerlo desde la cocina en vez de cargar con él hasta la playa. No se corte. Mientras esté aquí, siéntase como en su casa. Y ahora, Linus, creo recordar que escondí unas pastas para el té con el fin de reservarlas para una ocasión como esta.

—Esperemos que Theodore no las haya localizado con el olfato —dijo Linus.

—Menuda nariz tiene nuestro hijo.

—Ya lo creo.

Sonriéndose el uno al otro, se marcharon, dejando sola a la señorita Marblemaw.

La segunda cosa digna de mención sucedió poco después. Linus y Arthur estaban sentados en el cenador, bebiendo té con menta, frente a una bandeja con un plato repleto de pastas con pasas de Corinto y una tetera de peltre. Detrás de ellos, en el bosque, Phee y Chauncey buscaban piñas («¡No tengo un problema! ¡No me mires así cada vez que me como una!»). A través de una ventana abierta en la planta superior, Frankie Valli aullaba que le había dicho a su nena que tenían que dejarlo pensando que se daría cuenta de que era un farol, pero, para su sorpresa, ella le había contestado que las chicas mayores no lloran. Lucy coreaba la letra soltando gallos destemplados, lo que arrancaba a David carcajadas sonoras y contagiosas. Saludaron con la mano a Sal y Theodore. El primero llevaba un grueso libro, y el segundo caminaba a su lado, batiendo las alas y parloteando mientras se dirigían hacia el árbol favorito de los dos, al otro lado de la casa.

Talia estaba en su jardín y, de vez en cuando, se les acercaba para mostrarle el montón de malas hierbas que había arrancado, así como para recordarles que todo aquel que estuviera sentado en el cenador debía elogiar las plantas del jardín a intervalos aleatorios.

—¿Y Zoe? —preguntó Linus por lo bajo mientras tomaba un sorbo de té. Luego, subiendo la voz, añadió—: ¡Las rosas estaban preciosas esta mañana!

—Está ocupada con algo —dijo Arthur—. Lo lleva bastante en secreto. ¡Fíjate en esas petunias! ¡Qué maravilla!

—Ya vendrá a vernos cuando lo considere oportuno —aseguró Linus—. Dicho eso, tengo curiosidad por saber qué se trae entre manos.

—Yo también —admitió Arthur—. Pero hay que confiar en ella, como hemos hecho siempre.

—¿Soy muy mala persona por decir que daría casi cualquier cosa por estar presente en su encuentro con Marblemaw, si llega a producirse?

—Por supuesto que no —respondió Arthur—, pues yo pienso lo mismo. Pero no podrán acusarme de no haberles avisado de que están en una inferioridad de condiciones apabullante.

—Tienes toda la razón —dijo Linus. Bebió otro sorbo de té y se relamió—. Ah, esto es vida. No hay nada como disfrutar de una buena taza de té en una tarde tan bonita como esta. Ah, ahí está nuestra invitada. Y parece… —Suspiró—. Ay, madre.

Al volverse, Arthur vio que la señorita Marblemaw se acercaba por el sendero del jardín. Una bufanda rosa y verde le cubría la boca y la nariz, dejando a la vista solo los ojos y la frente. Hizo una mueca al ver las flores que crecían a ambos lados del camino y apartó la mano con brusquedad cuando un tulipán amarillo tuvo la osadía de rozarla.

Como estaba distraída con estas cuestiones, no reparó en que Arthur y Linus se encontraban en el cenador. No la saludaron mientras pasaba de largo con paso furioso. En vez de ello, Arthur alzó su taza y bebió un trago largo, con la nuez subiendo y bajando por la garganta.

—¿Deberíamos advertirle del peligro? —preguntó al bajar la taza.

—¿A Talia? Si crees que es necesario…

—Me refiero a la inspectora.

—Ah —dijo Linus—. No. Ten, coge una pastita.

Arthur así lo hizo y, justo cuando le dio un bocado, oyó la voz de Talia.

—¡Pero mira quién está aquí! La señorita No Me Gusta El Polen en un jardín donde prácticamente no hay nada más que polen.

—Soy alérgica —dijo la señorita Marblemaw—. Es un problema muy serio y no está bien tomárselo a broma.

—Ah, le pido mil disculpas —dijo Talia, y Arthur se rio por lo bajo al imaginar su sonrisa dulce e inocente—. Debe de ser terrible eso de tener alergia a las cosas bonitas. No me extrañaría que resultara ser alérgica a mí.

—Hablando de cosas bonitas —continuó la inspectora, sorbiéndose los mocos—, me preguntaba si has pensado en lo que hablamos el otro día.

—Tendrá que recordarme de qué se trataba —dijo Talia—. Usted habla mucho, y no siempre le presto atención.

—¿De veras? ¿Tienes dificultades para concentrarte?

—No —respondió Talia—, aunque entiendo su confusión. Me refería solo a usted.

—Me encanta la menta —dijo Linus—. Me recuerda la temporada navideña, con sus luces, guirnaldas y espíritu festivo.

—Como debe ser —convino Arthur—. Me fascina la idea de que los sentidos estén ligados a la memoria.

—Tu barba —insistió la señorita Marblemaw, que parecía estar hablando con los dientes apretados. Estornudó dos veces seguidas—. Que si te has planteado afeitártela. Estoy convencida de que, debajo de todo ese pelo, hay una niñita preciosa.

—¿Me pasa el desplantador? —preguntó Talia—. No, el desplantador. Eso es una pala. Y eso es una manguera. Pero, bueno, ¿es que no sabe lo que es un desplantador? Por lo visto, hay un montón de cosas que no sabe. Ya lo cojo yo. ¿Puede apartarse un poco? Voy a ponerme a cavar a toda pastilla, y los terrones saltan en todas direcciones.

Fiel a su palabra, Talia se puso manos a la obra, y el sonido del desplantador al golpear la tierra era música para los oídos de Arthur. Como ya estaba familiarizado con la velocidad a la que trabajaba la gnoma, no le sorprendió que hubiese terminado antes de que pasaran diez minutos.

—Ya está —anunció Talia—. Con eso debería bastar.

—¿Un agujero? —preguntó la señorita Marblemaw—. ¿Para qué quieres un agujero tan grande? Ya tenías uno ahí.

—Ese es para papi —explicó Talia—, por si se retracta de su promesa de ayudarme a desherbar la parte del jardín que falta.

—Una amenaza muy eficaz —dijo Arthur.

—Desde luego —admitió Linus—. Hasta ha puesto un tubo para

respirar en mi fosa por si acaso vuelvo a la vida.

—Piensa en todo —dijo Arthur.

—¿Y el otro agujero para qué es? —inquirió la inspectora.

—¡Cuánto me alegra que me haga esa pregunta! —dijo Talia con una risita. Bajando la voz de forma amenazante, agregó—: Es la tumba en la que la voy a enterrar como vuelva a decirme que me afeite la barba.

—¿Perdona? —soltó la señorita Marblemaw con voz muy aguda.

—¡Dato curioso! —dijo Talia en tono animado—. No se les dice a los demás qué apariencia deben tener o no tener. Es una grosería. Que algo no le guste a usted no implica que otros no sepan apreciarlo. A mí me gusta mi aspecto. Y, sinceramente, con ese bigotón que gasta, esperaría que fuera más tolerante con el vello corporal femenino.

—Eso no te da derecho a cavar una tumba —espetó la mujer.

—En realidad, sí —dijo Talia—. Y ahora, sea una buena inspectora y métase ahí, ¿le parece bien? Deje que le ayude...

Unos instantes después, la señorita Marblemaw salió del jardín hecha una furia, despeinada y con la parte delantera de la ropa cubierta de tierra.

—¿Le ha gustado el jardín de Talia? —preguntó Linus mientras ella pasaba por delante del cenador.

La mujer se detuvo y se volvió despacio para fulminarlos con la mirada, con el bigote mustio, como si lo hubiera sustituido por un fideo grueso.

—Yo diría que no —murmuró Arthur, tomando un sorbo de té.

—Es una pena. ¿Te partes otra pasta conmigo?

—Será un honor.

—Magnífico.

—¡Puntos de cortesía! —bramó la inspectora—. ¡Puntos de cortesía para todos! —Y acto seguido se marchó dando fuertes pisotones en el suelo.

El miércoles por la tarde, Chauncey llegó tarde a la cena y proclamó a los cuatro vientos que había hecho un descubrimiento extraordinario que no tenía nada que ver con su facultad de hablar con los peces ni con sus poluciones nocturnas. Todas las miradas se posaron en él mientras posaba en el vano de la puerta con los tentáculos en jarras.

La señorita Marblemaw aferraba con firmeza la tabla sujetapapeles, intentando pasar desapercibida entre las sombras. No estaba de un humor espléndido, más que nada porque al despertar había descubierto que su bigote había adquirido un desagradable tono amarillento que le confería el aspecto de alguien que padecía una infección grave.

—¿Qué descubrimiento? —preguntó Sal.

Chauncey hizo una pausa dramática antes de responder:

—Me he convertido en un hombre.

—Hala —dijo David—. Qué guay. ¿Y cómo lo has hecho?

—¡Todo comenzó hace un rato! —exclamó Chauncey, dejando un rastro de baba en torno a la mesa y deslizando los tentáculos sobre el respaldo de las sillas—. Ahí estaba yo, ocupándome de mis asuntos frente al espejo de mi habitación, examinando cada palmo de mi cuerpo.

—Puaj —dijo Phee—. Hay cosas que deberían quedarse en la intimidad.

—Por eso las estaba haciendo en mi habitación —explicó Chauncey, deteniéndose tras la silla de Linus—. Pero esto es algo que debo compartir con vosotros. Porque he descubierto... esto. —Alzó el tentáculo derecho por encima de su cabeza. Y allí, en lo que vendría a ser su axila, había un solitario pelo blanco de aproximadamente un centímetro de largo y con la punta rizada.

Lucy se encaramó en su silla y apoyó las manos en la mesa, a los lados de su plato.

—¿Te ha salido pelo en el sobaco? ¡No es justo! ¡Yo también quiero!

—¡Así es! —graznó Chauncey—. ¡Tengo pelo en el sobaco, y eso significa que soy todo un hombre! Así que no os sorprenda si me veis por ahí con un maletín o participando en importantes conferencias telefónicas sobre negocios y otros temas de adultos. ¡Pero no temáis! Sigo siendo joven de corazón.

—Ojo —le advirtió Talia—, seguro que la señorita Marblemaw intenta convencerte de que te lo depiles.

—¡No! —exclamó Chauncey, bajando el tentáculo y pegándoselo al costado—. No permitiré que me lo quite. Me ha salido a mí, así que es mío.

—Me parece increíble que la señorita Marblemaw quiera quitarle

el pelo del sobaco a Chauncey —dijo Phee.

—Yo nunca he... —protestó la señorita Marblemaw.

—Además, ¿para qué lo quiere? —preguntó Sal.

Theodore aventuró que sin duda pretendía usarlo para rellenar una almohada.

—¡Jamás! —rugió Chauncey—. ¡Eso sería muy raro!

La señorita Marblemaw emergió de entre las sombras.

—Si me dejáis hablar, intentaba deciros que yo nunca...

Chauncey arrancó a correr alrededor de la mesa, chillando y agitando los tentáculos.

—¡Viene a por mí!

En realidad, la señorita Marblemaw no estaba persiguiendo a Chauncey, que pasaba por delante de ella cada vez que completaba una vuelta a la mesa. La situación se prolongó como suele pasar en estos casos, es decir, más tiempo del necesario, hasta que la inspectora interceptó a Chauncey.

—Escúchame un momento —le dijo—. El pelo de tu axila no está en...

Chauncey emitió algo a medio camino entre un grito y un estornudo, y la señorita Marblemaw quedó empapada de la cabeza a los pies en tinta negra. Se impuso el silencio en el comedor, interrumpido solo por el repiqueteo rítmico de las gotitas negras al caer al suelo. Detrás de ella, en la pared, había quedado plasmada una silueta perfecta de la inspectora en medio de un enorme manchurrón de tinta. La mujer permanecía inmóvil y boquiabierta, con la lengua y los dientes recubiertos de aquella sustancia oscura.

Lucy se rio.

—Vaya, pues parece que estaba equivocado, por primera vez en mi vida. Supongo que Chauncey tenía razón cuando decía que sus poluciones nocturnas no solo ocurren de noche. ¡Cómo me gusta aprender!

La señorita Marblemaw emitió un quejido bajo y prolongado.

—¿Queréis aprender algo más? —preguntó David—. ¿Veis esa zona de la pared en la que no ha caído ni una gota de tinta, pero donde se puede ver su silueta de todos modos? A eso se le llama espacio negativo. Lo aprendí cuando estudiaba para ser detective privado. Así se analizan las salpicaduras de sangre.

—Y ahora yo he aprendido algo —admitió Arthur—. Gracias, David. Señorita Marblemaw, ¿quiere una servilleta? Tengo varias, si cree que le pueden servir.

Por toda respuesta, la interpelada salió del comedor, chapoteando con cada paso. Al cabo de un momento, la puerta principal se abrió y se cerró.

—Chicos —dijo Linus—, creo que podemos extraer una lección de este momento. ¿Qué hemos aprendido?

—Que nunca hay que intentar robarle el pelo del sobaco a Chauncey —respondió Talia.

—Ahí sigue —dijo el aludido, alzando el tentáculo para exhibirlo.

—Y que nunca hay que decirle a una chica que se afeite la barba —terció Lucy—. Sobre todo cuando no es asunto tuyo. —Se volvió hacia Linus—. Por cierto, perdón por burlarnos de ti cuando te dejaste bigote. Tú no eres como la señorita Marblemaw.

Linus soltó una risita.

—No son casos comparables, pero gracias, Lucy. Es un bonito gesto por tu parte. Bueno, ¿quién quiere postre? Dicen por ahí que hay tarta de fruta. De melocotón, para ser más exactos.

—¿Qué hay que hacer aquí para ganarse un punto de cortesía? —carraspeó Chauncey—. ¿Tener dos pelos en el sobaco? Eso es imposible.

El jueves por la tarde, con un cielo encapotado que prometía un buen aguacero, y una mar en calma que reflejaba el gris plomizo de las nubes, le llegó el turno a Sal. Poco después del almuerzo, Calíope comenzó a soltar fuertes maullidos y a frotarse contra sus piernas con insistencia. No hacía falta ser un experto en lenguaje felino para deducir qué quería. La gata, aunque perversa, amaba ferozmente, y, si bien Linus era su persona, podía argumentarse que compartía ese honor con Sal. La primera vez que este adoptó la apariencia de un pomerania delante de ella, se quedó paralizada, bufando con las orejas aplastadas sobre la cabeza y la cola tiesa. Pero entonces empezó a mover la nariz de un lado a otro y alargó el cuello hacia él. Tras parpadear una vez, dos veces, se montó de un salto encima de Sal y le limpió las orejas. Cuando terminó, se bajó de él y lo llevó a empujones hacia la puerta principal. Se pasó las tres horas siguientes intentando

enseñarle a cazar, bien agazapados entre la hierba mientras un pájaro revoloteaba en torno a las ramas bajas. Aunque no consiguieron atraparlo, eso no pareció afectar a Calíope. Durante el camino de vuelta a la casa iba maullando sin parar, sin duda asegurándole a Sal que la próxima vez le iría mejor.

Después de eso, apenas pasaba una semana sin que Calíope animara a Sal a transformarse. Aunque parecía preferir su forma humana (después de todo, un pomerania no tenía un regazo en el que sentarse cómodamente), daba la impresión de que la minina creía que Sal era de su propiedad, y pobre de aquel que intentara meterse con lo que consideraba suyo.

Por desgracia para la señorita Marblemaw, le tocó comprobarlo en carne propia.

La forma alternativa de Sal era una belleza: pequeña, del tamaño de un cojín decorativo, con un espeso pelaje que era color hueso en torno a la cabeza y adquiría un tono naranja óxido a lo largo del lomo y las patas. Tenía bigotes negros y unos ojos oscuros que destilaban inteligencia. Tras dejar su ropa amontonada en la encimera de la cocina, comenzó a perseguir a Calíope. Corrían por toda la casa. Arthur sonreía al oír el repiqueteo de las uñas en el suelo mientras subían y bajaban la escalera, y Sal ladraba de alegría.

La partida de pillapilla duró veinte minutos largos antes de desembocar en un final dramático.

Arthur estaba recogiendo los últimos platos del almuerzo cuando oyó los gritos de la señorita Marblemaw.

—¿Estás persiguiendo a esa pobre gata? ¡Eh, tú! ¡Déjala en paz!

Cuando Arthur salió a toda prisa de la cocina, se encontró a Sal y Calíope sentados en el sexto peldaño de la escalera. La inspectora se hallaba de pie frente a ellos, echando chispas por los ojos. La gata tenía la cabeza ladeada y los párpados entornados. Sal jadeaba, con la lengua rosada colgando. Cuando la señorita Marblemaw alargó el brazo hacia Calíope, él le soltó un gruñido, contrayendo los labios temblorosos para mostrar sus afilados dientes. Ella apartó la mano de golpe. Sal continuó jadeando, y a Arthur le pareció que sonreía.

La inspectora tendió la mano de nuevo, muy despacio.

Sal gruñó.

Ella la retiró.

Él sonrió, jadeando.

Entonces ella cometió un error garrafal. En vez de intentar coger a Calíope, fue a por Sal.

—Si así es como te portas, deberías estar fuera. ¡Habrase visto! ¡Perros dentro de casa! Animales asquerosos, con la nariz siempre metida en la basura o en su propio trasero. ¿Y ahora pretende traumatizar a esta pobre gatita? Eso sí que no.

—Yo en su lugar no lo haría... —advirtió Arthur.

Demasiado tarde.

Cuando acercó las manos a quince centímetros de Sal, fue Calíope quien desplegó el instinto protector que Arthur siempre había sospechado que tenía: se arrojó sobre la señorita Marblemaw con las garras de las cuatro patas extendidas. Tras aterrizar sobre su pechera, trepó hasta la cabeza de la inspectora. En cuanto se encontró frente a frente con ella, echó la pata hacia atrás y le arreó una bofetada que le dejó tres arañazos pequeños en la mejilla. A la mujer se le desorbitaron los ojos cuando la gata se inclinó hacia ella y un «mroouuurr» bajo y amenazador escapó de su boca, con todos los dientes bien a la vista.

—Señorita Marblemaw —dijo Arthur en voz baja—, no haga nada que dé la impresión de que la está desafiando.

La mujer hizo un gesto rígido de asentimiento.

—No te estoy desafiando —dijo con una sonrisa—. Pero resulta que yo sé qué es lo mejor cuando se trata de...

No fueron las palabras más acertadas. Con las garras desdibujadas por la velocidad, Calíope atacó a la señorita Marblemaw, que se puso a chillar y girar como una peonza mientras intentaba quitársela de encima. Aunque luchó con valentía, resultó no ser rival para una felina ofendida por su opinión sobre los perros y el lugar que les correspondía en las casas.

Sal, por su parte, se reveló como un compañero de equipo excepcional, pues se acercó a la puerta principal y tiró de una tela que Arthur había atado al picaporte para cuando su hijo asumía su forma alternativa y quería salir. La puerta se abrió, y Calíope continuó castigando a la señorita Marblemaw hasta que salió tambaleándose al porche. Una vez cumplida la misión, la gata saltó y aterrizó con elegancia en el suelo. Después de entrar en la casa, se sentó junto a Sal, hombro con hombro.

De pie en la puerta, Arthur contempló a la inspectora.

—¿Ya se va? Espero que no sea por algo que hayamos dicho.

—¡Esa cosa no es un gato! —exclamó ella con el rostro lleno de rasguños y unos cuantos pelos menos en el bigote—. Es un engendro demoníaco de cuatro patas, y no pienso...

—¿Alguien ha dicho engendro demoníaco?

Cuando la señorita Marblemaw giró en redondo, se encontró a Lucy detrás de ella. Se llevó la mano al cuello.

—¿De dónde has salido tú?

—Del infierno —respondió él—. ¿Qué le ha pasado en la cara? —Se inclinó para echar un vistazo detrás de ella—. Ah, ya veo. Se ha metido con Sal. Pues ha hecho mal. A Calíope no le gusta que nadie se meta con Sal.

—¡Está rabiosa! —dijo la señorita Marblemaw—. Me da toda la impresión de que esa gata tiene la rabia, así que debería...

—... buscar atención médica de inmediato, solo por si acaso —intervino Arthur—. Por fortuna para usted, hay un maravilloso centro médico en la aldea donde atienden a todas las personas, tanto si son mágicas como si no. Tengo entendido que la serie de inyecciones que se administran a quien ha sido atacado por un animal presuntamente rabioso no es agradable, así que, si tiene que acortar su visita, lo comprenderemos.

—No se desharán de mí tan fácilmente —dijo ella—. Y si me marchara, ellos vendrían a por la gata. —Hizo una mueca mientras un hilillo de sangre le bajaba por la mejilla—. ¿Sabe qué hacen para diagnosticar la rabia? Cortar la cabeza.

—Caray —dijo Lucy, impresionado—. ¿Y qué va a hacer usted sin cabeza? ¿Chocar con las cosas? Sí, seguro que irá chocando con las cosas. Si cree que puede servir de algo, puedo arrancársela ahora mismo para que no tenga que perder el tiempo en una sala de espera. Acérquese, deje que le...

La señorita Marblemaw se encaminó a paso veloz hacia la casa de invitados, lanzando miradas torvas por encima del hombro.

—¡Esto no quedará así!

Arthur nunca había oído a Calíope ronronear con tantas ganas.

Todo había comenzado con Lucy; ahora lo veía con claridad. En el fondo, nunca les habían importado Arthur o los otros niños. Lucy era

el objetivo final: un arma inigualable, un mero instrumento.

Como todo había comenzado con Lucy, parecía apropiado que todo terminara con él también.

El viernes por la tarde, después de la última clase y a las puertas de un fin de semana que se presentaba lleno de aventuras, Lucy hizo realidad su sueño más delirante.

Consiguió crear hombres de barro con conciencia propia.

Arthur estaba en su despacho, sentado junto a Zoe. Frente a ellos se encontraba la señorita Marblemaw, que por fin había conseguido que el espíritu isleño accediera a celebrar la reunión que tanto había insistido en concertar desde que las habían presentado. Según el parecer de Arthur, las cosas no pintaban bien para la inspectora, cuya andanada inicial había consistido en recalcar una vez más la importancia de registrarse en el DEJOMA.

A decir verdad, Arthur no estaba prestándole mucha atención a la señorita Marblemaw, pero no por culpa suya. Zoe había llegado antes que la inspectora y le había soltado un bombazo. Decir que se había quedado de una pieza sería quedarse corto. El secreto de Zoe —el plan al que había aludido en más de una ocasión— no desafiaba la lógica, sino todo lo contrario. Tenía tanto sentido que a Arthur le costaba creer que no se lo hubiera planteado antes. Sin embargo, ahora que estaba ahí, sentado al lado de Zoe, tenía que reprimirse para no prorrumpir en carcajadas histéricas.

—No —respondió ella—. Y volveré a decirle que no cuando me lo pregunte mañana, y pasado mañana, y así *ad infinitum*. Esta isla está fuera de su jurisdicción.

—Soy inspectora del DEJOMA —dijo la señorita Marblemaw—. Ya descubrirá que mi jurisdicción es más amplia de lo que se imagina. Pero no nos perdamos en detalles fastidiosos. Quiero hacerle unas preguntas. En primer lugar, tengo entendido que no reside usted en la casa principal. Por lo que he podido averiguar, posee una vivienda separada que los niños visitan cuando lo desean. ¿Es así?

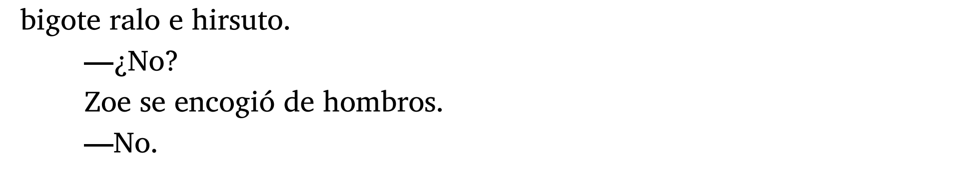
—Sí.

Asintiendo, la inspectora hizo una anotación.

—Tengo que inspeccionar esa vivienda.

—No.

La señorita Marblemaw miró a Zoe con los ojos entrecerrados y el


bigote ralo e hirsuto.

—¿No?

Zoe se encogió de hombros.

—No.

—No puede decir que no.

—Ya lo he hecho.

La inspectora suspiró.

—¿Es mucho pedir que los adultos de este lugar se comporten como tales? Su actitud es mezquina, señorita Chapelwhite.

—O tal vez —intervino Arthur— lo que pasa es que tiene siglos de experiencia con personas como usted, que hacen promesas que luego incumplen cuando llega la hora de la verdad.

La señorita Marblemaw chasqueó la lengua.

—Qué lástima. Y yo que pensaba que atendería a razones. Al parecer, estaba equivocada. Supongo que es inútil que le formule las preguntas que me quedan, en vista de que ha decidido responderme con evasivas o con mentiras.

Zoe le lanzó una sonrisa afilada como un cuchillo.

—Quizás eso sea lo más inteligente que ha dicho desde que llegó.

—Sé que no me tiene mucho aprecio —dijo la señorita Marblemaw—. Por fortuna, para realizar estas inspecciones no es indispensable caer simpático. Mi trabajo no consiste en venir aquí a hacer amigos. Tal como se establece en *Normas y reglamentos*, mi misión es asegurarme de que los niños estén bien cuidados y…

—No tengo claro si eso se lo cree de verdad o si es lo que le han enseñado a decir —le comentó Zoe a Arthur.

—No es Linus Baker —convino Arthur, acariciándose el anillo.

Cuando la señorita Marblemaw se disponía a replicar, Lucy irrumpió en el despacho, bañado de la cabeza a los pies en barro. Frenó de un patinazo, con la boca abierta de par en par. La cerró con un chasquido al ver a la señorita Marblemaw.

—Em… —dijo, desplazando los ojos de un lado a otro—. No he hecho nada indebido, y si he entrado corriendo es solo porque… ¿quería… ver… cómo de rápido… soy? —Sonrió de oreja a oreja—. ¡Sí, es solo por eso!

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó la inspectora, horrorizada—. ¿Has dejado toda la casa perdida de barro?

Lucy bajó la vista hacia las huellas de lodo que conducían hasta

el despacho.

—Vaya. Supongo que sí. Qué raro.

—Lucy —lo reprendió Arthur con delicadeza—, estamos en medio de una reunión. Por favor, no seas maleducado. ¿Puedes esperar a que acabemos?

—Y tanto —respondió el crío—. Claro que puedo. Olvidaos de que he…

—¡Lucifer Baker Parnassus! —bramó desde la planta baja una voz que solo podía ser la de un papi atribulado.

—Uy —soltó Lucy—. Pero también oooh. Me encanta ese nombre.

—Lucy… —lo reconvino Arthur.

—Ya, ya —masculló—. Os debo una explicación. —Se le iluminó el rostro—. Pero cuando veáis lo que he hecho, os quedaréis impresionados. —Se volvió hacia la inspectora y ensanchó la sonrisa, lo que ocasionó que se le agrietara el barro seco que le cubría las mejillas—. Usted también, señorita Marblemaw. Los he creado especialmente para usted.

—¿El qué? —preguntó ella, con el rostro demacrado, como si hubiera pisado una caca de perro.

—¡Venid a verlos! —exclamó él y salió de la habitación riendo y dando saltitos con los pies embarrados.

—¿Vamos? —preguntó Arthur—. Estoy seguro de que a Zoe no le importará retomar la reunión más tarde. —No se inmutó cuando Zoe le pegó una patada por debajo del escritorio.

—Más vale que no se trate de un intento de distracción —les advirtió la señorita Marblemaw—. Ya está usted sobre la cuerda floja, señor Parnassus.

—Menos mal que puedo volar —dijo él, tendiéndole la mano a Zoe, que la tomó y dejó que la ayudara a levantarse al tiempo que desplegaba las alas. Enlazó el brazo con el suyo, y juntos rodearon la mesa hacia la puerta, ambos sacudiendo la cabeza al ver las pequeñas pisadas que habían quedado en la alfombra. Arthur se detuvo en la puerta y se volvió hacia la inspectora—. ¿Nos acompaña?

La mujer se puso de pie lentamente.

—Espero que el niño no haya hecho nada… ilegal.

Arthur se rio.

—¿Por qué clase de monstruos nos ha tomado? No responda; ya lo sabemos.

—No me acordaba de lo mala zorra que puedes llegar a ser cuando te lo propones —le susurró Zoe mientras dejaban a la señorita Marblemaw refunfuñando tras ellos.

Arthur le estampó un beso en el cabello.

—Qué cumplido tan bonito.

Afirmar que los hombres de barro supusieron una sorpresa no sería del todo correcto; ya desde antes había numerosos indicios de su existencia. Para empezar, Lucy ya había intentado crearlos. En segundo lugar, el crío había entrado en el despacho cubierto de barro.

No hay más preguntas, señoría.

Al salir, Arthur se sorprendió aún menos al encontrarse a los otros niños apiñados en torno a Linus, quien, con las manos en las caderas, la cabeza ladeada y el ceño fruncido, contemplaba la escena que se desarrollaba ante él: Lucy, caminando de un lado a otro y parloteando sin parar, gesticulando con las manos. Era un espectáculo digno de verse, sobre todo cuando el muchacho interrumpió su explicación para apuntalar la pierna izquierda de uno de varios hombres de barro de metro ochenta de estatura.

—Ya está —dijo, retirando las manos—. Con esto aguantará un rato más.

—¿Has fabricado hombres de barro? —preguntó Linus, entrecerrando los ojos.

A la señorita Marblemaw le dio un ataque de tos ronca cuando el hombre de barro bajó la vista hacia Lucy y dijo:

—¿Baaaaaarro?

—Exacto, Janet —respondió Lucy—. Papi está siendo un maleducado al no respetar tus pronombres. —Levantó la mirada hacia Linus y sacudió la cabeza—. Qué vergüenza, papi. Janet es una mujer de barro. Barry y Turnip son hombres de barro.

—Baaaaarrrrro —dijo Janet con una voz pastosa y húmeda.

—Barro, barro, barro —repitió Barry.

—¿Queréis oír algo curioso? —dijo Turnip, con mugre resbalándole por la cara—. Ahí estaba yo, tumbado en mi ciénaga, ocupándome de mis asuntos en medio de las lombrices y los

microbios, cuando de repente descubrí que era alto y pensaba en cosas que no sé muy bien cómo explicar. ¿Qué es la felicidad? —Se le desprendió un trozo de la cabeza que cayó al suelo con un chapoteo.

—Te quiero, Turnip —dijo Lucy, balanceándose de un lado a otro.

—Esto es inaceptable —espetó la señorita Marblemaw, abriéndose paso entre los niños—. No puedes insuflarle vida a la tierra así, sin más.

—En realidad, la tierra rebosa de vida, ¿sabe? —intervino Talia —. Créame, soy una experta en el tema.

—Tiene razón —dijo Phee—. Todo contiene vida. —Se le escapó un estornudo que, curiosamente, sonó muy parecido a las palabras «excepto los inspectores del DEJOMA».

—No vamos a discutir por matices —dijo la señorita Marblemaw, con una expresión asesina—. Parece mentira que yo tenga que ser la voz de la razón aquí. ¿Es que no se dan cuenta de lo... blasfemo que es esto?

—Su concepto de blasfemia es muy diferente del nuestro — respondió Talia.

—Y eso es quedarse corto —añadió Sal.

—No son más que barro —dijo Chauncey, contemplando embelesado a Barry, que se hurgaba la cara con el dedo lodoso, metiéndolo hasta el fondo—. El barro no tiene nada de malo.

—Cuando se le dota de conciencia propia, sí —replicó la señorita Marblemaw. Fulminó a Arthur con la mirada—. ¿Piensa quedarse ahí, de brazos cruzados, y permitir esto? Para ser alguien que aspira a ser padre, desde luego parece emperrado en impedir que eso se haga realidad.

El fuego se avivó de nuevo en su interior, pertinaz, furioso por la osadía de aquella persona. Sin embargo, no ardía con tanta intensidad como unos días atrás. Y por eso dijo:

—Señora mía, yo ya soy padre, y ni siquiera alguien como usted puede arrebatarme eso.

—¡Muy buenas! —exclamó Turnip, mirando a David—. Se le ve majo. ¿Podría aclararme una duda? Si los gansos hacen gansadas, ¿los patos hacen patadas?

—Nadie lo sabe —respondió David. En voz baja, añadió—:

Turnip me ha hablado. Me encanta este sitio.

—¿Ah, no? —dijo la señorita Marblemaw—. Y yo que pensaba que ese era justo el tipo de cosas que mi cargo me permitía hacer. —Se alzó cuan larga era mientras los hombres y la mujer de barro se volvían hacia ella—. Se cree usted muy listo, señor Parnassus. Y lo es, lo reconozco. Sin embargo, su inteligencia le impide ver la realidad de su situación. Para usted, estas criaturas no son más que unos niños, y, aunque no le discuto su corta edad, cada vez resulta más evidente que su control sobre ellos es una mera ilusión. Niños que campan sin supervisión alguna...

—En eso tiene razón —dijo Lucy—. Yo campo por todas partes como un loco.

—... y eso por no hablar de todo lo que les están enseñando. ¿Cómo van a triunfar en la vida si les llenan la cabeza de fantasías sobre un futuro que nunca llegará? Les están haciendo un flaco favor, usted, la señorita Chapelwhite y el señor Baker. Desobedecen las normas del DEJOMA como si no les concernieran, se empeñan en incorporar materiales y estudios que no están aprobados. A todos los efectos importantes, usted es un empleado del departamento encargado de los jóvenes mágicos. ¿O es que lo ha olvidado?

—No lo he olvidado —respondió Arthur mientras Turnip se maravillaba por el color del cielo y aseguraba que nunca había visto algo tan azul—. Gracias por sacar eso a colación. Era un tema del que quería hablar con usted. —Zoe le dio un apretón en el brazo, un gesto de apoyo mudo—. Presento mi dimisión con efecto inmediato como director subordinado al Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos.

La señorita Marblemaw se quedó mirándolo boquiabierta.

—¿Qué?

—Que deja el cargo —dijo Linus, pasando junto a ella para plantarse frente a Arthur—. Bien jugado, amor mío. Permíteme que sea el primero en felicitarte por tan formidable decisión. —Le dio un sonoro beso a Arthur, y los niños prorrumpieron en exclamaciones de entusiasmo.

—No me cae bien la señora —les dijo Turnip a Barry y Janet—. Me recuerda a ese mapache que no paraba de defecar en nuestra ciénaga.

—¿Barro? —preguntó Barry.

—Estoy de acuerdo —afirmó Turnip—. A lo mejor es ese mismo mapache disfrazado. Aunque no sé si los mapaches pueden adoptar forma humana, pero desde luego parece un mapache que intenta hacerse pasar por humano.

—Barro —dijo Janet, pegándose un puñetazo en la palma de la mano.

—¿Hacía caca en su ciénaga? —le preguntó Chauncey a la señorita Marblemaw—. ¿Le cuento un secreto? Yo una vez me hice caca en el mar y luego dije que la había hecho un delfín, para no sentirme tan culpable.

—¡Lo sabía! —gritó Phee.

—¡Qué ibas a saber! —gritó a su vez Chauncey.

—No puede dimitir —espetó la señorita Marblemaw.

—Qué raro, porque es justo lo que acabo de hacer —replicó Arthur—. No le debo nada al DEJOMA. Ni yo ni los demás.

—En eso se equivoca —dijo la señorita Marblemaw, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ya he visto bastante. Desde el momento en que pisé esta isla, no ha parado de mentir y enredar la madeja para ocultar la verdad tras sus bonitas palabras.

—Papi —dijo Talia, tironeándole de la mano—. ¿Por qué está coqueteando con papá la señorita Marblemaw? ¿Es que no sabe que te quiere casi tanto como a nosotros?

—Vuestro padre es un partidazo —respondió Linus—. Por los calcetines, sobre todo.

A la inspectora se le puso la cara del color de un tomate demasiado maduro.

—No estoy coqueteando. Intento... No, no me dejaré arrastrar hacia otro de sus ridículos juegos de palabras. A mí no me engañan. Los tengo calados a todos. Sé lo que son en el fondo: una infección que se propaga sin control, envenenando el corazón y la mente de aquellos a quienes se supone que cuidan, atiborrándoles la cabeza de disparates absurdos. ¿Cuándo piensan decirles la verdad? ¿Cuándo se decidirán por fin a ser sinceros con los niños?

El fénix se despertó, ofendido por aquella mujer que seguía respirando como si tuviera derecho. Aunque Arthur retuvo el control, estuvo en un tris de perderlo.

Sin embargo, no fue él quien reaccionó.

Fue Sal.

—¿En serio? —saltó, acercándose a ella, con Theodore gruñendo sobre su hombro—. ¿Lo está acusando de falta de sinceridad? Pero ¿quién narices se ha creído que es?

La señorita Marblemaw volvió lentamente la cabeza hacia él.

—¿Disculpa?

—Arthur Parnassus es la primera persona que ha sido sincera conmigo en mi vida —dijo Sal—. Es la primera persona que me ha convencido de que puedo ser lo que yo quiera.

—Lo cual es una mentira —repuso la señorita Marblemaw—. Os creéis botones, escritores y ve tú a saber qué más. ¿De verdad pensáis que el mundo os aceptará fuera de vuestra pequeña burbuja? Si es así, os espera un baño de realidad muy duro. No, debéis saber la verdad. No podéis...

—Yo soy un botones de verdad —se defendió Chauncey.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Ha dicho que nos creemos que somos cosas —explicó Chauncey con paciencia—, pero yo no es que me crea botones, sino que lo soy, y además en un hotel de tres estrellas.

—Es verdad —afirmó Sal mientras Theodore asentía—. Chauncey es el mejor botones que he conocido. Phee es más lista y fuerte que todos nosotros juntos. Los jardines de Talia han aparecido en revistas de todo el país. Theodore seguramente tiene la colección de botones más grande del mundo entero. Lucy ha creado personas de barro. Personas de barro, nada menos. ¿Se da cuenta de lo alucinante que es eso?

—No tiene mayor secreto —dijo Lucy, soplándose en los nudillos y frotándose el pecho con ellos.

—¿Y qué pasa con David? —inquirió la inspectora—. ¿No debería hablar de él también? Ah, no, me olvidaba: ¡él no es un niño, sino un hombre! Un hombre bajito con un comportamiento impropio de su edad, ¿verdad?

—¿Por qué está tan obsesionada conmigo? —preguntó David—. Bueno, sí, lo entiendo, no hay más que mirarme: soy peludito y un actor de categoría mundial. Aun así, se está pasando un poco. Tendré que llamar a mi agente para que tramite una orden de alejamiento.

Mientras Theodore soltaba un resoplido, Sal no le quitaba ojo a la señorita Marblemaw.

—¿En cuántos orfanatos he estado?

Muy pálida, la mujer se puso a hojear las páginas de su tablilla.

—Pues... A ver, lo tengo por aquí...

—En cinco —dijo Sal—. ¿Qué es lo que más le gusta en el mundo a Lucy?

—No lo...

—Vamos, señorita Marblemaw —la apretó él—. Dice que sabe lo que más nos conviene, así que sin duda nos conoce lo suficiente, ¿no? Porque saber lo que más nos conviene implica saber lo que es importante para nosotros. Además, qué caray, esta se la he puesto en bandeja, porque Lucy ya lo ha mencionado. ¿Sabe la respuesta? ¿No? La respuesta es la música de gente muerta. ¿Cómo se denominan las comunidades de los gnomos?

—Esto no va a ningún...

—Donsis —dijo Sal, sin despeinarse siquiera—. ¿Cuántos idiomas entiende Theodore? —Sin aguardar respuesta, continuó—: Cuatro. Inglés, gnomesco, guivernés y español. ¿Y qué me dice de Chauncey?

—Tengo muchos secretos —admitió Chauncey.

—¿Cuántos libros se ha leído sobre el oficio de botones? Sesenta y siete. ¿Cuál es el árbol favorito de Phee? El drago de Socotra.

—Porque producen una resina roja y originalmente solo crecían en Yemen y en las costas e islas del mar de Arabia —explicó Phee—. Voy a intentar plantar uno aquí. Tienen un aspecto siniestro, me encantan.

—¿No os da a veces la impresión de que acabáis de cobrar conciencia propia y no os enteráis de la misa la mitad? —les susurró Turnip a Barry y Janet. Ambos asintieron.

—No tiene idea de nada sobre nosotros —prosiguió Sal—. Afirma que sí, pero es mentira. Nada más llegar, intentó forzarnos a decir algo que no nos gustara de vivir aquí. Enseñó las cartas antes de saber siquiera que la partida había empezado.

—Esto no es una partida —dijo la señorita Marblemaw.

—Pues entonces deje de tratarnos como peones en un tablero —contraatacó Sal—. Ya tenía decidido desde el primer momento que no iba a permitir que nos quedáramos aquí. Reconózcalo. Mucho hablar de sinceridad, pero usted es la primera que no la practica ni por casualidad.

—Uf, menudo zasca —soltó Lucy—. Lo he sentido en el pecho.

—Sé lo suficiente —dijo la señorita Marblemaw—. Como mínimo, más que tú. No eres más que un niño y te falta madurez, así que no te culpo por ello.

—Vale —concedió Phee—. Es verdad, somos niños. ¿Por qué nunca nos ha preguntado qué queremos?

—Porque no podéis saberlo —dijo la inspectora en tono condescendiente y pomposo—. Sois demasiado jóvenes para entender las ramificaciones de...

—¿Haber sufrido malos tratos? —preguntó Sal—. ¿Haber estado encerrado en un cuarto sin comida ni acceso a un baño? ¿Haber recibido una bofetada por haber encontrado la manera de salir a hurtadillas del cuarto para buscar algo de comer? ¿Haber mordido al agresor porque tenía miedo? ¿Ser tildado de monstruo por contagiar mi magia? ¿Llevar un bozal, obligado a mantener mi forma alternativa? Dígame qué cosas no puedo entender por ser demasiado joven, señorita Marblemaw. Dígame exactamente qué detalles se me escapan, porque yo solo veo a una persona que intenta alejarnos del único lugar donde nos hemos sentido seguros.

—¡Porque no tenéis idea de nada! —gritó la señorita Marblemaw —. Este lugar... esta farsa no es el mundo real. No es más que una ilusión creada por un hombre con sed de venganza por motivos personales. ¿Qué ocurrirá cuando seáis demasiado mayores? ¿De verdad creéis que estáis preparados para lo que os espera en el mundo real?

Sal se encogió de hombros.

—Puede que sí, y puede que no. Sea como sea, sé que siempre tendré un hogar al que volver. Venga, trasládenos ahora mismo. Verá lo que pasa cuando lo intente.

La mujer retrocedió un paso, pero chocó con Turnip.

—Disculpe usted, señora —dijo él—. Se le ha quedado un trozo de mí embadurnado en la espalda.

Ella saltó por lo menos un metro en el aire. Torció el cuello para mirarse la espalda embarrada, girando despacio. Debió de percatarse de que tenía público, porque se volvió con brusquedad de cara a ellos.

—No estaré yo sola —aseguró—. No será ahora mismo, pero sí pronto. Os doy mi palabra. Y no habrá lugar donde podáis esconderos sin que os encontremos.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo Arthur, dando un paso al frente—. Lucy, sé un buen chico y saca todas las pertenencias de la señorita Marblemaw de la casa de invitados, ¿te parece? Su estancia entre nosotros será más breve de lo previsto, y se marchará de inmediato.

—Yo no me voy a ningún sitio —gruñó ella—. Me quedaré aquí hasta el miércoles, le guste o no.

—¡Ella Fitzgerald esquíbidi bip! —exclamó Lucy.

La puerta principal de la casa de invitados se abrió de golpe, y la maleta y el maletín metálico de la señorita Marblemaw salieron rodando, levantando polvo y briznas de hierba. Se detuvieron a los pies de la inspectora, que hizo caso omiso de ellos, con la mirada clavada en Arthur.

—Esto no terminará bien para usted. Seguro que en el fondo lo sabe.

El hombre ladeó la cabeza.

—Eso me han dicho durante toda mi vida, y aquí sigo, contra viento y marea. —Extendió los brazos a los lados—. ¿Quiere arrebatarme a los niños? Ya veremos hasta dónde consigue llegar. Soy muchas cosas: un hombre, un fénix, un peón, un superviviente, un futuro esposo, un exdirector. Pero todo eso palidece en comparación con mi título más preciado.

—¿Y qué título es ese? —preguntó la señorita Marblemaw con una inflexión desagradable en la voz.

—El de padre —dijo Arthur—. Y usted les ha causado angustia, miedo y dolor a mis hijos. Cuando llegó, le advertí de lo que pasaría si no se ajustaba a mis normas. Usted optó por no escucharme. Ha llegado el momento de recoger lo que ha sembrado.

—Usted no tiene autoridad sobre mí —profirió la inspectora con frialdad—. Y aunque se las arregle para echarme de Marsyas, yo regresaré con refuerzos y pondré fin a sus sueños, impepinablemente, tal como deberíamos haber hecho años atrás, por pura compasión.

—Impepinablemente —dijo Linus—. Por favor.

—Es como si no se oyera a sí misma —respondió Arthur.

—Pero nosotros sí que la hemos oído, ¿no?

—En efecto.

Zoe dirigió la vista hacia la señorita Marblemaw y hacia algo que estaba detrás de ella.

—Turnip, ¿podrías echarnos una mano? Si no quieres, no pasa nada.

—¿Qué desea de mí su majestad? —preguntó Turnip con una profunda reverencia. Barry y Janet lo imitaron, y trozos pequeños de ellos cayeron al suelo.

—¿Majestad? —exclamó la señorita Marblemaw—. Pero si no es más que un espíritu.

—Harriet Marblemaw ha venido a nuestra morada con intenciones aviesas —dijo Zoe—. Ha llegado la hora de su partida. Llévala al muelle. Barry, Janet, haced el favor de coger sus pertenencias y seguirme.

La aludida no tuvo tiempo de huir antes de que Turnip la abrazara y la alzara en vilo. Ella bramó y pataleó con furia, pero de nada le sirvió. El hombre de barro la sujetaba con más fuerza de la que ella tendría jamás. Mientras Janet recogía el maletín de metal, Barry levantó la maleta.

—Chicos —dijo Linus—, ¿qué tal si vamos a preparar la merienda? Despedíos de la señorita Marblemaw.

—Quiero que Lucy nos acompañe —añadió Arthur—, por si las moscas.

—Sí, sí —dijo Lucy, adelantando a la carrera a Arthur para unirse a las personas de barro y a Zoe, mientras la señorita Marblemaw amenazaba a todo bicho viviente. Arthur le dirigió una inclinación de cabeza a Linus, que comenzó a conducir hacia la casa al resto de los niños, que chachareaban animadamente.

Las personas de barro resultaron tener los pies ligeros y avanzaban con zancadas largas y firmes. Sin embargo, Arthur advirtió que, cuando Zoe —y no Lucy— se rezagaba demasiado, aminoraban la marcha hasta que los alcanzaba. «Majestad», la había llamado Turnip. Se había dado cuenta. De algún modo, se había dado cuenta. Ya fuera por la magia de la propia isla, o por la luz que despedía Zoe Chapelwhite, Turnip sabía lo que Arthur había descubierto hacía muy poco.

La señorita Marblemaw continuó lanzando amenazas mientras avanzaban por el sinuoso sendero de tierra. Lucy, que iba trotando para no quedarse atrás, recogía los amasijos de barro que se desprendían de sus creaciones y se los volvía a pegar al cuerpo de un

manotazo. Cuando llegaron al muelle, ya había aparecido la pasarela de sal que comunicaba la isla con tierra firme; una franja de suelo sólido de más de tres kilómetros que atravesaba el mar. En el extremo del embarcadero, Turnip depositó con delicadeza a la señorita Marblemaw sobre la pasarela. Ella alzó el brazo para atizarle una torta, pero él le agarró la muñeca a medio camino y la atrajo hacia sí, inclinándose sobre el muelle.

—No me gusta que me peguen —dijo antes de soltarla. Ella se tambaleó sobre la pasarela, con la sal crujiendo bajo sus pies.

Barry y Janet le tiraron su equipaje, que resbaló a lo largo de algunos metros sobre la pasarela, y la maleta estuvo a punto de caer al mar. Entonces llegaron Arthur y Lucy.

—Han cometido un grave error —dijo la señorita Marblemaw, apuntando a Zoe con un dedo tembloroso—. Su guerra contra la decencia causará sufrimiento.

Lucy bajó la mirada hacia ella, ladeando la cabeza.

—¿Por qué nos odia tanto? ¿Qué le hemos hecho?

Ella soltó un bufido burlón.

—¿Odio? ¡¿Odio?! Esto no tiene nada que ver con el odio, sino con garantizar el futuro de la humanidad frente a sus esfuerzos por destruirla. —Dio un paso hacia el embarcadero. Lucy ni siquiera parpadeó—. Tú, muchacho. Seguro que tú eres consciente de ello. En el fondo de ese cascarón putrefacto que llamas alma, sabes tan bien como yo que solo es cuestión de tiempo que decidas erigirte en líder supremo.

Lucy soltó una risotada.

—¿Yo para qué quiero ser supremo, cuando puedo escuchar a las Supremes? —Empezó a menear los hombros y las caderas—. «¡Basta! En el nombre del amoooor, o me romperás el corazóóóóón. Piénsalo bieen». —Finalizó con una reverencia.

Zoe, Arthur y las personas de barro aplaudieron.

La señorita Marblemaw no aplaudió. Gruñendo, intentó subir de nuevo al embarcadero, pero Zoe, con un movimiento de la mano, hizo que saliera despedida hacia atrás, deslizándose por la pasarela. Estaba flanqueada por Turnip, Janet y Barry.

—Harriet Marblemaw —declaró con voz profunda—, a partir de este momento, quedas desterrada de la isla de Marsyas. No podrás volver a pisar nuestras costas. —Batiendo las alas, acercó la mano a la

boca de Turnip—. Escupe, por favor.

Turnip obedeció y expectoró un goterón de barro en la palma de Zoe, que cerró los dedos sobre él. Cuando abrió la mano, había en ella una pequeña concha anaranjada y blanca. Se la llevó al rostro y sopló. La superficie del caparazón se onduló antes de que este echara a volar a toda velocidad hacia la señorita Marblemaw. La golpeó en la cabeza y se hundió en su cráneo. Ella pestañeó una, dos, tres veces, aturdida, con la vista desenfocada. La concha reapareció por la parte posterior de la cabeza antes de desintegrarse en un polvo que se esparció en el viento.

—Eso impedirá que regreses a nuestra isla —aclaró Zoe—. Te quedan cuarenta y cinco minutos antes de que la pasarela de sal se desmorone en el mar. Yo en tu lugar aprovecharía ese tiempo, a menos que te apetezca darte un baño.

La señorita Marblemaw no le hizo caso. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, se enderezó y se alisó la ropa antes de tratar de trepar por un lado del muelle. En cuanto tocó un pilote, retiró la mano de golpe, como si se hubiera quemado. Probó de nuevo, con idéntico resultado.

Zoe se agachó en el muelle, por encima de ella.

—Desterrada para siempre. Cualquier intento de desembarcar en la isla te provocará un dolor inimaginable. Tal vez creas que puedes soportarlo, pero no te lo recomiendo. Morirías antes de poner un pie en una de mis playas.

—Verás como el Gobierno…

—Cuarenta y tres minutos —la avisó Zoe—. Tic, tac.

Al fin, la señorita Marblemaw recogió su equipaje y echó a andar por la pasarela. Agitaron el brazo a modo de despedida. La inspectora no les devolvió el gesto. Al cabo de un rato, quedó reducida a una manchita en el horizonte.

—Lucy —dijo Zoe—, creo que es hora de que digas adiós a las personas de barro.

—Pero ¿por qué? —protestó el chiquillo—. ¡Los quiero!

—Baaaarro —dijo Janet, acariciándole la mejilla.

—Y nosotros te queremos a ti —dijo Turnip—. Durante mi breve pero azarosa vida, he visto cosas que desafían la imaginación. Por ejemplo, ¿por qué vuestro barro es rosa y seco? No me lo digas; quiero

meditar sobre ello hasta dar con una respuesta. —Se volvió hacia Zoe y se inclinó ante ella—. Majestad, el barro ha demostrado su lealtad. Os pedimos que nos permitáis residir en el bosque. Janet, Barry y yo cuidaremos de las ciénagas y los pantanos, por lo que serán los más fangosos del mundo. Ese será nuestro obsequio para vos.

Zoe sonrió.

—Perfecto. Acepto y, en señal de gratitud, os otorgo a Barret, Janet y tú el título de representantes barrosos de la isla de Marsyas. Si necesitáis cualquier cosa para hacer realidad vuestros sueños, no tenéis más que pedirlo.

—Creo que tú eres al que más echaré de menos, Barry —dijo Lucy, sorbiéndose los mocos—. Siempre sabes lo que hay que decir.

—Barro, barro, barro —soltó Barry.

—¿Lo ves? Justo a eso me refiero.

—Hermano —dijo Turnip, tomando a Barry de la mano—. Hermana. —Le agarró la mano a Janet—. Es hora de que las personas de barro hagamos lo que mejor se nos da: crear más barro. ¡En marcha! ¡La aventura nos espera!

Las personas de barro echaron a andar por el muelle. Al llegar a la línea de los árboles, Turnip miró por encima del hombro. Bueno, intentó mirar por encima del hombro, pero calculó mal y su cabeza dio una vuelta completa.

—¡Lucy! —gritó—. ¡Gracias por no rendirte nunca! Siempre tendrás un amigo entre las personas de barro. —Dicho esto, desaparecieron en la espesura del bosque.

—¿Podré visitarlos? —preguntó Lucy, enjugándose las lágrimas.

Arthur le alborotó el cabello.

—Siempre que quieras. Solo tienes que pedirlo. Ven, vamos a ver qué andan haciendo los demás.

—¡Guay! —exclamó Lucy con los ojos secos—. ¿Puedo comerme siete... no, espera, treinta galletas cuando lleguemos a casa? De esas con mantequilla de cacahuete que prepara Linus, con las marcas del tenedor en la parte de arriba.

—Creo que eso es bastante factible. Te lo has ganado.

El crío arrancó a correr por el embarcadero, con los piececitos golpeteando la madera. Justo cuando Arthur creía que no volverían a verlo hasta que tuviera la boca atiborrada de galletas, Lucy se detuvo

y se volvió.

—¿Sabéis una cosa? —gritó—. Siempre he odiado la palabra *director*. ¿Podríamos dejar de usarla de una vez? —Dicho esto, se lanzó a la carrera de nuevo, sin duda impulsado por las imágenes de galletas en su mente.

Zoe rompió a reír.

—Tus hijos.

Arthur sonrió.

—¿A que son maravillosos? —Le tendió el brazo—. Su majestad.

Ella le pegó un puñetazo suave en el bíceps.

—Cierra el pico, Parnassus. Como vuelvas a llamarme así, te destierro a ti también.

—No lo dudo.

Zoe tomó el brazo que él le ofrecía.

## Quince

La noticia sobre el destierro de la inspectora del DEJOMA de la isla de Marsyas se extendió como la pólvora. Era de esperarse; Arthur, Linus y Zoe ya suponían que eso sucedería. A pesar del manto de discreción bajo el que el Gobierno creía operar, no era inmune a las filtraciones. Aunque en este caso se trataba de una filtración pequeña, Arthur calculó que se comportaría como una grieta en una gran presa de hormigón, un defecto que iría haciéndose más y más grande. Se preguntó si Doreen Blodwell se encontraba detrás de ello, donde fuera que estuviera (y quien quiera que fuese).

Como consecuencia de ello, los periodistas regresaron en tropel a la aldea y prácticamente exigieron que se les permitiera acceder a la isla. A petición de Helen, Merle se negó en redondo a llevar a nadie en el transbordador, alegando que los niños ya habían sufrido suficientes interrupciones.

La familia Baker Parnassus había vencido a la señorita Marblemaw, pero era una victoria temporal. Rowder había demostrado que estaba dispuesta a lo que fuera con tal de echarle las garras encima a Lucy. El destierro de la señorita Marblemaw no bastaría para disuadirla. Arthur temía que, con esta amenaza cerniéndose sobre ellos, un ambiente sombrío y opresivo se apoderaría de la isla.

En realidad, ocurrió todo lo contrario.

Los niños. Los niños, bendita fuera su estampa, estaban orgullosos, ilusionados, llenos de un brío y una energía que Arthur nunca había visto antes. En los días que siguieron a la marcha de la inspectora, las cálidas mañanas y tardes veraniegas parecían no tener fin. Los niños desplegaban las alas conforme el recuerdo de la inspección del DEJOMA se difuminaba. Se reían, corrían, aprendían, creaban y hacían comentarios que habrían hecho estremecer a los hombres más aguerridos.

Chauncey pidió permiso para limpiar la casa de invitados, como

práctica para su trabajo en el hotel. Linus se ofreció a ayudarlo, pero el muchacho gelatinoso le preguntó si estaba buscando que lo despidieran. Nada más lejos de su intención, así que dejó que Chauncey se encargara de ello solo.

Theodore por poco se echó a llorar cuando Linus le devolvió su botón de latón. Tras cogerlo con delicadeza entre sus garras, el guiverno se apresuró a guardarlo bajo el sofá junto con el resto de su tesoro, con la cola asomando y dando golpecitos en el suelo mientras él soltaba gorjeos y chasquidos de alegría.

Talia, tan laboriosa como siembre, decidió recrear la escena del muelle con un conjunto de arbustos. Se pasó el fin de semana cultivándolos y dándoles forma hasta que encajaban a la perfección con la descripción de Lucy. No contaba con más información que el testimonio del chico, de modo que, cuando por fin reveló su obra, a Arthur no le sorprendió que el arbusto que representaba a Lucy estuviera devorando a la señorita Marblemaw, con hojas y ramitas sobresaliéndole de la frondosa boca. Era algo digno de verse, y todos estuvieron de acuerdo en que era el mejor trabajo de jardinería artística que habían tenido el placer de contemplar.

Phee y Arthur salieron a volar juntos. El espíritu del bosque y el fénix surcaban los cielos, entrecruzando sus caminos a gran altura sobre la isla. Al poco, se unió a ellos Theodore, que se posó en el lomo del fénix con esa risa adorable tan suya. Tras echar la cabeza hacia atrás, lanzó una larga llamarada verde, y Phee giró en torno a ella, con las alas brillando al sol.

Sal había decidido que quería aprender más sobre el funcionamiento diario de la isla. Se reunía con Arthur en su despacho, donde estudiaban con detenimiento los archivos y los libros. El muchacho se informaba sobre las inversiones considerables que Arthur había realizado a lo largo de los años con el dinero de las indemnizaciones que había recibido, y sobre las demás operaciones necesarias para mantener la isla... a flote, valga la expresión. Con sus sagaces preguntas, Sal obligaba a Arthur a estar muy despierto y, cuando se quedaban trabajando hasta altas horas de la noche, le preguntaba si podían continuar, solo un ratito más. ¿Cómo iba a negarse el hombre?

David estaba más tranquilo de lo que Arthur lo había visto nunca. Durante los pocos días previos a la llegada de la inspectora, apenas

habían alcanzado a ver destellos de la personalidad del yeti. Ahora que ella se había marchado, desplegaba aún más sus cualidades, que lo revelaban como un chico curioso con una mente como una esponja. No se le escapaba una, y se pasaron una tarde espléndida mirando como tallaba una escultura de hielo sin más instrumentos que las garras. De hecho, la había creado como parte del decorado de una obra que había escrito, dirigido y protagonizado, la agridulce historia de un escultor en hielo y maestro del robo que se ve envuelto en un último golpe. El texto en sí era sobrecogedor, lleno de giros de la trama (el auténtico villano era nada menos que la codicia), por lo que, cuando David finalizó, recibió una estruendosa ovación, y Arthur aplaudía más fuerte que nadie.

Lucy era la excepción, pues estaba más callado de lo normal. Cuando le preguntaban si algo iba mal, él respondía enseguida con una sonrisa y un chiste verde, pero a Arthur —quizá quien mejor lo conocía— no lo engañaba. Lo observaba con atención y procuraba estar siempre disponible para él, por si en algún momento se decidía a decirle qué le preocupaba.

En cierto modo, aquello resultó terapéutico para todos. Aunque ninguno de ellos fue tan iluso de creer que no volverían a saber nada del DEJOMA, en los días siguientes al destierro de la señorita Marblemaw, la isla recuperó una paz que había faltado en las últimas semanas. El peso asfixiante de su presencia fue retirándose como las olas que escuchaban a la luna.

Arthur y Linus, por su parte, se mantenían ocupados, con un ojo puesto en el horizonte, vigilando, esperando. Zoe se pasaba los días navegando por las costas de la isla de sol a sol. Una tarde, cuando visitó a Sal en su habitación, él le preguntó qué hacía durante sus salidas.

—Reaprender. Escuchar. Planear —contestó ella.

Arthur, de pie frente a la puerta del cuarto de Sal, con una bandeja de té en las manos, aún no había revelado que estaba allí.

—Lucy dice que Turnip te llamó «majestad» —dijo Sal.

Zoe vaciló antes de dar una breve respuesta.

—Sí, es verdad.

De todas las preguntas que Sal habría podido plantearle a continuación —¿qué? ¿cómo? ¿por qué?—, eligió la que Arthur menos se esperaba, sobre todo viniendo de él.

—¿Es lo que quieres?

—Pues… —titubeó Zoe—. He permanecido escondida durante siglos. He dejado que la ira me defina y me suma en el cinismo. —Rio por lo bajo—. No fue hasta que regresó vuestro padre que comprendí que no estaba viviendo la vida, sino en animación suspendida, como congelada.

—Y él trajo consigo el fuego —murmuró Sal.

—Así es —convino ella—, pero eso no fue todo. Os trajo a todos, y por fin comprendí cómo debía ser la vida: llena de color, alegría, compañerismo. Saber que siempre hay alguien que te apoyará, incluso en tus momentos más oscuros.

—No has respondido a mi pregunta.

—No, supongo que no. Y ayer mismo no habría sabido qué contestarte. Estar obligados a escondernos nos cambia de formas que no siempre percibimos, pero esa época ha quedado atrás, para ti, para los otros niños, para Linus y Arthur, para Helen y también para mí. Yo necesitaba cerrar heridas tanto como vosotros, aunque nuestra historia es distinta. Creo que mis heridas aún no han cicatrizado del todo, y tal vez nunca lo hagan, pero eso no significa que no pueda intentarlo. Y lo intentaré, porque todos vosotros me habéis enseñado cómo.

—Hemos tenido un profesor bastante bueno —dijo Sal y, mientras Zoe se reía, Arthur cerró los ojos y sonrió.

El fin —pues no puede describirse de otra manera— llegó un domingo de finales de junio, a primera hora de la tarde, en la pequeña aldea costera de Marsyas. Tras decidir que necesitaban una excursión urbana después de sobrevivir a la aventura del día anterior —le había tocado el turno a Talia, que había querido desalojar al grupo de espíritus salvajes que habían estado devorando su jardín—, se apretujaron en la furgoneta para ir a pasar el día en el pueblo. Los niños llevaban la paga semanal en el bolsillo, listos para gastarla en lo primero que captara su atención.

En cuanto el vehículo de los Baker Parnassus bajó de la carretera de sal a la playa, el grupo de reporteros se arremolinó en torno a ellos de inmediato, entre destellos de flases, chasquidos de obturadores y preguntas agresivas, en su mayoría sobre si era cierto el rumor de que Arthur Parnassus y Linus Baker habían desafiado la voluntad del

DEJOMA. David abrió la ventanilla más cercana, asomó la cabeza y soltó un rugido ensordecedor. Los periodistas se dispersaron mientras los niños se tronchaban.

—¿Lo veis? —dijo el yeti—. Los he asustado, pero no les he hecho daño. No es tan difícil.

—Tienes razón —dijo Linus—. Bien hecho.

David se hinchó como un pavo al tiempo que los demás se inclinaban sobre el asiento para darle palmaditas en el hombro.

En vista de los acontecimientos de las últimas semanas, Arthur y Linus no dejaron que se separaran como de costumbre. En vez de ello, aparcaron detrás de la tienda de Helen —donde habían quedado en verse más tarde con ella y Zoe para almorzar juntos— y echaron a andar en grupo, con los niños encabezando la marcha.

Los reporteros guardaban las distancias, recelosos, pero eso no les impedía seguir a la familia por todo el pueblo, tomándoles una foto tras otra, mientras Talia y Lucy adoptaban poses glamurosas. De vez en cuando, alguno de ellos les gritaba alguna pregunta, pero nadie les respondía. Los empleados de los comercios no les permitían entrar en ellos detrás del grupo y, una vez que la familia estaba dentro, cerraban con llave para dejar que curiosearan a sus anchas.

Era un día agradable, un día tranquilo, un día que todos necesitaban, aunque no fueran conscientes de ello. El sol brillaba, las aceras estaban abarrotadas, la gente reía y saludaba con la mano mientras hacía sus compras o se dirigía hacia la playa.

Antes de encaminarse hacia la tienda de K-Nuto (que al parecer había descubierto un ejemplar único de un disco con las primeras grabaciones de Elvis Presley, una maqueta con los temas *My Happiness* y *That's When Your Heartache Begins*; Lucy casi se había vuelto loco tras recibir la llamada), Arthur hizo una parada en el muelle del transbordador.

—¡Ah, Merle! —gritó, de pie junto a la embarcación, con los demás apiñados detrás de él. Al cabo de un momento, el rostro del barquero apareció por encima de la borda, con el ceño fruncido.

—Ya os he dicho que no voy a llevaros a la... ¡Señor Parnassus! ¿Cómo le va?

Arthur sonrió.

—Hola, amigo mío. ¿Cómo pinta la mar?

—Tranquila y en calma —respondió Merle—. ¿Necesitan que los

lleve de vuelta? —Miró con mala cara a los periodistas arracimados al final del muelle—. ¿Les están molestando? ¿Quieren que les arree la del pulpo?

—No será necesario —dijo Arthur—. Y aún no estamos listos para volver, pero cuando llegue el momento, creo que me gustaría realizar la travesía en tu transbordador, si tienes tiempo.

—Para ustedes, todo el tiempo del mundo. —Bajó de nuevo la vista hacia ellos—. ¿Qué tal los chavales? ¿Están todos bien?

—¡Fabriqué personas de barro! —exclamó Lucy—. ¡Y ahora viven en el bosque!

Merle se encogió de hombros.

—No sé de qué va eso, pero bien por ti. —Arrugó el entrecejo—. Si no necesitan que les lleve ni quieren que me encargue de los buitres, ¿en qué puedo ayudarles?

—Quería darte las gracias —dijo Arthur—. Te lo debía desde hace tiempo, y te pido mis más sinceras disculpas por no haber venido a hablar contigo antes.

Merle se echó hacia atrás, agarrado a la borda.

—¿Quiere darme las gracias? ¡Que me aspen! ¿Por qué?

—Verás —comenzó Arthur—, me han contado que has estado siendo muy selectivo con los pasajeros que llevas a la isla. Temo que, de no ser por ti, nos habrían invadido. Tu buena acción no ha pasado inadvertida, y con ella te has ganado nuestra gratitud.

Merle escupió al mar.

—Ya, bueno, sus niños no dan tanto yuyu como creen algunas personas. ¡Yo jamás les he tenido miedo, por Neptuno!

—Ay, madre —murmuró Linus.

—Tomo nota —dijo Arthur—. Bueno, ¡aclarado el asunto, nos vamos! Regresaremos por la tarde. Vamos, chicos. Sospecho que K-Nuto no es un hombre al que le guste que le hagan esperar.

—Dudo que sepa siquiera la hora que es —le susurró Phee a Sal —. ¿Crees que esta vez podremos llevarnos el machete?

—Ha dicho que no hay quien le gane al Ocho Loco —respondió Sal, también con un susurro—. Así que, sí, vamos a llevarnos ese machete.

Theodore extendió las alas y se mostró de acuerdo en que el machete prácticamente ya era suyo.

Avanzaron por la calle principal del pueblo hacia la tienda de discos, con David y Lucy en cabeza. Cuando se detuvieron frente a un semáforo en un cruce, quedaron rodeados por una pequeña multitud de veraneantes que iba en la misma dirección. No se pusieron a cuchichear sobre los niños ni les echaron miradas que no fueran de simpatía, pese a que los reporteros —que aún se mantenían a una distancia prudente— seguían lanzándoles preguntas entre chasquidos y destellos de las cámaras. Una furgoneta de helados pasó por delante, emitiendo música enlatada saliendo por el altavoz que tenía instalado encima del parabrisas.

—¡Phee! —gritó uno de los periodistas mientras los vehículos continuaban circulando por el cruce—. ¿De quién vas vestida?

Phee puso los ojos en blanco.

—Es muy raro preguntarle eso a una niña. Llevo ropa que tenía en mi cuarto. Obviamente.

—Qué duro es esto de la fama —dijo Talia, sorbiéndose la nariz —. ¿Por qué no se dan cuenta de que los famosos también somos personas? Tengo sueños y sentimientos, como todo el mundo.

—Seguro que Cristo sintió lo mismo antes de que lo crucificaran —apuntó Lucy—, rodeado de paparazis y trabajadoras sexuales.

—¿Disculpa? —dijo Linus con expresión ceñuda.

Lucy echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¡No me lo he inventado! Lo dice la Biblia. A ver, para ser un libro que habla de Dios y de lo malo que es el pecado, contiene cosas que me hacen parecer un ángel en comparación. Por ejemplo: la hija de Lot quería tener un hijo, así que emborrachó a su padre y...

Linus le tapó la boca con la mano mientras los desconocidos que los rodeaban se partían de risa.

—Creo que es suficiente. No puedo creer lo que estoy a punto de decir, pero tal vez debamos plantearnos retirar todas las Biblias de la isla. En sus páginas hay demasiadas cosas no aptas para niños.

A Lucy se le tiñeron los ojos de rojo cuando apartó la cabeza.

—Podríamos organizar una quema de libros a la vieja usanza.

—Es una idea a tener en cuenta —convino Linus—, pero ya hablaremos de ello en casa. Por el momento, nos centraremos en... Ah, se ha puesto verde. ¡En marcha!

David fue el primero en bajar de la acera, y volvió la cabeza para decirle algo a Lucy. No había dado más que unos pasos cuando este extendió de golpe el brazo para darle un tirón hacia atrás.

El yeti tropezó con el bordillo y estuvo a punto de caer al suelo mientras los veraneantes pasaban por su lado.

Sin prestarle atención, Lucy bajó a la calzada con la cabeza ladeada. Arthur intentó determinar qué estaba mirando, pero no vio más que la carretera que conducía del pueblo a la estación de ferrocarriles, entre dunas de arena blanca que se alzaban como colinas cambiantes y barrones mecidos por la brisa salobre. Hasta donde alcanzaba a distinguir, todo estaba igual que siempre.

De pronto, a lo lejos, avistó un relampagueo, como si el sol se reflejara en un objeto de metal o de vidrio. Una mancha negra apareció sobre el horizonte, seguida de otra, y otra, y luego otra más. Al menos una docena de nubes de tierra y polvo se elevaban en el cielo, como si se avecinara una tormenta.

—Arthur… —oyó que preguntaba Linus detrás de él—. ¿Qué es eso?

—Ya vienen —musitó Lucy.

Esto arrancó a Arthur de su estupor. Recogió a Lucy en brazos y reculó un paso. Al chocar con alguien, se sobresaltó y giró en redondo. Era Linus, con los brazos en jarras.

—¿Qué ocurre? Parece que hubieras visto un fantasma.

—El DEJOMA —dijo al tiempo que el rugido de motores aumentaba de volumen—. Ya están aquí.

Sin vacilar, Linus se volvió hacia los demás.

—Cambio de planes —dijo rápidamente—. ¡A la furgoneta, niños! ¡Ya volveremos al pueblo otro día!

—¿Qué está pasando? —preguntó Phee, poniéndose de puntillas para ver qué habían divisado Lucy y Arthur—. Creía que íbamos a la tienda de discos.

—Y así era —respondió Linus con delicadeza, pero empujando a los niños para que retrocedieran por donde habían venido—. Sin embargo, ha sucedido algo que requiere nuestra atención inmediata. Ya regresaremos otro día a la aldea, tenéis mi…

De repente, se vieron rodeados por un grupo de sedanes negros —que no habían visto llegar— con grandes y puntiagudos alerones, y rejillas frontales que semejaban fauces llenas de colmillos. Los

vehículos, dos procedentes de la izquierda y dos de la derecha, se detuvieron con un chirrido en la calle, frente a ellos. Las puertas se abrieron de golpe, y se apearon unos hombres corpulentos y fornidos vestidos con traje negro, camisa blanca y corbata negra. Todos llevaban gafas de espejo, y, en el bíceps derecho, un brazalete con la sigla «DEJOMA» estampada.

Dejando las puertas abiertas, los hombres, en vez de acercarse, formaron un semicírculo en torno a Arthur, Linus y los niños y se quedaron en posición de descanso, con las manos tras la espalda. Ninguno de ellos dijo una palabra.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Chauncey, preocupado—. ¿Nos quieren secuestrar?

—Que lo intenten, si se atreven —dijo Phee por lo bajo.

—¿Qué significa esto? —inquirió Linus en tono apremiante, colocándose frente a los niños—. ¿Quiénes son ustedes?

Se hizo un silencio, interrumpido solo por el sonido de otros motores que se aproximaban, un zumbido incesante como el de un nido de avispas enfurecidas. La gente contemplaba la escena desde detrás de los escaparates de los comercios circundantes. Detrás de los hombres, otros peatones, entre ellos los reporteros, bajaron de la acera, mirándolos con fijeza. Cuando intentaron acercarse, dos de los hombres rompieron el semicírculo y se plantaron ante ellos con los brazos cruzados. Por más que los periodistas los asediaban a preguntas, los hombres permanecían callados e inmóviles.

—¡Eh, usted! —espetó Linus, poniéndose delante del hombre que tenía más cerca. Arthur veía el reflejo de Linus en las gafas de sol del hombre, con el rostro alargado como en la superficie de una burbuja —. ¡Explíquense!

En vez de responder, el hombre se llevó el dedo a la oreja y esperó unos instantes.

—Sí, señora, los tenemos —dijo entonces. Tras una pausa, añadió —: Entendido. —Bajó la mano y permaneció con la vista al frente.

—Mire —soltó Linus con severidad—, no sé quiénes son, pero es de bastante mala educación aparecer de repente y hostigar a unos ciudadanos que estaban ocupándose de sus cosas sin meterse con nadie. Les sugiero que se aparten de inmediato.

El hombre no dijo nada.

—Malditos cretinos —farfulló Linus, dando media vuelta y

regresando a la acera con paso furioso—. ¿Habrase visto? Cómo se atreven… ¡Íbamos a la tienda de discos, nada más! No hemos hecho nada malo, y no toleraré que nadie insinúe lo contrario. —Cuando llegó junto a Arthur (que aún sostenía en brazos a Lucy), se detuvo con el hombro pegado al suyo y dándoles la espalda a los hombres.

—Ya es casi la hora —dijo en voz baja.

—Lo sé —murmuró Arthur al tiempo que el rumor de los motores sonaba cada vez más fuerte—. Aun así, tengo miedo.

—Yo también —dijo Linus—, pero no pasarán. No hay que perder la esperanza, porque…

—La esperanza es esa cosa con plumas —susurró Arthur.

Lo que dijo Linus a continuación lo sorprendió e hizo que lo amara más de lo que habría podido expresar con palabras.

—«Que se posa en el alma y entona la melodía sin palabras, y no se rinde… jamás». Emily Dickinson. No, Arthur. Nunca se rinde. —Sacó pecho—. ¿Lo habéis oído? —les gritó a los hombres que los rodeaban—. ¡Nunca se rinde!

Los niños se apiñaron mientras los otros vehículos se aproximaban, y Arthur tuvo que reprimir el impulso de agarrarlos a todos y echar a volar en medio de un tornado de fuego. David estaba escondido detrás de Sal y Theodore, que miraban desafiantes a los hombres que tenían delante. Talia y Phee flanqueaban a Chauncey, cada una con un tentáculo en la mano. Lucy irguió la cabeza por encima del hombro de Arthur, arrugando el entrecejo.

—¿Notas eso? —le preguntó a Arthur.

—¿El qué? —preguntó el hombre.

Lucy sacudió la cabeza.

—No lo sé… ¿Está… vacío?

Antes de que Arthur pudiera pedirle una aclaración, los vehículos llegaron a la intersección y se detuvieron. Los sedanes, más de diez en total, eran todos iguales: negros con manillas plateadas y banderitas a los lados del capó. Solo había un coche distinto, el quinto de la fila: era blanco, con los cristales ahumados. Un hombre con un traje igual al de los demás bajó del asiento del conductor y, sin mirarlos, se dirigió a la parte trasera del vehículo. Abrió la puerta y apareció una pierna corta y pálida, con el pie enfundado en un zapato de tacón práctico.

Cuando Jeanine Rowder se enderezó, parpadeando bajo el

intenso resplandor del sol, Arthur notó en el pecho que el fénix alzaba la cabeza, con los ojos entrecerrados. Aunque aún no había recuperado del todo las fuerzas tras la explosión a gran altura sobre la isla, estaba ansioso por abalanzarse sobre ella y carbonizarle la piel hasta que se le desprendiera. Arthur le ganó el pulso, pero por poco. Rowder no iba vestida como para pasar unas vacaciones en un paraíso tropical, sino con un traje pantalón color malva. La chaqueta desabrochada dejaba al descubierto la blusa blanca que llevaba debajo. Inclinó la cabeza hacia el conductor para escuchar con atención lo que él le decía en voz baja. Cuando terminó, ella asintió sin decir nada.

Se abrió la otra puerta trasera, y Harriet Marblemaw bajó del coche. Al parecer, había conseguido erradicar de su labio superior el bigote con que Lucy la había obsequiado. A juicio de Arthur, había quedado peor.

—¡Buuuuuu! —la abucheó la chiquillería en cuanto la vio.

Marblemaw les lanzó una mirada asesina, torciendo el labio en una mueca de desprecio.

Los tacones de Rowder repiquetearon sobre el asfalto mientras avanzaba por la calle, a lo largo de la fila de vehículos. Caminaba con pasos cautelosos, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y el desenlace ya estuviera decidido.

Cuando llegó al cruce y vio a los reporteros a los que dos de sus hombres impedían el paso, Rowder movió la cabeza de un lado a otro y suspiró.

—¿La prensa, señor Parnassus? ¿En serio? Y yo que creía que no quería saber nada de ellos, sobre todo después de lo que publicaron sobre usted tras la audiencia.

—Que yo sepa, gozan del derecho de reunión, como todo el mundo —dijo Arthur, impasible—. A menos, claro, que el Gobierno haya decidido coartar la libertad de prensa.

Un torrente de personas salió de los comercios y los restaurantes a la calle. Todos miraban a los funcionarios del Gobierno con recelo. Los padres sujetaban a sus hijos contra sí. Los amigos cuchicheaban tapándose la boca con las manos. Los turistas y vecinos, humanos y no humanos, se juntaron en una muchedumbre ruidosa. Arthur no los reconoció a todos, pero sí a algunos: Merle, que se restregaba las

manos sucias con un trapo aún más sucio; Martin Smythe —el sobrino de Helen—, que en cierta ocasión había intentado exorcizar a Lucy en un cuarto cerrado con llave, pero ahora tenía una mirada furiosa clavada en la espalda de los funcionarios; el señor Swanson, jefe e ídolo de Chauncey (era un botones de gran renombre), seguido por el personal de limpieza del hotel, los cocineros, el conserje, los gerentes, los recepcionistas y el personal de mantenimiento; K-Nuto, con una camiseta *tie-dye* que llevaba la leyenda «No entres en pánico: ¡es orgánico!»; los empleados de los diversos establecimientos: la heladería, los restaurantes, la librería, la biblioteca; el propietario de la tienda de antigüedades; los mecánicos que habían reparado la furgoneta después de que Talia hiciera crecer sin querer unas flores que atravesaron el motor («¡es una *performance*!»); personas mágicas: una familia de *banshees* de cabello blanco como la nieve; dos *brounies*, seres bajitos, parecidos a elfos, con sonrisas marchitas y ojos arrugados; un trío de náyades, ninfas acuáticas con el torso envuelto en una toalla; y un dríade, un tipo alto hecho de madera de álamo con una corona de hojas amarillas que crecían en unas ramas que semejaban una cornamenta. Llevaba un detector de metales y una bolsa de lona con una frase que decía «Voy a la orilla a buscar calderilla».

Rowder los observaba a todos con un desprecio mal disimulado.

—¡Circulen! —dijo en voz muy alta—. Esta es una operación oficial del Gobierno. No les concierne. ¡Ustedes, a lo suyo!

—En eso estamos —respondió K-Nuto—. Esta es la hora del día en la que salimos a disfrutar del maravilloso ambiente del pueblo de Marsyas.

—Exacto —intervino el señor Swanson, cruzando los brazos. El jefe de botones, un hombre mayor alto, de ojos penetrantes y cabello cano pulcramente peinado hacia atrás, presentaba una figura imponente—. Salimos para deleitarnos con todo lo que nos ofrece nuestra tierra. ¿No es así, muchachos?

Sus compañeros, que estaban detrás de él, asintieron.

Merle escupió en el suelo.

—Y tenemos todo el derecho a reunirnos de forma pacífica cuando lo consideremos oportuno. Lo dice la ley.

Rowder entornó los ojos unos instantes antes de desplegar una sonrisa de política: condescendiente, de pretendida complicidad y más

bien empalagosa.

—¿Conque esas tenemos? Bien. —Alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido de la multitud, dijo—: Me llamo Jeanine Rowder. Soy la directora interina de los departamentos encargados de los jóvenes y adultos mágicos. He venido a completar la inspección del orfanato de la isla de Marsyas. Por favor, tengan presente que todo aquel que intente obstaculizar mi trabajo será detenido de inmediato y acusado de lo primero que se me ocurra, como, por ejemplo, obstrucción a la labor de un funcionario del Gobierno, delito que se castiga con una sustanciosa multa y una posible pena de prisión.

Se impuso un silencio interrumpido solo por los chillidos de las gaviotas.

—Bien —dijo Rowder, volviéndose hacia Arthur, Linus y los niños—. Señor Parnassus, señor Baker. —Inclinó la cabeza en un gesto parecido a una reverencia—. Voy a facilitar las cosas lo máximo posible. —Alargó la mano y chasqueó los dedos. Marblemaw se le acercó a toda prisa, se sacó una carpeta del abrigo y se la tendió. Rowder se la arrebató sin darle las gracias—. Aquí tengo una orden, basada en el informe de la inspectora Harriet Marblemaw y firmada por mí, a partir de cuya recepción deberán entregar a los menores conocidos como Lucifer, Talia, Chauncey, Phee, Theodore y Sal a la custodia del DEJOMA.

—No, gracias —dijo Chauncey.

—Si desean disputar la validez de la orden ante los tribunales —prosiguió Rowder—, dispondrán de diez días para hacerlo por escrito. Mientras tanto, los menores permanecerán en hogares de acogida hasta que se les asigne un alojamiento permanente.

—No —dijo Arthur.

—¿No? —contestó Rowder, desconcertada—. Desafortunadamente, no tiene derecho a negarse, señor Parnassus. Del testimonio de la inspectora se desprende que los niños no están a salvo en sus manos. Al parecer, la isla no solo está administrada sin orden ni concierto, sino que usted se empeña en incumplir los requisitos que se exigen a quienes trabajan al servicio del DEJOMA.

—Yo ya no trabajo al servicio del DEJOMA —repuso Arthur—. Sin duda recibió usted la carta de dimisión que le mandé después de que la señorita Marblemaw se marchara de la isla, ¿no?

—Yo no me marché —espetó la señorita Marblemaw—. ¡Me amenazaron y luego me expulsaron por la fuerza!

—De hecho, fue desterrada para siempre por negarse a acatar las normas que seguimos en nuestro hogar —intervino Linus—. Es una mera cuestión de matices, sin duda, pero como exempleado del DEJOMA, sé que la dirección es muy estricta en lo relativo a los detalles.

—Sea como fuere —dijo Rowder, como dirigiéndose a alguien que no estaba ahí—, mientras no estemos seguros de que Arthur Parnassus y Linus Baker no están haciendo daño a los menores o utilizándolos como armas, debemos tomar las medidas necesarias para proteger a la población. —Miró a los niños, sonriente—. No hay nada que temer. ¡Vamos a viajar a la ciudad en tren! ¿A que suena divertido?

—No hablamos con extraños —soltó Chauncey—, ni siquiera cuando nos ofrecen caramelos, porque papá y papi dicen que es el truco que usan para llevarse a los niños.

A Rowder le tembló el párpado inferior del ojo izquierdo.

—Yo no soy una extraña. Me llamo Jeanine Rowder y trabajo para el Gobierno. He venido para ser vuestra amiga.

—Si ves algo, avisa —dijo Arthur con sequedad.

Rowder estuvo a punto de perder los papeles y, aunque lo disimuló enseguida, Arthur alcanzó a ver en ella un destello de ira negra e intensa. La notaba nerviosa y sospechaba que no era por él ni por Linus.

Cuando ella volvió a sonreír, Arthur no pudo evitar retroceder un paso. Parecía una depredadora al acecho.

—Ya —respondió ella—. Tiene gracia que lo mencione. ¿Sabe a quién se le ocurrió ese lema en concreto? —Sin esperar respuesta, continuó—: A un becario. Sin sueldo, para más inri. ¿Por qué saco esto a colación ahora? Se lo diré. —Paseó la vista por cada uno de los críos antes de posarla de nuevo en Linus y Arthur—. ¿Alguna vez se ha preguntado por qué estos niños, precisamente? ¿Por qué, de todas las criaturas mágicas que hay en el mundo, se le asignaron estas seis?

—Porque necesitaban un hogar —dijo Arthur, que era justo lo que había respondido cuando le habían formulado la misma pregunta

durante la audiencia.

—Era una prueba —aclaró Rowder, con no poca satisfacción—. Un experimento del que todos ustedes formaban parte. El objetivo de dicho experimento era determinar si el Anticristo era capaz de aprender de los demás, y en qué forma. Todo esto, toda la vida que han llevado, no es más que el fruto de una ocurrencia que tuvo un gerente intermedio durante una reunión trimestral tras la recepción de la solicitud que usted mandó. Ni más ni menos.

—¡Ya sabía yo que era famoso! —exclamó Lucy.

—Menuda brasa nos va a dar con eso —masculló Talia.

Arthur se quedó pensativo un momento, con la cabeza ladeada.

—Ah —dijo—. Bueno. Pues gracias.

Rowder se quedó mirándolo.

—¿Cómo dice?

—Al parecer, el experimento ha tenido un efecto colateral imprevisto: el de proporcionarme una familia. Niños, haced el favor de dar las gracias a la señorita Rowder y al Gobierno por habernos unido.

—Gracias, señorita Rowder. Gracias, Gobierno —dijeron a coro los niños con un entusiasmo que daba gusto oírlos.

—¿Más jueguecitos, señor Parnassus? —preguntó Rowder, con las mejillas coloradas—. Debí imaginar que usted...

—¿Para qué me quieren? —preguntó Lucy, y cuando Arthur bajó los ojos hacia él, advirtió que estaba mirando a Rowder.

Esta se estremeció y se volvió hacia los hombretones que tenía a izquierda y derecha. Tras cerciorarse de que no estaba sola, le dedicó una sonrisa a Lucy.

—Eres muy especial. No hay nadie más como tú en el mundo.

Él se encogió de hombros.

—No hay nadie más como Talia, ni como Chauncey, David, Sal, Theodore o Phee. ¿Por qué ellos no le interesan?

—Claro que me interesan —terció Rowder—, pero tu caso es distinto.

—¿Por qué?

—Por lo que eres.

—¿El Anticristo?

—Sí —dijo ella mientras sus hombres se revolvían, incómodos, y Marblemaw hacía una mueca, con la lengua asomándole entre los

dientes.

Lucy asintió despacio con expresión ceñuda. Arthur no movió un dedo cuando el muchacho dio un paso hacia ella, aunque todas las fibras de su ser le pedían a gritos que se lo impidiera. Pese a los centenares de personas que abarrotaban la calle, reinaba un silencio insólito, interrumpido solo por el lejano romper de las olas.

Aunque Rowder se esforzaba por evitar que se le notara el miedo, ni siquiera ella fue capaz de ocultarlo. Sus labios se le habían reducido a una línea fina y le temblaban las manos hasta que se las apretó contra los pantalones. Los ojos se le movían de un lado a otro mientras daba golpecitos con los hombros a los hombres que la acompañaban y que no dudarían en aprehender a los niños en cuanto ella se lo ordenara.

Pero, en lugar de ello, observaba con los ojos cada vez más desorbitados a Lucy, que no despegaba la vista de ella. El silencio se prolongó durante lo que parecía una eternidad.

Y entonces sucedió algo extraordinario: Lucy agachó la cabeza, sorbiéndose la nariz mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla. Cuando habló, fue en un tono tan bajo y suave que apenas se le oyó más allá del semicírculo que los rodeaba.

—Veo cosas —dijo con la voz entrecortada, y entonces Arthur supo que no fingía—. No lo hago a propósito. Es algo que pasa sin más, supongo. Algunas son cosas buenas, como saber que papá era un fénix antes de que nos lo dijera. Lo supe en cuanto lo vi por primera vez, cuando me recibió en la isla. Me di cuenta porque vi algo mágico: dos soles, uno en el cielo y el otro en la playa. —Los ojos se le empañaron en lágrimas y se las enjugó con el dorso de la mano—. Pero a veces veo otras cosas. Cosas malas. Como... el sol, no; lo contrario: la oscuridad. Un agujero negro. Papi nos ha hablado de ellos. No se ven a simple vista, pero hasta el más pequeño absorbe toda la luz. —Levantó de nuevo la vista hacia ella—. Eso es lo que veo en usted. No hay luz en su interior. Está todo oscuro.

Rowder soltó una carcajada, pero sonó áspera, forzada. Lo señaló con un dedo rematado en una uña larga y roja.

—No sé a qué crees que estás jugando, pero no...

—Siento lo que le pasó a su padre.

A Rowder le entró un temblor en el dedo que se extendió por la

mano, el brazo y el hombro. Era como si los músculos bajo su piel se hubieran convertido en placas tectónicas que habían despertado con un ruido sordo de un sueño de milenios. Mientras el estremecimiento le recorría todo el cuerpo, su rostro palideció y comenzó a temblarle el labio inferior.

—No debería haber ocurrido —continuó Lucy—. La persona que... le hizo daño no quería... No. Eso no es justo. Ella tenía... arañas en el cerebro y no conseguía que se durmieran. No fue culpa de él. De su padre. Él no hizo nada malo. Fue un accidente. Ella perdió el control sobre su magia y... —Exhaló un suspiro largo y susurrante como el viento—. Es normal que esté enfadada. Y triste. Y muchas cosas más, porque eso es lo que significa ser humano, tener...

Arthur no fue capaz de reaccionar a tiempo. Pese a ser quien era, estaba tan supeditado a los segundos, los minutos y las horas como cualquier otro. Rowder alzó la mano, veloz como una víbora, con los dedos extendidos y juntos. Tomó impulso, como para asestarle una bofetada a Lucy.

Sin embargo, este se esfumó de repente, y la inercia hizo girar a Rowder como una peonza y golpear en el estómago al hombre que tenía al lado. Lucy reapareció junto a Arthur.

—La leche —jadeó—. ¿Puedo teletransportarme? —Se puso a dar saltos con los brazos en alto—. Sí. ¡Sí! ¡Es el mejor día de mi vida! Qué ganas tengo de llegar a la pubertad. ¡Seguro que entonces podré crear universos y también un delicioso desayuno de feliz cump sin dejarlo todo desordenado y sucio!

Arthur sintió que estallaba el fuego en su interior. El fénix desplegó las alas dentro de su pecho, rugiendo para que lo dejara salir y pusiera fin a aquello de una vez por todas. El hombre luchó con todas sus fuerzas por mantener a raya al ave, pues no quería darle esa satisfacción a Rowder.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Linus, tocándole el dorso de la mano—. Estamos llegando al final de la partida.

—No se equivoque, Rowder —dijo Arthur, con la furia burbujeando a flor de piel, como lava fundida—. Aunque haya fallado, eso también cuenta. Es la segunda vez en esta semana que un empleado del Departamento Encargado de los Jóvenes Mágicos agrede a uno de mis hijos, y se me ha agotado la paciencia con usted y los de su ralea. Con todos.

—¡O sea que David sí es un niño! —gritó Marblemaw—. ¡Lo sabía! ¡Me mintieron! ¡No es una persona de cuarenta y siete años con el crecimiento atrofiado por haberse quedado atrapado entre una espada y una pared durante siete años!

Tras un momento de silencio, todos los presentes prorrumpieron en carcajadas.

—A ti te falta un hervor, ¿no? —gritó K-Nuto—. ¿Quién iba creerse una cosa así?

—¿Verdad? —dijo Sal—. ¿De qué narices habla, señorita Marblemaw? David es solo un chaval.

—Sí —terció Phee—. Mire que se lo dijimos mil veces.

—¿Se acuerda de cuando la bañé en tinta? —vociferó Chauncey —. ¡Pues fue a propósito! Ja, ja. No, bueno, en realidad no, pero no sabía qué decir, así que... En fin. Ella Fitzgerald, scadídeli-du-dípiti-bip.

—Huala —susurró Lucy con chiribitas en los ojos—. Eso ha sido un pasote. ¡Estás hecho un monstruo del *scat*!

—¡Basta! —bramó Rowder, con una vena palpitándole en la frente.

—Sí —dijo Arthur—. Estoy de acuerdo: basta. Ha llegado el momento, Rowder. Voy a hacerle una oferta que no podrá rechazar.

—Me llevaré a los niños —soltó ella—. No tiene nada más que ofrecer.

Él asintió.

—Bueno, en eso se equivoca. Los niños no se apartarán de mi lado, ni del de mi futuro esposo. Somos una familia, ¿sabe? Los Baker Parnassus.

—Se hace raro de pronunciar —soltó Merle con una inspiración brusca—. Aun así, podrán aprovechar los descuentos familiares y toda la pesca.

—Mi oferta es la siguiente: podemos marcar la diferencia aquí y ahora, todos juntos. No será fácil, pero tiene mi palabra de que haré todo cuanto esté en mi poder, no del todo desdeñable, para que nos unamos en un espíritu de concordia, impulsados por el deseo de cambio. Romper lo que ya está roto no sirve de nada. Debemos reconstruir los puentes entre todos, desde cero. —Dirigió la vista hacia las personas que los rodeaban, vecinos y visitantes, mágicos y no mágicos. También hacia los reporteros, que contemplaban la escena,

expectantes, apuntándolos con las cámaras—. Como puede comprobar, el mundo nos mira. Me pregunto cuál será su decisión.

—Lo tenía todo planeado —musitó Rowder—. Hasta el último detalle.

—¿Ah, sí? —dijo él—. Y yo que pensaba que había venido a disfrutar de un día en el pueblo con mi familia. Pero, aunque lo hubiera planeado todo hasta el último detalle, no debería extrañarle tanto. Después de todo, le advertí que no estaba preparada para librar una guerra contra mí. ¿Acepta mi oferta?

—Jamás —escupió Rowder—. Ha representado su papel, Parnassus, y lo ha representado bien, pero ese futuro fantasioso con el que sueña no es más que eso: un sueño. Vivimos en el mundo real, donde la gente...

—Vaya —la interrumpió Arthur, volviéndose hacia Linus—. He hecho lo que he podido.

—Así es —dijo Linus con un bufido—. Ha sido una intervención magistral, en mi opinión.

—Me halagas, querido. Aunque debo reconocer que pensaba que me la había ganado con la frase sobre romper lo que ya está roto.

—Te has expresado con una finura que hasta a los más grandes oradores de la historia les habría parecido impecable. Lo que es a mí, me has conmovido hasta las...

—Prendedlos —gruñó Rowder, y los hombres se dirigieron hacia ellos...

... pero toparon con la resistencia del gentío que los rodeaba y se les acercaba con los ojos entornados y los brazos cruzados frente al pecho. El señor Swanson y K-Nuto se apostaron a los lados de Arthur, Linus y su familia. Merle cerró la retaguardia, acompañado por decenas de personas, entre ellas Martin Smythe. Su tía, una tal Helen Webb, apareció junto a Arthur como por arte de magia.

—Cuando tú digas —le susurró al oído—. Ella está lista.

Arthur movió la cabeza afirmativamente.

—Si queréis prenderlos, antes tendréis que pasar por encima de nosotros —afirmó el señor Swanson.

—Ya te digo —convino K-Nuto, entre los gestos de asentimiento de la multitud—. No vamos a permitir que vengáis aquí a romper una familia.

—¡Los arrestaremos a todos! —gritó Rowder—. Como no se

hagan a un lado ahora mismo, me aseguraré de que ni este pueblo ni sus habitantes vuelvan a vivir un momento de paz, sobre todo mientras acojan entre ustedes a monstruos…

—Ya que se niega a aceptar una mano tendida con buena voluntad, tal vez se inclinará ante la realeza.

Rowder se quedó mirándolo, boquiabierta, antes de estallar en risotadas. Al poco, sus hombres empezaron a reír entre dientes, y hasta a Marblemaw se le escapó una sonrisa.

—¿La realeza? —dijo Rowder con evidente regocijo—. ¿Usted? Sé que es un fénix, señor Parnassus, pero, al parecer, ser el último de su especie le ha insuflado delirios de grandeza.

—Nah, lo ha entendido todo mal —dijo Sal, dando un paso al frente para plantarse junto a Arthur. Descansó el codo sobre el hombro de su padre y, reclinado cómodamente contra él, cruzó un pie sobre el otro, con la punta apoyada en el suelo. En ningún momento despegó los ojos de Rowder—. Papá no se refería a sí mismo. Verá, ese tren ya pasó. Usted ha tenido su oportunidad. —Sal desplegó una sonrisa salvaje y hermosa, en la que Arthur vislumbró el hombre en el que se convertiría—. Ahora le ha llegado el turno a ella.

Descendió en medio de una lluvia centelleante de chispas, en medio de un feroz zumbido de alas. Cuando sus pies descalzos tocaron el suelo, el asfalto se agrietó, y de las hendiduras surgió una hierba exuberante y verde. Una margarita minúscula brotó entre los dedos de su pie izquierdo, y los diminutos pétalos blancos se posaron sobre la piel atezada.

Zoe Chapelwhite era todo un espectáculo: su vestido parecía un óleo viviente, en el que el azul, el verde y el amarillo se arremolinaban y surcaban la tela como estrellas fugaces. Sus extremidades —con las manos y los pies al aire— estaban cubiertas con unas finas piezas metálicas que parecían diseñadas expresamente para ella. El metal en sí apenas resultaba visible bajo las decenas de conchas marinas multicolores engarzadas en él, cada una del tamaño de un botón. Arthur tardó un momento en identificar aquel atuendo como lo que era: una armadura.

Y, sobre la cabeza, envuelta en el blanco cabello afro, lucía una corona plateada, con cadenillas que colgaban a los lados del rostro. La parte superior era impresionante: diez puntas rematadas con perlas se

elevaban en la parte frontal, cinco a cada lado de una caracola rosa y blanca situada en medio de la corona. En la abertura de la caracola relumbraba una piedra preciosa del azul más azul, tan grande como el puño de Lucy.

—La hostia en vinagre —jadeó Phee—. ¿Habéis visto eso?

Arthur lo había visto, desde luego. Recordaba al espíritu isleño que vivía en el bosque, oculto, cuando él era niño; la mujer que, agobiada bajo el peso de la culpa, había ido a buscarlo cuando él había regresado, lleno de dudas; la mujer que había cogido una lija y se había puesto manos a la obra para construir un hogar a partir de las ruinas; la mujer que lo había acompañado en cada paso del camino y había sido testigo de cómo su plan se materializaba ante sus ojos. Su amiga..., no, su mejor amiga, su hermana, aquella reina extraordinaria que había acogido a los niños en su isla con los brazos abiertos. Se había reído con ellos, los había llevado en brazos cuando ya no podían caminar, los había ayudado a sentirse vivos por primera vez desde que tenían uso de razón.

Y ahora estaba allí, en pie, con la cabeza bien alta, orgullosa entre los suyos y las personas que se consideraban superiores. Dio un paso hacia Rowder, dejando tras de sí, en la calle, una huella de hierba con la forma perfecta de su pie. Cuando habló, lo hizo en voz clara, nítida.

—No sois bienvenidos aquí.

Rowder fue la primera en recuperarse. Tras volverse a izquierda y derecha para asegurarse de que sus hombres no habían huido, asintió y se aclaró la garganta.

—¿Y usted quién es?

—Zoe Chapelwhite —dijo Marblemaw, que se mantenía a cierta distancia de ellos como si supiera algo que los demás ignoraban—, el espíritu isleño no registrado.

Rowder soltó un resoplido.

—Ah, claro. Quién si no. Señorita Chapelwhite, tal como estipula la ley promulgada por el Departamento Encargado de los Adultos Mágicos, le ordeno que se registre en...

—No —soltó Zoe.

—¡Ah! —exclamó Rowder, batiendo palmas—. Entiendo la equivocación. Se ha creído que era una simple petición. Tenga por seguro que no es así. Apártese y no haga nada de lo que se vaya a

arrepentir.

—Me arrepiento de muchas cosas —dijo Zoe, y el remolino de colores de su vestido adquirió mayor velocidad y viveza, al tiempo que las conchas de la armadura comenzaban a girar con un rumor sordo—. Pero hay una que destaca sobre las demás. —Dio una vuelta despacio, mirando a todos los que se encontraban a su alrededor. Eran por lo menos doscientos, pero no paraban de llegar más—. Vivíamos felices aquí. Todos. Mis amigos, mi familia... Yo fui feliz. Durante miles de años. Hasta que nos dijeron que éramos peligrosos.

Todos, incluidos los reporteros, contemplaban la escena, callados y en vilo.

—¡Mentira! —gritó Rowder—. ¡Calumnias! Si fuera verdad, habría pruebas documentales de...

Zoe sacudió la cabeza.

—No. No podéis negar mi historia. Yo la viví.

—¡No sé a qué juega, pero no se saldrá con la suya! —exclamó Rowder con voz chillona—. Si lo que usted afirma sucedió de verdad, ¿cómo es posible que esté usted aquí, delante de nuestros ojos? ¿Cómo se explica que, de todos los espíritus, sea justo usted la que consiguió sobrevivir indemne?

—Indemne —repitió Zoe—. ¡¿Indemne?! Me escondí bajo el cuerpo de mi abuela. Contuve la respiración mientras enviados de su Gobierno buscaban señales de vida por encima de nosotras. Noté el sabor de su sangre en los labios. En un momento en que se distrajeron, hui hasta la zona más recóndita del bosque y la cerré detrás de mí. Fue entonces cuando me hice una promesa: jamás volvería a implicarme con ese horror que es la humanidad.

—¿La han oído? —dijo Rowder, alzando la voz para dirigirse a la muchedumbre—. Eso es lo que opina de ustedes. Aunque ninguno de nosotros había nacido cuando eso sucedió, ¿se supone que tenemos que pagar por lo que hicieron quienes vinieron antes que nosotros? ¡Memeces! ¿Se cometieron errores? Sin duda. Pero eso no significa que no estemos haciendo lo correcto ahora.

—Es como si no se oyeran a sí mismos —murmuró Linus.

—Pero la vida me encontró de nuevo —prosiguió Zoe—, y aunque podría decirse que me resistí con uñas y dientes a volver a ella, mi época de esconderme había llegado a su fin. Fue entonces cuando me hice una nueva promesa: la de que, pasara lo que pasase,

lucharía con todas mis fuerzas para que todas las personas mágicas que llegaran a mis costas estuvieran a salvo. Les ofrecería lo que a mí se me había negado: una oportunidad de vivir.

—Todo eso está muy bien —dijo Rowder—, pero no cambia nada.

—Ya lo creo que sí —repuso Zoe—. Cambia más de lo que se imagina. Mi abuela era la reina de los espíritus. Y, puesto que soy la última superviviente de nuestro pueblo, la corona ha recaído en mí. Soy la reina Zoe Chapelwhite. —Sin despegar la vista de Rowder, añadió—: Y tú estás pisando mi territorio sin mi permiso.

A Rowder se le desorbitaron los ojos.

—¿Su territorio? ¡¿Su territorio?! Vaya, al parecer esa corona le aprieta demasiado la cabeza. Le está haciendo creer cosas que desde luego no son ciertas. A ver, permítame que se lo aclare: esta es la aldea de Marsyas. Usted es de la isla de Marsyas. Son dos cosas completamente distintas.

—En eso te equivocas —dijo Zoe—. ¿Nunca te has preguntado por qué la aldea y la isla tienen el mismo nombre?

—No entiendo qué tiene eso que ver con lo otro. Se está yendo por las ramas para ganar tiempo.

—Tienen el mismo nombre porque hubo un tiempo en que Marsyas no era una isla —explicó Zoe—. En ese entonces, era una península, una lengua de tierra donde vivíamos los espíritus. En un último esfuerzo por frenar el avance de los humanos, mi abuela, uno de los espíritus más poderosos que ha conocido el mundo, inundó la península y creó la isla. Pero ambos territorios son el mismo.

—Y, no obstante, usted se refiere a sí misma como espíritu isleño —señaló Rowder.

Zoe ladeó la cabeza, de modo que las cadenillas de la corona quedaron colgando junto a su oreja.

—He mentido. Soy el espíritu de los océanos, la reina de Marsyas, y me he hartado de tu presencia en nuestra tierra.

—¡Y una mierda! —berreó Marblemaw—. Si estoy desterrada de la isla, eso significaría que también lo estoy de...

—La aldea, sí —dijo Zoe—. Y lo estarás. —Sonrió—. Solo es cuestión de que la despierte. —De improviso, se puso de rodillas y apoyó las palmas en el pavimento. Inspiró y espiró mientras unas ondas irisadas le recorrían las alas.

Entonces Arthur notó que lo golpeaba un tsunami de magia con una intensidad que nunca había sentido antes. Se quedó sin aliento, y se le erizó todo el vello de los brazos. El suelo retumbó bajo sus pies, y la gente soltó un grito ahogado cuando el asfalto empezó a resquebrajarse bajo las manos de la reina. Sin embargo, Zoe no buscaba la destrucción: la calle no acabó destrozada, sino que las grietas, al alargarse a toda velocidad, se unieron para formar una figura más grande en la calzada, de unos dos metros de largo por uno de ancho.

Era la concha de un nautilo, grabada en el pavimento, con varias líneas curvas que delimitaban las cámaras del interior. Mientras Zoe se enderezaba, las grietas brillaron con un cegador resplandor blanco, y unas esferas de luz azul comenzaron a elevarse en torno a ella. Con un zumbido de las alas, empezó a ascender en el aire al tiempo que el nautilo refulgía con más intensidad.

—No pienso seguir escondiéndome —dijo Zoe con una voz profunda y resonante—. No pienso seguir dejando que otros decidan lo que debemos ser. Habéis sido advertidos una y otra vez, pero no escucháis. Esta tierra no os pertenece a vosotros, sino a un pueblo libre de senescales y guardianes que se asegurarán de que el poderío de Marsyas jamás vuelva a tambalearse.

—No tienen derecho —espetó Rowder.

—Yo sí —repuso Zoe—. En mi calidad de reina. Pero tal vez esto te ayude a cambiar de opinión. —Dio una palmada y apretó las manos. Exhalando, las separó de nuevo.

En lo que antes era un espacio vacío, ahora había un rollo de pergamino atado con una ristra de conchas. Zoe lo agarró en el aire y lo lanzó en dirección a Rowder. Mientras volaba hacia ella, las conchas se desintegraron y el pergamino se desenrolló. Se detuvo y quedó flotando delante del rostro de la directora interina, que lo estudió achicando los ojos. Se puso muy pálida.

—¿Eso... es...?

Zoe se rio por lo bajo.

—¿Un decreto de uno de vuestros antiguos reyes por el que renuncia a todos sus derechos sobre el territorio de Marsyas en favor de los espíritus, firmado en 1332? Sí, es eso. Nosotros no necesitamos esa legitimación, pero por lo visto, vosotros sí. Así que, cuando, siglos

después, los humanos vinieron y diezmaron a mi pueblo, estaban contraviniendo una disposición de su propio soberano. Y no pienso consentirlo más. —Se dirigió a la multitud que tenía debajo—. El Gobierno ha venido para llevarse a uno de los nuestros. Aunque aseguran que quieren tomar bajo su custodia a todos los niños, lo cierto es que están desesperados por apoderarse de uno en concreto. Esta mujer pretende utilizar a una criatura para controlar a todas las personas y cosas, y ha puesto en peligro la seguridad de los otros menores para llevar a cabo su plan.

Todos estaban inmóviles y callados, como aguantando la respiración. No se oía más que el lejano rumor de las olas al romper.

—Ha venido a por Lucy —atronó Zoe—. Un niño de siete años. Y si cree que le dejaremos ponerle un dedo encima, se equivoca.

Debajo de ella, la caracola tallada en la calle lanzó tres destellos seguidos.

—Ah, muy bien —dijo Zoe—. La magia ha despertado. Ahora mismo nos ocuparemos de ese destierro, si os parece. —Con tal rapidez que a Arthur le costó seguir sus movimientos, comenzó a arrancarse conchas de los brazos y las piernas, con las manos emborronadas por la velocidad. Tras un lapso de solo dos latidos, tenía una pila de ellas en la palma de la mano. Plegando las alas sobre su cuerpo, Zoe respiró hondo y comenzó a girar vertiginosamente, soplando con fuerza sobre las conchas.

Estas salieron disparadas con una precisión absoluta. Los hombres trajeados se tambalearon hacia atrás cuando las conchas les entraron por un lado de la cabeza y salieron por el otro antes de desaparecer en medio de una pequeña nube de polvo. Marblemaw estaba paralizada, con expresión de asombro.

Una concha pequeña, de color crema y blanco, quedó suspendida delante de la frente de Rowder. Reculó un paso, protegiéndose la cara con las manos.

—No lo hagas. No te atrevas.

—Y tanto que me atrevo —respondió Zoe, entrecerrando los ojos —. Me atrevo por todos los niños a los que habéis perjudicado. Me atrevo por todos los adultos obligados a ocultar su verdadera identidad por culpa de esa aberración de «si ves algo, avisa». Me atrevo por todos ellos. Lo hago por ellos, por Helen, Arthur y Linus, por todas y cada una de las personas de aquí y del resto del mundo

que ya están hartas. Jeanine Rowder, has demostrado ser una enemiga de las personas mágicas..., de mi familia. Como reina de Marsyas, tengo derecho a decretar que te corten la cabeza.

—¡Bien! ¡Entonces podremos averiguar si tiene la rabia! —exclamó Lucy.

—Pero, si lo hiciera, no sería mejor que tú —agregó Zoe. Dicho esto, realizó un gesto displicente con la mano, y la concha le atravesó velozmente la cabeza a Rowder sin dejar una sola marca, salió por la nuca y se elevó por encima de la mujer hasta estallar en minúsculos fragmentos que llovieron sobre ella.

—Lucy —dijo Zoe sin despegar los ojos de Rowder, que no paraba de asestarse palmadas en la frente—. ¿Puedes venir un momento?

—La reina me ha convocado —susurró Lucy—. ¡Cómo mola! —Sin vacilar, se dirigió dando saltitos hacia donde estaban Zoe y Rowder—. ¡A vuestras órdenes, majestad! ¿En qué puedo serviros? ¿Deseáis nombrarme caballero, o proporcionarme una finca rústica donde pueda darles a los del Gobierno una ventaja de cinco minutos antes de salir a cazarlos? ¡Las dos cosas me parecen bien!

Marblemaw miró alrededor con ojos de loca, como buscando un hueco donde meterse.

Zoe torció los labios.

—¿Caballero? Bueno, supongo que, en efecto, Marsyas necesitará protección. Sí, eso nos vendrá bien. Lucifer Baker Parnassus, te nombro caballero de Marsyas. Si estás preparado, te encomendaré tu primera misión.

Lucy se puso en posición de firmes.

—¡Estoy preparado, mi reina!

Zoe asintió, dándose unos golpecitos en el mentón.

—Puesto que ahora eres capaz de teletransportarte, me pregunto si podrías hacer lo mismo con otros, como, por ejemplo, un grupo de personas que se han presentado aquí sin que nadie las invitara y se han quedado más tiempo de la cuenta.

—¡Claro que puedo! —exclamó Lucy con un entusiasmo evidente—. ¿Adónde quieres que los envíe? ¿A la Luna? ¿Al interior de un volcán activo? ¡Espera, ya lo tengo! —Un brillo siniestro asomó a sus ojos, como ascuas dentro de unos pozos sin fondo. Cuando sonrió, dio la impresión de que tenía demasiados dientes para un niño de siete

años—. Puedo enviarlos a la presencia de mi padre de verdad. Seguro que los recibe con los brazos abiertos. —Soltó una risita mientras se le levantaban dos mechones de cabello que casi parecían cuernos—. Y cuando vean su verdadero rostro, todos los elementos que componen su ser se volatilizarán.

—O también podríamos teletransportarlos directamente a donde se encuentra el primer ministro Herman Carmine en estos momentos —sugirió Zoe—, para que le comuniquen que han fallado y que el poderío de Marsyas resurgirá.

—Oh, venga ya —protestó Lucy, restregando la suela del zapato contra el suelo—. Nunca me dejan que envíe a nadie al infierno. Es muy injusto. —Exhaló un profundo suspiro—. Está bien. Lo haremos a tu manera. Para algo eres la reina.

—Regresaremos —gruñó Rowder—. Con refuerzos. ¿Creen que esto nos detendrá? Hoy han hecho un enemigo poderoso, y, de ahora en adelante, dedicaré cada segundo que me quede en este mundo a hacerles la vida imposible. Recuerde, su majestad, que le hemos dado una oportunidad. Cualquier derramamiento de sangre que se produzca a partir de este momento será responsabilidad suya.

Zoe inclinó la cabeza hacia los periodistas, que estaban pendientes de cada palabra.

—Estoy deseando ver los titulares de mañana. Cuando quieras, Lucy.

—¡No! —bramó Rowder—. ¡Ni se te ocurra! No puedes...

Lucy levantó las manitas hacia ella.

—Como dijo una vez el gran Cab Calloway: ¡esquítel-at-de-op-de-dey!

Se oyó una serie de explosiones pequeñas, un triquitraque como de alguien pisando un plástico de burbujas. Los hombres trajeados se esfumaron uno tras otro en nubes de humo azul. Algunos intentaron huir, pero no llegaron muy lejos. Marblemaw profirió un alarido de angustia antes de desaparecer también con un chasquido.

Rowder se quedó sola, con mechones de pelo colgando en torno a la cara y la boca abierta de par en par.

—Esto es la guerra —masculló.

Arthur Parnassus se acercó para reunirse con su hijo y su reina, que se posó en el suelo, junto a él, y lo tomó de la mano. Lucy hizo lo

mismo al otro lado, y Arthur se sintió más fuerte que nunca. Todo plumas y fuego, el fénix irguió la cabeza en su pecho y chasqueó el pico.

—Adelante, declare su guerra —le dijo a Rowder—. Al margen de lo que ha ocurrido aquí, debe saber una cosa antes de ser desterrada: no nos esconderemos más. No nos rendiremos. Reconstruiremos este mundo para que sea lo que siempre debió ser: un lugar donde todos seamos bienvenidos. Y, puesto que usted no está con nosotros, está contra nosotros. Lucy.

Rowder abrió la boca una vez más, pero antes de que pudiera hablar, se le abombó la frente hasta que ella también explotó en una nube de polvo rutilante.

Cuando estallaron los vítores, Arthur no sabía muy bien qué estaba pasando. Más tarde, le entró la sospecha de que el señor Swanson era el instigador y los demás empleados del hotel lo habían secundado enseguida. En cualquier caso, aquella manifestación de júbilo desenfrenado y contagioso se extendió con rapidez hasta convertirse en el rugido más ensordecedor que Arthur había oído jamás. Giró en torno a sí despacio, con un hormigueo en la piel y el corazón en la garganta mientras la gente de la aldea —tanto humanos como personas mágicas— se abrazaba, se daba la mano o saltaba en el aire con el puño en alto. Martin Smythe y K-Nuto chocaron esos cinco y continuaron charlando animadamente. Un espectáculo aún mejor —aunque tal vez también más raro— fue el de Merle bailando una giga en medio de la calle, con una sonrisa radiante en su rostro por lo general malhumorado.

Arthur se sobresaltó cuando alguien lo tomó de la mano. Al volverse, vio a Linus, que lo observaba con una sonrisa tranquila.

—Ha empezado —musitó, maravillado.

—Estoy muy, pero que muy orgulloso de ti —dijo Linus—. De ti, de Zoe y de Lucy. De los otros niños también. De todos vosotros. Esto, Arthur, es aquello por lo que tanto has trabajado. ¿No te das cuenta? Has conseguido cambiar la forma de pensar de mucha gente.

Linus tenía razón. Lo habían conseguido. Tal vez había sido un logro a pequeña escala y las repercusiones no llegarían más allá de Marsyas, pero, tal como les había enseñado a los niños, hasta los actos más pequeños podían cambiar el mundo, si uno reunía el valor

suficiente para intentarlo. En cierto modo, era como las semillas que habían plantado en la deprimente casa donde había vivido Linus. Pese a la oscuridad y las sombras, la lluvia incesante, el color persistía, se abría paso y subía cada vez más hacia el cielo ennegrecido.

Pero la reina no había terminado. Ante la mirada de Arthur, avanzó entre la muchedumbre, que le abría paso con un gran respeto. Algunas personas incluso se inclinaban ante ella. Una niña —de la familia de los cíclopes— ejecutó una reverencia tan pulida que Zoe se rio, encantada, y le dio un suave apretón en el hombro al pasar.

No tardó mucho en llegar a su destino. De pie frente a los reporteros, los flases de las cámaras y los micrófonos tendidos hacia ella, alzó las manos para acallar sus estentóreas preguntas. Guardaron silencio, como todos los demás.

Menos Zoe.

—Gracias por venir a nuestra tierra. Por lo general la vida aquí no es tan emocionante, pero tenemos mucho que ofrecer. Por eso les diré lo siguiente, y tienen mi permiso para citarme textualmente. Tal como escribió Emma Lazarus: «Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres, a vuestras masas hacinadas que anhelan respirar libres, a los desdichados despojos de vuestras atestadas costas. Enviadme a estos, los desamparados, sacudidos por las tempestades. ¡Yo alzo mi antorcha junto a la puerta dorada!». —Extendió las alas entre los chasquidos de los obturadores—. El mundo exterior debe saber esto: Marsyas tendrá las puertas abiertas para todas las personas mágicas que busquen refugio, un lugar donde descansar de sus tribulaciones. Os acogeremos con los brazos abiertos y os ayudaremos en la medida de nuestras posibilidades, tanto si vuestra estancia entre nosotros es larga o breve. No obstante —añadió—, si alguien se presenta en nuestro hogar con intenciones abyectas, bueno...... —Endureció la expresión—. Os recuerdo que soy una soberana y haré lo que haga falta para proteger mi reino. —Parpadeó—. Vaya, eso ha sonado un poco siniestro, ¿no? Menos mal que tengo a mi compañera, Helen Webb, que ha accedido a mantenerse en el cargo de alcaldesa.

—Son una pareja de triunfadoras —jadeó Phee con chiribitas en los ojos.

—¿Y el problema de la sobrepoblación? —preguntó un periodista —. ¿Cómo puede invitar al colectivo mágico entero a venir aquí cuando no hay espacio suficiente?

—Me alegra que me hagas esa pregunta —dijo Zoe—. Si sois tan amables de acompañarme, con gusto os mostraré lo que tengo planeado. —Giró sobre los talones y echó a andar hacia donde se encontraban Arthur, Linus y los niños. A medio camino, Helen acomodó su paso al suyo, la tomó de la mano y le estampó un sonoro beso en el dorso.

—¿Qué sensación te ha quedado? —preguntó mientras avanzaban.

Zoe movió la cabeza de un lado a otro.

—Una sensación extraña. Irreal. —Hizo una pausa—. Positiva.

—El detalle de la corona no ha estado mal.

—¿No te ha parecido excesivo?

Helen se rio.

—Eso pregúntamelo más tarde cuando estemos a solas. Trae la corona.

—A sus órdenes, señora.

Cuando las mujeres llegaron junto a la familia, Zoe se dirigió primero hacia los niños, que se apiñaron en torno a ella hablando todos a la vez, menos Sal, que permanecía detrás, con la cabeza ladeada. Zoe lo miró.

—Esto ha sido gracias a vosotros —dijo.

Sal arrugó la frente.

—¿A qué te refieres?

—A vosotros —repitió la reina con delicadeza— y a la fuerza de vuestras convicciones. —Miró a los niños uno por uno—. La valentía con que os alzasteis en defensa de David y os negasteis a permitir que lo escondiéramos. La entrega con que cuidáis unos de otros, incluso cuando lo tenéis todo en contra. Quizá yo sea una reina, pero el poder de verdad lo tenéis vosotros. No lo olvidéis nunca.

La reina Zoe Chapelwhite se inclinó ante ellos, y las cadenillas de su corona oscilaron a los lados de su rostro.

El siguiente en dedicarles una reverencia no fue Arthur, no, sino Linus, con una mano en el pecho y la otra tras la espalda. Luego K-Nuto, Merle, Helen, el señor Swanson, el personal del hotel, la chica que vendía cometas, el anticuario, el nuevo dueño de la heladería, los bibliotecarios, los chicos, las chicas y les empleades no binaries de la librería y la cafetería.

Todos y cada uno de aquellos seres —tanto humanos como de

otras especies totalmente distintas— se inclinaron ante los pequeños.

Ellos contemplaban atónitos y con ojos como platos el homenaje que les rendía la aldea de Marsyas. La esperanza era eso; los niños, cartas de amor a un futuro que aún no estaba escrito. Sí, pensó Arthur mientras Sal sonreía con timidez, la esperanza era aquella cosa con plumas, pero también residía en el corazón y la mente de quienes creían que no todo estaba perdido, aun en las circunstancias más difíciles.

Por eso, cuando Zoe dijo «os necesito, os necesito a todos», esto no pilló a Arthur por sorpresa. Habían llegado hasta allí juntos, así que tenía sentido que continuaran todos unidos hasta el final.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Phee a Zoe cuando la tomó de la mano.

—Algo que debería haber hecho mucho tiempo atrás —dijo Zoe —. Vamos a cambiar el mundo.

Si un visitante hubiera llegado a Marsyas justo en aquel momento —listo para disfrutar de unas vacaciones planeadas con antelación e invadido por un alivio palpable al bajar del tren y respirar por primera vez aquel aire cálido y salobre—, habría presenciado una escena de lo más curiosa: cientos de personas caminando en pos de una mujer enfundada en una armadura de conchas, con una corona en la cabeza y rodeada de niños que la asediaban a preguntas. Dos hombres la seguían de cerca, ambos con aspecto de estar un poco hechos polvo. Entre la multitud había reporteros que preguntaban a voces si lo habían pensado bien, «¿Qué harán cuando regresen?», «¿Están diciendo que han entrado en guerra con el Gobierno?».

No les respondían, al menos por el momento. Ya habían visto bastante; lo que hicieran con esa información no dependía de Arthur. O publicarían la verdad, o la tergiversarían, como de costumbre. El momento de preocuparse por esas cosas pronto quedaría atrás.

A Arthur no le sorprendió que Zoe los guiara hacia los muelles de la aldea, situados en la bahía en forma de medialuna. A derecha e izquierda, había embarcaciones de diferentes formas y tamaños: barcos pequeños, botes de remo de alquiler, lanchas motoras y un par

de yates. Al final del embarcadero más largo, se encontraba el transbordador de Merle, con las olas besándole el casco.

Cuando llegó al embarcadero del transbordador, Zoe volvió la cabeza hacia atrás.

—Arthur, Linus, venid conmigo, por favor. Merle, tú también. Los demás, quedaos en tierra. Así estaréis más seguros.

Nadie le rechistó a la reina. Se arracimaron al borde del muelle, unos con sus hijos sentados en los hombros, otros de puntillas para intentar ver lo que estaba a punto de suceder.

La madera del embarcadero crujía bajo sus pies mientras se dirigían hacia el transbordador.

Arthur y Linus, aturdidos y un tanto cansados, mantenían la cabeza alta, con una expectación mal disimulada. Cuando Zoe había acudido a él para contarle sus planes, Arthur había hecho lo posible por asimilarlo. «Ver para creer», había dicho ella con una chispa en la mirada.

En cuanto llegaron al final del embarcadero, Zoe se agachó sobre el agua. Extendió el brazo para recoger agua salada en las manos ahuecadas. Dejó que se le escurriera entre los dedos.

—Mi abuela entendía el mar —dijo sin mirarlos—. Se comunicaba con él de formas distintas, casi como Chauncey con Frank. Pero no era solo el mar, sino todas las formas de vida que habitaban estas tierras. —Le dio la vuelta a la mano derecha, y una gota del océano pendía de la punta de su dedo índice. Se fue alargando hasta que se desprendió y cayó de vuelta en el mar con un plic, lo que ocasionó la propagación de pequeños círculos concéntricos en el agua. Cerró la mano en un puño—. Yo soy su nieta y seré la reina que ella creía que podía llegar a ser. —Zoe se irguió lentamente. A lo lejos, se vislumbraba la isla. Ella la contempló durante largo rato antes de volverse hacia ellos—. Chauncey, necesito tu ayuda. Habla con los peces, los erizos de mar, los tiburones y todos los seres que puedan escucharte. Adviérteles que está a punto de producirse un movimiento sísmico. Los arrecifes se desplazarán, pero no sufrirán daños. Les doy mi palabra.

—¡Cuenta conmigo! —exclamó Chauncey, dejando un rastro de baba mientras se dirigía hacia el final del embarcadero. Se inclinó sobre el borde y tomó una gran bocanada de aire.

—¡Fraaaaaaaannnnnk! ¿Estás ahí, colega? ¡Fraaaaaaaannk! ¡Te

necesitamos!

—Mientras Chauncey se encarga de...

—¡Fraaaaaaaaaannnnnk!

—... poner sobre aviso a la vida marina, quiero hablar contigo un momento, Merle.

Tras limpiarse las manos en el peto de su mono, el marino se aclaró la garganta, dio un paso al frente y adoptó la posición de firmes.

—Sí, su majestad.

Zoe soltó un resoplido.

—Déjate de majestades. Llámame Zoe, y no se hable más.

Merle abrió mucho los ojos.

—Ah... Eso puedo hacerlo.

—Bien —dijo ella antes de señalar al transbordador con la cabeza —. ¿Qué te parecería si te contratáramos de forma fija?

Merle frunció el ceño.

—Creía que todo este follón era porque ibas a hacer que la isla dejara de ser... ya sabes, una isla.

—Sí, así es. Y, si todo sale como yo quisiera, estaremos bastante ocupados en el futuro inmediato. Por eso quiero ofrecerte el puesto de barquero oficial de Marsyas. Ya sea en el transbordador o en otro medio de transporte, serás el encargado de traernos a todo aquel que busque refugio.

Merle rumió la propuesta un momento. Luego escupió sobre el borde del embarcadero.

—¿Chavales?

—Eso creo —dijo Zoe—. Y también algunos adultos. Ah, qué tonta soy, se me olvidaba un detalle: te pagaremos por ello y te pagaremos bien.

—¡Hombre, haberlo dicho antes! —Merle sonrió de oreja a oreja —. Me parece un buen trato.

—Ah, ya estás aquí, Frank —dijo Chauncey. En efecto, Frank dio un salto fuera del agua, y el sol se reflejó en sus escamas—. Gracias por venir tan rápido. Tengo una misión para ti. La reina ha vuelto y va a hacer magia a lo bestia. Dile a tu cardumen que avise a todos los que

están en el mar, entre la aldea y la isla. Va a dejar las cosas como estaban antes.

—Vamos —lo corrigió Zoe mientras Frank saltaba fuera del agua una vez más antes de desaparecer en las profundidades—. Porque no puedo hacer esto sola.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Talia al tiempo que Chauncey regresaba junto a ellos, sacando pecho.

—La magia surge del interior —explicó Zoe—. Lo importante no son nuestros poderes en sí. —Miró a David y a Phee—. Lo importante es el propósito, para qué la queremos, qué planeamos hacer con ella en el futuro. Mi abuela siempre decía que la tierra y el mar están atentos a todo lo que hacemos. Saben quiénes quieren dañarlos, quiénes pretenden utilizarlos para causar dolor y sufrimiento. Si hacemos esto, nos convertiremos en sus protectores. —Dedicó una sonrisa a los niños—. Vosotros seréis sus reyes y reinas, y quienes lleguen aquí desde algún lugar del otro lado del mar acudirán a vosotros en busca de orientación y esperanza. Es una carga pesada, pero sé que sois lo bastante fuertes para sobrellevarla, sobre todo porque no estaréis solos.

—¿Así que puedo ser caballero y además reina? —exclamó Lucy—. ¡Y eso que ni siquiera es mi cump!

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Sal.

—¿Estáis seguros? —preguntó Zoe—. Porque necesito que estéis...

—Ya has oído a nuestro hijo —dijo Linus—. Estamos preparados, ¿no es así?

—¡Sí! —respondieron los niños al unísono.

—¿Arthur? —preguntó Zoe.

«Mamá —pensó él—. Ojalá pudieras verme ahora. No estoy solo».

—Mi reina... —dijo Arthur Parnassus.

Zoe se sorbió la nariz y se enjugó los ojos.

—Te he dicho que no me llames así.

—Es cierto —convino él—. Por fortuna, he decidido no hacerte caso.

El sol estaba a punto de ponerse esa cálida tarde de verano, con el mar

en calma e incendiado de reflejos anaranjados y rojizos. Al principio del embarcadero, una nutrida multitud permanecía en silencio, mirando, esperando.

En el embarcadero propiamente dicho había una familia dispuesta en forma de V, como una bandada de pájaros. En el vértice de la V, se erguía una reina, alta y orgullosa, con el vestido ondeando en torno a sus tobillos, y un brillo trémulo en las alas. Sujetaba la mano de Lucy, que sujetaba la mano de Talia, que sujetaba la mano de David, que sujetaba la mano de Linus. Al otro lado de Zoe se encontraba Phee, luego Chauncey, Sal, Theodore y Arthur, que estaba agarrado de la mano de Sal, con la cola de Theodore apoyada en el hombro.

Zoe tendió la vista hacia la isla y el mar.

—Notaréis una energía intensa que tira de vosotros —dijo—. No os resistáis. Pensad que es como si estuvierais de pie en la orilla de la playa. Cuando las olas chocan contra vosotros sentís su fuerza, incluso mientras vuestros pies se hunden en la arena. Viene a ser lo mismo. Dejad que fluya sobre vosotros, que os salude, que conozca vuestro verdadero yo y compruebe que nuestras intenciones son puras. Yo me encargo del resto. Y, pase lo que pase, no os soltéis.

Todo comenzó en cuanto el sol tocó el horizonte. Un resplandor blanco inundó los ojos de Zoe mientras le zumbaban las alas. El viento del océano soplaba en torno a ellos —apenas se notaba el picor de la sal— y agitaba la ropa de todos los que no eran nudistas declarados. Linus contuvo un grito de asombro cuando Zoe se elevó desde el embarcadero, con el aire arremolinándose a sus pies. Mientras ascendía cada vez más, Arthur sintió que tiraba de él esa energía de la que ella les había hablado. La sensación le nació en el pecho, donde el fénix enderezó la cabeza, lanzando chillidos tan estridentes, que Arthur creyó que se oirían a kilómetros de distancia. Se desplazó del pecho a los brazos, los hombros y la cabeza, insistente, tanteando, indagando.

Arthur la dejó entrar.

Lucy soltó una fuerte carcajada cuando se alzó en el aire y agitó las piernas en el vacío. Phee no batió las alas cuando ella también se vio impulsada hacia arriba. Los siguieron Talia y Chauncey, luego David, Sal y Theodore, hasta que todos los niños flotaban a un metro por encima del embarcadero.

Arthur se volvió hacia Linus, que había adquirido un tono verdoso.

—No sé si me apetece mucho eso de flotar —admitió—. A algunos nos gusta tener los pies firmemente apoyados en el... ¡Ay, madre! —Salió disparado hasta quedar suspendido a tres metros de altura, con el cabello ondulándose despacio en torno a su cabeza como si estuviera bajo el agua. Su cuerpo empezó a torcerse hacia una posición horizontal, hasta que Theodore estiró la cola de golpe, la enrolló a su cuello con delicadeza y tiró de él para que recuperara la verticalidad—. Ya está —dijo Linus con voz temblorosa—. No tiene mayor secreto. Me quedaré... flotando aquí, sin más. Con la más absoluta naturalidad.

Arthur echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír de forma incontenible hasta que sus pies se separaron del suelo. Unas llamas surgieron espontáneamente a lo largo de sus brazos. Acto seguido, se extendieron por Sal y Theodore sin quemarlos hasta rodear la cintura (¿o el pecho?) de Chauncey como un *hula hoop*. Este pegó un chillido y se meneó de gusto mientras el fuego danzaba alrededor de él antes de envolver a Zoe. Las llamas crepitaban y chisporroteaban por todo su cuerpo al tiempo que el naranja rojizo se mezclaba con los colores cambiantes de su vestido. Después pasó a Lucy, Talia y David, a los que el calor cosquilleante les arrancó una risita.

Por último, el fuego alcanzó a Linus y se elevó por encima de él formando la silueta de un ave. Entre el crepitar de las llamas, el fénix agachó la cabeza hacia Linus y apretó el pico contra su nariz.

Linus inspiró y exhaló, y en su aliento Arthur percibió miedo, preocupación, pero, sobre todo, una reserva aparentemente inagotable de esperanza y valentía. En ella, atisbó por unos instantes lo que Linus veía cuando contemplaba al fénix: amor, curiosidad, y un orgullo inmenso.

Él era el fénix, y el fénix era él. El ave irguió la cabeza una vez más y, mientras cobraba forma y el fuego cedía el paso al plumaje, desplegó las alas por encima de ellos y emitió un chillido que resonó a través del mar.

A lo lejos, oyó que Zoe gritaba «¡ya!».

Él era el fénix, era Arthur, y parpadeó una y otra vez cuando una luz blanca brotó del pecho de Zoe y formó una esfera pequeña, de unos cinco centímetros de diámetro, frente a ella. Lucy comenzó a

emitir un fulgor rojo demoníaco; Phee, un resplandor amarillo, como las hojas de un álamo temblón; Talia, un brillo rosáceo del mismo tono que sus preciadas begonias. El de David era casi blanco, como la nieve o el hielo; el de Chauncey, azul como el mar. El de Sal y Theodore, verde como una llamarada de guiverno, contenía palabras escritas con una letra angulosa familiar: «Quebradizo, fino, fíjate en mí y he encontrado el camino».

Y la luz que emanaba de Linus era blanca, roja, amarilla, rosa, azul, verde y de un naranja rojizo. Él formaba parte de ellos, y ellos de él, y pensó en la florecita amarilla que se había encontrado en los escalones cuando había regresado a aquella casa por primera vez, el amarillo de sus girasoles, el único toque de color en un mundo monocromático.

Por último, Arthur despedía el resplandor anaranjado rojizo del fuego y las plumas.

Las luces de todos ellos se fusionaron delante de Zoe en una esfera fulgurante en la que los colores danzaban y se entremezclaban. Esta se deshizo y se reconstituyó como la misma concha de nautilo que la reina había grabado en la calle. Mientras resplandecía ante ella entre los destellos de rayas iridiscentes, Zoe se inclinó hacia delante y la besó en el centro.

El caparazón y el fénix salieron disparados por encima del estrecho en dirección a la isla. Llegaron al punto medio, el ave con las alas bien abiertas para aprovechar una corriente ascendente que lo elevó hacia el cielo. Más abajo, la concha de nautilo se detuvo en el aire y giró hasta quedar paralela al mar. Cuando el fénix alcanzó su altura máxima sobre el mar, se dejó caer hacia atrás, plegando las alas contra los costados mientras se precipitaba en picado hacia el caparazón.

—¡Agarraos! —gritó Zoe cuando el embarcadero comenzó a temblar y las olas, cada vez más grandes, les salpicaban las piernas, los brazos, el rostro.

El fénix chocó con la concha, y Arthur apretó los dientes, sometido a una fuerza enorme, más intensa que nada de lo que había sentido hasta entonces. El tiempo se ralentizó mientras el caparazón se rompía en pedazos que recubrieron el pico, la cara, el pecho y las alas del fénix.

Cuando el ave impactó en el agua, Arthur se separó en dos,

partido limpiamente por la mitad. Nunca había estado tan apartado del fénix. Ni siquiera sabía que aquella separación era posible. Se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Estaba flotando por encima del muelle, y al mismo tiempo zambulléndose hacia las oscuras profundidades, con el agua burbujeando a su alrededor. Discordante, mareado, el fénix se impulsaba más y más hacia abajo. Ante él estaba el lecho oceánico, donde las hojas largas y ondulantes de los pastos marinos se mecían de un lado a otro.

En el momento en que tocó el fondo con el pico, se extendieron por el suelo marino grandes grietas que se llenaron del mismo fulgor blanco que despedían los ojos de Zoe. Antes de que desapareciera entre miles y miles de burbujas efervescentes, Arthur habría jurado haber visto surgir del fondo lo que parecía una gigantesca estatua de piedra.

En el embarcadero, Arthur abrió los ojos, que le escocían por la sal.

Con un rugido sordo, la tierra emergió del mar. La bahía en forma de medialuna que los rodeaba se llenó de piedras, arena, hierba, árboles y miles y miles de flores. Las embarcaciones —entre ellas el transbordador— cabeceaban y crujían mientras el océano las elevaba cada vez más. Debajo se formaron canales que desembocaban en el mar. Cuando los barcos se asentaron de nuevo en el agua, el transbordador se escoró peligrosamente, pero consiguió enderezarse.

Ante ellos, surgieron acantilados rocosos a los lados de un camino blanco pavimentado de conchas negras, a modo de adoquines. Grandes estatuas de piedra, de por lo menos seis metros de altura, bordeaban el camino. Representaban espíritus en poses diversas, sosteniendo flores, arbolitos, pájaros o largos rollos de pergamino.

El camino continuó formándose, entre los chasquidos de las piedras y el lecho rocoso al encajar en su sitio. Se extendió hacia la isla y circundó su hogar, mientras el mar se arremolinaba con furia y las olas coronadas de blanco rompían contra la orilla. Por un momento, a Arthur le pareció que la isla se elevaba sobre el mar, pero no era más que una ilusión: la isla no estaba elevándose.

Estaba creciendo.

Ante sus ojos, Marsyas creció y creció, y, cuando todo terminó, cuando la luz se extinguió, el sol se ocultó tras el horizonte y ellos descendieron lentamente hacia los muelles, la isla que conocían había

dejado de existir.

En su lugar, se alzaba algo familiar y a la vez asombroso. La forma era prácticamente la misma que antes, o eso le pareció a Arthur, pero el tamaño era cinco veces mayor. Unos árboles que nunca habían existido en la isla se mecían por la brisa. Eran muy altos, como si llevaran décadas creciendo allí. Entre ellos, en las copas, había unas construcciones pequeñas que parecían casas y que no estaban allí solo unas horas antes, cuando habían salido de la isla.

—Nuestro hogar —dijo Zoe en voz baja, mientras se oía el chillido de una gaviota en lo alto—. Tal como era antes y como será a partir de ahora. —Volvió la cabeza y posó en ellos los ojos, que habían recuperado su aspecto normal. Una lágrima le resbaló por la mejilla cuando sonrió.

—¿Es para nosotros? —preguntó Phee, maravillada, tomándola de la mano.

—Sí —dijo Zoe—. Para todos nosotros. Un regalo del mar.

—¡Frank! —exclamó Chauncey con alegría cuando su amigo dio un salto fuera del agua y giró en el aire. Corrió hacia el borde del embarcadero más próximo al transbordador—. ¿A que ha sido una locura? ¡He volado y he hecho magia! ¿Todo bien ahí abajo? ¿Cómo dices? Caray, ¿en serio? —Chauncey se volvió hacia los demás—. Frank dice que, hasta donde sabe, ninguna criatura marina ha sufrido el menor daño. Las estrellas de mar no están muy contentas, pero por algo las llaman las divas del mar.

Arthur agarró a Linus de la mano.

—Chicos, ¿qué os parece si vamos a ver lo que hemos creado?

Lucy alzó la vista hacia ellos.

—Pero no solo nosotros, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Linus.

Lucy señaló en dirección a la aldea. Cuando miraron hacia allí, advirtieron que el público seguía allí e incluso se había acrecentado. Cientos de personas los observaban con no poco asombro. Al frente de ellos se encontraba Helen, con la cabeza apoyada en el hombro de K-Nuto, y enjugándose los ojos.

—Habéis dicho que sería para todos —explicó Lucy—. Eso los incluye a ellos también.

—Tienes razón —respondió Zoe. Alzando la voz, dijo—: ¡Vecinos de Marsyas! ¿Queréis ver vuestro nuevo reino?

Ellos prorrumpieron en gritos de alegría y dejaron que los niños les mostraran el camino a casa.

# Epílogo

Una fresca mañana de otoño, Arthur Parnassus salió a dar un paseo. No tenía un destino concreto en mente, aunque sabía que más le valía evitar el extremo sur de la península, por las amenazas de muerte. Si bien era cierto que esas amenazas procedían de una gnoma camorrista, y aunque no era la primera vez que las profería (y probablemente no sería la última), Arthur prefirió no tentar a la suerte, y menos aún en ese día en concreto. Ella llevaba mucho tiempo esperando ese momento.

Además, esa mañana tenía otras cosas en qué centrar su atención, y esto ayudaba a impedir que acabara reventado.

Había tardado un poco en familiarizarse con la nueva Marsyas. Podría decirse que solo Zoe y los niños conocían mejor su hogar, pero incluso ellos seguían descubriendo cosas sobre él.

La antigua isla, ahora península, aún estaba cubierta de un espeso bosque. Además de las casas principales y la morada de Zoe, ahora Marsyas estaba salpicada de viviendas de piedra y conchas machacadas, todas de colores pastel, como las de la aldea. Algunas se alzaban en medio de bosquecillos de árboles que daban abundantes frutos. Otras estaban construidas en las ramas de los árboles mismos. Se accedía a ellas por medio de escalas de cuerda, y unas pasarelas de madera las comunicaban entre sí por encima del suelo del bosque. Y luego había otras que se habían formado bajo tierra, en las laderas, con un interior húmedo y fresco.

¡Y qué decir de los caminos! En vez de los senderos erosionados de antaño, ahora había caminos empedrados que recorrían Marsyas de un extremo a otro y se entrecruzaban a lo largo y ancho de la antigua isla. A los lados, entre la flora y la fauna, se erguían vetustas estatuas de espíritus recubiertas de musgo, y frondosas enredaderas que colgaban de los dedos de piedra.

La carretera principal circunvalaba la península, lo que permitía

a los vehículos recorrerla en su totalidad y mostrarla a los visitantes que acudían a ver la nueva Marsyas. Eran los turistas ideales: se quedaban poco tiempo, gastaban dinero y luego se marchaban a casa.

Arthur sonrió cuando un niño y una niña pasaron corriendo por su lado entre risas ruidosas y desenfadadas. Cuando miró hacia atrás, la niña desapareció. Su amigo era un muchachito de dientes mellados, ojos morados, y piel negra y escamosa.

—¡No vale! —exclamó—. No puedes volverte invisible. ¡Eso es trampa! —Se volvió hacia Arthur—. Señor Parnassus, dígale a Alice que no haga trampa.

Una mujer se acercó por el camino, agobiada. Al ver a Arthur ahí de pie, suspiró y alzó los ojos al cielo.

—Billy —dijo mientras el chico rezongaba—. Ya conoces las reglas. Si Alice quiere usar la magia, puede hacerlo. Y el señor Arthur tiene cosas más importantes de qué ocuparse hoy.

Alice reapareció.

—Lo siento, Billy —dijo—. ¡Hola, señor Parnassus!

—Alice —la saludó él, ladeando la cabeza—, Billy. Da la impresión de que habéis estado explorando. ¿Habéis descubierto algo interesante?

A Billy se le iluminó el rostro.

—Sal me ha dicho que hay un tesoro escondido en alguna parte de la isla —dijo, en un susurro conspirativo—. Alice y yo lo encontraremos.

—Ah —dijo Arthur—. Pero ¿y si el auténtico tesoro es la amistad que forjáis durante la búsqueda?

Billy respondió con una pedorreta.

—No, quite, quite. Vamos a encontrar joyas y monedas y...

—... luego vamos a devolverlo todo porque no es nuestro —dijo Alice, completando la frase por él.

—Bueno, sí —afirmó Billy—. Pero nos llevaremos el mérito por haber encontrado el tesoro. ¡Vamos! Sal me ha dicho que tenemos que buscar una piedra que parece Calíope durmiendo al sol. Así sabremos que andamos cerca.

Se alejaron corriendo por el camino hasta perderse de vista.

La mujer, Gayle, madre de Billy, sacudió la cabeza.

—Le pido disculpas por eso.

Arthur alzó la mano.

—No es necesario que se disculpe. ¿Qué tal se están adaptando a la vida aquí?

—Tan bien como cabe esperar —respondió ella. Aún tenía ojeras, pero menos marcadas que cuando acababan de llegar—. Anoche los dos pudimos dormir del tirón por primera vez. —Gayle agachó la cabeza—. Al despertar esta mañana, simplemente… he respirado. Solía dolerme, pero ya no. Luego he ido al cuarto de Billy y… —Se sorbió la nariz—. Seguía dormido. Hacía mucho tiempo que eso no ocurría.

—Me alegro mucho —dijo Arthur con afecto—. Se lo merecen. Los dos. ¿Ha pensado en aquello de lo que hablamos?

Ella asintió con decisión.

—Sí. Y, si la oferta sigue en pie, me gustaría aceptarla. —Se apresuró a precisar—: Siempre y cuando a la reina le parezca bien, claro.

Arthur rio por lo bajo.

—Fue idea de Zoe. Pese a todos sus talentos, los entresijos de la ley se le escapan. Contar con la experiencia de una abogada que entiende estas complejidades nos facilitará mucho las cosas.

—No he ejercido desde que nació Billy —le advirtió Gayle—. Me llevará un tiempo ponerme al día.

—Nos hacemos cargo —respondió Arthur—. Y si podemos ayudarle en algo, no tiene más que pedirlo.

—En ese caso, haré todo lo posible. ¿Podría decirle a la reina que estaré encantada de reunirme con ella la semana que viene?

—Será un placer —dijo Arthur—. Por cierto, hemos recibido la noticia de que una psicoterapeuta ha decidido venir a Marsyas. Una selkie, según tengo entendido. Ha pedido permiso para abrir una consulta aquí, una vez que se haya instalado. Si en algún momento Billy o usted deciden que la terapia podría resultarles beneficiosa, nos ocuparemos de ello. Yo mismo le he pedido que me acepte como paciente, pues ya es hora de que alguien me ayude a encontrarle sentido a todo lo que he pasado. También quiero que trate a nuestros hijos y a cualquiera que necesite hablar con alguien, más que nada porque ella tiene experiencia con el colectivo mágico.

—Porque no podemos salir adelante solos —añadió Gayle despacio.

—No, no podemos.

Y entonces ella le planteó la pregunta que Arthur había oído una vez tras otra, la pregunta que rondaba la mente de todos.

—¿Y si vuelven a intentarlo?

Se refería al DEJOMA y el DEAMA, que en aquel momento sufría una crisis de imagen de dimensiones épicas. Después del día de la confrontación, la noticia del así llamado «milagro en Marsyas» había corrido como la pólvora. Saltó a los titulares de todos los periódicos y los noticiarios tanto de la radio como de la televisión, donde se mostraban escenas de una revuelta: los Baker Parnassus de pie, rodeados por hombres trajeados, los niños con expresión aterrada, Zoe descendiendo de lo alto como última superviviente de su pueblo y como reina, la expulsión de los invasores, la restitución del antiguo esplendor de Marsyas.

Pero una imagen en concreto quedó grabada a fuego en la retina de casi todos los que la vieron: Jeanine Rowder, con la mano levantada, a punto de descargar un golpe. Ante ella, Lucy, de poco más de la mitad de su tamaño, con el rostro alzado hacia ella.

La fotografía —capturada por un visitante que estaba allí de vacaciones con un grupo de observación de aves— se convirtió en un icono indeleble de la batalla por los derechos de las personas mágicas. Se publicaba en los periódicos, aparecía en todas las pantallas, se exhibía en pancartas durante las manifestaciones en las que el colectivo mágico reivindicaba la igualdad de derechos. Los comentaristas pontificaban sobre ella y aseguraban que no era más que propaganda antigubernamental, que el verdadero problema era que dejaran al Anticristo campar a sus anchas por una aldea en la que cualquier cosa podía suceder.

«¿No se dan cuenta de lo que pretenden? —bramó uno de esos exaltados en un programa de noticias de la radio—. Van a por nuestros hijos, para adoctrinarlos y hacerles creer que ser mágico es normal. ¡De normal, nada! Es una decisión. Ahora más que nunca, nuestro estilo de vida está en peligro y debemos proteger a nuestros hijos. Casi no duermo por las noches pensando en esas pobres almas descarriadas. ¡Si ves algo, avisa!».

Aunque Arthur habría dado lo que fuera por ver por un agujerito a Rowder, Marblemaw y los matones trajeados cuando se presentaron en el despacho del primer ministro, tuvo que conformarse con lo que ocurrió después.

Rowder, tal como era de esperar, intentó presentar una visión sesgada de su destierro en una conferencia de prensa en la que afirmó que la habían atacado en el transcurso de lo que describió como «una simple inspección para asegurarme de que los niños no estaban siendo maltratados». Acto seguido, declaró que lo sucedido en Marsyas sentaba un precedente peligroso y formuló lo que consideraba la pregunta más importante a la que se enfrentaba la humanidad en ese momento: ¿qué ocurriría si otra persona mágica hiciera lo mismo?

Desafortunadamente para ella, ninguno de los periodistas presentes parecía interesado en seguir su razonamiento. En vez de ello, preguntaron a gritos si alguna vez había pegado a un niño tutelado por el DEJOMA, si Marblemaw recibiría alguna sanción por haber hecho daño a un niño yeti en la calle delante de decenas de testigos, si el Gobierno tenía previsto reconocer a Marsyas como país o si planeaba entrar en guerra e invadirlo. En caso afirmativo, prosiguió un periodista, ¿qué impediría al espíritu de los océanos desterrar a todas las personas que enviaran ahí?

—Además, usted ni siquiera puede volver ahí, y mucho menos encabezar el ataque —concluyó.

Rowder se agarró al atril con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Se inclinó hacia delante casi hasta tragarse los micrófonos que tenía ante sí.

—Lo repetiré una vez más: el chico es el Anticristo. Es el hijo del diablo. ¿Es que nadie entiende lo que eso significa?

La conferencia de prensa terminó sin el anuncio de una resolución.

Dos semanas después, el primer ministro Herman Carmine convocó a su vez una en su despacho. En vez de su habitual traje de raya diplomática, llevaba un jersey grueso y un pantalón informal de color canela, y estaba sentado en un sillón acolchado frente a la chimenea, donde crepitaba el fuego. Sonreía, estallaba en carcajadas, les hacía bromas a los periodistas. De pronto, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, adoptó un aire grave y les comunicó que Jeanine Rowder había decidido retirarse de la política para pasar más tiempo con su familia. Él había aceptado su dimisión, aseguró, con la esperanza de que eso suavizara las relaciones con el nuevo país vecino.

—Además —prosiguió Carmine—, me complace anunciar que he

elegido a una nueva directora de los departamentos encargados de los jóvenes y adultos mágicos. Aunque aún está por confirmar, dudo que exista alguien mejor cualificado para el cargo. No solo tiene experiencia previa por su trabajo en Altísima Dirección, sino que... Bueno, será mejor que se la presente. Doreen, ¿puedes venir un momento?

Doreen Blodwell entró en el despacho. Avanzó con la cabeza alta y andar elegante hasta detenerse junto a Carmine y apoyar la mano en el respaldo del sillón. Llevaba un llamativo traje pantalón, de color blanco y amarillo chillón, con un vertiginoso escote que dejaba poco a la imaginación. Carmine le sonrió, y Arthur se acordó de lo que Larmina le había dicho en el ascensor a Linus y a él antes de la audiencia. ¿Qué había respondido a la pregunta de Linus?

«—¿Cómo es que no la han descubierto ellos? ¿O ustedes?

»—Porque sabemos cómo funciona la mente de los hombres. Basta con dedicarles una sonrisita, tocarles el brazo o estar pendiente de todas sus palabras para que se crean irresistibles para las mujeres. Así que no somos más que chicas bonitas con la cabeza hueca».

—Gracias, primer ministro Carmine —dijo Doreen en un tono suave y seductor—. Es un honor contar con su apoyo. En cuanto se confirme mi nombramiento como directora del DEJOMA y el DEAMA a partir del nuevo año, reexaminaré todos los protocolos que nos han llevado a esta situación. Aunque la idea de un cambio de rumbo puede resultar aterradora, si seguimos por el mismo camino que en las últimas décadas, corremos el peligro de llegar a un punto sin retorno. —Hizo una pausa, cerrando los ojos. Todos guardaron silencio. Al cabo de unos momentos, los abrió de nuevo y dijo—: Tal vez piensen que no tienen motivos para confiar en mí, que seré igual que todos mis predecesores. Espero que esto disipe sus temores.

Se llevó las manos a los lados de la cabeza y se apretó el pelo con las palmas. De pronto, el cabello se movió, primero a la izquierda, luego a la derecha, hasta que ella se quitó la peluca, dejando al descubierto el pálido cuero cabelludo de su cráneo rapado. Sin embargo, no fue la revelación de la peluca lo que daría que hablar durante semanas o incluso años, sino las dos protuberancias óseas que le sobresalían de la cabeza. Eran negras, de cinco centímetros de ancho y dos y medio de alto.

—Soy una sátira —dijo Doreen ante los flases de las cámaras—.

Mestiza, en realidad. Cuando tenía cuatro años, empezaron a salirme cuernos. Mi madre me llevó al médico, y él le advirtió que los cuernos no pararían de crecer. Le ofreció una solución: el desyemado. —Su mirada se endureció—. Es lo que se le hace al ganado. A diferencia de lo que ocurre con el descornado, se usan hierros candentes para matar las células que dan origen a los cuernos. No fue una operación exenta de dolor ni de sufrimiento. Ya nunca me volverán a crecer. —Mostró la peluca a las cámaras—. Esta era mi armadura, mi defensa. —La tiró al suelo—. Ya no la necesitaré, porque usarla implicaría que tengo algo que ocultar, y no es así. —Apoyó la mano en el hombro de Carmine, y clavó en él sus uñas de color amarillo sol—. ¿Verdad, primer ministro?

—Sí, sí —se apresuró a responder él—. Esta vez lo haremos bien.

Una semana después, había llegado por mensajería una carta dirigida a los señores Baker Parnassus. Dentro del sobre había una nota breve, escrita a mano con tinta color rosa chicle:

> Es un comienzo. Dadme tiempo.
> ¿No desearíais estar aquí?

—¿Confías en ella? —había preguntado Arthur.

—Quiero confiar —había contestado Linus—. El tiempo dirá, como en todo.

Y ahora que Gayle esperaba su respuesta, Arthur le dio la única que podía:

—Si vuelven a venir a por nosotros, si, después de todo lo que han visto, se empeñan en intentarlo, entonces se enfrentarán al poderío de una reina que ya está hasta los soberanos ovarios.

Gayle rompió a reír, tapándose la boca con la mano.

—¡Señor Parnassus!

Él le guiñó un ojo.

—A veces hay palabras que expresan a la perfección lo que sentimos. Me gusta soltarlas de vez en cuando, siempre y cuando no haya orejas pequeñas presentes.

Se oyó un grito de Billy desde más adelante en el camino, y Gayle se despidió antes de echar a andar a toda prisa detrás de él y Alice. Arthur aguardó a que doblara un recodo para proseguir la marcha.

Encontró a la reina en el claro, y los pétalos blancos que caían de los árboles en flor alrededor de su hogar cubrían el suelo de un manto como de nieve. Estaba sentada en un viejo tocón, y las alas relucían a su espalda. A sus pies había tomado asiento un grupo de recién llegados: tres adultos y dos niños, todos ellos væters, seres que vivían en comunión con la naturaleza a un nivel que iba incluso más allá que el de Phee, Talia y Zoe. Todos eran pequeños; el más alto, el abuelo, era apenas la mitad de alto que Arthur. Los niños, que medían solo treinta centímetros, tenían los ojos el doble de grandes que los humanos. Uno de ellos —una chica llamada Frida—, al oír que Arthur se acercaba, tocó el suelo del bosque, que comenzó a latir con un ritmo pausado y cálido como el verano. Los pétalos se arremolinaron en torno a él, como atrapados en un tornado lento.

Zoe se levantó y tomó de las manos al mayor de los væters.

—Gracias por sus consejos. Es estupendo obtener confirmación de que la tierra es feliz. Si eso cambia en algún momento, por favor, avíseme, y trabajaremos juntos para remediarlo. Y ahora, si sigue el sendero, los árboles los conducirán hasta mi representante. Martín, que está al cuidado de sus pertenencias, los acompañará a su nuevo hogar. Si necesitan cualquier cosa, solo tienen que pedírsela, y él se ocupará de todo.

El abuelo se inclinó ante la reina antes de guiar a su familia por otro sendero, que llevaba al centro de la isla.

—¿Cómo va todo? —preguntó Arthur mientras Zoe realizaba un pase mágico con la mano y el tocón entraba rodando por la puerta abierta de su casa.

—Tirando —murmuró ella—. Necesito pulir mis habilidades sociales. Mi abuela me dijo una vez que a menudo la labor de una reina consistía en escuchar sin interrumpir, y que se aprendía más así. —Soltó un bufido de irritación—. Cuesta mucho no interrumpir, sobre todo cuando les oigo contar todo lo que han pasado.

Arthur ladeó la cabeza.

—Me imagino que muchos solo buscan un oído comprensivo. Seguramente es la primera vez que alguien los escucha.

Zoe agitó una mano.

—Ya lo sé, pero... —Suspiró—. Esto nunca será fácil, ¿verdad?

—No, me temo que no. Pero las historias que nos ofrecen, estos relatos de tragedia y esperanza, el hecho de que confíen en que

prestemos atención a todas y cada una de sus palabras y nos conviertan en guardianes de sus secretos constituye una lección de humildad. Los guardamos aquí —se llevó la mano al corazón— y aquí. —Se dio unos golpecitos con el dedo en la sien.

—¿Cuántos van? —preguntó ella, tendiendo la mirada hacia el bosque mientras los blancos pétalos se posaban en su cabello.

—¿Cuántos han llegado a la isla? Contando a los vætters, ahora sumamos ochenta y cuatro, mayoritariamente seres mágicos, incluidos treinta y dos menores de dieciocho años.

Zoe dejó escapar un resoplido.

—¿Y cómo van las clases?

—De perlas —dijo Arthur—. Hemos tenido la suerte de que hubiera tres maestros entre los adultos que han venido. Están colaborando con Linus para elaborar planes de estudio que garanticen que cada niño reciba una educación adecuada.

—Y más que vendrán —opinó Zoe—. Como esto siga así, acabaremos por quedarnos sin espacio.

—Lo sé —dijo Arthur—, pero no pienso rechazar a nadie. Ya nos buscaremos la vida. —Luego, solo por chinchar, agregó—: Su majestad.

Ella hizo una mueca.

—Cuidado, Parnassus. Mi condición de espíritu de los océanos me permite acceder a fuentes de energía que antes estaban fuera de mi alcance. No te conviene cabrearme.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Tomo nota, querida mía. Y ahora, pasemos al asunto que me trae aquí. Me han prohibido terminantemente que me acerque al extremo sur de la península. Siete niños han prometido que, como intente llegar antes de la hora señalada, mi muerte no será ni placentera ni rápida.

—¿Lucy?

—David —respondió Arthur—. Me he sentido muy orgulloso al recibir esta amenaza de él. Demuestra que se está integrando a pasos agigantados.

—Me han dicho que la semana pasada David llamó «papi» a Linus sin querer.

—Así es. Justo en mitad de la cena. Linus se deshizo en lágrimas y levantó a David en brazos, y esa es la foto que por fin ha completado

el regalo de cump de Linus. Los otros niños construyeron el marco y el propio David lo colgó. Después de eso, había cubitos de hielo por todas partes.

—Qué bien —dijo Zoe—. Apuesto a que antes de Navidad estará llamándoos «papá» y «papi».

—Sería el mejor regalo —convino él—. Pero no hay prisa. Al menos hoy.

—¿Ah, sí? —dijo Zoe, parpadeando con aire inocente—. ¿Es que hoy va a pasar algo más de lo que no estoy enterada? —Se dio unos golpecitos en el mentón—. No se me ocurre nada que...

Él la estrechó con fuerza, hundiendo el rostro en su cabello. Ella lo abrazó a su vez, con una risa alegre y la nariz contra su cuello.

—¿Esto es real? —susurró él.

—Sí —musitó ella con vehemencia—. Todo esto es real. Lo es hoy, lo será mañana y todos los días que vendrán.

—Soñé con ese momento —le confesó Arthur mientras los pétalos danzaban alrededor de ellos—. Y ahora que ha llegado, me... —Soltó una risita—. Me siento un poco nervioso, para serte sincero. Más que un poco.

Zoe se apartó y le aferró los antebrazos.

—¿Tienes miedo?

Él negó con un gesto.

—¿De esto? Ni hablar.

—¿Él está con Helen?

—Sí. Me dejó muy claro que verlo antes de la ceremonia traería mala suerte.

—¿Me estás diciendo que te echó de tu propia casa? —preguntó Zoe, divertida—. Pues sí que empezáis bien.

—Así es —dijo Arthur—. Y yo, por mi parte, estoy deseando continuar.

—Pues entonces es hora de que vayas a ver qué atuendo han elegido los niños para ti. —Lo condujo hacia su casa—. Querían mi opinión, pero les dije que esto era cosa de ellos, así que debían decidir por sí mismos. Prepárate para... Bueno, ya lo verás.

—Eso suena de lo más inquietante —dijo Arthur—. Has conseguido intrigarme.

Un visitante que hubiera llegado a la aldea de Marsyas ese día la habría encontrado convertida en pueblo fantasma: no había puestos de comida ambulantes, ni salía música de las puertas abiertas de los comercios. Hasta Rock and Soul, la tienda de discos local, estaba cerrada ese día, cosa rara teniendo en cuenta que el propietario —un tal señor K-Nuto— solía llegar temprano y no se marchaba hasta bien entrada la noche. Que su casa estuviera situada justo encima del establecimiento le facilitaba las cosas.

Había algunos peatones por la calle, pero eran pocos y espaciados, y en su mayoría parecían un poco asustados por lo vacío que estaba todo. De vez en cuando, se detenían frente a los carteles fijados por toda la calle principal, en escaparates, portales y postes de teléfonos. El mensaje era conciso e iba al grano: «¡Cerrado por celebración! ¡Vuelva mañana!».

—¿Celebración? —murmuraban—. ¿Qué puede estar celebrando una aldea entera?

¡Pues nada menos que el acontecimiento de la temporada! Según los enterados, todo el que era alguien deseaba asistir. Y, aunque todo aquel que quería una invitación la había recibido, esto no impidió que Chauncey y Talia nombraran a Merle encargado de la lista de invitados. Enfundado en un traje de raya diplomática bastante estiloso, el hombre, apostado frente a un bosquecillo, les indicó a todas las personas de la cola que fueran sacando su invitación y les advirtió que no aceptaría sobornos por parte de quienes afirmaran haber perdido la suya.

Arthur lo oyó mientras se acercaba del brazo de Zoe. Mientras Merle hacía pasar a los últimos invitados por entre los árboles, él se aclaró la garganta.

—Ya, ya, espere su turno como todos… —empezó a decir el marino, y al volverse exclamó—: ¡Señor Parnassus! ¡Zoe! ¡Qué bien les veo! Van hechos unos figurines.

No le faltaba razón. Zoe llevaba un elegante traje a medida del color del vino blanco, y la chaqueta con los hombros caídos. El pantalón le llegaba a media pantorrilla e iba descalza. Se había adornado el peinado afro con gardenias blancas recién recogidas en el jardín de Talia. Había prescindido de la corona, alegando que no venía al caso para nada, al menos ese día.

El traje que le habían escogido a Arthur le venía como un guante.

Aunque tal vez él no habría elegido ese color en concreto, el pantalón y la americana rosa pálido le ceñían la figura como si estuvieran confeccionados expresamente para él. Lejos de marcarle las rodillas y los codos huesudos, le conferían un porte imponente; Zoe opinaba que estaba arrebatador, además de impecable. La camisa de vestir blanca no presentaba ni una arruga, pero el toque maestro en el atuendo eran los calcetines. Como de costumbre, el pantalón le quedaba un poco corto, lo que dejaba al descubierto unos calcetines grises —regalo de Phee— con una imagen realista de Arthur y Linus con la frente de uno apoyada en la del otro. Estaba tan ilusionado con ellos que se moría de ganas de enseñárselos a todo el mundo, tanto si mostraban interés por ellos como si no.

—Tú también —dijo Arthur.

Merle bajó la vista hacia su traje.

—¿Estos trapos viejos? Me sientan mejor de lo que recordaba. No me los había puesto desde que fui a un funeral donde no ofrecían comida. Aquí habrá comida, ¿no?

—Por supuesto —le aseguró Zoe—. Nos parecía de mala educación dejar con hambre a los invitados.

Merle asintió.

—Bien. Señor Parnassus, seguro que no necesita recibir lecciones de nadie, dado que es… quien es, pero resulta que sé un par de cosas sobre el amor, y quería ofrecerle un par de consejos.

—Estaré encantado de escuchar tus perlas de sabiduría —respondió Arthur.

Merle alzó la mano y empezó a enumerar con los dedos.

—No mentir. No engañar. No robar.

Esperaron a que terminara.

—Y ya está —concluyó Merle.

—¿Cómo es posible que sigas soltero? —preguntó Zoe.

Merle se sorbió la nariz.

—Estoy casado con el mar. No necesito nada más.

—No mentiré, engañaré o robaré —declaró Arthur—. Te doy mi palabra.

—Está bien, está bien —dijo Merle—. Pero ¿qué hago aquí, parloteando como una cotorra, como si no tuviera usted compromisos más importantes? No se preocupen por los invitados. El transbordador está preparado para cuando quieran echarlos a todos a patadas.

—Gracias, Merle —dijo Arthur.

—¿Nos dejas a solas un momento? —le pidió Zoe—. Por favor, avísales que vamos enseguida.

Asintiendo, Merle giró sobre los talones y se alejó entre las ramas colgantes que les tapaban la vista de la playa. Al otro lado de los árboles, Arthur oía la animada cháchara de una multitud numerosa que aguardaba el inicio del acto.

—¿Estás listo? —le preguntó Zoe.

Él no vaciló ni un instante. Lo tenía claro.

—Apenas soy capaz de reprimir el impulso de echar a correr hacia él.

Ella alzó la mano y le acarició la mejilla.

—Ojalá el muchacho que fuiste pudiera verte ahora. ¿Qué crees que pensaría?

Él volvió el rostro para besarle los dedos.

—Que el amor y el fuego son una misma cosa.

Cuando Arthur emergió de la espesura, se quedó paralizado, con el corazón firmemente encajado en la garganta. No fue por la voz de Elvis Presley, que cantaba que, tal como fluye el río, lentamente hasta el mar, cariño, la vida es así, hay cosas que no se pueden parar. No fue por la suave brisa que agitaba los pétalos de los miles de flores que adornaban el respaldo de las sillas, los árboles, el suelo. No fue por el telón de fondo del mar, ni el cielo despejado que parecía extenderse hasta el infinito. Tampoco fue por la sal del aire ni los chillidos de las aves marinas en lo alto.

Fue por la gente. Más de quinientas personas en total, un batiburrillo de seres mágicos y no mágicos. Y, como si lo hubieran ensayado, en el instante en que aparecieron Arthur y Zoe, se levantaron a la vez y volvieron la mirada hacia ellos.

A los representantes del pueblo de barro —Janet, Barry y Turnip —, les habían crecido bocas de dragón sobre la cabeza y los hombros. Cuando Arthur y Zoe los saludaron con inclinaciones de cabeza, Janet se sonó los mocos contra un puñado de musgo mientras Barry la abrazaba por los hombros y Turnip les sonreía de oreja a oreja al tiempo que un trozo de fango se le desprendía del pecho y caía al

suelo.

Merle se encontraba junto a Martin Smythe, que debía de estar muy conmovido por la inminente ceremonia, porque sollozaba contra el hombro del marino, para su disgusto. A pesar de todo, Merle no hacía gran cosa por apartar a Martin, sino que se limitaba a refunfuñar entre dientes con cara de exasperación.

Byron y Jason —que habían llegado la víspera y habían recibido de inmediato un placaje por parte de David— estaban de pie, tomados de la mano.

Había muchos, muchos invitados más, todos vestidos de punta en blanco: los vecinos de la aldea, personas con poderes que desafiaban la imaginación y personas que creían que había magia en lo cotidiano; padres, abuelos, tíos, primos, amigos, tutores, protectores. Aunque algunos lloraban —era una boda, al fin y al cabo—, casi todos sonreían e inclinaban la cabeza al paso de Arthur y Zoe.

Y eso por no hablar de los niños.

De todos los niños, por supuesto: en su mayoría parecían un poco aburridos. Tironeaban de la ropa de los adultos que tenían cerca, preguntaban en susurros cuánto más iba a durar aquello y si faltaba poco para que repartieran la tarta. Muchos de ellos suspiraban embelesados al ver a Arthur y Zoe avanzar por el pasillo tapizado de pétalos hacia donde los esperaban siete niños en particular.

A la izquierda del arco de celosía de madera se encontraban Phee y Sal, sobre cuyo hombro estaba sentado Theodore, con una corona de margaritas torcida sobre la cabeza. Phee y Sal llevaban conjuntos a juego, parecidos al de Arthur, de color rosa pálido, con una corbata azul marino bien ceñida al cuello. La de Sal estaba salpicada de topos que parecían botones.

A la derecha del arco estaban Lucy, Chauncey y Talia. El traje de Lucy contrastaba con el de Sal y Phee, pues era azul marino con una corbata rosa. Chauncey llevaba su gorra de botones, recubierta de claveles rosados. Talia iba vestida de la cabeza a los pies con sus mejores galas gnomescas; botas negras relucientes, pantalón azul pulcramente planchado, chaleco rosa con botones por delante y, en la cabeza, su gorro, con la punta ligeramente inclinada a la izquierda.

Debajo del arco, David y Helen estaban de pie enfrente de un atril. Él estaba más elegante que nunca, con un esmoquin negro perfectamente ajustado a su peludo cuerpo, y los mechones de la cara

colgando en trenzas muy finas, obra de Byron y Sal. Helen llevaba su mejor pantalón de peto, complementado con las botas nuevas que Talia le había exigido que se comprara. Calíope, que estaba sentada en el atril, moviendo la cola amenazadoramente, lucía un collar amarillo de encaje (por gentileza de Sal) y una expresión de hastío, como era su derecho.

Arthur los contempló a todos.

Se guardó lo mejor para el final.

Linus Baker se encontraba al frente, con el cabello ralo alborotado por el viento. Se había dejado un botón sin abrochar. Arthur nunca había visto a un hombre más apuesto. El traje de Linus caía a la perfección sobre sus redondeces, y aunque Arthur se moría de ganas de darle la vuelta para que asimilara toda la escena, consiguió contenerse.

Porque Linus no estaba retorciéndose las manos. No parecía nervioso. Arthur no lo oyó decir «ay, madre» ni una sola vez mientras se acercaban. Por el contrario, Linus tenía una sonrisa afable y dulce dibujada en la cara, y una lágrima solitaria que le resbalaba por la mejilla desde el ojo derecho. No alzó la mano para enjugársela.

De pronto, en aquel instante, Arthur lo comprendió: todo lo que había hecho, todo aquello por lo que había vivido y luchado, todas las noches en vela y los kilómetros recorridos, lo bueno, lo malo y lo feo, todo ello había conducido a ese momento.

«Mamá —pensó, maravillado, mientras la respiración se le entrecortaba en el pecho—. Mira. Mira esto».

Sus hijos no eran muy dados a las ceremonias, así que, en cuanto Arthur y Zoe se situaron delante de los asistentes, se abalanzaron sobre él. Se tambaleó hacia atrás, doblegado por el peso de la gnoma y el espíritu, ante las risotadas de los invitados. Chauncey enrolló los tentáculos en torno a su pierna derecha mientras Lucy se encaramaba sobre su espalda y le echaba los brazos al cuello a Arthur sin apretar demasiado. Este se volvió y hundió el rostro en el cabello de Sal, que se abrazó a su costado, y soltó una risita llorosa cuando la lengua bífida de Theodore le rozó la mejilla una y otra vez.

Al final, todos se apartaron de él y regresaron a sus puestos.

Mientras los presentes ocupaban sus asientos, Zoe se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla derecha y luego otro en la izquierda.

—Esto no es más que el principio —dijo con los ojos brillantes.

—Cierto —convino él.

Entonces ella se alejó en dirección a Linus. Arthur no oyó lo que le decía, pero, fuera lo que fuese, ocasionó que Linus moqueara y le diera un abrazo tan brusco, que a Zoe se le escapó una carcajada chillona mientras él la levantaba en volandas y la hacía girar en el aire. Luego, como si de pronto se acordara de que tenían público, la depositó en el suelo, se alisó el traje y miró a Arthur, expectante.

Mientras Zoe se reunía con Helen, David y Calíope, Arthur avanzó los últimos pasos. Todo lo demás se desvaneció cuando se encontró frente a su amor, el hombre que se había hecho un hueco en aquel hogar que había encontrado en una isla misteriosa; el hombre que había llegado con su gata, su libro de normas, un propósito tan firme como equivocado y poca cosa más. El hombre que había vivido allí donde la lluvia nunca amainaba y todos los colores se habían disuelto hasta que solo quedaban tonos apagados de gris en la ciudad; ese hombre quisquilloso y entrañable que había descubierto que el mundo encerraba muchos más misterios de los que había imaginado jamás y, en vez de callárselo, había luchado por garantizar que nadie volviera a ser silenciado jamás.

—Hola, Linus —dijo Arthur en tono suave, como si hablar en voz más alta pudiera despertarlo de aquel maravilloso sueño.

—Hola, Arthur —dijo Linus, y, en el pecho de su compañero, el fénix gorjeó y cantó de gusto.

—¿Empiezo ya? —le susurró David a Helen mientras Calíope le asestaba un manotazo a un mechón grueso que le colgaba de la cabeza.

—Espero que sí —soltó Talia—, porque si no se quedarán ahí mirándose con cara de cursis hasta las tantas.

—Puedes empezar —le indicó Helen a David—. Hazlo todo como lo hemos ensayado.

—Entendido —dijo David, y estudió con los ojos entornados el papel que tenía ante sí en el atril—. Menos las partes que he decidido improvisar.

—Un momento —dijo Helen—. ¿Improvisar? ¿Qué partes vas a...?

—¡Bienvenidos a la fiesta! —rugió David con fiereza, enseñando los colmillos y clavando las garras en el atril que aferraba por los

lados—. ¡Yo soy David, vuestro presentador! Antes de comenzar, quisiera comunicaros que estoy a vuestra disposición para dar un toque espeluznante a eventos como cumpleaños, entierros, casas del terror y clubes de lectura. ¿Os habéis cansado de no hacer más que leer libros y luego hablar de ellos? ¿Qué os parecería leer y luego echar a correr para salvar el pellejo? Y todo por un módico precio de...

—No sabía que pasaran anuncios en las bodas —comentó Lucy.

—La próxima vez, buscaremos patrocinadores —dijo Talia.

—¿Perdona? —dijo Linus, horrorizado—. ¿Cómo que «la próxima vez»?

Talia le dio unas palmaditas en la pierna.

—Deja que yo me preocupe de eso. Tú tienes cosas más importantes en que centrarte.

Linus suspiró mientras David señalaba que estaba casi seguro de que el que ocupaba el estrado era él y que por tanto nadie más tenía derecho a hablar. Después de un breve debate, se llegó a la conclusión de que David tenía toda la razón, aunque seguramente sería mejor que esperara al final de la ceremonia para promocionar sus servicios.

—¿Puedo seguir improvisando? —preguntó el yeti, volviendo la cabeza hacia atrás para mirar a Helen y Zoe—. No todo, solo unas cosas más. Hay algo que quiero decir.

—Faltaría más —respondió Zoe—. Habla, David. Te escuchamos.

Muy contento, el muchacho se frotó las manos, y unas pequeñas vaharadas de aire frío y cristalino se elevaron de entre sus dedos.

—Al principio, yo no quería venir. No sabía quiénes eran estas personas que me prometían cosas que ya había oído antes. —Hizo una pausa para tomar aire—. Conocía a Helen, que era maja conmigo. Me dijo que había un lugar donde... donde me dejarían ser yo mismo. Donde no tendría que esconderme. —Irguió la cabeza y paseó la vista por la multitud. Al seguir la dirección de su mirada, Arthur vio que Jason y Byron levantaban la mano a modo de saludo. David sonrió—. Soy un yeti. Tengo garras y un pelaje muy chulo que acaba hecho un desastre si no lo cuido bien y, en ocasiones, me gusta asustar a la gente, no para hacerles daño, sino para recordarles que el miedo no tiene por qué ser algo malo, perverso o cruel. No tiene por qué perjudicar a nadie.

»Y eso es lo que estoy aprendiendo en mi nuevo hogar. Da igual el aspecto que tengamos, el lugar del que procedamos o las cosas que podamos hacer. Lo único que importa es que estamos aquí, juntos, donde nos dejan ser lo que queremos ser.

David se quedó mirando al público, a la expectativa.

Arthur sintió una ráfaga de magia y, detrás de David, apareció de la nada, con un rótulo luminoso en el que se encendían y apagaban las palabras «COMO NO APLAUDÁIS YA, OS CORTAMOS LAS MANOS».

Todos obedecieron con entusiasmo, y Jason y Byron se pusieron en pie, entre gritos y aullidos de euforia.

David desplegó una enorme sonrisa mientras Lucy ladeaba la cabeza y el letrero desaparecía.

—¡Gracias! Sois un público maravilloso. ¿Mi conclusión? Este sitio es diferente. De verdad. Tal vez no todo el mundo lo vea así todavía, pero lo verán. No tiene que ser hoy o mañana, pero todo llegará. Estoy seguro.

Arthur le creyó.

—¡Bueno! —dijo David, dando otra palmada—. Zoe me ayudó a ordenarme pastor con arreglo a las leyes de Marsyas. Fue muy duro y estuve a punto de perder la vida, pero al final, mi perseverancia dio fruto.

Zoe se rio por la nariz, sacudiendo la cabeza con cariño.

—Por consiguiente —continuó David—, aquí no se casa nadie sin mi aprobación. —Dirigió una mirada penetrante, primero a Arthur y luego a Linus—. Lo que significa que, si no os veo preparados, reprogramaremos la boda para algún día de los próximos cinco años, después de completar el curso prematrimonial que voy a organizar y en el que podréis matricularos por el módico precio de…

—David —lo interrumpió Helen—, ya hemos hablado de los poderes que conlleva la ordenación. No incluyen sacarles hasta el último céntimo a aquellos a quienes sirves.

—De hecho —terció Lucy—, eso es justo lo que hace la religión. O sea, por favor, ¿dónde se ha visto un chanchullo parecido?

—Todo va justo como me lo imaginaba —dijo Talia, jugueteando con la punta de su barba—. Me gusta.

Chauncey le tironeó del pantalón a Linus.

—¿Podéis pronunciar los votos ya? —Abrió mucho los ojos mientras los pedúnculos se encogían casi por completo.

Todos guardaron silencio mientras Linus levantó la cabeza para mirarlo con una sonrisa vacilante. Con manos temblorosas, Arthur tomó las suyas y las apretó con fuerza. A lo lejos, se oía el romper de las olas y el canto de los pájaros.

—No sabes cuánto me emociona estar aquí, contigo —empezó Arthur con voz suave—. Tal vez haya quien, al mirarte, no vea más que a un hombre. Peor para ellos, pues eres mucho más que eso. Eres la luz del sol que ahuyenta las nubes en un día lluvioso. Eres la flor más vistosa de un jardín donde el color pugna por existir. Cuando te miro, veo al hombre, pero también la vida que bulle justo bajo la superficie. Me has enseñado mucho desde que llegaste a nuestro hogar, pero lo más importante que he aprendido es que existe la magia en lo cotidiano, una magia que posee el poder de cambiar el mundo. Me lo has demostrado con tu bondad, tu empatía, tu deseo de ver a nuestros hijos (y a todo aquel que desembarca en nuestras costas) progresar y triunfar. Una vez me dijiste que, cuando lo necesitara, tú serías mi fuerza, mi esperanza. Y, amor mío, creo que eso es justo lo que eres, y no solo para mí, sino para todos. Gracias por elegirnos. Gracias por querernos. Gracias por vernos tal como somos. —Se llevó las manos de Linus a los labios—. Es un honor para mí conocerte, haber recibido ese regalo que es tu corazón. Te prometo por todo lo que tengo y lo que soy que no dejaré que pase un solo día sin recordarte lo valioso que eres para tu familia. Y para mí.

Merle sacó un pañuelo y se sonó los mocos con una ruidosa trompetilla. No fue el único; la mayoría de los invitados hacía lo mismo o, por lo menos, se enjugaba las lágrimas. Turnip extrajo un puñado de musgo de su pecho y se lo ofreció a Janet, que lo aceptó para secarse los lodosos ojos, con la cabeza de Barry apoyada en el hombro.

Linus abrió la boca una vez, y luego otra, pero ningún sonido salió de ella. Parpadeando con rapidez, tendió la vista hacia el público. La posó en cada uno de los niños. Cuando alzó los ojos de nuevo, Arthur vio el fuego que ardía en ellos, tan intenso como el sol.

—No sabía lo que era vivir, en realidad —dijo Linus—. Creía que sí. Pensaba que consistía en existir bajo la lluvia incesante sin más compañía que la de los girasoles y los discos.

Calíope emitió un maullido suave.

—Sí, sí —le dijo Linus—. Y tú también. Estábamos tú y yo, y poca

cosa más, ¿no? Pero encontramos un hogar aunque no lo buscábamos, al menos de forma consciente. —Se volvió hacia Arthur—. Gracias a ti, Arthur. Gracias a ti, aquí la gente puede acostarse por la noche sin tener que preocuparse siempre por lo que le depara el día de mañana. Gracias a ti, Sal, Phee, Chauncey, Talia, David, Lucy y Theodore tienen la suerte de poder ser, sin más; un privilegio que muchos no valoramos lo suficiente. Gracias a ti, tengo esperanza, tengo fe en que, por muy difícil que sea la situación, seremos felices y libres, y sabremos que, gracias a ti, las cosas están cambiando. Y es un puñetero honor para mí estar a tu lado. —Las lágrimas le rodaban por el rostro mientras sonreía—. Vaya, muchacho, mira lo que has hecho. Arthur, adoro a nuestros hijos más de lo que soy capaz de expresar. Adoro nuestro hogar. Adoro la vida que me has enseñado a construir. Y te adoro a ti, con todas las fibras de mi ser. Te siento en cada respiración, en cada latido de mi corazón y, durante el resto de mis días, permaneceré a tu lado, pase lo que pase.

—David —dijo Arthur sin apartar la mirada de él—. Me gustaría besar a mi futuro esposo casi hasta arrancarle el alma. ¿Me das permiso?

David sonrió, apoyando la barbilla en las manos y los contempló, parpadeando despacio.

—Sí —respondió con aire soñador—. Por el poder que me ha sido otorgado y toda la pesca. ¡Papá, besa muy fuerte a papi!

Zoe y Helen soltaron un grito ahogado mientras Jason y Byron lanzaban aullidos de júbilo al cielo.

Arthur y Linus se miraron y, tras mantener una conversación muda de tres segundos, asintieron y se besaron. Luego, de improviso, se dieron la vuelta a la vez y rodearon corriendo el atril. David dejó escapar un graznido cuando lo alzaron en volandas y lo aplastaron entre los dos.

—Pero ¿qué pasa? —gritó el chico mientras Linus le plantaba un beso tras otro en la coronilla—. ¡No sabía que en las bodas fuera costumbre atacar yetis!

—¡Uno de los nuestros! —exclamó Chauncey—. ¡Uno de los nuestros!

Los otros niños entonaron también el cántico y, mientras el rugido de la multitud los envolvía, Arthur y Linus Baker Parnassus abrazaron con fuerza a su hijo. Al punto, los demás se unieron a la

melé, con no pocas lágrimas, y, mientras el sol surcaba el cielo sobre el mar más azul, un fénix pensó, maravillado: «La esperanza es esa cosa con plumas, sí, y la esperanza es esa cosa con fuego».

# Agradecimientos

En 2022, en un acto público, me hicieron una pregunta: «¿Cuál crees que será tu legado?». Como es propio de mí, di una respuesta concisa: «¿Qué más me da? Ya estaré muerto».

Sigo pensando prácticamente lo mismo. La idea de un legado me resulta extrañamente incómoda. Quiero centrarme en el aquí y el ahora, en el presente, y no preocuparme por cómo seré recordado dentro de cien años, si es que alguien me recuerda aún.

Sin embargo, al escribir esta segunda parte, me di cuenta de que eso no es del todo cierto. En realidad, sí quiero ser recordado, y además como algo muy concreto: no como el Anticristo, sino como el anti-J. K. Rowling. Quiero ser su antítesis, lo opuesto a ella. Quiero que mis historias vayan en contra de todo lo que ella cree. Después de todo, ella no tiene idea de quién soy, y eso está bien. Seguiré aquí, trabajando sin prisa pero sin pausa, para asegurarme de que sigan contándose historias *queer*. Y no estaré solo en ese empeño. Hay muches autores *queer* escribiendo historias que importan, historias significativas que muestran todas las diferentes facetas de nuestras vidas.

Quiero dejarlo claro: las ideas de J. K. Rowling sobre las personas trans son detestables y no tienen cabida en una sociedad moderna. Las personas como ella —las que creen que las personas trans son de algún modo inferiores— merecen que se les haga el vacío hasta que desaparezcan en el éter. Como dice Arthur, «el odio hace mucho ruido». Tiene razón. Por lo general, la gente ama de forma discreta y odia de forma ruidosa. Pero ocurre una cosa: yo no hago nada de forma discreta. Soy un bocazas de la hostia, y no dejaré de serlo, al menos mientras mi colectivo esté siendo atacado.

A mis lectores trans: os dedico este libro. Sin vosotres no habría un nosotres. Estáis llenes de vitalidad y belleza, y os merecéis lo mejor del mundo. Somos muches más que ellos. Sí, hacen mucho ruido, y da

la impresión de que no vemos ni oímos más que su odio. Sin embargo, no dejo de pensar en el chico de doce años que conocí en un pequeño colegio de Virginia Occidental. Di una charla ante un grupo de niñes, y cuando terminé, el muchacho se me acercó para decirme:

—Ya lo sé todo sobre el tema gay.

—¿A qué te refieres? —respondí, desconcertado.

—El año pasado, yo tenía una novia —dijo—. Salió del armario como trans, y ahora es mi novio.

¿Por qué a las personas adultas les cuesta tanto lo que resulta tan sencillo para un niño? La única respuesta que se me ocurre es esta: las nuevas generaciones son inteligentes, tienen mucho conocimiento y prestan atención a lo que sucede a su alrededor. Saben lo que ocurre, y están furioses. Desde los libros que están prohibiendo en las bibliotecas hasta las agresiones que sufren sus compañeres trans, les niñes saben lo que les están haciendo. Y, cuando sean mayores, convertirán este mundo en lo que habría debido ser desde el principio: un lugar donde todes puedan ser libres sin miedo a represalias por ser quienes son.

Este libro no existiría sin la ayuda de mucha gente.

En primer lugar, doy las gracias a Christie, Jenna, Rory y Justin, por dedicar tiempo a explicarme de nuevo los entresijos de la asistencia social. Como ya os dije cuando hablamos por primera vez en 2018 y luego de nuevo en 2022, no puedo ni imaginar el grado de empatía que se requiere para hacer lo que hacéis. Vuestro trabajo es sumamente importante, aunque no os paguen ni una ínfima parte de lo que deberían por la labor que lleváis a cabo. Gracias por preocuparos por los niños y por los esfuerzos que hacéis para garantizar que ningún niño sea olvidado.

A la doctora Chaudry: gracias por sus iluminadoras explicaciones sobre la psicología del trauma y cómo los traumas pueden agravarse. Siento haberle robado tres horas de su tiempo en lo que se suponía que sería una llamada de treinta minutos. Al parecer yo no paraba de hacerle preguntas, y usted se tomó su tiempo para responder a todas con amabilidad y paciencia, incluso cuando me desviaba mucho del tema. Gracias por hacer lo que hace, aunque haya momentos en que sienta que está intentando demoler una montaña con una piqueta.

Antes de escribir *La casa en el mar más azul* y también antes de embarcarme en *En algún lugar del mar más azul*, hablé con personas

que habían acogido o adoptado niños, así como con personas que habían sido adoptadas o vivido en casas de acogida. Quiero dar las gracias en especial a la familia Hernández, que, en cierto modo, son como unos Baker Parnassus de la vida real. Hasta tienen un Theodore (un rat terrier llamado Jester) al que le gusta esconder calcetines debajo del sofá. Vuestra familia —cuyos miembros están unidos entre sí, no por un vínculo de sangre, sino por su libre elección— es la razón por la que creo en la bondad de la humanidad. Gracias por abrir la puerta de vuestro hogar a quienes necesitan un lugar donde sentirse a salvo y queridos.

Las siguientes personas colaboraron en la novela de varias maneras e hicieron que el libro fuera mejor de lo que tenía derecho a ser.

Ali Fisher, mi editora, siempre hace que me replantee cosas sobre mis historias. Me impulsa a ver las cosas con una mentalidad distinta a la que suelo adoptar cuando estoy escribiendo un libro. Sin su asesoramiento, todos mis libros serían un desastre. Si resultan legibles, es por ella. Gracias, Ali.

A Deirdre Knight, mi agente, y todo el equipo de Knight Agency, gracias por romper siempre una lanza a mi favor y defenderme. Me alucina lo lejos que hemos llegado en los últimos seis años, y estoy muy agradecido por teneros de mi parte. El éxito que haya podido alcanzar se lo debo a vuestros incansables esfuerzos. No se puede pedir una representación mejor.

A mis lectoras beta —Lynn, Mia y Amy— les paso las versiones más primitivas de mis libros y, a pesar de eso, a veces me dicen que he hecho un buen trabajo. La verdad es que esto tiene su mérito, teniendo en cuenta que lo que reciben de mí son libros de un millón de páginas y unas instrucciones que vienen a decir «¡¡Por favor, ayudadme a acortarlo, no sé por qué, pero me encantan todas las palabras!!». Cuando algo funciona o no funciona, me lo dicen. Todo lo bueno que pueda contener este libro se lo debo a ellas. ¿Hay algo que no te ha gustado? La culpa es mía. Y no olvides que es solo un libro.

A Dianna Vega, la asistente editorial: te entregas tan a fondo en tu trabajo, que no sé cómo lo haces. Gracias por tenerme siempre informado y por tus titánicos esfuerzos. Creo que, de no ser por ti, todo se vendría abajo. Gracias.

Saraceia Fennell, mi publicista, es la que me da a conocer al

mundo. Aunque la labor publicitaria es una de las más difíciles del sector editorial, ella es una de las mejores en su campo, si no la mejor. Creo que en la vida he conocido a una persona más trabajadora, y el hecho de que soporte mi locura particular es una prueba de su paciencia. Creo que eres la hostia en patinete.

Becky Yeager se encarga del *marketing* y la promoción. Todo el extraordinario material gráfico que encargamos, los blogs, las publicaciones en redes, las listas de reproducción…, todo eso ha sido posible gracias a Becky. Se le ocurren muchas ideas estupendas para promocionar mi obra que siempre me dejan con la boca abierta. Te lo agradezco, Becky.

Si has leído mis libros de los últimos años, es probable que te hayas quedado admirando las portadas. *La casa en el mar más azul*, *Bajo la puerta de los susurros*, *Lavida de las marionetas*, la saga Green Creek, y ahora, *En algún lugar del mar más azul*. Esas cubiertas son obra de Chris Sickles, en colaboración con Red Nose Studio. No sé cómo lo hace. No sé cómo se las ingenia para coger las imágenes que tengo en la cabeza y plasmarlas en algo real, algo tangible. Es como si compartiéramos el mismo cerebro, pero tuviéramos expresiones artísticas diferentes. Yo escribo palabras, Chris hace magia. Ya lo he dicho antes, pero vale la pena repetirlo: espero seguir colaborando con Chris durante el resto de mi vida profesional. Gracias, Chris.

Además de Chris, Katie Klimowicz trabajó en las portadas. Diseñó la sobrecubierta y, como siempre, realizó una labor fantástica. A ver, la tía crea tipos de letra específicos para cada obra. ¿¡¿Quién hace cosas así?!? Katie Klimowicz. A mí me parece la repera. Muchas gracias, Katie.

La producción ha estado a cargo de la editora de proyecto Megan Kiddoo, el director de producción Steven Bucsok y la diseñadora Heather Saunders. Se ocupan de muchos detalles y de que el proceso de sacar a la luz una novela resulte lo menos accidentado posible. Son precisos y puntuales como un reloj. Gracias a los tres.

William Hinton es el editor jefe, y Devi Pillai, la correctora. Sin ellos, no estaría aquí, así que gracias por creer en mis libros y en el poder de las historias *queer*. Espero que Tor siga publicándome durante muchos, muchos años.

A mi comunidad *queer*: escribo estos libros para quien quiera leerlos, pero, en mi mente y mi corazón, siempre pienso primero y

sobre todo en vosotres. Por si nadie más os lo ha dicho hoy: me llenáis de orgullo. Sé que es difícil ser humano. Sé que parece que la situación se vuelve cada vez más complicada. Pero, por favor, no olvidéis que, aunque el odio hace mucho ruido, nosotros podemos hacer más. Y eso no nos lo quita nadie.

El anti-J. K. Rowling
T. J. Klune
7 de marzo de 2024

*En algún lugar del mar más azul*
TJ Klune



Título original: *Cerulean Chronicles #2: Somewhere Beyond the Sea*

Publicada de acuerdo con The Knight Agency a través de Yañez, parte de International Editor's Co. S. L. Literary Agency

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2025

ISBN: 978-84-08-30005-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta




# Siempre nos quedará el verano

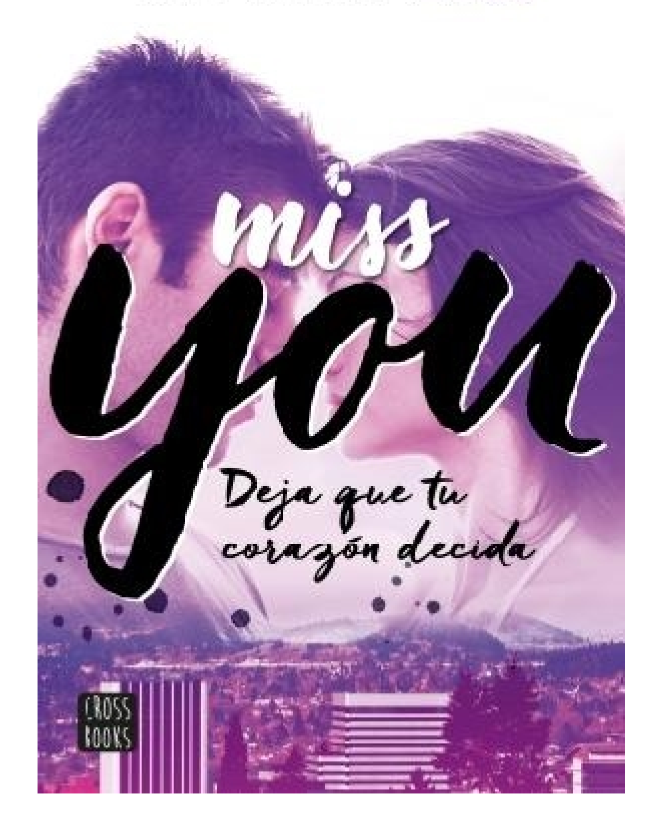
Han, Jenny
9788408115311
288



La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 3) Belly sólo ha querido a dos chicos en su vida. Y ambos se apellidan Fisher. Tras salir con Jeremiah durante los últimos dos años, está casi segura de que es su alma gemela. En cambio, Conrad no ha superado el

error de haberla dejado escapar, así que cuando Belly y Jere deciden dar un paso más en su relación, sabe que no le queda más remedio que hablar ahora o callar para siempre.  Decida lo que decida, Belly deberá enfrentarse a lo inevitable: tendrá que romperle el corazón a uno de los dos. «Este libro tiene todo lo que una chica quiere en verano.» Sarah Dressen «Si pudiera vivir dentro de este libro, lo haría.» Lauren Myracle






# You 3. Miss you

Maskame, Estelle

9788408162520
424



Ha pasado un año desde la última vez que Eden habló con Tyler. Sigue furiosa con él por haberse marchado de manera repentina el pasado verano, pero ha hecho todo lo que ha podido para seguir adelante con su vida en la universidad de Chicago. Cuando llegan las vacaciones, regresa a Santa Mónica pero no es la única que ha decidido volver a casa





# La biblioteca de almas

Riggs, Ransom

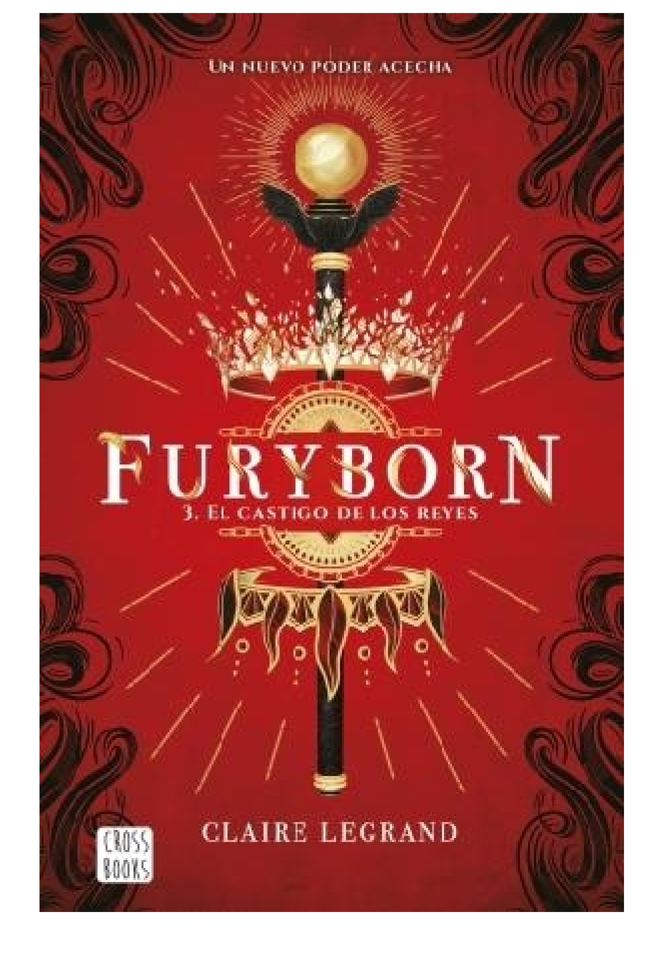
9788408164043

528



En su lucha por salvar a Miss Peregrine, Jacob y sus compañeros se ven envueltos en una batalla mucho mayor. Tras escapar del escondite asediado de Miss Wren, Jacob desarrolla nuevos y asombrosos poderes y, con la ayuda de Emma y Addison, traza un plan para recuperar a las ymbrines y sus protegidos de las crueles garras de Caul. Para ello, deberán viajar por la Inglaterra victoriana y conocer a nuevos individuos fascinantes que les ayudarán de modos completamente imprevisibles. El destino de los peculiares está en juego, y sólo disponen de esta oportunidad para salvarse para siempre.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)




# Furyborn 3. El castigo de los reyes

Legrand, Claire

9788408227434

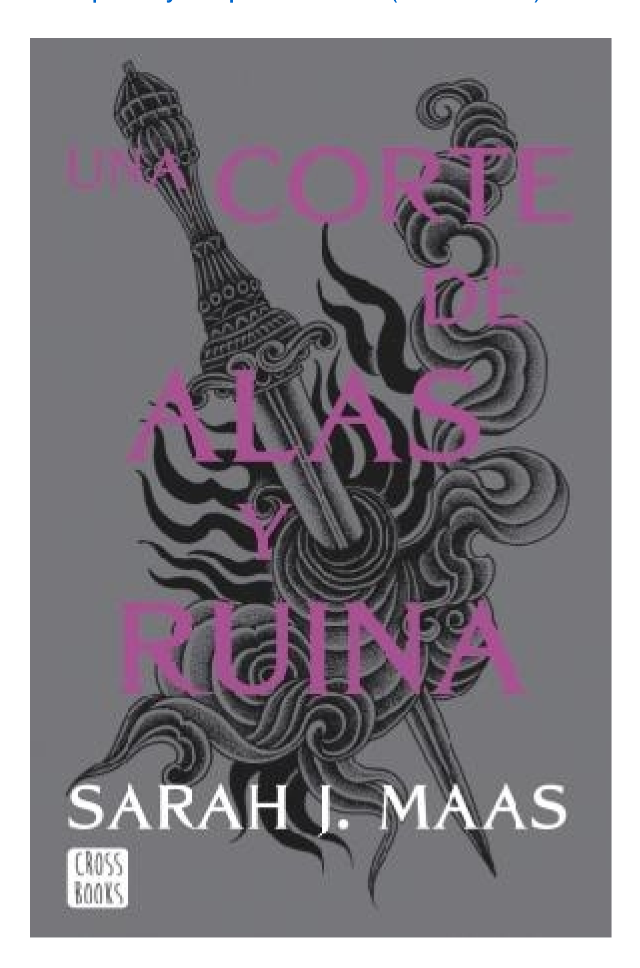
352



Rielle ha sido ungida como Reina Solar, pero la Puerta que mantenía aislados a los ángeles ha caído. Para repararla, debe recuperar las siete piezas perdidas de los Santos. Mientras tanto, para ayudar a Audric a proteger Celdaria, deberá espiar al ángel Corien, cuyas promesas de libertad y poder pueden ser demasiado tentadoras.

Siglos después, Eliana ha descubierto que ella es la Reina Solar, la salvadora que la humanidad lleva tanto tiempo esperando. Pero el miedo a corromperse y transformarse en una nueva Rielle la mantiene alejada de un poder que parece demasiado peligroso e impredecible. Perseguida por todos, corriendo contra reloj para salvar a Navi, Eliana debe tomar una decisión respecto a esa corona que nunca deseó llevar.






# Una corte de alas y ruina. Nueva presentación (Edición española)

Maas, Sarah J.

9788408179344

672



Un cuento de hadas nunca había sido tan sexy. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 3) Feyre regresa a la Corte Primavera, decidida a reunir información sobre los planes de Tamlin y del rey invasor que amenaza con destruir Prythian. Para esto deberá formar parte de un peligroso, e incluso letal, juego de engaño. Un juego en el que un simple error podría condenar no solo a Feyre sino también a todo el mundo a su alrededor. A medida que la guerra avanza sin tregua, Feyre deberá posicionarse como alta fae y luchar por controlar y dominar sus dones mágicos; tendrá que determinar en cuáles de los deslumbrantes altos lores puede confiar y necesitará buscar aliados en los lugares más insospechados… Porque llegan tiempos oscuros, en los que la tierra se teñirá de rojo mientras majestuosos ejércitos luchan por apoderarse del único objeto que podría destruirlos a todos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)